SAM QUINONES

TIERRA de SUEÑOS

Capitán Swing



La verdadera historia de la epidemia de **OPIÁCEOS** en Estados Unidos



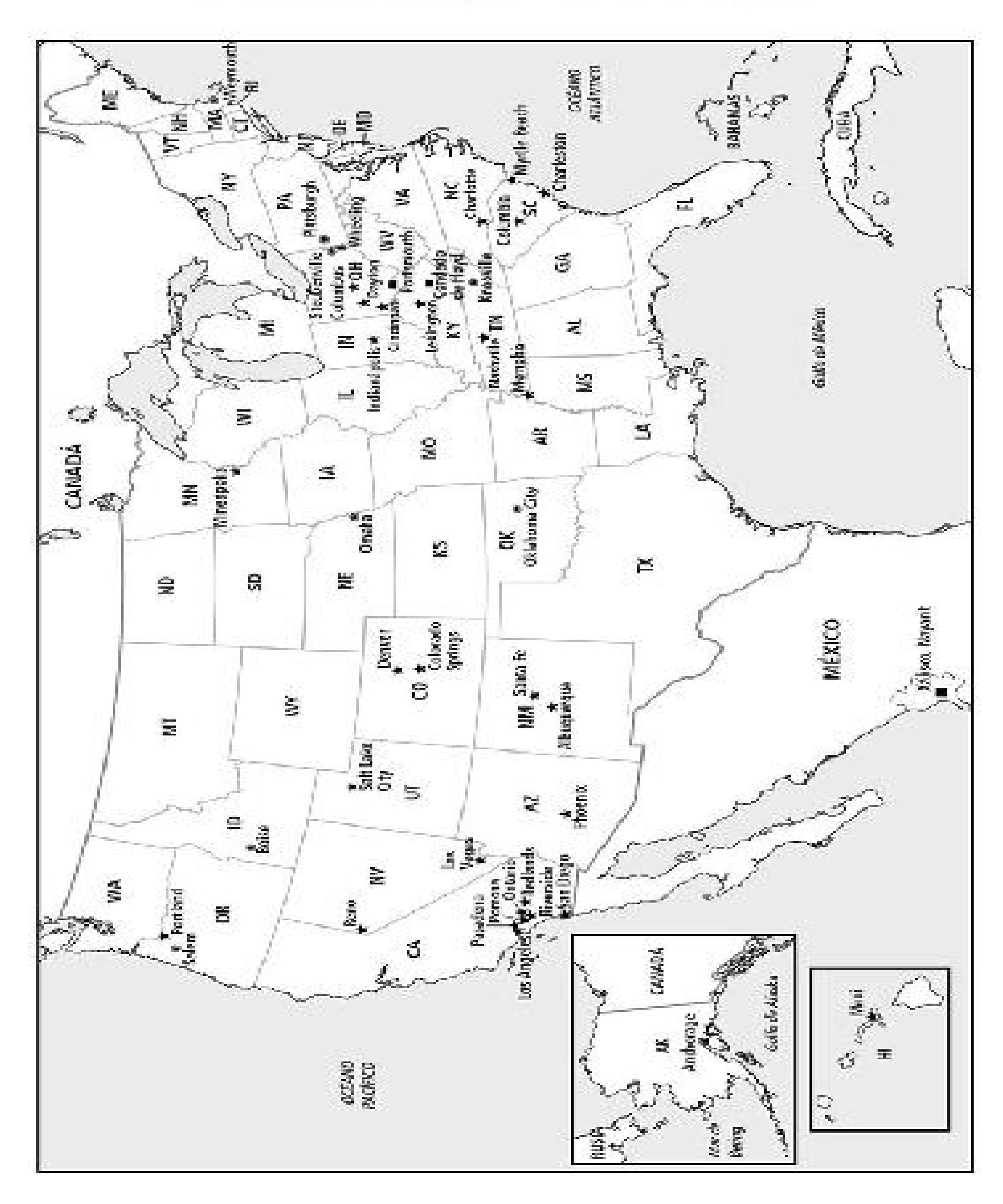
La verdadera historia de la epidemia
de **OPIÁCEOS** en Estados Unidos

SAM QUINONES

Traducción de
Noelia González Barrancos

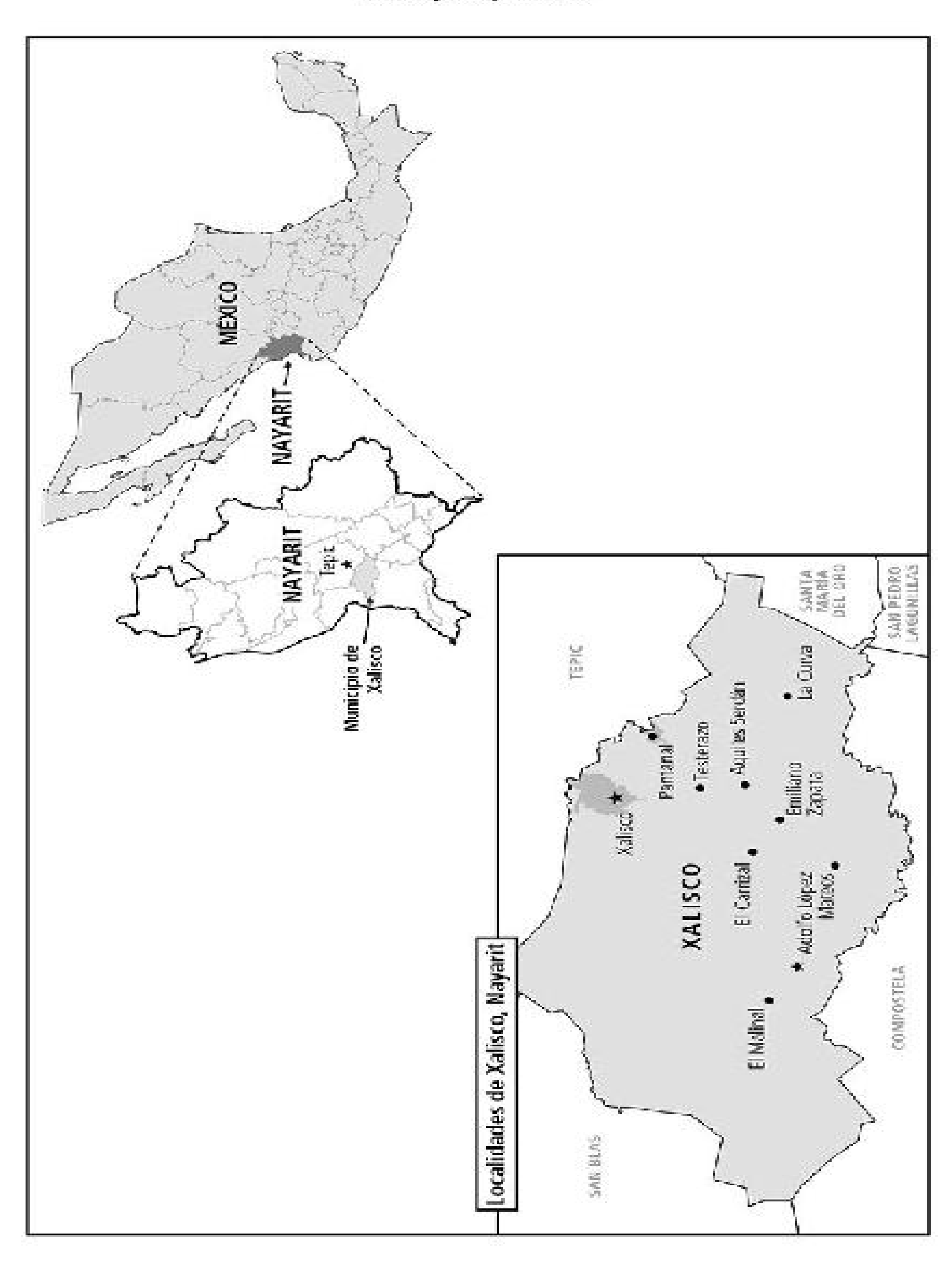
Capitán Swing

Células de tráfico de heroína de los Muchachos de Xalisco en Estados Unidos



Ciudades estadounidenses donde los traficantes provenientes de Xalisco (Nayarit) tienen células de tráfico de heroína (marcados con estrella) o tuvieron células en activo en un momento dado (marcadas con punto). En la mayoría de los casos, el mercado para su heroína de alquitrán negro se extiende más allá de las ciudades; en ocasiones, a cientos de kilómetros.

Municipio de Xalisco
en Nayarit, México



Una nota sobre la terminología: he utilizado el término «opiáceo» a lo largo del libro para describir drogas como la morfina y la heroína, que derivan directamente de la adormidera, así como para otras que derivan de esta indirectamente, o que son síntesis de drogas derivadas, y que se asemejan a la morfina en los efectos. Estas drogas derivadas se describen a menudo como «opioides»; sin embargo, tenía la sensación de que saltar de un término a otro a lo largo del libro confundiría al lector lego.

Cronología

1804	Se obtiene morfina a partir del opio por primera vez.
1839	Estalla la Primera Guerra del Opio cuando el Reino Unido obliga a China a vender su opio de origen indio y los británicos toman Hong Kong. Una segunda guerra estalla en 1857.
1853	Se inventa la jeringa hipodérmica. La esposa de su inventor es la primera persona que muere al inyectarse una sobredosis de droga.
1898	Un químico de la Bayer inventa la diacetilmorfina y la llama heroína.
1914	El Congreso de Estados Unidos aprueba la Ley Harrison de Impuestos sobre Narcóticos.
1928	Se forma el comité que sería conocido finalmente como Comité para los Problemas Derivados de la Drogodependencia con el fin de organizar la investigación para encontrar el santo grial: un analgésico no adictivo.
1935	La Granja de Narcóticos abre en Lexington (Kentucky) como prisión federal y centro de rehabilitación e investigación sobre drogas.
1951	Arthur Sackler revoluciona la publicidad de medicamentos con la campaña para el antibiótico Terramicina.
1952	Arthur, Raymond y Mortimer Sackler compran Purdue Frederick.
1960	La campaña que Arthur Sackler realiza para Valium convierte este medicamento en el primero de la industria en ganar cien millones de dólares.
1974	La Granja de Narcóticos cierra y se convierte en centro médico y prisión.
1980	Jan Stjernswärd es nombrado jefe del programa para el cáncer de la Organización Mundial de la Salud. Idea la escala de la OMS para tratar el dolor.
1980	El *New England Journal of Medicine* publica una carta al editor que llegará a conocerse como «Porter y Jick».

Principios de la década de 1980	Los primeros migrantes provenientes de Xalisco establecen negocios de tráfico de heroína en el Valle de San Fernando (Los Ángeles).
1984	Purdue lanza MS Contin, un analgésico a base de morfina de liberación prolongada dirigido a pacientes con cáncer.
1986	Los doctores Kathleen Foley y Russell Portenoy publican un artículo en la revista *Pain* que abre un debate sobre el uso de analgésicos opiáceos para tratar más tipos de dolor.
1987	Muere Arthur Sackler tras revolucionar la publicidad farmacéutica.
Principios de la década de 1990	Las células de tráfico de heroína de los Muchachos de Xalisco se expanden más allá del Valle de San Fernando hasta ciudades del este de Estados Unidos. Su sistema basado en el reparto de *pizza* evoluciona.
1996	Purdue lanza OxyContin, oxicodona de liberación prolongada, dirigido principalmente a pacientes que sufren de dolor crónico.
1996	La clínica del doctor David Procter en South Shore, Kentucky, es considerada la primera clínica de distribución ilegal de pastillas del país.
1996	El presidente de la Sociedad Americana del Dolor insta a que los doctores traten el dolor como una constante vital.
1998	El Hombre cruza el alquitrán negro de Xalisco al otro lado del río Misisipi, hacia el este, por primera vez, y llega a Columbus (Ohio).
1998	El doctor David Procter sufre un accidente de coche en Portsmouth (Ohio) que le impide practicar la medicina, pero no dirigir una clínica del dolor. Contrata a doctores que abrirían, posteriormente, sus propias clínicas.
Finales de la década de 1990	Las células de tráfico de heroína de los Muchachos de Xalisco comienzan a extenderse por numerosas ciudades y zonas residenciales al este del río Misisipi.
1998-1999	La Administración de la Salud de los Veteranos y la Comisión Conjunta de Acreditación de Organizaciones de Salud (JCAHO, por sus siglas en inglés) adoptan la idea de que el dolor es la quinta constante vital.
2000	La Operación Pozo de Alquitrán tiene como objetivo las redes de heroína de Xalisco. Se trata de la mayor operación conjunta de la Administración para el Control de Drogas (DEA, por sus siglas en inglés) y el FBI, así como de la primera causa por conspiración para el tráfico de drogas que se extiende de costa a costa.
2001	Primeras muertes por sobredosis de opiáceos de trabajadores lesionados con cobertura del sistema de compensación para trabajadores del estado de Washington.

2002	El doctor David Procter es declarado culpable de tráfico de drogas y conspiración; cumple once años en una prisión federal.
2004	Los doctores Gary Franklin y Jaymie Mai, del Departamento de Trabajo e Industria del estado de Washington, publican sus hallazgos sobre las muertes de trabajadores lesionados provocadas por sobredosis de analgésicos opiáceos.
Mediados de la década de 2000	Las células de tráfico de alquitrán negro se encuentran ahora en al menos diecisiete estados. En Portsmouth (Ohio) hay más clínicas de distribución ilegal de pastillas per cápita que en ninguna otra ciudad estadounidense. La laxitud de la legislación en Florida convierte a este estado en otro centro de suministro ilícito de pastillas.
2006	Tiene lugar la Operación Fiebre del Oro Negro, un segundo dispositivo de la DEA que tiene como objetivo las células de heroína de Xalisco en todo el país.
2007	Purdue y tres ejecutivos se declaran culpables de los cargos de presentar de manera engañosa el OxyContin; fueron condenados a pagar una multa de 634 millones de dólares.
2008	Las sobredosis de drogas —de opiáceos principalmente— superan a los accidentes de coche como la causa principal de muerte accidental en Estados Unidos.
2010	La violencia relacionada con el tráfico de drogas entre los carteles de Los Zetas y Sinaloa se extiende a Xalisco (Nayarit).
2011	Ohio aprueba el proyecto de ley 93 de la Cámara, que regula las clínicas del dolor.
2013	El Comité para los Problemas Derivados de la Drogodependencia cumple setenta y cinco años sin haber encontrado el santo grial del analgésico no adictivo.
2014	Fallece el actor Philip Seymour Hoffman, lo que centra la atención pública por primera vez en la epidemia del abuso de opiáceos en Estados Unidos y, en particular, en la transición de las pastillas a la heroína.
2014	La Administración de Alimentos y Medicamentos (FDA, por sus siglas en inglés) aprueba el Zohydro, un analgésico de liberación prolongada sin disuasivo del abuso. Además, aprueba el Targiniq ER, de Purdue, que combina oxicodona de liberación prolongada con naloxona, el antídoto para la sobredosis de opiáceos.

PRÓLOGO

PRÓLOGO

Portsmouth (Ohio)

En 1929, tras tres décadas de lo que resultaron ser años excelentes para la ciudad proletaria de Portsmouth, junto al río Ohio, se abrió una piscina privada que llamaron Tierra de Sueños.

La piscina tenía el tamaño de un campo de fútbol. Durante décadas, generaciones de lugareños crecieron junto al borde de sus aguas cristalinas.

Tierra de Sueños era la canguro estival. Los padres dejaban a sus retoños en la piscina cada día. Los vecinos se aliviaban de la densa humedad en ella y, después, cruzaban la calle hasta el puesto de A&W para comprar perritos calientes y refrescos de zarzaparrilla. Las patatas fritas de la piscina eran las mejores de la zona. La chiquillería cogía el autobús que iba a la piscina por la mañana y regresaba por la tarde. Venían de escuelas de todo el condado de Scioto, se conocían allí y aprendían a nadar. Algunos competían con el equipo de natación de los Delfines de Tierra de Sueños, que entrenaba todas las mañanas y tardes. La emisora de radio local, la WIOI, a sabiendas de que muchos de sus oyentes tomaban el sol junto a sus transistores en Tierra de Sueños, emitía una tonadilla publicitaria —«Hora de girarse para no quemarse»— cada media hora.

La vasta piscina tenía espacio en el centro para albergar dos plataformas de cemento, donde los chavales tomaban el sol y se zambullían de nuevo. Postes que culminaban en focos se erguían en las plataformas para permitir nadar de noche. A un lado de la piscina, había un inmenso césped sobre el que las familias colocaban las toallas. Al otro lado, había vestuarios y un restaurante.

Tierra de Sueños podía albergar cientos de personas; sin embargo, como por arte de magia, el espacio que la rodeaba seguía creciendo y siempre había sitio para más. Jaime Williams, el tesorero municipal, fue el propietario de la piscina durante años. Williams era copropietario de una de

las fábricas de calzado que constituían el corazón del poderío industrial de Portsmouth. Compraba cada vez más tierra y, durante años, daba la impresión de que Tierra de Sueños no dejaba de mejorar. Se añadieron una gran área de pícnic y un parque infantil para los más pequeños. Más tarde, campos de sóftbol y fútbol, además de pistas de baloncesto y juegos de tejo, así como un salón recreativo de videojuegos.

Durante un tiempo, con el objetivo de que solo pudiera acceder la población blanca, la piscina se convirtió en un club privado y su nombre cambió a Terrace Club. Sin embargo, Portsmouth era, en esencia, una ciudad integrada: el jefe de policía era negro y chicos negros y blancos iban a las mismas escuelas. Tan solo la piscina seguía siendo segregada. Entonces, en el verano de 1961, un chico negro llamado Eugene McKinley se ahogó en el río Scioto, donde nadaba porque no le permitían entrar en la piscina. La Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color de Portsmouth presionó y organizó un baño de protesta y, poco a poco, la piscina dejó de estar segregada. Con la integración, la piscina fue bautizada de nuevo con el nombre de Tierra de Sueños, a pesar de que allí no se hacía sentir especialmente cómoda a la población negra.

No obstante, Tierra de Sueños sí que eliminaba las distinciones de clase. En una piscina, el trabajador de una fábrica no parecía muy diferente de su gerente o del propietario de una tienda de ropa. Las familias pudientes de la parte alta de Portsmouth donaban dinero a un fondo para pagar los pases de verano de las familias de la zona este de la ciudad, entre las vías del tren y el río Ohio. Las ratas de río de la zona este y los vecinos de los barrios de postín se encontraban en Tierra de Sueños.

California tenía sus playas. El corazón de Estados Unidos pasaba el verano en las piscinas; en el extremo sur de Ohio, Tierra de Sueños tenía una importancia capital para la ciudad de Portsmouth. Un pase familiar de temporada costaba apenas veinticinco dólares, y se trataba de una posesión preciada que a menudo se regalaba por Navidad. Los chicos cuyas familias no podían permitírselo tenían la opción de cortar el césped del vecino a cambio de los quince céntimos que costaba el pase diario.

Los bailes de los viernes comenzaban a medianoche. Se sacaba una gramola y los jóvenes pasaban la noche moviendo la cadera junto a la piscina. Las parejas hacían públicos sus nuevos romances cuando paseaban cogidas de la mano por Tierra de Sueños. Las chicas volvían de aquellos bailes caminando a casa, donde sus familias dejaban la puerta cerrada sin

echar la llave. «El calor de la noche combinado con el agua fresca era maravilloso —recordaba una mujer—. Era todo mi mundo. No hacía otra cosa. Cuando crecí y tuve hijos, también los llevaba allí».

De hecho, el ciclo de la vida en Portsmouth se repetía una y otra vez en Tierra de Sueños. Un bebé pasaba sus primeros años en el extremo poco profundo mientras sus padres lo vigilaban, generalmente su madre, que se sentaba en una toalla sobre el cemento junto al agua con otras jóvenes madres. Cuando la niña acababa la primaria, se desplazaba hasta el centro de la piscina, mientras que sus padres se retiraban al césped. Hacia la época del instituto, pasaba el rato en el césped junto a la parte honda de la piscina, de tres metros de profundidad, al lado del trampolín alto y la silla del jefe de socorristas; sus padres, ya a lo lejos. Cuando se casaba y tenía hijos, volvía al extremo poco profundo de la piscina para vigilar a sus propios retoños, y todo comenzaba de nuevo.

«Mi padre, veterano de la Segunda Guerra Mundial, insistía en que sus cuatro hijos aprendieran no solo a nadar, sino a no temer el agua —escribía un hombre—. Mi hermana pequeña saltó del trampolín de cuatro metros y medio con tres años. Claro, mi padre, mi hermano y yo mismo estábamos en el agua por si acaso. La pequeña saca la cabeza y grita: “¡Otra vez!”».

Durante muchos años, el administrador de Tierra de Sueños, Chuck Lorentz, entrenador del instituto de Portsmouth y amigo de la disciplina férrea, se dedicaba a pasearse por el terreno con una regla para asegurarse de que los adolescentes siguieran su «regla de un metro» y mantuvieran esa distancia. No siempre lo conseguía. Se diría que la mitad de la ciudad dio su primer beso en la piscina, y muchos perdieron la virginidad en el césped infinito de Tierra de Sueños.

El hijo de Lorentz, mientras tanto, había aprendido a nadar antes de echar a andar, y se convirtió en el socorrista de la piscina cuando estaba en el instituto. «Ser el socorrista en esa silla…, estabas en todo el meollo, todo el pavoneo, todo el flirteo —comentaba John Lorentz, ahora profesor de Historia jubilado—. Eras como un rey en su trono».

Durante aquellos años, también había en Portsmouth dos boleras, un JCPenny, un Sears y un Montgomery Ward con escaleras mecánicas; además de unos grandes almacenes Marting de propiedad local que contaban con un estudio fotográfico donde los alumnos se hacían retratos al graduarse. La calle Chillicothe bullía. Grandes sedanes y rancheras de fabricación estadounidense hacían fila en la calle. La gente cobraba su

cheque los sábados en Kresge y los dueños de la joyería Morgan Brothers, la carnicería Herrmann, la panadería Counts y la *boutique* Atlas Fashion se ganaban la vida dignamente. Los chiquillos cogían el autobús al centro para ir al cine o tomarse una Coca-Cola con sabor a cereza en la farmacia de Smith, y se quedaban en la calle hasta tarde haciendo «truco o trato» en Halloween. Los viernes y sábados por la noche, los adolescentes paseaban por la calle Chillicothe: bajaban desde la farmacia de Staker hasta la de Smith; entonces, daban media vuelta y volvían a recorrerla.

A lo largo del año, las fábricas de zapatos descontaban dinero de la nómina de cada trabajador para la paga extra de Navidad. Cuando se acercaba la fecha, le entregaban un cheque a cada trabajador, que este cobraba en el banco. La calle Chillicothe era entonces una fiesta. Las campanillas de las tiendas sonaban mientras los compradores se agolpaban para entrar, con la vista puesta en los muñecos mecánicos expuestos en escaparates con bastones de caramelo, árboles de Navidad y muñecos de nieve pintados. Marting tenía un Papá Noel en la segunda planta.

Por eso, en 1979 y 1980, Portsmouth parecía merecerse el premio All-American City. [1] La ciudad tenía entonces más de 42.000 habitantes. Pocos de ellos eran ricos y el Departamento de Trabajo de Estados Unidos habría juzgado pobres a muchos. «Pero no éramos conscientes de ello, ni nos importaba», recordaba una mujer. Su industria mantenía una comunidad para todos. Nadie tenía piscinas en el jardín; en su lugar había parques, pistas de tenis y baloncesto, así como escaparates y diques por los que dejarse llevar. Las familias patinaban sobre hielo en el parque Millbrook en invierno y hacían pícnics en el lago Roosevelt en verano, o bien se sentaban en la calle hasta tarde por la noche mientras los más pequeños jugaban al escondite. «Mi familia solía ir de pícnic junto al río Ohio, a un pequeño parque donde mi padre me empujaba tan alto en los columpios que pensaba que aterrizaría en Kentucky», comentaba otra mujer.

Todo este entretenimiento le daba sensación de solvencia a una familia de clase trabajadora. No obstante, el centro de todo era aquella piscina resplandeciente y gloriosa. Los recuerdos de Tierra de Sueños, empapados en olor a cloro, protector solar y patatas fritas, son lo que casi todo aquel que creció en Portsmouth se llevó consigo cuando la ciudad comenzó a decaer.

Dos versiones de Portsmouth existen hoy en día: una es una ciudad de edificios abandonados en la ribera del río Ohio; la otra reside en los

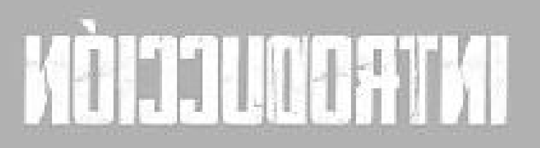
recuerdos de miles de personas de la diáspora de la ciudad que crecieron durante sus mejores años y regresan a la Portsmouth real rara vez, si es que lo hacen.

Cuando les preguntas qué era la ciudad entonces, contestan que una tierra de sueños.

[1] Programa de reconocimiento a comunidades con buenas prácticas cívicas para solucionar asuntos relevantes para la comunidad y crear lazos entre sus miembros. *(Todas las notas de la presente edición pertenecen a la traductora).*



INTRODUCCIÓN


INTRODUCCIÓN

En el barrio de clase media de la parte este de Columbus (Ohio) donde Myles Schoonover se crio, los chavales fumaban hierba y bebían. Sin embargo, mientras Myles se hacía mayor no conoció a nadie que consumiera heroína. Tanto él como su hermano pequeño, Matt, iban a un instituto cristiano privado de un barrio residencial de Columbus. Su padre, Paul Schoonover, es copropietario de una agencia de seguros. Ellen Schoonover, su madre, es ama de casa y asesora a media jornada.

Myles salía de fiesta, pero no tenía dificultades para sacar fuerzas y concentrarse. Se marchó a una universidad cristiana de Tennessee en 2005 y estuvo fuera de casa durante la mayor parte de la adolescencia de Matt. Este tenía déficit de atención con hiperactividad y las tareas escolares se le hacían más duras. Empezó a salir más, a fumar hierba y beber durante la secundaria.

Los dos hermanos pudieron conocerse de nuevo cuando Matt se unió a Myles en la universidad al entrar en primero, en 2009. Sus padres no llegaron a saber con certeza en qué momento Matt había empezado a tomar unas pastillas que, para entonces, estaban por todos lados en la parte central de Ohio y Tennessee; pero aquel año Myles vio que las pastillas eran ya una parte muy importante de la vida de Matt.

Matt esperaba que la universidad fuera un nuevo comienzo. No lo fue. Por el contrario, se agenció una pandilla de amigos que carecía de habilidades básicas y motivación. Dormían en el sofá de Myles, que acabó cocinando para ellos. Durante un tiempo, lavaba la ropa de su hermano, ya que Matt podía llevar la misma durante semanas. Matt, con sus dos metros de alto y su cuerpo robusto, era un tipo cariñoso con un lado tierno. Sus postales podían ser sentidas y dulces: «Te quiero, mami —escribió en la última que le envió a su madre, después de que su abuela hubiera pasado un tiempo en el hospital—. Todo esto con la abuela me ha hecho darme cuenta de que no sabes realmente cuánto tiempo te queda en este mundo. Eres la mejor madre que se puede desear». Aun así, las pastillas parecían mantenerlo en una nube. En una ocasión, Myles tuvo que acompañarlo a la oficina de correos para que pudiera enviarle una tarjeta de cumpleaños a su madre porque Matt parecía incapaz de encontrar el sitio.

Myles era profesor ayudante no doctor y veía a jóvenes de la edad de su hermano continuamente. Tenía la sensación de que un buen número de chavales de la generación de Matt no sabía desenvolverse entre las demandas y las consecuencias de la vida. Myles había enseñado Inglés en Pekín a jóvenes chinos que se esforzaban al máximo para diferenciarse de otros millones de jóvenes. Al otro lado del mundo, a los jóvenes estadounidenses se les prodigaba con los recursos del mundo en enormes cantidades para satisfacción de nadie; vagueaban haciendo lo mínimo y dependían de sus padres para resolver sus problemas, ya fueran grandes o pequeños.

Cuando acabó el año, Matt volvió a casa para vivir con sus padres. Myles pasó los años siguientes en Yale haciendo un máster en Estudios Judaicos y Bíblicos sin saber qué había sucedido a continuación. En casa, Matt parecía haberse deshecho de la falta de rumbo que mostraba en la universidad. Se vestía con pulcritud y trabajaba a jornada completa en empresas de *catering* . Sin embargo, cuando volvió a casa —como sus padres descubrieron más tarde—, ya se había vuelto un adicto funcional que consumía analgésicos opiáceos con receta, Percocet sobre todo. A partir de ahí, en algún momento se pasó al OxyContin, una píldora potente fabricada por una compañía del pequeño estado de Connecticut: Purdue Pharma.

A principios de 2012, sus padres lo descubrieron. Estaban preocupados, pero las píldoras de las que Matt abusaba eran fármacos recetados por un doctor. No se trataba de una droga de la calle que pudiera matarte, o eso creían. Lo llevaron a un doctor, que prescribió una desintoxicación en casa de una semana a base de medicinas para la presión arterial y pastillas para dormir que calmaran los síntomas de la abstinencia de los opiáceos.

Recayó poco tiempo después. Incapaz de pagar el precio del OxyContin en la calle, en un momento dado Matt se pasó a la heroína de alquitrán negro que había copado el mercado de Columbus y que traían jóvenes mexicanos de un pequeño estado de la costa del Pacífico de México llamado Nayarit. Al rememorar lo sucedido tiempo después, sus padres creen que esto ya había sucedido meses antes de que supieran de su adicción. No obstante, en abril de 2012, Matt admitió entre lágrimas a sus padres su problema con la heroína. Estupefactos, lo llevaron a un centro de rehabilitación.

Myles llevaba un tiempo sin hablar con su hermano cuando llamó a sus padres. «Está en rehabilitación», dijo su madre. «¿Cómo? ¿De qué?»,

contestó Myles. Ellen hizo una pausa, sin saber cómo decirlo: «Matt es adicto a la heroína». Myles rompió a llorar.

Matt Schoonover volvió a casa después de pasar tres semanas en rehabilitación, el 10 de mayo de 2012, y con eso sus padres sintieron que la pesadilla se había acabado. Al día siguiente, le compraron una batería nueva para el coche y un móvil nuevo. Se fue a una reunión de Narcóticos Anónimos y, más tarde, a jugar al golf con amigos. Debía llamar a su padre después de la reunión de NA.

Sus padres esperaron todo el día una llamada que nunca hizo. Esa noche, un policía llamó a su puerta.

Más de ochocientas personas asistieron al funeral de Matt. Tenía veintiún años cuando murió de una sobredosis de heroína de alquitrán negro.

En los meses posteriores a la muerte de Matt, a Paul y Ellen Schoonover les impresionó todo lo que no sabían. En primer lugar, las pastillas: los doctores las recetaban, ¿cómo podían llevar a la heroína y la muerte? Y ¿qué era el alquitrán negro? Era la gente que vivía en tiendas de campaña debajo de un puente la que se metía heroína. Matt había crecido en los mejores barrios, iba a un colegio privado cristiano y a una iglesia destacada. Había confesado su adicción, buscado ayuda y recibido el mejor tratamiento que había en Columbus para la adicción a las drogas. ¿Por qué no había sido suficiente?

Sin embargo, a lo largo y ancho de Estados Unidos, miles de personas como Matt Schoonover morían. Las sobredosis de drogas mataban a más personas cada año que los accidentes de coche, que habían sido la causa principal de muerte accidental durante décadas hasta que llegó esto. Ahora, la mayoría de las sobredosis mortales eran de opiáceos: analgésicos con receta o heroína. Si las muertes eran la medida, esta ola de abuso de opiáceos era la peor plaga de drogas que había golpeado nunca a este país.

Esta epidemia afectaba a más adictos y provocaba muchas más muertes que la plaga del *crack* en los años noventa o que la plaga de la heroína en los setenta, aunque sucedía lentamente. Los jóvenes morían en el Cinturón de Óxido de Ohio y el Cinturón de la Biblia de Tennessee. La peor parte se la llevaban los mejores enclaves de los clubes de campo de Charlotte. Sucedía en Mission Viejo y Simi Valley, en la periferia del sur de California; también en Indianápolis, Salt Lake y Albuquerque; en Oregón y Minnesota, y Oklahoma, y Alabama. Por cada millar de personas que moría cada año, muchos cientos más se enganchaban.

A través de las pastillas, la heroína había penetrado en la cultura dominante. Los nuevos adictos eran jugadores de fútbol americano y animadoras. El fútbol era prácticamente la entrada a la adicción a los opiáceos. Soldados heridos regresaban de Afganistán enganchados a las pastillas analgésicas y morían en Estados Unidos. Los jóvenes se enganchaban en la universidad y morían allí. Algunos de estos adictos provenían de rincones agrestes de la parte rural de los Apalaches, aunque la mayoría pertenecía a la clase media estadounidense. Vivían en comunidades donde las calles estaban limpias, los coches eran nuevos y los centros comerciales atraían a los Starbucks, los Home Depot, los CVS y los Applebee's. Eran hijas de predicadores, hijos de policías y doctores, vástagos de constructores y maestros, y empresarios, y banqueros.

Y prácticamente todos eran blancos.

Los hijos del grupo más privilegiado del país más rico de la historia del mundo se enganchaban y morían en números rayanos en la epidemia por culpa de sustancias diseñadas para, precisamente, aplacar el dolor. «¿Qué dolor?», preguntaba retóricamente un policía de Carolina del Sur una tarde mientras patrullábamos los mejores barrios del sur de Charlotte, donde arrestaba a jóvenes por llevar pastillas y heroína.

El crimen estaba en un momento de bajos históricos; las muertes por sobredosis alcanzaban cifras récord. Una fachada de felicidad ocultaba una realidad perturbadora.

Cada vez me devoraba más esta historia. Trataba de Estados Unidos y México, de adicción y mercadotecnia, de riqueza y pobreza, de la felicidad y de cómo alcanzarla. La veía como un entramado épico de filamentos de todo tipo. Me llevó a través de la historia del dolor y de una revolución en la medicina estadounidense. Perseguí el relato a través de una pequeña localidad de agricultores de caña de azúcar de Nayarit (México), y de una localidad de igual tamaño en el Cinturón de Óxido del sur de Ohio. La historia me transportó a la Kentucky de los Apalaches y a los radiantes barrios residenciales de las ciudades que más se beneficiaban de la era de excesos que había comenzado a finales de los noventa. Conocí a policías y adictos, profesores y doctores, enfermeros de la sanidad pública y farmacéuticos a medida que intentaba tirar del hilo.

Y conocí a padres.

El día de Año Nuevo de 2013 me encontraba en Covington (Kentucky) y comenzaba a documentarme a tiempo completo para este libro. El único

lugar abierto para comer era Herb & Thelma's Tavern: un restaurante de chile acogedor y en penumbra. En su interior se congregaba una docena de miembros de una familia que celebraba el cumpleaños de una chica. Me senté en una esquina y pasé una hora comiendo y escribiendo con el resplandor de los partidos de fútbol universitario en el televisor y el neón de cerveza bávara de la pared.

Me incorporaba para marcharme cuando, al ver la sudadera de Berkeley que llevaba, una abuela del grupo me preguntó: «Tú no eres de por aquí, ¿verdad?».

Le dije que era de California. Ella me preguntó por qué estaba tan lejos de casa. Le dije que estaba comenzando a documentarme para un libro sobre el abuso de heroína y pastillas con receta.

La fiesta se detuvo. Se hizo el silencio en la taberna. «Bueno, coge una silla —dijo, tras una pausa—. Tengo una historia para ti».

Su nombre era Carol Wagner. Carol procedió a hablarme de Chad, su atractivo hijo con titulación universitaria, al que recetaron OxyContin para su síndrome del túnel carpiano, se volvió adicto y no consiguió desengancharse después de eso. Perdió su casa y a su familia, y cinco años más tarde moría de sobredosis de heroína en un hogar de transición de Cincinnati. La nuera de Carol tenía un sobrino que también había muerto por culpa de la heroína. «Ya no juzgo a los drogadictos —decía Carol—. Ya no juzgo a las prostitutas».

Salí del Herb & Thelma's y conduje por las calles, asombrado ante el hecho de que un encuentro tan casual en el corazón de Estados Unidos pudiera conducir a contactos tan personales con la heroína.

Más adelante, conocí a otros padres cuyos hijos aún vivían, aunque se habían convertido en mentirosos y ladrones esclavos de una molécula invisible. Estos padres temían cada noche recibir la llamada que les comunicara que su hijo estaba muerto en el lavabo de un McDonald's. Se arruinaban pagando rehabilitaciones y llamadas a cobro revertido desde la prisión. Se mudaban a donde nadie conociera su ignominia. Rezaban por que el niño que habían conocido resurgiera. Algunos se planteaban el suicidio. Estaban conmocionados y desprevenidos ante la repentina pesadilla que el abuso de opiáceos había causado y cuán profundamente había destrozado sus vidas.

Entre los padres que conocí estaban Paul y Ellen Schoonover. Los encontré angustiados y desconcertados un año después de la muerte de

Matt: «No dejaba de intentar entender lo que acababa de ocurrir. ¿Por qué quedaron destrozadas nuestras vidas? —me dijo Paul Schoonover el día que nos reunimos por primera vez en su agencia de seguros de Columbus—. ¿Cómo ha podido suceder esto?».

Así es como…

TIERRA de SUEÑOS

La verdadera historia de la epidemia de OPIÁCEOS en Estados Unidos

A mis chicas

TIERRA de SUEÑOS

PARTE I

Enrique

Yuma (Arizona)

Un caluroso día del verano de 1999, un joven mexicano con el pelo cortado a ras, zapatos nuevos, camisa de cuello americano color crema y pantalones beis planchados utilizó un carnet de conducir estadounidense falso para cruzar la frontera y entrar en Arizona.

Cogió un taxi hasta el Aeropuerto Internacional de Yuma con la intención de volar a Phoenix.

En el aeropuerto había también una docena de hombres mexicanos que aguardaban de pie a su avión. De baja estatura y morenos, los hombres lucían gorras de béisbol polvorientas, vaqueros y camisetas descoloridas. Parecían castigados por el clima y ásperos (como sus manos, pensaría). Se figuró que eran ilegales, trabajadores de la construcción, tal vez, orgullosos de su capacidad de trabajar duro, aunque sin nada más a su favor.

El joven respondía a veces al nombre de Enrique. Era alto, de piel clara y guapo. Los callos de sus manos, que habían estado allí desde su niñez, se habían suavizado. Había crecido en una choza a las afueras de un pueblo del estado mexicano de Nayarit, a quince horas en coche al sur de Arizona. Su padre cultivaba caña de azúcar. Su pueblo dependía de esta y, en consecuencia, era pobre; y la vida allí era violenta y cruel. Sus parientes estaban separados por rencillas que habían comenzado antes de que él naciera. Desconocía la causa, tan solo sabía que las dos partes implicadas no se llevaban bien.

Él, sin embargo, había prosperado; ahora tenía un negocio, con empleados y gastos, que le había permitido comprar sus primeros Levi’s 501 y pagar su corte de pelo degradado en la barbería. Su carnet de identidad estadounidense falso le permitía cruzar la frontera haciéndose pasar por otro hombre: Alejandro No-sé-qué.

Aun así, a Enrique no le resultaba difícil verse reflejado en aquellos hombres del aeropuerto de Yuma aquel día.

Mientras esperaba su avión, vio a un agente de inmigración del aeropuerto fijarse en los hombres y sacar las mismas conclusiones que había sacado él. El agente les pidió una identificación. Hubo una discusión que Enrique no alcanzaba a oír. Finalmente, sin embargo, los hombres no fueron capaces de enseñar ninguna. Mientras el resto de pasajeros observaban, el agente los condujo en fila para, se imaginó Enrique, deportarlos.

Haber crecido en un pueblo pobre de México había acostumbrado a Enrique a las injusticias del mundo. Aquellos que trabajaban duro y eran honestos se quedaban atrás. Solo aquellos que tenían poder y dinero podían exigir un trato decente. Estos hechos, que él consideraba probados a lo largo de su vida, le permitían justificar lo que hacía. Aun así, los escrúpulos morales todavía se le presentaban como visitas no deseadas. Le contaba a otros que no lo habían educado para ser traficante de heroína, y lo creía cuando lo decía, a pesar de serlo. Escenas como esta lo convencían de que estaba haciendo lo que era menester para sobrevivir. Él no hacía las reglas.

Y, sin embargo, mientras el agente hacía desfilar a los hombres, pensó para sus adentros: «Soy el más sucio de todos y no me preguntan nada. Si hubiera venido a trabajar "derecho", honestamente, también me habrían tratado mal».

Poco después, embarcó en un avión que lo llevó a Phoenix y, desde allí, a Santa Fe (Nuevo México).

La carta del doctor Jick

Boston (Massachusetts)

Un día, veinte años antes, en 1979, un doctor de la Facultad de Medicina de la Universidad de Boston llamado Hershel Jick estaba sentado en su despacho mientras sopesaba la pregunta de con cuánta frecuencia los pacientes de un hospital a los que se suministraban analgésicos con narcóticos se volvían adictos a ellos.

Años después, no recordaría con precisión por qué se le había ocurrido esa pregunta: «Creo que pudo ser a raíz de un reportaje de un periódico», diría.

Hershel Jick se encontraba en una posición más aventajada que la mayoría para reunir hallazgos sobre el tema. En la Universidad de Boston, había creado una base de datos con historiales de pacientes hospitalizados. La base de datos registraba los efectos de los medicamentos de todo tipo en estos pacientes mientras estaban hospitalizados. La base de datos había surgido a raíz del escándalo de la talidomida de 1960, cuando algunos bebés nacieron con defectos después de que se les recetara el fármaco a sus madres. Solo por casualidad descubrieron los doctores los riesgos que suponía la talidomida. A principios de la década de los sesenta, le pidieron al doctor Jick que empezara a recopilar datos de medicamentos usados en hospitales y sus efectos.

La base de datos fue creciendo a medida que los ordenadores se volvían más accesibles. Hoy en día, el Programa Colaborativo de Supervisión de Medicamentos de Boston, que es el nombre con el que se la conoce, incluye millones de historiales hospitalarios de pacientes en cuatro bases de datos. No obstante, ya hacia finales de la década de los setenta, la base de datos era sustanciosa, pues contenía el historial de trescientos mil pacientes y los medicamentos que recibían mientras permanecían hospitalizados. El doctor Jick se había acostumbrado a alimentar su curiosidad con incursiones en los datos. Años más tarde, comentaría: «Ni siquiera sé cómo encender un

ordenador». No obstante, sí que había tenido el buen criterio de contratar a un técnico informático brillante que había creado la base de datos y al que el doctor Jick acudía a menudo con estas peticiones.

En esta ocasión, el doctor Jick le pidió el número de pacientes en la base que hubieran desarrollado una adicción tras haber recibido analgésicos con narcóticos. Enseguida obtuvo los datos. Se figuró que otros los encontrarían interesantes y escribió un párrafo a mano con los hallazgos. Más tarde, se lo pasó a su secretaria para que lo mecanografiara. El párrafo que escribió a máquina decía lo siguiente: «De los casi doce mil pacientes tratados con opiáceos durante su estancia en un hospital antes de 1979, y cuyo historial constara en la base de datos de Boston, solo cuatro habían desarrollado una adicción». No había datos sobre la frecuencia, la duración o la dosis con la que se suministraron los opiáceos a los pacientes, así como sobre las enfermedades que esos medicamentos trataban. El párrafo citaba simplemente los números sin alegar nada más. «Eso es todo lo que pretendía ser», dijo el doctor Jick más tarde.

Una estudiante de posgrado llamada Jane Porter ayudó con los cálculos de algún modo que el doctor Jick no podía recordar años más tarde. Como acostumbra a suceder con los artículos de investigación médica, la atribución de la autoría se le concedió a ella, aunque el doctor Jick dijo que él había escrito el párrafo. La secretaria metió la carta en un sobre y la envió al prestigioso *New England Journal of Medicine* , que, a su debido tiempo, en su edición del 10 de enero de 1980, publicó el párrafo del doctor Jick en la página 123 junto a miríadas de cartas de investigadores y médicos de todo el país. El título rezaba: «Los casos de adicción son excepcionales en pacientes tratados con narcóticos».

De esta manera, Hershel Jick archivó el párrafo y le dedicó a la carta escasa consideración durante los años venideros. Publicó decenas de artículos, entre los que se incluyen más de veinte para el mismo *NEJM* . Jane Porter dejó el hospital y el doctor Jick le perdió el rastro.

Todos vienen de la misma ciudad

Huntington (Virginia Occidental)

Un lunes de septiembre de 2007, Teddy Johnson, fontanero acomodado de Huntington (Virginia Occidental), visitó el apartamento de su hijo, Adam.

Adam Johnson era un chico rechoncho y pelirrojo. Al ser fan de bandas de *rock* alternativo como New York Dolls, Brian Eno y Captain Beefheart, era un inadaptado para la sociedad conservadora de Virginia Occidental. Tocaba la batería y la guitarra y había crecido en un barrio rico. Tenía veintitrés años y acababa de empezar a estudiar en la Universidad Marshall de Huntington. Ya tenía un programa de radio en la emisora universitaria, *Zoo Oscilante* , donde exhibía sus gustos musicales eclécticos. La madre de Adam era alcohólica y él ya había consumido drogas en algunos periodos durante algunos años. Comenzó con jarabe para la tos, pero pasó rápidamente a otras sustancias, incluyendo los analgésicos con receta, según sus amigos.

Adam había dejado el instituto y había pasado la prueba de Desarrollo de Educación General. [2] Buscaba algo que hacer con su vida. Trabajaba para Teddy. A este le parecía que Adam progresaba: tocaba música con amigos y parecía sobrio. Teddy estaba animado al ver que su hijo se matriculaba en la Marshall con la idea de especializarse en Historia.

Entonces, aquel lunes por la mañana, Teddy fue al apartamento de Adam y se encontró a su hijo muerto en la cama.

La autopsia de Adam revelaba una sobredosis de heroína; la policía dijo que Adam tomaba una sustancia pegajosa y oscura conocida como «alquitrán negro», una heroína semiprocesada procedente de la costa mexicana del Pacífico, donde crece la adormidera. Este dato dejó a Teddy

casi tan petrificado como la muerte de Adam. ¿Heroína? Eso era para los neoyorquinos. Huntington estaba en medio de los Apalaches.

«No tenía ni idea —diría más tarde—. Somos una ciudad pequeña. No estábamos preparados».

Otros dos hombres fallecieron también de sobredosis de alquitrán negro en Huntington ese fin de semana: Patrick Byars, de cuarenta y dos años, empleado de una pizzería Papa John's; y George Shore, de cincuenta y cuatro años, antiguo propietario de una tienda de antigüedades. Una sobredosis de heroína de alquitrán negro tras otra atormentaron Huntington durante los siguientes cinco meses. La ciudad solo había visto cuatro muertes por heroína desde 2001. No obstante, doce personas murieron en el transcurso de cinco meses; otras dos habían muerto la primavera anterior. Decenas más habrían muerto si el personal de emergencias médicas no hubiera respondido con rapidez.

«Se sucedían montones de sobredosis; los sanitarios se encontraban a la gente inconsciente», comentaba el jefe de policía de Huntington, Skip Holbrook. La policía de la ciudad no había visto el alquitrán negro antes de 2007.

Dos años más tarde, me encontraba en la ribera sur del río Ohio, en la tierra inusitadamente plana de Virginia Occidental. Hacia el norte, Ohio; hacia el oeste, Kentucky. Huntington se extiende en un rectángulo largo y estrecho junto al calmado y silencioso río. La ciudad fue fundada como terminal occidental del ferrocarril de Chesapeake y Ohio. Los vagones de tren transportaban el carbón que salía de las minas de la región hasta Huntington, donde las barcazas lo enviaban al resto del país.

La ciudad se encuentra en el punto que conecta el norte y el sur de Estados Unidos (en gran medida, como la propia Virginia Occidental). Los demócratas gobernaban el estado con un estilo clientelista. Crearon el sistema jurídico y político necesario para apoyar los intereses del carbón y el ferrocarril. El nombre del senador más conocido del estado, Robert C. Byrd, puede encontrarse en una docena de edificios públicos solo en Huntington, entre los que se incluye el puente sobre el río Ohio. Aun así, Virginia Occidental enviaba sus materias primas a todas partes para que fueran transformadas en productos rentables de mayor valor. Algunas partes del sur desecharon este modelo tercermundista de desarrollo económico. No sucedió así en Virginia Occidental. La extracción de recursos se mecanizó y desaparecieron los trabajos. Los ferrocarriles entraron en declive y las

turbulencias económicas se asentaron. Sin embargo, el sistema político estatal evitó una respuesta sólida o una nueva dirección. La pobreza se intensificó. La marihuana se convirtió en el primer cultivo del estado. En 2005, el estado producía más carbón que nunca, aunque con la menor cantidad de trabajadores de su historia.

Los inmigrantes evitaban Virginia Occidental. Tan solo el 1 por ciento de la población del estado era extranjera, lo que lo colocaba en la última posición de Estados Unidos en esa categoría. Los nativos con aspiraciones marchaban hacia el norte, aunque pensaran siempre en regresar. El estado hacía bastante negocio con las reuniones familiares. Muchas de las familias que se quedaron se mantenían gracias a las ayudas gubernamentales.

La población de Huntington bajó desde los 83.000 habitantes de 1960 a los 49.000 que tiene hoy. Los tres puntos básicos pasaron a ser «leer, escribir y la Ruta 23», ya que la gente se dirigía al norte por la famosa autopista hacia Columbus, Cleveland y Detroit. En 2008, la ciudad fue declarada la más obesa de Estados Unidos; según informaba la agencia Associated Press, tenía más pizzerías que gimnasios y balnearios había en todo el estado de Virginia Occidental.

Durante todo este tiempo, lo que creció ininterrumpidamente, además de las cinturas de su menguante población, fue el consumo de drogas y el fatalismo. Los camellos llamaban a la ciudad Dinerington. Traficantes de Detroit se mudaban a la ciudad y la policía comenzó a sospechar de cualquier coche con matrícula de Míchigan.

No obstante, los traficantes de droga mexicanos esquivaban la ciudad, según me contó la policía. Esto hacía de Huntington un sitio excepcional. Los traficantes mexicanos realizaban sus operaciones por todo Estados Unidos —Tennessee, Idaho y Alaska—, pero no en Virginia Occidental, que era uno de los siete estados donde no había presencia de narcotráfico mexicano conocida, según un informe de 2009 del Departamento de Justicia estadounidense que había visto. La policía tenía una explicación sencilla para esto: no había una comunidad mexicana en la que esconderse. Los inmigrantes mexicanos buscaban trabajo y, de esta manera, ejercían como una especie de barómetro económico. Que hubiera mexicanos en tu comunidad significaba que el área crecía. En Huntington y Virginia Occidental no había trabajo, ni tampoco mexicanos.

Entonces, me preguntaba, ¿cómo es posible que la heroína de alquitrán negro procedente de México haya matado a tanta gente aquí durante tantos

meses? Más aún, ¿desde cuándo tiene Virginia Occidental heroína de ningún tipo?

Comencé mi carrera periodística como reportero criminalista en Stockton (California). Hasta entonces, sabía de la heroína únicamente por las películas de los años setenta sobre Nueva York: *Contra el imperio de la droga* , *Serpico* y *El príncipe de la ciudad* ; la droga siempre era un polvo blanco. Nueva York era el centro de la heroína nacional. No obstante, en Stockton, yo solo veía ese pringue llamado alquitrán negro. Agentes antidroga me dijeron que el alquitrán negro se hacía en México. Era base de opio semiprocesada. Como otras formas de heroína, podía fumarse o inyectarse, y era igual de potente que el polvo blanco más refinado que había visto en *Contra el imperio de la droga* . La diferencia estaba en que tenía más impurezas. Además, me decían, el alquitrán negro era una droga de la Costa Oeste que se vendía en California, Oregón y Washington. En Denver había mucha, también en Arizona, pero no se conocía al este del río Misisipi. Durante años, los informes de la DEA también mostraban lo mismo. Entonces, ¿qué hacía ahora la heroína de alquitrán negro al este del río Misisipi?

Estas preguntas me trajeron hasta Huntington y a aquella ribera del río Ohio. Era reportero de *Los Angeles Times* con un equipo que cubría las guerras de la droga con México. Mi trabajo era escribir sobre el tráfico mexicano en Estados Unidos, un tema que nadie cubría demasiado. En búsqueda de una historia que seguir, me había topado con informes sobre el estallido del alquitrán negro en Huntington en 2007, así que llamé al sargento de la unidad antidroga de la policía de la ciudad. «Toda nuestra heroína de alquitrán negro viene de Columbus (Ohio)», me dijo.

Llamé a la DEA en Columbus y hablé con un agente especialmente locuaz: «Hay muchísimos traficantes de heroína mexicanos. Circulan por ahí en coche para vender su droga dentro de globos pequeños, se los llevan a los adictos. Son una especie de equipos o células. Arrestamos a los conductores cada dos por tres y traen otros nuevos de México —me contó —. Nunca desaparecen».

Se explayó un buen rato en la frustración que generaban arduas investigaciones que acababan en el arresto de jóvenes que eran reemplazados tan rápidamente. Se esconden entre la abundante población mexicana de Columbus, decía. Todos los conductores se conocen entre sí y nunca hablan. Nunca van armados. Vienen, dan nombres falsos, alquilan

apartamentos y se van seis meses después. Este no es el tipo de mafia de la heroína a la que Ohio y el este de Estados Unidos estaban acostumbrados.

«Lo más loco —dijo— es que son todos de la misma ciudad». Pegué un respingo: «¿Sí? ¿De cuál?». Llamó a un colega. Hablaron en voz baja durante un par de minutos.

Yo había vivido en México durante diez años como escritor autónomo tras marchar de Stockton. Había pasado un montón de tiempo en ciudades pequeñas y pueblos mientras escribía sobre personas que emigraban al norte. Escribí dos libros de no ficción con historias sobre México. Muchas de las historias tenían lugar en las aldeas más pequeñas, conocidas como ranchos.

Los ranchos eran aldeas en la periferia de la civilización. A lo largo de la historia, los rancheros se habían mudado al interior para escapar del clasismo sofocante de la ciudad. Construían enclaves remotos e intentaban ganarse la vida con la tierra hostil que nadie más quería. Los rancheros personificaban el mejor impulso pionero de México. Huían del asfixiante abrazo del Gobierno. Ponían todo su empeño en escapar de la pobreza, a menudo mediante la búsqueda de un modo de ser sus propios jefes.

Los rancheros tenían escaso acceso a la educación. Aprendían un oficio de sus parientes; por lo general, el de agricultor o ranchero. No obstante, también conocí aldeas donde todos los hombres eran trabajadores de la construcción itinerantes. Las familias que conocí de un pueblo en el estado de Zacatecas abrieron locales de tortillas por todo México; en otro pueblo, los hombres eran contratados como policías por todo el estado. Escribí sobre Tocumbo (Michoacán), donde todos los habitantes aprendieron a hacer polos de hielo y a gestionar puestos de polos, conocidos como Paleterías La Michoacana, que se extendieron por todo México, de manera que transformaron el pueblo y las vidas de estos rancheros. También había estado en Tenancingo, en Tlaxcala, donde todos los jóvenes eran proxenetas que exportaban campesinas a Ciudad de México y Queens, en Nueva York, mientras construían mansiones estridentes en su ciudad natal.

El agente de la DEA volvió al teléfono: «Tepic», me dijo.

«No, se equivoca», pensé. Tepic es la capital de uno de los estados más pequeños de México: Nayarit, en la costa del Pacífico. Es, aun así, una ciudad grande, con una población de 330.000 habitantes. El agente no mentía, aunque mi instinto me decía que los contactos familiares y personales vitales para el sistema que describía solo podían forjarse en una

localidad pequeña o un rancho. Cuando colgué el teléfono, esa perspectiva ya me había cautivado. Me imaginaba algún rancho de traficantes de heroína lo bastante expertos como para suministrar a una ciudad del tamaño de Columbus.

Ayudó el hecho de que me encantaran los ranchos. Eran lugares sin ley, salvajes, plagados de relatos maravillosos de rencillas familiares, mujeres robadas, pistoleros, caciques y, sobre todo, de tipos duros —los valientes—, rebeldes que no se amilanaban ante nadie y que, por este motivo, saltaban como superhéroes desde el rancho para hacerse su hueco en las películas, las novelas y las baladas mexicanas.

Lo mío era una obsesión romántica. Yo no tenía que vivir en un rancho. Eran lugares brutales y recibían a los forasteros con inquietud. Las familias de los ranchos se entremezclaban en extensos clanes, donde todos estaban emparentados con prácticamente todos. No era fácil penetrar. Para aprender sus historias secretas, era preciso pasar con ellos mucho tiempo. Sin embargo, yo podía pasar horas escuchando a los viejos contar, por ejemplo, cómo su pueblo se había dividido en dos por culpa de una rencilla familiar. Las historias mezclaban hechos y mito en relatos de valentía maldita o venganza a sangre fría. Una historia que incluí en un libro hablaba de Antonio Carrillo, que fue a Estados Unidos en los años veinte, trabajó en una fábrica de acero, compró una pistola y escribió al hombre que había matado a su padre para decirle que su hora había llegado. Volvió al pueblo y en la plaza mató al hombre de un tiro con aquella pistola.

Aprendí también que la envidia era una fuerza destructiva en el rancho. Que la gente estuviera emparentada no significaba que se llevara bien. Las familias se separaban por lo que uno tenía y el otro no. En el rancho, vi que la migración se alimentaba de lo que un hombre pobre sentía al volver a casa con botas nuevas, un coche nuevo y mejor ropa. El hecho de que pudiera invitar a cerveza en la plaza esa noche, pagar para que su hija tuviera una fiesta de quinceañera igual que la de la hija del comerciante local y comportarse como un «don» magnánimo, aunque tan solo fuera durante una semana; todo eso era un narcótico potente para cualquier hombre pobre. El éxito de un don nadie era más dulce si podía alardear ante los que murmuraban en el pueblo. Por ello, pocos mexicanos tenían como objetivo inicial integrarse en Estados Unidos. Volver a casa, al rancho, era la razón para ir al norte. Este regreso carecía de poder en las ciudades

grandes, anónimas. Los migrantes deseaban mostrar su éxito a aquellos que los habían humillado años antes. En el rancho.

También había aprendido que aventurarse en lo desconocido estaba en el ADN de los rancheros. Estados Unidos era el único lugar donde la promesa de lo desconocido había dado frutos. A cambio, el rancho mexicano se había vuelto una influencia enorme en la vida estadounidense. Del rancho salieron millones que formaron nuestra nueva clase trabajadora. Las costumbres y actitud de los inmigrantes mexicanos con respecto al trabajo, el sexo, la política, el compromiso cívico, el Gobierno, la educación, la deuda, el ocio… fueron forjadas en el rancho, llegaban intactas a Estados Unidos y cambiaban lentamente.

Reflexioné sobre esto todo aquel día después de la charla con el agente de la DEA de Columbus. Solo una pequeña aldea o rancho podía forjar los contactos que sostuvieran el tipo de negocio de heroína que describía el agente. Un pueblo de vendedores de heroína expertos, ¿sería posible?

Escribí a muchos de los conductores arrestados en Columbus que cumplían penas en prisiones federales. Les pregunté si querían hablar con un periodista. Pasaron las semanas. No hubo respuesta. Estaba a punto de fijarme en otras historias cuando recibí una llamada a cobro revertido de uno de ellos. Había trabajado en Columbus, donde lo habían arrestado. Ahora cumplía una sentencia de varios años en prisión. Tenía mucha información. Lo más sorprendente: Columbus no era la única ciudad en la que trabajaban: «Están en muchas otras. Por todo el país», me dijo. Salt Lake, Charlotte, Las Vegas, Cincinnati, Nashville, Mineápolis, Columbia, Indianápolis, Honolulú. Trabajaban a jornada completa en diecisiete estados. Habían pasado por otros siete u ocho en alguna ocasión. Siguió contando cosas. Las ciudades que había mencionado tenían grandes comunidades blancas de clase media que se habían beneficiado enormemente del auge económico de los doce años anteriores, y ahora contaban además con una población numerosa de inmigrantes mexicanos. Yo asociaba a duras penas esas ciudades con la heroína. ¿Había mercado de heroína en esas ciudades?, me preguntaba. Sí, me aseguró, era un mercado grande y estaba en expansión. Me di cuenta de que ni siquiera había mencionado la capital de la heroína tradicional de Estados Unidos: «No, en Nueva York son bandas, con armas —dijo—. Les asusta Nueva York. No van a Nueva York».

¿Los traficantes mexicanos estaban asustados de las bandas y las armas? ¿Venían de un pueblo pequeño? ¿Vendían alquitrán negro no solo en Columbus, sino en la mitad de Estados Unidos, incluidas, por primera vez, un puñado de ciudades al este del río Misisipi?

Ahí me quedé totalmente pillado.

—La policía dice que son de Tepic —dije finalmente.

—No, no son de Tepic —respondió—. Eso es lo que dicen, pero no es verdad.

[2] El GED (General Education Development en inglés) es una prueba que certifica que el alumno posee los conocimientos equivalentes a un estudiante que ha obtenido el diploma al finalizar el instituto. Superar esta prueba permite acceder a estudios superiores universitarios.

Liberace en los Apalaches

South Shore (Kentucky)

En la diminuta South Shore (Kentucky), amontonada junto al río Ohio, Biggs Lane es el equivalente rural a un centro comercial.

A lo largo de sus noventa metros, Biggs Lane abraza la Ruta 23. La farmacia Wright ha estado en Biggs Lane durante mucho tiempo. Cerca de Wright hay un dentista y un quiropráctico, una gasolinera y un restaurante de sándwiches Subway. Más abajo, hay una tienda de solería, junto a la que se yergue un edificio beis con estructura metálica de buen tamaño.

Al sur de Biggs hay una calle llamada Tootsie Drive y un vecindario de pequeñas casas blancas de madera que se diría tranquilo si no resultara redundante. Todo en South Shore (Kentucky) —población: 2.100— es tranquilo, incluso el majestuoso río Ohio, noventa metros al norte. Al otro lado del río está Portsmouth (Ohio), embutida en una tierra en la que el río Scioto gira hacia el Ohio. En Portsmouth y South Shore es donde da comienzo otra parte de nuestra historia.

En 1979, el mismo año en que Hershel Jick escribió en Boston su carta al *New England Journal of Medicine* , un doctor llamado David Procter se mudaba a aquel edificio beis de estructura metálica de Biggs Lane en South Shore y bautizaba a su nueva clínica con el nombre de Plaza Healthcare.

Procter había venido a South Shore a instancias de Billy Riddle, el médico de familia del pueblo. Billy Riddle llevaba años en South Shore. Había traído al mundo a muchos de los niños del pueblo y trataba cada dolencia lo mejor que podía. Le costaba rechazar pacientes y necesitaba ayuda. De algún modo, encontró a Procter, un canadiense que acababa de completar su internado en Nueva Escocia, y lo persuadió para que viniera a South Shore en 1977.

No obstante, dos años después, Riddle había separado su consulta de la de Procter y cambiado las cerraduras de las puertas. No mucho tiempo

después, en 1979, Billy Riddle murió de un ataque al corazón y solo quedó David Procter.

Procter era un tipo parlanchín y fácil de tratar. Era, no obstante, ostentoso de un modo que resultaba ajeno al valle del río Ohio: llevaba anillos de diamantes, chaquetas de piel y conducía un Porsche. «Vestía como Little Richard o Liberace», decía una enfermera.

Portsmouth es una ciudad industrial en el corazón rural, un puesto remoto en el río Ohio, lejos de otras ciudades. Durante sus días de gloria, las ciudades ribereñas eran lugares para que los hombres inquietos se desahogaran tras pasar días enjaulados en una barcaza. Portsmouth consideró necesario en su momento prohibir bañarse desnudo en el río. Por aquel entonces, siete fábricas de calzado y el mayor fabricante de cordones del país se encontraban en el centro de Portsmouth. Una fábrica de ladrillos, una fundición y la gigante Detroit Steel Company atraían a personas de todo Ohio y Kentucky y daban empleo a miles de ellas. Detroit Steel fabricaba bombas durante la Segunda Guerra Mundial. Cientos de personas asistieron a la inauguración de su alto horno nuevo en 1953, maravilladas por su tamaño y felices por los empleos que generaría. Mientras tanto, el ferrocarril llevaba el acero y los zapatos de Portsmouth al resto del país. Durante años, los hijos conseguían empleo en las fábricas donde trabajaban sus padres y, como en una canción de Bruce Springsteen, así pasaba la vida.

La ciudad fue una cuna del fútbol americano profesional. Jim Thorpe entrenaba a los Shoe-Steels de Portsmouth. Más tarde, los Spartans de Portsmouth se unieron a la Liga Profesional de Fútbol y, durante la Gran Depresión, se mudaron a Detroit y se convirtieron en los Lions de Detroit.

Algunos dicen que el largo declive de Portsmouth comenzó con la inundación de 1937, cuando el río Ohio creció veintidós metros tras cuarenta días de lluvia. Lo que sí es cierto es que, cuando llegó la década de los setenta, Portsmouth se desmoronaba junto con el resto de lo que se estaba convirtiendo en el Cinturón de Óxido estadounidense: una región que no estaba preparada para la globalización, la competencia y la mano de obra barata en países como México. Las fábricas de zapatos comenzaron a cerrar. Selby Shoes se había ido hacía tiempo. Williams Shoes aguantó algo más, en un intento de competir con Italia, Taiwán y México. Pero al cabo, Williams se fue también, y los caparazones vacíos de las fábricas permanecieron para recordar lo que un día habían sido.

Detroit Steel se marchó en 1980, el año en que Portsmouth había sido nombrada una All-American City por segunda vez. Miles de empleos se fueron con ella. La ciudad no se recuperó de aquello. La fábrica de ladrillos cerró también. Lo mismo hizo la planta de energía nuclear de Piketon. La planta de coque que abastecía a Detroit Steel, mientras tanto, fue cerrando por fases y se rindió finalmente en el año 2000. Un Walmart las sustituyó a ambas. Junto a la tienda todavía sigue en pie la chimenea de la planta de coque.

Las familias huían a Columbus, Cincinnati o Nashville. Un grupo de artistas se trasladó a Austin (Texas). La población de Portsmouth se desinfló hasta los veinte mil. Casas imposibles de vender fueron alquiladas o permanecieron vacías después de que sus propietarios se marcharan. Las tiendas de la calle Chillicothe cerraron una a una hasta que ya no quedó casi nada.

Atrás quedó una pequeña cantidad de personas instruidas. Encontraban trabajo en las escuelas o los hospitales para atender de un modo u otro a aquellos para los que el cierre de las fábricas era el principio de una pesadilla americana.

Prácticamente las únicas personas que venían entonces a Portsmouth eran comerciantes de la economía de la pobreza. Abrieron en Portsmouth sus primeras oficinas para cobrar cheques y sus primeros negocios de alquiler de bienes con opción a compra. Abrieron las casas de empeño y los depósitos de chatarra. Y David Procter amplió su consulta.

Muchos confiaban plenamente en Procter. El trabajo duro era parte de la vida en la zona y, por aquel entonces, también lo era el desempleo. La región se hundía y la cantidad de personas que solicitaban ayuda por discapacidad o una paga se disparaba. El programa federal para discapacitados se convertía en prestación por desempleo de larga duración para muchos en el valle del río Ohio. Algunos estaban realmente lesionados o discapacitados, otros no lo estaban. Sin embargo, todos necesitaban el diagnóstico de un doctor. Procter gestionaba los papeles para la prestación con celeridad. En el pequeño hospital Southern Hills de Portsmouth, donde Procter tenía prerrogativas para usar recursos, el personal de enfermería lo recordaba como aquel que más personas ingresaba en el pabellón psiquiátrico (en gran medida, para conseguir que sus pacientes fueran candidatos a la paga por discapacidad).

Procter estaba casado y tenía dos hijos que vivían en Kentucky. También le gustaba flirtear, y los empleados lo veían a menudo en el aparcamiento en plena discusión de amantes con alguna enfermera.

En Southern Hills, Procter corría durante sus guardias, corría literalmente. Iba a toda velocidad, animado. Una actitud nueva se apoderaba de la medicina en Estados Unidos por aquella época. Mantenía que el paciente siempre llevaba la razón, en particular en lo que respectaba al dolor. El doctor tenía que creer a un paciente que dijera que sentía dolor. David Procter encarnaba esta nueva actitud y la llevaba más allá. Tenía un estilo campechano con un toque de evangelista.

«Sus pacientes lo adoraban porque tenía la habilidad de discernir lo que esa persona creía, necesitaba o deseaba —comentaba Lisa Roberts, que era enfermera en el hospital por aquel entonces—. En ese sentido, era un genio, su manera de identificar con precisión quirúrgica a las personas vulnerables y descubrir qué necesitaban o en qué creían. Les decía todo lo que no andaba bien».

Procter cobraba en efectivo en su clínica de South Shore. A mediados de los años ochenta, el mundo médico batallaba con el modo de usar los nuevos opiáceos que las compañías farmacéuticas desarrollaban para tratar el dolor. David Procter los abrazó rápidamente y de forma enérgica. Recetaba opiáceos para dolores de cuello, piernas y lumbago; para la artritis y el dolor de lumbares. Los combinaba con benzodiacepinas: ansiolíticos entre los que el Valium y el Xanax, los favoritos de Procter, son los más conocidos. En Portsmouth, los habitantes sentían ansiedad y sentían dolor. La región de los Apalaches tenía una larga tradición de consumo de benzodiacepinas, que databa del lanzamiento del Valium, a principios de los años sesenta. Las abuelitas lo tomaban. En esta parte del país, cualquier cosa que aliviara el dolor era bienvenida. Sin embargo, la combinación de opiáceos y benzos conducía rápidamente a la adicción.

Hacia mediados de los años noventa, Procter era también conocido por recetar gran cantidad de pastillas para adelgazar y estimulantes, incluso a aquellos que no estaban gordos. En Portsmouth y sus alrededores, se fue desarrollando una modesta industria de fraude de recetas de pastillas para adelgazar firmadas por doctores dispuestos como Procter, que se vendían luego con el fin de obtener un beneficio. Su clínica, Plaza Healthcare, estaba en auge.

En 1996, fue a visitarlo un hombre llamado Randy, que era funcionario de la prisión estatal de Lucasville, dieciséis kilómetros al norte de Portsmouth. Randy tenía hematomas profundos en la espalda fruto de una pelea con un recluso. Le habían dado una lista de doctores aceptados que podía ir a ver. Uno de ellos era David Procter.

«Algunos chicos de la prisión acudían a él porque su despacho se ocupaba del papeleo para la prestación», recordaba Randy.

Procter le firmó una baja de seis meses y, qué duda cabe, se encargó de todo el papeleo, por lo que le cobró doscientos dólares en efectivo. También le recetó un medicamento llamado OxyContin: cuarenta miligramos dos veces al día durante treinta días. El medicamento era un nuevo analgésico, le dijo, y estaba dando buenos resultados.

«Volviendo la vista atrás, la lesión no era nada que requiriese una medicación tan fuerte —recordaba Randy—, pero, en aquel momento, lo que piensas es que es genial porque no sientes la espalda».

Treinta días después, Randy supuso que estaba mejor y no volvió a acudir a Procter para que le renovara la receta. Enseguida lo agarró lo que le pareció la peor gripe de su vida. Le dolía todo, no podía salir de la cama, tenía diarrea y vomitaba. Habló con algunos amigos. Uno de ellos sugirió que podía estar sufriendo el síndrome de abstinencia. Entonces lo vio claro: tenía que volver.

Procter le recetó más de lo mismo. Randy volvió cada mes para pagar doscientos dólares en efectivo por una consulta de tres minutos con Procter y una receta de Oxy. La sala de espera de Procter rebosaba. La gente se peleaba para tener sitio en la cola. Tan solo un puñado de pacientes estaban allí por lesiones. El resto fingía dolor y estafaba con recetas, con la connivencia del doctor. Randy vio a seis compañeros funcionarios de la prisión en la sala de espera. Mantuvo la cabeza gacha, consiguió su receta de Oxy y se fue.

«Ves a gente que sabes que probablemente acabará encerrada en una de tus celdas —decía—. Te vuelve más humilde. Piensas que estás haciendo cosas como se supone que hay que hacerlas. Confías en el doctor. Después de un tiempo te das cuenta de que no está bien, pero no puedes hacer nada al respecto. Estás atrapado. Eres un adicto».

Poco después, encontró camellos en la calle a los que podía acudir si se quedaba sin existencias durante el mes. Volvió a su trabajo en la prisión. Sin embargo, para entonces ya era totalmente adicto a un opiáceo, comenzó a

llegar tarde y a tener que poner excusas. Desesperado, finalmente acudió al subdirector de la prisión. Consiguió tratamiento y se desenganchó. Tres años y medio después de acudir a David Procter por primera vez, Randy había acabado con su adicción.

Para el valle del río Ohio y Estados Unidos, este era solo el principio.

El publicista

Nueva York (Nueva York)

En 1951, un publicista llamado Arthur Sackler, procedente de una poco conocida agencia de mercadotecnia, se encontró con el director de ventas de una pequeña empresa química con cien años de antigüedad llamada Charles Pfizer and Company en la ciudad de Nueva York.

Arthur Mitchell Sackler tenía treinta y nueve años y ya llevaba a sus espaldas una carrera de logros como psiquiatra.

Tanto él como sus hermanos, Raymond y Mortimer, habían crecido en Nueva York y eran hijos de inmigrantes judíos de Europa del Este. Fueron a la universidad durante la Depresión y, según Alan Wald, autor de *American Night: The Literary Left in the Era of the Cold War* (Noche americana: la izquierda literaria en la era de la Guerra Fría), los tres pasaron brevemente por el Partido Comunista. Arthur Sackler comenzó su carrera editorial en el periódico del instituto. Durante la Depresión, publicó sin ayuda alguna lo que Wald denominó un «crudo boletín de la huelga» para el Partido Comunista. Sackler recibía clases de pintura por las noches y pagaba su educación con trabajos temporales.

Al terminar sus estudios de Medicina, Sackler se convirtió en psiquiatra en Creedmoor, un hospital de salud mental de Nueva York. Allí, escribió más de ciento cincuenta artículos sobre psiquiatría y medicina experimental, e identificó algunas de las causas químicas de la esquizofrenia y el trastorno maníaco-depresivo. Fue un cruzado contra el tabaco antes de que se hiciera popular, y prohibió fumar en las compañías que poseyó posteriormente. En la Universidad de Long Island, formó los Laboratorios para la Investigación Terapéutica, que más tarde dirigiría y apoyaría con generosas donaciones. En la misma época, estableció el primer banco de sangre racialmente integrado de la ciudad de Nueva York.

Sackler observó cómo la medicina cambiaba de manera radical durante los años de posguerra. Los avances científicos permitían a las compañías

producir medicinas que cambiaban la vida: antibióticos y vacunas en particular. Era una época efervescente no tanto, sin embargo, para la publicidad médica, que seguía siendo anodina y gris a pesar de que las nuevas medicinas que promocionaban estaban cambiando el mundo. Sackler no veía ninguna razón para que fuera así. Cambió de carrera en los años cuarenta y fue contratado en William Douglas McAdams, una agencia de publicidad pequeña y bastante sobria.

No había pasado mucho tiempo cuando Charles Pfizer and Company, por aquel entonces el mayor fabricante de vitamina C del mundo, se convirtió en uno de sus clientes. El recién formado Departamento de Investigación Farmacéutica de la compañía había desarrollado un antibiótico sintético, derivado primero de bacterias del suelo, al que llamaron Terramicina y que había probado ser efectivo en más de cincuenta enfermedades, entre las que se encontraba la neumonía. La compañía estaba haciendo la transición de la fabricación de químicos a los fármacos. En lugar de vender la licencia a una farmacéutica, Pfizer quería vender su propio antibiótico.

Aquel día, en el despacho, Sackler le dijo al director de ventas de la compañía, Thomas Winn, que, con un presupuesto lo suficientemente abultado para la Terramicina, él podía convertir Charles Pfizer and Company en un nombre conocido entre los doctores.

Winn le concedió un presupuesto mayor del que ninguna compañía había gastado jamás en publicitar un medicamento. «Sackler llenó los medios de lo que ahora llamaríamos un *teaser* , un señuelo publicitario», comentaba John Kallir, redactor creativo en William Douglas McAdams por aquel entonces.

La campaña para Terramicina estaba dirigida a establecer frecuentes contactos con doctores de forma individual, un nuevo concepto radical. Sackler colocó grandes anuncios a todo color en las revistas médicas en los que jugaba con la palabra *terra* («tierra», en italiano): «Terra Bona», por ejemplo. Cuando el medicamento fue finalmente lanzado en Estados Unidos, colocó anuncios con la misma fuente y color que decían: «Terramicina».

Mientras tanto, los redactores de anuncios de Sackler en Nueva York escribieron miles de postales que aparentaban provenir de Egipto, Australia, Malta y otros lugares. Enviaron por correo estas postales, dirigidas personalmente a miles de médicos de familia, pediatras y cirujanos estadounidenses; en ellas se describía cómo la Terramicina combatía

enfermedades en aquellos exóticos lugares (la fiebre de la leche en Malta o la fiebre Q en Australia). Las postales iban firmadas con «Atentamente, Pfizer». Los doctores que ya eran conocidos por recetar muchos medicamentos recibían correo directo adicional.

A continuación, Sackler envió comerciales a las consultas de los doctores. «Eran campañas intensivas —decía Kallir—. Al mismo tiempo, teníamos una agenda muy apretada de correos directos, varios envíos a la vez a aquellos doctores, junto con los anuncios de las revistas».

Kallir recordaba que Sackler había pagado para que incluyeran *Spectrum* de Pfizer, una revista interna satinada de ocho páginas, en la revista médica mensual *Journal of the American Medical Association* durante un año.

Todo aquello se sumó a la eficacia del medicamento para hacer de Terramicina un éxito de ventas: 45 millones de dólares en 1952. A raíz de su éxito con Terramicina, Charles Pfizer and Company se expandió a trece países y cambió finalmente su nombre a Pfizer.

La campaña de Sackler fue el punto de partida de la publicidad farmacéutica moderna, un campo que, hasta entonces, en palabras de un ejecutivo: «Existía, pero era como si no existiera». Sackler, en previsión de futuro, compró la firma para la que trabajaba: William Douglas McAdams.

Aparte de esto, sus hermanos y él compraron también una compañía farmacéutica desconocida: Purdue Frederick, fundada en la década de 1890, durante la época de los medicamentos sin receta, por John Purdue Gray y George Frederick Bingham. La compañía había avanzado renqueante desde entonces y, hasta el momento en el que nuestra historia comienza a desvelarse, en la década de 1980, era aún conocida principalmente por vender antisépticos, un laxante y un producto para eliminar cerumen.

Mientras tanto, Arthur Sackler había seguido transformando la mercadotecnia farmacéutica. En 1963, obtuvo de Hoffman-La Roche la licencia que le permitía importar y vender un nuevo tranquilizante llamado Valium. De nuevo, Sackler puso el énfasis en el contacto directo con los doctores para promocionar el medicamento. Los comerciales visitaban con frecuencia las consultas de los doctores con muestras gratuitas de Valium. Puso cabinas en convenciones médicas y frecuentes anuncios en color de varias páginas en revistas médicas. Publicó otra revista mensual satinada con historias sobre la actualidad de doctores conocidos, junto a otras noticias y anuncios de Valium.

Parte de la campaña estaba dirigida a convencer a los doctores de que recetaran Valium, que el público consideraba peligroso. Los anuncios urgían a los doctores a considerar que el dolor físico de un paciente estaba conectado con el estrés, y que Valium era el remedio para el estrés. Si un niño estaba enfermo, tal vez la madre estuviera tensa. Valium se dirigía sobre todo a las mujeres, y se vendía como una manera de soportar el estrés de la vida de esposa y madre. Antes del movimiento feminista, se suponía que las mujeres necesitaban ese tipo de ayuda durante el resto de sus vidas, ya que entonces no preocupaba su capacidad de crear adicción.

Entre los muchos talentos de Arthur Sackler estaba el hecho de que pensara como un médico de familia. Los doctores eran bombardeados con pacientes que estaban tensos, preocupados. «Los pacientes entraban: "Estoy nerviosa todo el día". O bien: "Mi hijo está en el ejército" —contaba Win Gerson, que trabajó para Sackler durante años y después fue presidente de William Douglas McAdams—. La gente iba de un lado para otro nerviosa, preocupada, y este medicamento los calmaba totalmente. Funcionaba para ciertos tipos de dolores de espalda. Convirtió en yonquis a algunas personas, pero el medicamento funcionaba».

No obstante, si Terramicina suponía un beneficio total para la humanidad, el Valium no tanto; o, más bien, cualquier beneficio quedaba ensombrecido por sus riesgos significativos. Había algo de medicamento sin receta del siglo XIX en el ADN del Valium. No trataba el origen del estrés. Más bien, trataba síntomas vagos y, en consecuencia, permitía a los doctores zafarse de la complicada tarea de entender las causas de dicho estrés. Al igual que los medicamentos sin receta, Valium era un medicamento de marca que se promocionaba junto a la idea de que una pastilla podía solucionar cualquier dolencia. Cuatro décadas más tarde, y mucho después de la desaparición de Arthur Sackler, la compañía de este, Purdue, produciría y promocionaría a través de su agencia publicitaria, William Douglas McAdams, un analgésico con características similares.

Valium se convirtió en el primer medicamento en ganar cien millones de dólares para la industria farmacéutica y, más adelante, en conseguir mil millones de dólares. Pero hacia mediados de los años setenta se descubrió que Valium era, efectivamente, adictivo y un mercado callejero apareció a su alrededor. Hoffman-La Roche fue acusada de no advertir sobre el potencial adictivo del medicamento.

Sackler, mientras tanto, siguió combinando una energía sobresaliente con gran curiosidad intelectual. Fundó el *Medical Tribune* , un periódico bisemanal repleto de anuncios de la industria farmacéutica, ahora floreciente. En el periódico, él escribía una columna: «Un hombre y la medicina». Se convirtió en un coleccionista de arte chino de talla mundial, y en las fiestas que daba en su casa los invitados se codeaban con Luciano Pavarotti e Isaac Stern. Mientras los doctores se apresuraban a mantenerse a la última con respecto a los rápidos cambios en medicina, Sackler vislumbró otra oportunidad de mercadotecnia. Presionó a sus clientes de las farmacéuticas para que financiaran seminarios de Educación Médica Continua (CME, por sus siglas en inglés), que eran un requisito cada vez más inapelable si los doctores deseaban mantener sus licencias. Al financiar los seminarios de la CME, observó, las farmacéuticas podían captar la atención de los médicos.

Arthur Sackler nunca se jubiló. En 1987, a la edad de setenta y tres años, tuvo un ataque al corazón y falleció. Dejó atrás una mujer y dos exesposas, una fortuna espectacular y una industria que le debía tanto que se refería a él por su nombre de pila. Hoy en día, su nombre se encuentra en galerías o alas del Instituto Smithsonian, el Museo Metropolitano de Arte de Nueva York, la Real Academia de Londres, así como en las universidades de Princeton, Harvard y Pekín. Hay instalaciones médicas que llevan su nombre en las universidades de Tel Aviv, Tufts y Nueva York. En 1996, fue una de las cinco primeras personas introducidas en el Salón de la Fama de la Publicidad Médica.

No obstante, Arthur Sackler es relevante en esta historia porque fundó la publicidad farmacéutica moderna y, en palabras de John Kallir, mostró a la industria que «se pueden conseguir cosas asombrosas con la venta directa y la publicidad directa intensiva».

Años más tarde, Purdue pondría esas estrategias en práctica para promocionar su nuevo analgésico opiáceo: OxyContin.

Los inicios de Enrique

Un rancho en Nayarit (México)

La madre de Enrique odiaba la lluvia. Goteaba a través del techo ondulado de hojalata de su chabola de cartón y los dejaba mojados durante semanas. Colocaba sartenes y cubos por toda la chabola para atrapar los chorros nuevos de agua que lograban hacerse un hueco a través del techo. De bebé, Enrique correteaba bajo la lluvia, saltaba en los charcos y perseguía a los perros callejeros de la aldea. Para su madre, no obstante, la lluvia fría e implacable encarnaba su pobreza y le recordaba a su marido.

Los padres de Enrique vivían al final de un rancho que no tenía calles asfaltadas ni electricidad, en el estado mexicano de Nayarit. Sus padres se habían casado jóvenes y sin tierras. Se ganaban la vida a duras penas con la venta de carbón y madera. Enrique era su segundo hijo. La familia se apiñaba en una casa de cuatro habitaciones junto a otras dos familias. Unos cuantos años más tarde, encontraron un trozo de tierra en un barrio conocido como El Sapo, cerca de un lodazal al final de la aldea. Confeccionaron aquella chabola de dos habitaciones con cartón, lona y madera contrachapada que habían podido recoger en los vertederos. Tuvieron más hijos. Enrique no recuerda nada de aquellos años excepto los gritos, a su padre pegando a su madre y a su madre preocupada por cómo conseguir la comida de cada día.

Entonces, sucedió un milagro. El padre de Enrique heredó las veinte hectáreas propiedad de sus padres, que habían decidido no repartirlas entre sus otros hijos. De esta manera, el padre de Enrique se convirtió en terrateniente y empezó a cultivar caña de azúcar, la cual, al tratarse del México populista de los años setenta, se beneficiaba del apoyo a los precios del nuevo Gobierno. Con ahorros, pudo comprar un viejo camión para transportar caña de azúcar. Ser propietario no ablandó al padre de Enrique, más bien lo colmó de arrogancia. Volvía borracho a casa por las noches, gritaba a sus hijos y pegaba a su mujer con más frecuencia. No soltaba

palabra que no fuera una orden. Cuando la madre de Enrique le pedía dinero a su esposo para sacar la casa adelante, este se lo daba acompañado de insultos. Su camión rugía como una bestia, y él lo conducía por la aldea desde su asiento en lo alto, como si fuera una bella yegua.

Una mañana, cuando tenía ocho años, Enrique ayudaba a su padre, que tenía resaca y trabajaba bajo el camión. El padre le pidió que le buscara una herramienta. Enrique no tenía ni idea de a qué herramienta se refería. Bajo el camión, su padre se enfadaba cada vez más. Enrique daba vueltas de un lado para otro mientras buscaba sin saber qué estaba buscando. Su padre empezó a maldecirlo. Enrique rompió a llorar desesperado. Su padre salió arrastrándose de debajo del camión. Enrique huyó corriendo. Su padre lo persiguió y le dio una paliza. Enrique nunca había golpeado a un animal del modo en que lo golpearon a él aquel día. Aquella noche lloró hasta quedarse dormido, enfadado porque su madre no lo había defendido, con odio hacia la vida y hacia su padre.

Enrique oía a gente decir que era feliz en su pobreza. No obstante, Enrique no había conocido a ningún pobre que no fuera miserable. Un río infranqueable parecía separar El Sapo del mundo. En El Sapo, la pobreza enfrentaba a unos aldeanos con otros en una batalla encarnizada por el control. Enrique ordeñaba vacas para otro granjero. Le pagaban dos litros de leche al día y diez pesos a la semana, y con ello soportaba las patadas e insultos del hijo del granjero, que tenía su edad. En una ocasión, cuando Enrique estaba enfermo, su madre lo llevó al hospital de Tepic. Clavó la mirada en las mujeres perfumadas, los hombres con sus coches nuevos y los niños con ropa nueva. La ciudad estaba a tan solo unos kilómetros del rancho, pero parecía una tierra lejana al otro lado de aquel río.

Enrique creció y fue a la escuela. Allí aprendió a odiar a los maestros como su madre odiaba la lluvia. Trataban a los chicos del barrio alto del pueblo con respeto mientras les hablaban con dureza a los niños andrajosos que subían desde El Sapo sin comida para el almuerzo. A los chicos del barrio alto, los maestros los premiaban con golosinas y juguetes que nadie que viniera de El Sapo tenía oportunidad de ganar. Algunos maestros prohibían a los chicos de El Sapo ir al lavabo hasta que se lo hacían encima. Unos cuantos maestros se presentaban borrachos; otros no aparecían durante semanas. El padre de Enrique se mofaba de él porque no se sabía las tablas de multiplicar, pero ¿cómo se las iba a saber con maestros así?

La vida le reservaba algo emocionante: los hermanos de su madre trabajaban en Los Ángeles, lo que le proporcionaba a la familia unos contactos que otros chicos envidiaban. Los aldeanos hablaban de sus tíos como de exploradores de tierras lejanas e intercambiaban las novedades. Enrique no soltaba prenda a sus amigos sobre el hecho de que su padre nunca se hubiera llevado bien con estos tíos. Se habían peleado años antes, a su padre lo acuchillaron y dos miembros de la familia de los tíos murieron. Su padre entró en la familia al casarse, pero sus cuñados y él nunca se gustaron.

Entonces, llegaron noticias de que un tío regresaba del Valle de San Fernando. Los parientes estaban emocionados por los regalos que traería consigo. Aquel día, las madres lavaron a sus hijos y los colocaron en fila con expectación. El tío, con la rencilla con el padre de Enrique en la memoria, traía regalos para todo el mundo excepto para Enrique, sus hermanas y su madre. Los niños volvieron a casa llorando sin poder entender nada.

La vida mejoraba muy poco a poco. De algún modo, la madre consiguió ahorrar el dinero suficiente para comprar una vaca, lo que los convirtió en una especie de rancheros, al fin; gracias a eso, tuvieron que trabajar más duramente. Enrique se iba a la cama con el sueño de llevar una vida de ranchero respetable. Durante un tiempo, creyó vislumbrar un futuro como policía. Vigilar el tráfico parecía un trabajo estimulante. Sin embargo, su padre no tenía los contactos políticos para meterlo en la academia.

Además, decía su padre: «Necesito un agrónomo, no un patrullero. Recuerda que algún día esta tierra será tuya. Tus hermanas se casarán e irán a vivir con sus esposos. Tú heredarás la tierra y la casa».

El padre de Enrique repetía aquella promesa, que pronto sonaba más a amenaza. Enrique veía a los agricultores como su padre dejarse la vida en aquellos campos. Nunca dejaban de ser los mismos hombres ignorantes, violentos y fríos atrapados por la pobreza y controlados por otros. Escapar de este destino se convirtió en la mayor preocupación de Enrique.

Su apremio se intensificó cuando se fijó en una chica. Ella tenía doce años y era preciosa. Su padre era carnicero en el pueblo. Eso la colocaba en un escalón social superior al del rancho, muy por encima del de Enrique, hijo de un agricultor de caña de azúcar borracho. Ella vivía en la parte alta, que estaba por encima de El Sapo en términos no solo geográficos. Los chicos de aquel barrio tenían padres con tiendas, casas ligeramente mejores y más

tierras. Mandaban en los columpios del pueblo y echaban a los niños de El Sapo a pedradas.

Enrique sabía que no podía darle a aquella chica la vida que ella o sus padres esperaban. No obstante, cuando le preguntó si quería ser su novia, ella aceptó. El suyo fue un casto romance de pueblo, colmado de besos y abrazos. Para que llegara a ser algo más, Enrique sabía que tenía que ponerse las pilas.

Fue entonces cuando su madre se fue a California unos meses. Regresó con regalos y con la noticia de que uno de sus hermanos había sido asesinado (por un agente de policía que había abusado de su autoridad, dijo). La gente del pueblo aceptó aquella versión. El resto de sus tíos del norte, cuya ira hacia la madre de Enrique por haberse casado con su padre había remitido, le enviaron sus primeras prendas de vestir estadounidenses. Los aldeanos veían a estos hombres como héroes, algunos les pedían ayuda para ir al norte. Enrique se imaginaba a sus tíos como prohombres en un lugar llamado Canoga Park.

Su madre encontró trabajo como supervisora del comedor de la escuela del pueblo, de modo que Enrique no tuvo que ir hambriento a la escuela nunca más. Su padre fue elegido tesorero de la cooperativa de cultivadores de caña de azúcar local. Supervisó la instalación de las primeras farolas del pueblo. Enrique estaba sorprendido de ver a su padre tan diligente a la hora de poner las luces en el pueblo cuando a casa traía tanta oscuridad.

Entonces, se acabó la secundaria. Enrique intentó ir al instituto de Tepic. Pasó allí dos semanas, sin nada que almorzar un día tras otro, hasta que se quedó sin dinero para el autobús y lo tuvo que dejar. La amenaza de una vida en el campo ahora parecía terriblemente real. Afanarse con la caña de azúcar nunca le permitiría darle a su chica lo que ella y su padre deseaban para ella. En el pueblo, las chicas se casaban jóvenes; aunque su novia solo tenía trece años, Enrique no tenía tiempo que perder.

Al menos, las cañerías empezaban a llegar al pueblo. Ahora, los lugareños podían conseguir agua potable de un grifo en lugar de tener que caminar a un pozo lejano. Los lavabos sustituían a los campos. Sin embargo, Enrique solo podía pensar en sus tíos de Canoga Park, de modo que hizo planes que guardó en secreto. Llegaría a Tijuana y encontraría un coyote que lo llevara a Canoga Park. No tenía ninguna dirección ni el teléfono de sus tíos, pero estaba seguro de que serían muy conocidos y fáciles de encontrar.

Un día atravesó el pueblo, saludó a sus amigos, pasó un rato con su novia y no dijo adiós a nadie. Al día siguiente, cogió un certificado de nacimiento y se puso su mejor chaqueta negra, una que sus tíos le habían mandado, una camisa de cuello blanco y pantalones azules; besó a su madre y le dijo que volvería más tarde. Fue a Tepic y se montó en el Tres Estrellas de Oro, el autobús económico que, durante años, había conducido hasta el norte a cientos de miles de mexicanos que tenían la intención de cruzar.

Pagó el billete con doscientos pesos que les había hurtado a sus padres. Lo consideraba un préstamo para no sentirse mal por haberlo cogido. Pasó veintiocho horas sentado junto a la ventanilla para ver todas las cosas que no había visto jamás.

Corría el año 1989 y tenía catorce años.

La molécula

Andy Coop estuvo a punto de pasarse su vida profesional mirando cómo se seca la pintura.

Era hijo de un operador de fábrica y una empleada en la cafetería de una escuela, y natural de Halifax, en el norte de Inglaterra. Completó su licenciatura en Química por la Universidad de Oxford en 1991. Le dieron a elegir dónde continuar sus estudios. En la Universidad de Cardiff había un profesor cuya especialidad era la química de la pintura. La industria de la época trataba de encontrar una nueva pintura que se secara a una temperatura determinada. En la Universidad de Bristol estaba John Lewis, que estudiaba la química de las drogas y la adicción. En los años sesenta, Lewis había descubierto la buprenorfina, un opiáceo que, más tarde, ayudó a desarrollar como tratamiento para la adicción a la heroína.

Coop no recordaba habérselo pensado mucho. Las drogas sonaban más interesantes que la pintura, así que se decantó por Bristol y John Lewis. Fue allí, en un laboratorio de Bristol en 1991, donde Andy Coop descubrió la molécula de la morfina: el elemento fundamental de todos los opiáceos. Con el tiempo, Andy Coop se engancharía a la molécula de la morfina (en sentido figurado, por supuesto, ya que solo probó una droga que la contuviera en una ocasión, y fue después de una operación).

Busqué a Andy Coop porque quería entender la molécula que yacía tras la historia que me obsesionaba.

A diferencia de cualquier otra partícula de la Tierra, la molécula de la morfina parecía contener el cielo y el infierno. Permitía a la cirugía moderna salvar y mejorar incontables vidas. Paralizaba y acababa con incontables vidas por medio de la adicción y la sobredosis. Cuando se analiza en profundidad, permite invocar algunas de las mayores creaciones culturales y de las cuestiones más profundas de la humanidad: Fausto, el Dr.

Jekyll y Mr. Hyde, discusiones sobre la naturaleza fundamental del hombre y el comportamiento humano, sobre el libre albedrío y la esclavitud, sobre Dios y la evolución. Al estudiar la molécula, era natural preguntarse si es posible que la humanidad alcance la felicidad sin dolor, si vale la pena esa felicidad, si podemos tenerlo todo.

«Tal vez me hubiera encantado la pintura —me explicaba Coop—. Pero la discusión acerca de la evolución, el paraíso y el infierno, la psicología… Nada de eso importa cuando estudias pintura».

En los adictos a la heroína, yo había visto la degradación que conlleva la pérdida del libre albedrío y ser esclavo de lo que no es más que una idea: el placer permanente, la insensibilidad, la anulación del dolor. Sin embargo, la decadencia del hombre siempre ha comenzado en el momento en que lo tiene todo y se siente libre de la fricción, el dolor y la privación que atemperan su comportamiento.

De hecho, Estados Unidos alcanzó algo semejante a esto durante el periodo retratado en este libro: la última década del siglo XX y la primera del siglo XXI . Cuando regresé a casa desde México durante aquellos años, noté cómo se empezaba a manifestar una obesidad alarmante. No eran solo las personas, todo parecía obeso y excesivo. Los todoterrenos Hummer y los SUV eran coches cargados de esteroides. En algunos de los barrios residenciales del sur de California, donde yo había crecido, dentro del límite de las parcelas trazadas para casas de tres dormitorios de los años cincuenta, se apelotonaban mansiones de setecientos metros cuadrados que no dejaban espacio para patios donde disfrutar del sol californiano.

En los condados del norte de California de Humboldt y Mendocino, los jipis de los años sesenta se habían convertido en los últimos grandes pioneros americanos al escapar del mundo artificial de sus padres. Vivían en tipis sin electricidad y financiaban la empresa con el cultivo de hierba. Ahora, sus hijos y nietos, cual científicos locos, usaban químicos y lámparas de mil vatios en vagones de tren sepultados para pasar desapercibidos con el fin de crear cepas de marihuana superpotentes. Su hierba se rizaba como una permanente de los años ochenta; cultivar eso contribuía a destruir el mundo natural que sus progenitores habían buscado en su día.

El exceso contaminaba lo mejor de Estados Unidos. Caltech producía alumnos brillantes como churros, pero la mayor parte de ellos no iban a parar a la ciencia, sino a Wall Street, a crear trucos financieros que dieran

beneficios sustanciosos sin producir nada. Mientras tanto, Wall Street y altos directivos recibían salarios exorbitantes, con independencia de lo mal que hicieran su trabajo. Los bancos creaban paquetes de créditos hipotecarios de alto riesgo y nosotros los creíamos cuando Standard & Poor's los calificaba con la triple A. Los padres acaudalados ya no les pedían a sus hijos que buscaran trabajo cuando alcanzaban la adolescencia.

En México, conseguí apreciar de una manera diferente lo que Estados Unidos significa para una persona pobre, limitada por sus propios orígenes humildes. Yo me sentía orgulloso de que Estados Unidos hubiera convertido a más mexicanos en miembros de la clase media que el propio México. Entonces, regresaba a casa y veía cómo gran parte del país le daba la espalda a este legado para perseguir la comodidad, vivir endeudados e intentar lograr la felicidad mediante más objetos. Y no me parecía ninguna coincidencia que fuera la época en la que cada vez más jóvenes —casi todos adinerados y blancos— comenzaran a consumir enormes cantidades de la molécula de la morfina, a doparse y desconectar.

Busqué a Andy Coop, que preside el Departamento de Ciencias Farmacéuticas de la Universidad de Maryland en Baltimore.

Lo que le daba, según él, a la molécula de la morfina su inmenso poder es que evoluciona para ajustarse como un guante a los receptores que todos los mamíferos, en especial los humanos, tienen en el cerebro y la médula espinal. Los llamados receptores de opioides mu —designados para crear sensaciones de placer cuando reciben endorfinas producidas de forma natural por el cuerpo— recibían la molécula de la morfina con especial vehemencia. El receptor se combina con las endorfinas para aportarnos esos sentimientos luminosos que produce la visión de un niño o acariciar cachorros peludos. La molécula de la morfina satura el receptor, lo que crea una euforia mucho más intensa que cualquier otra cosa que podamos adquirir internamente. También produce somnolencia, estreñimiento y el fin del dolor físico. La aspirina tenía un límite en la cantidad de dolor que podía calmar. Sin embargo, según Coop, cuanta más morfina se toma, más cantidad de dolor es posible anestesiar.

Por esta razón, no hay ninguna planta que se haya estudiado más que la adormidera por sus propiedades medicinales. Cuando los pétalos de la flor madura caen, un bulbo del tamaño de una pelota de golf emerge sobre el pedúnculo. En el bulbo se aloja un líquido viscoso que contiene opio. A partir de este, los humanos han derivado láudano, codeína, tebaína,

hidrocodona, oximorfona y heroína, además de cerca de otras doscientas drogas; todas contienen la molécula de la morfina o variaciones de ella. La etorfina, un derivado de la tebaína, se usa en las pistolas de dardos para tranquilizar rinocerontes y elefantes.

El tabaco, la hoja de coca y otras plantas han evolucionado para dar placer y producir adicción en los humanos, comentaba Coop. Sin embargo, la molécula de la morfina las sobrepasaba a todas en intensidad eufórica. Más tarde, se cobraba una poderosa venganza cuando un humano se atrevía a dejar de usarla. Un adicto, durante el periodo de abstinencia, abandonaba su adormecimiento narcótico y regresaba a la vida y las sensaciones. Los adictos adormecidos sufrían una impotencia notoria; con la abstinencia, tenían frecuentes orgasmos conforme volvían a experimentar sensaciones. Los humanos con la osadía suficiente para intentar dejar la molécula de la morfina padecían primero el tormento de un dolor atroz que duraba días. Si un adicto siempre estaba estreñido y se quedaba dormido, la abstinencia acarreaba diarreas feroces y una semana de insomnio.

La molécula de la morfina era como un amante consentido que tuviera un berrinche antes de marchar. De hecho, los yonquis con los que hablaba aseguraban sentir un hormigueo recalcitrante cuando intentaban orinar hacia el final del periodo de abstinencia, como si la parte última de la molécula, ahora refugiada en el riñón, luchara contra viento y marea para evitar ser expulsada. Al igual que un amante, ninguna otra molécula de la naturaleza proporcionaba un alivio del dolor tan piadoso para luego enganchar a los humanos totalmente y castigarlos sin misericordia por querer liberarse de ella.

Algunos parásitos de la naturaleza ejercen el tipo de control que obliga al hospedante a actuar de forma contraria a sus intereses. Hay un protozoo, el *Toxoplasma gondii* , que se reproduce en el vientre de un gato y es posteriormente excretado por el felino. Una de las maneras en las que reinicia el ciclo consiste en infectar a una rata que pasa cerca de los excrementos. El *Toxoplasma gondii* reprograma a la rata infectada para que le encante la orina de los gatos, que para una rata sana sería un aviso de depredador. Una rata infectada se regodea en la orina de los gatos, de manera que se ofrece como manjar fácil para los gatos cercanos. De este modo, el parásito entra de nuevo en el estómago del gato, se reproduce y es expulsado con los excrementos de este; y el ciclo continúa.

La molécula de la morfina ejerce un lavado de cerebro análogo en los humanos, y los empuja a actuar de manera contraria a sus intereses por ir en busca de la molécula. Los adictos traicionan a sus seres queridos, roban, viven bajo autopistas en condiciones climáticas duras y se exponen a riesgos igual de horrendos para obtener la molécula.

Se convirtió en la molécula estandarte de una era de excesos. Ninguna cantidad era suficiente. La molécula desarrolla una tolerancia cada vez mayor. Además, solía atrincherarse cuando el cuerpo reunía el valor para expulsarla. Y esto no se reducía solo al periodo de abstinencia. La mayoría de las drogas se reducen fácilmente a una glucosa soluble en agua dentro del cuerpo, que puede expulsarlas después. Sola en su entorno, la molécula de la morfina se rebelaba. Se resistía a ser transformada en glucosa y permanecía dentro del cuerpo.

«Todavía no podemos explicar por qué sucede. No sigue las reglas, simplemente. Cualquier otra droga en el mundo, miles de ellas, sigue esta norma. La morfina, no —afirmaba Coop—. Es casi como si alguien la hubiera diseñado así en realidad, de una manera perversa».

Entrega a domicilio, como la *pizza*

Denver (Colorado)

En 1979, un joven estrenaba empleo en el Departamento de Policía de Denver. Era nuevo en la ciudad, y aún estaba reciente la ruptura de un compromiso matrimonial en su ciudad natal de Pueblo, en Colorado.

Dennis Chavez nunca había tenido la intención de ser poli. Sus raíces familiares se remontaban a un conquistador español del siglo XVII . Cuatro siglos después, el padre de Chavez era obrero de la siderurgia en Pueblo.

Chavez, un tipo grande, jugó al fútbol americano en la Universidad de Colorado durante un par de años en la década de los setenta, antes de dejar la facultad. Trabajó en la construcción y, más tarde, un amigo que acababa de ser contratado en el Departamento de Policía de Denver le dijo que era divertido y lo animó a presentarse al examen de ingreso. Chavez aprobó, y unos meses más tarde, estaba en la academia de policía de Denver.

Sin embargo, al inicio de su primer año de patrulla, uno de los formadores le comentó al amigo que Chavez suspendía, que era probablemente el más tonto entre los nuevos reclutas y que lo más seguro es que se lo cepillaran antes de que acabara el curso. Eso le escoció. Chavez dedicó tiempo extra a estudiar las leyes y las ordenanzas municipales, a ejercitarse y a poner energías renovadas en el trabajo de calle.

Con el tiempo, su interés por los deportes se centró en el levantamiento de peso. Se hizo un corte de pelo militar plano y se afeitó rayos en los laterales y el número de placa en la nuca. Por aquel entonces, los esteroides eran legales. Le compraba drogas para culturistas a un doctor que pasaba consulta en el gimnasio donde se entrenaba. Poco después, ya se gastaba mil doscientos dólares al mes en esteroides y suplementos. Medía uno noventa, pesaba ciento trece kilos y los músculos sobresalían de su cuerpo como un globo al que se aprieta. Dennis Chavez era un tipo fiero entonces,

daba apretones de manos con fuerza férrea y palmadas en el hombro a sus amigos cuando los veía. Acudía a cada llamada al 911 como un pitbull, listo para la acción. Cuando les rugía un «¿Cómo te va?» a sus amigos, sonaba a un cruce entre pregunta y orden. Incluso los polis lo evitaban.

Estaba obsesionado con su trabajo, que para él significaba arrestar a tipos malos. Un teniente lo criticó en una ocasión por no poner suficientes multas. En su papel de agente de instrucción de nuevos reclutas, comentaba el teniente, Chavez no les mostraba lo suficiente las dos caras del trabajo policial.

«Eso no es lo que yo hago —le comunicó Chavez al teniente—. Yo encuentro criminales».

Pasó sus primeros años en el cuerpo bajo la tutela de un policía llamado Robert Wallis, que era la versión del departamento del superpolicía. Hacía arrestos importantes todo el rato. Su compañero y él se habían visto envueltos en más de una docena de tiroteos, lo que, a ojos de Chavez, significaba que Wallis siempre se ponía delante de los peores tipos y era el tío al que imitar. Wallis lo instruyó acerca de los tatuajes carceleros y de cómo reconocer la mirada de un tipo que se ha fugado en la cola de un refugio del centro. De Wallis, Chavez aprendió enseguida que la mayor parte de los crímenes están relacionados con drogas ilegales, de manera que entender ese mundo era vital para realizar un buen trabajo policial.

A Chavez le interesaba la heroína particularmente. Por aquel entonces, las familias mexicoamericanas controlaban el mercado de Denver. Sin embargo, mientras se las trabajaba y realizaba detenciones, oyó que todas recibían sus suministros de hombres procedentes de un lugar de México llamado Nayarit. El nombre no le decía nada a Chavez, aunque no dejaba de aparecer conforme pasaban los años. Los nayaritenses vendían una sustancia que no habían visto nunca antes. Toda la heroína de Denver hasta entonces había sido un polvo marrón claro; esta heroína nayaritense, en cambio, era negra y pegajosa, y parecía caramelos de chocolate o heces de rata. La llamaban «alquitrán negro», y Chavez había oído historias sobre cómo la cortaban con reducción de Coca-Cola.

A medida que pasaban los años, Dennis Chavez se daba cuenta de que lo que más le gustaba de su trabajo era deducir los crímenes. Introducirse en ellos, encontrar la pista de un criminal y su *modus operandi* . En cierta ocasión, hubo un violador en serie que atacaba en Denver. Chavez le había tomado declaración a la última víctima, una chica de instituto que, entre

lágrimas, le había cogido la mano y hecho prometer que atraparía al tipo. Las víctimas afirmaban que el violador llevaba un cuchillo Buck consigo cuando las atacaba. Chavez registró los ataques del violador: horas, fechas, lugares. Vigiló el barrio del sureste de Denver donde pensó que actuaría de nuevo. Una noche, vio a un hombre que bajaba por un callejón y supo que era él. Entonces, el hombre cruzó la calle de manera imprudente. Chavez lo paró y lo detuvo por llevar un cuchillo Buck escondido en los pantalones. Las víctimas acudieron a la comisaría aquella noche e identificaron al arrestado de Chavez como el violador.

Cuando llevaba unos años en el puesto, Dennis Chavez se despertó una mañana ciego y con el corazón dándole golpes en el pecho como un pistón sobrecalentado. Su novia lo llevó al hospital. Un doctor le comunicó que tendría un derrame cerebral si no aflojaba: «Puedes morir joven y guapo o dentro de muchos años, gordo y feliz», le comunicó el doctor.

Dennis Chavez escogió la segunda opción. Dejó los esteroides y el café y abandonó el levantamiento de peso. Comenzó a practicar aikido y a dar largos paseos en su Harley por las montañas de Colorado. Más adelante, fundó un club de agentes motociclistas y organizó colectas de dinero para organizaciones benéficas.

Se volvió más dulce. Su trabajo policial también cambió. Su amor por la investigación no menguó, pero, al no ser ya un pitbull, debía desarrollar otras habilidades. Entre estas se encontraba la de ganarse la confianza de los soplones y, con ella, una personalidad que a la gente le gustara tener cerca. La verdad es que conseguir soplones no le resultaba difícil. Arrestaba a un tipo y le decía que podía hacer desaparecer su caso si incriminaba a otros. Con el tiempo, este acuerdo podía llevar a pagos en efectivo al confidente. La parte más dura era gestionar la relación, en particular cuando el confidente pasaba de estar trabajando en su caso a ganar un sueldo. Los mejores soplones eran aquellos que no abandonaban y que hacían cualquier cosa por su policía de contacto. Estas relaciones requerían mano izquierda y una personalidad tranquilizadora que le dejara claro al confidente que Chavez sentía simpatía por él y que lo protegería. Implicaba saltarse las reglas de vez en cuando: aceptar regalos de Navidad, por ejemplo, y hacer regalos a su vez.

Los confidentes se volvieron especialmente relevantes cuando, en 1995, Dennis Chavez entró en la unidad antidroga del Departamento de Policía de Denver. Heredó su primer confidente fijo de un sargento que dejaba la

unidad, que le presentó a un hombre inmerso en el submundo de la heroína mexicana en Denver.

Chavez nunca había tenido mucho contacto con México. Su padre había prohibido el español en casa para evitar que sus hijos tuvieran acento al hablar inglés. Sin embargo, Chavez veía cómo el mundo de la droga en Denver cambiaba. Familias de traficantes mexicoamericanas iban a prisión, morían o se mudaban. Los mexicanos se habían lanzado al vacío y, cuando esto sucedió, Chavez empezó a oír hablar con insistencia del estado de Nayarit. Toda la heroína que había ahora en Denver era alquitrán negro.

A finales de la década de los ochenta, veía a tipos de Nayarit que deambulaban por el centro de la ciudad para venderle heroína a quienquiera que se acercase a ellos. Detuvo a muchos y localizó Nayarit en el mapa, aunque el nombre seguía sin decirle nada. Los veía moverse en coche para encontrarse con los clientes. Arrestaban a mexicanos en la estación de autobuses con mochilas cargadas con un kilo o dos de droga. Aun así, Chavez seguía sin entender la conexión entre todo esto, si es que la había. Hasta que, un día, su confidente le dijo: «Sabes que todos vienen de la misma ciudad, ¿no?».

Conocí a Dennis Chavez en un restaurante mexicano del norte de Denver, donde me contó la historia de cómo empezó a seguirle la pista a la heroína de Nayarit. Me dijo que el confidente lo había dejado intrigado con lo que le había contado —que todo lo que veía relacionado con la heroína de Denver tenía su origen en una pequeña ciudad de México— e intentó sacarle más información.

Todo lo que Chavez había visto en las calles, le dijo el confidente —los camellos, los mulos con mochilas cargadas de heroína, los conductores que llevaban globos con heroína—, parecía muy casual y aislado, pero no lo era. Todo estaba conectado.

Todos vienen de una ciudad llamada Xalisco. «Ja-liiis-ko», lo pronunciaba. No hay que confundirla con el estado de México que se dice igual pero se escribe con jota. El estado de Jalisco es uno de los más grandes de México y su capital es Guadalajara. El nombre de esta ciudad, le dijo, se escribe con equis. El confidente nunca había estado allí, pero creía que se trataba de un lugar pequeño.

Todos estos tipos que se movían por Denver para vender heroína de alquitrán negro provenían de esta ciudad de Xalisco, o de pequeñas aldeas cercanas, le contó el confidente. Su éxito se debía al sistema que habían

aprendido. Se trataba de un sistema para vender heroína al por menor. En realidad, este sistema era sencillo y dependía del trabajo de mexicanos que cobraban poco y no tenían papeles, como cualquier tugurio de comida rápida.

Desde ese momento, Chavez empezó a verse con el confidente en bares y en una camioneta frente a su casa, donde hablaban sobre estos tipos de Xalisco y su sistema de venta de heroína, que no se parecía a nada que el confidente hubiera visto en el submundo de las drogas.

«Míralo como una franquicia de comida rápida —le decía el confidente—, como un servicio de entrega a domicilio de *pizza* ». Cada célula o franquicia de heroína tiene un propietario en Xalisco (Nayarit) que le suministra la heroína. Este propietario rara vez viene a Estados Unidos y solo se comunica con el administrador de la célula, que vive en Denver y dirige el negocio en su nombre.

Por debajo del administrador de la célula está el teleoperador, seguía el confidente, que permanece todo el día en un apartamento y recibe llamadas. Las llamadas las hacen los adictos, que encargan la droga. El operador tiene a sus órdenes a varios conductores, que reciben una paga semanal, alojamiento y comida. Su trabajo consiste en conducir de un lado a otro de la ciudad con la boca llena de pequeños globos desinflados cargados de heroína de alquitrán negro, unos veinticinco o treinta a la vez. Parecen ardillas. Tienen una botella de agua preparada para tragarse los globos si la policía los para. Los globos permanecen intactos en el cuerpo y se expulsan con los excrementos del conductor. Además de los globos que llevan en la boca, los conductores llevan otros cien escondidos en algún rincón del coche.

El número de teléfono del operador circula entre los heroinómanos, que lo llaman para realizar sus pedidos. Según el confidente, el trabajo del operador es decirles dónde encontrarse con el conductor: algún aparcamiento de un centro comercial en un barrio residencial (un McDonald’s, un Wendy’s o una farmacia CVS). Los operadores le pasan el mensaje al conductor, explicaba el confidente.

El conductor se pasa por el aparcamiento y el adicto lo sigue, normalmente, hasta algún callejón. Entonces, el conductor se detiene y el adicto sube al coche. Allí, tras un intercambio en inglés y español chapurreado, se cierra el trato de drogas intercultural, que finaliza cuando el conductor escupe los globos que el adicto necesita y coge el dinero.

«Los conductores hacen esto todo el día», contaba el tipo. El horario laboral era, por lo general, de ocho de la mañana a ocho de la tarde. Al principio, una célula de conductores puede reunir rápidamente cinco mil dólares al día; al año, esa misma célula puede ganar quince mil dólares diarios.

El sistema funciona según varios principios, contaba el confidente, que los traficantes de Nayarit no violan. Las células compiten entre sí, aunque los conductores que compiten se conocen del pueblo, de modo que no usan jamás la violencia. Nunca van armados. Se esfuerzan por integrarse. No se van de fiesta donde viven. Conducen sedanes viejos. Ninguno de los trabajadores prueba la droga. Los conductores pasan unos cuantos meses en una ciudad, y entonces sus jefes los mandan de vuelta a casa o a una célula en otra ciudad. Las células cambian de coche casi con la misma frecuencia con la que cambian de conductor. Llegan continuamente nuevos conductores, que son, normalmente, granjeros del municipio de Xalisco. A los propietarios de las células les gustan los conductores jóvenes porque es menos probable que les roben; cuanto más experimentado es el conductor, más posibilidades hay de que sepa cómo robarle al jefe. El confidente se imaginaba que había miles de chicos así en Nayarit: deseosos de viajar al norte y conducir por alguna ciudad estadounidense con la boca repleta de globos con heroína.

A diferencia, hasta cierto punto, de cualquier otro negocio de narcóticos, comentaba, las células de Xalisco funcionan como los negocios pequeños. El propietario de la célula le paga a cada conductor un sueldo; por aquel entonces, el salario normal en Denver era de mil doscientos dólares a la semana. El propietario de la célula espera que todos los conductores justifiquen sus gastos mediante recibos de lo que comen o de las prostitutas con las que van. Se anima a los conductores a que les hagan ofertas especiales a los adictos para impulsar el negocio: quince dólares el globo o siete por cien dólares, un globo gratis los domingos a los adictos que compran de lunes a sábado… Vender heroína en paquetes de un décimo de gramo es su único empleo de jornada completa los siete días de la semana, incluyendo el día de Navidad; los heroinómanos necesitan su droga todos los días.

Los beneficios de la célula se basaban en el margen de ganancias inherente a la venta al por menor. Los clientes eran yonquis desesperados que iban puestos y que no podían permitirse comprar medio kilo de heroína.

Cualquiera que pidiera una cantidad grande de heroína sería probablemente un poli en busca de encausar y mandar al camello a la cárcel durante años. «Pide una cantidad grande de caballo —decía el confidente— y cuelgan el teléfono. Ya no volverías a saber nada de ellos». Esto le llamaba realmente la atención al confidente. No sabía de ningún otro grupo de narcotráfico mexicano que prefiriera vender cantidades diminutas.

Asimismo, las células de Xalisco nunca hacían tratos con afroamericanos. Ni les venden a los negros ni les compran a los negros por miedo a que les roben. Les venden casi exclusivamente a blancos.

Lo que describía el confidente, opinaba Chavez, suponía una innovación mayúscula en el submundo de la droga en Estados Unidos. Dichas innovaciones tenían, en todos los sentidos, el mismo impacto que tendrían en un negocio legítimo. Cuando, por ejemplo, alguien descubrió que al cocinar la cocaína con agua y bicarbonato se obtenía una roca dura, nació la cocaína fumable conocida como *crack* . El *crack* es un mecanismo más eficaz de transmisión para la cocaína, ya que la envía directamente al cerebro.

La innovación de los traficantes de Xalisco era, asimismo, un mecanismo de transmisión, literalmente. Los tipos de Xalisco habían comprendido que aquello que la gente blanca quiere por encima de todo —en especial, los chicos blancos de clase media— es servicio, comodidad. No querían ir a un barrio marginal o a la sórdida casa de un camello para comprar sus drogas. Ya no era necesario. Los tipos de Xalisco se las llevaban.

De este modo, el sistema se extendió. Hacia mediados de la década de los noventa, el confidente de Chavez contó doce áreas metropolitanas importantes del oeste de Estados Unidos donde operaban las células de la diminuta Xalisco (Nayarit). Por aquel entonces, podía contar ocho o diez células en Denver, con tres o cuatro conductores cada una, que trabajaban a diario.

Mientras escuchaba a Chavez, me daba la impresión de que a los tipos de Xalisco los animaba el mismo impulso que, de hecho, había espoleado a tantos inmigrantes mexicanos. La mayor parte de los inmigrantes mexicanos no pasaban años en Estados Unidos tratando de integrarse, sino imaginándose el día en que volverían a casa para siempre. Este era su sueño americano: regresar a México en mejores condiciones que cuando marcharon, y que todos allí lo supieran. Llamaban a casa y enviaban dinero constantemente. Por lo general, se implicaban más en la excavación de un

pozo nuevo, por ejemplo, allá en el rancho que en el funcionamiento de la escuela a la que iban sus hijos en Estados Unidos. Regresaban a casa para los festejos anuales del pueblo y gastaban más de lo que podían permitirse en barbacoas, bodas y fiestas de quinceañera. Con este fin, y debido a que tenían los empleos más duros en Estados Unidos, se aplicaban en construir casas en el rancho que se alzaban como monumentos a su deseo de regresar para quedarse algún día. Finalizar estas casas les llevaba una década. Los inmigrantes les iban añadiendo partes cada vez que regresaban. En todos los casos, colocaban ferralla sobre la superficie de las plantas bajas. La ferralla era una promesa de que, tan pronto como juntara el dinero, el propietario agregaría una segunda planta. Las varillas de ferralla, enhiestas, se volvieron parte del horizonte de miles de pueblos y ranchos de inmigrantes mexicanos.

Las casas acabadas de migrantes mexicanos tenían a menudo puertas de forja, fontanería moderna y suelos de mármol. Los pueblos mejoraron lentamente a medida que se vaciaban de personas cuyo sueño también era construir su casa. Con el paso de los años, las ciudades se transformaron en tierras de sueños, tan vacías como los platós de cine, donde los inmigrantes iban durante breves periodos para relajarse en Navidad o durante la festividad anual; y donde se imaginaban sus vidas de jubilados pudientes, de vuelta en casa algún día. Lo irónico es que el trabajo, la hipoteca y los vástagos nacidos en Estados Unidos impedían que aquellos migrantes volvieran alguna vez a México para vivir de forma permanente en aquellas casas que habían construido con tanto sacrificio.

Sin embargo, los traficantes de heroína de Xalisco volvían constantemente. La suya era tanto una historia acerca de la inmigración y de lo que lleva a un mexicano pobre a migrar como un relato sobre el tráfico de drogas. Los traficantes de Xalisco que no acababan en la cárcel regresaban para vivir en aquellas casas. No echaban raíces en este país; de hecho, gastaban tan poco dinero en Estados Unidos como les era posible. Los jamaicanos, rusos e italianos, incluso otros traficantes mexicanos, compraban propiedades y publicaban a los cuatro vientos su riqueza en Estados Unidos. Los traficantes de Xalisco formaban la única mafia de narcóticos inmigrante de la que Chavez tuviera conocimiento cuyo único objetivo fuera volver a casa, y sin haber disparado un solo tiro.

Denver se fue convirtiendo en un punto de enlace para Xalisco a medida que la actividad se expandía. Es probable que no hubiera ningún policía en

Estados Unidos que supiera más sobre ellos que Dennis Chavez. Cuando lo conocí, ni cientos de detenciones ni las imputaciones federales los habían detenido. Se habían extendido como un virus, de manera silenciosa y pasando desapercibidos para muchos dentro de las fuerzas de seguridad, que confundían a menudo las franquicias de Xalisco con grupos aislados de camellos de poca monta.

«Yo los llamo los Muchachos de Xalisco —me dijo Chavez—. Y están por todo el país».

Enrique, solo

Tijuana (México)

La caótica Tijuana era la ciudad más grande que Enrique había visto nunca. Miles de personas trasegaban por la estación central de autobuses antes de cruzar a Estados Unidos. La estación se agitaba con las gentes humildes y hambrientas procedentes de ranchos como el suyo. Unos chicos entraban y salían como un rayo de entre los coches para limpiar lunas a cambio de unas monedas. Hombres que habían intentado cruzar y habían sido devueltos se lanzaban al alcohol. A Enrique le recordaban a los borrachos del rancho.

Enrique dormía en las sillas de la terminal de autobuses y deambulaba por las calles de la ciudad durante el día. Encontró a un coyote y le preguntó el precio por llevarlo a un lugar llamado Canoga Park. Cuando le dijo al hombre que no tenía la dirección de sus tíos, aunque se imaginaba que la conseguiría preguntando por ahí, el coyote se echó a reír: «Canoga Park es enorme. No es como tu rancho».

Aun así, se quedó en Tijuana por el temor de que volver a casa significara fracasar. Se aseaba en el lavabo de la estación de autobuses; cada día amanecía con más pinta de chiquillo pobre tijuanense. Finalmente, hambriento, con su preciada ropa apestosa y sucia, y prácticamente sin dinero, marcó el teléfono de la aldea entre lágrimas. Su marcha era la comidilla del rancho. Tías y tíos se apelotonaron alrededor del teléfono. Su madre, histérica, contestó una segunda llamada. Le dio el número de unos tíos en Los Ángeles que irían a recogerlo. Sus tíos llegaron y organizaron cómo cruzar la frontera haciéndolo pasar por el hijo de un hombre con papeles. Dos mañanas más tarde, Enrique se encontraba en el apartamento de un tío en Canoga Park, en el Valle de San Fernando.

—Ahora —le dijo su tío—, te daré mil dólares y una maleta y te vuelves a casa.

—No, lo que yo quiero de la vida no lo puedes comprar con mil dólares.

Sus tíos lo llevaron a comer y, luego, a otro apartamento. Uno de ellos abrió un armario donde, como una gloriosa revelación, aparecieron montones de pantalones Levi’s 501, con sus etiquetas y precios. «Coge lo que quieras», le dijo.

Y así, el chico que nunca había tenido más que dos pantalones harapientos tenía ahora sus primeros 501 nuevos de color azul oscuro. Los Levi’s marcaron el tiempo que pasó en el norte. Mucho después, recordaría la primera vez que compró unos en Estados Unidos, así como la primera vez que fue a casa con unos puestos.

De vuelta en casa, los aldeanos y el propio Enrique habían dado siempre por hecho que los tíos trabajaban duro en algún negocio honesto allá en el gran norte; un trabajo lo suficientemente bien pagado como para financiar regalos generosos cada vez que volvían. Ahora, sus tíos lo sentaron y uno de ellos sacó una caja de zapatos llena de trozos de una sustancia oscura y pegajosa del tamaño de una pelota de golf y globos de todos los colores.

—¿Qué es eso? —preguntó Enrique.

—Chiva —le dijo su tío, el término jergal en México para referirse a la heroína de alquitrán negro—. Así es como hacemos dinero.

Los campesinos coras cultivaban las adormideras en las montañas sobre Xalisco. Recogían el opio viscoso de las flores y se lo vendían a unos cocineros que conocían los tíos de Enrique. Dos días después, a lo sumo, un kilo de chiva vinagrosa y pegajosa recién cocinada emprendía camino al norte dentro de un estéreo o una mochila, prácticamente sin cortar, y llegaba a menudo a las calles de Los Ángeles tan solo una semana después de que el líquido viscoso fuera extraído de la bellota de la adormidera.

El tío de Enrique iba haciendo bolas del tamaño de balines con trozos de aquel pringue conforme hablaba. Las metió de una en una en un globo diminuto que ataba a continuación. Finalmente, envolvía el teléfono en una toalla para amortiguar el timbre. Mientras Enrique se preguntaba para qué, su tío conectó el teléfono y las llamadas comenzaron a entrar, y ya no cesaron.

«Son clientes —le explicó su tío levantando la voz por encima del timbre —. Tenemos a tipos conduciendo por ahí todo el día con estos globos. Le damos a cada cliente la dirección de una intersección diferente para que vaya a encontrarse con el conductor. Entonces le enviamos al conductor el código de la intersección donde estará el cliente a un busca. Hacemos esto todo el día».

«No te lo habríamos contado si no hubieras aparecido —le dijo el tío—, pero ahora que estás aquí…».

Enrique vio su oportunidad. Le rogó que le dejara trabajar para ellos. «Eres demasiado joven —le decía el tío—. Tienes que ir a la escuela. O te enviamos a casa». Pero Enrique suplicó y, finalmente, los tíos cedieron. Lo pusieron a conducir por el lugar que la mayoría de los angelinos llaman, simplemente, el Valle.

El Valle de San Fernando se extiende seiscientos setenta kilómetros cuadrados; es mayor que Chicago e integra el trozo en expansión al norte que es Los Ángeles. En su extremo oeste se encuentra Canoga Park, un distrito de sesenta mil personas, dividido en dos por bulevares con palmeras. Sus barrios residenciales están ocupados por casas de estilo rancho hechas de estuco, clásicas y modestas.

Durante años, tras erigirse sobre los campos de cítricos en la década de 1950, Canoga Park y el Valle fueron primordialmente habitados por blancos, con tan solo unos pequeños barrios aislados de mexicoamericanos. Sin embargo, la migración masiva de mexicanos al sur de California al final de la Guerra Fría cambió el área. Los contratistas militares se marcharon, al igual que muchas personas blancas. Al poco tiempo, algunos distritos de Los Ángeles como Van Nuys, Reseda, North Hollywood y Canoga Park ya eran principalmente mexicanos. Esos cambios empezaban a ocurrir cuando Enrique llegó.

A pesar de tener catorce años, Enrique era lo suficientemente alto como para no levantar sospechas tras el volante. Conducía por las calles del Valle de San Fernando con la boca llena de globos diminutos al dictado de los mensajes que sus tíos le enviaban. Aprendió dónde terminaba Canoga Park y empezaba West Hills. Merodeaba por aquellos bulevares bordeados por palmeras —Sherman Way, Roscoe y Sepulveda— que eran más amplios que las autopistas de su tierra natal.

Recordaba aquellas primeras semanas como un cuento de hadas, como si todo aquello que había oído acerca de Estados Unidos fuera verdad: el dinero, la ropa y la buena comida parecían tan abundantes como la luz del sol. En el apartamento, encendía un reproductor de vídeo y una película porno cobraba vida. Sus tíos comían a menudo en El Tapatio y Pocos, restaurantes de marisco. Bebían en el Majestic, un bar frecuentado por inmigrantes nayaritenses, donde las camareras servían cerveza a Enrique

siempre y cuando fuera acompañado de sus tíos. Su idea de convertirse en patrullero se esfumó junto a cualquier pensamiento de ir a la escuela.

Después de unos meses, los tíos instalaron a Enrique en un apartamento de la avenida De Soto y le dieron las llaves de dos coches. Llevaría el negocio: meter la heroína en los globos, coger las llamadas, dar direcciones a los conductores en la calle. El teléfono sonaba durante todo el día hasta que lo desconectaba a las ocho de la tarde. Cuando cumplió los quince años, ya tomaba pedidos de heroína por valor de cinco mil dólares al día. Los armarios del apartamento se llenaban de 501, reproductores de vídeo y películas porno robadas que los adictos intercambiaban por droga. Enrique ya no tenía que preocuparse por que sus pantalones destiñeran al lavarlos. Siempre tenía más. Se duchaba con champú perfumado y cambiaba el estanque del pueblo por la piscina de casa de uno de sus tíos en un barrio lleno de estadounidenses. Sus clientes eran enfermeros y juristas —uno de sus mejores clientes era un abogado rico—, prostitutas, exsoldados que habían estado en Vietnam, viejos yonquis del barrio y jóvenes cholos.

Un día, se encontraba en casa de uno de sus tíos cuando sonó el teléfono. Alguien del pueblo. El semblante de su tío se nubló: «Problemas», dijo, con la mano sobre el auricular.

«Problemas», la palabra parecía tan vaga. No obstante, en los ranchos de México, se trata de un eufemismo para marañas intricadas de asesinatos e ilegalidades. «Problemas» significaba tiroteos y rencillas que surgían a raíz de una palabra accidental, una disputa acerca de una propiedad, el robo de una hermana para casarse con ella… Los problemas hacían que los rancheros siguieran siendo pobres y se escaparan al norte, a Estados Unidos. Una gran cantidad de las migraciones a Estados Unidos se debía a los problemas —escapar de un asesinato, huir de una rencilla— más que a simples razones económicas y a la pobreza. Los problemas podían vaciar un rancho en menos de una generación. En ocasiones, un pueblo veía los problemas extinguirse y encenderse de nuevo a causa de un encuentro fortuito entre viejos enemigos en el autobús o una esquina años después. En particular, los bailes de los ranchos eran criaderos de problemas. En los bailes, la gente bebía, y el sexo y el machismo bullían bajo la superficie. En algunas ciudades, el dicho era «Baile el viernes, cuerpo el sábado». Un tiroteo en un baile podía envenenar a una familia contra otra durante años. Mantenerse al corriente de la confusa historia de los conflictos se convertía en una habilidad para la supervivencia esencial de un ranchero.

Algo de esta naturaleza había dividido a la familia de la madre de Enrique, que nunca supo la causa de la rencilla entre las dos facciones de la familia materna ni por qué sus abuelos se habían casado si los problemas eran tan serios. No obstante, la rencilla iba y venía como el mal tiempo. La llamada de aquella mañana en Canoga Park traía noticias de su regreso. Un tiroteo masivo en la aldea. Dos muertos, quince heridos. Una parte de la familia de su madre tenía la culpa, la mayoría de las víctimas venían del otro lado.

Las noticias sobre el tiroteo sirvieron, sobre todo, para recordarle a Enrique por qué vendía droga en Canoga Park. En casa, los drogadictos eran los equivalentes morales de los pedófilos; sin embargo, vender droga era su camino para huir de los problemas. Veía currantes en Sherman Way explotados, a veces sin cobrar; eso, sin embargo, no se consideraba un crimen. Intentaban trabajar legítimamente y mira lo que les pasaba. Él no forzaba a nadie a comprar su droga. Con eso en mente, además de los problemas de los que escapaba, se sentía en paz. Los Levi's 501 tampoco hacían daño.

Durante siete meses trabajó para sus tíos en Canoga Park. Finalmente, le hicieron la maleta, le dieron dos mil dólares por todo su trabajo y lo mandaron a casa. Él pensaba que se le debía más, pero el *ethos* del rancho acerca de la pobreza reinaba incluso en el Valle de San Fernando: podían explotarlo y eso hicieron, y él no podía oponerse. La heroína no había cambiado aquello. De hecho, él pensaba que sus tíos seguían siendo aldeanos precavidos en muchos sentidos. Habían estado en el Valle de San Fernando durante casi una década y, aun así, dirigían el negocio durante unos meses, hacían algo de dinero y lo cerraban, menos asustados de la policía que de lo que la gente del pueblo pudiera decir.

Decenas de aldeanos dieron la bienvenida a Enrique a su rancho aislado y a El Sapo, a unos pocos kilómetros de la ciudad de Xalisco (Nayarit). El chico pobre de El Sapo despertaba ahora admiración por ser el único joven del pueblo que había cruzado la frontera solo. Le dio el dinero a su madre y se quedó doscientos dólares para sí. Compró una botella de tequila Cazadores y esa noche se lio una buena parranda. Los mayores lo importunaban con preguntas. Unos cuantos amigos se lo llevaron aparte y le pidieron ayuda para encontrar el tipo de trabajo que él hacía. Les dio largas, pero comprobó que las noticias parecían haberse propagado más de lo que

sus tíos pensaban. Él mismo quería volver a California unos meses más tarde.

Solo tenía quince años, y la gente acudía a él para pedirle favores. Era un sentimiento autocomplaciente y se lanzó de lleno a él. Conforme la noche se entremezclaba con el tequila y mitigaba el calor asfixiante, su corrido favorito, «El número uno», de Los Incomparables de Tijuana, sonaba en el estéreo.

Enrique sacó su Beretta de nueve milímetros y aulló mientras la mantenía en alto y disparaba al aire.

La adormidera

La historia de la adormidera del opio es casi tan vieja como el hombre. El opio fue probablemente nuestra primera droga a medida que las civilizaciones agrícolas se formaban junto a los ríos. En Mesopotamia se cultivaba la adormidera en el Tigris y el Éufrates. Los asirios inventaron el método, que todavía se usa extensamente hoy en día, de cortar en tiras y secar la bellota de líquido viscoso que contiene el opio. «Los sumerios, la primera civilización y los primeros agricultores del mundo, usaban los ideogramas *hul* y *gil* para referirse a la adormidera, lo que se traduce como “planta de la alegría”», escribió Martin Booth en su obra clásica *Opium: A History* (Una historia del opio).

Los antiguos egipcios fueron los primeros en producir opio como fármaco. La tebaína, un derivado del opio, recibe su nombre de Tebas, la ciudad egipcia que fue el primer gran centro de producción de la adormidera del opio. En India también se cultivaba la adormidera y se usaba el opio. También en Grecia. Homero y Virgilio mencionan tanto el opio como pociones derivadas de él. El imperio árabe en expansión y los venecianos más tarde, todos ellos comerciantes inveterados, ayudaron a expandir la droga.

Las primeras civilizaciones veían el opio como un antídoto contra las cargas de la vida, la pena y el dolor, así como un método eficaz para inducir el sueño. También sabían que era un veneno letal y extraordinariamente adictivo. No obstante, sus beneficios hacían que fuera fácil pasar por alto los riesgos.

A principios de la década de 1800, un aprendiz de farmacia alemán llamado Friedrich Sertürner aisló el elemento inductor del sueño en el opio y lo llamó morfina por Morfeo, el dios griego del sueño y las ensoñaciones. La morfina era más potente que el opio solo y mitigaba más el dolor.

La guerra extendió la molécula de la morfina a lo largo del siglo XIX . Estallaron más de trescientas treinta guerras que forzaron a los países a aprender a producir morfina. La guerra civil estadounidense dio lugar a que se plantasen adormideras del opio en Virginia, Georgia y Carolina del Sur por primera vez, además de dejar al país el legado de miles de soldados adictos a la morfina. Dos guerras del siglo XIX fueron provocadas por la propia molécula de la morfina y por la cuestión de si China podía evitar la venta de opio cultivado en India dentro de su propio territorio. La droga proporcionaba enormes ganancias que eran esenciales para el Imperio británico, y era uno de los pocos productos por el que los autosuficientes chinos mostraban interés. Que China perdiera dos de estas Guerras del Opio contra el Reino Unido explica el infame y extenso problema del país con el opio en 1900, mientras que en 1840 existía una cantidad módica de adictos.

Mientras tanto, en 1853, un doctor de Edimburgo llamado Alexander Wood inventaba la jeringa hipodérmica: un sistema de suministro superior a la ingesta de pastillas y a los entonces populares supositorios anales. Las jeringas permitían controlar la dosis con más precisión. Wood y otros doctores creían además que las jeringas eliminarían el apetito del paciente por la droga, que ya no debía ser ingerida. Esto resultó ser falso: la de la esposa de Wood sería la primera muerte registrada por sobredosis de un opiáceo inyectado.

A Estados Unidos llegaba más opio con los inmigrantes chinos, recién enganchados a la droga, que lo fumaban en antros en callejones de los barrios chinos de San Francisco y otras ciudades. Los fumaderos de opio fueron prohibidos, y una vez que la inmigración china fue ilegalizada, la práctica de fumar opio, que fue reemplazado más tarde por la morfina, descendió a su vez.

Mientras tanto, los fármacos sin receta a base de morfina y opio se vendían como curas milagrosas. Estos elixires se etiquetaban con nombres que sugerían remedios caseros evocadores. El opio era el ingrediente activo de, por ejemplo, el «Jarabe reconfortante de la señora Winslow», que se usaba para calmar a los niños. Estos remedios se anunciaban con vehemencia en diarios y medios de comunicación populares. Las ventas de medicinas sin receta se dispararon, y ascendieron de los 3,5 millones de dólares en 1859 a casi 75 millones de dólares hacia comienzos del siglo XX .

En Londres, en 1874, el doctor Alder Wright intentaba encontrar una forma de morfina que no fuera adictiva cuando sintetizó una droga que

llamó «diacetilmorfina»: un analgésico fantástico. En 1898, Heinrich Dreser, químico del laboratorio alemán Bayer, reprodujo la diacetilmorfina de Wright y la llamó «heroína» (por *heroisch* , la palabra alemana para «heroico», que es como los trabajadores de Bayer describían cómo se sentían después de que Dreser la probara en ellos).

Al principio se creyó que la heroína no era adictiva. Las píldoras de heroína se anunciaban como remedio para la tos y las dolencias respiratorias. La importancia de esto no era menor, con la amenaza a la salud pública que suponía la tuberculosis. Tal y como los yonquis han descubierto posteriormente, la heroína es un astringente eficaz y, por lo tanto, se vendía como antidiarreico. Las mujeres la usaban, por prescripción médica, para los calambres menstruales y los problemas respiratorios. Los médicos no tenían mucho más que pudieran recetar para el dolor o la enfermedad. En consecuencia, la adicción a una droga que la gente consideraba segura porque así lo decía el médico creció rápidamente.

Esto despertó a la opinión pública estadounidense, que forzó la aprobación de la Ley Harrison de Impuestos sobre Narcóticos de 1914. La ley tasaba y regulaba los opiáceos y productos derivados de la hoja de coca, mientras que permitía a doctores usar estas drogas con fines médicos. Aun así, se convirtió en el primer estatuto de prohibición de Estados Unidos cuando la policía comenzó a arrestar a doctores por recetar opiáceos a adictos. La adicción no estaba aún considerada una enfermedad, por lo que, técnicamente, un adicto no era un paciente médico.

Los médicos dejaron de recetar las drogas poco después. Las personas con dolores de verdad tenían que aguantar, mientras que los adictos se veían empujados al crimen. «Debido a que al adicto se le niegan los cuidados médicos que necesita con urgencia —rezaba una revista médica—, se le empuja al submundo donde puede conseguir su droga. […] Los criminales más depravados son a menudo aquellos que dispensan estas drogas adictivas».

A continuación, siguió una campaña gubernamental que demonizaba a los «drogatas», ayudada por unos medios obedientes. El adicto era una persona desviada y propensa a delinquir, un fracaso moral de voluntad débil. Esta idea permaneció y conformó la visión que se ha tenido de los yonquis durante décadas. También emergió la figura mítica del camello de heroína. Supuestamente, merodeaba por los patios de colegio y las tiendas de

golosinas para darles a los jóvenes drogas adictivas con la esperanza de crear futuros clientes.

La heroína, que proporcionaba pocos beneficios médicos en comparación con el alto riesgo de adicción, debería haber pasado a la historia. Por el contrario, la heroína reemplazó a la morfina en la calle. Prosperó porque estaba hecha a medida de los narcotraficantes: la heroína era fácil de producir y más barata que la morfina. También estaba más concentrada, por lo que era más fácil de esconder y salía más rentable diluirla. Las subidas, así como las bajadas, eran más rápidas e intensas que las de otros opiáceos. Un adicto ansiaba la heroína varias veces al día, la necesitaba físicamente para funcionar, por lo que era un cliente extraordinario.

Los traficantes y las mafias hicieron carrera con la heroína. Nueva York se estableció como el centro de heroína del país, en parte debido a que los primeros fabricantes de la droga estaban asentados allí. Una vez que la heroína fue ilegalizada, empezó a llegar de manera clandestina a través del puerto de la ciudad, procedente de Europa y Asia. Los inmigrantes de Nueva York la vendían en la calle: chinos y judíos europeos, entre otros; más adelante, puertorriqueños, colombianos y dominicanos. La lógica de la distribución de la droga permitió a Nueva York seguir siendo el principal centro de heroína de la nación a lo largo de la mayor parte del siglo XIX . La droga, que llegaba principalmente de Asia, Oriente Medio o Colombia, entraba en el puerto de Nueva York, se distribuía entre bandas de inmigrantes o negros que no dejaban de recibir suministros y, desde allí, se enviaba a la Costa Este y el Medio Oeste.

La marihuana, como el vino, había sido hibridada para generar múltiples variedades. Sin embargo, la heroína es una materia prima, como el azúcar, y, por lo general, varía únicamente en la cantidad que ha sido cortada —es decir, diluida— o en lo bien que ha sido procesada y refinada. Esta es la razón por la que los traficantes, con el fin de diferenciar su producto, aprendieron a venderla de manera agresiva, y la ciudad de Nueva York es donde aprendieron a hacerlo en primer lugar.

Parece ser que los italianos marcaron el camino. En la década de los treinta: «Una nueva generación agresiva de gánsteres italianos comenzaron a introducirse en el tráfico de drogas y reemplazaron a otros grupos, a los judíos, principalmente —escribía el historiador David Courtwright en *Dark Paradise* (Paraíso oscuro), una historia de la adicción a los opiáceos en

Estados Unidos—. No solo aumentó el precio, sino el nivel de adulteración».

Los italianos neoyorquinos fueron pioneros en la venta de heroína al dar muestras gratuitas a nuevos clientes. Su flojo caballo hizo popular su inyección. El método de inyectar heroína enviaba la poca droga que hubiera en la dosis directa al cerebro, de modo que se maximizaba la sensación de euforia. Inyectar la droga engendró terribles problemas de salud pública; entre ellos, tiempo después, tasas feroces de hepatitis C y VIH. El alquitrán negro mexicano aumentó estos problemas; al tratarse de una forma de heroína semiprocesada, menos filtrada, las impurezas que quedan en la droga obstruyen las venas de los adictos cuando la inyectan. Incapaces de encontrar venas, los adictos se pinchan en los músculos. A su vez, el consumo intramuscular de heroína de alquitrán negro conduce a infecciones, necrosis en la piel, botulismo e incluso gangrena.

Durante los años setenta, los traficantes de heroína de la Costa Este —por aquel entonces, población negra, principalmente— comenzaron a grabar nombres en bolsas de papel cristal que anunciaban la supuesta potencia de la droga en su interior, o bien los titulares del día: Cita Infernal, Residuo Tóxico, K. O., Liga Profesional de Fútbol Americano, Obamacare o Paro del Gobierno.

A lo largo de la década, la droga que los estadounidenses honestos despreciaban se fue convirtiendo en la droga elegida por los estadounidenses despreciados: marginados urbanos, estafadores errantes, homosexuales, carteristas, artistas y músicos de *jazz* poblaban el primer mundo de la heroína. Clásicos de la cultura alternativa, como *Junky* (Yonqui), de William Burroughs, describían a sus moradores inconformistas y cautivaron los propósitos de rebelión de generaciones posteriores.

Sin embargo, la heroína nunca tuvo que ver con la subversión romántica de las normas sociales. Por el contrario, trataba de la cosa más retrógrada de cuantas había en Estados Unidos: los negocios, el anodino y frío comercio. La heroína se prestaba a los negocios estructurados del submundo. Los adictos no tenían libre albedrío para elegir si comprar o no el producto un día. Eran esclavos de una molécula que no dejaba títere con cabeza. Por lo tanto, los traficantes podían organizar la distribución de heroína de acuerdo a los principios que se enseñaban en las escuelas de negocios siempre y cuando no consumieran el producto. Y siempre y cuando lo publicitaran.

Las historias sobre la venta de opiáceos se convirtieron rápidamente en relatos de modelos de negocio y la búsqueda de nuevos mercados.

Más fácil que la caña de azúcar

Xalisco (Nayarit)

Una tarde de abril de 1996, un cortejo fúnebre dejaba el pueblo de Aquiles Serdán, en el estado de Nayarit (México).

Decenas de personas subían fatigosamente la colina en dirección al norte, hasta la ciudad de Xalisco, la sede del municipio, mientras bloqueaban el tráfico de la carretera que también llevaba hacia el sur hasta el centro turístico costero de Puerto Vallarta. Una banda de trompetas, clarinetes, bombo, caja y una enorme tuba acompañaba al cortejo al ritmo de «Te vas, ángel mío». Los hombres disparaban sus pistolas al aire y se turnaban para llevar a hombros el féretro que contenía el cadáver de un hombre llamado David Tejeda.

David había crecido siendo hijo de ranchero, con más recursos que otros para el estándar del México rural. Sin embargo, cuando murió, sus caballos andaluces y cuarto de milla eran los mejores animales del municipio. Era, además, un domador de caballos experto. La doma de caballos es un pasatiempo popular entre los rancheros del noroeste de México. Consiste, entre otras cosas, en espolear y picar al caballo para que brinque y salte al ritmo *staccato* de una banda. En la Feria del Elote anual del municipio, tras el desfile tradicional de caballos que serpenteaba a través de Xalisco, David Tejeda mostraba su pericia como domador para admiración y envidia de todos.

En esta ocasión, además de llevar el cuerpo de Tejeda para darle sepultura, los hombres de su familia conducían a su animal favorito —un cuarto de milla blanco llamado Palomo, con montura pero sin jinete— y lo picaban para que bailara al son de la banda. Durante una hora subió el cortejo por la carretera; después, pasó por calles adoquinadas hasta el cementerio de Xalisco.

David Tejeda fue de los primeros en el municipio de Xalisco en vender heroína en el Valle de San Fernando o, lo que resulta igual de importante, fue de los primeros en mostrar públicamente lo que la heroína de alquitrán negro podía hacer por el hijo de un ranchero. Construyó establos adyacentes a las mansiones nuevas que también construyó para su familia.

Oí hablar de David Tejeda bastante después de empezar a juntar las piezas de la historia de los Muchachos de Xalisco. Por aquel entonces, lo que había comenzado el día en que me detuve frente a la ribera del río Ohio en Huntington (Virginia Occidental) se había convertido en una obsesión por los rancheros de un pequeño pueblo de Xalisco (Nayarit). Miles de estadounidenses estaban enganchados a la heroína de alquitrán que los Muchachos de Xalisco vendían y que proporcionaba ganancias de millones de dólares al mes. No encontré nada escrito sobre ellos y, sin embargo, podía ver cómo cambiaban la manera en que se consumían drogas en muchas partes del país. Me preguntaba cómo habían llegado a tantos lugares: Memphis, Omaha, Myrtle Beach, Nashville, Indianápolis y Mineápolis.

De hecho, me recordaban a los Herrera, otro grupo del que había oído hablar. La de los Herrera fue la primera gran familia mexicana de rancheros narcotraficantes en Estados Unidos. Vivían en un rancho conocido de manera acertada como Los Herrera o en sus inmediaciones; un lugar aislado e incomunicado en las montañas de Durango, fundado a finales del siglo XVII y accesible durante siglos únicamente a caballo. Como muchos otros ranchos mexicanos, se trataba en realidad de un clan formado por numerosas familias unidas en matrimonio: Nevárez, Medina, Díaz, Villanueva o Venegas eran otros apellidos. Se casaron con la familia Corral, del rancho Los Corrales. Las fuerzas de seguridad estimaban que el clan estaba compuesto por mil personas que se extendían por varios ranchos de Durango, todas ellas involucradas en la producción, el transporte y la venta de heroína.

Parece que los primeros Herrera intentaron trabajar honestamente cuando llegaron a Chicago, en algún momento de la década de los cincuenta. Sin embargo, las adormideras crecían bien en las montañas de Durango. Con el tiempo, se pasaron a la heroína.

Gran parte del mercado estadounidense se suministraba de Turquía, Afganistán y el sureste asiático, a medio mundo de distancia, y la droga entraba por la ciudad de Nueva York. Sin embargo, después de que la

policía desmantelara la red de heroína turca y europea conocida como la Conexión Francesa, en 1972, el clan de los Herrera creció hasta convertirse en la fuente de heroína más importante de gran parte del país al importar siete toneladas y media anuales del polvo marrón conocido como «barro mexicano».

«Los Herrera no eran un cartel *per se* . Era una familia del crimen organizado de las de antes», me contaba Leo Arreguin, un agente de la DEA jubilado al que localicé, que se había infiltrado en el clan a principios de los años ochenta. Según él, la mayoría de los Herrera tenían pinta de mecánicos, desaliñados y llanos, al volante de un coche decrépito. Arreguin solía comprarle a un Herrera que aparecía en el McDonald's que servía de punto de encuentro con un coche tan destrozado que quemaba aceite y dejaba una nube de humo tras de sí. Uno de los hombres del clan, Baltasar Nevárez-Herrera, era propietario de un matadero de Chicago. Durante un tiempo, el clan enviaba la heroína dentro de pequeños tubos de metal que les hacían ingerir a las vacas en México. Cuando las vacas llegaban a Chicago, las mataban y recuperaban los tubos, me contaba Arreguin.

El clan se mudó a Denver, Detroit, Dallas, Oklahoma City, Los Ángeles y muchas otras ciudades. Cada uno de los miembros del clan era un emprendedor independiente que le compraba la heroína a la familia. Una investigación de la policía de Chicago a los Herrera estimaba que estos obtenían sesenta millones de dólares de beneficios solo en aquella ciudad, un dinero que se enviaba a Durango a través de turbias oficinas de cambio de divisas del sur de Chicago. El clan usaba este dinero, en parte, para construir parques y carreteras, entre otras cosas, con las que los narcos se ganaban el cariño de los habitantes de las montañas del noroeste de México.

Al mando del clan se encontraba el patriarca, don Jaime Herrera-Nevárez, antiguo agente de policía, que nunca salió de México. Se dice que él tiene que ver con el hecho de que una onza de heroína, que se conoce como pedazo, equivalga en realidad a veinticinco gramos en lugar de a veintiocho, que es la medida normal de una onza. Esta diferencia ha causado muchas disputas entre compradores que, al ignorar este dato, creían que les estaban timando. Dice la leyenda que don Jaime tenía un cucharón donde cabían veinticinco gramos, que usaba para coger la heroína. Eso se convirtió en una onza estándar en el mundo de la heroína de México. Nunca llegué a saber si esta leyenda, repetida por varios agentes de la DEA veteranos que les siguieron la pista a los Herrera, es cierta.

En 1985, don Jaime, varios hermanos y primos, su hijo Jaimito, así como decenas de parientes más, fueron arrestados. Muchos acabaron en la cárcel. Aquello no acabó con las actividades del clan, pero ya nunca volvieron a tener el mismo poder.

La distancia menor que hay entre Latinoamérica y Estados Unidos, que permitía a la región ser más competitiva a la hora de ofrecer muchos productos agrícolas básicos, acabó por expulsar la heroína turca y asiática. Los colombianos empezaron a introducir su polvo marrón en la mitad este de Estados Unidos en la década de los ochenta, junto con su cocaína, más famosa. Era mucho más barato que el polvo blanco que venía de Asia. Otros mexicanos, especialmente los de Sinaloa, empezaron a enviar heroína de alquitrán negro al oeste de Estados Unidos a principios de esa década y reemplazaron el barro mexicano. A pesar de que los Herrera desempeñaran un papel reducido como proveedores, el precio de la heroína comenzó a bajar en Estados Unidos.

El alquitrán negro, la forma más rudimentaria de heroína, era especialmente barato de producir. Con México tan cerca, el precio del alquitrán negro podía seguir cayendo. Esto, como pude descubrir, era crucial para la historia que me encontré al descubrir las redes de los Muchachos de Xalisco.

Los Muchachos de Xalisco parecían una versión moderna de los Herrera y eran igual de difíciles de atrapar. Tuve que filtrar fragmentos de información sobre su brumoso submundo que me llegaban a partir de imputaciones y entrevistas con adictos y policías, con fiscales, agentes de la DEA y el FBI, además de con traficantes de Xalisco encarcelados. Poco a poco, se revelaba una imagen de cómo una pequeña población de cultivadores de caña de azúcar se había convertido hacia principios del siglo XXI en el grupo de narcotraficantes más competente que se haya visto en Estados Unidos.

Los primeros migrantes provenientes de Xalisco se establecieron en el Valle de San Fernando; en Van Nuys, Panorama City y Canoga Park. Muchos migrantes de Xalisco estaban allí de manera ilegal, pero tenían empleos honestos en construcción, jardinería y restaurantes. Sin embargo, hacia principios de los años ochenta, unas cuantas familias comenzaron a vender heroína de alquitrán negro en las calles y parques del Valle. Las adormideras crecían copiosamente en las montañas sobre Xalisco, y estas familias tenían parientes expertos en la artesanía de cocinar el gel del opio

para convertirlo en alquitrán negro. El alquitrán tenía la ventaja de ser maleable como la arcilla y, por lo tanto, fácil de moldear para encajarlo dentro de, por ejemplo, el compartimento para las pilas de un estéreo. Su alquitrán era, además, potente y muy condensado y, al ser heroína, que los adictos necesitan todos los días, se vendía muy bien al por menor, que es donde estaba el verdadero beneficio. Las cantidades que se necesitaban eran relativamente pequeñas. Un mulo podía cruzar un kilo en un monedero o sujeto bajo la ropa. Las familias de Xalisco que vivían en Tijuana se ofrecían para estos trabajos de mensajería.

Los primeros traficantes de heroína de Xalisco provenían en su mayoría de un solo clan, muchos de cuyos miembros llevaban el apellido de Tejeda. En el municipio de Xalisco, el clan Tejeda se extendía a través de varios ranchos en redes de primos, hermanas, tíos, hermanos y cuñados. También podían encontrarse los apellidos Sánchez, Díaz, Ibarría, Lizama, López, Navarro, Cienfuegos, Lerma, Bernal, García, Hernández y otros tantos que se entrelazaban en lazos de sangre, matrimonios y la vida del rancho: los hijos de los agricultores que cultivaban, además, caña de azúcar, café, maíz y criaban ganado.

No se trataba de los peones de granja más pobres de Xalisco. Por el contrario, según un profesional de Tepic con el que hablé, natural de Xalisco: «Eran personas que tenían acceso al suficiente dinero como para llegar al norte, pagar a un coyote y buscar nuevos trabajos. Xalisquillo tenía muchas familias de la caña de azúcar conocidas. Por ellas era Xalisco la primera productora de caña de azúcar del estado de Nayarit. Sus hijos fueron los que empezaron esto, el negocio de la heroína, en los años ochenta y noventa. Aquellos padres intentaron enseñarles a sus hijos a ser agricultores. Los hijos trabajaban en los campos. Es un trabajo muy duro. Ya no querían seguir haciendo lo que hacían sus padres. Vieron que la heroína era un buen negocio y, poco a poco, se fueron yendo. Es más fácil hacer dinero en el negocio que continuar trabajando con la caña de azúcar».

A principios de la década de los ochenta, antes de los móviles o los buscas, los Tejeda se plantaban en la calle o en algún parque del Valle de San Fernando. Los clientes se acercaban y el camello les cortaba un trozo de heroína con una navaja.

El hecho de que vivieran en el Valle de San Fernando, sospechaba yo, hacía que su historia fuera posible. Estaban lejos de los de Sinaloa, el estado de México donde comenzó el narcotráfico. Los sinaloenses solían ser

audaces, desvergonzados y violentos. Otros mexicanos se sentían intimidados por ellos. Los sinaloenses llegaron a dominar el este del condado de Los Ángeles en los años ochenta. Los pequeños barrios periféricos del sureste de Los Ángeles —Paramount, Huntington Park, Bell Gardens y South Gate, entre otros— surgieron como comunidades dormitorio para exsoldados de la Segunda Guerra Mundial; sin embargo, hacia los años ochenta, estas ciudades eran claramente mexicanas, sinaloenses en particular. Cuando eso ocurrió, estas ciudades se convirtieron también en terminales para distribuir las drogas que venían de Sinaloa por ciudades de todo Estados Unidos. Sin embargo, el Valle de San Francisco está lejos, más allá de las colinas del noroeste de Los Ángeles, y allí los sinaloenses no son tan numerosos. Otros traficantes tenían espacio para crecer.

Entre los primeros Muchachos de Xalisco que hicieron esto se encontraba David Tejeda. Era el mayor de seis hijos de un cultivador de caña de azúcar pudiente del rancho de Aquiles Serdán. Pudiente según el estándar local, al menos. Su familia poseía tierras, ganado, caballos y casas antes de que él marchara al norte a vender heroína. David Tejeda era un chico de piel clara al que le gustaban los sombreros de vaquero blancos y las chaquetas de piel con charreteras, al estilo del cantante de narcocorridos asesinado Chalino Sánchez. Tejeda vivía en Canoga Park y bebía en el Majestic, el bar de Van Nuys que era uno de los favoritos de los traficantes de Xalisco, como los tíos de Enrique. Se peleaba mucho, tenía numerosas novias y se granjeaba con ello muchos enemigos. No obstante, le daba trabajo en el Valle de San Fernando a muchos chicos de su ciudad natal. Mucha gente lo respetaba por eso.

«Todos soñábamos con subir aquí y trabajar para él —me contaba un traficante de Xalisco con el que hablé en una prisión estadounidense—. Me acerqué a él y le pedí trabajo. Debía tener trece o catorce. Me dijo que no, que era demasiado joven. Muchos críos venían y llamaban a su puerta pidiéndole lo mismo. Tengo primos y amigos que vinieron y sí que trabajaron para él».

Los Ángeles era un enjambre de bandas durante finales de los años ochenta y principios de los noventa. En algunos barrios, las diferentes bandas controlaban varios bloques cada una. El *crack* era importante. Pandillas de jóvenes lo vendían en las esquinas de Los Ángeles. Las bandas comenzaron a imponer tasas a estos camellos callejeros. Alrededor de esta

época, los Muchachos de Xalisco sacaron su heroína de la calle y los parques y se pasaron a los coches. Les daban a los adictos un número de teléfono donde localizarlos. Cuando llamaban, les decían dónde encontrarse con un conductor que recibía la dirección donde esperar al cliente en forma de código vía busca. Los coches y los buscas le permitían a un grupo de traficantes de heroína ampliar la cartera de clientes, además de hacer que los Muchachos de Xalisco pasaran más desapercibidos ante la policía. Al ir en coche, los camellos evitaban pagar tributo a las bandas y la violencia que acompañaba al comercio de *crack* en la calle.

Con este modelo de reparto rudimentario en marcha, el negocio creció rápidamente y el rumor se extendió por Xalisco. Más hombres jóvenes llegaban de la ciudad y copiaban el sistema. Llamaban a sus nuevos negocios «tienditas». Ser propietarios de un negocio ya era un narcótico en sí mismo para los chicos del rancho que no tenían nada. Algunos conductores aprendían el negocio con una célula establecida, luego la dejaban y abrían la suya propia. Cada célula era un negocio independiente que competía con los demás. Los tiroteos eran impensables: la violencia llamaba la atención de la policía y las pistolas conllevaban largas condenas en prisión. Además, todos se conocían entre sí de Xalisco, de modo que la violencia habría tenido repercusiones en su tierra. La ética de «vende y deja vender» se impuso, y hacia principios de los años noventa las tienditas de heroína de Xalisco fueron ocupando silenciosamente todo el valle. A medida que entraba más gente en el negocio, los beneficios iban menguando. La policía se espabiló y arrestó a algunos camellos.

Alrededor de aquella época, en 1990 o, tal vez, un año o dos después, David Tejeda descubrió Hawái. Les había estado vendiendo a adictos que venían desde allí, así que mandó una cuadrilla de conductores y utilizó a aquellos clientes adictos como guías de este nuevo mercado donde la heroína obtenía el triple de beneficio.

Lentamente, otros siguieron su ejemplo y los camellos de Xalisco se expandieron. Poco tiempo después, estaban en Pomona, San Diego y Portland. Más tarde, en Las Vegas. Según otro traficante: «A Tejeda le parecía bien que otros abrieran sus tienditas. Pensaba que había suficiente para todos».

Sin embargo, eso no siempre era verdad. En la mayoría de las ciudades había un pequeño universo de adictos a la heroína que eran normalmente mayores y pobres. Una cuadrilla nueva en la ciudad tenía que robarles los

clientes a las cuadrillas que ya estaban allí. El juego de suma cero que resultaba enseñó a los Muchachos de Xalisco la importancia de crear una buena marca y promocionarla. Para mantener a los clientes, aprendieron a poner énfasis en el servicio de atención al cliente, los descuentos, así como en la comodidad y seguridad del reparto. Debían asegurarse de que su droga siempre fuera de buena calidad, lo que significaba que no estuviera cortada y que fuera potente.

La competencia por un número limitado de adictos también los mantuvo durante la década de los noventa a la caza de mercados nuevos, menos saturados. Al hacer esto, desafiaron las normas del narcotráfico mexicano.

La mayoría de los traficantes mexicanos seguían de forma natural a los inmigrantes procedentes de sus estados de origen. Esta estrategia era astuta y de sentido común, puesto que ningún otro grupo de migrantes se había establecido en cantidades tan grandes y en tantas partes de Estados Unidos como los mexicanos hacia finales de los años noventa. Los inmigrantes mexicanos estaban en áreas donde la policía local hablaba a menudo tan solo una lengua y contaba con pocos efectivos. En estas áreas había negocios que solo aceptaban efectivo —restaurantes mexicanos y oficinas de envío de dinero—, que podían usarse para blanquear dinero. Hacia los años noventa, las ciudades y comunidades pequeñas de las áreas rurales de Colorado, Georgia y Arkansas, donde los mexicanos trabajaban en plantas de procesado de carne, se convirtieron en centros principales para los traficantes; lugares donde dividían las cargas de heroína que habían introducido y con las que suministraban a ciudades mucho más grandes. Los traficantes mexicanos hacían esto siguiendo a los inmigrantes. Por lo tanto, por esa época, era posible que los traficantes de Sinaloa encontraran mercados para su droga en muchas partes de Estados Unidos mediante comunidades de inmigrantes sinaloenses que usaban como punto de contacto y lugar donde integrarse. Los traficantes de Michoacán hicieron lo propio en las numerosas regiones estadounidenses donde los inmigrantes del estado se habían vuelto piezas esenciales de la economía local.

No obstante, Nayarit es el quinto estado más pequeño de México, con apenas un millón de habitantes. Su migración era escasa y se concentraba principalmente en Los Ángeles y Reno. Para encontrar nuevos mercados de heroína, los Muchachos de Xalisco debían mudarse a lugares donde no tuvieran parientes ni contactos del rancho, y eso es exactamente lo que hicieron. Como hicieran los conquistadores españoles, aventurarse más allá

de las cómodas relaciones de su tierra de origen se volvió parte del ADN de los Muchachos de Xalisco.

Para ello, no obstante, necesitaban guías. Los españoles confiaron en indios que odiaban a los aztecas para que los guiaran a través del Nuevo Mundo hasta Tenochtitlán, capital del Imperio azteca y actual Ciudad de México. Los yonquis hicieron lo mismo por los Muchachos de Xalisco, que les suministraban a cambio de ayuda para mudarse a nuevas áreas, alquilar apartamentos, registrar teléfonos móviles y comprar coches.

«Consigues que una persona te enseñe dónde está todo y que pase tu teléfono por ahí, y acuden como moscas a la miel —me contaba uno de los Muchachos de Xalisco encarcelado—. Todos se conocen entre sí. Es como ir con un *boy scout* . Eso es lo que sucedió en Las Vegas, una mujer adicta les dijo a algunas de las familias: "Conozco gente en Tennessee", así que fueron con ella a Memphis, que se convirtió en uno de los mayores mercados durante un tiempo».

Iban a ciudades con gran población mexicana donde podían integrarse bien, y donde no hubiera ninguna banda ni mafia que controlara el comercio de drogas. No obstante, los yonquis los llevaban allí y les encontraban los primeros clientes. Los yonquis permitieron que los Muchachos de Xalisco se expandieran mucho más allá de donde hubieran podido llegar si solo hubieran contado con sus contactos con inmigrantes nayaritenses. Con la fe puesta en el poder adictivo de su droga, los Muchachos de Xalisco se aprovecharon de estos yonquis que los conducían hasta nuevos mercados ricos donde no vivía casi ningún nayaritense, pero donde miles de chicos blancos de clase media comenzaban a colocarse con analgésicos opiáceos con receta.

Los yonquis podían detectar los indicios que conducían hasta clientes ocultos que los Muchachos de Xalisco probablemente no hubieran detectado de otro modo en las calles de una ciudad nueva. Los yonquis conocían la jerga y podían leer las miradas de desesperación.

Lo más importante de todo, crucial para la expansión de los Muchachos de Xalisco, era que los yonquis podían moverse por las clínicas de metadona de Estados Unidos.

El analgésico conocido como metadona fue sintetizado por científicos alemanes en un esfuerzo por hacer que la Alemania nazi fuera autosuficiente en materia de medicina mientras se preparaba para la guerra. Los aliados se quedaron con la patente después de la guerra, y Eli Lilly

Company la introdujo en Estados Unidos en 1947. Los doctores estadounidenses determinaron que se trataba de una ayuda potente para los adictos a la heroína.

El doctor Vincent Dole, especialista en adicciones del Rockefeller Institute de Nueva York, recogió la idea. Dole descubrió que la metadona era el único opiáceo que no obligaba a sus adictos a consumir dosis cada vez mayores cada pocas horas. Por el contrario, les parecía bien la misma dosis, que les permitía pasar las siguientes veinticuatro horas, una vez al día. Los adictos a la metadona, de hecho, podían hablar de temas que no tuvieran que ver con la droga. Esto no sucedía con los adictos a la heroína, que a Dole le parecía que estaban concentrados exclusivamente en la droga hasta el tedio. Dole creía que los adictos podían mantenerse con metadona de forma indefinida y que, con aquella única dosis diaria, podían funcionar como seres humanos normales. En 1970, Dole abrió la primera clínica de metadona para adictos a la heroína en la ciudad de Nueva York.

Dole creía que la rehabilitación dependía de las relaciones humanas: terapias grupales o reuniones del programa de doce pasos entre otras. Sin embargo, como último recurso para aquellos que desafiaban cualquier esfuerzo para deshacerse del hábito, la metadona, pensaba Dole, podía ser un soporte que los ayudara en sus vidas.

El presidente Richard Nixon autorizó la metadona como tratamiento para la adicción a la heroína, que afectaba a muchos soldados que regresaban de la guerra de Vietnam. Hacia finales de la década de los setenta, las clínicas de metadona, reguladas federalmente, afloraban por todo el país. Estas clínicas mostraban de una manera silenciosa cómo es posible dispensar un narcótico legalmente en un entorno seguro y exento de crimen. La metadona estabilizaba al adicto y le permitía encontrar trabajo y reparar relaciones dañadas. Tampoco había agujas sucias ni crimen, y los adictos sabían que no les podían robar en las clínicas. Asimismo, la metadona debilitaba y reemplazaba el intercambio de heroína de los camellos en la calle por un lugar para opiáceos limpio y luminoso; todos salían ganando.

Las clínicas de metadona abrían antes del amanecer. Una de las razones era que muchos adictos que buscaban empleos fáciles de conseguir eran ahora obreros de la construcción, carpinteros o pintores. Tenían que llegar a esos trabajos temprano. Las personas que tomaban metadona eran como fantasmas: aparecían temprano por la mañana durante años, se bebían su dosis y se iban en silencio a seguir con sus vidas. Con el tiempo, no

obstante, la metadona se convirtió en el campo de batalla entre aquellos que pensaban que debía utilizarse para desenganchar a los adictos a los opiáceos y aquellos que, como Vincent Dole, la veían como un fármaco de por vida, como la insulina para los diabéticos.

Tanto una estrategia como la otra podría haber funcionado, pero lo peor de ambas salió a relucir en muchas clínicas. La metadona se dispensaba a menudo como si el objetivo fuera acabar con el hábito en pequeñas dosis. Sin embargo, cuando las clínicas de metadona se convirtieron en establecimientos con ánimo de lucro, muchas eliminaron el servicio de asesoría y terapia que podría haber ayudado a los pacientes a desengancharse de los opiáceos por completo. No es sorprendente que hubiera personas críticas que consideraban que los propietarios de algunas clínicas actuaban como camellos, pues alargaban la situación de los pacientes durante años y cobraban la droga veinte o treinta veces más cara del coste real (unos cincuenta centavos la dosis). En 1990, la Oficina de Responsabilidad Gubernamental de Estados Unidos denunció que la mitad de las clínicas estaban mal gestionadas, que no rendían cuentas y que proporcionaban poca asesoría o cuidados postratamiento.

El resultado fue que muchas clínicas de metadona mantuvieran un núcleo de población adicta a los opiáceos en ciudades de todo el país, aunque con dosis demasiado pequeñas y, por lo general, sin demasiado apoyo terapéutico. Los adictos que no recibían la dosis suficiente necesitaban otro opiáceo por la tarde, después de que las clínicas cerraran. Tenían que encontrar droga en otro sitio, normalmente en la calle, por lo que seguían atados al submundo de la heroína. En las clínicas que combinaban dosis bajas y terapia de rehabilitación insuficiente, los adictos acababan por tomar metadona y heroína indistintamente.

La metadona era una alternativa mejor a la heroína en polvo débil, que era más cara y estaba disponible únicamente en bloques peligrosos de viviendas sociales o en barrios marginales. No obstante, mantener a una gran cantidad de personas con cualquier tipo de opiáceo, especialmente con dosis pequeñas, hacía de estas personas una presa fácil para cualquiera que tuviera un sistema de entrega más eficaz y cómodo. Durante años, sin embargo, nadie pudo concebir algo semejante; es decir: un sistema de venta de heroína al por menor en la calle que fuera más barato, igual de seguro y más cómodo que una clínica de metadona.

No obstante, a mediados de la década de los noventa, eso es exactamente lo que los Muchachos de Xalisco llevaron a las ciudades a lo largo y ancho de Estados Unidos. Ellos descubrieron que las clínicas de metadona eran, en efecto, cotos de caza.

* * *

Las clínicas de metadona proporcionaron el punto de entrada de los Muchachos de Xalisco a las primeras ciudades del oeste de Estados Unidos conforme se fueron expandiendo más allá del Valle de San Fernando a principios de los años noventa. Las nuevas células aprendieron a encontrar las clínicas de metadona y a dar muestras gratuitas a los adictos.

Uno de los Muchachos de Xalisco en Portland les habló a las autoridades de la formación que los nuevos conductores de su célula tenían que realizar. Según él, les enseñaban a merodear por las clínicas de metadona, detectar a un adicto y seguirlo. Entonces, le tocaban en el hombro y le preguntaban cómo llegar a algún sitio. A continuación, escupían unos cuantos globos y se los daban al adicto junto a un trozo de papel con un número de teléfono: «Llámanos si podemos ayudarte».

El valor de cada una de las tienditas de heroína de Xalisco residía en su lista de clientes. «Así es como la establecían y mantenían —me contaba Steve Mygrant, fiscal del área de Portland—. Se trataba de reclutar personas continuamente, con los mismos métodos que usa una corporación para identificar clientes. Iban perdiendo gente por el camino, así que se empleaban en esto constantemente».

Con el tiempo, la mayoría de las células cultivaban adictos en los que pudieran confiar, y algunos de ellos, a su vez, ayudaban a los dueños de las tienditas a expandirse a nuevas ciudades a cambio de droga. Algunos de sus guías yonquis se volvían leyendas en Xalisco. En Cincinnati, hablé con una chica del barrio de Lower Price Hill, hogar de nativos de los Apalaches que se habían trasladado, e infestado de heroína. Ella se había dedicado a aumentar el negocio de algunos traficantes de Xalisco que trataban de conformar una lista de clientes mientras iban y venían a lo largo de los años. Esta chica era, en sus propias palabras, «cosa conocida» en Xalisco, una ciudad que no había visitado nunca. Los Muchachos de Xalisco que comenzaban en Cincinnati preguntaban por ella, la buscaban y le ponían la droga delante de la cara con la esperanza de que los ayudara a establecer

rutas de heroína a través del área metropolitana de Cincinnati. Todo esto hacía que dejar el hábito fuera casi imposible.

«Ni siquiera pueden decir mi nombre. Pero allá abajo les decían: “Pregunta a alguien por Chica Blanca, Lower Price Hill”. Un tipo hasta apareció con una nota con mi nombre. Alguien se lo había escrito mal —comentaba—. A lo largo de estos años he ido saliendo de la cárcel o rehabilitación, y ellos están por ahí buscándome. La gente me dice: “¿Cómo es que siempre tienes estos contactos?”. Y no lo sé. No es que yo llame a México y les diga que me manden a un tío, pero siempre hay uno ahí».

Otra adicta convertida en guía prolífica era una mujer llamada Tracy Jefferson, que era una drogadicta veterana natural de Salem (Oregón) con trastorno maníaco-depresivo. Se lio con Luis Padilla-Peña, un camello de Xalisco en Reno (Nevada), en 1993. Padilla-Peña había venido a Estados Unidos en 1990 y había encontrado trabajo en Las Vegas con la banda de traficantes de heroína que dirigía un amigo del clan Tejeda-Sánchez. A partir de ahí, empezó a trabajar solo. Su gran oportunidad fue conocer a Jefferson. Durante los dos años siguientes, ella ayudó a Padilla-Peña y su familia a forjar mercados de heroína en Salem, Denver, Seattle, Colorado Springs, Oklahoma City y Omaha, normalmente con el método de registrarse en clínicas de metadona y regalarles alquitrán negro a los clientes de las clínicas que ella iba conociendo.

Desde Omaha, dijo Jefferson cuando testificó en un tribunal federal, la familia y ella exploraban Kansas City, San Luis y Des Moines. Abandonaban las ciudades que no generaran al menos dos mil dólares de beneficio diario. Por esta razón, según su testimonio, rechazaron Cheyenne, en el estado de Wyoming, así como Yakima y Vancouver, en Washington.

Otro de estos guías era un chico de México que había crecido en Reseda. No consumía drogas, pero tenía otra cosa que los Muchachos de Xalisco necesitaban: era bilingüe. Era natural de México, aunque había sido educado en el Valle de San Fernando. En Reseda, conoció a muchos inmigrantes procedentes de Xalisco. En 1995, tenía diecisiete años cuando el líder de una nueva célula lo contrató para trabajar en Maui (Hawái): «Ninguno de ellos hablaba inglés. Por eso yo era importante para ellos —decía—. Había muchas cosas que no podían hacer. Cuando llegué allí, les ayudé a expandirse».

Para entonces, había dos células de Xalisco en Hawái: una de David Tejeda y otra de un hombre llamado Toño Raíces, procedente del pequeño

rancho de El Malinal, en las colinas próximas a Xalisco.

En Xalisco, la gente decía que Toño Raíces ansiaba ser alguien en el mundo de la droga. Algunos afirman que envidiaba a David Tejeda. La historia cuenta que a Tejeda le debía cuatrocientos mil dólares de mercancía un hombre del rancho de Pantanal que no quería pagar. Este hombre tenía el respaldo de Toño Raíces.

Un día, en 1996, a la salida de un club de baile de Xalisco, Tejeda se encontró con sus rivales. Desde allí, fueron a un almacén de café que Raíces poseía y, en una disputa por dinero, los hombres de Raíces mataron a Tejeda de un tiro bajo un guayabo. Nadie fue arrestado. Vaqueros Musical, una banda local, relata la muerte de Tejeda en un corrido:

Él recibió una llamada, dicen, por un celular.
David, vente a los Magueyes, aquí te voy a pagar.
Año del 96, el hecho fue cometido un jueves, 4 de abril, lo agarran desprevenido.
Le dan muerte a quemarropa con puro cuerno de chivo.

Tres años más tarde, Toño Raíces fue asesinado a tiros en el cementerio donde estaba enterrado Tejeda. Según me contaron la historia, sus enemigos mataron a un chico que trabajaba para él. En el funeral del chico, los dolientes le pagaron a la policía local para que les permitiera disparar sus pistolas al aire dentro del cementerio. Sin embargo, durante la ceremonia, llegó la policía estatal, que parece que estaba aliada con los Tejeda. Se desató un tiroteo entre la policía estatal y los dolientes armados. Un comandante murió. También Toño Raíces. Vaqueros Musical grabó otro corrido.

No obstante, el hecho relevante para la historia de los Muchachos de Xalisco y la heroína de alquitrán negro en Estados Unidos era el asesinato de David Tejeda. Su familia estaba formada por cientos de parientes. Él les había mostrado a las familias pobres que ellas también podían crecer mediante la venta al por menor de heroína en Estados Unidos. Los más jóvenes, naturalmente, recurrían a él cuando necesitaban consejo. Él suministraba a muchos de ellos conforme se expandían más allá del Valle de San Fernando.

La muerte de Tejeda tuvo un efecto extrañamente liberador para sus familiares y otras bandas de Xalisco. «En vida, muchas personas dependían de él porque lo tenía todo a su favor —contaba el chico de Reseda—. No tenían que descubrir cómo hacer las cosas por sí mismos. Sin embargo,

después de que lo mataran, todos tenían que hacer las cosas solos. No tenían a nadie de quien depender».

Forzados ahora a ser más intrépidos, todos se dispersaron por todos sitios.

A solo una llamada de distancia

Portland (Oregón)

Cuando estaba en la cuarentena, Alan Levine perdió ambas piernas debido a la congelación sufrida al quedarse dormido borracho bajo un paso elevado durante una tormenta de nieve en Illinois. De algún modo, logró sobrevivir y, con el tiempo, emigró al oeste y acabó en Portland (Oregón).

Ya era adicto a la heroína desde hacía mucho tiempo. Levine comenzó a consumir con veinte años en Nueva York, y aquel primer chute lo hizo sentir como deseaba sentirse el resto de su vida, como si fuera el rey del mundo y el presidente de todo.

Durante toda su vida, a Alan Levine le encantaron las drogas y cómo lo recargaban, pero no tener piernas resultaba un obstáculo. Se arrastraba con las prótesis. Normalmente, conseguía drogas en alguna casa donde tuviera un contacto o deambulando por el barrio de Old Town Chinatown, al norte del centro de Portland; una caminata ardua que repetía tres o cuatro veces al día. Levine renqueaba, motivado por su adicción. Ninguna de las veces sabía lo que iba a conseguir, o si le robarían o sería arrestado. Volvía a su motel, se chutaba y se quedaba en Babia hasta que era hora de ir a buscar más; vivía de limosnas y de una paga mensual por discapacidad.

En 1993, Levine volvió a Portland tras pasar un año fuera. Oyó que habían llegado a la ciudad unos camellos que te llevaban la droga si los llamabas para hacer un pedido. De algún modo, Levine consiguió una tarjeta de visita, aunque años más tarde era incapaz de recordar con precisión cómo. Nunca había conocido a un camello con tarjeta de visita y un cómodo número de teléfono al que poder llamar.

Con aquella tarjeta, bueno, Alan Levine sentía que había muerto y estaba en el paraíso.

Mientras tanto, Wayne Baldassare estaba seguro de haber llegado al infierno. Baldassare era un poli que adoraba el trabajo relacionado con drogas. Había pertenecido a la división antivicio y antidroga de la policía de Portland desde 1982. Le encantaba la creatividad que requería el trabajo, el hecho de que necesitara utilizar y camelarse a los soplones. Cada día era diferente: una compra de encubierto por la mañana, una orden de registro por la tarde. El trabajo requería imaginación debido a que los traficantes eran, por su parte, increíblemente creativos.

Durante años, la heroína fue la droga con la que más fácil resultaba trabajar porque se vendía en casas. Se arrestaba a un yonqui que, aterrorizado con la idea de pasar el mono en prisión, contaba cómo funcionaba una casa de drogas. El yonqui llevaba a un agente infiltrado hasta el camello. Finalmente, se hacía una redada en la casa.

Sin embargo, hacia 1991, Baldassare vio cómo todo aquello cambiaba. Jóvenes mexicanos —acicalados, corteses y con pinta de pez fuera del agua — conducían coches viejos por toda la ciudad y entregaban la heroína. «De repente, había una centralita que recibía pedidos y que llamaba a esos repartidores —explicaba—. Se puso muy difícil juntar pruebas para un buen caso. Realizabas horas de vigilancia para conseguir cinco o seis bolsitas de droga».

Los conductores repartidores hacían periodos de seis meses y, después, se iban. Si los arrestaban, los deportaban en lugar de juzgarlos porque nunca llevaban grandes cantidades de droga. Los casos contra ellos siempre eran débiles. Al principio, Baldassare se imaginó que eran criminales de poca monta. Más tarde, se dio cuenta de que, por el contrario, habían aprendido cómo funcionaban las investigaciones de narcóticos: los fiscales apreciaban los casos con grandes cantidades de droga. Por aquel entonces, el *crack* y la metanfetamina eran la prioridad, y se medían por kilos. Para camuflarse, estos tipos de la heroína mexicanos utilizaban el método «justo a tiempo» para suministrar la droga, como cualquier otra corporación global, con lo que se aseguraban de que solo hubiera pequeñas cantidades en los coches o apartamentos. Esto también suponía un tipo de sofisticación que Baldassare no había visto en el submundo de la heroína.

Al poco tiempo, estos repartidores abarrotaban Portland. Los precios de la heroína cayeron, y Baldassare vio cómo los conductores se volvían más listos. Conducían en círculos para despistar a los agentes que los seguían. Eran necesarios cuatro o cinco agentes para seguir a un coche. Hasta

entonces, la policía de Portland no había contado con un gran servicio de medios aéreos. Un agente era propietario de una avioneta Cessna de cuatro asientos y le cobraba la gasolina a la ciudad cuando la usaba para trabajo policial, lo cual no sucedía a menudo. Ahora, la avioneta se usaba regularmente con un piloto y un observador que vigilaban el coche de reparto de heroína abajo en la calle. Baldassare era el observador que miraba a través de prismáticos desde arriba y que enviaba por radio las ubicaciones a sus colegas en tierra.

Era una faena extenuante que duraba horas. Baldassare era uno de los pocos agentes que podía mirar a través de prismáticos desde el avión, mientras este volaba en círculos, sin marearse. Mientras los conductores daban vueltas por Portland todo el día haciendo sus entregas, Baldassare se pasaba diez o doce horas al día en el avión, que se detenía solo para repostar combustible, para observarlos a unos setecientos metros de altura. Esto era antes de los GPS; tampoco había teléfonos móviles que rastrear.

«Era una línea de visión —afirmaba—. Si apartabas la vista, podías perderlos, por lo que elegías el momento de dejar de mirar. Si te daba tortícolis, debías elegir en qué momento darte un masaje».

Mientras sobrevolaba el centro de la ciudad, Baldassare podía seguir un coche de heroína mientras el avión hacía media circunferencia y, a continuación, perderlo detrás de un edificio mientras el Cessna completaba la circunferencia, con la esperanza de retomarlo en otra vuelta. Los coches se perdían con facilidad bajo las densas copas de los árboles de Portland.

Poco tiempo después, el departamento tuvo que aumentar su flota aérea. Los medios aéreos eran un lujo que la mayoría de los departamentos de policía del tamaño del de Portland no se pueden permitir, pero que se volvían necesarios con este nuevo sistema de venta de heroína. La ciudad contrató a otros dos pilotos. Finalmente, el departamento compró un avión nuevo con ventanas de visión completa para vigilar con más facilidad.

Las tarjetas de visita eran amarillas. Tenían un número de teléfono y un águila con una serpiente en las garras, el emblema de la bandera de México. Eso era todo: ni nombres ni eslogan. «Llama cuando quieras», le dijeron a Alan Levine. Una noche, lo hizo.

«Danos veinte minutos», le dijo el tipo al otro lado de la línea. Para inmensa sorpresa de Levine, a los quince minutos un chaval mexicano llamaba a su puerta del motel. Era joven, estaba nervioso y era pulcro.

Parecía un granjero. No hablaba inglés, pero tenía sesenta dólares en heroína de alquitrán negro.

Levine nunca había olvidado el primer sentimiento de euforia que le proporcionó la heroína en los años sesenta. Sin embargo, a lo largo de los años que siguieron no había vuelto a sentir ese colocón de nuevo… hasta que se inyectó heroína de alquitrán negro aquella noche. Levine llamó a ese número tres veces al día después de aquello. Los repartidores cambiaban a menudo, y él los llamaba a todos Pedro. Eran de fiar. Acudían rápido. Ahora, en lugar de tener que enfrentarse con valentía a Old Town con sus dos piernas falsas, Alan Levine podía sentarse en su habitación de motel, consciente de que estaba a solo una llamada de colocarse.

Los mexicanos eran los únicos camellos que Levine había conocido que nunca se quedaban sin droga. Con el tiempo, los precios cayeron hasta los cinco dólares el chute a medida que estas bandas traían enormes suministros de heroína de alquitrán de buena calidad a Portland y empezaban a competir entre sí. Sin embargo, se dio cuenta de que nunca se enfrentaban y de que le fiaban. A menudo, le proporcionaban una cantidad extra, ávidos de conservarlo como cliente.

Una noche, uno de estos chicos —un conductor, según recuerda Alan Levine— intentó timarlo al ofrecerle dieciocho globos por cien dólares cuando el trato, ya establecido hacía tiempo, era de veinticinco globos. Levine lo rechazó. «Vamos a ver qué dice el jefe», le responde el chico. Levine se subió a su coche y siguió al chico a través de Portland. Llegaron a una casa. Salió un hombre que, según Levine pudo determinar años más tarde, se trataba de Enrique Tejeda-Cienfuegos, pero que entonces conoció como el Gato.

Tejeda-Cienfuegos era del pueblo de Aquiles Serdán, a unos kilómetros al sur de Xalisco. Él y sus cuatro hermanos dirigían una franquicia de heroína en Portland. Levine no sabía nada de esto. Él solo sabía que el repartidor intentaba tangarlo y así se lo explicó al Gato aquella noche. Entonces, el chico sacó las veinticinco bolsas de heroína mientras decía en español que eso es lo que le había ofrecido en todo momento a Levine y que había habido algún malentendido. El Gato se disculpó y le regaló a Levine aquellas veinticinco bolsas. Levine no volvió a ver a aquel conductor.

«El Gato era, a todas luces, poderoso», recordaba Levine cuando hablé con él en la habitación de un motel cercano al centro de Portland una noche, muchos años después. Localicé a Levine a través de su exmujer porque,

para entonces, me había dado cuenta de que los adictos eran los que mejor contaban la historia de la heroína, y cuanto mayores fueran, mejor. Me senté en una silla mientras él, sin piernas, permanecía sentado en la cama y fumaba sin parar. Los cigarrillos le proporcionaban a su voz un gruñido tan quejumbroso como su rostro, así como un extraño movimiento abrupto de la mandíbula que sonaba al hablar como si masticara un jugoso filete. Sin duda alguna, conocía la historia de la llegada de los Muchachos de Xalisco a Portland tan bien como cualquiera, aun a pesar de conocerlos tan solo como una serie rotativa de mexicanos a los que llamaba Pedro. Cuando le enseñé una foto policial, recordó claramente al Gato: «Cuando él hablaba, ellos actuaban —contaba—. Tenía cierto estatus. Llegué a gustarle porque pagaba a tiempo. Después de aquello, venían y decían: "Gato ha dicho que te demos esto o aquello". Me llamaban Hígado porque les conté que tenía hepatitis C y que no quería compartir agujas».

El Gato le dio más tarde un cuchillo Buck a Levine, tal vez porque tenía la sensación de que necesitaba cierta protección. Levine se dio cuenta de que él estaba a años luz de cómo el mundo de la heroína había funcionado durante años: «No era necesario que salieras de casa. Hacer tratos con esta gente era el paraíso. Podías ofrecerles pequeñas cantidades de dinero también cuando llegaban. Estaban ávidos de billetes».

Levine nunca había conocido a ningún camello que regalara droga para tener a la gente enganchada o para evitar que los adictos se rehabilitaran —el tipo de camellos míticos que el Gobierno y los medios habían inventado en medio de la campaña del miedo al drogata— hasta que conoció a los Muchachos de Xalisco.

«Esta técnica de mercadotecnia iba de eso. Sabían lo que se hacían. Eran comerciantes».

Enrique, a la deriva

Un rancho en Nayarit (México)

La mañana siguiente a la gran fiesta de bienvenida de Enrique tras su regreso de Canoga Park, su madre se sentía feliz y su padre se mordía la lengua. California le ofrecía otra opción a Enrique. Si su padre lo maltrataba, se iría de nuevo. De modo que la familia se reunía para comer junta e intentaba olvidar las miserias pasadas ahora que su nuevo norteño, como lo llamaban, había vuelto a casa.

Los problemas entre las dos partes de la familia de su madre habían empeorado. Los tiroteos no cesaban. La mayoría de los parientes de su abuelo habían tenido que irse. Los parientes de su abuela dominaban el barrio. Sin embargo, Enrique sentía que su experiencia en el norte lo elevaba por encima de este mundo insignificante. Habló con ambas partes. No podía pensar en nada que no fuera California. Su vida sería diferente y esto, creía él, se debía enteramente al norte y la heroína. Sin embargo, no poseía aún nada más que un caballo escuálido que él creía que se asemejaba más a un perro. Su estancia en California le había dejado poca cosa que ofrecer a su novia. Quería la revancha con California; así es como veía el asunto: una prueba de voluntad. Nadie volvería a usarlo de nuevo. Sus tíos, opinaba él, hicieron algo de dinero y se retiraron del negocio durante un tiempo por miedo a las habladurías del pueblo. Enrique le temía más a la pobreza.

Otros chicos iban ahora al norte como había hecho él. El sistema de venta al por menor que concebían los inmigrantes de Xalisco en el Valle de San Fernando permitía al más humilde hacer algo más que solo soñar. También acababa con el aislamiento deprimente de su rancho. Durante años, cuando los coches lo atravesaban, los locales se escondían por miedo a que fuera un secuestrador de niños. Las chicas se cubrían la cara cuando alguien sacaba las primeras videocámaras en una fiesta. Sin embargo, cuando los hombres viajaban al norte a vender droga y regresaban con dinero, traían consigo un

entendimiento intuitivo del mundo exterior y una visión aumentada de lo que era posible. Todos podían poseer su propio negocio y ser su propio jefe. El sistema de heroína de Xalisco era muy parecido a Estados Unidos en ese sentido. Estados Unidos satisfacía la promesa de lo desconocido de los rancheros y era, además, un escape a la humillación para los pobres mexicanos procedentes de pueblos como el de Enrique. El sistema de heroína de Xalisco conseguía esto más rápidamente. Era, además, arriesgado, lo cual resultaba atractivo para los granjeros que veían que no tenían nada que perder y todo que ganar. Al arriesgar mucho, mejoraban su estatus en su pueblo natal.

Tras unos cuantos meses, hacia 1991, uno de los tíos de Enrique llamó desde el Valle de San Fernando y le ofreció trabajar a cambio de una buena paga. Esta vez, Enrique llegó seguro de sí mismo y desenvuelto, orgulloso de su cosmopolitismo y lejos de ser aquel aldeano asustado.

Se dio cuenta inmediatamente de la razón por la que lo habían llamado sus tíos. Más traficantes de heroína procedentes de Xalisco habían seguido el camino marcado por los pioneros y abarrotaban el mercado, que ya había demostrado dar frutos, del Valle de San Fernando. La competencia se volvió más intensa. Los precios caían.

Ya por esa época, las familias que harían de la heroína su medio de vida se habían establecido en el Valle. David Tejeda y sus hermanos estaban allí, por supuesto. Beto Sánchez y el clan de los Sánchez se estaban haciendo grandes. También crecía Beto Bonque y su familia, así como los Bernal. Los Langarica (los hermanos Julio, Chuy y Tino, cuyo padre era brujo allá en Xalisco) tenían células, al igual que sus primos, los García-Langarica: Polla y Macho. Había también otros, mientras que una familia tenía toda Pasadena.

Cada familia tenía dos o tres células en marcha; y cada célula tenía al menos a un par de conductores que cubría turnos de seis de la mañana hasta el mediodía y de mediodía a las seis de la tarde, todos los días. Por la noche, se encontraban en algún apartamento y metían la heroína en globos para el día siguiente. No era un negocio con glamur. Estabas allí para trabajar, decían los jefes de la familia, que pagaban a cada conductor seiscientos dólares a la semana y querían que se justificara cada una de las horas. El trabajo de conductor era semejante al de un taller clandestino. Los propietarios de la célula metían y sacaban a los conductores, los llevaban a apartamentos y los volvían a sacar seis meses después, intercambiaban

coches con más frecuencia aún y ordenaban a los conductores que les dieran a los yonquis de la calle números de busca junto con las muestras gratuitas. Hacia principios de la década de los noventa, el Valle de San Fernando era una convención, una reunión de personas del condado de Xalisco. Todo el mundo quería formar parte del negocio.

Un traficante conocido como el Gato, del pueblo de Aquiles Serdán, era especialmente agresivo. Al Gato no le importaba lo que la gente dijera de él allá en su pueblo. Enrique admiraba aquello. El Gato quería que la gente supiera que, en su casa, el hambre era cosa del pasado. El Gato volvía a casa con ropa, coches, neveras repletas de cerveza estadounidense y pistolas de diversos calibres. «El Gato está por todos lados y no será fácil echarlo», decía su tío.

Los tíos le prometieron a Enrique más dinero y una camioneta nueva en México si le iba bien. Junto a otro conductor, Enrique, con la inspiración adecuada, recorría las calles del Valle de San Fernando como el patrullero que una vez quiso ser; ahora, en busca de adictos. Les daba una muestra gratuita y un número de teléfono. Tras unas pocas semanas, Enrique aumentó los beneficios diarios hasta los cinco mil dólares.

Entonces, una mañana temprano, la policía hizo una redada en la casa de uno de sus tíos. Los otros tíos recurrían a este hombre para que los liderara. Durante las semanas siguientes, Enrique vio al resto de sus tíos flaquear. Los pandilleros robaban a sus conductores y no hacían nada. En varias ocasiones, algún cliente le puso una navaja en la garganta. Enrique les escupía los globos en las manos mientras recordaba un dicho de su padre: «Muere por lo que es tuyo, no por lo que es de otros».

Más gente llegaba de Xalisco para vender chiva. Las redes de heroína se multiplicaron. Los trabajadores del Gato lo abandonaban para empezar sus propias células. No había mucho que el Gato pudiera hacer, cualquier represalia en Canoga Park tendría repercusiones en el pueblo, además de llamar la atención de la policía de Los Ángeles. Un amigo al que Enrique conocía de Xalisco llegó y montó su propia red. Empezó la célula justo allí, en el Valle. Entonces, el Gato sorprendió a todo el mundo. Cogió a un yonqui y chiva y abrió una célula de heroína en San Diego. Poco tiempo después, según oyó Enrique, el Gato ya tenía otra en marcha también en Portland. David Tejeda tenía aquella tiendita en Hawái. Este tipo de movimientos tambalearon el mundo de la heroína de Xalisco del Valle de San Fernando. Sobre todo, les mostró a los Muchachos de Xalisco que

podían encontrar nuevos mercados, que el sistema podía funcionar lejos del enclave de Nayarit en el Valle.

Enrique, ahora un chico de dieciséis años, observaba todo aquello. Mientras el negocio trastabillaba bajo el débil liderazgo de sus tíos, Enrique y un amigo compraron un coche y alquilaron un apartamento de manera furtiva. Durante un tiempo, y sin conocimiento de sus tíos, dirigió su propia tiendita de heroína aparte. Entonces, el miembro de una banda le robó, le quitó la droga y le metió un tajo. Los tíos descubrieron su negocio paralelo. Le dieron una paliza por la insolencia junto con mil ochocientos dólares como pago por sus meses de trabajo y lo enviaron de vuelta a Nayarit.

Tras aquello, la única vía de escape a una vida dedicada al cultivo de la caña de azúcar parecía cerrársele para siempre. Su regreso al rancho fue recibido con menos entusiasmo esta vez. Sus hermanas se alegraron de los regalos, pero Enrique podía sentir su decepción. No tenía más opciones, volvió a trabajar al campo con su padre, que le sonreía con aires de superioridad y se burlaba de él. Como si quisiera poner en ridículo a su hijo, su padre instaló una antena parabólica en la chabola familiar. En los ranchos mexicanos, por aquella época, las parabólicas que sobresalían cinco metros eran la manera que tenía una familia de decirles a los vecinos que había triunfado. No importaba si algunos días no llegaba la señal; el mástil y un gran plato eran una declaración. Su familia no tenía un baño decente, observaba Enrique con ironía, pero tenía parabólica. Aun así, su padre estaba feliz, así que la familia se sentía aliviada.

Un día, la tierra sería suya, le recordaba el padre. Enrique tenía que hacerse a la idea. Sin embargo, incluso aquello estaba a años de distancia. Sin la heroína, Enrique no podía imaginarse una vida donde él controlara sus propias decisiones.

Llegó la época de la cosecha acompañada de un calor y una humedad que hervían la sangre. Enrique ganaba cincuenta pesos por carga cuando llevaba los montones apilados de caña cortada al molino en su camioneta. En el campo, desde las tres de la mañana hasta las seis de la tarde, el calor lo atontaba y las piernas le fallaban, y Enrique volvía a casa cada noche con pinta de que lo hubieran lanzado dentro de un saco de carbón y con el pensamiento de que se dejaba el alma en los campos.

En busca del santo grial

Lexington (Kentucky)

El día de Año Nuevo de 2013, viajé en un coche de alquiler a través de las colinas ondulantes cubiertas por la nieve del norte de Lexington. La tierra allí está dividida en granjas de caballos, y las cercas de cuatro tablones negros dibujan el contorno, simple y claro, del terreno de pastura. A medida que el coche avanzaba raudo e hipnótico, dejando atrás granjas y árboles copados de muérdago, me aproximaba a una carretera comarcal solitaria de dos carriles conocida como CR1977. La carretera se eleva por pequeñas colinas y curvas, luego desciende cuando la colina toca fondo. La CR1977 corta por en medio una granja hacia el norte que alberga decenas de sementales, garañones y yeguas de cría. Pasa por las instalaciones de Masterson Equestrian, un gran parque hípico.

Más adelante, la carretera se curva y revela una colección de edificios adustos y altos de ladrillo a bastante distancia. El complejo podría pasar por una fábrica del siglo XIX si no fuera por las torres de iluminación de estadio que delatan su naturaleza. El Centro Médico Federal, que es como se lo conoce en la actualidad, acoge a setecientos reclusos.

Me apeé del coche. Los funcionarios de la prisión habían rechazado mi petición de visitar sus entresijos, de modo que ciento cincuenta metros era todo lo cerca que me podía aproximar a uno de los monumentos más extraños de la historia de la adicción a los opiáceos. Cuando se erigió, en 1935, esta fortaleza federal era conocida como la Granja de Narcóticos. La Administración de Roosevelt la consideraba un «New Deal para drogadictos». [3]

Bajo la Ley Harrison de Impuestos sobre Narcóticos de 1914, miles de adictos fueron condenados y enviados a prisión, donde la necesidad de los reclusos de encontrar droga trastornaba la vida en las instituciones. El Gobierno construyó la Granja de Narcóticos para albergarlos.

Era un sitio único, a la vez prisión y centro de tratamiento, que reflejó durante cuarenta años la visión esquizofrénica que el país tenía de los opiáceos y la adicción a las drogas. Durante años, en los que gran parte del país estaba segregado, negros y blancos, gais y heteros, latinos, italianos, irlandeses, chinos, hombres y mujeres procedentes de todo Estados Unidos que solo tenían la heroína en común compartieron cuatrocientas hectáreas en Kentucky. Muchos cumplían sentencia; otros, como el escritor *beat* William Burroughs, se registraron voluntariamente para desengancharse.

La granja ponía el énfasis en el trabajo al aire libre como terapia para la adicción. Los presos ordeñaban vacas y cultivaban tomates y trigo, además de proporcionar comida a la institución. Había una fábrica conservera, un servicio de reparación de transistores y un laboratorio dental que fabricaba dentaduras postizas. Los administradores tenían la sensación de que el ocio era terapéutico. Los adictos jugaban al baloncesto y al tenis; la granja tenía campos de golf, una bolera y ofrecía clases de cestería.

En los años cuarenta, en la ciudad de Nueva York, Charlie Parker ponía el *swing* patas arriba. Cientos de músicos neoyorquinos más jóvenes veneraban al saxo alto y abrazaban la heroína con la esperanza de tocar más como Bird, que murió enganchado en 1955, con el cuerpo y su arte corroídos por la droga. Muchos de estos músicos fueron a prisión. Casi una generación de jóvenes truhanes del *bebop* con gafas oscuras llegaron a la granja: Sonny Rollins, Lee Morgan, Howard McGhee, Elvin Jones, Chet Baker, Tadd Dameron, Jackie McLean y Sonny Stitt, entre muchos otros. Improvisaban durante horas, formaron bandas que nunca llegaron a grabar y tocaron conciertos para los reclusos de la granja y los vecinos de Lexington que estaban en la onda, a los que se permitía asistir. Una banda de *jazz* de la granja tocó en una ocasión en el *Tonight Show* de Johnny Carson.

Me topé con la historia de la Granja de Narcóticos cuando intentaba entender cómo, décadas más tarde, un pueblo mexicano había llegado a vender heroína por todo el país y en lugares donde la droga había sido antes casi desconocida. Los hilos de estas historias, llegué a creer, estaban fundamentalmente conectados.

Durante años, la granja había sido el principal centro de investigación de la adicción a nivel internacional por razones que se remontaban a antes de la propia institución. La Primera Guerra Mundial había demostrado de nuevo a los doctores los misericordiosos beneficios analgésicos de la morfina. Asimismo, estaban frescas en la memoria las primeras décadas de

la heroína, que mostraban con la misma claridad que la adicción atormentaba a menudo a aquellos que tomaban opiáceos. No importaba cuánto lo intentaran —con estrategias tan variadas como el trabajo en granjas de desintoxicación, terapia grupal o prisión—, los especialistas en rehabilitación nunca consiguieron que mucho más del 10 por ciento de sus adictos se liberara verdaderamente de los opiáceos. El resto recaía, esclavos, parece ser, de la molécula de la morfina. Esto parecía avergonzar a científicos y médicos. ¿Estaba la humanidad realmente condenada a no tenerlo todo? ¿No era posible tener el paraíso sin el infierno? ¿No era posible que los mejores científicos encontraran un modo de extraer las propiedades analgésicas de la molécula mientras desechaban el miserable efecto adictivo?

En 1928, lo que pasaría a conocerse como el Comité para los Problemas Derivados de la Drogodependencia (CPDD, por sus siglas en inglés) juntó a los mejores investigadores del país para hacer justamente eso. John D. Rockefeller hijo lo organizó con el dinero que su padre había reservado. El CPDD promovía la cooperación entre investigadores de narcóticos dentro del Gobierno, el ámbito académico y la industria. La ciencia alemana se sirvió de este tipo de colaboraciones para encontrar algunos de los mejores fármacos del mundo. No obstante, el suministro de fármacos alemanes a Estados Unidos había cesado durante la Primera Guerra Mundial. Tras la contienda, los científicos estadounidenses llegaron a la conclusión de que el país era vulnerable debido a que la investigación de narcóticos en Estados Unidos era aleatoria y desordenada.

El CPDD financió a químicos y farmacólogos, a académicos y científicos de la industria para que trabajaran con el objetivo de encontrar un analgésico que no fuera adictivo. La novocaína, inventada en 1905, evitaba la necesidad de usar la adictiva cocaína en odontología. ¿Por qué no buscar un sustituto para la morfina? Una droga semejante podría limpiar esa imagen que los doctores se habían ganado de traficantes ineptos de drogas peligrosas al recetar extensamente heroína a principios del siglo XX . Los académicos, mientras tanto, esperaban que llegara una nueva era de investigación científica moderna aplicada a las drogas medicinales. Las fuerzas de seguridad esperaban que un analgésico que no produjera adicción menguara los efectos secundarios de sus intentos de deshacerse del opio del país.

Los investigadores llamaron a esta droga el santo grial, y buscarlo les llevaría el resto del siglo y más allá.

El CPDD construyó un laboratorio en la Universidad de Virginia con el fin de crear estos nuevos fármacos. Se formó otro laboratorio en la Universidad de Míchigan para probar las nuevas drogas en animales. Ahora, todo lo que se necesitaba era un lugar donde probar las drogas en humanos, un lugar donde los drogadictos se encontraran dispuestos y en grandes cantidades.

En 1935, abrió la Granja de Narcóticos de Estados Unidos.

La granja contaba con una sección conocida como el Centro de Investigación de la Adicción (ARC, por sus siglas en inglés). Durante décadas, el ARC probaba en reclusos todos los opiáceos más importantes producidos por los químicos patrocinados por el comité: la hidromorfona, la meperidina, el dextropropoxifeno, la codeína, además de la clorpromazina y numerosos tranquilizantes y sedantes. Los experimentos en la granja demostraron que la metadona duraba más tiempo y dispensaba a los yonquis de las subidas y bajadas severas de la heroína que estimulaban sus intentos frenéticos por conseguir la droga. En consecuencia, concluyeron, la metadona podía actuar como sustituto de la heroína.

El ARC contaba con una plantilla de psiquiatras, bioquímicos, psicólogos, farmacólogos, técnicos de laboratorio y cuatro guardias. Estudiaron todos los aspectos de la interacción de la morfina con el ser humano. La investigación del ARC desarrolló las primeras escalas cuantitativas que medían los grados de adicción, la gravedad de la abstinencia y el poder adictivo de muchas drogas. Durante cuatro décadas, adictos a la heroína y la morfina con largas condenas se prestaron voluntarios para estos estudios porque les proporcionaban droga. Una vez que los estudios concluían, los sujetos recibían un programa de rehabilitación de seis meses que garantizara que no fueran ya físicamente dependientes.

Cuando los científicos estadounidenses se organizaron para encontrar el santo grial de un analgésico no adictivo, la granja hizo posible esta investigación y que se mantuviera la esperanza. Los investigadores veían su misión de una manera simple: prevenir otra heroína; evitar que otra droga altamente adictiva se desplegara por la nación sin haber sido estudiada en condiciones. Con ello, justificaron la experimentación en reclusos. «El ARC se veía a sí mismo como salvaguarda de la salud pública a escala global al prevenir que compuestos adictivos destruyeran las vidas de miles

de personas», escribieron Nancy Campbell, J. P. Olsen y Luke Walden en *The Narcotic Farm* (La Granja de Narcóticos), un libro fascinante sobre la institución.

Las investigaciones en Lexington generaron cientos de artículos académicos y conformaron el único estudio serio de la adicción en el mundo en aquel momento. La Organización Mundial de la Salud acudió a él para obtener datos. El estudio de la adicción emergió como campo científico mientras que la plantilla del ARC supuso el primer grupo de personas que concibió la adicción no como una falla en el carácter o un crimen, sino como una enfermedad crónica del cerebro. El ARC se cerró en los años setenta, cuando el Comité Church del Senado de Estados Unidos, que investigaba a la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés), descubrió que el ARC había realizado experimentos con LSD en reclusos por mandato de la agencia. Con ello, se cerró una etapa. La granja fue transformada en la prisión y hospital que es hoy día.

Sin embargo, a lo largo de cuarenta años, todas las drogas creadas por el CPDD durante su búsqueda del santo grial fueron probadas en reclusos de la Granja de Narcóticos de Lexington (Kentucky).

En una etapa temprana, Lyndon Small, el primer director del laboratorio UVA, sintetizó una droga que llamó metopón. El metopón tenía algunas de las propiedades analgésicas de la morfina, pero era ligeramente menos adictivo. El metopón no llegaba a cumplir con el objetivo que perseguía el CPDD. No obstante, se consideró una prueba de que algún día sería posible encontrar un analgésico similar a la morfina que no fuera adictivo, aquel santo grial tan escurridizo.

Este objetivo espoleó a las siguientes generaciones de investigadores farmacológicos y, con el tiempo, ayudaría a impulsar a un grupo de revolucionarios que buscaban una manera mejor de tratar el dolor en Estados Unidos.

[3] New Deal es el nombre con el que se conoce la política intervencionista aplicada por el presidente de Estados Unidos Franklin D. Roosevelt para paliar los efectos de la fuerte crisis económica conocida como Gran Depresión. Literalmente, significa «Nuevo Trato».

El Dolor

A lo largo de la mayor parte del siglo XX , los doctores que han tratado a enfermos terminales se han enfrentado a actitudes que parecían medievales en lo que respecta a los opiáceos.

Los doctores que recetaban los analgésicos eran tratados casi como criminales. La moderación describía el modo en que los fármacos se distribuían. Las firmas de varios doctores eran a menudo necesarias aun para dosis pequeñas mientras personas moribundas se retorcían con los dolores más indecentes. Los tratamientos para el dolor llegaban en forma de extraños brebajes. Uno de ellos tenía el nombre de cóctel Brompton —un combinado que recibía su nombre del hospital inglés donde se usaba y que consistía en morfina, cocaína, clorpromazina, miel, ginebra y agua—, que a mí me sonaba a un mejunje que se le podría ocurrir a algún yonqui de la calle y que, sin embargo, parece que era bastante eficaz.

En la década de los setenta, las posturas comenzaron a cambiar lentamente. En Inglaterra, Cicely Saunders, enfermera e investigadora, abrió un hospital de cuidados paliativos que trataba a los enfermos terminales de cáncer con opiáceos. Bajo la dirección de Saunders, el Hospicio de Saint Christopher de Londres fue el primero en el mundo en combinar el cuidado de los moribundos con la investigación y el ensayo clínico. El hospicio se inspiraba en la idea de que los pacientes debían ser tratados para el dolor sin que las drogas destruyeran también su personalidad. Un empleado de Saunders, Robert Twycross, inició experimentos con el uso de opiáceos en enfermos terminales de cáncer que reportaron enormes beneficios. El Saint Christopher promovía los opiáceos, a veces en grandes dosis, para aliviar el dolor de los moribundos. Saunders y Twycross consideraban inhumano hacer lo contrario. Si las personas estaban próximas a la muerte, ¿qué importancia tenía que fueran adictas?

¿Acaso el alivio del dolor y una muerte digna no eran más importantes? En el Saint Christopher, los pacientes moribundos recibían opiáceos regularmente, tanto si sentían dolor como si no.

La reina le concedió a Saunders el título de dama del Imperio británico. *Lady* Cicely Saunders y Twycross trabajaron duro para cambiar mentes, aunque esto llevó más tiempo en Estados Unidos, donde décadas de demonización de los opiáceos hacían que los doctores siguieran siendo cautelosos. Twycross dijo en una ocasión que al bajarse de un avión en Nueva York, podía oler el miedo a la adicción en Estados Unidos.

En 1972, una compañía británica llamada Napp Pharmaceuticals desarrolló una fórmula de liberación modificada, conocida como Continus, que empezó a usar en un fármaco para el asma. Un día, Twycross sugirió a algunos representantes de Napp que la compañía usara Continus para desarrollar una píldora de morfina de liberación prolongada. Finalmente, Napp lo hizo, lo cual resultó ser relevante para esta historia. La píldora les ofrecía a los doctores una herramienta nueva para tratar el dolor de los pacientes moribundos. Napp es, además, propiedad de Purdue, el fabricante de laxantes que Arthur Sackler y sus hermanos compraron en los años cincuenta.

Mientras tanto, un oncólogo sueco llamado Jan Stjernswärd se encontraba en la tesitura de poder cambiar el tratamiento del dolor en todo el mundo. En 1980, Stjernswärd fue nombrado jefe del programa para el cáncer de la Organización Mundial de la Salud en Ginebra. Años antes, había pasado un tiempo en un hospital keniano, donde había presenciado cómo ingentes cantidades de pacientes de cáncer morían en agonía. El tercer mundo carecía de los recursos para tratar el cáncer. Con la morfina, creía Stjernswärd, los pacientes podrían al menos pasar sus últimos días libres de dolor. Sin embargo, los doctores rehusaban administrarla por temor a la adicción.

Ahora, como nuevo jefe del programa para el cáncer de la OMS, Stjernswärd se acordaba de Kenia. Se propuso establecer normas para tratar a los enfermos terminales de cáncer con opiáceos; morfina, principalmente. Las pastillas de diez miligramos de morfina costaban un penique cada una. Esto permitiría, creía Stjernswärd, proporcionar en todo el mundo los mismos cuidados a las personas que dejaban la vida que a aquellas que la comenzaban.

Stjernswärd conoció a Vittorio Ventafridda, que dirigía una fundación en Milán pionera en Italia en proporcionar tratamiento para el dolor a pacientes terminales. Un día, durante un almuerzo con Stjernswärd en la cafetería de la sede de la OMS en Ginebra, Ventafridda escribió en una servilleta unos principios básicos para tratar a pacientes moribundos con opiáceos. Se trataba de una escala de tratamiento. Drogas cada vez más potentes, incluyendo opiáceos combinados con no opiáceos, debían administrarse si el dolor no remitía. En aquel momento, se trataba de una idea radical.

Más adelante, Stjernswärd reunió a la mayoría de los pocos expertos mundiales en el tratamiento del dolor —dieciséis en total— en un castillo medieval de Milán para dar forma a una política sanitaria mundial, y se llevó aquella servilleta consigo.

La escala que Ventafridda había bosquejado durante el almuerzo aquel día recogía la idea de que los opiáceos debían utilizarse con pacientes terminales en los que los no opiáceos no funcionaban. Se trataba de un acercamiento humanitario, especialmente en los países en los que pocas personas tenían acceso a un tratamiento para el cáncer. La OMS publicó un libro en más de veinte idiomas donde se exponían unos pasos sencillos para el tratamiento del dolor que pasó a ser conocido como la escala analgésica de la OMS. En ella, la morfina se consideraba una droga esencial para aliviar el dolor provocado por el cáncer.

La OMS fue más lejos. Afirmó que liberarse del dolor era un derecho humano universal. La escala iba acompañada de un concepto relevante para nuestra historia, que hizo cambiar la opinión pública y médica. Se trataba del siguiente: si un paciente afirmaba sentir dolor, los doctores debían creerlo y recetar en consecuencia. Esta postura creció a partir del movimiento de los derechos de los pacientes que surgió, en parte, a raíz de los Juicios de Núremberg, durante los cuales se descubrió que doctores nazis experimentaban sin tener en cuenta la autonomía de los pacientes; así como de la contracultura de los años sesenta, que sospechaba de las motivaciones de todas las instituciones establecidas, incluida la medicina.

Con la escala analgésica de la OMS, la preocupación de los doctores por el uso de fármacos derivados del opio comenzó a relajarse. Después de todo, eran claramente eficaces a la hora de acabar con el dolor, lo cual constituía ahora un derecho humano. El consumo de morfina comenzó a aumentar en todo el mundo, hasta multiplicarse por treinta entre 1980 y 2011.

Sin embargo, ocurrió algo extraño. El consumo no creció en los países en desarrollo, que conforman, cabe pensar, la región afectada por el dolor más agudo. Por el contrario, son los países más ricos, con el 20 por ciento de la población mundial, los que llegaron a consumir prácticamente toda la morfina mundial, más del 90 por ciento. Esto se debía al prejuicio acerca de los opiáceos y la regulación de su uso en los países pobres, donde parece que la escala de la OMS tuvo pocas consecuencias. La opiofobia imperaba en estos países; aún lo hace hoy día, mientras se permite que los pacientes mueran tras una agonía grotesca en lugar de suministrarles el alivio que dispensan los analgésicos basados en opio. India, que es una de las productoras de opio más importantes, tiene un consumo de morfina per cápita infinitesimal (0,12 miligramos per cápita al año en 2011), debido sobre todo a una burocracia gubernamental que grava la droga con impuestos altos.

En 1985, miembros de la Asociación Internacional para el Estudio del Dolor se reunieron en Buenos Aires. Durante su estancia, los especialistas en dolor visitaron un hospital donde un neurocirujano les explicó que los opiáceos estaban permitidos únicamente en aquellos pacientes que eran operados, y que él se veía obligado todos los años a realizar un millar de cordotomías a aquellos que sentían dolor crónico (un procedimiento que consiste en cortar los nervios que conducen el dolor y la temperatura en la médula espinal del paciente).

«Era espantoso. Eran más de las cordotomías que se realizaban cada año en todo Estados Unidos y Europa», explicaba el doctor John Loeser, que acudía a la reunión procedente de su clínica multidisciplinar del dolor de la Universidad de Washington.

Experiencias como esta marcaron a los doctores interesados en la gestión del dolor. También en aquella visita se encontraba la doctora Kathleen Foley, del Memorial Sloan Kettering Cancer Center de Nueva York. Foley había comenzado su carrera en los años setenta, durante los últimos años de la etapa oscura de los opiáceos, cuando los doctores usaban estas drogas solo en circunstancias muy controladas.

Hacia la década de los ochenta, Foley, que era una devota católica, se había convertido en una voz a favor de los pacientes terminales de cáncer, así como en abogada del tratamiento del dolor con opiáceos. En 1981, transformó el tratamiento del dolor en pacientes de cáncer del Sloan Kettering al juntar a investigadores que estudiaran el dolor con clínicos que

proporcionaran el tratamiento, lo que resultó ser el primer equipo de ese tipo para tratar el dolor.

No obstante, a medida que pasaba el tiempo, Foley llevó un paso más allá su defensa del tratamiento con opiáceos. Estos no debían, en su opinión, limitarse solo a los pacientes de cáncer o a la poscirugía. Deberían utilizarse también, razonaba, para tratar a pacientes que sufrían un dolor que no provenía de una enfermedad, una lesión o cirugía: un dolor crónico pero igualmente devastador, como las lumbalgias graves o los dolores de rodilla, entre otros.

Mientras seguía mi historia, me fui dando cuenta de que esta idea, que se iba posando en la realidad de la medicina estadounidense y la mercadotecnia médica de los años ochenta y noventa, conectaba finalmente con la razón por la que, años más tarde, hombres de una pequeña ciudad de México podían vender tanta heroína en partes del país que nunca antes habían visto la droga.

En 1984, un joven doctor llegó al Sloan Kettering con una beca bajo la supervisión de Foley. Russell Portenoy había crecido en Yonkers y desarrollado desde niño interés por la biología. Portenoy, un hombre elegante y elocuente, había asistido a la Universidad de Cornell y, más tarde, a la Facultad de Medicina de la Universidad de Maryland. Realizó su residencia en Neurología en la Facultad de Medicina Albert Einstein.

Portenoy trabajó con los pacientes de cáncer del Sloan Kettering durante casi dos años. Durante los años ochenta y noventa, tanto él como Foley ayudaron a dar a luz una nueva especialidad de la medicina estadounidense. El cuidado paliativo —el tratamiento del dolor y el estrés que padecen los enfermos graves— creció a partir de varias influencias: el movimiento de hospitales de cuidados paliativos de Cicely Saunders y la idea, sorprendentemente poco común en la medicina de aquel entonces, de que la muerte debería ser digna. El cuidado paliativo implicaba mucho más que fármacos. Incluía asesoramiento psicológico, espiritual y familiar. La nueva disciplina le procuró a Russell Portenoy «los temas de discusión que necesitaba para moldear» su vida laboral, según escribió en una ocasión. Como disciplina emergente, el cuidado paliativo resultaba atractivo para un joven y brillante doctor interesado en afianzar sus propias ideas. Dar consuelo a los enfermos graves y terminales resonaba con las razones altruistas por las que cualquiera iniciaría estudios de Medicina.

Más aún, era un reto para él. El mero hecho de conocer un síntoma no significaba que entendiera al paciente. Portenoy escribió más tarde que se sintió forzado a estudiar el profundo impacto psicosocial y espiritual de la enfermedad avanzada. Tenía la obligación de aprender, por ejemplo, cómo explicarle a la familia la enfermedad mortal de su ser querido. El cuidado paliativo, llegó a creer, estaba guiado por temas morales relacionados con la autonomía del paciente y el respeto a las diferencias culturales e individuales. Las decisiones se tomaban con la información proporcionada por el paciente y su familia. Esto difería mucho del modo en que la medicina había tratado las enfermedades graves y el dolor. Ver a las personas luchar con el dolor, además de hablar con las familias que se enfrentaban a la pérdida de un ser querido, le dio a Portenoy un toque de idealismo, de cruzado que se alza contra la sabiduría convencional.

De hecho, los años ochenta fueron buenos años para un doctor joven centrado en el dolor que batallara contra la sabiduría convencional. Los investigadores habían llegado a una nueva comprensión de cómo sucedía el dolor en el cerebro. El trabajo de Cicely Saunders en Inglaterra estaba diluyendo la visión monstruosa que rodeaba la prohibición de usar opiáceos en Estados Unidos. Los avances médicos prolongaban las vidas de los pacientes de cáncer, que, en algunos casos, pasaban de vivir meses a vivir años. Estos tratamientos eran dolorosos en sí mismos y, en consecuencia, más pacientes requerían que se prestara atención a su dolor.

En 1984, Purdue Frederick produjo una solución al lanzar MS Contin, una píldora de morfina de liberación prolongada, aquel producto surgido de la conversación entre Robert Twycross y los representantes de Napp Pharmaceuticals mantenida en Inglaterra años antes. MS Contin iba dirigido a pacientes de cáncer y posoperatorios.

En Salt Lake City, un doctor llamado Lynn Webster había estado estudiando nuevas técnicas para el dolor agudo en el Hospital Holy Cross. Un día de 1989, una mujer llamada Dorothy recibió cirugía en el pulmón. Durante la operación, Webster insertó un catéter de epidural en la espalda de Dorothy con una inyección de fármaco para el dolor. A través del catéter, Webster le administró dosis pequeñas y continuas de analgésicos opiáceos. La epidural se había venido usando en los partos; sin embargo, nuevas investigaciones mostraban que la epidural podía usarse para más cosas. Webster argumentaba que le permitía controlar mejor el dolor localizado

con una medicación menor que la que se administra en la típica inyección intravenosa o intramuscular.

De hecho, Dorothy salió de la cirugía despierta y coherente, a diferencia de lo que sucede comúnmente con los pacientes posoperatorios, que solían estar postrados y totalmente sedados. El rumor se extendió por el hospital. Dorothy pidió un café, se puso de pie y levantó los brazos, lo que dejó anonadados a los empleados del hospital. «Nadie ha hecho esto antes en el hospital. Todos los doctores y el personal de enfermería se quedaron de pie junto a la puerta —recordaba Marsha Stanton, una enfermera que, por aquel entonces, trabajaba con Webster—. Se toma su café y se encuentra bien. No tiene náuseas, al contrario de lo que sucede normalmente».

Webster y otros después que él, motivados por las nuevas posibilidades, comenzaron a tratar a más pacientes con este tipo de analgesia.

Para Russell Portenoy, aquellos eran tiempos revolucionarios. Era cruel no administrar opiáceos que aliviaran el dolor a pacientes terminales de cáncer o a los que salían de una cirugía. Poco después, este tema dejó de generar controversia en Estados Unidos. Los pacientes terminales ya no tenían que morir en agonía. El péndulo oscilaba ahora hacia un tratamiento del dolor más humano.

Tiempo después, Portenoy aseguró que le emocionaba ser capaz de aliviar el dolor devastador que veía en los pacientes. Consideraba la gestión del dolor una profesión ética que las innovaciones de las compañías farmacéuticas hacían posible. Sus nuevos y potentes fármacos para calmar el dolor parecían mucho menos adictivos porque, gracias a su fórmula de liberación prolongada, facilitaban alivio al paciente durante muchas horas.

Ahora, con relación al paciente atenazado por el dolor, «el especialista en gestión del dolor que sabe lo que hace puede acercarse y dar con un modo de ofrecer algo que no proporcione comodidad, sino esperanza —afirmaba más adelante—. Creo en los fármacos. Creo que las farmacéuticas son un gran don para la humanidad».

El dolor y el luchador profesional

Seattle (Washington)

John Bonica nació en Sicilia, creció en Brooklyn y comenzó a levantar peso a la edad de once años. Ya en la escuela universitaria de Long Island y Nueva York, era una estrella de la lucha libre. Se labró un camino tanto en la escuela universitaria como en la Facultad de Medicina como luchador profesional. Su carrera continuó tras alistarse en el Ejército estadounidense antes de la Segunda Guerra Mundial. Cuando un superior le dijo que la lucha profesional no era apropiada para un oficial, se puso una máscara para ocultar su identidad y se transformó en la Maravilla Enmascarada, y así giró con los feriantes para luchar con hasta veinte personas al día. Conoció a su futura esposa, Emma, en un combate de lucha libre profesional.

La lucha libre profesional también demostró ser importante de cara a su futuro trabajo. En parte, dejó a Bonica discapacitado y le ocasionó un dolor crónico de por vida a causa de desgarros en la cadera, lesiones en el hombro, múltiples fracturas de costillas y horrorosas orejas de coliflor como dos pelotas de béisbol que necesitaron cirugía plástica.

Trabajar de quince a dieciocho horas al día, aseguró a la revista *People* en 1977, mantenía el dolor a raya.

Cuando vio a su esposa padecer un dolor agudo durante un parto en 1943, Bonica inició su carrera como anestesiólogo. Formó a cientos de anestesiólogos del cuerpo médico del Ejército estadounidense. Tras la guerra, se convirtió en anestesiólogo jefe del Hospital General de Tacoma y escribió un tratado clásico: *The Management of Pain* (La gestión del dolor).

Bonica abrió la primera clínica del dolor de Estados Unidos cuando fue nombrado jefe de anestesiología de la Facultad de Medicina de la Universidad de Washington, en 1960. Bonica creía que el dolor solo podía ser mitigado cuando se aplicaban muchas disciplinas tanto médicas como ajenas a la medicina. La clínica fue pionera por un enfoque respecto al

dolor que obligaba a que los pacientes vieran hasta a catorce especialistas; a continuación, estos desarrollaban una terapia que el paciente debía incorporar a su rutina diaria. El enfoque multidisciplinar de Bonica era complicado y obligaba al paciente a poner mucho de su parte, pero normalmente era eficaz.

Bonica se jubiló en 1977. Sus sucesores, los doctores Bill Fordyce y John Loeser, ampliaron el Centro de Alivio del Dolor de la Facultad de Medicina de la Universidad de Washington. Para tratar el dolor, la clínica contaba con terapeutas ocupacionales y fisioterapeutas, psicólogos, trabajadores sociales y otros profesionales. Los pacientes pasaban tres semanas en la clínica y salían con estrategias médicas y vitales para controlar el dolor, tales como ejercicio y una dieta: se trataba de un enfoque biopsicosocial, usando el término acuñado por Loeser: «Intentábamos enseñar a los pacientes que ellos tenían el control sobre su bienestar —comentaba Loeser—. El paciente tiene que hacer el trabajo. El dolor crónico no es solo algo que sucede en el cuerpo de la persona. Siempre hay factores sociales y psicológicos que desempeñan un papel. Los médicos han ignorado estas cosas por costumbre».

La clínica del dolor de la Universidad de Washington se opuso a las tendencias de la mercadotecnia. Aquellos anuncios de Valium que años antes insistían en que una píldora podía resolver los problemas de un paciente se equivocaban, creían los investigadores de la Universidad de Washington, al menos en lo que concierne al dolor. El dolor es complicado.

No obstante: «Hay una filosofía extendida entre muchos pacientes que afirma que tienen derecho a vivir libres de dolor —decía Loeser—. Las personas tienen derecho a la sanidad. La sanidad debe ser un derecho humano. La gestión del dolor debe formar parte de la sanidad, pero los pacientes no tienen derecho al alivio del dolor. Es posible que el médico no pueda proporcionarles ese alivio. Algunos problemas no se solucionan fácilmente. Un paciente tiene derecho a que se intente de manera razonable aliviarle el dolor mediante medios razonables. No tienes más derecho a que te alivien el dolor que a ser feliz. Sin embargo, lo que el paciente dice normalmente es: “Acudo a usted, doctor. Arrégleme”. Hablan de sí mismos como si fueran un automóvil. La gente viene con la creencia de que lo único que necesitan es acudir a su doctor, y que su doctor les dirá cuál es el problema. La comunidad médica y la gran industria farmacéutica han alimentado esta actitud. La población quiere que la arreglen de un día para

otro. Esta es la cuestión que tenemos que trabajar con los pacientes con dolor crónico. Tienen que aprender que se trata de su cuerpo, su dolor, su salud. El trabajo lo hacen ellos».

Los protegidos de Bonica en la Universidad de Washington sugerían un enfoque completo para tratar el dolor en el que los opiáceos desempeñaban tan solo un pequeño papel. Hacia principios de los años noventa, cientos de clínicas en Estados Unidos seguían el modelo de la Universidad de Washington. Sin embargo, prácticamente desde el primer momento, las compañías de seguros se opusieron. Con el tiempo, dejaron de financiar partes cruciales del tratamiento multidisciplinar que no eran estrictamente médicas: la fisioterapia y las terapias ocupacional y psicológica en particular. Loeser y su equipo batallaban contra ellas constantemente; les demostraban a las compañías que los pacientes estaban más sanos y que eso les ahorraba dinero a las compañías a largo plazo. «Pero las personas que deciden qué financiar no tienen nada que ver con la salud —decía Loeser—. Cada vez ponían más restricciones a lo que estaban dispuestos a pagar».

En consecuencia, se les negaba a los doctores herramientas esenciales para tratar el dolor a medida que se enseñaba a los pacientes a creer que tenían derecho a que les libraran de él.

Llega el Hombre

Los Ángeles (California)

El Hombre había salido del oeste polvoriento y agostado. Su abuelo, cuyo nombre llevaba pero al que nunca conoció, tenía dos mujeres, dos familias: una en Phoenix, la otra en Nuevo México. El medio hermano de su padre, al que no llegó a conocer, fue asesinado por Pablo Acosta, traficante de hierba y primer señor de la droga mexicano.

En 1939, el padre del Hombre se trasladó con su familia de Nuevo México a California. La ciudad agrícola de Brawley, en el Valle Imperial de California, era una parada en boxes para los migrantes de la Gran Depresión que tomaban la ruta del sur en dirección al estado dorado. Sus padres trabajaron en la granja que un pariente tenía en Brawley, y fue durante este periodo cuando nació el Hombre. Entonces se mudaron a Fresno, donde su padre se convirtió en contratista para las granjas.

Cuando el Hombre tenía trece años, sus padres se separaron. Se mudó con su madre a Van Nuys, en el Valle de San Fernando (Los Ángeles). Encontraron una casa en el barrio de Van Nuys, un lugar sin aceras ni mucha presencia policial. Tratándose de los años cincuenta, la población mexicoamericana rara vez se aventuraba fuera de su barrio entre el mar de personas blancas del Valle, a menos que fuera para ir a trabajar. Las familias del barrio de Van Nuys eran propietarias de sus casas. Los hombres encontraban empleo en los peldaños inferiores del escalafón de la industria cinematográfica o como empleados municipales o del condado en tareas como el asfaltado de carreteras o la jardinería de edificios públicos. Se juntaban después de trabajar en la tienda del barrio, donde bebían cervezas bajo los árboles de la pimienta.

El Hombre abandonó sus estudios en el instituto de Van Nuys y obtuvo su diploma en una escuela de continuación. Para entonces, ya traficaba: separaba hierba en partes de medio kilo y vendía porros en el barrio. Cuando se pusieron de moda las pastillas —anfetas, seconal, benzos—,

conducía hasta Tijuana, se quedaba allí todo el fin de semana, compraba botes llenos y triplicaba su dinero de vuelta en Van Nuys. Le gustaba pensar que era algo así como un mandamás de su generación. Tenía diecinueve años. Por entonces empezó a consumir heroína. Muchos jóvenes de Van Nuys lo hacían y la mayoría murieron jóvenes.

Más tarde, se hizo instalador de calefacciones y tuvo otros trabajos, dos matrimonios e hijos, aunque era, por encima de todo, y como él mismo decía años más tarde, un «comerciante de drogas». Le gustaba verse a sí mismo como alguien que desafiaba al sistema, un fuera de la ley. Cumplió condena varias veces; normalmente, ya se estaba pinchando otra vez antes de llevar cuarenta y ocho horas en libertad. Nada le importaba mucho excepto la droga. Le compraba casas a su familia, a sus hijos. Sin embargo, la mayor parte del dinero la gastaba en más droga. Lo único que lo mantuvo interesado durante años aparte de eso fue apostar en la liga de fútbol americano.

Le fastidiaba no tener una fuente fiable de heroína. Sus proveedores siempre habían sido difíciles de mantener. La gente, como él mismo, siempre acababa en la cárcel. O muerta. En cualquier caso, era una eterna batalla encontrar heroína de una constante buena calidad y en grandes cantidades.

En los años setenta conoció a un tipo, un pariente de un teniente de Ernesto *Don Neto* Fonseca. Fonseca era un capo mexicano de la droga que peinaba canas y que, más tarde, se ganó una mala reputación, y una cadena perpetua en prisión, por su papel organizando el cartel de drogas de Sinaloa. El sobrino de Fonseca, Rafael Caro Quintero, se unió a él tras las rejas por organizar la tortura y asesinato del agente de la DEA Enrique *Kiki* Camarena en 1985.

El Hombre y su contacto se subieron a un tren camino de México para comprarle un kilo a Fonseca. Se reunieron con el legendario capo en el hotel que este había construido en el centro de Culiacán, la asfixiante capital de Sinaloa y ciudad natal del narcotráfico mexicano. «Voy a daros este kilo y voy a ver qué podéis hacer con él ahí arriba —les dijo Fonseca —. Quiero abrir un mercado allá. Hacedlo bien y no dejaré de suministraros».

Durante cuatro meses, hicieron un buen trabajo para Don Neto y este siguió enviándoles kilos. Entonces, los arrestaron y el contacto con Fonseca

desapareció. El Hombre encontró otras fuentes en Mexicali que tampoco duraron mucho.

Pero todo esto sucedió hace años. Cuando lo conocí, el Hombre estaba apocado por un problema de hígado. Los párpados le colgaban a menudo a media asta. A sus setenta, los años de traficar, apostar y picarse las venas le habían chupado cualquier atisbo de júbilo. Nunca leía novelas, solo libros de no ficción. La risa salía de él fina como papel de fumar, una risilla seca.

Sin embargo, cuando andaba cerca de los sesenta años, se topó con un plan que podía, a sus ojos, hacer que la vida valiera la pena. Incluía traer heroína de alquitrán negro a nuevas personas y lugares al este del río Misisipi. Pasó por estas ciudades a lo largo y ancho de Estados Unidos como el viento, con un nombre diferente en cada una de ellas y en viejos coches usados de color gris o beis. Dejaba tras de sí una droga que cambiaba estos lugares y traía miseria a miles de familias.

A lo largo de los años noventa, aquella droga transformó, a cambio, la pequeña ciudad mexicana de Xalisco (Nayarit) en un lugar que llegaría a considerar propio, en el que podía comprar propiedades y mantener una mujer. Era contemporáneo de David Tejeda, a quien conoció, aunque no mucho. Tejeda se encontraba entre los pioneros que iniciaron la primera fase de la expansión de la heroína de Xalisco a principios de los años noventa. El Hombre inició la segunda en 1998. De modo que, cuando lo localicé, lo empecé a visitar a menudo para escucharlo hablar del pasado. Llegué a darme cuenta de que él tenía la respuesta de cómo la heroína de alquitrán negro había cruzado el río Misisipi para quedarse.

Le gustaba verse a sí mismo como un héroe para los jóvenes de la pequeña ciudad de Xalisco (Nayarit) a los que reclutaba y enseñaba a vender droga al por menor. «He tenido a padres y madres que venían a pedirme trabajo para sus hijos, a sabiendas de lo que harían exactamente, y de lo que yo hacía exactamente —me dijo un día en el comedor de su casa de Central Valley—. Hablamos de gentes que son pobres como ratas. Ven a otros chicos jóvenes con camionetas nuevas, que se construyen casas, con sus papás y mamás al volante de rancheras medio lindas. Y entonces el chaval comienza a chincharlos con que quiere ir al norte».

Al principio, el mercado al que vendían estaba formado por viejos adictos como él; el submundo de la heroína que había sobrevivido desde los años setenta, cuando la droga había sido popular por última vez. Sin embargo, resultó que el consumo ilegal de otra droga —un fármaco llamado

OxyContin— estaba creando un vasto mercado nuevo para la heroína entre personas blancas de clase media y alta. Gente con dinero. Cuando el Hombre oyó hablar del OxyContin, empezó a seguirlo porque sabía que si lo hacía, pronto tendría un mercado.

El implacable sistema de reparto al por menor de Xalisco evolucionó a medida que se alimentaba de esta base, siempre creciente, de clientes adictos al OxyContin en Estados Unidos, así como de la profunda frustración de los hombres jóvenes de clase trabajadora y sin tierras de México. Estos hombres no formaban carteles. No podían hacerlo. La envidia pueblerina y la actitud de caballo salvaje que gobernaban los ranchos mexicanos evitaban que se formaran grandes organizaciones. «Las familias no pueden trabajar juntas —me dijo el Hombre—. Nos tenemos envidia de verdad entre nosotros».

Sin embargo, precisamente porque no era posible organizarse así, su sistema se volvió implacable y exitoso. Despertó el espíritu emprendedor de los rancheros jóvenes y decididos, puesto que el sistema unía un producto barato y adictivo con el libre mercado capitalista a pequeña escala. El sistema marcaba las distancias en el modo en que los traficantes mexicanos vendían y se beneficiaban de la droga, además de desafiar a las fuerzas de seguridad estadounidenses.

«Nosotros no empezamos el negocio de la venta de heroína. Simplemente, usamos un método diferente —afirmaba el Hombre—. No éramos un cartel. Todos éramos células diferentes. Cada uno era su propio grupo. Había un jefe de cada pequeño grupo. Todos trabajaban de forma individual. Hay pesos pesados, algunos que son mediocres y algunos que intentan apañárselas. A algunos los detienen. Algunos ganaron mucho».

La revolución

En 1986, Russell Portenoy, que entonces contaba treinta y un años, y su mentora, Kathy Foley, publicaron lo que se convirtió en la declaración de independencia de la vanguardia de los especialistas en dolor interesados en usar opiáceos para el dolor crónico, a pesar de que Portenoy no había pretendido tal cosa.

Otros investigadores habían ido publicando artículos en los que afirmaban que muchos pacientes crónicos que tomaban opiáceos siempre acababan siendo adictos. Portenoy y Foley no habían observado lo mismo. Revisaron los casos de treinta y ocho de sus pacientes de cáncer con dolor crónico que tomaban analgésicos opiáceos. Solo dos acabaron enganchados, y ya tenían un historial de abuso de drogas. El resto llevaba una vida normal y la mayoría, además, no sentía dolor.

Portenoy y Foley escribieron un artículo donde exponían esas observaciones y lo enviaron a una revista médica llamada *Pain* (Dolor). Los opiáceos no eran adictivos de manera inherente, sugerían los autores: dependía mucho de quien los tomara.

Entre las notas al pie que apoyaban el artículo aparecía citada una carta al editor escrita por Jane Porter y el doctor Hershel Jick, de Boston, publicada en una edición de 1980 del *New England Journal of Medicine* . Llevaba por título: «Los casos de adicción son excepcionales en pacientes tratados con narcóticos».

La idea del artículo publicado en *Pain* , como diría Portenoy más tarde, era que «estas drogas tienen ciertas características que, al interactuar con un cierto tipo de cerebro, pueden obtener malos resultados; pero no es inherente a la pastilla el que las personas que la tomen se enganchen a ella».

A partir de ahí, fue creciendo progresivamente la idea de que los opiáceos podrían recetarse no solo a las personas con cáncer terminal, sino a otras, tal

vez aquellas aquejadas de dolor crónico, lo cual era una idea mucho más controvertida. El artículo prevenía contra recetar las pastillas a pacientes con un historial de abuso de drogas. En entrevistas e investigaciones posteriores, Portenoy dejaba claro que él creía que los doctores necesitaban pasar mucho tiempo con cada paciente para indagar tanto en su historial médico como en el de su familia. Describía un cuestionario que un doctor debería dar a los pacientes para determinar el riesgo de adicción en cada individuo. Proponía dos famosos extremos: una mujer abstemia de más de setenta años con úlceras sangrantes y osteoartritis y un chaval de veintipocos que ha fumado hierba durante varios años, tiene tatuajes en la espalda y padece dolor crónico en las rodillas a raíz de una operación del año anterior. La primera corre un riesgo mucho menor de engancharse a los opiáceos que el segundo. Sin embargo, la mayor parte de las decisiones que un médico de familia tiene que tomar —puesto que son los médicos de familia los que están en primera línea en lo que a la prescripción de analgésicos se refiere— eran mucho más complicadas. ¿Qué sucede con el obrero de la construcción de cuarenta años que tiene un hermano en la cárcel, que bebía mucho a los veinte pero que ahora cuida bien de su familia y tiene un dolor de espalda crónico?

Aquel artículo en *Pain* , que Portenoy pensaba que caería en el olvido, fue, por el contrario, debatido con fervor. Debido a que los nombres de Foley y el Sloan Kettering aparecían en él, convulsionó el consenso contra el uso limitado de los opiáceos. Portenoy recibió ataques personales. Tratar dolores crónicos con opiáceos iba en contra de muchas creencias médicas mantenidas durante años. Para muchos, las drogas eran peligrosas y adictivas si se usaban de ese modo. Un investigador escribió a *Pain* para afirmar que Portenoy y Foley no entendían la naturaleza del dolor.

«¡La ira que generó aquel artículo! Y la gente que me acorralaba en conferencias donde lo más suave que me decían era que yo era mala persona —contó tiempo después Portenoy en una entrevista—. Fue una experiencia muy interesante».

Contra esta reacción vehemente, Foley y Portenoy se veían a sí mismos como guerreros en pro del paciente que abrían brechas en un dogma prohibicionista trasnochado que había agotado su utilidad, especialmente cuando la tecnología y los fármacos avanzaban.

Por todo el país emergieron focos de apoyo a su postura.

Uno de estos focos se encontraba en Salt Lake City. El servicio para tratar el dolor agudo de Lynn Webster en el Hospital Holy Cross era tan solo una parte. Los investigadores y las clínicas especializadas en dolor se congregaron en Utah para buscar otros modos de tratar a los pacientes con dolor. La población mormona del estado no se movía, de modo que el personal clínico podía realizar un estudio en un grupo de personas, seguido de otro estudio cinco años más tarde y de un tercero cinco años después con las mismas personas. Asimismo, muchos naturales de Utah, como los mormones, no consumían cafeína, nicotina ni otras drogas; sin embargo, el consumo clandestino de pastillas con receta, analgésicos principalmente, había calado entre ellos, lo cual proporcionaba al personal clínico suficientes oportunidades de estudiar la adicción.

Entre los entusiastas de un nuevo enfoque respecto al tratamiento del dolor estaba la enfermera de Webster, Marsha Stanton. Stanton había sido educada en la ciencia cristiana, pero acudió a la escuela de enfermería. Su carrera se desarrolló en los años sesenta y setenta, cuando los doctores e instructores de estudios médicos insistían en el uso moderado de los opiáceos, sin hacer distingos entre pacientes: «Nos enseñaban a todos —personal de enfermería, farmacéuticos, médicos—: no des más de la cuenta, no des más de la cuenta. Das la menor cantidad de medicación a lo largo del mayor periodo de tiempo porque no quieres dar demasiado a un paciente por miedo a la adicción».

Sin embargo, durante la década de los ochenta, las medicaciones y la tecnología posibilitaban nuevos tratamientos. Las viejas opiniones empezaban a desvanecerse. Desde Utah, Webster, Michael Ashburn, Perry Fine, Brad Hare y Richard Chapman se erigieron como clínicos del dolor y líderes del pensamiento, junto con Portenoy y otros en Nueva York. Al poco tiempo, se alcanzó una masa crítica y se desarrolló una escena efervescente de la gestión del dolor en Salt Lake. Esta nueva vanguardia de Salt Lake celebraba reuniones mensuales que atraían a cientos de personas que acudían a cada una de ellas para escuchar a los ponentes, discutir nuevas técnicas de gestión del dolor y dejar atrás los viejos tiempos.

«Salt Lake City se convirtió en una de las mecas para lo nuevo e innovador —decía Stanton—. Nos interesaba mejorar el cuidado del paciente. Lo que habíamos hecho durante todos estos años no funcionaba. Recuerdo dar charlas muchas, muchísimas veces, y decir lo mal que me

sentía por haber tratado a los pacientes de manera tan ineficaz durante tanto tiempo. Pero ahora tenemos la tecnología con la que antes no contábamos».

Se sugirió la idea de que el dolor contrarrestaba el efecto de euforia de los opiáceos y que, por lo tanto, reducía el riesgo de adicción. En una declaración publicada en su página web, la Sociedad Estadounidense del Dolor (APS, por sus siglas en inglés) afirmaba que el riesgo de adicción era bajo cuando los opiáceos se usaban para tratar a pacientes con dolor. En esos casos, no se observaba que hubiera un techo en la dosis de analgésicos opiáceos que un paciente pudiera tomar. El dolor, continuaba la APS, actuaba contra la tendencia de los opiáceos a hacer que los pulmones dejen de respirar. Por lo tanto, retener los fármacos «con el argumento de la preocupación por la respiración no está justificado».

Los cambios en las actitudes y las técnicas respecto al tratamiento del dolor llegaban rápido. Los anestesiólogos encontraron un nuevo papel dentro de la medicina. Antes, los anestesiólogos dejaban a los pacientes después de la cirugía. Ahora, podían acompañar a los pacientes durante días o semanas de recuperación posoperatoria y ocuparse de nuevas técnicas, como la epidural que Lynn Webster le había administrado a Dorothy. Más anestesiólogos se convirtieron en especialistas en dolor. Los especialistas requerían personal de enfermería. En 1990, se formó la Sociedad Estadounidense de Enfermería para la Gestión del Dolor con fondos, mayoritariamente, de la compañía Baxter; en dos años, ya contaba con más de dos mil miembros.

En 1996, el presidente de la APS, el doctor James Campbell, dijo en un discurso: «Si el dolor fuera evaluado con el mismo celo que otras constantes vitales, tendría muchas más probabilidades de ser tratado adecuadamente. Es necesario formar al personal médico y de enfermería para que traten el dolor como una constante vital».

La APS registró el eslogan «Dolor: la quinta constante vital» y lo usó para promocionar la idea de que los doctores deberían atender el dolor de manera tan rutinaria como atienden las demás constantes vitales.

En 1998, la Administración de la Salud de los Veteranos declaró el dolor la quinta constante vital: otro calibrador de la salud básica de un paciente junto con el pulso, la presión sanguínea, la temperatura corporal y la respiración. La Comisión Conjunta de Acreditación de Organizaciones de Salud (JCAHO, por sus siglas en inglés), que acredita a dieciséis mil organizaciones sanitarias de Estados Unidos, hizo lo propio. Los hospitales

serían ahora juzgados por cómo evaluaban, y trataban, el dolor de un paciente. La legislación de California requería que los hospitales y residencias monitorizaran el dolor junto con el resto de constantes vitales. La Junta de Farmacia del estado ya aseguraba por aquel entonces a sus miembros que los «estudios mostraban que los opiáceos tienen un potencial muy bajo de ser consumidos de modo abusivo» si se usan correctamente.

A raíz de todo esto, se asentó la idea de que en Estados Unidos se trataba el dolor de manera insuficiente. Según las encuestas, decenas de millones de personas padecían dolores por los que no recibían tratamiento. El tratamiento exiguo del dolor se percibía como una epidemia innecesaria, puesto que la medicina contaba ahora con herramientas para tratarlo. Una encuesta de 2001 a mil personas que vivían en casa con dolor debido a una enfermedad informaba de lo siguiente: la mitad de las personas no podía recordar no sentir dolor, el 40 por ciento afirmaba que el dolor era constante, mientras que el 22 por ciento aseguraba sufrir dolores fuertes. Tan solo el 13 por ciento había visitado a un especialista en dolor.

Los doctores y las asociaciones médicas, no obstante, estaban preocupados. Recetar estos fármacos podía conducir a la adicción. Reclamaban transparencia legal; de modo que, con California al frente, los estados aprobaron leyes que eximían a los doctores de cualquier acción legal si recetaban opiáceos para el dolor en el marco de la práctica responsable de los cuidados médicos. Numerosos estados aprobaron las llamadas regulaciones del dolor intratable: Ohio, Oregón y Washington entre otros.

Poco tiempo después, lo que solo puede describirse como una revolución en el pensamiento y la práctica médica estaba en ciernes. Se urgía a los doctores a comenzar a tratar la epidemia del dolor del país mediante la prescripción de estos fármacos. Se decía tanto a internos como a residentes que estos fármacos no eran adictivos y que los doctores tenían, por lo tanto, la misión, el deber de utilizarlos. En algunos hospitales, se decía a los doctores que serían demandados si no trataban el dolor de manera agresiva, es decir, con opiáceos.

Entre tanto, Russell Portenoy era nombrado director del departamento de Medicina del Dolor y Cuidados Paliativos del Centro Médico Beth Israel de Nueva York: el primer departamento de esta naturaleza en un hospital importante. Desde esta perspectiva ventajosa, y con fondos procedentes de varias compañías farmacéuticas, lanzó una campaña para eliminar el

estigma de los opiáceos. La compañía farmacéutica Baxter, entre otras, fabricaba bombas intravenosas de analgesia controlada por el paciente (PCA, por sus siglas en inglés), las cuales permitían a los pacientes administrar su propia dosis de analgésico apretando un botón. En Tulsa (Oklahoma), dos enfermeras de pediatría, Donna Wong y su colega Connie Baker, encontraron un modo de evaluar el dolor en niños que tenían dificultades para describir lo que sentían. Wong había sido diagnosticada con leucemia erróneamente de niña y había sido sometida a dolorosas operaciones sin la ayuda de analgésicos. Más tarde, se hizo enfermera. En los años ochenta, con la moda de los *smiley* todavía reciente en la memoria, ambas mujeres concibieron una serie de seis caras que un niño podía señalar. El gráfico comienza con una cara sonriente y termina con una cara llena de lágrimas y una mueca de disgusto. La escala de caras de Wong-Baker es ahora un instrumento estándar para calibrar el dolor en niños. Hay otras versiones para adultos. Se pide a los pacientes que cuantifiquen el dolor que sienten según una escala numerada del cero al diez, en la que el diez indica el dolor más agudo. Estas escalas eran muy subjetivas, pero eran las únicas herramientas de medición del dolor que la medicina podía ofrecer.

Las encuestas de Press Ganey fueron instrumentos cruciales para la revolución. Diseñadas por un doctor y un estadístico, las encuestas medían la satisfacción de los pacientes con sus doctores. Las encuestas eran una idea razonable y se comenzaron a usar extensamente en los hospitales estadounidenses en los años noventa a medida que los derechos de los pacientes se volvían de vital importancia y la JCAHO comenzaba a medir de manera agresiva cómo los hospitales trataban el dolor de los pacientes.

En medio de todo esto, los pacientes se iban acostumbrando a pedir drogas para sus tratamientos. Sin embargo, no se veían obligados a aceptar la idea de que podrían, por ejemplo, comer mejor y hacer más ejercicio, y que esto podría ayudarlos a perder peso y sentirse mejor. Los doctores, ni que decir tiene, no podían insistir. Debido a que la defenestración de la autoridad del doctor y de la experiencia clínica ya estaba en marcha, los pacientes no tenían que hacerse responsables de su propio comportamiento.

Todo esto sucedió en el transcurso de una década aproximadamente. En un país donde antaño los doctores habían temido los opiáceos, una cultura de uso agresivo de estos emergía a mediados de los años noventa. Esta situación recibía apoyo de diversos frentes: especialistas en dolor y

profesores de las facultades de medicina, la JCAHO, las compañías farmacéuticas, incluso los abogados de los hospitales, etc. Había un intercambio de ideas en las conferencias sobre el dolor que ahora se multiplicaban por todo Estados Unidos con el apoyo de las farmacéuticas que tenían nuevas medicaciones y tecnologías que vender. Personas de ideas afines se reunían y cuestionaban las viejas terapias y la vieja autoridad. En el corazón de esta cultura residía la idea de que estos analgésicos eran prácticamente no adictivos cuando se usaban para tratar el dolor.

Los abogados de este enfoque intentaban encajarlo con sutileza. La Administración de la Salud de los Veteranos apelaba a la falta de hogar, al trastorno de estrés postraumático, las lesiones y el abuso de sustancias de los pacientes al advertir de «la complejidad de la gestión del dolor crónico, que va a menudo más allá de la pericia de un solo profesional». Los médicos de atención primaria deberían consultar a los especialistas en dolor y a las clínicas del dolor multidisciplinares. Un artículo de la Asociación Internacional para el Estudio del Dolor consideraba la evaluación del dolor no como un evento aislado, sino como un «proceso en desarrollo» que evolucionaba con nueva evidencia y la información proporcionada por el paciente.

«La quinta constante vital era un concepto, no una guía para la evaluación del dolor», rezaba un informe. Junto con la escala numérica del dolor, un doctor debería hacer numerosas preguntas sobre el historial de dolor del paciente, la ubicación del dolor, la gravedad, el impacto que tiene en su rutina diaria, además del historial familiar del paciente, de abuso de sustancias, de cuestiones psicológicas, etc. De hecho, el dolor no era en realidad una constante vital después de todo, puesto que, a diferencia de las constantes vitales reales, no puede ser medido objetivamente y con exactitud. El Consejo Nacional Farmacéutico advertía de que «el modo en que se obtiene la información del paciente es importante. Lo ideal es que el personal clínico pueda disponer de un tiempo holgado que permita al paciente contar la historia con sus propias palabras y realizar preguntas abiertas».

El tiempo era clave. Los pacientes con dolor crónico requerían más tiempo que la mayoría para recibir un diagnóstico. El problema es que los doctores tenían menos tiempo. Justo en el momento en que se enfatizaban los derechos del paciente y en que circulaban encuestas que les instaban a

juzgar la actuación de los doctores, los pacientes perdían, de hecho, el bien más preciado en medicina: el tiempo que pasaban con su doctor.

Con el movimiento de la atención médica administrada de los años ochenta y noventa, las compañías aseguradoras recortaron costes y redujeron el número de servicios por los que estaban dispuestos a pagar. Requerían que los pacientes dejaran a sus médicos de toda la vida y escogieran otros de una lista de proveedores aceptados. Negociaban tarifas más bajas con los doctores. Para marcar la diferencia, los doctores de atención primaria tenían que encajar a más pacientes en un día. Un artículo publicado en *Newsweek* afirmaba que, para realizar un buen trabajo, un médico de atención primaria debía tener asignados a mil ochocientos pacientes. La media hoy en día es de 2.300, mientras que algunos reciben hasta a tres mil pacientes.

«Del modo en que se compensa económicamente la jornada, si tuvieras que dedicar realmente el tiempo que requiere tratar el dolor de alguien, te quedarías sin trabajo —me explicaba un médico de familia de toda la vida —. Según el modelo en el que estás metido, no puedes hacerlo. El hospital se deshará de ti. Y si vas por tu cuenta, no podrás pagar un asistente».

De manera que, a medida que el movimiento para eliminar el estigma de los opiáceos y usarlos para el dolor crónico se hacía más fuerte, las semillas del descontento ya se habían sembrado. Los anuncios de estos fármacos iban dirigidos principalmente a los doctores de atención primaria, que tenían poca formación en la gestión del dolor y que se ganaban la vida encajando en la consulta a tantos pacientes como fuera posible, a los que les podían dedicar trece minutos. No había mucho tiempo para sutilezas. No había mucho tiempo para escuchar o para preguntas abiertas que pudieran dar lugar a respuestas largas y complicadas. Por el contrario, del mismo modo que el Valium había ayudado a los doctores a lidiar con pacientes con ansiedad en los años sesenta, los opiáceos ayudaban a los doctores apresurados con lo que resultaba ser ahora la mayor vía de escape de su tiempo: los pacientes con dolor crónico. A medida que el movimiento cobraba fuerza gracias a nuevos fármacos y dispositivos, el ingrediente crucial en la gestión del dolor —la cantidad de tiempo que un doctor pasaba con cada paciente— disminuía. Al investigar todo este asunto, encontré al menos dos estudios que mostraban que las recetas de todo tipo aumentaban, mientras que las visitas con el doctor eran más cortas. No resultaba

sorprendente. Como todo doctor sabe, nada acorta más la visita de un paciente que el bloc de recetas.

Resultó que las encuestas a pacientes de Press Ganey tenían un efecto no intencionado en este contexto: presionar de forma sutil a los doctores para que recetaran opiáceos que no eran necesarios. Un doctor que se resistiera a hacerlo tenía más probabilidades de recibir una evaluación desfavorable por parte del paciente. Demasiadas malas puntuaciones hacían que los hospitales empezaran a hacerse preguntas.

«Me conceden aumentos y mantengo mi trabajo según la satisfacción de los pacientes conmigo —comentaba una jefa de enfermería con la que hablé—. Cuando la Comisión Conjunta nos inspeccionaba, revisaban las gráficas en busca del dolor. Miraban otras cosas, pero el dolor era lo más importante. Insistían una y otra vez en el tema del dolor. Tenías que controlar el dolor de todo el mundo. Las puntuaciones de Press Ganey eran una de las maneras de medir qué tal lo hacían los doctores».

Había otro problema. Nadie había realizado estudios serios y a largo plazo sobre si realmente los opiáceos no eran adictivos cuando los tomaban este tipo de pacientes. Años más tarde, de hecho, no hay todavía pruebas de cuántos pacientes con dolor crónico pueden ser tratados con opiáceos adecuadamente sin volverse dependientes primero y finalmente adictos. Determinar quién es un buen candidato para consumir opiáceos es un misterio que resulta particularmente difícil cuando los doctores no tienen formación en la gestión del dolor y solo disponen de tres minutos para atender al paciente.

El nuevo movimiento contra el dolor se abrió camino más allá de estas dudas. Se ganó un fervor casi religioso entre las personas escarmentadas por la falta de tratamiento del dolor de años anteriores. Un péndulo comenzaba a oscilar. La crueldad de tiempos pasados desacreditaba a aquellos que cuestionaran la doctrina emergente de los opiáceos para tratar el dolor crónico. Los especialistas en dolor que trabajaban por un nuevo día estaban agradecidos a las compañías farmacéuticas por desarrollar los fármacos y el instrumental que necesitaban para hacer posible un tratamiento humano del dolor. Entre ellos se encontraba Purdue Frederick, que en 1991 formó una compañía asociada, Purdue Pharma, que, a su vez, se convirtió en la empresa líder de las medicaciones para el dolor de liberación prolongada. Purdue era desconocida para el público, pero conocida entre los especialistas en dolor. Marcaba el camino con nuevas

herramientas para el tratamiento del dolor, con MS Contin a la cabeza, aunque tenía otros fármacos en camino. La compañía también había hecho un intento de controlar el robo al desarrollar una base de datos que ayudara a las fuerzas de seguridad en las investigaciones de los atracos en farmacias.

«Para aquellos que nos dedicábamos a la gestión del dolor se trataba de lo último; Purdue era la compañía —afirmaba Marsha Stanton—. Lo habían hecho todo bien. Habían irrumpido con fuerza en el mercado. Apoyaban al personal clínico, apoyaban la educación. Habían hecho todo lo que pensábamos que debían hacer».

En concreto, Purdue financiaba a los investigadores del dolor, muchos de los cuales consideraban a la compañía innovadora y una aliada. Entre ellos se encontraba Russell Portenoy, que, a su vez, hablaba con frecuencia y pasión en conferencias de médicos de atención primaria, a los que urgía a considerar nuevos enfoques respecto al dolor que incluyeran opiáceos; en particular, los opiáceos de liberación prolongada.

Años después de su artículo en *Pain* , donde sugería que los pacientes con dolor tratados con opiáceos podrían no correr ningún riesgo de convertirse en adictos, Portenoy dijo que se había basado en «datos muy muy débiles» y lo llamó «un pequeño artículo que se había convertido en un artículo importante».

No obstante, aquel artículo de 1986 abrió un debate entre investigadores. El debate estremeció la práctica médica y cambió las vidas de aquellas personas ajenas a estas discusiones que se mantenían en los pasillos de hospitales y en el ámbito académico médico. La nueva gran pregunta en cuanto a la gestión del dolor era la siguiente: ¿pueden usarse los analgésicos opiáceos sin riesgo de adicción en pacientes con dolor crónico, que vivirán años, de la misma manera que se usaban en pacientes que morían de cáncer?

Con la seguridad de los cruzados, y alimentados en parte por el descubrimiento de lo que se denominaba cada vez más un «informe» aparecido en el *New England Journal of Medicine* , del que un doctor de Boston llamado Hershel Jick era coautor, cada vez más personas —en especial, el doctor Russell Portenoy y los comerciantes de una farmacéutica poco conocida, Purdue Pharma, que estaba a punto de lanzar un nuevo analgésico— respondían que sí.

Todo por los 501

Boise (Idaho)

A juzgar por lo que Ed Ruplinger podía atestiguar, Polla no tenía nada de estúpido. Se trataba de un mexicano de cuarenta y tantos que medía un metro setenta y cinco y era el tipo de tío que podría haber estado fácilmente fondón de no haber ido al gimnasio, cosa que hacía constantemente. Polla era pulcro, conservador, respetable y con una visión del mundo propia de un pequeño empresario. Tenía una esposa allá en México que le insistía en que llevara las cuentas al día, que se asegurara de que el flujo de inventario fuera fiable y de que sus vendedores no abultaran sus cuentas de gastos cuando trabajaban en el terreno.

El verdadero nombre de Polla era César García-Langarica. Estaba en el negocio de la heroína de alquitrán negro y era de Xalisco (Nayarit), en la costa pacífica de México. Corría el año 1995 y Ed Ruplinger era un investigador de narcóticos a cargo de un cuerpo especial antidroga en Boise (Idaho).

Los jóvenes trabajadores de Polla eran tanto la fuente de sus beneficios como su cruz. Motivarlos cuando estaba fuera de la ciudad le llevaba la mayor parte de las horas de trabajo. Lo hacía sin amenazas ni coacciones, del mismo modo que manejaba sus infortunios con paciencia, en opinión de Ruplinger. Cuando uno de sus trabajadores estampó el coche contra una señal fuera del complejo donde Polla les había alquilado un apartamento, este se presentó en la oficina del administrador al día siguiente con dinero para pagar los daños. Ruplinger le oyó esta historia al administrador del complejo de apartamentos.

A lo largo de los años noventa, el sistema de Xalisco se había refinado gracias al método de ensayo y error. Los Muchachos comparaban apuntes en las barbacoas que celebraban en Xalisco y, poco a poco, se desarrolló un conjunto de reglas que se pasaba de unos a otros como el folclore. Una regla: nada de violencia. Por aquel entonces, las bandas de narcos más

conocidas, los Bloods y los Crips, se enfrentaban a tiros por el *crack* en las esquinas de ciudades lejos de Los Ángeles, lo que les granjeaba la atención de la policía dondequiera que fueran. Al observar todo esto, los Muchachos de Xalisco comenzaron a expandirse por toda la nación de manera silenciosa haciendo lo contrario. Polla formó parte de aquella expansión de los años noventa, y uno de los lugares en los que apareció fue Boise.

El interés de Ruplinger se despertó por primera vez cuando la unidad antidroga comenzó a arrestar de repente a conductores mexicanos que rondaban la ciudad mientras vendían heroína en globos que llevaban en la boca. Eran fáciles de detectar y detener, especialmente con la ayuda de adictos que, una vez arrestados, sentían pavor ante la idea de pasar el mono en la cárcel. Como Dennis Chavez había observado en Denver, y como descubrirían, más tarde, agentes antidroga de otros sitios, Ruplinger se dio cuenta de que estos conductores mexicanos acarreaban con frecuencia tan solo una pequeña cantidad de heroína y ningún arma, por lo que nunca pasaban mucho tiempo en prisión. Sin embargo, el hecho de que, cada vez que podía determinar de dónde eran, resultara que todos venían de un estado de México llamado Nayarit tocaba un punto sensible del instinto policial de Ruplinger. Más aún, estos tipos eran reemplazados antes de dos días. Después de un tiempo, Ruplinger se dio cuenta de que no importaba cuántos conductores de Nayarit arrestara el cuerpo especial, más conductores venían a cubrir las vacantes.

Cualquiera podía haberse encargado del caso; sin embargo, solo Ed Ruplinger se dispuso a responder las preguntas que surgían a medida que el cuerpo especial antidroga del área metropolitana de Ada detenía cada vez a más conductores. Se preguntaba quién estaría detrás. Estaban demasiado organizados. Esto no podía circunscribirse a Boise únicamente, que no era el lugar natural que nadie elegiría para iniciar una empresa de tráfico de drogas. Tenía que haber empezado en otro sitio.

Ruplinger había estado intentando resolver este misterio durante unas cuantas semanas; no había llegado muy lejos cuando le prestó atención por primera vez al nombre de García-Langarica. Aparecía en los registros de los apartamentos de estos conductores o en los coches que conducían. Un día, Ruplinger vio a un conductor pasar por un edificio de apartamentos y darle dinero a un tipo acicalado. No cabía duda: ahí, pensó Ruplinger, estaba el jefe.

Sin embargo, la primera vez que Ruplinger y sus compañeros siguieron a Polla, el presunto cabecilla entró en un restaurante mexicano y ocupó su lugar de cocinero tras la parrilla. El hombre que Ruplinger había tomado por el cerebro de una red de heroína parecía ser, por el contrario, un simple cocinero que no merecía el tiempo del cuerpo. No obstante, la corazonada de Ruplinger resultó ser acertada. Un mes más tarde, García-Langarica dejó su trabajo. A partir de entonces, cuando Polla estaba en la ciudad, dedicaba todo su tiempo a supervisar a sus conductores traficantes de heroína.

Los conductores de Polla habían estado operando ya un tiempo y parecían ser los amos de Boise. Entonces, justo antes de las Navidades de 1996, un observador inspector de correos se encontró con un paquete que alertó a un perro detector de drogas. Dentro, había un Papá Noel con heroína de alquitrán negro en su interior. El cuerpo especial antidroga local, en el que estaba Ruplinger, hizo que entregaran el paquete en el apartamento al que iba dirigido. Un equipo de Boise entró y se encontró con cuatro mexicanos de mediana edad y bien vestidos sentados alrededor de una mesa plegable que separaban la heroína en paquetes pequeños. Todos ellos eran también de Nayarit y llevaban el apellido Tejeda.

La redada de Papá Noel marcó, en realidad, el principio del fin del dominio de Polla en Boise. Ruplinger se figuró que se había corrido el rumor de lo de Boise entre los traficantes de heroína de Nayarit y que una banda tras otra habían ido llegando a la ciudad para competir con Polla y lo que él había construido en la capital de Idaho. A Ruplinger le sorprendió ver que uno de los exconductores de Polla dirigía una nueva célula. Había vuelto a México y había regresado después a Boise con sus propios conductores, un operador y un proveedor para competir cara a cara con su antiguo jefe.

«Polla fue uno de los padres fundadores. Él llega y lo construye todo —me contó Ruplinger cuando nos encontramos en Boise—. El rumor llega a su tierra y todos los operativos de Nayarit acaban mudándose aquí».

Mucho después, mientras seguía uniendo las piezas de la historia de los Muchachos de Xalisco, conocí a una mujer que me dijo que había estado casada con uno de los conductores que trabajaban para Polla hacia mediados de los años noventa. Polla, decía ella, había comenzado en el Valle de San Fernando; sin embargo, la competencia lo había empujado a mover sus células a Pomona y Ontario, a sesenta y cuatro kilómetros al este de Los Ángeles. Sus conductores pasaban el rato a menudo en el restaurante

de su madre en Pomona, afirmaba. Allí conoció a uno de los conductores de Polla, se casó con él y tuvieron hijos. Fueron a visitar Xalisco en dos ocasiones.

Cuando nos conocimos, me dijo que su ahora exmarido había ayudado a empezar una célula para Polla en Salt Lake City en los años noventa, después lo había dejado y había empezado a competir con él; su cuñado había ayudado a abrir Boise para Polla; más tarde, también había empezado su propia célula allí en competencia con su exjefe.

Por aquel entonces, las ciudades tenían pequeñas poblaciones de adictos a la heroína: personas que pedían cada día para conseguir un chute. Un mercado estancado que solo dejaba un lugar posible donde hacer clientes: «Le robábamos los clientes a Polla —me contaba—. Hacíamos los globos más grandes para atraer a sus clientes. Luego teníamos los especiales: seis por cien dólares en lugar de solo cinco. Nos hacíamos la competencia mutuamente: “No te vayas con ellos. Podemos ofrecerte un trato mejor”».

No obstante, a medida que hablábamos, lo que me contaba acerca de su exmarido y la familia de este me intrigaba todavía más. Él venía de una familia que tenía tierras y animales de granja; cultivaban caña de azúcar y hacían queso. Eran de clase media según el estándar de las comunidades granjeras de México, afirmaba ella. Yo esperaba que estos traficantes vinieran de las familias extremadamente pobres. Así era en el caso de los conductores, en especial de aquellos que vinieron después, decía ella, pero la mayor parte de los pioneros de la heroína del municipio de Xalisco eran hijos de granjeros bastante pudientes; de nuevo, según el estándar de los agricultores mexicanos. Tenían algo de dinero que invertir. Con los recursos también se ensanchaban los horizontes de lo que era posible y de lo que querían o esperaban de la vida.

Vender heroína era igual de fácil que cultivar azúcar de caña; era más osado y se manejaba más dinero. Les proporcionaba los medios para construir mejores casas, lo que disparó un auge de la construcción por todo el municipio de Xalisco, que empleaba a decenas, si no cientos, de obreros de la construcción hacia finales de los años noventa. Las casas se levantaban en unos pocos meses, no en una década. Ninguna casa del centro de Xalisco tenía varillas de ferralla que sobresalieran por arriba. Esa era la diferencia entre Xalisco y el resto de las ciudades mexicanas de inmigrantes. Xalisco tenía, claramente, menos ferralla.

Entonces ella dijo algo extraño. Tras construir sus casas y proveer a sus familias, lo que querían los tipos que ella conocía de Xalisco (Nayarit), sobre todas las cosas, eran Levi's 501.

Los Levi's 501 eran la referencia en pantalones para los rancheros mexicanos en los años noventa. Eran muy caros en México. Una cosa que hizo tan popular el sistema de venta al por menor de los Muchachos de Xalisco, y que los jóvenes desearan trabajar en él, era que ese sistema proporcionaba un modo de acumular cantidades, grandes lotes de 501 muy baratos. Esto sucedía porque los yonquis estadounidenses entendieron muy pronto los gustos de estos camellos, a los que ofrecían suministros inagotables de 501 robados a cambio de su droga diaria. Poco después, los yonquis aceptaban encargos de talla y color y los intercambiaban a razón de dos por uno: dos pares de 501 por un globo de veinte dólares de alquitrán negro.

Según ella, mientras estuvo casada con el mundo de Xalisco: «Se trataba más de los vaqueros que de cualquier otra cosa. Desde el primer día, aprovechaban cualquier oportunidad para intercambiar vaqueros. Tenían montones de ellos. Traían a casa las tallas exactas que quería la gente».

Esta sed de 501, decía, es parte de lo que impulsó el sistema de Xalisco a medida que empezó a expandirse fuera del Valle de San Fernando y a través del oeste de Estados Unidos hacia mediados de los años noventa. De vuelta en los ranchos, nada demostraba mejor que un hombre había ascendido en el mundo que pasearse en público con unos 501 azul oscuro. Ver a otros con Levi's 501 nuevos, mientras tanto, inspiraba a muchos jóvenes que solo tenían vaqueros finos y baratos, en caso de tenerlos, a emplearse como conductores.

Cuanto más preguntaba por los Levi's 501 como motor de la expansión de las redes de heroína de Xalisco, más tenía que decir la gente sobre ellos: «Una vez traje a casa cincuenta pares de Levi's dentro de maletas que me traje conmigo en el autobús desde California —me contaba un traficante de Xalisco que trabajaba para diferentes bandas desde el Valle de San Fernando hasta Columbus, y que también llegó a convertirse en cabecilla de una banda en Denver—. Los conseguía de clientes que los robaban de Sears. Muchos camellos como yo volvíamos con montones de Levi's. Yo se los regalaba a los amigos y a la familia. Pero después de un tiempo empezaron a pedir: “Mándame esto o lo otro”. Entonces empezaron a pedir camisas, zapatillas de deporte… Querían de todo».

Los Levi's 501 eran, de hecho, parte de una competición mayor por tener lo mismo que el vecino, alimentada continuamente en el pueblo por los beneficios de la heroína. Las familias se dejaban llevar por ella rápidamente. Los rumores empezaban a extenderse por el pueblo semanas antes: este o aquel vuelve a casa con regalos, y vamos a matar una vaca, y él pagará a la banda… Cada vez que volvía un traficante era como el día de Navidad, y los parientes hacían cola para recibir los regalos, aquellos vaqueros en especial. Algunos traficantes volvían con camiones llenos de ropa.

«La familia cada vez quiere más cosas, así que los chicos se empiezan a sentir presionados —me contaba la exesposa a la que entrevisté—. "Dame, dame. Me tienes que proveer". Su propia familia comienza a pensar que se lo merecen. La hermana de mi ex era exigente: "Me tienes que dar esto o me tienes que dar aquello". Todo lo tuyo es mío. Mi ex solía enviar toda clase de ropa al pueblo. Primero eran los 501, pero más tarde era: "Quiero vaqueros Guess", y luego: "Quiero Tommy Hilfiger"».

Igual que un adicto no podía elegir no drogarse, estos hombres no podían elegir no volver al norte a vender. En el norte dormían en el suelo del apartamento porque no querían invertir ni en colchones, a la espera de que llegara el día en que pudieran volver a casa cargados de regalos. Una vez de vuelta en Xalisco, contaba ella, paseaban por la calle para despertar la envidia de otros hombres, pagaban la banda y las cervezas, y las mujeres los rodeaban. Ningún conductor quería perderse la Feria del Elote en agosto. «Ahí es cuando te puedes pavonear mejor —contaba—. Es como un niño que va a Disneyland por primera vez. Se pasean sacando pecho. Todo el mundo los mira».

Me imaginaba cómo las endorfinas sacudían sus receptores mu.

«Viven para eso. Guardan cada puñetero céntimo para eso —decía—. Es una euforia. Les daba subidón. Están en la tierra de la fantasía, en un sueño en el que se creen reyes. Hasta que se acaba el dinero».

Así que, con la energía y fijación de un adicto, contaba, los Muchachos de Xalisco buscaban nuevos mercados con mayores márgenes de beneficio, a la espera de una oportunidad de volver a casa, reyes en su tierra de sueños durante una semana o dos. Solo el egocentrismo de la adicción, contaba, explicaba cómo unos granjeros procedentes de un pequeño pueblo tradicional y conservador podían vender un producto, que era execrable a

ojos de sus padres, a yonquis vulnerables de mirada triste y no sentirse atormentados por ello.

«Yo solía trabajar en un laboratorio donde se investigaba en animales y había que matarlos —contaba la exesposa—. La manera de lidiar con ello es que te disocias del animal. No dejas que te afecte. Pones esa barrera. Eso es lo que hacen ellos. Lo hacen con personas».

Ed Ruplinger luchaba por seguir adelante a medida que más bandas comenzaban su negocio en Boise. Creaba líneas de tiempo y diagramas de flujo con los contactos entre Polla y los conductores, así como con otras ciudades estadounidenses. Otros miembros del cuerpo pensaban que estaba loco. ¿Cuándo había figurado Boise en ninguna conspiración internacional de narcóticos? Además, tantos nombres de hispanos agotaban la mente.

Ruplinger obtuvo permiso para pinchar los teléfonos de Polla. Entonces se hizo más clara la extensión de su negocio. Tenía también bandas en Portland, y en Salt Lake City y Honolulú. Salt Lake daba más dinero que Boise. Ruplinger oyó a Polla quejarse de haber dejado Denver porque se había llegado a un punto en que no podía hacer dinero, con tantas bandas de su ciudad natal compitiendo por los mismos adictos. Células nuevas se quedaban con sus clientes y, para ganárselos de nuevo, tenía que bajar los precios.

A Ruplinger le maravillaba cuán enorme y conectada estaba la red de Xalisco. La tiendita de heroína de Polla funcionaba con el método de suministro «justo a tiempo», con mujeres que hacían de mulas y traían medio kilo de heroína por viaje cada dos semanas. Con la idea de mantener a raya a los competidores, Polla insistía en que sus conductores dieran un excelente servicio al cliente. En una ocasión en que un conductor informó de la queja de un cliente acerca de un lote de heroína de baja calidad, Polla prometió compensarlo, y el conductor le llevó material de mejor calidad al cliente al día siguiente. Cuando Ruplinger oyó aquello, sintió que era testigo de cómo se extendía algo terrorífico, como si estuviera solo en un laboratorio donde un virus se escapaba de un tubo de ensayo.

Un día, Ruplinger oyó a uno de los conductores contarle a Polla que le daba miedo repartir en la cercana ciudad de Caldwell porque las bandas de allí lo asustaban. Polla le dijo que se encargaría de ello. A Ruplinger, que había trabajado en el sur de California y sabía que las bandas de la diminuta Caldwell no eran más que una sombra lejana de las bandas de otros sitios,

se le quedó grabada aquella conversación. ¿Qué clase de red de traficantes era esta, que se asustaba de las aspirantes a bandas de Caldwell (Idaho)?

Todos los agentes antidroga de los años noventa tenían la guerra del *crack* entre los Bloods y los Crips como precedente, y a los vaqueros de la cocaína colombiana en Miami antes de eso. Los nayaritenses no eran así. Al confiar en su adictivo producto, no necesitaban liarse a tiros por el territorio. Estos conductores se conocían entre sí y paraban para charlar o quedaban para comer. Aunque compitieran y se obligaran entre sí a bajar precios, lo hacían de manera pacífica. No se ponían en el camino de los otros y así evitaban llamar la atención. Ayudaba el hecho de que los conductores no sacaran provecho de cuánto vendían y que no se drogaran. Para ellos no era incentivo cortar la droga. No sacaban más dinero si cortaban la droga que si la vendían tal y como les llegaba. Eran empleados, tipos a sueldo, con los gastos cubiertos y un estipendio de varios cientos de dólares a la semana. Lo último que querían era violencia.

En el transcurso de dos años, de 1995 a 1997, el pequeño mercado de Boise contaba con seis bandas que vendían heroína como si fuera *pizza* . Y eso no era todo. Gracias a los teléfonos pinchados, Ruplinger oyó a Polla llamar a Phoenix, Ontario, El Monte, Salt Lake, Portland, Billings, Las Vegas y Honolulú. Si en Boise había seis, ¿cuántas bandas habría en Denver? ¿Y en Portland? ¿En Las Vegas? Las células de heroína eran como hormigas en un jardín: no las veías a menos que te acercaras lo suficiente y supieras lo que estabas buscando. Entonces, aunque las aniquilaras, venían más a reemplazarlas.

Corría el año 1997. Mucho antes que otros policías del país, Ed Ruplinger iba descubriendo cómo ver a las hormigas.

El estudio de referencia

En la década de los noventa, el doctor Hershel Jick se hubiera alarmado, allá en Boston, al enterarse de que su carta al editor publicada en el *New England Journal of Medicine* , que él había olvidado hacía tiempo, se había convertido en la piedra angular de una revolución en la práctica médica en Estados Unidos. Esto iba muchísimo más allá de cualquier cosa que Hershel Jick tuviera en mente cuando la escribió.

Sin embargo, eso es lo que ocurrió. La revolución se extendía por hospitales, clínicas médicas y médicos de familia de todo el país.

No está claro quién sacó la carta de Porter y Jick de la oscuridad, aunque parece que fue citada por primera vez en una nota al pie del artículo de Kathy Foley y Russell Portenoy de 1986 publicado en *Pain* . Con el tiempo, el párrafo pasó a conocerse, simplemente, como «Porter y Jick». Aquella abreviación, a su vez, le otorgó prestigio a aquella pequeñez y a la afirmación que se le atribuía: que menos del 1 por ciento de los pacientes tratados con narcóticos desarrollaba una adicción a ellos.

Aquella estadística de «menos del 1 por ciento» se quedó grabada. Sin embargo, se había obviado un punto fundamental: la base de datos de Jick la conformaban pacientes hospitalizados de años en que los opiáceos se controlaban estrictamente en los hospitales y se administraban en pequeñas dosis a aquellos que sufrían los dolores más agudos, y siempre supervisados por doctores. No se trataba de pacientes con dolor crónico que se iban a casa con botes de analgésicos. Se trataba de un error de interpretación extraño, puesto que la carta de Jick apoyaba, en realidad, la afirmación contraria: que los opiáceos, cuando se usan en los hospitales para el dolor agudo y se controlan escrupulosamente, rara vez producen adicción. Sin

embargo, su mensaje fue transformado en un gran titular: los casos de adicción son excepcionales en pacientes tratados con narcóticos.

Otros comenzaron a citar la supuesta afirmación. Marsha Stanton recuerda citar «Porter y Jick» con frecuencia en seminarios educativos sobre la gestión del dolor que dio a lo largo de los años noventa dirigidos a doctores y personal de enfermería: «Todos lo oían por todos lados. Era "Porter y Jick". Todos lo usamos. Todos creíamos que era la biblia».

Muchas cosas pasaron para que así fuera. «Porter y Jick» aparecía en aquella biblia de la rectitud académica y periodística, el *New England Journal of Medicine* . Los profesionales médicos asumieron que todos lo habían leído. Pero el *NEJM* no subió todos sus archivos para ser consultados en línea hasta 2010; anteriormente, los archivos solo se remontaban hasta 1993. Para leer realmente «Porter y Jick» y descubrir que se trataba de una carta al editor de un párrafo, y no de un estudio científico, era necesario acudir a la biblioteca de una facultad de medicina y localizar el número en concreto, lo cual requería un tiempo del que no disponían la mayoría de médicos. Por el contrario, los médicos de atención primaria dieron por buenas las palabras de los especialistas en dolor, que señalaban «Porter y Jick» como prueba de que los opiáceos eran mucho menos adictivos para los pacientes con dolor crónico de lo que se había creído anteriormente. Y no es que los médicos de atención primaria necesitaran que los animaran mucho. Los pacientes con dolor crónico, desesperados por conseguir alivio, podían ser insistentes, maleducados y ofensivos con los profesionales, y requerían mucho tiempo para ser diagnosticados y tratados. Los médicos tenían un mantra: «Un paciente con dolor crónico te puede amargar el día». Ahora había una solución a mano.

Aquel único párrafo, enterrado entre las páginas finales del *New England Journal of Medicine* , fue mencionado, objeto de conferencias y citado hasta que emergió transformado, en palabras de un tratado, en «un informe de referencia» que «hacía mucho por contrarrestar» los temores a la adicción de los pacientes con dolor tratados con opiáceos. Nada más lejos de la realidad.

En un monográfico aparecido en 1989 para el Instituto Nacional de la Salud, médicos de Harvard y la Johns Hopkins urgían a los lectores a «tomar en consideración el trabajo» de Porter y Jick, que mostraba «claramente» que el miedo a la adicción de aquellos que no tenían un pasado de abuso de drogas no justificaba evitar los opiáceos, puesto que el

«estudio» mostraba que los casos de adicción entre pacientes «a los que se les administraban estos fármacos en un entorno hospitalario eran considerablemente escasos». Un investigador calificó «Porter y Jick» como «un estudio exhaustivo» en el escrito que publicó en *Scientific American* en 1990. Un artículo para el Instituto para la Mejora de los Sistemas Clínicos llamaba a «Porter y Jick» «un informe de referencia».

Y entonces, la consagración final: la revista *Time* denominó «Porter y Jick», en un reportaje de 2001 titulado «Menos dolor, más ventajas», un «estudio de referencia» que demostraba que el «temor exagerado a que los pacientes se vuelvan adictos» a los opiáceos era «básicamente injustificado».

Marsha Stanton recordaba que, durante años, en las facultades de medicina «escuchaba a los profesores decir: “No abuséis, no abuséis, no abuséis. No hagáis que estos pacientes se vuelvan adictos”. Sin embargo, ahora aparece esta estadística y, oh, mira, está publicada. Es la biblia. Yo utilizaba «Porter y Jick» en conferencias todo el rato. Todo el mundo lo hacía. No importaba si eras médico, farmacéutico o enfermero: lo usabas. Nadie lo ponía en duda. ¿Deberíamos haberlo cuestionado? Pues claro que sí».

Todo el mundo conocía los beneficios de los analgésicos opiáceos. Sin embargo, ¿cuán adictivos eran? Esa era la cuestión. La mayoría de los doctores se figuraban que la historia y la experiencia demostraban que eran muy adictivos. Tal y como aparecía citado, «Porter y Jick» sugería lo contrario. Lo mismo hizo el doctor Portenoy: él creía que, dependiendo del paciente, estas drogas podían usarse para obtener muchos beneficios.

Portenoy era un pionero en la gestión del dolor. Además de su nombramiento en la Beth Israel, era editor jefe de la revista *Journal of Pain and Symptom Management* , editor en *Pain* y estaba en el consejo editorial de otras revistas médicas. Escribía numerosos libros, tratados que los estudiantes usaban en las facultades de medicina. Era citado en los periódicos a menudo. Por encima de todo, Portenoy llevó su mensaje por doquier a través de conferencias de asociaciones en las que se proponen las nuevas ideas en medicina: la Asociación Internacional para el Estudio del Dolor, la Sociedad Estadounidense del Dolor o la Academia Estadounidense de la Medicina del Dolor.

Todo esto ayudó a conformar, hacia mediados de los años noventa, una nueva creencia popular de que la ciencia había avanzado y de que ahora

sabía que los opiáceos no creaban adicción en un paciente con dolor. Los adictos y los pacientes con dolor eran dos cosas diferentes. «En el caso de los adictos, la calidad de vida desciende a medida que consumen drogas —le contó un doctor puntero especialista en dolor a la revista *New York* en 2000—. En el caso de los pacientes con dolor, mejora. Son fenómenos completamente diferentes».

Esto anunciaba malos tiempos para el enfoque multidisciplinar respecto al dolor, más complejo. ¿Por qué era necesario, después de todo, aquel esfuerzo si se les podía dar a los pacientes con dolor una pastilla con poco riesgo de crear adicción? Los pacientes también eran difíciles de motivar cuando un tratamiento requería cambios de comportamiento; más ejercicio, por ejemplo. Las pastillas eran una solución más fácil. Las clínicas multidisciplinares comenzaron a desvanecerse. Más de mil clínicas de este tipo existían a lo largo y ancho de la nación en 1998; siete años más tarde, solo quedaban ochenta y cinco.

En Seattle, el doctor John Loeser y su plantilla perseveraban en el Centro para el Alivio del Dolor de la Universidad de Washington, donde propagaban las ideas de John Bonica. Sin embargo, a medida que las compañías aseguradoras dejaban de pagar aquellos servicios para tratar el dolor, el centro médico de la Universidad los eliminó. En 1998, Loeser dimitió indignado. Finalmente, la Universidad trasladó la histórica clínica a un sótano. Allí permaneció, convertida en una especie de coto para unos pocos multidisciplinarios resistentes que mantenían la cabeza gacha. Una unidad de cirugía plástica se trasladó al espacio antaño ocupado por la clínica del dolor.

El uso de opiáceos, mientras tanto, transformaba el pensamiento médico. Normalmente, un paciente que pidiera dosis cada vez mayores de un fármaco sería prueba de que el fármaco no estaba funcionando. En cambio, en el tratamiento del dolor con opiáceos, se tomaba como prueba de que el doctor no había recetado la cantidad suficiente. De hecho, algunos doctores llegaron a creer que un paciente con dolor que pedía mayores dosis probablemente mostrara signos de «pseudoadicción» y buscara una dosis lo suficientemente grande como para acabar con el dolor, lo cual se curaba con más opiáceos.

Dos doctores que escribieron en 1989 en la revista *Pain* acuñaron este término para describir el caso de un paciente de diecisiete años que padecía leucemia, neumonía y un dolor en el pecho, y que pedía analgésicos

opiáceos, lo cual había sido erróneamente diagnosticado por los médicos como una adicción. Uno de los autores, J. David Haddox, trabajaría más tarde en Purdue Pharma como vicepresidente de política sanitaria. El otro, David Weissman, describiría más tarde lo que los doctores deberían hacer en caso de pseudoadicción: ganarse la confianza del paciente y aumentar de manera agresiva la dosis de opiáceos hasta que el dolor remitiera.

Por lo que yo sé, la pseudoadicción podría tratarse de un síntoma real. Sin embargo, lo que tiene importancia para esta historia es que ayudó a generar una corriente de pensamiento creciente que consideraba viable no poner límites a la cantidad de opiáceos que un paciente podía necesitar. Los doctores podrían recetar cientos de miligramos al día. Sin duda alguna, al menos según la interpretación errónea, ampliamente aceptada, que se hacía de «Porter y Jick», el riesgo era mínimo.

«Ningún médico se limitaría a seguir con un tratamiento que no obtiene resultados; sin embargo, esto es lo que sucede con los opiáceos —decía Loeser—. Los pacientes venían y decían: “Estupendo, doctor, pero necesito más”. El doctor les da una dosis mayor. Entonces, tres meses más tarde, dicen lo mismo, y así sucesivamente. La cosa es que si estuvieran funcionando, no necesitarías más».

No obstante, había nacido un movimiento que se propagaba a partir de una afirmación de un párrafo de longitud realizada en 1980. Se usaron otros documentos también. Entre otros, el artículo de 1986 de Portenoy y Foley sobre treinta y ocho pacientes, en el que citaban «Porter y Jick». Asimismo, una encuesta de 1982 a supervisores de noventa y tres unidades de quemados que no se encontraron con ningún paciente que se volviera adicto a los analgésicos opiáceos, así como un estudio de 1977 sobre dependencia a las drogas en pacientes con dolores de cabeza crónicos. Sin embargo, parece que ninguno de ellos fue citado, ni malinterpretado, con tanta frecuencia como «Porter y Jick».

Mientras tanto, el doctor Hershel Jick prosiguió con el examen minucioso de su base de datos de pacientes, que no dejaba de crecer. Podía ser, pensaba él, una fuente de información basada en datos clínicos acerca de las drogas y sus efectos, algo que la humanidad nunca había poseído. Produjo artículos sobre una amplia gama de temas: si las vacunas orales contra la polio causaban la caída de los intestinos en niños; si ciertos anticonceptivos orales causaban coágulos de sangre en las mujeres, o sobre el origen de una epidemia de paperas en Inglaterra.

Entre tanto, su carta de 1980 desencadenaba un movimiento: «Es algo asombroso —diría muchos años más tarde—. Esa carta en particular, para mí, está muy cerca del final de una larga lista de estudios que he realizado. Es útil tal y como está porque no hay nada igual sobre pacientes hospitalizados. Sin embargo, si la lees con detenimiento, no habla del nivel de adicción en pacientes ambulatorios que toman estos fármacos para el dolor crónico».

La redención de Enrique

Xalisco (Nayarit)

Un día de otoño de 1993, un hombre alto, esbelto y de piel clara, con botas nuevas y un sombrero de vaquero calado hasta los ojos, se subía a un autobús en Nogales (Sonora) con dirección al sur, a su nuevo hogar en Nayarit.

Enrique llevaba un par nuevo de Levi's 501 azul oscuro. Su sombrero costaba quinientos dólares, las botas, mil (en una tienda de ropa de vaqueros en Phoenix, Arizona). Llevaba otros quince mil dólares en efectivo en el bolsillo derecho de los pantalones. Su autobús serpenteó hasta salir de Nogales y siguió bajando por la autopista 15 de México, que corre paralela a la costa del Pacífico. Se sentó receloso de lo que le rodeaba, aun cuando el conductor puso una película protagonizada por el cómico Cantinflas. No la vio. Mantuvo la mano en el bolsillo derecho de sus pantalones y no se atrevió a dormir.

El viaje en autobús significaba su redención. Meses antes, mientras trabajaba duro en los campos de caña de azúcar con su padre y se desesperaba por si encontraría alguna vez un camino que lo sacara de la pobreza, recibió una oferta repentina para trabajar en Phoenix que aceptó. Un jefe de célula necesitaba un conductor para su tiendita de heroína.

En su último día de trabajo como cultivador de caña de azúcar, Enrique llegó al molino de azúcar negro por el hollín y el polvo del campo, como si hubiera salido de una mina de carbón. Cogió sus sacos de caña de azúcar y los lanzó sobre la pila tan fuerte como pudo: «El próximo trabajo que tenga será por amor al trabajo, no por necesidad», le prometió al capataz.

Al día siguiente besó a su madre y tomó un autobús en dirección a Arizona.

Esta era su oportunidad. El Valle de San Fernando, con sus tíos en el trabajo, siempre lo limitaría. Fue a Phoenix deseoso de mostrar sus

habilidades. A la semana, ya se conocía las calles, y no pasó mucho tiempo hasta que dirigió la tiendita él mismo: cortaba la heroína, contestaba el busca y conducía para entregarles los globos a los clientes. Sus clientes eran, principalmente, mujeres profesionales: abogadas, enfermeras, una o dos prostitutas. Pronto había aumentado la recaudación diaria de la tiendita de mil doscientos a tres mil dólares. Trabajaba desde las ocho de la mañana a las nueve de la noche, pillaba una hamburguesa sin bajarse del coche y estaba en casa hacia las diez para meter en globos la heroína del día siguiente. No tenía tiempo de limpiar su apartamento o la ropa, y ganó dos mil dólares aquel mes.

Un día, sus proveedores en Phoenix le dijeron que el jefe llegaba esa noche de Xalisco. Este hombre impresionaba a Enrique. Tenía un permiso y podía cruzar la frontera legalmente siempre que quisiera. Estaba allí para reunirse con sus trabajadores.

Cuando Enrique se dirigía a casa aquella noche, le sonó el busca. Buscó una cabina. El gran jefe quería un McDonald's —un sándwich de pescado — antes de la reunión. Enrique se apresuró a comprar la comida y regresó al apartamento. Entró cuando dos pistoleros tenían a su jefe y a sus proveedores en ropa interior y de rodillas en el cuarto de baño.

Los invasores habían encontrado cerca de sesenta gramos de heroína, joyas y algo de dinero en efectivo. Sin embargo, cuando pidieron más y le pusieron una pistola en la cabeza, Enrique permaneció en silencio. Aquella mañana había empaquetado decenas de miles de dólares en pilas de dinero, pero no había tenido tiempo de hacer nada con él. Lo había colocado en el fondo de una bolsa de basura llena de los desperdicios de su dieta de comida rápida (patatas fritas rancias, bordes de *pizza* , platos de papel usados y latas de refresco). Si les decía a los pistoleros dónde estaba el dinero, parecería que lo había montado todo. De modo que aceptó en silencio el culatazo que le dieron con la pistola, y los pistoleros se fueron con solo cinco mil dólares y aquellos gramos de heroína, mientras que en el fondo de la bolsa de basura había otros ochenta mil dólares que no se habían llevado.

El jefe, testigo agradecido de la lealtad del chico, lo sacó de la calle y le dio dos conductores a los que supervisar. Enrique trabajó más duro. El negocio florecía. Enviaba dinero a su familia para que empezara a construir una casa para él. Cuando el servicio telefónico llegó por fin a El Sapo, pagó para asegurarse de que su familia tuviera una línea instalada en casa.

Tres meses después del robo, Enrique estaba listo para regresar a casa. Se compró las botas y el sombrero y se subió a aquel autobús con los quince mil dólares en el bolsillo y los ojos abiertos como platos. Bajo el autobús, había almacenado bolsas repletas de ropa, joyas, zapatos y reproductores de vídeo. ¡Cuánto tiempo había ansiado aquel magnífico regreso! Pensaba en sus tíos en California, que lo habían enviado a casa con tan poco después de haber trabajado tanto. No tenían la fuerza de voluntad para convertir el negocio en lo que podía llegar a ser o la visión para ver de lo que él era capaz. Su nuevo jefe tenía visión; Enrique se alegraba de haber roto con el pequeño mundo de su rancho.

Las ropas que trajo a casa eran Levi's 501, Guess, Tommy Hilfiger y Polo; la medida de su éxito. Su padre tendría que quedarse callado. Con quince años, Enrique había ayudado a que su familia sobreviviera; ahora, a los dieciocho, la heroína que había vendido en Phoenix le permitía ocuparse de ellos totalmente.

Su familia se reunió con él en la estación de autobuses de Tepic. Lo condujeron por la autopista a través de Xalisco y hasta el rancho. Allí, frente al hogar de su infancia, se levantaba su nueva casa en construcción, pagada con el dinero que había enviado. Tenía dos dormitorios, una cocina completa, un garaje con puerta automática, un techo a través del que la lluvia nunca pasaba y un cuarto de baño dentro de la casa. En aquel momento, sentía que todo era posible y quería llorar.

Más tarde, en su habitación, junto a su madre, sacó el dinero del bolsillo y algo más del calcetín. El dinero rebotó sobre la cama.

—¿Le has robado a alguien?

—No —dijo con una amplia sonrisa—. Es mío.

Enrique se dio cuenta de que no le preguntó cómo lo había ganado. Estaba convencido de que se lo imaginaba.

Siempre recordaría que aquella noche fue la primera vez que su familia tenía más que suficiente para comer. Sacó camisas, vestidos, juguetes. La más pequeña de sus hermanas lo llamó papá.

El negocio de la heroína en Arizona —y su lealtad durante el robo— le granjeó nuevos amigos y, poco después, invitaciones a las fiestas de Xalisco que daban los jefazos de las células. Tenían coches nuevos y casas grandes. Se sintió avergonzado por sus sueños insignificantes del año anterior. En este mundo, los hombres soñaban a lo grande.

Durante los dos años siguientes, dividió su tiempo entre el pueblo y Phoenix, donde dirigía las cuadrillas de su jefe en las calles. Compró un Mercury Cougar usado de color negro. Llevó a su novia y a su familia a El Sarandeado y a El Diamante: los mejores restaurantes de Tepic. Mandó a su hermana a la universidad; fue la primera de la familia en tener un título universitario. Iba a bares y restaurantes y no se planteaba si se lo podía permitir. Libertad es lo que sentía por encima de todo. Su madre no le pidió nunca más dinero a su esposo para alimentar a la familia, ni aguantó los golpes e insultos con los que se lo cobraba. Su padre ya no tenía que depender del molino para pagarle.

A lo largo de los años, los comerciantes de la ciudad habían aprendido muchas maneras de rechazar a los agricultores que se ganaban la vida con la caña de azúcar y el café y que pedían constantemente que los fiaran. Ahora, por primera vez, el panadero sonreía cuando la madre de Enrique entraba en la tienda, y le hablaba con cariño; también saludaba al padre de Enrique cuando pasaba por allí.

Aquel año, en la Feria del Elote, Enrique y un amigo que trabajaba con él en Arizona se hicieron los dueños de la plaza central de Xalisco. El sábado de feria le pagaron tres mil dólares a una banda para que tocara toda la noche. Bebieron y le ofrecieron alcohol a todo aquel que apareció por allí. Solo pararon cuando la misa de la catedral estaba a punto de empezar el domingo por la mañana. Xalisco nunca había visto hacer eso a un par de chicos de rancho. Normalmente, los rancheros ahorraban todo el año para pagar tan solo una hora de música de la banda en la plaza. Sin embargo, la heroína tenía eso: hacía que todos fueran iguales.

Sin embargo, la heroína no consiguió hacer a Enrique más querido a los ojos del padre de su novia, que estaba encantado de vender su carne a la madre de Enrique, pero no quería a un chico sin educación de El Sapo, un vendedor de chiva, por yerno. Cuando Enrique era un chaval, el carnicero había sido amable. Pero desde que Enrique había empezado a salir con su hija, el hombre no le había vuelto a hablar y Enrique había aprendido a mantener las distancias.

Con el tiempo, Enrique, que regresaba ocasionalmente a Phoenix y, después, pasaba una temporada en Portland antes de volver a casa de nuevo, empezó a sentirse intranquilo. Su sueldo no estaba mal, pero sus gastos eran mayores ahora que pasaba tanto tiempo con todos aquellos amigos nuevos. Estaba limitado. Podía ver lo que había al otro lado de aquel río que él

sentía que dividía El Sapo del mundo, pero no podía cruzarlo como trabajador.

Su ambición era mayor ahora. Tenía un coche, pero quería uno nuevo. Tenía una casa nueva con suelos de azulejo; tenía montones de ropa y dinero, pero no le bastaba para jubilarse. Había seguido órdenes toda su vida y quería saber qué se sentía al ser el jefe.

Tenía veintidós años, era hora de casarse. Los padres de su novia nunca lo permitirían, ella estaba aún en el instituto.

Así que, un día de 1996, cogió diez mil pesos, mil dólares y su Beretta de nueve milímetros y llenó el tanque del Cougar de gasolina. Fue al instituto de su novia y se la llevó a Puerto Vallarta, se la robó a los padres. Era el método del pueblo para casarse en contra de los deseos de los padres. Cuando ella se dio cuenta de lo que pasaba, primero se cogió un berrinche, mientras le ponía muchas condiciones que él aceptó sin excepciones. Enrique la llevó al Hotel Krystal, que recordaría más tarde por ofrecer el primer servicio de aparcacoches que había usado jamás. Cuando regresaron, estaban casados a ojos del rancho, no importaba lo que dijeran los padres de ella.

Enrique la llevó a vivir a su nueva casa. Después, se fue a Albuquerque (Nuevo México), donde había oído que la heroína de alquitrán negro tenía un mercado y él, un futuro.

Nos dimos cuenta de que esto era una corporación

Portland (Oregón)

El doctor Gary Oxman nunca olvidó lo que aprendió de los Bloods y los Crips. En los años ochenta, las bandas Bloods y Crips salieron de Los Ángeles en busca de nuevos mercados para el *crack* . Sus luchas territoriales por controlar el mercado del *crack* de Los Ángeles habían convertido partes de la ciudad en zonas de guerra. Uno de los lugares a los que llegaron en dirección norte por la interestatal 5 fue Portland (Oregón). Hacia mediados de los años ochenta, el *crack* y los fumaderos de la droga estaban por toda la Ciudad de las Rosas. Los tiroteos desde un coche y los asesinatos aumentaron vertiginosamente, así como los índices de sífilis.

Oxman fue contratado por el Departamento de Salud del condado de Multnomah en 1984. Un día, tuvo una conversación con un docente de un barrio negro que le explicó lo que sucedía: los Bloods, los Crips, el *crack* , los fumaderos y el sexo a cambio de droga; de ahí la epidemia de sífilis que había observado. Oxman y sus colegas estudiaron el brote y, finalmente, escribieron un artículo de investigación sobre el problema, en el que exponían que alrededor de una docena de personas que intercambiaban de manera activa sexo por *crack* habían desencadenado el brote de sífilis.

Las imputaciones federales enviaron a prisión a decenas de miembros de bandas que vendían *crack* a finales de los años ochenta. Esto apaciguó la epidemia de sífilis del condado de Multnomah. Para entonces, Oxman había aprendido a escuchar a la comunidad y también que en lo que respecta a las drogas, unas pocas personas eran capaces de generar una catástrofe para la salud pública.

Una tarde de la primavera de 1999, Oxman se reunió con Sharron Kelley, comisionada del condado de Multnomah, en el centro de Portland. Era periodo de presupuestos y Oxman, un tipo delgado con pelo rizado, bigote y perilla, estaba ahora al frente de la sanidad del condado.

La adicción a la heroína crecía y el virus de la hepatitis C se propagaba por Portland, afirmaba Kelley. «¿Le vendría bien algo de dinero al Departamento de Salud para pagar el tratamiento y los servicios sanitarios de los pacientes con hepatitis C?». «Ese dinero ayudaría muchísimo», contestó él. Miles de personas estaban entonces infectadas por el virus.

Kelley siguió hablando del tratamiento y los servicios de los que el condado carecía, que Oxman podía poner en marcha. Cuando la reunión iba llegando a su fin, Kelley añadió: «Ah, por cierto, hay un grupo de interés en la comunidad llamado RAP, formado por drogadictos en fase de rehabilitación. Muchos de sus amigos que aún consumen se están muriendo de sobredosis de heroína. ¿Puede hacer un estudio epidemiológico sobre eso?». «Claro», respondió Oxman.

El Proyecto Asociación para la Rehabilitación (RAP, por sus siglas en inglés) era una alianza de heroinómanos organizada por una entidad sin ánimo de lucro local llamada Central City Concern. Esta entidad tenía centros de desintoxicación de larga estancia para alcohólicos y drogadictos. Hacia mediados de los años noventa, con el declive del control que las bandas de negros tenían sobre el comercio de *crack* en Portland, el número de pacientes de los centros descendía con rapidez. Los directores de los centros se preguntaban seriamente cuánto tiempo les quedaba en el negocio de la desintoxicación.

«Entonces, algo ocurrió. Empezó a llegar toda esta gente enganchada a la heroína —contaba Ed Blackburn, ahora director de Central City—. Se veía gente joven. Estábamos acostumbrados a ver heroinómanos de cuarenta años en el centro. Y ahora nos venían heroinómanos de veintitrés años. Era 1994 o 1995. Llevábamos años desintoxicando heroinómanos, pero los números siempre se mantenían estables: del 5 al 10 por ciento de nuestros pacientes. Entonces subió. Hacia 1996 y 1997, ya eran más del 50 por ciento».

Los Muchachos de Xalisco estaban por todo Portland entonces.

Blackburn es seguidor de Saul Alinsky, el legendario organizador comunitario de Chicago que enseñaba a grupos marginados políticamente a presionar a los políticos para que dieran respuesta a sus problemas. Cuando aumentó el consumo de heroína, Blackburn dedicó una subvención federal a la formación de adictos en rehabilitación para que usaran sus historias y experiencias en política. Contrató a un par de ellos y pasaron horas en los centros de desintoxicación para reclutar a otros que quisieran unirse al RAP.

Poco tiempo después, cientos de nuevos adictos en recuperación se organizaron. Comenzaron a asistir a las reuniones municipales y del condado para exigir servicios y financiación.

Uno de ellos era el adicto sin piernas, Alan Levine. En 1998, Levine llevaba utilizando el sistema de reparto de los Muchachos de Xalisco, que había perdido el encanto para él, cada día durante cinco años.

«¿Conoces a Joe Camel, [4] aquella estrategia publicitaria de los cigarrillos dirigida a los jóvenes? —me dijo Levine—. Eso es lo que hacían estos tipos. Se dirigían a los jóvenes. Los chavales podían esnifarla, fumarla, comérsela o chutársela. De repente, teníamos una red de estudiantes de instituto enganchados a la heroína. La heroína se había vuelto mucho más potente y mucho más mortífera. Había cada vez más muertes por la heroína, hasta el punto de que yo dejé de consumirla y empecé a trabajar contra ella».

Levine y otros salieron a las calles, y poco después el RAP tenía cientos de miembros. A partir de ahí, empezaron a presionar a funcionarios electos para que financiaran el tratamiento de los adictos. Finalmente, Levine fue colocado en el Consejo sobre el Abuso de Drogas del gobernador y en un comité de planificación en materia de drogas del condado.

En Portland, había ido surgiendo a lo largo de varias décadas una clase de fervientes activistas y directivos de organizaciones sin ánimo de lucro que defendían a los desfavorecidos con un lenguaje anestesiado y caracterizado por la corrección política. Para estos activistas, los miembros del RAP eran como ácido sulfúrico: chusma de la calle cuyas vidas eran una herida abierta. Eran directos, no tenían pelos en la lengua y no eran demasiado educados. Blackburn los preparó para que contaran sus historias, que, a menudo, no encajaban con el mundo pulcro de héroes y villanos que los defensores profesionales preferían. Alan Levine podía ser especialmente gráfico en las reuniones públicas, con sus dos muñones y el gruñido elocuente que emitía al contar las historias de una vida vil de inútil búsqueda de aquel primer subidón que lo había hecho sentirse el rey del mundo.

El RAP organizó un sistema de mentores. Un adicto que salía de prisión mientras se desintoxicaba se encontraba con un exadicto que lo acompañaba a buscar casa y comida y que lo ayudaba a evitar viejos amigos y situaciones. De esta manera, dada la enorme cantidad de adictos nuevos creada por el suministro barato y fiable de la heroína de los Muchachos de

Xalisco, según Blackburn: «El número de personas que se desintoxicaba se disparó también».

Muchos se unieron al RAP. Hablaban abiertamente de su adicción y orquestaban grandes reuniones con funcionarios electos designados con el fin de llevar a cabo los tejemanejes necesarios para convencer a los políticos de que apoyaran un aumento de la financiación para, por ejemplo, hogares de transición. Los miembros del RAP hablaban con un apremio especial sobre las sobredosis de heroína. Ellos veían lo que otros no: que las muertes por sobredosis de heroína aumentaban en la calle. Sus amigos se morían y ellos buscaban políticos que los escucharan.

Una persona que pudo verlo fue la comisionada del condado de Multnomah, Sharron Kelley. De esta manera, en 1999, Gary Oxman acabó encargándose de la tarea de estudiar y explicar el tremebundo brote de sobredosis de heroína en el condado, algo que Oxman era incapaz de hacer al principio.

Durante aquellos años, Kim Ellis, que se había mudado desde California, estaba muy enganchada a la heroína. Los Muchachos de Xalisco estaban por todos lados y se mezclaban con la creciente comunidad de inmigrantes latinos de Portland. Ella los llamaba abejas obreras: los chicos que entregaban la heroína cada vez que ella llamaba. A algunos de ellos los llegó a conocer.

«Estamos en todos lados —le dijo uno de ellos—. Tan pronto como vuelva a casa, a México, estarán mis hermanos y mi primo esperando para subir y ocupar mi puesto».

La mayoría de los conductores tenían entre diecisiete y treinta años. Para los mexicanos pobres como ellos, la imagen que tenían de Estados Unidos incluía dinero, coches grandes, a los Cowboys de Dallas, las películas de Bruce Willis, McDonald's y, especialmente, las chicas estadounidenses. Sin embargo, trabajaban cada día e hibernaban en desnudos apartamentos por la noche. Todo lo que iban a llegar a ver del grande y mítico Estados Unidos era aquello que veían al repartir la heroína. Las únicas chicas que iban a conocer los Muchachos de Xalisco eran las clientas yonquis. Eran agricultores, no gánsteres ni matones de un cartel. Eran educados, criados en las tradiciones conservadoras de una pequeña ciudad mexicana, y Estados Unidos les intimidaba. Nunca consumían el producto y algunos eran dulces y corteses.

Para las mujeres yonquis, endurecidas por la exposición diaria a lo peor de la naturaleza humana, esta dosis ocasional de tierna atención era bienvenida. «Todos y cada uno de los chicos con los que me encontré, todos, eran agradables —contaba Ellis—. Llegó un punto en el que había un elemento humano, una relación que comenzaba. Una vez que estaba en el coche, ya no los veía como personas que ganaban dinero mientras me ayudaban a morir. Eran personas, simplemente. Cuando llegó la hora de desintoxicarme, eché de menos esa relación. Costaba muchísimo odiarlos».

Esta es, en parte, la razón por la que los Muchachos de Xalisco tuvieron éxito. Para sus clientes, muchos de los Muchachos no eran los típicos traficantes de heroína, también adictos, y fríos e intrigantes. Algunos de los Muchachos se hicieron amigos de sus clientes adictos. A pesar de la barrera del idioma, eran amables, a veces hasta encantadores.

La empatía hacia los camellos de Xalisco le dificultaba doblemente a Ellis dejar la heroína, lo que consiguió años más tarde. «Para poder dejarlo, tuve que odiarlos. Si me quedaba con algo que fuera bueno, aunque fuera bueno de una forma retorcida, no me podría deshacer de la heroína —contaba—. La última abeja obrera que tuve se estaba enamorando de mí. Nunca intentó nada, pero siempre me preguntaba si podía salir a cenar. Yo me percaté de que estos tipos no me iban a acribillar a balazos y a tirar mi cadáver por ahí. Te preguntaban si alguna vez querías ir a bailar o algo. Son personas de verdad que intentan sobrevivir con su coche y que conocen a otras, como yo, que intentan sobrevivir con su adicción. Incluso ahora, con todo lo que odio la heroína, no odio a aquellos tipos que eran mis camellos».

* * *

Gary Oxman fue a la oficina del Registro Civil del estado, que era la referencia para los investigadores de la sanidad pública que buscaban tendencias en las muertes. Creía que algo había de verdad en lo que decían los miembros del RAP, así que se sorprendió al no encontrar ningún registro de las altas cifras de sobredosis. Acudió a la oficina de un médico forense del condado. La oficina guardaba las listas de las muertes accidentales de cada año. Seleccionó los registros de las muertes relacionadas con drogas y, a partir de ellos, pudo obtener a su vez una gran cantidad de informes de muertes por sobredosis. No obstante, con la primera ojeada rápida, no vio aún muchas provocadas por heroína.

Intrigado, Oxman y un equipo de investigadores pasaron los siguientes tres meses leyendo cuidadosamente aquellos informes de decesos en el sótano de la oficina del médico forense. Y allí vio el problema. Cada forense tenía una manera diferente de describir una sobredosis de heroína. Uno de ellos usaba «narcotismo intravenoso agudo», mientras que otro escribía «sobredosis de narcóticos». Había «sobredosis de varias drogas», aunque no aparecía listada oficialmente la heroína. En otro informe, se decía simplemente «sobredosis de heroína». Las cifras habían ido creciendo de manera constante, ocultas tras los hierbajos de la terminología desigual.

Finalmente, contó más de cien sobredosis de heroína al año desde 1996. Escarbó más entre los archivos, leyó todos los informes de sobredosis desde ese año hasta principios de los noventa. Lo que él y su equipo habían encontrado dejó boquiabierto a Oxman. No había un pico repentino de muertes por heroína, como creía el RAP. Era aún más terrorífico. Las muertes habían ido aumentando durante una década y nadie se había dado cuenta. En el condado de Multnomah, se produjeron diez muertes por sobredosis de heroína en 1991 —la época en que llegaron los Muchachos de Xalisco—, mientras que 1999 cerró con ciento once muertes: un incremento del 1.000 por ciento en ocho años.

«Cuando llegamos a descubrirlo —afirmó Oxman años más tarde—, ya no se trataba de una nueva moda».

Sin que nadie tuviera conocimiento alguno del hecho, las sobredosis de heroína se habían convertido en la segunda causa de muerte accidental entre hombres de entre veinte y cincuenta y cuatro años de edad del condado de Multnomah, por detrás de los accidentes de coche.

«Un nivel así de muertes por sobredosis de heroína se considera una epidemia», escribieron Oxman y su equipo en un informe dirigido a la comisión del condado en diciembre de 1999. Oxman juntó a un equipo de trabajadores de la sanidad pública y sociólogos para entrevistar a adictos de la calle a lo largo del año siguiente. La heroína nunca había sido tan barata, tan fácil de conseguir ni tan potente en Portland. Por veinte dólares, un heroinómano principiante podía estar colocado todo el día.

«La historia que oímos es que había una estrategia de mercadotecnia para la heroína que había hecho que se pasara de vender a una pequeña cantidad de adictos que tenían hábitos caros a vender a un gran número de adictos heroína barata», contaba Oxman.

Hacia finales de los años noventa, unos pocos policías solitarios del oeste de Estados Unidos, como Dennis Chavez y Ed Ruplinger, empezaban a ver que los Muchachos de Xalisco eran mucho más que un grupo de camellos callejeros desaliñados e independientes.

A medida que pasaba el tiempo, estos agentes formaron una especie de club —al que muchos no sabían que pertenecían— de agentes de seguridad que estaban intrigados por lo que veían y su naturaleza. Por lo general, y debido a que la heroína no era entonces la prioridad en materia de drogas de ninguna jurisdicción, este club atraía a investigadores obstinados que navegaban los procelosos mares de los alias en español con la confianza puesta en sus propias corazonadas e impertérritos ante arrestos que solo conducían a unos pocos gramos de heroína. Por el contrario, una vez que estos policías entendieron el sistema de los Muchachos de Xalisco y su alcance, se dieron cuenta de que las pequeñas cantidades de droga que incautaban eran más ominosas que las incautaciones de grandes cantidades, pues significaban que una vasta red de traficantes había entendido qué definía para los agentes antidroga estadounidenses, sus jefes, los medios y la opinión pública una redada exitosa de drogas: grandes cantidades de heroína, dinero y armas. Significaba que tenían reglas y prácticas para asegurarse de que nunca los pillaran con nada de aquello. Y hacían esto de manera implacable, una y otra vez, por todo el país.

En Portland (Oregón), uno de estos policías era el agente del FBI llamado Paul *Rock* Stone, quien, como muchos de sus colegas, no acababa de entender lo que veía al principio. Stone, un agente locuaz y enérgico, había crecido en el Valle Central de California y había sido agente de policía en Merced antes de unirse a la agencia. En abril de 1999 se trasladó desde la unidad de crímenes violentos a la brigada que investigaba las organizaciones de narcóticos en Portland.

Un caso que se encontró enseguida fue el de un confidente que afirmaba comprar heroína de México a dos tipos con gorra de béisbol en un coche viejo. Estos camellos vendían heroína en dosis de décimo de gramo que, tras ser analizada por el FBI, resultó ser un 80 por ciento pura. Los camellos nunca venden dosis preparadas para el adicto con tanta pureza de manera tan consistente; el mercado tradicional de la heroína hace que sea imposible. En la cadena típica de suministro de heroína, la droga se mueve desde los mayoristas a través de los intermediarios hasta llegar a los camellos en la calle. Todos los traficantes que tratan con la droga la cortan

—es decir, aumentan su volumen al diluirla— antes de venderla. Normalmente, cuando la heroína llega de la adormidera al brazo del adicto, ha pasado por seis intermediarios, que la han diluido en cada uno de los pasos, y tiene un 12 por ciento de pureza, aproximadamente. Los análisis del FBI y la DEA siempre habían dado esos resultados. Stone le habría pasado el caso a la policía local si no hubiera sido porque «no sueles tener a adictos de la calle que consigan un globo con heroína con una pureza del 80 por ciento». Stone descubrió que las sobredosis fatales de heroína aumentaban, de modo que siguió investigando.

Rastreaba llamadas realizadas desde los teléfonos que les habían incautado a estos camellos callejeros. Con los teléfonos, llegó otra revelación. Llamaban a ciudades por todo el país: Los Ángeles, Phoenix, Denver o Columbus. Y a un lugar del sur llamado Nayarit, en México. Otra cosa: los números a los que llamaban en esas ciudades aparecían en casos abiertos que el FBI tenía por todo el país.

«Un tipo en las calles que vende un décimo de gramo no debería aparecer en seis casos del FBI de otras ciudades y estados —decía Stone—. No tenía ningún sentido en nuestro mundo».

Stone formó un cuerpo especial con miembros de la DEA y la policía de Portland. Pincharon los teléfonos y los buscas de los camellos. Stone estaba maravillado por lo sofisticado del sistema. Los operadores enviaban unos mensajes a los buscas de los conductores que desconcertaban a los detectives. Aparecía algo así como «181*2*3*0», por ejemplo. Tiempo después, los confidentes explicaron a los detectives que el primer número se refería a una calle del norte o el sur, muchas de las cuales están numeradas en Portland; el segundo número era el código de una calle importante del este o el oeste que los conductores memorizaban: 1 era Burnside, 2 era Halsey, etc. El tercer número era el código del número de manzanas de distancia; el último número era cero o cinco, que significaba, respectivamente, norte o sur. De manera que «181*2*3*0» indicaba que el conductor debía encontrarse con el adicto tres manzanas al norte de la intersección entre la calle 181 y Halsey.

Las fuentes revelaron por qué los camellos no cortaban la heroína. «Es porque tenían un sueldo —decía Stone—. Los conductores llegan, son sobrinos del jefe de ventas de la zona y vienen solo a hacer un trabajo, les pagan quinientos dólares a la semana. A ellos les daba igual cómo de potente fuera, ganaban su sueldo vendieran lo que vendieran».

Los empleados a sueldo eran algo que nunca se había visto en el negocio de las drogas: «Nos dimos cuenta de que esto era una corporación —explicaba Stone—. Estos son coches de empresa, apartamentos de empresa, teléfonos de empresa. Y todo pasa al tipo siguiente cuando hay movimiento».

Por aquel entonces, solo en Portland había nueve células repartiendo heroína; cada una contaba con al menos tres coches y conductores que entraban y salían en rotaciones. Stone había estado en México por trabajo y de vacaciones, aunque no había oído hablar de Nayarit. Las fuentes le dijeron que todos los conductores venían de unos pocos pueblos que no aparecían en la mayoría de los mapas: Testerazo, Pantanal, Aquiles Serdán, Emiliano Zapata y la ciudad, Xalisco. Seguían apareciendo los mismos apellidos también: Tejeda, Sánchez, Cienfuegos, Díaz, Lerma, Bernal, etc.

A medida que Stone iba aprendiendo más cosas sobre Nayarit, se iba dando cuenta de que las familias de estos mismos traficantes eran las que producían el opio en las montañas —de modo que estas familias eran una amalgama de mayoristas y minoristas, que cada célula era un pequeño negocio que producía su propia heroína y la enviaba a Estados Unidos para venderla en dosis de un décimo de gramo por las calles de las ciudades como Portland—; controlaban su propia distribución de la flor al brazo. Entre las montañas y la calle no había una falange de vendedores, donde cada uno de ellos obtiene su beneficio de cortar la droga. «No había nadie más que ellos entre lo que normalmente sería el paso uno y el paso siete».

Stone hizo los cálculos. Cada décimo de gramo costaba unos 15 dólares. Las células se llevaban 150.000 dólares por cada kilo. Los confidentes le contaban que costaba unos 2.000 dólares producir un kilo de heroína de alquitrán negro en Nayarit. En Portland, sus gastos eran apartamentos baratos, coches viejos, gasolina, comida y 500 dólares a la semana para cada conductor. Los beneficios por kilo, calculó Stone, eran bastante más de 100.000 dólares.

Gracias a la enorme flexibilidad de los precios, podían vender heroína barata de una potencia sin precedentes. Debido a que competían entre sí, los precios caían. Desde el comienzo en 1991, la red poco definida de células de heroína de Xalisco había llegado, acaparado el mercado y, finalmente, saturado Portland. El resultado era el aumento de sobredosis que Gary Oxman había descubierto en el transcurso de una década: un grupo

relativamente pequeño de personas que creaban una epidemia de drogas de envergadura.

Hacia 1999, los Muchachos de Xalisco llevaban en Portland (Oregón) casi una década y habían bajado el precio hasta donde se podía «mantener un hábito de heroína moderado por el mismo precio que un paquete de seis cervezas de marca al día —según me contó Oxman años más tarde—. La economía estaba en auge y había un gran número de adictos, la mayoría de los cuales eran funcionales. La mayoría de los adictos iban a trabajar colocados, mantenían el hábito a la vez que sus empleos».

Las sobredosis, y no los atracos ni los robos, se convirtieron en el nuevo barómetro del problema de la heroína en la ciudad. Oxman contrató una firma publicitaria para organizar grupos focales de adictos y diseñar una campaña para reducir las muertes. El departamento de Oxman imprimió cajitas de cerillas con mensajes que urgían a los adictos a no chutarse solos, y a que cuando un amigo sufría una sobredosis, llamaran al 911, se quedaran y ayudaran. «Si no te puedes quedar, marca igualmente el 911 y, después, sal por patas».

Hacia 2001, gracias a las estrategias publicitarias modernas y la agitación del RAP en las calles, las muertes por sobredosis de heroína de alquitrán negro que habían comenzado con la llegada a la ciudad de los Muchachos de Xalisco cayeron más de un tercio. Y, durante un tiempo, al no haber otra cosa que copara el mercado, esas cifras de sobredosis se mantuvieron bajas.

[4] Joe Camel es la versión de los años ochenta de Old Joe, el dromedario que sirvió de modelo para la ilustración que aparece en las cajetillas de los cigarrillos Camel, y que tenía un aire más desenfadado para atraer a los jóvenes.

Purdue

El OxyContin es una pastilla sencilla. Contiene una sola droga: oxicodona, un analgésico que los alemanes sintetizaron en 1916 a partir de la tebaína, un derivado del opio. En su nivel molecular, la oxicodona es similar a la heroína.

El OxyContin se basaba en otro producto anterior de Purdue: el MS Contin, que fue la primera incursión de Purdue en la analgesia y que usaba la fórmula de liberación prolongada Continus que Napp había inventado en Inglaterra. El MS Contin enviaba morfina al riego sanguíneo del paciente continuamente —de ahí lo de Contin— durante un periodo de varias horas. Para conseguirlo, el MS Contin venía en dosis grandes de morfina: quince, treinta, sesenta, cien y doscientos miligramos. Purdue dirigía el fármaco a enfermos de cáncer y personas que acababan de salir de quirófano, para las que el MS Contin parecía ser beneficioso.

De igual manera, el OxyContin contiene grandes dosis de oxicodona —normalmente, cuarenta y ochenta miligramos— envuelta en una fórmula de liberación prolongada que envía la droga al cuerpo lentamente durante varias horas. Posee utilidades médicas legítimas y ha mitigado el dolor de muchos estadounidenses para los que la vida habría sido una tortura sin ella.

No obstante, el OxyContin salió en 1996, que era un momento muy diferente para la medicina estadounidense a 1984, cuando apareció el MS Contin; de no haber sido así, su historia podría haber sido igual de ordinaria que la de este. En los años ochenta, algunas personas del mundo de la medicina accedieron a recetar un opiáceo fuerte para el dolor crónico. Hacia 1996, sin embargo, la revolución de los opiáceos iniciada por los cruzados del dolor había ido cambiando las mentes de la medicina estadounidense durante una década. Cada vez más compañías aseguradoras reembolsaban las pastillas, pero no las terapias que no fueran estrictamente médicas. El

dolor se consideraba ahora una constante vital que se medía con una escala subjetiva que iba del uno al diez, y se trataba de manera agresiva.

Tiempo después, directivos de Purdue dirían que lo que sucedió con el OxyContin les sorprendió porque no se habían dado casos de abuso con el MS Contin. Eso no era del todo preciso. Algunos detectives de Ohio con los que hablé recordaban casos de robo y consumo abusivo del MS Contin. Había drogadictos que engañaban a algunos doctores para que lo recetaran en algunas ciudades, pero no en otras; por ejemplo, sí lo hacían en Cincinnati, pero no en Columbus. No obstante, es evidente que el abuso del MS Contin era esporádico y nunca alcanzó los niveles de su pariente, el OxyContin.

Para promover el OxyContin, Purdue contrató a William Douglas McAdams por primera vez. Según Win Gerson, entonces presidente de la firma, Arthur Sackler no había permitido que la agencia trabajara para Purdue mientras viviera. Pero Sackler había muerto en 1987, y ahora la firma publicitaria consiguió el contrato con Purdue. Al preparar el OxyContin para la venta, Purdue consideró que no se trataba más que de una extensión del MS Contin, contaba Gerson: «Al leer los datos, no veías nada que sugiriera que, cinco minutos después de que lo pusieras a la venta, los chavales aprenderían a descomponerla —me contaba Gerson—. Purdue seguía el modelo del fármaco que tenían, que era el MS Contin. Pensaron, sin duda alguna, que el OxyContin no sería adictivo».

Sin embargo, el MS Contin no se vendía como una panacea para el dolor crónico sin apenas riesgos. Otros analgésicos opiáceos se habían limitado a pequeñas dosis y combinaban el opiáceo con acetaminofén o paracetamol para dificultar que pudiera ser licuado e inyectado. Estos fármacos eran el Vicodin, el Lorcet, el Lortab y el Percocet, entre otros. No obstante, incluso de estos se abusaba. Asimismo, nadie se había imaginado que una pastilla que contenía una droga similar a la heroína se pusiera a la venta como un medicamento prácticamente de venta libre. Sin embargo, hacia 1996, los doctores estadounidenses eran menos reacios a aceptar los opiáceos para tratar el dolor crónico. El dolor sin tratar era una epidemia, y los médicos tenían ahora el deber, la petición, de aliviarlo mediante nuevas herramientas y fármacos que las compañías farmacéuticas inventaban.

De hecho, algunos de los cruzados del dolor consideraban el sistema de liberación prolongada de Purdue el santo grial que la Comisión Rockefeller había estado buscando, que se había resistido a los investigadores que

probaban fármacos en la Granja de Narcóticos durante décadas. Si no era posible hallar un fármaco que no fuera adictivo, tal vez un método nuevo de administrar opiáceos redujera el poder adictivo. En teoría, el OxyContin descompone la oxicodona de un modo que no provoca las intensas subidas y bajadas que causaban la adicción. Esta posibilidad era apasionante. Después de todo, parecía que aquellas pruebas realizadas en la Granja de Narcóticos de Lexington no habían sido en vano. La ciencia podría haber dado finalmente con un modo de proporcionar un alivio piadoso del dolor sin el tormento de la adicción, a pesar de que no fuera tal y como se lo habían imaginado los investigadores originalmente.

«Pasamos de no tener drogas muy potentes a una morfina de administración oral y a una industria farmacéutica que quería promocionarla —dijo Kathy Foley en una entrevista grabada de 1996, el año en que se lanzó el OxyContin—. Así que nosotros tuvimos por primera vez un jefe de equipo de ventas, un distribuidor para un fármaco nuestro y un educador. Sabíamos entonces que la morfina oral era eficaz. Podemos alejarnos de los elixires absurdos y los cócteles en comprimidos que las personas se toman una o dos veces al día; nosotros estamos en el campo revolucionario de la gestión del dolor. Fue la manera de presentar el fármaco la que cambió, no el fármaco en sí, y con ella, toda la mentalidad: "Bueno, ahora que tenemos esta droga, podemos tratar el dolor". Fue realmente extraordinario».

Esta posibilidad sí era, de hecho, extraordinaria. Hasta entonces, los pacientes con dolor se pasaban la mayor parte del día pensando en él o en las pastillas que necesitaban cada dos o cuatro horas para mantenerlo a raya. A eso se le llamaba estar pendiente del reloj. Dos pastillas de OxyContin al día eran mejor. Eso se convirtió en un argumento de venta importante. La ventaja no era para nada trivial. Dos pastillas al día le permitían a un paciente con dolor reanudar su vida.

El doctor Curtis Wright, evaluador de la FDA que supervisó al equipo de la agencia encargado de examinar la aplicación de Purdue, pensó que el OxyContin podía provocar adicción como efecto secundario y consideró que su único beneficio era la posibilidad de reducir el número de pastillas que un paciente tiene que tomar cada día: «Debería prestarse atención a limitar la promoción competitiva», afirmaba Barry Meier, de *The New York Times* , que había escrito Wright en un informe de la FDA en su libro de

2003 sobre el OxyContin, *Pain Killer* (Analgésico). Tiempo después, Wright dejó la FDA para trabajar para Purdue.

En 1995, la FDA aprobó el OxyContin en pastillas de diez, veinte y cuarenta miligramos. Más adelante, añadió las pastillas de ochenta y ciento sesenta miligramos. A pesar de las altas dosis de oxicodona que había en cada pastilla, la FDA aceptó la idea de que, al crear menos oleadas de euforia y depresión, el OxyContin sería menos adictivo; el santo grial, al fin.

La FDA aprobó que se pusiera una única etiqueta de advertencia en el OxyContin. Permitía a Purdue afirmar que el OxyContin tenía menos posibilidades que otros productos con oxicodona de provocar un consumo abusivo debido a que su fórmula de liberación prolongada permitía retrasar la absorción de la droga. «Ningún otro fabricante de un narcótico de clasificación II había conseguido jamás autorización de la FDA para hacer una afirmación semejante —escribía Meier—. Fue una afirmación que, poco después, se convertiría en la piedra angular de la estrategia de mercadotecnia del OxyContin».

La etiqueta también indicaba a los adictos, de manera inadvertida, cómo abusar de la pastilla al advertir a los pacientes que no machacaran los comprimidos porque, al hacerlo, se liberaría «una cantidad potencialmente tóxica de la droga». Aquello era una invitación para un yonqui. Un informe de 2003 encargado por miembros del Congreso a la Oficina de Responsabilidad Gubernamental de Estados Unidos (GAO, por sus siglas en inglés) sobre las estrategias de mercadotecnia que Purdue había empleado con el OxyContin afirmaba que la FDA no se había percatado de que la «droga podía disolverse en agua e inyectarse».

Desde el principio, Purdue dirigió las campañas promocionales del OxyContin a un público que iba más allá de los pacientes con cáncer o posoperatorios, para los que sí había dirigido el MS Contin. Purdue posicionó el OxyContin como el opiáceo de elección en la escala analgésica de la Organización Mundial de la Salud. La empresa tenía el objetivo de convencer a los doctores de que trataran de manera agresiva el dolor no oncológico, así como de que recetaran OxyContin para los dolores moderados que se prolongaban más allá de unos días. El OxyContin debía usarse para el dolor de espalda, dolores de rodilla, extracción de muelas, dolores de cabeza, fibromialgias, además de para lesiones de fútbol americano, *hockey* y *motocross* , para huesos rotos y, por supuesto, para el

posoperatorio. Se trataba de un nuevo y amplio mercado para un analgésico opiáceo. En Estados Unidos, solo los pacientes con dolor de espalda eran unos 35 millones de personas, mientras que el número total de pacientes con cáncer sumaban la quinta parte de esa cantidad.

Para llegar a este mercado, Purdue tenía que resolver la primera duda que tenían los doctores: «Pero ¿esto no es adictivo?».

Tal y como había hecho Arthur Sackler con el Valium en los años sesenta, Purdue planteó la promoción del OxyContin como un producto prácticamente libre de riesgos, además de como solución a los problemas que los pacientes les comunicaban a los doctores a diario. Mientras tanto, la compañía animaba a los comerciales a «asociar un aspecto emocional al dolor no oncológico con el fin de que los médicos lo traten más seriamente y de forma más agresiva». Muchos pacientes con dolor sufrían una barbaridad. Purdue urgía a los doctores a creer que el Oxy era el fármaco «con el que empezar y con el que quedarse». Los doctores no tenían de qué preocuparse, porque la oxicodona se liberaba lentamente a lo largo de muchas horas. En consecuencia, el OxyContin no creaba las pronunciadas subidas y bajadas que provocaban el ansia de volver a consumir.

Este mensaje iba dirigido principalmente a los médicos de atención primaria, cuya única formación en gestión del dolor se limitaba, por lo general, a las conferencias médicas, donde escuchaban a los cruzados del dolor, que traían la noticia de que se había comprobado que los opiáceos provocaban adicción en menos de un 1 por ciento de los pacientes con dolor.

Un antiguo jefe de ventas de Purdue para Virginia Occidental, William Gergely, decía que la compañía animaba a los comerciales a enfatizar la seguridad del OxyContin. Gergely rehusó mi petición de hacerle una entrevista. Sin embargo, en 2003, le contó al *South Florida Sun Sentinel* : «Nos decían que dijéramos cosas como que era prácticamente no adictivo. Eso es lo que nos mandaban hacer. No está bien, pero es lo que nos dijeron que debíamos decir… Y tú le decías al doctor que hay un estudio sobre ello, aunque no se lo enseñabas».

En *Pain Killer* , Barry Meier describe con detalle las técnicas de venta y la formación de Purdue. La compañía envió a sus representantes de ventas a una formación de varias semanas. Una pregunta que habían de contestar era cuál era el riesgo de adicción en pacientes con dolor que eran tratados con

narcóticos. «La respuesta correcta era “menos del 1 por ciento”», escribía Meier.

El Hombre y el Nayaritense

Norte de Nevada

Hacia principios de los años noventa, el Hombre cumplía condena en el Centro Correccional del Norte de Nevada, una prisión de seguridad media en Carson City.

Los reclusos blancos controlaban el patio; los negros también constituían un gran contingente. Por el contrario, la población mexicana de la prisión era escasa y vulnerable. La componían principalmente inmigrantes ilegales y reclusos que cumplían su primera condena, recelosos y callados, y no hablaban inglés. El Hombre, que había sido bilingüe toda su vida, se convirtió en su portavoz.

Los negros y los blancos tenían sus propios huertos, regados por tuberías bajo tierra, en los que cultivaban verduras, melones y otros alimentos. Los mexicanos no tenían nada. El Hombre presionó para conseguir un terreno donde los mexicanos pudieran cultivar sus alimentos. Los funcionarios les dieron un pedazo de tierra que no tenía agua.

Se reunió con la directora de la prisión: «¿Qué sentido tiene poseer tierra que no tiene agua? —le dijo—. Maltratáis a mi gente».

La directora le permitió extender el riego para que llegara a su huerto. Desde ese momento, el Hombre se llevaría una parte de lo que cultivaran los mexicanos en él.

No se detuvo ahí. El Cuatro de Julio, los blancos encendían grandes parrillas para sus barbacoas de costillas y mazorcas de maíz. Para el Cinco de Mayo no había nada. El Hombre presionó a la directora y, poco después, los reclusos mexicanos pudieron disponer de la cocina durante medio día el Cinco de Mayo y del gimnasio el resto del día para festejar. Los reclusos invitaron a los funcionarios y a sus esposas, a las que enseñaron a bailar la quebradita con la música de banda que sonaba en los radiocasetes que

habían colocado. El Hombre hizo un discurso en el que agradecía a la directora el reconocimiento a los reclusos mexicanos y su festividad.

El Hombre organizó partidos de fútbol con equipos externos. Jugaba en el equipo de béisbol de los reclusos. La prisión estaba formada por barracones, y él disponía de una esquina donde vivía, además de tener una mesa donde jugaba al dominó y a las cartas. Allí empezó a codearse con un tipo del pequeño estado de Nayarit, en la costa mexicana del Pacífico, que cumplía condena por transportar cocaína.

Resultó que el Nayaritense había llegado a Estados Unidos de forma ilegal a los dieciocho años para trabajar «derecho»; es decir, legalmente. Un tío suyo se lo había llevado un tiempo con sus hermanos a recoger manzanas a Yakima. Después, había emprendido camino hacia el Valle de San Fernando, que tenía la mayor comunidad de personas provenientes de su ciudad en Estados Unidos.

Una de estas personas, primo suyo, vendía heroína por aquel entonces desde un apartamento en Panorama City, un barrio de Los Ángeles en el Valle de San Fernando. El Nayaritense aprendió de su primo cómo funcionaba la venta en la calle. Entonces, se enredó con algunos tipos que enviaban cocaína a Nevada y fue arrestado y llevado a prisión.

En la cárcel, el Nayaritense no tenía dinero. El Hombre cocinaba y compartía la comida con él. El Nayaritense, mientras tanto, le contaba un cuento intrigante.

Él provenía, le dijo, de una ciudad llamada Xalisco, cerca de Tepic, la capital de Nayarit. En las montañas sobre Xalisco, proseguía, las adormideras de opio crecían en abundancia. Los indios coras vendían la sustancia viscosa de la flor a la gente de su ciudad. Cocinar el opio para convertirlo en heroína de alquitrán negro era una artesanía que unas pocas familias de su ciudad dominaban. Suministraban a sus parientes del Valle de San Fernando. Desde que lo habían encerrado, decía el Nayaritense, sus primos se habían expandido hasta Honolulú, Phoenix y Portland.

El problema era, según el Nayaritense, que su familia no hablaba inglés y no entendía el mundo de los adictos, por lo que se perdían mercados y oportunidades. «Tú eres bilingüe. Tú eres estadounidense —le dijo—. Tú has consumido metadona y conoces las clínicas donde se congregan los adictos. Ahora mismo, no eres más que un adicto. Has tenido que depender de dondequiera que hubiera una fuente de suministro. Yo te puedo suministrar toda la droga que necesites. Nos podríamos hacer más ricos de

lo que te puedas imaginar. Tú, yo, mi familia, mis hermanos. Reno, Denver, Salt Lake y Hawái. Esos son los mercados grandes».

«Él tenía una visión amplia de lo que aquello podía suponer para su ciudad —me contó el Hombre años después—. Yo lo comprendí, lo asimilé y me alejé mientras lo rumiaba. Le reconozco que tuviera la visión de darse cuenta de que yo podía ayudar, de que yo podía hacer mucho por ellos. Yo conocía el mundo de los adictos en Estados Unidos. Con lo que yo sabía aquí, podíamos juntarnos y echarnos un cable el uno al otro. Entonces solo hablábamos de los estados del oeste».

Y ni siquiera de todos los estados del oeste, ya que no llegarían a Texas ni Arizona. El Hombre había pasado años en prisiones de California, donde los reclusos latinos se habían peleado durante años con los de Texas y Arizona. Él consideraba esos estados reductos de ignorancia y, a pesar de que la heroína tenía peso allí, nunca los consideró mercados potenciales.

Cumplió la condicional en Reno en 1993. Unos pocos meses después, el Nayaritense se presentó ante su puerta. Había sido deportado, pero había vuelto. Entró con la cabeza hecha un hervidero de ideas. De vuelta en su ciudad, había visto a su primo y a otros que le habían contado que tenían un sistema. Era 1993 y los buscas eran el último grito. El Nayaritense le describió el sistema de su primo. Funcionaba de la siguiente manera: los adictos llamaban a un número, el operador enviaba al busca del camello un código con el lugar donde había que entregarle la droga al adicto; su primo había contratado a chavales de Xalisco para que vinieran y le llevaran la droga a los yonquis. La mayoría de estos conductores eran parientes, de familia pobre, que cultivaban caña de azúcar, un trabajo duro en el que se pasaba calor y que no llevaba a ningún sitio. Cientos de estos jóvenes de su ciudad —pobres y con padres que poseían unas pocas hectáreas y que nunca triunfaban— estaban deseando ir más allá de la caña de azúcar y ascender en el escalafón social.

«Trabajarán duro por un sueldo y no te engañarán —le dijo el Nayaritense —. Están contentos con el trabajo».

Tras una vida de consumir heroína, el Hombre nunca había oído de nadie que trabajara con drogas por un sueldo. Sin embargo, vio la ingenuidad que subyacía al sistema. Hasta aquel momento, la heroína la habían vendido siempre camellos en algún apartamento o casa. En algún momento, la policía haría una redada en la casa, por lo que los camellos se mudaban constantemente y tenían que comunicarles a los clientes la nueva dirección.

Sin embargo, con los buscas, los camellos podían operar desde un coche, le decía el Nayaritense. Los compradores no tenían que exponerse yendo a una dirección, o a un barrio marginal, para comprar heroína. Tan solo necesitaban tener a mano un número de teléfono y la heroína iría hasta ellos. Gracias a un suministro constante desde Nayarit, el sistema les ofrecía a los adictos fiabilidad, comodidad y seguridad.

En Reno, poco tiempo después, los nuevos socios abrieron su primera tiendita de heroína. Solucionaron los inconvenientes al venderles principalmente a drogadictos veteranos. No les dejaba mucho dinero: cerca de mil dólares al día. Sin embargo, al poco, más tipos del pueblo pedían trabajo a voces; algunos juntaron sus propias bandas, de modo que saturaron el mercado. Para hacer dinero con la venta de heroína por décimos de gramo, necesitabas volumen. La única manera de conseguirlo era expandirte hacia otros mercados.

Con la tiendita de Reno aún en funcionamiento con jóvenes de Xalisco, el Nayaritense y el Hombre se mudaron a Salt Lake, encontraron un motel y descubrieron que la ciudad tenía un montón de viejos drogadictos. Aun así, era una ciudad limpia. El Hombre tenía que reconocérselo a los mormones: controlaban una ciudad limpia. Además, en Salt Lake había muchos mexicanos, así que podían integrarse.

Poco después, ya estaban vendiendo. El Hombre mandó a por más droga de Reno. El Nayaritense llamó a Xalisco y dos chavales llegaron a Salt Lake listos para trabajar. Montaron una célula que, asegura, sigue activa hoy día, dirigida por el cuñado del Nayaritense.

Desde Salt Lake City, con dos tienditas en marcha, se fueron de vacaciones. Volaron a México con treinta mil dólares y, con su socio de guía, el Hombre llegó por primera vez a la ciudad de Xalisco, en el pequeño estado de Nayarit.

OxyContin a ritmo de *swing*

Sur de Ohio

En 1997, en la ciudad de Chillicothe, en el sur de Ohio, Phillip Prior, médico de familia de un hospital local, comenzó a fijarse en que los comerciales de una empresa llamada Purdue Pharma aparecían con regularidad.

Los comerciales llegaban cada pocos meses para invitar a los doctores a comidas elaboradas compuestas de bistec, ensalada y postre. Traían diapositivas y gráficas que presentaban la idea sorprendente de que el nuevo fármaco de la empresa, el OxyContin, era prácticamente no adictivo. Menos del 1 por ciento de los pacientes desarrollaba adicción, decían en sus presentaciones.

Esta afirmación alarmaba a Prior porque el OxyContin contenía grandes dosis de un opiáceo llamado oxicodona. Prior había estudiado Medicina en los años ochenta, donde había aprendido que, por regla general, se debían evitar los opiáceos. Recordaba un estudio que concluía que el consumo diario de treinta miligramos de oxicodona era suficiente para causar abstinencia.

La campaña de ventas de Purdue: «Contradecía aquello que habíamos aprendido en la facultad de medicina. Me habían enseñado que eran drogas adictivas y peligrosas, y que solo eran efectivas durante un corto periodo de tiempo —decía Prior—. Dudábamos mucho a la hora de usar narcóticos porque eran peligrosos. Aquello iba muy en contra de lo que nos habían enseñado acerca de los narcóticos como el último recurso para pacientes terminales de cáncer y sobre que no debían usarse para el dolor benigno».

No obstante, los comerciales tenían gráficas que apoyaban la idea de que, debido a que el OxyContin era una medicación de liberación prolongada, los pacientes sentían menos subidas y bajadas pronunciadas que pudieran llevar a la adicción. En consecuencia, insistían los comerciales, podía

recetarse a personas con dolor crónico en la espalda, las rodillas u otras articulaciones, dolor pélvico crónico o fibromialgia; también a mujeres después del parto.

«Era una presentación muy eficaz —afirmaba Prior—. Te hacía dudar realmente de tus sentimientos acerca de lo que te habían enseñado en la facultad».

Se presentaban a menudo —seis veces en 1997 solo en su hospital, recordaba Prior— y organizaron cientos de reuniones en el área del sur de Ohio, todas con el mismo mensaje. La campaña de venta del OxyContin organizada por Purdue Pharma era legendaria; en ella, estaba presente el espíritu de Arthur Sackler y su foco en el contacto directo con los doctores.

Purdue obligaba a sus comerciales a entrarles primero a los doctores que, según los datos que tenían, ya recetaban opiáceos habitualmente. Para aumentar el número de personas que los recetaran, los comerciales también visitaban al personal de enfermería, de farmacia, residencias de cuidados paliativos, hospitales y residencias de ancianos. La lista que manejaban los comerciales de Purdue contaba al principio con 33.000 doctores, y aumentó hasta más de setenta mil en todo el país. El número de comerciales de Purdue se triplicó hasta más de mil a medida que el OxyContin cogía impulso.

Durante aquellos años, la empresa no estuvo sola en esto. La década de los noventa fue la era de la droga popular, de la pastilla de los mil millones de dólares, y la escalada armamentística de los comerciales de las farmacéuticas formaba parte de los excesos de la época. El modelo de negocio de la industria se basaba en crear una pastilla —ya fuera para el colesterol, la depresión, el dolor o la impotencia— y promocionarla mediante un número cada vez mayor de comerciales. Durante los años noventa y hasta entrada la década siguiente, la visión de Arthur Sackler acerca de la promoción farmacéutica alcanzó su máxima expresión cuando las compañías farmacéuticas contrataron fuerzas de ventas cada vez más numerosas. En 1995, 35.000 estadounidenses eran comerciales de una compañía farmacéutica. Diez años después, la cifra récord de 110.000 comerciales —todos descendientes de Sackler— viajaban a lo largo y ancho del país para vender drogas legales en Estados Unidos.

Se apiñaban en las consultas de los doctores y los pasillos de los hospitales. Pfizer, aquella minúscula compañía química que había contratado a Sackler medio siglo antes, era ahora la empresa farmacéutica

más grande del mundo, con fármacos superventas como el Viagra, el antidepresivo Zoloft y el fármaco más vendido de todos los tiempos, el Lipitor, un medicamento contra el colesterol. Pfizer estaba a la vanguardia de poner en práctica las ideas de Sackler. Sus fuerzas de ventas crecieron hasta contar con 38.000 personas en todo el mundo, doce mil solo en Estados Unidos. Los doctores se quejaban de que los visitaban tres comerciales de Pfizer al día. La industria lo llamaba mercadotecnia a pie de calle, y consistía en hordas de comerciales que llamaban a los doctores para conseguir que reemplazaran los fármacos que recetaban. No obstante, Pfizer no era más que la empresa líder en una industria obsesionada con fármacos superventas y convencida de que tener más comerciales era el modo de llamar la atención de los doctores en un mercado saturado. Se creó una situación de salvaje oeste farmacéutico. Los comerciales se lanzaban en avalancha a las consultas haciendo afirmaciones que les ayudaran a vender sus fármacos a los doctores asediados. Aquellas mismas afirmaciones conducirían a demandas multimillonarias y causas criminales contra esas compañías años más tarde.

Purdue aumentó la cuota de venta del OxyContin necesaria para conseguir primas. Aun así, los comerciales superaron todos los objetivos. En 1996, Purdue pagó un millón de dólares en primas ligadas a las ventas de Oxy, y cuarenta millones de dólares en primas cinco años más tarde. Hay rumores de que algunos representantes de Purdue —en particular, en el sur de Ohio, el este de Kentucky y en otras áreas que sufrieron en primer lugar la rampante adicción al Oxy— ganaron hasta cien mil dólares en primas en un trimestre durante aquellos años. Esas primas no tenían nada que ver con las que la industria farmacéutica estadounidense había pagado hasta el momento. Los comerciales veteranos de las farmacéuticas afirman que, en la mayoría de las compañías, una prima tras un año extraordinario es de treinta mil dólares; las compañías pueden predecir cuánto venderán los fármacos y aumentar los objetivos para los fármacos que funcionan bien para evitar pagar primas tan enormes. De modo que parece que Purdue infravaloraba las cantidades que estos tipos podían vender cada año, o bien el fármaco —combinado con la revolución del dolor y la idea de que era, en esencia, no adictivo— se vendía prácticamente solo. En cualquier caso, las primas para los comerciales de Purdue en estas regiones tenían poco que ver con aquellas que pagaban la mayoría de las farmacéuticas

estadounidenses. Por el contrario, se parecían asombrosamente al tipo de beneficios que se conseguían en el submundo de la droga.

Era una buena época para ser comercial de Purdue.

En 2002, los Investigadores y Productores Farmacéuticos de Estados Unidos, una asociación comercial de empresas farmacéuticas, y el Departamento de Salud y Servicios Sociales de Estados Unidos publicaron unas directrices de cumplimiento voluntario sobre cómo promocionar los analgésicos opiáceos. Con la intención de frenar la ingente fuerza de ventas de las farmacéuticas, amonestaban a las compañías por ofrecer viajes, comidas y regalos inapropiados para conseguir que los doctores recetaran determinados fármacos, así como por pagar honorarios excesivos de asesoría e investigación a los doctores. Las directrices prohibían regalar artículos de promoción que no estuvieran relacionados con la salud.

Pero eso fue en 2002. Durante los primeros seis años de vida del Oxy, Purdue no se encontró con muchas limitaciones.

Purdue ofrecía cupones de OxyContin a los médicos —que, a su vez, se los entregaban a los pacientes— con valor de una receta gratuita en alguna farmacia participante. Cuando Purdue suspendió el programa, ya se habían canjeado 34.000 cupones.

Los doctores recibían gorros de pesca de OxyContin, además de muñecos de peluche, tazas de café, pelotas de golf y bolígrafos con una gráfica que convertía la dosis que un paciente tomaba de otras pastillas a la de OxyContin. *Swing Is Alive* , un CD que la compañía regalaba, exhortaba a aquellos que lo escuchaban a «*swinguear* en la dirección correcta con OxyContin», e incluía diez canciones de *big band* , entre las que se encontraban «One O’Clock Jump» de Count Basie y «Boogie Woogie Bugle Boy» de las Andrews Sisters. Los doctores recibían blocs de papel de notas con el logo de OxyContin para «acordarse del OxyContin cada vez que recibieran un mensaje telefónico».

Muchos de estos métodos —las primas, los viajes, los regalos— eran estrategias de eficacia contrastada que habían surgido a partir de la revolución iniciada por Arthur Sackler y que habían sido perfeccionadas a lo largo del tiempo por muchas compañías farmacéuticas. La única diferencia era que esta vez la píldora que se ponía en el mercado contenía una cantidad considerable de una droga que era prácticamente idéntica a la heroína. Tiempo después, la DEA afirmó que ninguna compañía había usado nunca este tipo de material promocional con el logo de la marca para

promocionar una droga de clasificación II (la designación federal que obtienen las drogas con usos médicos aceptados, pero que poseen un alto potencial de consumirse de forma abusiva y, por lo tanto, acabar provocando dependencia).

Purdue organizó unos cuarenta seminarios sobre gestión del dolor y formación de oradores. La compañía reclutaba a médicos para su agencia nacional de oradores que hablaban sobre el uso de la oxicodona —y del OxyContin de manera implícita— a otros doctores y personal de enfermería en conferencias médicas y hospitales. Estas conferencias se celebraban en Boca Ratón (Florida) y en Scottsdale (Arizona); unos cinco mil médicos, farmacéuticos y enfermeros asistieron a lo largo de los cinco años que se ofrecieron los seminarios.

Asimismo, Purdue convirtió la Educación Médica Continua (CME) en una parte importante de su campaña. Hacia la década de los noventa, la CME contaba con una década de existencia, pero se había vuelto muy dependiente de la financiación de las empresas farmacéuticas. Las compañías pagaban cientos de millones de dólares procedentes, por lo general, de los presupuestos de mercadotecnia para mandar a profesionales de la medicina a centros turísticos. Allí, las compañías los atiborraban de cenas, salidas para jugar al golf y tratamientos de *spa* mientras los enviaba a seminarios sobre algún tema médico conducidos por especialistas que solían sugerir las compañías. Con frecuencia, la conclusión era que un fármaco fabricado por las compañías era la solución a un problema médico. Asimismo, los diligentes doctores no se mostraban ansiosos por ir a lugares poco apetecibles; sin embargo, acudían en manada a centros como Scottsdale para realizar su CME, con la esperanza de ser atendidos por las acaudaladas compañías farmacéuticas.

Normalmente, sí que se recibía una formación significativa. La mayoría de los profesionales médicos no habrían permanecido sentados mientras les vendían fármacos sin más. Sin embargo, el conflicto de intereses era palpable. Durante aquellos años: «La CME fue a menudo una herramienta clandestina de mercadotecnia para las farmacéuticas —me dijo un organizador de seminarios que sigue en el negocio—. Ofrécele a un doctor golf, comidas, cenas caras y te ganas el corazón y la mente de estos tipos, o al menos de algunos de ellos».

En 2004, el Consejo de Acreditación para la Educación Médica Continua redactó unas nuevas directrices con el objetivo de marcar la línea que

separa las farmacéuticas de los seminarios. Las directrices ahora prohibían a las compañías farmacéuticas influir sobre el contenido y la selección de oradores, además de limitar el modo en que podían usarse las subvenciones. La financiación de los seminarios realizada por las farmacéuticas ha bajado desde entonces y algunas de las empresas de educación médica más importantes han abandonado el negocio. Hoy en día, gran parte de la CME se realiza en línea, donde el riesgo de influir de una manera inapropiada mediante centros turísticos, comidas y golf no existe.

Sin embargo, antes de eso, Purdue patrocinaba los seminarios de la CME, en especial, los que versaban sobre nuevas técnicas para gestionar el dolor, que instaban a menudo a usar opiáceos anónimos de liberación prolongada; no era coincidencia que el OxyContin fuera la única pastilla de ese tipo en el mercado. La Oficina de Responsabilidad Gubernamental de Estados Unidos denunció que la compañía ayudó a financiar más de veinte mil programas educativos. Estos incluían a menudo métodos para que los doctores pudieran obtener reconocimiento de la CME en conferencias médicas tanto estatales como locales.

Russell Portenoy fue un orador habitual para Purdue, y uno elocuente, además. Subrayaba la complejidad del tratamiento del dolor, que requería a veces un acercamiento multidisciplinar, afirmaba él. Sin embargo, también insistía en que el dolor crónico se trataba con frecuencia mejor con analgésicos opiáceos de liberación prolongada.

«No se trataba de que Portenoy diera con aquellos conceptos para beneficiar a Purdue. Él c reía sinceramente que eran fármacos milagrosos para el dolor crónico —me dijo el organizador de los seminarios de la CME, que había trabajado con el doctor y la empresa—. Pero si Portenoy no hubiera tenido el dinero de la compañía detrás, habría publicado algunos artículos, dado algunos discursos, y su influencia habría sido menor. Con los millones de Purdue detrás, su mensaje, que encajaba con los planes de mercadotecnia de la compañía, se magnificó de una manera increíble. Era un regalo caído del cielo para Purdue. Lo único que necesitas es un tipo que diga lo que él decía. Los otros tipos que advierten contra estas drogas no consiguen financiación. Consiguen un artículo en una revista, no un megáfono».

El vídeo fue otro medio que pareció darle buenos resultados a Purdue. En 1998, la compañía envió quince mil copias de un vídeo sobre el OxyContin a doctores de todo el país sin entregarlo antes a la FDA para que lo revisara,

lo que va en contra de las normas de la agencia. El vídeo *He recuperado la vida: pacientes con dolor cuentan su historia* hablaba del alivio del dolor que disfrutaban varios pacientes.

Dos años más tarde, Purdue envió otras doce mil copias de una versión actualizada de *He recuperado la vida* , donde se mostraba a pacientes que hablaban sobre cómo el OxyContin les había cambiado la vida. Incluía información sobre la versión de ciento sesenta miligramos de la pastilla y hacía «afirmaciones sin corroborar acerca del efecto del OxyContin en la calidad de vida de los pacientes a la vez que minimizaba los riesgos asociados al fármaco», según un informe de 2003 de la GAO sobre las campañas de promoción de OxyContin realizadas por la compañía.

En el vídeo, un doctor afirmaba de nuevo —a partir de conclusiones erróneas extraídas de «Porter y Jick»— que se había comprobado que los analgésicos narcóticos causaban adicción en menos del 1 por ciento de los pacientes.

Asimismo, la compañía envió catorce mil copias de un vídeo dirigido a las salas de espera de las consultas: *De un paciente con dolor a otro: consejo de pacientes que han encontrado alivio* . En él, se animaba a los pacientes a que informaran a su doctor sobre el dolor que padecían, además de intentar despejar dudas sobre la ingesta de analgésicos opiáceos con la afirmación, una vez más, de que las pastillas causaban adicción en menos del 1 por ciento de los pacientes.

Purdue financió las sociedades del dolor y páginas web que promocionaban el tratamiento del dolor. Estas organizaciones tenían la apariencia de ser informativas, pero estaban financiadas por las compañías farmacéuticas. Asociados Contra el Dolor fue fundada en 1997 para ofrecer a los consumidores información acerca de las opciones de tratamiento del dolor, entre las que se incluía el OxyContin, así como proporcionar una lista de doctores que trataran el dolor en Estados Unidos. Una página web financiada por Purdue (FamilyPractice.com) ofrecía a los doctores listas de programas de educación médica continua sobre la gestión del dolor gratuitos.

La Fundación Estadounidense del Dolor (APF, por sus siglas en inglés), una organización de Baltimore que promocionaba el uso de opiáceos tanto para el dolor agudo como para el crónico, estaba financiada por Purdue. La fundación organizaba campañas por correo electrónico dirigidas a los medios de comunicación, a los que acusaba de sesgo informativo al hablar

de los opiáceos y el tratamiento del dolor. ProPublica, una organización sin ánimo de lucro de periodismo de investigación, denunció que la fundación apoyó a Purdue en 2001 en una demanda colectiva realizada por pacientes de Ohio que aseguraban haberse vuelto adictos, o dependientes, al OxyContin. La APF se disolvería en 2012 cuando un comité del Senado de Estados Unidos anunció que estaba investigando el papel que el grupo había desempeñado en promover el consumo de analgésicos opiáceos.

Purdue donó dinero para el desarrollo de una página web que estableciera grupos como la Asociación Estadounidense para el Dolor Crónico y la Academia Estadounidense de la Medicina del Dolor.

La compañía recibió muchas críticas por su campaña. Finalmente, sería procesada criminalmente. Aun así, las técnicas de mercadotecnia de Purdue no habrían tenido audiencia sin los cruzados del dolor que llevaban años allanando el terreno al convencer a los médicos de atención primaria de que, en esta nueva era, se podían recetar opiáceos a pacientes con dolor sin que hubiera prácticamente ningún riesgo de adicción. En muchos casos, los abogados de los hospitales advertían a los doctores de que los pacientes los demandarían por no tratar adecuadamente el dolor que sentían si no recetaban estos fármacos. Si esto no hubiera ocurrido (si no se hubiera insistido en que el dolor se trataba de manera insuficiente y en que el dolor era la quinta constante vital), es probable que el OxyContin no se hubiera encontrado con el mercado que se encontró.

Hacia 2003, más de la mitad de las personas que recetaban OxyContin en todo el país eran médicos de atención primaria, que contaban con escasa formación en la gestión del dolor y que se sentían presionados para atender a los pacientes con rapidez en la consulta. Las recetas de Oxy para el dolor crónico pasaron de 670.000 en 1997 a 6,2 millones en 2002. Las recetas para el dolor oncológico aumentaron de 250.000 a solo poco más de un millón en el mismo periodo.

Phil Prior pronto se dio cuenta de que había colegas que recetaban OxyContin para enfermedades crónicas: dolores de espalda o rodilla, por ejemplo, así como para la fibromialgia que los comerciales habían mencionado.

En el sur de Ohio, pocas personas habían acudido a un tratamiento para la drogadicción enganchadas a los opiáceos. Hacia 1998, sin embargo, Chillicothe y las ciudades circundantes estaban anegadas por cientos de pacientes adictos al OxyContin. De hecho, los pacientes acudían a un doctor

tras otro con historias de dolor y la petición de que les recetaran más cantidad del nuevo fármaco. Los camellos que vendían metanfetamina o cocaína en la calle comenzaron a mover Oxy. Los adictos aprendieron a machacarlo y esnifarlo, o inyectarlo, de manera que obtenían de golpe toda la oxicodona que correspondía a doce horas.

Los mayores se dieron cuenta de que podían subvencionar su jubilación si vendían sus recetas de Oxy a personas más jóvenes. Algunos de los primeros traficantes de Oxy, de hecho, fueron personas mayores que vieron el valor que tenían las pastillas que guardaban en su botiquín. «Si tu médico te recetaba OxyContin, era como si te tocara la lotería —decía Prior—. La gente no se lo pensaba dos veces antes de venderlas».

Las ventas de OxyContin se dispararon. Sobrepasaron los objetivos de Purdue todos los años hasta que excedieron los mil millones de dólares tanto en 2001 como en 2002. El abuso descontrolado acompañaba las cifras de ventas. Los noticiarios acuñaron el sobrenombre de «heroína para garrulos» y registraban la devastación causada por la adicción al OxyContin. Cuántos adictos habían comenzado como consumidores por afición y cuántos habían sido en su momento pacientes con dolor nunca llegó a estar claro del todo.

No muy lejos de Chillicothe, en la Universidad de Virginia Occidental en Morgantown, el doctor Carl *Roxy* Sullivan veía cómo su clínica de rehabilitación de la drogodependencia se llenaba de adictos al OxyContin. Los alcohólicos habían sido los pacientes habituales de la clínica. Sin embargo, las ciudades de Virginia Occidental estaban repletas ahora de adictos a los opiáceos hasta el punto de que los alcohólicos no encontraban camas disponibles en la clínica de Sullivan. Este veía a personas que tomaban dosis espectaculares de OxyContin cada día: trescientos miligramos o más. No podía diferenciarlos de un adicto a la heroína.

«Purdue y la industria farmacéutica decían que la adicción al OxyContin era muy poco común —decía Sullivan—. La incidencia de la adicción era muchísimo mayor de lo que ellos indicaban. Pero había un entusiasmo por usar opiáceos que no se basaba en la ciencia».

Cuando las noticias informaron sobre el aumento del abuso y la adicción al OxyContin, Purdue llamó a Sullivan y le pidió que hablara con sus representantes de ventas. Veinte de ellos se reunieron con Sullivan en un hotel de Charleston. Vio que estaban preocupados. Pasó un par de horas con ellos, durante las que les describió el tipo de personas que pasaban por su

clínica y las cantidades de su fármaco que los adictos, algunos de ellos antiguos pacientes con dolor, consumían.

«Nos dijeron que era seguro», dijo un representante de ventas.

Sullivan trajo a una mujer de su clínica que estaba en fase de recuperación de su adicción al OxyContin. Un comercial le preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que necesitara comprar OxyContin en la calle al salir del hotel.

«Unos veinte minutos —contestó la mujer—. Pero eso es solo porque no conduzco».

Sullivan pensó que la visita ayudaría a que los representantes, que para entonces ya llevaban cinco años de visitas sin tregua a las consultas de los doctores, pusieran los pies en el suelo. Sin embargo, se dio cuenta de que Purdue siguió vendiendo OxyContin del mismo modo en que lo había venido haciendo. La pastilla suponía ahora el 90 por ciento de los ingresos anuales de la compañía.

Seis meses más tarde, la mujer que Sullivan había llevado a la reunión moría de una sobredosis de OxyContin.

El Hombre, en casa

Xalisco (Nayarit)

El estado de Nayarit se extiende a lo largo de casi trescientos kilómetros por la costa del océano Pacífico y penetra tierra adentro hasta la parte occidental de Sierra Madre.

En la política centralizadora de México, Nayarit era un pensamiento secundario. Tras la independencia de México, el pequeño territorio siguió formando parte del estado de Jalisco durante un siglo. Incluso después de separarse de su vecino de mayor tamaño, Nayarit continuó siendo una región militar. No fue hasta 1917 que consiguió su autonomía y se convirtió en el quinto estado más pequeño de entre los treinta y uno que tiene México. Su población no alcanzó los diez millones hasta 2010. El estado está rodeado por algunos de los estados más inmensos de México; Zacatecas y Durango están cerca. Sinaloa, el estado que se extiende como una veta por la costa al norte de Nayarit, es el lugar de nacimiento del narcotráfico mexicano. El diminuto Nayarit nunca era noticia.

Justo al sur de Tepic, la capital del estado, se encuentra la ciudad de Xalisco. La ciudad se escribía originalmente con jota (Jalisco). Para evitar confusiones con el estado, las autoridades municipales cambiaron el nombre a Xalisco, y muchos residentes se refieren a ella como Xalisquillo, la pequeña Xalisco.

Xalisco está dividida en dos por una carretera que sale de Tepic y se dirige al sur durante ciento treinta kilómetros hasta el centro turístico de Puerto Vallarta. La iglesia católica de San Cayetano, en Xalisco, fue construida en 1812, y los adoquines que adornan el callejón que rodea la céntrica plaza Hidalgo de la ciudad parecen tener la misma edad.

El municipio, o condado, de Xalisco, con una población de 49.000 personas, está compuesto por un anillo de pequeñas localidades que rodean su sede. Al este está Pantanal, con vistas al volcán Sangangüey, donde las autoridades colocaron el aeropuerto de Tepic. Al sur, a lo largo de la

autopista de Puerto Vallarta, está la montañosa Testerazo, seguida de Emiliano Zapata, donde un busto del revolucionario mexicano marca la entrada a la población. Más al sur está Aquiles Serdán. Hay otros pueblos: La Curva, El Malinal, Adolfo López Mateos o El Carrizal.

El Hombre llegó aquí por primera vez en agosto de 1993 y se encontró con un lugar humilde que se parecía a muchas otras ciudades pequeñas mexicanas. La plaza de Xalisco albergaba una pista de baloncesto y un quiosco de música, y estaba rodeada por un mercado, un pequeño ayuntamiento, unas cuantas tiendas de ropa, una heladería. Señores de edad avanzada con sombreros de vaquero hechos de paja y sandalias se reunían para cotorrear sobre la vida de la ciudad. Las camionetas escaseaban y eran viejas y las casas eran estrechas: hileras de casas que daban justo a la acera. Fuera del centro de la ciudad, todo era terreno sin urbanizar que separaba Xalisco de la capital, a unos tres kilómetros al norte.

A principios de agosto es el momento de la Feria del Elote en la ciudad. Como la propia Xalisco, la feria a la que asistió el Hombre era pintoresca pero humilde, en la que se disputaban torneos de baloncesto y fútbol donde se enfrentaban los equipos de la ciudad y del barrio. Había atracciones de feria modestas, algodón de azúcar, un desfile de caballos y, cada noche, tocaban en la plaza bandas que se alquilaban por canción.

Aquel año, el Hombre y el Nayaritense, junto a otros que traficaban heroína en Estados Unidos, patrocinaron equipos de fútbol en el torneo de la feria por primera vez. El Hombre patrocinó al equipo de La Talega, un barrio del extremo sur de Xalisco, y les compró los uniformes y los balones para apostar luego con el Nayaritense y los otros traficantes por el posible ganador. El perdedor pagó seis horas de música de la banda en la plaza aquella noche.

Antaño, tan solo los hombres de negocios legítimos, a menudo grandes terratenientes, gastaban a espuertas en la fiesta. Ahora, sin embargo, los nuevos traficantes de heroína nunca se perdían la feria y la oportunidad de relajarse y gastar dinero ostentosamente a medida que crecían en número y confianza.

Aquella manera de gastar libremente fue un acicate para la economía de Xalisco. La gente observaba quién gastaba mucho, y levantaba la ceja cuando había una camioneta nueva o una casa recién comprada, o bien un tipo que, de repente, pagaba a la banda en la plaza. La feria se convirtió en una especie de convención de traficantes de heroína de alquitrán negro en

Estados Unidos. Alardeaban en las fiestas que se celebraban por toda la ciudad y hablaban de lo bien que les iba, compartían consejos sobre cómo evitar a la policía o se quejaban del arresto de un conductor de confianza.

El Hombre nunca se perdió una Feria del Elote después de aquello. En 1996, le compró una casa a medio construir a una mujer cuyo marido, atracador de bancos, cumplía cincuenta años de prisión en Sinaloa. La amplió y puso césped en el patio delantero, como las casas de California. Le añadió un bar, una sala de música, amplios pasillos y dos cuartos de baño. Conoció a una mujer y empezaron a vivir juntos. Todos los años, una vez que la feria se acababa, el Hombre regresaba a Estados Unidos.

En Reno, pasaba el rato en las salas de apuestas deportivas del casino Cal Neva, donde satisfacía su otra adicción: apostar en los partidos de la liga de fútbol americano. Allí conoció a un crupier, un hombre negro, grande y fornido, llamado Daniel. Él y su mujer eran viejos heroinómanos de Columbus (Ohio). Resultó que a Daniel le encantaba la heroína de alquitrán negro. Era una revelación. En el este no había nada igual. En Columbus, toda la heroína que podían conseguir era un polvo flojo, cortado hasta el punto de ser un timo. Un adicto tenía que gastarse cien dólares o más al día solo para no tener el mono.

Un día, Daniel se llevó al Hombre aparte en Cal Neva: «Deberías llevar esto a Columbus, colega —le dijo—. Te harías millonario. No hay nada así allí. Tengo un tío con el que te podría poner en contacto».

El Hombre le dio las gracias a Daniel.

«Ni siquiera pensaba en Columbus hasta que me lo sugirió», me contó muchos años después.

Mientras tanto, su mujer de Nayarit se quejaba de que él era el que asumía los riesgos al dirigirlo todo en Estados Unidos. El Nayaritense estaba de vuelta en México sin hacer nada y ganando un dinero que no se merecía, le decía ella.

«No te imaginas cómo es cuando hay una mujer de por medio —me dijo tiempo después—. Ella decía: “Lo haces tú todo. A él no lo veo hacer nada”».

El Hombre tenía que admitir que hacer el seguimiento de los negocios en Portland, Reno, Salt Lake, Hawái y Denver era un trabajo entretenido. Los pequeños detalles de la venta al por menor lo volvían loco: hacer que los chavales trabajaran duro y que no se desviaran con fiestas; reemplazar un coche incautado en Denver o a un conductor arrestado en Portland. Cuando

dos conductores de Hawái mataron a los jefes de sus respectivas células, el Hombre reclamó los cadáveres a petición de las familias y los envió a México.

Quería un descanso. Su amigo le suplicaba.

—Estás rompiendo cuando estamos haciéndonos fuertes —le decía el Nayaritense—. Nos va bien.

—Es hora de ir por mi cuenta.

Era 1997. El Hombre se sentía totalmente integrado en Xalisco y consideraba la ciudad su hogar ahora. Tenía propiedades allí. Tenía una mujer, ganado y respeto. En la plaza, los padres cuyos hijos habían trabajado para él se le acercaban y le daban la mano. Uno incluso le regaló un cerdo; otro, una vaca. Ahora tenía los contactos para llevar su propio suministro al norte.

El Hombre contactó con Daniel, el crupier de Reno, y este le entregó el número de teléfono de su tío, Chuckie, en Columbus.

«Llámalo —le dijo Daniel—. Él te ayudará a contactar con quien necesites».

El Hombre regresó a Xalisco. Compró una casa cerca de la playa de San Blas, la principal localidad turística de Nayarit, y se relajó durante seis meses. Sin embargo, no entraba nada de dinero y su mujer gastaba mucho. Así que, después de seis meses de relax, volvió a Estados Unidos en 1998 con el pensamiento de que había llegado la hora de expandirse hacia el este. Miró un mapa y vio tres ciudades seguidas: Indianápolis, Dayton y Columbus. Pensó que probaría suerte.

El 11 de junio de 1998, voló a Indianápolis y encontró un motel barato en la calle Washington, el paseo de las prostitutas en la zona este.

«Ve con cuidado, tío —le dijo el recepcionista del motel cuando llegó—. Hay un tornado de camino. Aléjate de la ventana y busca un lugar donde permanecer agachado».

El Hombre nunca había visto un tornado. Observó con especial concentración aquella tarde mientras el cielo se oscurecía y el viento atacaba. El viento hacía que la lluvia cayera de lado y golpeara la ventana como balines de escopeta; no era fresca, como la lluvia de California, sino cálida de un modo que ponía los pelos de punta. Entonces, un oscuro embudo gigante de cuatrocientos metros de amplitud, que rugía como un avión de reacción, bajó por la calle Washington. Lo vio arrancar el tejado de un Pizza Hut y hacer trizas un centro de día. Un hombre aparcó el coche y

apresuró a su familia para ponerla a cubierto. Un momento después, el coche desapareció. Lo encontraron tres manzanas más abajo.

El tornado fue uno de los ocho que desgarraron la parte central de Indiana aquella noche. No hubo muertos. Aun así, fue una bienvenida inquietante y el Hombre nunca se sintió a gusto en Indianápolis después de aquello.

Al día siguiente, compró un coche usado: un Cadillac Cimarron color marrón; un modelo de concepción y diseño tan precarios que muchos lo consideraron un hito influyente en el declive de Detroit. Pero no llamaba la atención y costaba tan solo dos mil dólares.

Acampaba frente a la clínica de metadona de la ciudad y regalaba muestras de su droga; pronto tenía una lista de clientes formada por yonquis desesperados, ávidos de alquitrán negro, que nunca habían visto antes. Entonces, un día la policía lo paró tras ver a una pareja salir de su Cimarron, cerca de la clínica.

—Tenemos denuncias de que has estado vendiendo heroína.

—Revisa el coche. No tengo drogas. Solo los he traído —dijo mientras señalaba con la cabeza en dirección a la pareja— porque no tenían transporte.

Los policías no hallaron nada, pero le dijeron: «Tenemos una fotografía tuya y de tu coche. Cada vez que te veamos, te vamos a parar».

De modo que se trasladó a Dayton con un chico que había traído desde su tiendita de Reno. Se pusieron en contacto con un camello, un negro jubilado de la Delphi, la empresa de piezas de coche de General Motors, que parecía conocer a todos los adictos de la ciudad. Ni que decir tiene que nadie en Ohio había visto una droga así.

No obstante, nunca olvidó el mensaje de Daniel y la promesa de Columbus. Un soleado día de verano, tras llevar un par de semanas en Dayton, dejó al chico con el jubilado de la Delphi y condujo hasta Columbus. Encontró un motel en una salida de la autopista 70 al oeste de la ciudad y llamó al tío de Daniel, Chuckie.

Se reunieron en la clínica de metadona de la ciudad, en Bryden Road, la mañana siguiente. La clínica era un hervidero de intercambio ilegal de drogas. Casi todo lo que pudiera desear un adicto estaba a la venta. Le dio a Chuckie unas cuantas muestras gratuitas y el número de su busca.

Aquella tarde, Chuckie lo llamó: «Esa mandanga que tienes es muy buena —le dijo—. Tengo un montón de gente que quiere un poco».

El Hombre condujo de vuelta a Dayton para dejar la ciudad.

«Vendíamos mucho —me contó—. Pero lo que no me gustaba de Dayton era que tratábamos con un montón de negros. Yo no hago tratos con negros a menos que sea necesario. Al final te acabarán robando. Les harán daño a tus chicos. Te pegarán un culatazo con la pistola».

Parecía que en Columbus había más población blanca, además de una gran comunidad de mexicanos con los que mezclarse. Dirigió su Cimarron de nuevo al este hacia las vastas extensiones del centro de Ohio y la capital del estado, rodeada por grandes barrios residenciales de blancos y autopistas —cerca de cuatro estados y de la poblada región de los Apalaches—, donde, hasta entonces, nadie había visto nunca mucha heroína.

¿Qué es el OxyContin?

Portsmouth (Ohio)

Un viernes, poco antes de las Navidades de 1997, un reportero del *Portsmouth Daily Times* llamó a Ed Hughes. Hughes dirigía el Centro de Orientación, la única clínica de tratamiento de las adicciones de Portsmouth. El reportero le preguntó si podía asistir a la fiesta de los empleados para escribir un reportaje acerca de la sobriedad durante las vacaciones.

Hughes accedió. El reportero entrevistó a algunos empleados y les preguntó, principalmente, sobre los clientes más jóvenes. Cuando la fiesta ya estaba avanzada, el reportero se llevó a Hughes aparte: «¿Qué es el OxyContin? —Hughes no había oído hablar de él—. Algunos de tus clientes dicen que lo están tomando».

El lunes siguiente, Hughes empezó a hacer llamadas. Sus empleados le contaron que el fármaco había empezado a aparecer hacía poco, que contenía una gran cantidad de oxicodona y que los consumidores habían aprendido a machacarlo y esnifarlo.

Llamó a unos colegas de centros de tratamiento del norte de Ohio y les describió lo que se veía en Portsmouth. Nadie de Cleveland, Akron, Columbus o Cincinnati sabía nada del OxyContin. Si Hughes hubiera llamado al resto de los Apalaches, habría oído una historia muy diferente, una que se asemejaba a la que daba sus primeros pasos ahora en Portsmouth.

Pero en aquel momento, me dijo: «No nos dábamos cuenta de que nos encontrábamos, básicamente, en el punto álgido de una crisis».

Por aquella época, Karen Charles y su esposo, Jerry, hacían planes para trasladar su tienda de solería a un edificio de Biggs Lane, en la ciudad de South Shore (Kentucky) frente a Portsmouth, al otro lado del río Ohio.

Los Charles sabían que un doctor llamado David Procter tenía una consulta en el edificio beis de metal de al lado. Durante los meses que

siguieron a su traslado, observaron que su consulta era mucho más grande de lo que se habían imaginado. El trasiego, de hecho, era cada vez mayor. No se parecía a la consulta de ningún otro doctor que conocieran. La sala de espera de Procter ya no podía dar cabida a tal gentío. La clínica permanecía abierta a menudo hasta bien pasada la hora de cierre. La gente permanecía aparcada a lo largo de la pequeña Biggs Lane todo el día mientras esperaba para ver al doctor.

«Hacían dos comidas dentro del coche», decía Karen. Muchos pacientes venían de otros condados, incluso de otros estados. Karen Charles recuerda matrículas de Misuri y Arkansas. Tipos desagradables en su mayoría. Cortaban el paso al aparcamiento de la tienda de solería de los Charles. Una vez, se desató una trifulca entre clientes de Procter y un camionero que no podía pasar para hacer una entrega. En otra ocasión, alguien llamó con una amenaza de bomba y la policía evacuó la clínica junto con la tienda de los Charles y las casas aledañas. Karen Charles nunca se atrevió a entrar en la clínica de Procter, pero oyó que vendía OxyContin.

«Lo cambió todo por aquí —me contó años más tarde—. Era otra cosa, algo que espero no tener cerca nunca más. Hablé con él unas cuantas veces. No sé cómo esperaba que lleváramos un negocio. Las abuelitas no van a entrar en una tienda con tanto rifirrafe alrededor».

Un reportero del *Portsmouth Daily Times* escribió finalmente un reportaje muy diferente del que se había publicado tras la fiesta de Navidad. En él, hablaba de un cambio de tendencia en la drogadicción en el sur de Ohio y los estados vecinos protagonizado por los opiáceos, con la oxicodona a la cabeza, que se presentaban sobre todo bajo la forma de una nueva pastilla llamada OxyContin.

Aproximadamente una semana después de que se publicara el segundo artículo, Ed Hughes recibió una llamada telefónica de un abogado que representaba a Purdue Pharma, en la que lo amenazaba con demandar al Centro de Orientación si Hughes le decía a la prensa alguna vez que el OxyContin era adictivo. Esto dejó atónito a Hughes, que no aparecía citado diciendo que el OxyContin fuera adictivo. El centro aparecía mencionado en el reportaje del *Daily Times* , pero eran los clientes jóvenes los que decían que estaban enganchados al fármaco. Se preguntaba cómo la empresa, con sede en Connecticut, había dado con aquel reportaje en un diario tan insignificante.

«Algo gordo estaba pasando —dijo—. ¿Cómo sabían que aquel artículo salía en el *Portsmouth Daily Times* a menos que buscaran ese tipo de información?».

El Centro de Orientación que dirigía Hughes había comenzado su andadura en una pequeña casa diecisiete años antes. Hughes, alcohólico en recuperación, sentía que, en realidad, rehabilitar consistía en volver a construir a una persona esclavizada. Creía que la recuperación solo era posible con un enfoque multidisciplinar para tratar al adicto, «un continuo de cuidados», como lo llamaba Hughes. Un adicto en tratamiento necesitaba un programa de doce pasos, pero también ayuda para encontrar casa, escribir su currículo y encontrar guarderías y ropa que ponerse para una entrevista. Estos servicios tenían que estar a mano. Los adictos no solían tener coche, ni carnet de conducir, ni dinero para poner gasolina. Hughes había visto a gente volver a consumir drogas porque no habían llegado a una cita en el juzgado o con el doctor o con su agente de la condicional.

Hacia finales de los años noventa, el Centro de Orientación se había trasladado a un nuevo edificio grande para los pacientes ambulatorios. También disponía de una pequeña casa para hombres y la única residencia de rehabilitación de Ohio para mujeres adictas con hijos. El centro tenía espacio para todos los alcohólicos y cocainómanos que acudían a él. Hacia la época de aquella fiesta de Navidad de 1997, Hughes se imaginaba que dedicaría el año siguiente a consolidar y mejorar el funcionamiento interno del centro en lugar de expandirse para satisfacer las necesidades de la zona. Eso ya se había conseguido, pensaba.

Ni mucho menos. Portsmouth estaba a punto de convertirse en la zona cero de una explosión casi viral de consumo y abuso de opiáceos. Hacia la primavera de 1998, los adictos al Oxy estaban por todos lados, y la mayoría eran jóvenes y blancos: «Era como un fuego sin control», recordaba Hughes.

Esta plaga de drogas había tenido un origen diferente al de otras que había visto. En Portsmouth, había comenzado con lo que luego se conocería como clínicas de distribución ilegal de píldoras, un modelo de negocio inventado en la ciudad, aunque había crecido gracias a la cantidad ingente de recetas de opiáceos que se iban expandiendo, sobre todo de OxyContin. Una clínica de distribución ilegal de píldoras era una clínica de gestión del dolor que tenía como empleados a un doctor con poco más que un bloc de recetas.

Una clínica de distribución ilegal de píldoras se convertía en un cajero virtual de drogas cuando el doctor le daba una receta a cientos de personas al día.

«Había doctores que colocaban una gran cantidad de aquello en la calle —contaba Hughes—. Había largas colas. Esa forma de presentarles la droga a los drogadictos…, no creo que eso se hubiera hecho antes».

Clanes del jaco en el santuario

Chimayó (Nuevo México)

Jim Kuykendall descendía de un clásico linaje de agentes de la Administración para el Control de Drogas. Su tío, Travis Kuykendall, se había jubilado como agente especial ayudante a cargo de la oficina de la DEA de El Paso. Su padre, Jaime Kuykendall, trabajaba para la Patrulla de Aduanas y Protección de Fronteras en los años sesenta y operaba en la frontera entre Texas y México, donde se luchaba contra las primeras bandas de narcotráfico. El nombre con el que habían bautizado a su padre era James, aunque este había crecido en una pequeña ciudad fronteriza de Texas llamada Eagle Pass y se había casado con una mujer mexicana. Al abrazar ambas culturas, pasó a ser conocido como Jaime.

Los hermanos Kuykendall se unieron a la DEA cuando se formó a partir de varias agencias federales en 1973. Jaime Kuykendall abrió la oficina de la DEA en Guayaquil (Ecuador) poco tiempo después. Jim Kuykendall pasó gran parte de su juventud allí y pensaba que su padre era una especie de James Bond, aunque no sabía realmente qué es lo que hacía.

En la década de los ochenta, Jaime Kuykendall se trasladó a México. Era jefe de la comisaría de la DEA en Guadalajara cuando, en 1985, los traficantes secuestraron, torturaron y asesinaron a su agente Enrique *Kiki* Camarena; un asesinato que fue encubierto por autoridades del Gobierno de México conchabadas con traficantes. El asesinato fue traumático para la nueva DEA e intensificó la atención que se le prestaba a México. El episodio se convirtió en el tema de un libro clásico, que después se llevó al cine, llamado *Desperados* y escrito por la periodista Elaine Shannon. Jaime Kuykendall escribió su propio libro sobre el episodio de Camarena: *O Plomo o Plata? Silver or Lead?*

Jim Kuykendall estudió primero Periodismo cuando fue a la universidad en Texas. Sin embargo, mientras trabajaba como agente de la policía del

campus, cambió su especialidad a Justicia Penal. Una noche, se reunió para cenar con un agente de la DEA, un viejo compañero de bar de su padre: «Piénsate lo de solicitar empleo en la DEA», le dijo el agente.

Otras agencias federales de seguridad, le dijo el hombre de la DEA, controlaban a su gente desde arriba hasta niveles casi sofocantes. La supervisión limitaba la libertad de un agente para llevar una investigación. Debido, en parte, al tipo de trabajo que hacía la DEA, los agentes individuales tenían un control sin igual sobre los casos y podían indagar en ellos tanto como les dictaran sus propias habilidades. A diferencia de los cuerpos policiales locales, los agentes de la DEA tenían la posibilidad de viajar y vivir en el extranjero, y el departamento valoraría a un agente como Kuykendall, que hablaba un español fluido.

Aquello sonaba a aventura. Poco después de graduarse en 1987, Jim Kuykendall rellenó su solicitud para trabajar en la agencia donde su padre y su tío eran leyendas vivas.

Pasó por Beaumont, en Texas, y por Bogotá, en Colombia, antes de regresar a Estados Unidos en 1998. Lo destinaron a Albuquerque (Nuevo México), donde era el agente más veterano de la comisaría. En aquel momento de su carrera, Jim Kuykendall había comprobado que el amigo de su padre tenía razón: un agente de la DEA podía marcar la diferencia, ayudado por el poder enorme de las leyes anticonspiración del Gobierno federal. Esta ley estatutaria permitía al Gobierno acusar a una persona por su involucración en una actividad criminal incluso en el caso de que no hubiera pruebas que lo incriminaran inmediatamente (por ejemplo, en el caso de que no hubiera drogas en un apartamento cuando la policía lo registraba). Los casos en que se pinchaban los teléfonos eran más o menos los que se seguían en aquel momento. Los casos de conspiración que Kuykendall llegó a preferir tenían más que ver con cosas que habían sucedido en el pasado. No dependían tanto de peligrosas compras de encubierto o de encontrar al sospechoso en posesión de grandes cantidades de droga. Por el contrario, requería agentes que pudieran ir hacia atrás siguiendo registros, juntar en poco tiempo testigos e informes de detenciones pasadas que mostraran el patrón de, por ejemplo, un grupo que había vendido drogas durante muchos años.

En ocasiones, los abogados defensores criticaban los casos por conspiración por ser demasiado amplios al involucrar, por ejemplo, a cualquier persona con la que el acusado se pusiera en contacto. Sin

embargo, Kuykendall sentía que los casos por conspiración apelaban al periodista que llevaba dentro. Estos casos requerían contar una historia. Gracias a las leyes anticonspiración, un agente se enteraba de la historia detrás de una actividad criminal mientras juntaba pruebas para el caso; entonces, cambiaba las acusaciones y volvía con más detenciones, de manera que se enteraba del relato completo, o de la mayor parte. Contar la historia completa detrás de una actividad criminal tenía mucho que ver con el sentido de justicia que tenía Kuykendall, ya que poco de lo que eran realmente estas actividades se mostraba a simple vista el día de la redada.

Jim Kuykendall había podido trabajar en varios casos de este tipo a lo largo de su carrera, y cuando se asentó en su puesto en Albuquerque, se encargaría de echarle otro vistazo a la pequeña población de Chimayó, en Nuevo México.

Chimayó, que contaba con una población de menos de cuatro mil habitantes, había sido fundada quinientos años antes por conquistadores españoles. Se encuentra a cuarenta kilómetros de Santa Fe, en el verde Valle de Española.

Este pueblo es conocido por varias cosas. Es la capital del mundo *lowrider* . [5] Sus habitantes están obsesionados con los coches maqueados y las carrocerías bajas. Los chiles color cereza autóctonos de Chimayó son tan potentes que sus semillas han ido pasando de una generación de agricultores a la siguiente. Una pequeña iglesia de adobe de Chimayó, construida en 1816, atrae a miles de peregrinos y turistas cada año. Se dice que el suelo parduzco que rodea la iglesia cura enfermedades. Unas veinticinco toneladas se venden cada año a personas que se lo restriegan por el cuerpo o que, simplemente, lo guardan en pequeños recipientes de plástico. Todas las noches, los habitantes de Chimayó se aventuran en las colinas, cavan más suelo y lo depositan junto al santuario. En Viernes Santo, treinta mil peregrinos acuden al pequeño santuario de adobe de Chimayó, como se conoce a la iglesia; algunos llegan a pie desde Albuquerque, a ciento cincuenta kilómetros.

Sin embargo, la ciudad también es conocida por una enfermedad que su tierra no ha curado. Chimayó tiene la tasa más alta de heroinómanos de Estados Unidos. Cuando la gente habla de adicción a la heroína en Chimayó, suele hacerlo en términos culturales, como algo que se hereda de generación en generación. Familias de Chimayó al completo están enganchadas, desde los abuelos o incluso los bisabuelos.

Esto había sido así durante muchos años cuando Jim Kuykendall, que ya llevaba unas semanas en su puesto, llamó a Chris Valdez, un agente de la unidad antidroga de la policía estatal de Nuevo México en el Valle de Española.

Mientras Valdez crecía en aquella zona, esta enfermedad era conocida, pero se mantenía oculta. Cuando se hizo policía, sin embargo, la heroína era lo único que veía Valdez. Varias familias, cuyos ancestros habían habitado el valle desde principios del siglo xvii, vendían heroína. En el mundo enclaustrado de la diminuta Chimayó, eran intocables. Los robos en coches y casas perpetrados por adictos, mientras tanto, se volvían peores cada año que pasaba.

Durante décadas, los adictos de Chimayó habían subsistido con la heroína en polvo que Valdez pensaba que venía de alguna parte de Asia. Se cortaba bastantes veces y era floja. Entonces, en algún momento de 1997, llegaron los mexicanos y empezaron a suministrar heroína de alquitrán negro potente y barata. Los camellos de Chimayó no dejaban que los mexicanos vendieran en la ciudad, pero estaban encantados de comprar el nuevo producto al por mayor y dividirlo para sus clientes. Ahí es cuando las cosas empezaron a desenmarañarse rápidamente. Los consumidores que habían controlado su adicción hasta entonces empezaron a consumir mucho más al disponer de suministros casi ilimitados. La gente robaba sin pudor. Y aquellos que habían vivido durante años consumiendo la débil heroína en polvo iban muriendo por culpa de la potente heroína de alquitrán.

Poco después de mudarse a Albuquerque, Kuykendall fue al valle y Valdez le enseñó la zona. El agente le fue señalando las casas móviles de los traficantes de heroína (las de dos y tres módulos eran especialmente preciadas para los residentes del valle). Chimayó era un lugar aislado, en opinión de Valdez. Odiaban a los policías, pero había jeringuillas por todas partes y las muertes por sobredosis aumentaban de manera constante. Pocos hogares mantenían un estéreo o una televisión durante mucho tiempo.

Tres bandas traficaban con heroína: los Barela, con Félix de patriarca y sus numerosos hermanos, algunos de los cuales se colocaban; Josefa Gallegos, cuyo hijo, Brian, vivía en una casucha detrás de su casa y tenía los brazos putrefactos a causa de los pinchazos de heroína de alquitrán negro, y, finalmente, Fat Jose y Jesse *Donuts* Martínez y sus parientes.

Estas familias tenían las casas móviles más bonitas y los mejores coches con la suspensión baja. El coche de Félix Barela era el mejor del valle (un

Thunderbird púrpura oscuro conocido como el Mago). Las familias de los camellos adoraban las Harleys, otra posesión preciada en Chimayó. Félix Barela también tenía algunos buenos caballos de carreras, incluido Red Hot Mag, el mejor cuarto de milla del estado. Cada una de las bandas dirigía colmados virtuales de drogas, a los que acudían cada día entre cincuenta y cien adictos; algunos, tres veces en una jornada.

Cuando el número de muertes se elevó durante todo 1998 y hasta entrado 1999, las familias de los adictos fallecidos, a los que se unieron sacerdotes de una orden de Nuevo México conocida como Hermanos Penitentes, comenzaron a organizar procesiones en protesta a través de las montañas hasta llegar al santuario. Acarreaban pancartas con los nombres de las personas que habían muerto de sobredosis o que habían sido asesinadas por ladrones.

A Kuykendall, el problema lo dejó atónito. Aun así, parecía tratarse de un tema local y no federal; tenía la impresión de que se trataba de tráfico callejero al por menor.

No obstante, unas pocas semanas más tarde, Valdez llamó. «Ven para acá mañana —le dijo—. Hay una reunión de la Organización para la Prevención del Crimen de Chimayó. La gente está enfadada».

Aquella noche, Kuykendall entró en el restaurante Rancho de Chimayó y se quedó estupefacto al ver a congresistas, jueces, al jefe de la policía estatal de Nuevo México y a ediles junto a Bruce Richardson, director del grupo de prevención del crimen de Chimayó.

Richardson habló. Las bandas criminales controlaban el valle y los niños se estaban encontrando jeringuillas usadas: «No habéis hecho nada», les dijo Richardson a las autoridades aquella noche.

Sacó un gran tarro de encurtidos lleno de jeringuillas usadas. Las autoridades públicas respondieron con lo que Kuykendall consideraba frases de funcionario electo que no tranquilizaron a nadie.

Aquella noche volvió en su coche a Albuquerque. La presencia de los políticos le decía que estos sabían que las cosas estaban mal. Él siempre les había dicho a los agentes más jóvenes que se centraran en el mayor traficante dondequiera que fueran destinados. Ese traficante puede que no sea Pablo Escobar, les decía, pero el mayor traficante de una ciudad pequeña es un problema para esa ciudad.

Al día siguiente, Kuykendall abrió un caso contra las tres bandas que controlaban la heroína en Chimayó.

[5] El *lowrider* es un coche modificado para que la suspensión esté más baja, de manera que la carrocería está más cerca de la carretera. Por extensión, se refiere a una práctica popular entre los chicanos que consiste en modificar y arreglar coches antiguos para que sean más vistosos gracias a su pintura lacada de colores extravagantes y vivos o a sus interiores personalizados.

Liberace muestra el camino

Portsmouth (Ohio)

Hacia finales de la década de los noventa, el doctor David Procter era una de las pocas personas a las que les iba bien en Portsmouth (Ohio).

Se había comprado una mansión de 750.000 dólares con piscina, arte africano y dos cigüeñas de bronce de dos metros. Era dueño de un Mercedes, un Porsche y un Corvette rojo; posesiones excepcionales en el valle del río Ohio.

A finales de los años ochenta, el Consejo de Acreditación Médica de Kentucky investigó las reclamaciones presentadas por pacientes sobre las prácticas poco éticas llevadas a cabo por el doctor Procter. Los agentes del consejo descubrieron que recetaba opiáceos de manera agresiva, y a menudo sin mucho diagnóstico previo ni seguimiento. Se concluyó que no había violado ningún reglamento médico de Kentucky y conservó su licencia, pero lo pusieron en periodo de prueba. De hecho, los registros del estado hacen referencia a un doctor que recetaba los fármacos habitualmente, pero los interrumpía con la misma frecuencia, que consultaba con otros médicos e instaba a sus pacientes con dolor crónico a hacer ejercicio o terapia física para controlar su dolor. David Procter parecía estar buscando soluciones para aquello que afligía a sus pacientes.

Una década más tarde, eso había cambiado. Una enfermera de California me dijo en una ocasión: «Cuando lidias todo el día con personas que padecen dolor, te sientes agotado al cabo de un tiempo».

Algo así le había sucedido a David Procter. Más quejas de pacientes en los años noventa dieron pie a una segunda investigación estatal. Para entonces, esos registros mostraban que Procter recetaba con regularidad Valium, Vicodin, el sedante Soma, Xanax y un régimen constante de píldoras dietéticas Redux; todo ello sin apenas diagnóstico ni sugerencia de

otros tratamientos, como terapia física. Tampoco había ninguna discusión acerca de mejorar la dieta como método para perder peso y reducir el dolor. Tal y como leí en los informes de investigación del consejo, daba la sensación de que muchos años de consultas con personas vulnerables y algunas manipuladoras que usaban las drogas y los subsidios del Gobierno para navegar a través de los desastres económicos de un Estados Unidos desindustrializado habían corrompido cualquier ética médica que Procter hubiera poseído en algún momento.

De modo que fui a Portsmouth para ver si podía aprender más acerca del doctor que los locales llamaban el Padrino de las Clínicas de Pastillas Ilegales, el hombre que había abierto el primer negocio y les había enseñado a otros cómo se hacía.

Nadie en Portsmouth había olvidado a David Procter, aunque ya hacía tiempo que se había ido. Algunos lo recordaban con cariño. Muchos afirmaban haber ido a su clínica y hacer largas colas para que les recetara droga.

Una de estas personas era Kathy Newman, que, en 1996, era animadora en el instituto e hija de un contratista. Kathy se acababa de graduar en el instituto de Portsmouth cuando se rompió las costillas en un accidente de coche. La sala de urgencias de la ciudad era cautelosa a la hora de recetar algo más fuerte que el ibuprofeno para el dolor. «Deberías ir a ver a David Procter —le dijeron sus amigos—, él te dará algo que funcione».

Kathy condujo hasta la clínica de South Shore y penetró en una casa de locos: la habitación estaba abarrotada; había gente de pie en los pasillos, tensa y ávida por la expectación. Después de tres horas, entró en la consulta del doctor. Procter le recetó Vicodin y dedicó media hora a decirle que probablemente tendría dolores de espalda y cadera durante el resto de su vida, por lo que necesitaría aquella receta durante el mismo periodo de tiempo. Newman lo aceptó, sin saber qué pensar.

«Estaba muerta de miedo. Era tan joven y me aterraba el hecho de que me iba a tomar aquello el resto de mi vida», me dijo.

De hecho, aquel Vicodin fue la puerta de entrada a catorce años de adicción que llevaron a Newman a inyectarse OxyContin y a conseguir recetas de pastillas de seis doctores de toda la ciudad. Algunos años se esfumaron con el cuelgue de la adicción. En una ocasión, se encontró en una granja abandonada con gente que no conocía y sin saber cómo había

llegado allí. Un pitbull pasó corriendo por el comedor, perseguido por un gallo furioso.

La revolución del tratamiento del dolor tenía muchas caras y la mayoría pertenecían a doctores con buenas intenciones y personal de enfermería entregado. Sin embargo, en la región del Cinturón de Óxido había surgido otro tipo de dolor. Oleadas de personas intentaban conseguir un certificado de discapacidad como método de supervivencia a medida que los trabajos escaseaban. Surgieron multitud de doctores que no eran tan bien intencionados o que, simplemente, encontraron un modo de ganarse la vida en ayudar a personas que buscaban el cheque mensual por discapacidad del Gobierno para solucionar la falta de empleo. Cuando la revolución del dolor cambió la medicina estadounidense, el valle del río Ohio ya contaba con una categoría de este tipo de doctores. Para mucha gente representaban una estrategia para enfrentar la realidad económica. Cobraban en efectivo cada visita y eran raudos a la hora de abrir el bloc de recetas, deseosos de seguir la corriente al paciente respecto a lo que decían que era dolor y dónde les dolía. Y entonces, llegó el OxyContin.

Si la heroína era la droga perfecta para los narcotraficantes, el OxyContin era ideal para estos doctores de clínicas de distribución de pastillas. En lo que a ellos respectaba, el fármaco tenía varias cosas a favor: en primer lugar, era una píldora fabricada por las farmacéuticas con uso médico legal; en segundo lugar, generaba adicción, y no solo entre aquellos que buscaban abusar de ella, sino entre muchos que acudían en busca de alivio para el dolor. Todos los pacientes a los que se recetó el fármaco corrían el riesgo de necesitarla cada día poco después. Estas personas estaban dispuestas a pagar en efectivo. Nunca faltaban a una cita. Si hacer diagnósticos no era una preocupación, la clínica operaba con pocos gastos: un edificio alquilado, unas cuantas salas de espera y algo de personal administrativo. Y seguratas; este tipo de clínica necesitaba seguratas. También era necesario un médico con un número de registro de la DEA que le permitiera recetar narcóticos que el Gobierno federal catalogara de clasificación II , como el OxyContin. Las recetas para las drogas de clasificación II debía rellenarlas un doctor cada mes para el paciente, que debía acudir a la consulta en persona. Eso significaba una tarifa mensual por visita de cada paciente; por lo general, unos doscientos cincuenta dólares. Y los pacientes mantenían las salas de espera llenas, y los billetes no dejaban de entrar.

Entre los primeros doctores de Estados Unidos en darse cuenta del potencial del OxyContin como modelo de negocio estaba David Procter, en Portsmouth (Ohio). Él creía a todos sus pacientes. No solo eso, los animaba a que creyeran en el dolor imaginario.

«Personas con lesiones empiezan a acudir a él y este les da su nueva medicina maravillosa: OxyContin —explicaba Lisa Roberts, enfermera de la sanidad pública de Portsmouth que había trabajado con Procter años antes en un hospital donde el doctor tenía prerrogativas para usar recursos —. Al poco tiempo estaban enganchados. Le decían que el dolor empeoraba y él les aumentaba la dosis. Empecé a ver a personas que conozco, personas trabajadoras y decentes, actuar de manera extraña, afanando coches, robando».

Danny Colley, que había crecido en el duro barrio de la zona este de Portsmouth, observó cómo Procter se corrompía gradualmente. Procter había sido el médico de su familia cuando él era pequeño. A los veinte años, y ya metido de lleno en el mundo de la droga, Colley visitó la clínica de su antiguo médico. Procter fue el primer doctor de la zona que solo aceptaba efectivo y, por aquel entonces, recetaba Xanax y Lortab para todo. Más tarde, se convirtió en el primero en recetarle OxyContin a Colley. Tenía la clínica llena: «Era el único y la estaba liando de lo lindo —me dijo Colley—. Cuando me dio mis Lortabs, me dijo que me los pusiera debajo de la lengua hasta que se deshicieran, que no los esnifara. Cuando me dio mis primeros Oxy, me dijo que tuviera cuidado, pero que podía esnifarlos. Sus palabras exactas. Me dio lo mismo que él decía que estaba tomando. Me da la droga que necesito para no ponerme enfermo. ¡Yo creía que era mi hombre! Creía que me cuidaba. Creía que era lo más guay del mundo».

Colley acudió a Procter tras sufrir una lesión en el trabajo. «Me consiguió la compensación para trabajadores para pagar mis medicinas durante un año y medio —me dijo Colley—. Ayudaba con eso. Tenía una puñetera memoria fotográfica. Todos pensábamos que era la persona más lista del mundo. Era genial, pero era un criminal».

Los doctores locales siguieron el ejemplo de Procter. El doctor John Lilly abrió en el centro de Portsmouth. También tenía colas delante de la puerta. Después de eso, las cosas empezaron a ir muy rápido.

Kathy Newman se dio cuenta de que no se trataba únicamente de los doctores sin escrúpulos. Parecía que todos los médicos de la ciudad estaban influidos por el notable potencial analgésico de los opiáceos. En cualquier

caso, ella no pudo encontrar ningún doctor en Portsmouth que ofreciera una solución para el dolor que no incluyera opiáceos: «Te decían: “Bueno, vamos a probar con Lorcet de diez miligramos. Oh, ¿eso no te ha hecho nada durante un mes? Vamos a pasarte a veinte miligramos” —me explicaba Kathy Newman—. Antes de tres meses de decirles que el Vicodin de cinco miligramos ya no me hacía nada, ya me habían pasado al Oxy de veinte miligramos; todo pagado en efectivo».

Los médicos recetaban esos fármacos. La otra verdad, no obstante, es que los opiáceos eran prácticamente lo único que pedían los pacientes en el sur de Ohio por aquel entonces.

A ochenta kilómetros, un adicto que a veces respondía al nombre de Jeremy Wilder vio cómo hacer dinero fácil y lo aprovechó.

Wilder, un tipo alto y desgarbado con un fuerte deje de los Apalaches al hablar, se había criado río abajo de Portsmouth, en la minúscula localidad de Aberdeen, situada entre dos centrales eléctricas del condado de Brown.

Jeremy era carpintero sindicado, pero había crecido rodeado por el tipo de ambivalencia moral que caracterizaba la vida en las pequeñas ciudades del valle del río Ohio cuando el Cinturón de Óxido fue tomando forma. El dinero fácil se llevó lo mejor de él.

En 1995, Jeremy oyó que el doctor Fortune Williams había sido contratado por David Procter para abrir una clínica en Garrison (Kentucky). Williams fue el primer doctor al que acudió Jeremy cuando empezó a erigirse como uno de los primeros traficantes de pastillas del condado. Le pagó doscientos cincuenta dólares a Williams por la consulta y doscientos dólares más por recetas que incluían OxyContin. Más tarde, Jeremy encontró un doctor en Williamsburg (Ohio) y otro más en Portsmouth que también le suministraban pastillas.

Conocí a Jeremy cuando viajaba al corazón de la plaga de opiáceos, dividido en dos por el río Ohio. Por él pude saber que, a medida que se extendía la revolución del dolor impulsada por el OxyContin, el área que antaño había sufrido carencias sanitarias veía ahora un despliegue de doctores como una plaga de langosta.

Hacia mediados de los años noventa, Jeremy Wilder era el mayor traficante de pastillas de Aberdeen mientras seguía haciendo trabajos de carpintero en Cincinnati y la zona sur de Ohio. Se había formado un sendero hasta una ventana que tenía en su casa de tanto que pisaban el terreno los adictos de la zona.

Al principio, Jeremy no consumía las drogas que vendía. Pero una noche de fiesta trituró un Oxy y lo esnifó. Ahí cambió todo; poco después vendía para costearse la adicción. Entonces, un día que se encontraba en Cincinnati, le fue imposible encontrar Oxy. Un vecino de su contacto en Cincinnati podía conseguirle otra cosa: heroína de alquitrán negro. Jeremy se negó, no quería tener nada que ver con la heroína. Sin embargo, al día siguiente ya no podía aguantar el mono por más tiempo. El tipo llamó a un mexicano que le trajo globitos de heroína de alquitrán negro. Jeremy no volvió a probar las pastillas nunca más.

Durante los dos años siguientes, apenas existía. Iba cada día hasta Cincinnati para comprarle las píldoras a una mujer y su heroína a los mexicanos. Vendía las píldoras para costearse la heroína que consumía. Durante un tiempo, cada globo que les compraba a los mexicanos venía con un papel y un número de teléfono: «Llama en cualquier momento». Nunca se le olvidó aquello. Se imaginó que estaban empezando. Él era nuevo en eso de la heroína y se preguntaba si todos los traficantes movían el producto así, aunque se figuró que no.

A finales de 1998, Jeremy Wilder, de la ciudad de Aberdeen, en el agreste condado de Brown, fue de las primeras personas del sur de Ohio en pasar del OxyContin a la heroína.

No sería el último.

Más o menos por la misma época, unos informes de la segunda investigación que el Consejo de Acreditación Médica de Kentucky le había realizado a David Procter comenzaban a revelar historias extrañas. El doctor estaba perdiendo cualquier tipo de control: manipulaba a mujeres heridas y adictas para conseguir sexo.

Un inspector médico de Kentucky, molesto, que revisó montones de historiales de pacientes de Procter a finales de los años noventa, usó términos como «crasa incompetencia», «negligencia» y «mala praxis». Procter, escribió el inspector, ni siquiera apuntaba la altura, el peso, el pulso o la temperatura de los pacientes. «Los historiales del doctor Procter son increíblemente pobres, y me siento incapaz de determinar a partir de sus notas qué recetaba en cada visita», decía en el informe.

Con relación a un segundo paciente de Procter escribe: «Hay una falta de pruebas significativa sobre la evaluación y el tratamiento alternativo proporcionados a este paciente excepto en lo que respecta al uso de sustancias controladas».

Y sobre un tercero: «No parece que hubiera ningún tipo de práctica médica involucrada excepto la descripción de los síntomas realizada por el paciente y las recetas de sustancias controladas emitidas por el doctor. No considero que esto constituya la práctica de la medicina».

Las quejas de los pacientes dieron pie a la investigación. Entre ellas, estaban las denuncias de tres mujeres que afirmaban haber intercambiado sexo por recetas en repetidas ocasiones con Procter, en su consulta y tras la insistencia de este. Una afirmó que Procter la había forzado a mantener relaciones sexuales bajo la amenaza de no darle un trabajo de oficina o ayudar con la petición de compensación para trabajadores de su marido a menos que le dejara lamerle la vagina, y a pesar de que su hijo bebé estaba en la habitación cuando lo hizo. Otra acudió a Procter con una depresión provocada por un aborto que había tenido a los dieciocho años. En su primera visita, según ella, Procter le pidió que escribiera una carta, que revisarían más tarde, donde explicara todos sus problemas. En cada visita, ella escribía una carta con sus problemas emocionales, él la revisaba y después mantenía relaciones sexuales con ella. Después de varias visitas de esta naturaleza, Procter se saltó la lectura de la carta y pasó directamente al sexo. En la última de veinte visitas, ella se tomó una sobredosis en la consulta y él hizo que una enfermera la llevara a casa. Después de aquello, le dijo ella a los detectives, entró en rehabilitación.

En noviembre de 1998, Procter tuvo un accidente de coche, tras el que afirmaba sufrir de pérdida de memoria reciente, lo cual lo incapacitaba para ejercer la medicina. La gente se mostró escéptica. Algunos sugirieron que Procter usó las lesiones como ardid al decir que ya no podía recordar dónde estaban los historiales de ciertos pacientes o qué tratamiento habían recibido. En cualquier caso, le cedió su licencia médica al estado de Kentucky, pero mantuvo abierta la clínica del dolor. Contrató a doctores de todo el país para que trabajaran en ella; doctores para los que el trabajo indecente de recetar opiáceos era el único disponible.

En el proceso de vaciado del Estados Unidos rural, el doctor de clínica de distribución de pastillas era una especie de golpe de gracia. Los negocios locales habían desaparecido en muchas poblaciones. Los restaurantes familiares eran reemplazados por los Applebee's y las ferreterías por los Home Depot. Entonces, los médicos especialistas en dolor de segunda categoría reemplazaron a los médicos de familia y se convirtieron en la única atención sanitaria disponible en algunas poblaciones. En las áreas del

norte de Kentucky y el sur de Ohio, los doctores de Procter eran aclamados inicialmente por venir al área. En realidad, eran vinagre en la boca de una región crucificada.

Durante los tres años que siguieron a su accidente de coche, Procter contrató a quince doctores. Llegaron con historias de consumo de drogas, licencias previamente revocadas y problemas mentales, listos para recetar mientras trabajaban para Procter por 2.500 dólares a la semana. Algunos de estos doctores se quedaron; aprendieron el negocio. Después, montaban sus propias clínicas del dolor en poblaciones cercanas y se llevaban al personal administrativo que Procter había formado. Un jurista de Kentucky lo apodó «Ray Kroc» por el hombre que expandió McDonald’s por todo el país. El modelo de negocio de Procter se expandía como un virus mientras iba dejando sueltos a doctores inestables en una región vulnerable.

El doctor Frederick Cohn había trabajado para Procter antes de trasladarse a un supermercado abandonado de la ciudad de Paintsville (población: 3.400), en la zona este de Kentucky, donde recibía a 146 pacientes al día durante tres minutos cada uno mientras fuera se formaban colas. Cohn tenía recetas imprimidas de varios narcóticos, entre los que se encontraban el OxyContin, el Lortab, el Soma y el Xanax. Recetaba las mismas pastillas en las mismas cantidades una y otra vez durante el día, independientemente de la dolencia del paciente: 2,7 millones de pastillas en un año.

El doctor Steven Snyder trabajó para Procter durante varios meses en 1999 hasta que se fue para montar su propia clínica del dolor. A Snyder le revocaron la licencia médica una vez en Indiana y otra en Florida por consumir drogas. Era toxicómano desde hacía muchos años. Sin embargo, en 1997, el estado de Kentucky, sin ser consciente de su pasado, le concedió una licencia como osteópata. Mientras trabajaba para Procter, Snyder estaba enganchado al Lorcet y se inyectaba OxyContin mientras rellenaba recetas de narcóticos diez o doce horas al día. Le contó a un investigador de la DEA que a menudo compartía la receta con sus pacientes para mantener su propio hábito y el de su esposa.

El doctor Fortune Williams trabajó para Procter antes de mudarse a Garrison (Kentucky), donde trabajó en una clínica propiedad de Nancy Sadler, una antigua empleada de Procter. Algunos días, veía pacientes durante noventa segundos, y emitió 46.000 recetas de sustancias controladas (un total de 2,3 millones de pastillas) en nueve meses.

El doctor Rodolfo Santos trabajó un tiempo en la clínica de Procter, durante el que al menos uno de sus pacientes falleció. Un investigador escribió que Santos daba muestras de «total ignorancia, negligencia absoluta e incompetencia total» además de «un nivel de cuidados que no sería aceptable en un estudiante de Medicina de primer curso». Santos dijo que sabía que trataba con pacientes adictos que mentían y que le sacaban drogas mediante engaños, pero que trataba de instruirlos. «¿Quién los va a ayudar?», le dijo al investigador.

A medida que la revolución del dolor se extendía por el país, también lo hicieron las clínicas del dolor: lugares donde las personas que sufrían dolor acudían para recibir tratamiento, la mayoría de las veces en forma de analgésicos opiáceos que la medicina moderna aceptaba ahora. La clínica del dolor se convirtió en un modelo de negocio, que se repetía una y otra vez, y muchas de ellas eran legales. El negocio también atrajo, no obstante, a doctores que, desde el principio, carecían de ética o compromiso. Incluso doctores cuyas intenciones eran, en ocasiones, honorables habían perdido los escrúpulos y se habían torcido por culpa de la tentación y la presión constante de los pacientes con dolor y los adictos en busca de drogas. En ambos casos, muchas clínicas se volvieron lugares donde los doctores dispensaban recetas como si fueran caramelos a cambio de dinero, y empezaron a conocerse como clínicas de pastillas.

Una vez que estos negocios ya estaban en marcha, no se limitaron a recetar analgésicos opiáceos como Vicodin u OxyContin. Tras la estela de David Procter surgió también en la región del Cinturón de Óxido y los Apalaches un gusto por el tipo de fármacos psicoactivos conocidos como benzodiacepinas. El primer benzo fue el Valium, aunque el más popular era el Xanax. Como Procter les enseñaba a sus clientes, las benzodiacepinas combinadas con opiáceos eran especialmente potentes y adictivas. Ambos eran depresores y muy peligrosos cuando se tomaban juntos. Sin embargo, a los adictos les encantaba tomarlos juntos porque los benzos parecían intensificar la euforia de los opiáceos. La receta combinada de opiáceos y benzos causaba furor en las clínicas de pastillas de Portsmouth y otros lugares.

Le pedí a un detective, experimentado en investigaciones realizadas a muchas de estas clínicas, que me describiera la diferencia entre una clínica de pastillas y una clínica del dolor legítima. «Fíjate en el aparcamiento —me dijo—. Si ves colas de gente que espera fuera mientras fuma, si viene el

repartidor de *pizza* a hacer entregas, si hay peleas y atascos (si ves personas en pijama a las que no les importa su apariencia en público), eso es una clínica de pastillas». Y eso es lo que apareció por todo Portsmouth a partir de la primera clínica de David Procter.

Mientras tanto, Procter había llamado la atención de la DEA. La agencia empezó a investigar Plaza Healthcare. Procter se declaró culpable de conspiración para distribuir medicamentos con receta; entonces, se fue a Canadá con una agente de fianzas de Cincinnati que no era su esposa ni su amante unos días antes de ser sentenciado. Fueron arrestados en la frontera canadiense con cuarenta mil dólares y billetes de avión para las islas Caimán. Su abogado, Gary *Rocky* Billiter, les había ayudado a escapar.

Procter fue devuelto a Kentucky, donde ya había testificado contra los doctores Williams y Santos ante el tribunal a cambio de una sentencia más favorable en su causa. Finalmente, cumplió once años en prisión. Santos y Williams también fueron a prisión, al igual que Cohn, Snyder y Billiter.

De esta manera, la era de las clínicas de pastillas dirigidas por doctores de fuera de la ciudad llegó a su fin en Portsmouth (Ohio).

David Procter acabó en la prisión federal y hospital de Lexington (Kentucky), que había albergado en su día la Granja de Narcóticos. Le envié una carta allí cuando cumplía los últimos años de su sentencia y le pedí que me contara su versión de Portsmouth, las pastillas, las clínicas del dolor y su legado. Rechazó la petición, y un año después salió de prisión.

Sin embargo, a medida que la revolución del dolor calaba en el país, Procter y su progenie de médicos le enseñaron a una región abatida un nuevo modelo de negocio. Poco después, algunos de los primeros negocios locales abrieron en Portsmouth, conocidos por los lugareños como «gestores del dolor».

El Hombre, en el corazón del país

Columbus (Ohio)

La ciudad de Columbus (Ohio) es, en muchos sentidos, una buena réplica de Estados Unidos.

Su distribución salarial y su pirámide de población, su perfil étnico y la diversidad de opinión hacen de Columbus un microcosmos de Estados Unidos que los profesionales de la mercadotecnia aprecian especialmente. Hay una numerosa población blanca y un número moderado de negros. A diferencia de otras partes de Ohio, Columbus tiene grupos grandes de inmigrantes —de México, Somalia, Nepal y otras partes de Asia— que llegaron en masa a la ciudad para ocupar los empleos de servicios básicos. Una población numerosa de estudiantes de la Universidad Estatal de Ohio y otras facultades ha mantenido la ciudad animada y bulliciosa.

Parece ser que ninguna ciudad representa más fielmente al país, y por esta razón Columbus (Ohio) es conocida desde hace unos años como la capital del mercado de prueba de Estados Unidos.

Actualmente, ya no es Peoria, sino Columbus la ciudad que los expertos en mercadotecnia utilizan como barómetro de Estados Unidos. White Castle, Wendy’s y más de una decena de otras cadenas de comida rápida tienen su sede allí. Muchas compañías colocan nuevos productos en tiendas de Columbus para evaluar el interés que despiertan allí antes de introducirlos en todo el país. McDonald’s probó la McRib en Columbus, y Wendy’s y Panera han probado prototipos de locales allí también. Los tacos de beicon, lechuga y tomate de Taco Bell se probaron primero en el mercado de Columbus. R. J. Reynolds puso a prueba el tabaco en forma de caramelo mentolado que eliminó el humo que inhalan los fumadores pasivos. El supermercado gigante Market District de Giant Eagle en Columbus prueba conceptos diferentes; entre ellos, la venta de vino por copas.

«Si reunieras todo Estados Unidos, en el centro te encontrarías Columbus. Y creo que eso es lo que la convierte en un mercado de prueba único, en lugar de ser mediocre», contaba un portavoz de la organización de empresarios Columbus Partnership a la CBS News en un reportaje que concluía con esta afirmación del reportero: «Lo que elijan hoy en Columbus bien podría determinar lo que comprarás mañana».

A finales de 1998, el Hombre comprobaba que esto también se cumplía en el caso de la heroína de alquitrán negro, puesto que la recompensa de Columbus, descubrió, era, en efecto, generosa.

Con un área metropolitana de cerca de dos millones de personas, Columbus no era Youngstown ni Cleveland: no había mafias organizadas ni bandas armadas que controlaran el submundo de las drogas. Estaba conectada por autopista con mercados regionales tan lejanos como el de Wheeling, en Virginia Occidental, y el de Lexington y el este de Kentucky al sur. Cincinnati estaba al suroeste. Además, la rodeaban barrios residenciales y pueblos granjeros con dinero. Columbus siempre había sido una ciudad con un nivel de educación alto y una economía de servicios, no industrial. Mientras que partes del estado entraban en algo parecido a una recesión permanente, en Columbus los barrios residenciales crecían y los centros comerciales estaban siempre llenos.

El Hombre vio esto cuando llegó en el verano de 1998, que parece ser el momento en que aparece por primera vez heroína de alquitrán negro en cantidad y de manera constante al este del río Misisipi.

Hasta entonces, el polvo colombiano era lo único que podían conseguir los camellos de Columbus, y normalmente tenían que ir hasta Nueva York y cortarlo antes de venderlo. «Lo cortaban cinco o seis veces —explicaba el Hombre—. Los adictos compraban una bolsa de cien dólares dos veces al día solo para sentirse bien. Compraban una bolsa de cuarenta dólares de las mías y estaban bien todo el día».

La proximidad con México y sus contactos con el suministro de adormidera de Nayarit y los cocineros de Xalisco significaban que podía conseguir la heroína rápido, barata y sin adulterar. Podía venderse droga de una potencia enorme a un precio alarmantemente bajo. Esto le daba al alquitrán negro ventaja a la hora de competir con la heroína de Colombia, la rival más directa de la heroína de México y, por supuesto, con la poca que llegaba de Asia.

El Hombre mandó que le trajeran inmediatamente a dos muchachos más de Xalisco, de modo que ahora tenía tres. Trajo a una mujer de California que alquilaba dos apartamentos a su nombre: uno para los trabajadores y otro para él.

Encontró un concesionario de coches con un propietario dispuesto. Cada dos meses, cambiaba los vehículos. Reemplazó un viejo Honda Accord por un Prelude, y este por un Civic y después por un Camry; de colores blanco, beis, gris. Había dos turnos de conductores: de ocho de la mañana a tres de la tarde y de tres de la tarde a nueve de la noche. Concibieron códigos para los lugares donde se encontraban con los adictos: 1 era un Burger King; 2, el aparcamiento de un Kmart.

Se encargó de formar a los nuevos Muchachos de Xalisco. «Nunca salgáis de casa con nada en los bolsillos. Coge solo lo que te puedas tragar si te dan el alto. Nunca lleves pistola». Un ilegal al que arresten será deportado; un ilegal con una pistola se come diez años.

Algunos aún vestían como solían hacerlo en su pueblo, con botas de vaquero y cinturones con hebilla. «Id a las tiendas del centro —les dijo a dos de ellos un día—. Fijaos en cómo visten a los maniquís de JCPenney. Comprad ropa igual para mezclaros con la gente de aquí».

Insistía en que enviaran dinero a casa cada semana. La mayoría no necesitaba que se lo dijera y enviaba dinero religiosamente a mamá vía Western Union. El Hombre sabía que tendría que oír a los padres de aquellos que no lo hicieran. En el caso de algunos chavales, se encargaba él mismo de enviar dinero a casa de sus padres.

«Vendedle a los blancos; ahí es donde está el dinero —les decía—. No os acerquéis a los negros». No le hizo falta insistir mucho sobre este punto tampoco. Los conductores se habían formado sus propias ideas a partir de la imagen negativa de la población negra que era común en la cultura mexicana, y que estaba, a su vez, reforzada por las historias de los inmigrantes que regresaban de los distritos de Compton, Watts y South Central en Los Ángeles, donde las poderosas bandas de negros aterrorizaban a los mexicanos vulnerables. De modo que los Muchachos de Xalisco se mantenían alejados de los barrios negros; esta era una de las razones por las que, a medida que su sistema se expandía, el alquitrán negro de Nayarit se vendía principalmente a blancos, que eran los que la consumían.

Por lo demás, el Hombre tenía una actitud de «vive y deja vivir». El mercado estadounidense era lo suficientemente grande y el alquitrán negro, lo suficientemente adictivo. Nunca se le pasó por la cabeza vender al por mayor. Con la venta al detalle ganaba casi el triple de lo que habría sacado si vendiera la heroína en grandes cantidades. Tenía a su disposición en Nayarit a un puñado de jóvenes rancheros pobres deseosos de conducir de un lado para otro con globos pequeños en la boca; el riesgo para él era mínimo, y a los conductores solo los deportaban cuando los detenían porque normalmente no llevaban consigo más que una pequeña cantidad de droga. Vender cantidades pequeñas le permitía sacar el máximo beneficio económico de la droga que traía de México. Además, conforme iba contratando a más de estos hombres, mejor se volvía su posición en Xalisco, de manera que, cada vez que regresaba, todos lo respetaban.

Columbus había estado a la cola de la cadena de distribución de la heroína en Ohio. Cuando llegó el Hombre, la heroína era casi un 3 por ciento pura, según me contaron viejos adictos, y aun esa pureza era difícil de encontrar. Durante años hasta su llegada, el único sitio de toda la ciudad de Columbus (Ohio) donde se vendía heroína era una esquina determinada: el cruce entre la avenida Mount Vernon y la calle 20 Norte.

La ciudad había sido siempre, por el contrario, una ciudad de pastillas. Las pastillas eran más fiables que la heroína de baja calidad. «La llegada de la heroína de alquitrán negro a esta comunidad puso en circulación una heroína mucho más pura en el centro de Ohio —me explicaba Ronnie Pogue, cofundador de la única clínica de metadona de Columbus, CompDrug—. El ansia de heroína, que siempre había estado ahí, se disparó inmediatamente porque veías cómo se disparaba también la tasa de sobredosis».

En Columbus estaba la única clínica de metadona que había en un radio de cientos de kilómetros. Mucho antes de que llegara el Hombre, los adictos a opiáceos de la región habían acudido a Columbus a pillar lo que pudieran encontrar enfrente de la clínica. A medida que se fue extendiendo el rumor sobre la buena calidad del alquitrán negro, estos peregrinos llegaron a ser algunos de sus primeros clientes (adictos procedentes de Zanesville, Toledo y Chillicothe, del norte de Kentucky y el oeste de Virginia Occidental). Algunos de sus mejores clientes eran de Ashland (Kentucky), y llevaban años comprando frente a la clínica de metadona de Columbus. Le compraban el alquitrán y se volvían a Ashland a venderlo por el triple.

El alquitrán negro se volvió la comidilla del submundo de la droga en Columbus. Era la heroína más potente que había probado nadie. Además, los mexicanos enseguida contaban con un conductor de repartos en todas las áreas. De esta manera, la heroína se abría camino hasta los chicos de los barrios residenciales. «Dividieron la ciudad en plan: “Domino’s: treinta minutos o menos” —me contó una vez un veterano adicto—. Cuando tienes el mono, eso marca la diferencia. Entonces, cada vez que les encontrabas un cliente nuevo, te daban un globo gratis. Normalmente, siete globos eran cien dólares. Pero si les traías suficiente gente y gastabas con ellos, podías conseguir hasta trece globos por cien dólares».

Con los adictos como nueva fuerza de ventas, el Hombre pasó a ganar tanto dinero tan pronto que podía concentrarse menos en dirigir la célula y más en mandar dinero a México. Para eso, formó una red de mujeres jóvenes. Un sastre de Los Ángeles les hizo corsés con bolsillos que podían alojar cien mil dólares en efectivo. Mandaba a las mujeres en avión a El Paso, desde donde cruzaban el dinero a Ciudad Juárez y, desde allí, hasta Xalisquillo. Durante más de un año, envió a dos mujeres al mes a México con cien mil dólares de puros beneficios procedentes de Columbus (Ohio) apretados en sus corsés.

El producto le llegaba de un hombre llamado Óscar Hernández-García, un miembro del clan de los Tejeda que manejaba un negocio de suministro de heroína desde su apartamento de Panorama City, en Los Ángeles. Hernández-García, conocido como Mosca, había desarrollado un negocio de mayorista y suministraba alquitrán negro a las células de Xalisco desde Portland y Phoenix hasta Columbus y Hawái.

El Hombre usaba el servicio de mensajería de Federal Express para traer el producto desde el apartamento de Mosca en California. Iba hasta allí y compraba un horno pequeño en Target o Kmart, abría la parte trasera y metía la heroína; entonces lo llevaba a FedEx para que se lo empaquetaran. La policía no solía abrir un paquete que hubiera sido preparado por FedEx. Enviaba los hornos a un maleable adicto de Columbus que vivía en el sótano de la casa de sus padres seniles y a quien pagaba con heroína.

Con las cosas yendo como la seda en Columbus, el Hombre se puso a buscar nuevos mercados.

Un adicto, un chaval llamado Mikey, le dijo que la gente de Wheeling, en Virginia Occidental, se volvería loca por el alquitrán negro. Mikey le

presentó a gente de Wheeling y allí el Hombre hizo un descubrimiento sorprendente.

Mikey le presentó a una mujer que rondaba los treinta largos y que era heroinómana. Ella le mostró un frasco de píldoras que quería cambiarle por el alquitrán negro. OxyContin se llamaban las pastillas, le dijo. Él nunca había oído aquel nombre y las rechazó. Sin embargo, le llamó la atención que ella tuviera un coche Dodge Durango nuevo y fuera propietaria de una casa. Nunca había conocido a un heroinómano de toda la vida que tuviera casa y un nuevo SUV. De modo que la escuchó. El OxyContin, le dijo, contenía un opiáceo farmacéutico, un analgésico con receta similar a la heroína. El Hombre llegó a conocer mejor a la mujer. Resultó que ella viajaba por la zona para comprarles a ancianos esas pastillas a buen precio; después, se las vendía a adictos al Oxy de las colinas de los Apalaches. Ella se pagaba la heroína diaria con el dinero.

El Hombre no podía saberlo entonces, pero, cuando llegó en 1998, se adentraba en la mayor área metropolitana de una región de cinco estados donde, tras dos años de campaña promocional de Purdue Pharma, la adicción a los opiáceos había escalado debido al abuso de este nuevo fármaco llamado OxyContin. Por pura buena suerte, por allí cerca estaba Portsmouth (Ohio), donde ignominiosas clínicas del dolor comenzaban a seguir la senda marcada por el doctor David Procter hacia un modelo de negocio nuevo que consistía en rellenarles recetas de millones de estas píldoras a largas colas de adictos. Mientras tanto, la revolución del dolor de la medicina estadounidense estaba en su apogeo. Los especialistas instaban a doctores bien intencionados de todas partes a recetar analgésicos opiáceos para el dolor, convencidos de que, cuando se usaban de esta manera, no eran en absoluto adictivos.

En otras palabras, la parte central de Ohio estaba a punto de convertirse en un sitio genial para ser traficante de heroína.

Una vez que su alquitrán negro llegó a un área donde el OxyContin ya había sembrado el terreno, ya no solo se vendía entre los viejos yonquis consumidos, sino entre chicos jóvenes, muchos de ellos de la periferia, la mayoría con dinero y todos blancos. El Hombre se dio cuenta de que la transición del Oxy a la heroína era natural y fácil. Los adictos al Oxy empezaban por chupar las pastillas y disolver la capa de liberación prolongada que llevaban; lo que les quedaba eran cuarenta u ochenta miligramos de oxicodona pura. Al principio, los adictos machacaban las

pastillas y esnifaban el polvo. Conforme aumentaba su tolerancia, iban consumiendo más cantidad. Para que la pastilla les subiera de golpe, la disolvían y se la inyectaban. Sin embargo, la tolerancia no dejaba de aumentar. El OxyContin se vendía en la calle a dólar el miligramo, y los adictos pasaban enseguida a consumir bastante más de cien miligramos al día. Cuando llegaban a su límite financiero, muchos se pasaban a la heroína, puesto que ya se pinchaban Oxy y le habían perdido el miedo a la aguja.

El alquitrán negro era potente, mucho más barato, y el sistema de reparto lo hacía más fácil de conseguir que las pastillas. Además, el alquitrán se podía fumar, no era necesario inyectarlo, lo que atraía a jóvenes para los que las agujas, al principio, eran anatema. Tal y como el Hombre lo veía, todos los adictos al Oxy eran yonquis del alquitrán en potencia, y había miles de nuevos adictos al Oxy. Lo único que tenía que hacer era trabajárselo.

Sus hermanos nayaritenses bien podrían no haber comprendido esto nunca. Al igual que muchos inmigrantes mexicanos que vivían en enclaves donde solo se hablaba español, no eran conscientes de las tendencias sutiles de la sociedad y la cultura estadounidenses donde vivían. Como traficantes, solo les preocupaba vender su droga y enviar el dinero a casa. Todos los conductores trabajaban durante un corto periodo de tiempo a cambio de un sueldo, estaban allí durante seis o nueve meses, escondidos en apartamentos, y solo sabían unas pocas palabras en inglés («No se fía» o «Quince minutos»), que intercambiaban con adictos desesperados que no hablaban español. Descubrir mercados emergentes requería un hablante de inglés que entendiera la calle.

Al aterrizar en Columbus justo en el momento en que la región que la rodeaba se convertía en la zona cero de la epidemia de opiáceos en Estados Unidos, el Hombre veía oportunidades en desarrollo simplemente porque, como me dijo en una ocasión: «Yo podía hablar con los blancos».

Su llegada fue una coincidencia del destino. Otros traficantes podrían haber cubierto la futura demanda de heroína creada en esta región, la primera donde el abuso de pastillas se había vuelto serio. Tiempo después, muchos lo hicieron. No obstante, pocos estaban tan preparados para aprovecharse de ello, ni eran tan agresivos en sus estrategias de mercadotecnia, ni reponían existencias tan rápido como los Muchachos de Xalisco y el Hombre, que los llevó allí.

Wheeling le enseñó al Hombre que los nuevos mercados se encontraban ahora dondequiera que hubiera pastillas. Mientras los Muchachos operaban la tiendita de Columbus, él encontró un lugar en Carnegie (Pensilvania), una zona residencial de Pittsburgh, lo suficientemente cercana para proveer a otras ciudades como Steubenville y Wheeling.

También le echó el ojo a Nashville. Su población mexicana crecía y se aproximaba a los ochenta mil habitantes. Había oído que la ciudad estaba anegada en OxyContin. Colocó allí a uno de sus conductores de Columbus, junto con un chico nuevo de Xalisco, en una tiendita que poco después iba viento en popa. «Elige la ciudad adecuada y no fallarás», pensaba él. La tiendita de Nashville cubría los gastos de la expansión que tenía en mente hacia la región del medio sur.

Instado por otro adicto, el Hombre viajó a Virginia a través de Roanoke, Richmond y Newport News. Se trataba de otro gran mercado, pero el Gobierno federal tenía demasiadas instalaciones allí. Langley y la base naval lo ponían nervioso. Pasó por Chattanooga (Tennessee), una ciudad con un submundo animado, pero demasiado pequeña. Los mexicanos en coche llamarían la atención. Llegó hasta Pensacola y Jacksonville, pero se marchó.

«Florida está dominada por colombianos, cubanos y puertorriqueños. Esas razas no son comprensivas —decía—. Matar, matar, matar; se piensan que pueden resolverlo todo matando. Yo no estaba dispuesto a matar a nadie por drogas. Probablemente, me pasaría el resto de mi vida enterrado en una cárcel».

También rechazó Filadelfia. Tenía un mercado enorme de heroína, pero estaba controlado por la mafia y las bandas callejeras. Ni siquiera consideró Baltimore o Nueva York. Era una locura pensar que una pandilla de campesinos mexicanos pudiera abrirse paso allí. ¿Por qué querrían hacerlo? El país estaba lleno de ciudades como Columbus: lugares con riqueza donde el número de adictos crecía y no había competencia.

De manera que se fue dibujando el contorno de la nación de la heroína de Xalisco, que se basaba, en gran medida, en el territorio que el Hombre había perfilado al evitar las grandes ciudades, donde el mercado de heroína ya estaba bajo control, y seguir el OxyContin.

Intentó mantener en secreto las tienditas que tenía en el este ante sus amigos nayaritenses. Cuando volvía a Reno o Los Ángeles para organizar entregas, les decía siempre a sus amigos que se iba a trabajar a Nueva York.

Sin embargo, en una ciudad pequeña como Xalisco, la gente hablaba. Tras un año en Columbus, sus conductores volvían a casa para la Feria del Elote y presumían del gran mercado de heroína que se estaban trabajando en el centro de Ohio. Hacia el otoño de 1999, ya había dos bandas más en Columbus. Una la llevaba un antiguo conductor que ahora se aventuraba a ir por su cuenta. Dos grupos más lo siguieron. Había una especie de *ethos* del tipo: «Ve al este, muchacho» que calaba entre los Muchachos de Xalisco. El precio de la heroína en Columbus cayó. Ningún líder de una banda podía cortar la droga a menos que quisiera perder clientes. De manera que el producto seguía siendo igual de fuerte a pesar de ser más barato.

La competencia, como siempre, hizo que las bandas de Xalisco se fijaran en la atención al cliente. Incluso cruzaban toda la ciudad con tal de mantener a un cliente, y regalaban droga a cualquier cliente que diera la impresión de querer dejarlo.

Una mujer a la que conocí, que vivía a cuarenta kilómetros de Columbus, se pasó, en una ocasión, tres días sin llamar para comprar. Un Muchacho de Xalisco la llamó por teléfono:

—Señorita, ¿por qué no ha comprado últimamente?

—No tengo dinero —contestó ella.

Él condujo hasta su casa para entregarle cincuenta dólares de heroína, para la que no le exigió pago. «No, es gratis», le dijo.

«Quería que siguiera consumiendo y comprándole», me dijo ella, que hizo ambas cosas.

Aproximadamente un año después de que el Hombre se estableciera en Columbus, fue hasta Charlotte en busca de mayores beneficios. Los adictos le explicaron que ganaría un millón allí. Nadie del lugar había visto nada como la heroína de alquitrán negro. De hecho, la heroína contaba tan solo con un pequeño mercado en Charlotte. Hizo contactos con yonquis en la clínica de metadona de la ciudad y les dio muestras gratuitas. Poco después, el negocio volvió a florecer. Sacó a un conductor de Columbus y a otro de Nashville y abrió una franquicia de heroína de alquitrán negro en Charlotte.

Un par de semanas más tarde, la familia Sánchez, de los ranchos cercanos a Xalisco, llegó. Llevaban consigo su propio guía adicto: un tipo nativo americano grandullón. Los Sánchez les debían a los adictos su imperio en expansión de heroína. Estos habían guiado a la familia desde San Fernando a Las Vegas; después, a Memphis y Nashville y, desde allí, a Charlotte.

El Hombre no los conocía, tan solo había oído hablar de ellos. Eran primos del difunto David Tejeda, del rancho de Aquiles Serdán, al sur por la carretera de Xalisco. Ahora, estaban también en Charlotte.

Era cuestión de tiempo que sucediera. Después de todo, se trata del libre mercado.

Los cuerpos son la clave del caso

Santa Fe (Nuevo México)

En Chimayó, el dominio de los clanes de la heroína se remontaba a años atrás. No importaba que se hubiera arrestado a miembros de estos clanes, y a sus empleados con ellos. El problema era, según le dijo Chris Valdez a Jim Kuykendall, que ninguno había pasado mucho tiempo en prisión y, después, siempre volvían a casa. Las familias se hacían más fuertes con cada demostración de impunidad. Aun así, los viejos casos despertaban el interés de Kuykendall. Las drogas habían sido confiscadas en todas las ocasiones, y había un historial del control de los clanes que recorría aquellos casos. Kuykendall vio que había una historia que contar. Los testigos, personas que ahora estaban en prisión —adictos o empleados en los peldaños inferiores que podían hablar de los clanes—, habían estado presentes cuando la policía irrumpió en una u otra familia. Además, aquellos que habían muerto de sobredosis de heroína podían hablar desde la tumba, en el caso de que sus seres queridos estuvieran dispuestos a hacerlo. Sus historias podían contar mejor que nadie el alcance del poder de los clanes en Chimayó.

Para Jim Kuykendall, toda esta historia era importante, puesto que formaba un relato del control de los clanes que podía servir de base de una causa federal por conspiración. Formó a un equipo de policías locales y puso en la diana a las principales familias de traficantes de heroína de Chimayó; a Félix Barela en particular, que afirmaba ganarse la vida cortando leña.

Poco tiempo después, Kuykendall informó a agentes federales de rango y a fiscales. El FBI quería designar agentes para realizar escuchas. Kuykendall lo rechazó, las escuchas no eran necesarias: «La clave del caso son los cuerpos —replicó Kuykendall—. Cada uno de ellos cuenta una historia. Hay una historia detrás de quiénes son esas personas, dónde

compraron las drogas y cómo murieron. Es necesario que contemos esa historia».

Consiguió los informes del forense de decenas de casos de sobredosis y los repartió entre los detectives, que peinaron el Valle de Española para entrevistar a las familias de los fallecidos. Años antes, a medida que la heroína de alquitrán negro aceleraba la caída del valle, cada yonqui muerto se había considerado un problema menos. Nadie se había preocupado lo suficiente como para entrevistar a sus familiares. No obstante, Kuykendall creía que las familias eran parte integral del relato de la heroína en Chimayó. Los adictos, incluso aquellos bien entrados en la edad adulta, regresaban a menudo a vivir con sus padres cuando perdían el trabajo, la casa y a su cónyuge. Los padres vivían atormentados mientras sus hijos les robaban, esclavos de la molécula de la morfina. Resultó que muchos padres y hermanos, incapaces de soportar el tormento que se hubiera desatado en caso de negarse —y con el temor de no volver a ver su coche de nuevo si se avenían a prestárselo al familiar—, habían llevado a los adictos hasta las casas de sus camellos.

Se daba la circunstancia de que estos padres estaban ansiosos por hablar. Recibían a los detectives con lágrimas y abrazos; explicaban cómo habían visto a sus hijos desmoronarse sin poder hacer nada. Una madre le pellizcó entre sollozos las mejillas a Kuykendall y le hizo prometer que atraparía a las personas que le vendían heroína a su hijo. Estos padres contaban que, cuando se aproximaba el curso escolar, la familia Barela entregaba listas con la ropa que sus hijos necesitaban. Cuando querían televisiones o equipos estéreos nuevos, se lo decían a los adictos. Enseguida, los yonquis los bombardeaban con pantalones recién robados para sus críos.

Una tarde, Kuykendall fue a visitar a Dennis Smith, un hombre de unos setenta años cuyo hijo, Donald, había muerto. Donald Smith había vuelto a casa de su padre tras una pelea con su novia motivada por su consumo de heroína.

Smith padre le contó a Kuykendall durante la entrevista que una noche, cuando volvían a casa después de una salida, su hijo le había pedido que volvieran a Chimayó para comprar heroína. Amenazaba con saltar del coche si su padre no daba la vuelta. Dennis Smith dijo que llevó a su hijo de vuelta al complejo de los Barela, un lugar donde ya había llevado a su hijo varias veces antes. Dio la vuelta con el coche y se encaminó a casa de los

Barela para comprar la droga de Donald. Encontró el cadáver de su hijo en la camioneta, en la parte de atrás de su propiedad, la mañana siguiente.

Un vecino de Chimayó, George Roybal, les contó a los detectives que él llevaba a menudo a su hermano discapacitado, Ernie, a comprar droga de los Barela y los Martínez. Otra, Lynette Salazar, les explicó que llevó a su hijo, Armando, a una casa del clan, tal y como había hecho en numerosas ocasiones, para cambiar artículos para el automóvil por un chute de heroína, el mismo chute que mató a Armando aquel día.

Kuykendall cogió un avión hasta Montana para visitar a una mujer que había viajado por el valle un otoño. Embrujada por su belleza natural, había decidido quedarse. Se mudó justo al lado de un miembro del clan Martínez. Al principio, le contó a Kuykendall, creía que su vecino de al lado —Jesse *Donuts* Martínez— era líder de los *boy scouts* porque lo visitaban un montón de chavales durante toda la tarde. Poco después, sin embargo, vio a los jóvenes con cinturones alrededor del brazo. Su hijo pequeño empezó a encontrar jeringuillas en el patio. Llamó a la policía y empezó a anotar todos los coches que se detenían: en ocasiones llegaban a treinta al día. Se pasó un año viendo a yonquis que entraban y salían, y que se chutaban en el patio de atrás, a plena vista desde su ventana. Llamó a la policía en innumerables ocasiones; finalmente, se rindió y se mudó a Montana.

Al final, el caso contra los clanes incluía relativamente pocas compras de droga encubiertas. Estaba montado alrededor de testimonios de personas que Kuykendall y los agentes habían localizado. Las familias y amigos de los muertos contaron sus historias ante un gran jurado, y Kuykendall cerró los testimonios con un recuento de la historia de la heroína en el valle y del control de los clanes. El gran jurado imputó a treinta y cuatro personas, entre las que se encontraban Félix Barela, Josefa Gallegos, Fat Jose Martínez y su hermano, Donuts.

A las seis de la mañana del miércoles 29 de septiembre de 1999, una caravana de ocho kilómetros de agentes de seguridad llegó a Chimayó, mientras tres helicópteros zumbaban como libélulas en el cielo. Confiscaron tierras y motocicletas, y el amado *lowrider* de Félix Barela: el Mago. Dos meses más tarde, confiscaron su preciado caballo de carreras castaño claro: Red Hot Mag, que su entrenador había escondido en secreto fuera del estado, pero que había traído de vuelta para la carrera de SunRay en Farmington. Después de que el caballo ganara la octava carrera, Kuykendall y sus agentes pararon al jinete cuando este salía de la pista, le enseñaron

una orden judicial y confiscaron el caballo. Fueron a la oficina del hipódromo y confiscaron, asimismo, los veinticinco mil dólares del premio. Tiempo después, subastaron a Red Hot Mag por quince mil dólares.

Seis hectáreas del complejo de los Barela, donde cientos de adictos solían comprar, fueron cedidas al Club de Chicos y Chicas. Sin tierra, los clanes no tenían base de operaciones. Aun cuando salían de la cárcel, no regresaban a Chimayó.

Pero la historia de los clanes de Chimayó es importante para nuestra historia porque meses antes de aquella redada, en abril de 1999, mientras Jim Kuykendall y su recién designado equipo de agentes escudriñaban el historial de los clanes, apareció un cuerpo en Santa Fe. Un chico mexicano de veintiún años llamado Aurelio Rodríguez-Zepeda, originario de la pequeña ciudad de Xalisco, en el estado de Nayarit, fue hallado en el maletero de un coche, golpeado y ensangrentado.

Por aquel entonces, la ciudad de Xalisco (Nayarit) no les decía nada a los agentes, excepto que se daba la ironía de que era la ciudad hermanada con la cercana Taos, en Nuevo México. Tampoco intrigaba especialmente el asesinato del chico. Sin embargo, el coche en el que se encontró a Rodríguez-Zepeda estaba registrado a nombre de Josefa Gallegos, la matriarca de la heroína de Chimayó. Así que se quedaron con la historia.

Resultó que a Rodríguez-Zepeda lo encontraron con un móvil. Los agentes introdujeron los números encontrados en el teléfono en una base de datos de agentes de seguridad federales. Uno de ellos resultó estar conectado con otro caso relacionado con heroína que el FBI investigaba en Phoenix.

Kuykendall telefoneó al FBI en Phoenix y habló con un agente llamado Gary Woodling.

Woodling tenía una extraña historia que contar. Él formaba parte de un grupo de agentes que seguía la pista de los traficantes de heroína de alquitrán negro del estado de Nayarit (México). Con Phoenix como punto de partida, estos traficantes habían establecido células de venta al por menor de heroína en ciudades medianas de todo Estados Unidos. Tres hermanos de Nayarit dirigían la célula de Phoenix, y parecía que habían decidido que cualquier punto al que US Air volara desde Phoenix era buen sitio para vender heroína. No se trataba de los enclaves tradicionales de la droga, como, por ejemplo, Filadelfia, Miami o Chicago. Por el contrario, decía Woodling, los nayaritenses iban a ciudades como Boise, Salt Lake,

Omaha, Denver, Pittsburgh o incluso Billings, en Montana. De hecho, un agente antidroga de la policía local de Boise, Ed Ruplinger, había llevado a cabo una investigación considerable de algunos de estos tipos, le contó Woodling.

Kuykendall y sus agentes volvieron y revisaron a conciencia los registros telefónicos reclamados como prueba en busca de los clanes de heroína de Chimayó. A partir de los registros se desprende que cuando los clanes querían pedir provisiones, llamaban a un número central, parece que un operador. Este, muestran los registros, llamaba entonces rápidamente al número de Aurelio Rodríguez-Zepeda. Parece que el chico muerto era una especie de repartidor de heroína de alquitrán negro al que enviaban regularmente a suministrar a los camellos de Chimayó.

Kuykendall y los agentes se habían hecho a la idea hacía tiempo de que aquellos que suministraban a los clanes de heroína de Chimayó formaban un grupo aislado de traficantes mexicanos que se habían topado con el fértil terreno para la heroína del Valle de Española. Woodling disipó aquella idea. Cuando la investigación de los Gallegos, los Barela y los Martínez iba llegando a su final, y ocho kilómetros de coches policiales enfilaban dirección a Chimayó aquel día de septiembre de 1999, Kuykendall y sus detectives supieron que se encontraban ante algo más grande.

Enrique, en la cima

Santa Fe (Nuevo México)

Robert Berardinelli reconocía una buena oportunidad cuando se le presentaba. Cuando los mexicanos nayaritenses llegaron a la ciudad, él pensó que era algo bueno.

Berardinelli, cincuentón de calva incipiente que provenía de una familia dueña de una funeraria en Santa Fe, era heroinómano. Llevaba enganchado a la molécula de la morfina desde 1969. En los años setenta, pasaba hierba de contrabando de México y pisó un tiempo la cárcel. Llevaba años desesperado por dejar el caballo, había probado la metadona, pero no le había ayudado. Durante la mayor parte de su vida de adicto, les había comprado droga a varios camellos callejeros de Santa Fe. Era arriesgado. Su familia había ocupado cargos públicos en Santa Fe durante la mayor parte del siglo. Los Berardinelli habían sido jueces, ediles, jefes de correos y tesoreros del condado. Pillar chutes de heroína en la calle a gente que no conocía a él lo exponía a un arresto, y a su familia, a la vergüenza.

Sin embargo, cambiaron muchas cosas en el verano de 1997 —según les contó luego a los detectives— con la aparición en Santa Fe de un grupo de traficantes de heroína procedentes del estado mexicano de Nayarit, guiados por un tipo que a veces respondía al nombre de Enrique.

La heroína había llevado a Enrique a años luz de El Sapo. En aquel avión que salía del aeropuerto de Yuma con dirección a Nuevo México el día que vio a aquellos migrantes rodeados, Enrique supo que este viaje era la oportunidad que había estado esperando. Había sufrido la pobreza de niño, había vendido heroína de chaval en el Valle de San Fernando para tíos que no le pagaban lo suficiente; luego, la había vendido para aquel jefe de Phoenix. Estaba casado y tenía que demostrar muchas cosas. Conocía el negocio y confiaba en sus habilidades para vender y motivar a la gente. Ahora, en 1997, se disponía a empezar su propia célula de heroína.

Antes de marchar de casa, le pidió las bendiciones a sus padres: «No sé si regresaré», les dijo.

Ver a la migra sacar a empellones a aquellos inmigrantes desaliñados del aeropuerto de Yuma le había servido para poner el cierre a los últimos escrúpulos que lo atosigaban por vender chiva.

Llegó a Albuquerque con la intención de convertir la ciudad en la sede de su primer negocio de heroína. Sin embargo, conoció enseguida a un adicto de Santa Fe que le dijo que había muchos trabajadores de la construcción enganchados en esa ciudad. Le dio cinco mil dólares al tipo para que le presentara a algunos adictos. Descubrió que Santa Fe era un mercado abierto de par en par; no había bandas ni competencia. Allí estableció la célula de heroína que, para entonces, ya había sido su meta durante casi la mitad de su vida.

Se trajo a unos chicos del pueblo. Se sintió bien de inmediato: era un empresario, un benefactor. Les enseñó a conducir, a empaquetar la heroína en globos; les enseñó las calles. Les pagaba seiscientos dólares a la semana, más gastos, que incluían la tarifa del coyote por cruzarlos a Estados Unidos. Al poco tiempo, su célula vendía globos por todo Santa Fe, y él regresó a Nayarit.

Empleó a unos veinte chicos durante los tres años siguientes, procedentes de los ranchos más pobres. Estos trabajaban más, no robaban y estaban agradecidos. Algunos querían trabajar durante un tiempo y luego volver a casa para festejar. Otros, tal y como le había pasado a él, querían tener su propio negocio y trabajarían para él solo hasta que consiguieran reunir experiencia y capital. En cualquier caso, veía sus semblantes serios cuando los enviaba a conducir para él por el norte de Nuevo México. Algunos fingían gastar bromas, pero él sabía que era una pose. Él sabía cuánto se jugaban en sus viajes: una camioneta, un trozo de tierra, una chica o la amenaza de muchos años en prisión.

Los Muchachos de Xalisco eran pobres como ratas en Estados Unidos, aunque eso se acababa tan pronto como volvían a casa. Eran hombres jóvenes y tenían ganas de fiesta. A Enrique le gustaba pensar que era un tipo que cuidaba de sus empleados porque él mismo había estado en esa posición. Los llevaba al club de estriptis de El Queros, en Vallarta, con todos los gastos pagados, o a los complejos turísticos de Nayarit. Ningún cultivador de caña de azúcar iba a conseguir entrar nunca en uno de esos sitios.

Mientras tanto, contrató a una muchacha para que ayudara a su madre; le pagó la quinceañera (la tradicional fiesta de cumpleaños mexicana para celebrar la presentación en sociedad de una chica de quince años) a una hermana y la universidad a otra. En el discurso de su fiesta de graduación, esta última le dio las gracias a su hermano por todo lo que había hecho posible. Llevaba a su familia a buenos restaurantes de Tepic, donde se codeaban tímidamente con la clase media de la ciudad.

Él miraba a su alrededor cuando estaba en aquellos restaurantes y se daba cuenta de que la chiva le había permitido, finalmente, cruzar aquel río que separaba el rancho del mundo: «Al menos no voy a morirme sin saber qué hay al otro lado», se decía a sí mismo.

Enrique compró la tierra donde él y su padre habían nacido y contrató a hombres para que ayudaran a su padre en el campo.

Al ver a Enrique con algo de cocaína un día, su padre se llevó a su hijo aparte. «Ten cuidado con eso —le dijo—. No lo tomes». Reconoció que había sido un borracho durante mucho tiempo. Fue la primera vez que le habló a Enrique como un padre debería hablar con su hijo.

—Está todo bien —dijo Enrique—. Pero ¿por qué no me hablabas así antes?

Su padre permaneció en silencio.

—Tienes que cambiar —reprendió a su padre—. Nada de gritos nunca más.

Los padres rancheros no hablaban con sus hijos, resolvían todos los problemas con puñetazos u órdenes. La heroína cambió eso en casa de Enrique.

No obstante, seguía habiendo dolores de cabeza, los típicos a los que se enfrenta cualquier pequeño empresario. Enrique tenía que disponer apartamentos para sus chicos en Santa Fe, tenía que comprarles móviles nuevos y teléfonos Nextel. Cuando un policía paraba a uno de sus conductores, el coche en el que iba se volvía inservible. Encontrar empleados nuevos no era tan difícil; muchos hombres llamaban a su puerta en el rancho para pedir trabajo. Sin embargo, asegurarse de que eran dignos de confianza, llevarlos al norte y formarlos, eso era una carga, y cara, además. Él vivía en el rancho, pero siempre regresaba a Santa Fe para supervisar, hacer cambios, reunir a sus empleados y dejar las cosas claras.

Al poco de estar en Santa Fe, descubrió el inmenso mercado de heroína que había en la pequeña Chimayó, cuarenta kilómetros al norte. Estaba

contento con proveer a los clanes. Con su heroína de alquitrán negro, la ciudad que había sobrevivido a décadas de adicción a la heroína empezaba a sucumbir. El 2 por ciento de la población —ochenta y cinco personas, muchos de ellos soldados veteranos adictos que habían sobrevivido durante años con la heroína más débil— murió de sobredosis de alquitrán negro en el transcurso de tres años.

Las redes de Enrique también cambiaron el mundo de la heroína de Santa Fe. Ahora, lo único que Robert Berardinelli tenía que hacer era marcar un teléfono. Estos nuevos mexicanos tenían un servicio de reparto solo de heroína. Como la *pizza* .

Durante años antes de que llegaran los mexicanos, el caballo había sido un polvo parduzco que vendían los yonquis después de cortarlo; la calidad variaba mucho de una semana a otra. Sin embargo, los tipos de Nayarit no cortaban la heroína; siempre se cuidaban de entregar solo globos que contuvieran un peso estándar de heroína de alquitrán negro, que tenía una potencia consistente. Lo más sorprendente es que no consumían su producto. Todos los camellos que Berardinelli había conocido hasta aquel momento consumían, y estaban dispuestos a cortar su caballo. Sin embargo, estos tipos no tenían ningún interés en consumir; solo parecía interesarles ganar dinero.

«Siempre había soñado con eso: “Me voy a desenganchar y voy a ganar dinero haciendo esto” —decía Berardinelli—. Todos los yonquis que he conocido tenían este plan, pero nunca lo llevaban a cabo. Estos tíos estaban cumpliendo el sueño de todo drogadicto».

Para Berardinelli y los drogadictos de la calle, aquellos globos nayaritenses se volvieron igual de fiables que una lata de Coca-Cola o un cartel del Holiday Inn: siempre sabías lo que te ibas a encontrar dentro.

Un día, los mexicanos le preguntaron a Berardinelli si les podía conseguir un coche. Le pagarían en heroína si aceptaba ponerlo a su nombre. De esta manera, Robert Berardinelli se adentró en otra vida, la de facilitador para una célula de traficantes de heroína de Xalisco (Nayarit). Les cobró tres gramos por poner el coche a su nombre y otros dos por asegurarlo.

Entonces los trabajos se multiplicaron. Le pidieron que enviara dinero a México, cosa que hizo. Puso los buscas y los teléfonos a su nombre y recibió su pago en heroína. En algunas ocasiones, recibía alguna llamada de la policía, que le decía que un coche registrado a su nombre estaba siendo usado por mexicanos a los que paraban por exceso de velocidad. Él iba a

recuperar el coche, y los mexicanos le pagaban con heroína. Cuando le pidieron que buscara un apartamento para un conductor, les cobró un gramo por encontrar el sitio, dos gramos por rellenar la solicitud de arrendamiento y otro gramo y medio por poner los suministros a su nombre.

Mientras tanto, los conductores iban rotando cada tres meses. «Les enseñaban las rutas —me explicó Berardinelli cuando lo localicé catorce años después en Santa Fe—. Subían, hacían dinero y se largaban, y no los volvías a ver más. Algunos regresaban seis meses después. No eran más que críos que intentaban ganar dinero, el rollo del sueño americano. Decían que eran de Nayarit. Hablaban del poco dinero que ganaban allí y de lo genial que era poder venir, salirse con la suya y ayudar a sus familias. En su tierra eran campesinos, cualquier cosa que pudieran hacer sin tener muchos estudios».

En una ocasión, Berardinelli conoció a Enrique, que tenía pinta de ser el jefe, en un concesionario. Quería cambiar un Nissan por un Cadillac. Berardinelli firmó el acuerdo de compra y Enrique le dio cinco gramos de heroína.

Berardinelli hablaba poco español. En un periodo de nueve meses, Enrique lo visitó con frecuencia, normalmente con una petición (poner un coche o un móvil a nombre de Berardinelli). Siempre venía con droga gratis. Berardinelli recordaba que a Enrique le gustaba dárselas de tipo duro al principio y venía normalmente con un séquito de tres o cuatro. Luego se relajó cuando descubrió que Berardinelli era un antiguo contrabandista. Berardinelli les contaba historias sobre pasar hierba al sureste de El Paso en aviones pilotados por expilotos de la guerra de Corea y les ofrecía Coca-Cola, ya que parecía que no bebían. Nunca los vio colocados.

«Por el modo en que se llevaba este negocio, todo era mucho más relajado —decía—. No había ese punto de miedo. La droga nunca se cortaba; recibías lo que pagabas. Para un drogadicto como yo, era genial. Yo pasé de pelearme cada día para pillar mi droga a tener todo el caballo del mundo; y lo único que tenía que hacer es poner mi nombre en un montón de documentos. Me daban todo ese caballo por hacer cosas que había dicho que nunca haría: comprarles automóviles y alquilar apartamentos. Cuando estás colgado de esa mierda, no piensas con claridad. La razón se va al garete. Pones en riesgo los límites de tu moral. Lo único que tenía que hacer era llamarlos y me daban lo que quisiera. Mi adicción se volvió cada vez

peor, al igual que la de mucha gente en el norte de Nuevo México cuando llegaron allí».

Heroína como si fueran hamburguesas

Los Ángeles (California)

Un día de enero de 2000, un centenar de agentes federales y de policía de veintidós ciudades se reunieron en el cuartel de la DEA de Los Ángeles.

Paul *Rock* Stone venía de Portland. Jim Kuykendall llegó desde Albuquerque. Otros vinieron de Hawái, Denver, Utah, Phoenix y otros lugares para discutir un entramado de investigaciones llevadas a cabo a los traficantes de heroína de alquitrán negro en Estados Unidos. Estas investigaciones parecían, tiempo atrás, entidades separadas, como si los narcotraficantes hubieran surgido como setas en Maui o Denver. Sin embargo, en 1999, los agentes de la DEA de Los Ángeles habían recibido información acerca de un traficante de heroína de San Diego al que proveía una pareja que vivía en un apartamento del distrito de Panorama City, en el Valle de San Fernando. Los agentes consiguieron una orden para ver los registros telefónicos de la pareja.

Se daba la circunstancia de que Óscar Hernández-García y su mujer, Marina López, eran de Xalisco (Nayarit). Los agentes se enteraron de que Hernández-García llamaba a números de todo Estados Unidos desde aquel apartamento. Le pincharon los teléfonos. Lo oyeron cerrar envíos de alquitrán negro, normalmente empaquetados en el interior de algún horno eléctrico. Entre las personas con las que hablaba Hernández-García habitualmente estaba el Hombre, que necesitaba abastecer sus tienditas de Columbus, Nashville, Wheeling y Charlotte. Hablaban sobre los paquetes en camino. En algunas ocasiones, el Hombre rastreaba en inglés con Federal Express el paradero de paquetes que se habían extraviado.

La lista de ciudades a las que llamaba Hernández-García era extensa. Cada vez que surgía una nueva ciudad, los agentes contactaban con sus colegas en ellas.

En el cuartel de la DEA en Arlington (Virginia), un supervisor llamado Harry Sommers veía cómo estos casos de heroína iban creciendo por todo el país. El trabajo de Sommers era coordinar investigaciones muy extensas de la DEA conforme iban creciendo. Los nayaritenses le llamaron la atención simplemente por el número de ciudades involucradas. La mayoría de los casos parecían ser poco importantes, con poco más que unos gramos de heroína implicados. Lo que sí era nuevo, no obstante —y que captó la atención de Sommers más allá de la extensión de los casos—, era el hecho de que la heroína fuera mucho más potente que la que podía encontrarse normalmente en la calle y, sin embargo, se vendía más barata que nunca. Asimismo, los camellos eran todos de Nayarit y, conforme llovían los casos, parecía que estaban por todo Estados Unidos.

Habían llegado hasta Boise (Idaho), lo que sorprendió a Sommers. Un poco antes, Ed Ruplinger había cerrado su caso y arrestado a seis conductores y mensajeros de Polla en Boise. Polla —César García-Langarica— estaba en Los Ángeles en aquel momento. Un fiscal federal no mostró interés entonces por llevar la causa a California u otros lugares donde Ruplinger había localizado las células del narcotraficante. Es de suponer que Polla vive ahora en Nayarit; en Boise le espera una imputación si vuelve a Estados Unidos. Pero, en aquel momento, Ruplinger no conseguía que nadie viera que Boise era, en realidad, una pequeña pieza de un puzle más grande.

Hacia 1999, sin embargo, esa actitud estaba cambiando.

Sommers no había visto jamás un sistema así en Washington. Estas células de heroína de Xalisco competían entre sí y, aun así, se prestaban droga los unos a los otros cuando los suministros escaseaban. Estaban todos conectados, pero era fácil no ver esas conexiones si observabas cada caso individualmente. «Tenías que mirarlo muy de cerca», decía Sommers.

Él fue el organizador de la reunión de detectives de enero en el cuartel de la DEA de Los Ángeles, y bautizó la operación con el nombre de Pozo de Alquitrán.

Aquella reunión puso de manifiesto de forma gráfica el alcance nacional de los Muchachos de Xalisco por primera vez. En Portland, los hermanos Tejeda-Cienfuegos ya estaban en el punto de mira de algo llamado Operación Nytar. En Hawái, se había dado un caso extraño de violencia entre los trabajadores de la célula que David Tejeda había empezado años antes. La dirigían dos de sus primos, que fueron asesinados en 1997 por sus

conductores, a los que no habían pagado. En Phoenix, el FBI les seguía la pista a varios hermanos, los Vivanco-Contreras, que tenían tienditas en Arizona y otros estados, y que a veces suministraban a Enrique en Santa Fe. Óscar Hernández-García los proveía a todos ellos, y a muchos otros, desde su apartamento de Panorama City. Tenía hermanos que eran cocineros veteranos de heroína allá en Xalisco y lo mantenían abastecido.

En la reunión de Los Ángeles, un agente de cada ciudad se puso en pie y describió la investigación local, lo que cada uno de ellos había observado. La misma historia se repetía una y otra vez: los conductores trabajaban durante unos meses recorriendo ciudades medianas de Estados Unidos con la boca llena de globos. Pillaban a los conductores con cantidades pequeñas de droga, por lo que eran deportados normalmente sin haber pasado mucho tiempo en prisión. Las células seguían el método de entrega «justo a tiempo», como una corporación multinacional. Se imaginaban que cualquiera que quisiera comprar más de unos pocos gramos era policía.

«Resultaba inquietante comprobar lo uniformes que eran las historias de una ciudad a otra —decía Rock Stone—. Lo que se ve en Portland es lo que se ve en Los Ángeles y lo que se ve en Denver. Estos Muchachos de Xalisco se rigen por el mismo manual. No podías evitar ver lo corporativos que eran los tipos, cómo seguían el mismo patrón. Es como un McDonald's, donde la hamburguesa que te ponen en Luisiana es la misma que te dan en California».

Aun así, no había nadie que fuera el cabecilla. Más que de una gran organización, los agentes pensaban que se trataba de un conglomerado de células dirigidas por pequeños emprendedores diferentes, todas con empleados, todas formadas por personas que se conocen entre sí a través de contactos en el municipio de Xalisco. Puede que Hernández-García los abasteciera a todos, pero eso no significaba que él diera las órdenes ni que le enviaran los beneficios. Las escuchas telefónicas lo dejaban claro. Él era un simple mayorista; ellos eran minoristas concentrados en los costes y beneficios, así como en ser eficaces mediante la tecnología, como cualquier otro negocio. La evolución de los teléfonos con el método «pulsar para hablar» de la compañía Nextel a finales de los años noventa fue un ejemplo de esto. Permitía a los conductores monitorizar a sus conductores y asegurarse de que trabajaban durante el día.

Aquel día, en la sala de Los Ángeles, Jim Kuykendall escuchaba y recordó aquel primer encuentro en Chimayó de un año antes, asombrado

por hasta dónde había llegado esto. Todo el asunto era como una tela de araña, y por eso era más flexible y resistente que las jerarquías rígidas de tantas organizaciones de narcotraficantes mexicanas.

Y todo conducía a aquella pequeña ciudad de uno de los estados de México más pequeños.

Pozo de Alquitrán

Panorama City (California)

«¡Me estás engañando, cabrón!», le gritaba una mujer por teléfono a su marido en México.

Marina López estaba furiosa. Ahí estaba ella, en un apartamento cochambroso, haciendo paquetitos de heroína todo el día. Su esposo, Óscar Hernández-García, estaba con sus amoríos en Xalisco, y ahora le llegaban los cotilleos a Marina hasta Panorama City.

La pelea fue subiendo de tono: «¡Ya está bien, mujer! —le gritó Hernández-García por teléfono—. ¡Ya no vuelvo más, me quedo aquí!».

Había agentes antidroga que escuchaban sin que la pareja lo supiera. La trifulca conyugal fue una sacudida por todo el país hasta los niveles más altos de los cuerpos de seguridad de Estados Unidos.

Era el 12 de junio de 2000. Para entonces, el caso llamado Operación Pozo de Alquitrán había alcanzado más partes de Estados Unidos que cualquier otra investigación de drogas en la historia del país. La redada estaba programada para tres días después. El primer imputado, el acusado principal, el tipo alrededor del cual se había construido todo el caso, era Óscar Hernández-García, que suministraba heroína a todo el país desde su apartamento de Panorama City.

La fecha del 15 de junio para la redada la habían determinado semanas antes altos cargos del Departamento de Justicia de Estados Unidos en Washington, que tenían la tarea de coordinar decenas de agencias de seguridad de ciudades de todo el país. Pero requería, prácticamente, la presencia de Óscar Hernández-García en Estados Unidos. Y ahora parecía que una riña marital lo iba a retener en México. Dadas las relaciones tan frías que hay entre los dos países en lo que respecta a las extradiciones de criminales, podría quedarse para siempre fuera del alcance de la justicia estadounidense.

Lisa Feldman, la fiscal federal a cargo del caso en Los Ángeles, se comunicó por teléfono con altos cargos en Washington.

—No podemos cambiar la fecha —le dijeron.

—Pero se trata del principal acusado.

—Hemos comprometido demasiados recursos. Lo sentimos. Tiene que ser ese día.

Durante los tres días siguientes, Feldman y los agentes estuvieron pendientes de un hilo con la esperanza de que Óscar y Marina se reconciliaran. Y así lo hicieron. Óscar Hernández-García se subió a un avión camino de Los Ángeles. Horas después, una unidad de élite entraba en su apartamento. Encontraron heroína en el friegaplatos y dinero en un bote de leche de fórmula. En ese mismo momento, agentes federales y policías locales entraban en bandada en apartamentos de Cleveland y Columbus, en Salt Lake City y Phoenix, así como en Maui, Hawái.

Aquella mañana, en Portland, ciento ocho agentes se encontraron en una cavernosa sala de conferencias de un hotel del norte de Portland para hablar de cómo entrar en dieciocho residencias y en otros quince coches. Rock Stone se pasó la mayor parte de la noche despierto revisando las escuchas de los Muchachos de Xalisco, con miedo a que se le hubiera escapado algo. Para entonces, había ubicado a estos nayaritenses en veintisiete ciudades de veintidós estados; una corporación de narcóticos masiva, aunque dispersa, diseñada para asemejarse a una colección heterogénea de camellos callejeros y que no se parecía en nada a ninguna red de narcóticos que conociera.

Al suroeste de Albuquerque, a las seis de la mañana, Jim Kuykendall y otros agentes irrumpieron en una casa de adobe de dos plantas donde vivía entonces Enrique con una novia y los hijos de ella. Arrestaron a otros seis de sus conductores.

Tiempo después, Kuykendall se sentó a hablar con Enrique: «Él se retrataba a sí mismo como un pobre tipo de una pequeña población de México que intentaba ganar unos cuartos, como si no hubiera nada muy malo en lo que hacía —recordaba Kuykendall—. Un padre de familia que cuidaba de su familia y sus hijos. Yo había hablado con demasiadas de las chicas con las que se había acostado para creerme aquello. Era un campesino… y un traficante de nivel intermedio».

Enrique pasó los trece años siguientes en una prisión federal de Estados Unidos.

Aquel día, fueron arrestadas por todo el país 182 personas en doce ciudades en el marco de la Operación Pozo de Alquitrán. Los agentes incautaban pequeñas cantidades de droga y efectivo: treinta kilos de heroína y doscientos mil dólares. No obstante, Pozo de Alquitrán sigue siendo el mayor caso —en términos geográficos y de los recursos humanos empleados— que la DEA y el FBI hayan elaborado nunca juntos.

«Esta era la primera vez que veíamos una organización criminal de narcotraficantes que iba de costa a costa, y que llegara a Alaska y Hawái», dijo el administrador de la DEA, Donnie R. Marshall, en una rueda de prensa.

La redada reflejaba el alcance de la inmigración mexicana. Los inmigrantes mexicanos se extendían ahora de costa a costa también. Formaban las clases trabajadoras de Carolina del Norte, Alaska, Idaho, Minnesota y Nevada. Los mexicanos conformaban el mayor influjo de mano de obra extranjera al sur de Estados Unidos desde la época de la esclavitud. Estaban en las mayores ciudades y revitalizaban partes del corazón de Estados Unidos. Los únicos negocios nuevos de propiedad local en muchas poblaciones rurales eran aquellos que abrían mexicanos, y era común en el año 2000 encontrar restaurantes mexicanos en Misisipi o en una aldea remota de Tennessee.

Esto también quería decir que los traficantes mexicanos tenían más lugares donde integrarse. Las cosas no eran así ni aun cinco años antes. Sin embargo, hacia finales de los años noventa, cuando la inmigración mexicana estaba prácticamente por toda la nación, las redes de drogas mexicanas de alcance nacional eran posibles también. No había sucedido nada igual en la historia del crimen organizado de Estados Unidos. Ni la mafia italiana lo había hecho, mientras que la Operación Pozo de Alquitrán había demostrado que los Muchachos de Xalisco, sí.

Ellos representaban una nueva clase de narcotráfico en Estados Unidos. Los Muchachos de Xalisco no eran la General Motors de las drogas. Tuvieron éxito porque eran el Internet del caballo: una red de células sin nadie a cargo de todas; con conductores que entraban y salían, que se complementaban entre sí mientras competían para conseguir los últimos veinte pavos de un yonqui —eso sí, sin pistolas—, y que, al menor atisbo de acercamiento de los cuerpos de seguridad, cerraban los teléfonos igual de rápido que se cierra una página web.

De vuelta en Xalisco aquel agosto, la Feria del Elote estaba muerta. Las bandas de música llegaron a la ciudad y se marcharon con las manos vacías. La mayoría de los dueños de las células se fueron a Guadalajara, pues creían que estaban en alguna lista de la DEA o el FBI. El Hombre se dio a la fuga, pero regresó a Xalisco justo antes de la feria: «La ciudad estaba desierta —contaba—. Nadie salía a la plaza».

A él lo arrestaron en Carolina del Sur dos años después y fue a prisión. La causa contra él se basaba principalmente en las escuchas de sus conversaciones con Hernández-García y con FedEx, en las que seguía el paradero de aquellos paquetes de hornos rellenos de heroína de alquitrán negro.

En Portland, Rock Stone montaría dos operaciones más contra los Muchachos de Xalisco que tenían como objetivo un videoclub y una tienda de vestidos de novia que enviaban el dinero de los conductores a Nayarit y que vendían a las redes de Xalisco sus indispensables móviles y buscas. Encontró un apartamento que tenía 155 coches registrados y lo cerraron también.

Por el camino, sin embargo, llegó a una conclusión serena. No se trataba únicamente de que los conductores de Xalisco fueran reemplazados continuamente, sino de que, aunque Stone hubiera continuado con el ataque al nivel administrativo de estas bandas de heroína de Nayarit, los administradores también habrían sido reemplazados rápidamente. Nunca había visto esto en la unidad antidroga. Los confidentes le habían dicho que solo el clan Tejeda-Sánchez —con los Lerma, Díaz, Bernal, Cienfuegos, Hernández y García, entre otros— lo formaban más de doscientas personas allí en Nayarit; y que cualquiera de ellas podía entrar en una célula de heroína de Portland como jefe de ventas regional o supervisor.

Eso no era todo, no obstante. Por el horizonte se cernía un espectro aún más perturbador que las cuadrillas rotatorias de gerentes de franquicias de heroína, por rara que resulte esta idea. Mientras se desarrollaba la Operación Pozo de Alquitrán, por el este se levantaba una oleada de abuso de opiáceos que generaba grandes cantidades de nuevos adictos en su marcha hacia el oeste de Estados Unidos.

PARTE II

Preguntas de hace dos mil años

Boston (Massachusetts)

Un día de primavera de 2000, el doctor Nathaniel Katz salió de su clínica del dolor y cruzó el río Charles en dirección a un hotel en Cambridge. Trescientos médicos e investigadores que asistían a una conferencia sobre enfermedades infecciosas esperaban su llegada.

Katz había ejercido como especialista en dolor durante casi una década. Había accedido a hablar en la conferencia sobre cómo gestionar el dolor en los pacientes con sida. Atravesó el Hotel Royal Sonesta con su mejor traje, una etiqueta identificativa en el pecho y un carrusel de diapositivas bajo el brazo.

«Estaba nervioso. Había una joven muy guapa. Yo estaba medio pendiente de ella. Se acerca a mí y me pregunta: "¿El doctor Katz?", y pienso: "Genial, mi primera fan y resulta ser una joven hermosa". Estoy listo para recibir adulaciones. "¿Nathaniel Katz?", dice ella. "Así es", le contesto yo. Y me dice: "Llevo diez años esperando para decirle esto: usted mató a mi hermano, Peter"».

Nathaniel Katz había crecido en un apartamento de Coney Island, cerca de las vías elevadas. Sus padres, judíos de Europa del Este, sobrevivieron al Holocausto y llegaron a Nueva York en 1948. Su padre trabajaba como químico para las autoridades locales de tráfico. Katz terminó el instituto a los dieciséis años y una diplomatura a los veinte y, a continuación, entró en la facultad de medicina. En 1986, ya se había licenciado y estaba interesado en estudiar el sistema nervioso, por lo que pasó tres años en Neurología con una beca de investigación. No tenía ningún tutelaje en gestión del dolor. Nadie lo tenía en la facultad de medicina: «Solo porque sea un problema con el que todos los doctores se enfrentan cada día —decía—, no significa que te lo encuentres en la facultad de medicina».

Le sorprendía, como joven neurólogo, encontrar dolor por todos lados. Dolor de espalda, de cuello, de cabeza, muscular, dolor asociado a la esclerosis múltiple, al párkinson o a un derrame cerebral. Los pacientes casi lo agarraban de la bata mientras le pedían ayuda para aliviar su dolor: «No dejaba de ver a estos pacientes y no sabía qué hacer con ellos», decía.

Casualmente, Katz hizo las prácticas durante los primeros años del debate en la medicina estadounidense sobre los opiáceos y el dolor. Por todos lados se citaba la idea, sacada no intencionadamente de la carta de un párrafo que Hershel Jick había publicado años antes, de que menos del 1 por ciento de los pacientes con dolor a los que se recetaban opiáceos desarrollaba una adicción.

Cuando Katz estaba inmerso en su periodo de prácticas, ya había emergido una nueva creencia popular. Katz recuerda que era algo así: «No solo está bien, sino que es nuestra misión sagrada curar al mundo del dolor, para lo cual hay que abrirle los ojos a la gente ante el hecho de que los opiáceos son seguros. Todos aquellos rumores sobre adicción se equivocaban. La solución estaba en una planta de opio. Había estado allí todo el tiempo. Las únicas razones por las que no la usábamos eran el estigma y el prejuicio. Una vez que quedó claro que los pacientes con dolor no se iban a volver adictos, nos sentimos libres de usar aquella solución que había estado todo el tiempo en nuestras manos. Mi director de la beca llegó a decirme: "Si sientes dolor, no puedes volverte adicto a los opiáceos porque el dolor absorbe toda la euforia". Ahora miras atrás y suena tan absurdo… Eso es exactamente lo que la gente pensaba. Puedes pensar lo que quieras ante diez mil años de realidad».

No obstante, Katz, joven y diligente, recetó opiáceos. Ni que decir tiene que a algunos pacientes la droga les fue bien, tal y como le habían dicho sus instructores. Sin embargo, se dio cuenta de que a otros tantos no les iba nada bien. Se les acababa el fármaco antes de que pasara el mes y pedían más: «El verdadero problema estaba en algo que yo no podía ver. ¿Qué hacía el paciente con la medicación cuando salía de aquí?».

Entonces, Katz conoció a Peter. Peter padecía de incontinencia y tenía adormecidas las piernas como resultado de una lesión en la parte inferior de la médula espinal. Peter, además, estaba desempleado y era alcohólico.

En aquel momento, los especialistas en dolor y los especialistas en adicciones rara vez se cruzaban. Aun hoy, a pesar del movimiento nacional que defiende que se trate el dolor con drogas adictivas, llama la atención

que las dos especialidades sigan sin tener mucho contacto; no hay conferencias conjuntas donde ambas especialidades puedan encontrarse.

De modo que, a pesar del historial de abuso de sustancias de Peter, Katz le recetó opiáceos. Poco después, Peter pedía más antes de que acabara el mes. Katz dudaba, pero Peter era un tipo locuaz. Cautivaba al doctor y cada mes salía de la consulta de Katz con más medicación.

«Me encontraba ante el dilema con el que se encuentran los doctores que extienden recetas —decía Katz—. ¿Cuál es la naturaleza del problema? Si es un problema de abuso, el paciente no te lo va a decir».

Antes de que Katz tuviera tiempo de descubrirlo, Peter murió de una sobredosis de la medicación que el joven doctor le recetaba. Su muerte fue un punto de inflexión para Nathaniel Katz: «Estaba muerto, y a mí me caía bien y quería ayudarlo».

Katz se hacía dos preguntas: ¿son seguros los opiáceos cuando se usan para tratar el dolor crónico?, ¿son eficaces para tratar ese tipo de dolor? Katz rebuscó en la literatura médica y no encontró nada al respecto.

«No hay ni una investigación sobre el tema. Todos estos denominados expertos en dolor están muy entregados y me han enseñado que los opiáceos no son tan adictivos como pensábamos. Pero ¿en qué se basa eso? No se basa en nada. Yo sentía que había destapado el problema de nuestra era y del año 500 a. C.: ¿cuáles son los riesgos de los opiáceos? No había respuesta a esas preguntas a pesar del hecho de que la gente se las haya estado formulando durante 2.500 años».

Para cuando llegó el año 2000, ya se había completado la revolución del dolor en Estados Unidos. La mayoría de los cien millones de pacientes con dolor crónico que había en el país recibían ahora analgésicos opiáceos, puesto que se aceptaba sin cuestionar que casi ninguno acabaría siendo adicto. Por lo general, no obtenían las recetas de especialistas en dolor. Por el contrario, las recetas solían venir de médicos de familia con poco tiempo y poca formación en la gestión del dolor; el tipo de doctores a los que dirigía Purdue Pharma su campaña de ventas. Los doctores recetaban pastillas cuando se sacaban las muelas del juicio, para el síndrome del túnel carpiano, dolores de rodilla, dolor de espalda crónico, artritis y dolores de cabeza agudos. Los jugadores de fútbol americano y *hockey* las tomaban para los hombros dislocados. Enviaban a la gente a casa con botes de noventa pastillas de Vicodin o sesenta de OxyContin. En muchos casos, como en el de pacientes que se recuperaban de una operación, seis pastillas

ya habrían bastado, pero a menudo los doctores querían evitar futuras visitas del paciente. ¿Por qué no iban a recetar más pastillas si ahora casi nunca causaban adicción cuando se usaban para el dolor?

Los estadounidenses disfrutaban de una era de consumismo exacerbado basado en una inmensa deuda y un valor de la vivienda por las nubes que parecía crecer hasta el infinito. Era una época en que el país parecía una tierra de sueños donde las viejas reglas, las constricciones y el conocimiento ya no eran relevantes. Al mismo tiempo, crecía una cultura de consumo de opiáceos a partir de una revolución médica que consideraba que dichos narcóticos podían utilizarse ahora para tratar el dolor sin miedo a la adicción; en otras palabras: que las viejas reglas, constricciones y conocimientos ya no eran relevantes.

La producción farmacéutica mundial de opiáceos creció de manera constante. Sin embargo, era Estados Unidos, el país donde el inglés Robert Twycross olfateó en una ocasión el miedo a la adicción al poner un pie fuera del avión, el que ahora consumía el 83 por ciento de la oxicodona mundial y el 99 por ciento de la hidrocodona (el opiáceo presente en el Vicodin y el Lortab). «Gramo a gramo —escribieron un grupo de especialistas en la revista *Pain Physician* en 2012—, los estadounidenses consumen más fármacos narcóticos que ninguna otra nación del mundo».

Los fármacos que contienen hidrocodona se convirtieron en los más recetados en Estados Unidos (136 millones de recetas al año en el momento de escribir esto), mientras que los analgésicos opiáceos se convirtieron en el tipo de fármacos más recetados: las ventas de estos últimos se cuadruplicaron. Las ventas de oxicodona —la droga presente en el OxyContin, que también se vendía en pastillas genéricas con dosis menores — prácticamente se multiplicaron por nueve entre 1999 y 2010.

El nivel creciente de opiáceos se extendió por todos los rincones de la nación. Poco después, emergió un mercado negro de pastillas que era mayor de lo que se hubiera visto antes en el país. El OxyContin tuvo enseguida un precio en la calle: un dólar el miligramo, de modo que cada pastilla costaba cuarenta u ochenta dólares. Entre 2002 y 2012, veinticinco millones de estadounidenses consumieron pastillas sin receta con fines no médicos. En medio de todo esto, las personas que abusaban de los opiáceos eran cada vez más jóvenes. En una encuesta de 2004 realizada por la Administración de Salud Mental y Abuso de Sustancias (SAMHSA, por sus siglas en inglés), 2,4 millones de personas con edades que iban desde los doce años

en adelante habían consumido un analgésico con receta con fines no médicos por primera vez durante el año anterior, un número mayor que el de personas que se estima que consumieron marihuana por primera vez. La edad media de los que abusaban de los analgésicos era de veintidós años.

Las sobredosis de opiáceos subieron de diez al día en 1999 a una cada media hora en 2012. El abuso de analgésicos con receta estaba detrás de 488.000 visitas a urgencias en 2011, casi el triple que siete años antes.

La metadona genérica, que durante años había sido una droga empleada estrictamente para el mantenimiento del adicto, empezaba de pronto a matar también. A medida que se propagaba la cobertura de los medios al abuso de OxyContin y las sobredosis, algunos doctores empezaron a recetar metadona contra el dolor para sustituirlo. La mayoría de los doctores sabían que la metadona permanece en el sistema sanguíneo hasta sesenta horas. Un adicto que toma metadona podía llevar una vida rutinaria sin el deseo punzante de volver a consumir cada pocas horas que provoca la heroína, que actúa más rápido. En consecuencia, algunos doctores se imaginaron que la metadona era un analgésico con el mismo efecto prolongado. La metadona era, asimismo, genérica y barata, las aseguradoras la cubrían. Las recetas de metadona se multiplicaron al menos por cuatro —pasaron de menos de un millón en 1999 a 4,4 millones en 2009 en todo el país—, sobre todo para los dolores de cabeza y dolores corporales.

Muchos doctores, sin embargo, no entendían que la metadona, a pesar de tener efecto duradero y, por ello, ser eficaz como droga de mantenimiento, no era un analgésico de liberación prolongada. Aliviaba el dolor durante tan solo unas horas. De manera que los pacientes tomaban cada vez más durante el día para mitigar el dolor. La droga se acumulaba en el cuerpo y provocaba sobredosis. A medida que las recetas de metadona aumentaban, también lo hacían las sobredosis que provocaba la droga: de 623 en 1999 a 4.706 en 2007.

Una década después del lanzamiento del OxyContin, 6,1 millones de personas habían abusado de él; es decir, el 2,4 por ciento de todos los estadounidenses. Si se miran en conjunto, esas cifras eran bajas. Sin embargo, a lo largo de la historia las plagas de drogas ilegales siempre han involucrado a una pequeña minoría de estadounidenses. Baltimore, que cuenta con un mercado de heroína fuerte que se remonta a décadas atrás, está considerada la capital de la heroína del país: la DEA y el Departamento de Salud de la ciudad estiman que el 10 por ciento de los habitantes de la

ciudad son adictos a ella. La epidemia del *crack* involucraba en su punto más álgido a menos de medio millón de consumidores al año en todo el país, según la estimación del SAMHSA.

Sin embargo, como sucedió con el *crack* , el número de nuevos adictos a los opiáceos hacia el año 2000 bastó para crear un estado de confusión que afectaba a hospitales, servicios de urgencias, prisiones, tribunales, centros de rehabilitación y familias; especialmente en aquellas áreas donde el abuso era novedad.

Estudios posteriores han mostrado que casi todas las personas que acabaron siendo adictas al OxyContin ya habían consumido algún analgésico opiáceo de menor dosis —Vicodin, Percocet o Lortab— que contenía fármacos no opiáceos como acetaminofén o paracetamol. Estas pastillas fueron los primeros pasos dubitativos que dieron los doctores para gestionar el dolor de los pacientes a medida que los opiáceos iban siendo de rigor. A partir de ahí, algunos pacientes se volvieron adictos.

Los adictos callejeros habían tomado Lortab o Vicodin durante años. Sin embargo, en grandes cantidades, el acetaminofén presente en las pastillas dañaba el hígado del adicto. Asimismo, en muchas áreas, la heroína no estaba disponible o era tan débil y cara que los adictos la evitaban. Todo esto significa que, durante mucho tiempo, las personas que abusaban de estos analgésicos con dosis bajas de opiáceo no solían ir más allá, y rara vez morían por su culpa.

Sin embargo, en 1996, llegó el OxyContin de liberación prolongada en dosis de oxicodona de cuarenta, ochenta y, durante un tiempo, de ciento sesenta miligramos. El OxyContin hacía a menudo de puente para un adicto entre aquellos primeros analgésicos opiáceos menos fuertes y la heroína.

El OxyContin solo contenía oxicodona, y en una cantidad mucho mayor. Cuando el Vicodin o el Lortab dejaban de ser suficientes, cuando los pacientes legítimos pedían más, los doctores podían recurrir ahora al OxyContin, diez veces más fuerte. Y para aquellos que ya eran adictos, el OxyContin no solo contenía una dosis mayor, sino que era más fácil de diluir e inyectar que las pastillas más suaves. Todo lo que había que hacer era succionar la capa que facilitaba la liberación prolongada; no era necesario separar el paracetamol o el acetaminofén. El hábito a la oxicodona subía rápidamente a doscientos o trescientos miligramos al día, cantidades que rara vez eran posibles con el Lortab o el Vicodin sin causar un daño significativo al hígado.

Lo que sucedió a continuación fue lo que el Hombre se imaginó que pasaría cuando se encontró por primera vez con el OxyContin en Wheeling (Virginia Occidental). El consumo de heroína aumentó. La tolerancia de los adictos al OxyContin crecía. Muchos dejaron de esnifar el polvo de las pastillas y empezaron a inyectárselo para que el subidón fuera más fuerte. El hábito llegaba a costar cientos de dólares al día. Ahora ya estaban totalmente enganchados a la molécula de la morfina y ya no les daba miedo la aguja. No veían ninguna razón para no pasar a la heroína, mucho más barata. Otros pasaban a la heroína mucho antes porque, además de ser más barata, podía fumarse y, de este modo, podían decirse a sí mismos que no necesitaban pincharse, lo cual era cierto cuando su tolerancia era baja.

En cualquier caso, una encuesta gubernamental halló que el número de personas que afirmaban haber consumido heroína el año anterior había crecido de 373.000 en 2007 a 620.000 en 2011. El 80 por ciento de ellos había empezado consumiendo analgésicos con receta.

Sin embargo, todo esto tardó años en verse con claridad.

Colisión: zona cero

Columbus (Ohio)

Es posible que en otra época la Operación Pozo de Alquitrán hubiera desmantelado, o menoscabado de forma permanente, las redes de heroína del pequeño municipio de Xalisco en Nayarit (México).

Sin embargo, debido a que no se trataba de las típicas organizaciones de narcotraficantes jerarquizadas, las redes de los Muchachos de Xalisco sufrieron un descalabro, pero no murieron. Los dueños de las células se quedaron en México y restituyeron sus operaciones en Estados Unidos. Mientras tanto, los conductores experimentados aprovecharon las vacantes creadas por Pozo de Alquitrán para empezar sus propias células. Santa Fe no ha estado sin tiendita de Xalisco desde que Enrique empezó en 1997. Los proveedores mayoristas se multiplicaron tras el vacío que quedó cuando Óscar Hernández-García y su esposa fueron a prisión. La competencia hizo que bajaran los precios y se expandiera el suministro de heroína de alquitrán negro dirigido a Estados Unidos. Mientras tanto, más jóvenes se prestaban voluntarios para ocupar los puestos de conductor. Aún más importante era el hecho de que ahora los reclutaban familias que no estaban relacionadas con los primeros clanes de heroína de Xalisco. Estos nuevos trabajadores de la heroína habían visto prosperar a las familias del clan Tejeda y querían formar parte del negocio. Su entrada en él amplió la fuerza de trabajo disponible y mantuvo el coste laboral bajo. Al poco tiempo, la Feria del Elote bullía de nuevo con la presencia de traficantes y bandas.

En Estados Unidos, los Muchachos ya no tenían que depender del universo limitado de los viejos yonquis. Una población más joven y mucho más extensa de consumidores de heroína emergía, víctimas de la revolución del dolor en la nación. La sinergia entre pastillas y heroína sucedió primero en un lugar. La popularidad del OxyContin se expandía hacia el oeste justo cuando el traficante al que llamo el Hombre trajo la heroína de alquitrán

negro de Xalisco al este. Chocaron en la parte central y sur de Ohio. Algo desdibujada, la región con Columbus al norte y partes de Virginia Occidental y el este de Kentucky al sur se convirtió en el barómetro de todo lo que acontecería después en el resto del país.

* * *

Entre los primeros en ver el alcance total del asunto estaba un doctor llamado Peter Rogers, que en 2003 trabajaba en el Hospital Nationwide Children de Columbus, en el área de medicina del adolescente. Alto, delgado y con gafas, Rogers era especialista en adicciones desde hacía veinte años. Había tratado a chavales que tomaban cocaína y *crack* . Los había visto puestos de metanfetamina, rascándose las costras y rechinando los dientes. Había visto jóvenes puestos de éxtasis, LSD y hierba, y jóvenes que eran alcohólicos en estado avanzado. Sin embargo, hasta una noche de febrero de 2003, Peter Rogers no había visto nunca a un adolescente enganchado a la heroína.

Rogers estaba en casa aquella noche cuando alguien del personal de enfermería lo llamó. Una chica de dieciséis años estaba en urgencias con sus padres. La chica temblaba y vomitaba. Era la abstinencia de la heroína, dijeron sus padres. Los enfermeros no sabían qué hacer.

Rogers acudió, convencido de que no podía tratarse de heroína y sin saber qué haría en caso de que sí lo fuera. La chica era menuda y rubia y parecía una animadora. Sin embargo, tenía marcas en los brazos. La cara estaba pálida y ajada. Tenía diarrea y dolores en las piernas, el estómago y la espalda.

«Dice que empezó con analgésicos que le dieron los amigos. Las pastillas se volvieron un poco caras. Su novio consumía heroína y él fue el que le inyectó heroína por primera vez —recordaba Rogers—. Consumió durante un tiempo hasta que se quedó sin dinero. Sus padres se dieron cuenta de que algo iba fatal. Ella les contó lo que pasaba».

Se daba la coincidencia de que, dos meses antes, Rogers había hecho un curso en Cleveland sobre cómo desintoxicar a las personas adictas a los opiáceos. Nunca pensó que llegaría a usar realmente la información.

«Llamé al médico que daba el curso. Dijo que no había visto a ningún adolescente consumir heroína, pero me dio varias ideas. Le puse una vía, la hidraté y le di algo para la náusea. Aprendí mucho con ella».

La primera adicta a la heroína procedía del barrio residencial adinerado de Powell, cosa que sorprendió a Rogers casi tanto como enterarse de que no tenía más que dieciséis años.

—¿De dónde sacas la heroína?

—De los mexicanos.

—¿Dónde quedas con ellos?

Ella nombró un barrio cercano al hospital que las chicas blancas de Powell no frecuentaban.

Rogers la retuvo en el hospital durante tres días. Habló con sus padres. Ella había admitido ser heroinómana y ahora estaba desintoxicada, decían sus padres, de modo que se encontraba bien y podía ir a casa. Rogers tenía una opinión diferente, la que derivaba de los años que él mismo había pasado recuperándose de su adicción al alcohol. «Si ella no se procura un tratamiento a largo plazo, no va a permanecer sobria —les dijo Rogers a los padres—. Morirá, acabará en la cárcel o no llegará nunca a alcanzar su potencial».

«No me creyeron —me dijo Rogers—. Unos pocos meses después, los padres me llamaron. Me dijeron que estaba consumiendo heroína de nuevo. La volví a atender y la volví a ingresar. Creo que los padres iban pillando el mensaje».

Después de ingresar a aquella chica para desintoxicarla aquella noche de 2003, Rogers tuvo la sensación de que se abría la presa. Se corrió el rumor entre los adictos de que podías ir al Nationwide Children y desintoxicarte. Peter Rogers vio la nueva epidemia de opiáceos emerger de la nada y desfilar por su clínica. Cientos de críos, todos blancos y salidos de hogares pudientes de barrio residencial. La mayoría eran chicas. Una era campeona de tenis. Otra era hija de un policía de Columbus. Otra más, hija de un cirujano torácico; de hecho, había varias hijas de doctores.

Todo había empezado con las pastillas. Muchos contaban que habían visto morir a sus amigos. No sabían a dónde más acudir: «Cuando apareció la primera joven, se corrió la voz. Me di cuenta de que venían muchos críos los primeros seis meses de un lugar llamado Lancaster (un barrio de la periferia de Columbus). Resulta que estos jóvenes venían a Columbus, compraban heroína y se volvían a Lancaster».

Rogers fue uno de los primeros testigos del nuevo auge de la heroína. La droga había atraído durante años a la juventud rebelde de algún rincón urbano de mala reputación de la contracultura estadounidense. «Recuerdo

ver fotos de Sid Vicious, de los Sex Pistols, a los once o doce años y pensar que era el más guay —me dijo un adicto en rehabilitación de veintiséis años, músico—. Sid Vicious; el guitarrista de los New York Dolls, Johnny Thunders; Lou Reed, y William Burroughs; también Charlie Parker. Fue el punk y el *jazz* los que hicieron que la heroína fuera tan sexi y apetecible, excitante, y subversiva, y transgresora. Entonces vi que los jugadores de fútbol y las animadoras empezaban a tomarla. Esa era la gente de la que quería huir cuando empecé a tomar heroína».

Para los chicos de barrio residencial enganchados primero a las pastillas, la heroína satisfacía el sueño de aventuras que nunca habían vivido en sus tranquilas ciudades. Parte del nuevo atractivo de la heroína residía en que los mantenía en el filo de una tierra de sueños arriesgada pero seductora. Encontrar droga podía embarcarlos en un paseo salvaje a través de mundos que no sabían que existían, los cuales, ya fueran cutres o espeluznantes, les dejaban historias fantásticas que asombraban a sus iguales.

«Estás tan enganchado a ir y comprarla como a ir y tomarla —contaba un adicto—. Te sientes como James Bond, es una fantasía loca».

Hacia finales de aquel año, el Hospital Nationwide Children, que nadie recordaba que hubiera ingresado nunca antes a adolescentes adictos a la heroína, contaba con protocolos para tratarlos. Rogers les preguntaba a todos dónde conseguían la heroína: de los mexicanos, le contestaban. Rogers llamó a la policía de Columbus. Un agente le dijo que sabían que los mexicanos vendían la droga. «Los arrestamos —dijo el policía—. Uno o dos días después, viene otro y ocupa su lugar».

«Mientras tanto —contaba Rogers—, yo vivía en el hospital. Cuidaba de estos chicos. Ninguno de los demás médicos sabía en realidad cómo tratar el tema. No estábamos preparados. Era un fenómeno totalmente nuevo. Hice llamadas a todo el país. No encontré a nadie que hiciera lo que estábamos haciendo en el Nationwide Children de Columbus. Seguimos dándoles tratamiento a estos chicos, que no paraban de llegar».

Rogers se peleó con las compañías de seguros, que parecían no haber oído nunca hablar de tratamientos a adolescentes adictos a la heroína. Un par de años más tarde, Rogers dio un discurso en el encuentro anual de la Academia de Pediatría de Estados Unidos en Boston, en el que describía lo que veía a una escasa y perpleja audiencia: «No veían nada de lo que pasaba. Se preguntaban por qué tenían que oír hablar de aquello».

Llamada de alerta

Portsmouth (Ohio)

Durante años después de su cierre, la clínica Plaza Healthcare de David Procter sería conocida como el campamento militar de los doctores corruptos. No obstante, la influencia de Procter iba mucho más allá de los doctores sin escrúpulos que trajo a la ciudad. Por el contrario, le enseñó al condado de Scioto que montar una clínica del dolor era fácil. Debido a un vacío legal que había en el estado de Ohio, todo lo que había que hacer era alquilar el edificio y contratar a un doctor que tuviera un permiso de la DEA para recetar narcóticos de clasificación II .

Las clínicas del dolor brotaban como setas por todo Estados Unidos conforme los opiáceos se convertían en el remedio más común para el dolor crónico y el tratamiento insuficiente del dolor se consideraba un problema de salud pública. No todas las clínicas del dolor distribuían pastillas de manera ilícita; sin embargo, cuando los opiáceos se convirtieron en el tratamiento principal para el dolor, muchas clínicas tendieron al abuso. Atraían a pacientes que demandaban drogas de manera implacable. Era difícil para los doctores mantener un estándar. Algunas clínicas nunca fueron legítimas; no obstante, muchas otras comenzaron con buenas intenciones y se fueron por el mal camino ante las constantes demandas de los pacientes.

Ningún lugar en Estados Unidos contaba con más clínicas turbias per cápita que el condado de Scioto (Ohio). Durante los primeros años del nuevo siglo, el dueño de un vertedero local, un abogado, un funcionario de prisiones, un exalguacil y una pareja de criminales convictos, además de varios doctores, abrieron clínicas y contrataron doctores con permiso para recetar y visitar a pacientes en rápida sucesión. Jody Robinson liquidó su tienda de estéreos para coches para abrir una clínica del dolor, mediante la que se convirtió, según una imputación posterior, en uno de los mayores distribuidores de píldoras de la región.

Portsmouth pasó a ser la capital de las clínicas de distribución de pastillas de Estados Unidos. Las clínicas eran uno de los pocos negocios de propiedad local que se habían montado en el condado de Scioto desde hacía décadas. La gente comentaba que el espíritu emprendedor del área se había evaporado en Portsmouth. De una manera retorcida, la clínica de pastillas demostró que los locales todavía podían ser tan emprendedores como el que más. Las vallas publicitarias de las clínicas de pastillas daban la bienvenida a los viajeros que circulaban por las autopistas que entraban en la ciudad. Los traficantes y los consumidores en kilómetros a la redonda venían a Portsmouth para abastecerse de pastillas.

Una clave de la explosión de las clínicas de pastillas fue el descubrimiento de las listas de médicos sustitutos, una oficina de información para doctores de todo el país que buscaban empleo temporal. Muchos de ellos estaban desesperados. Tenían problemas con sus licencias o no podían obtener un seguro contra mala praxis o bien eran alcohólicos. Este era el tipo de doctores que Procter había contratado. Ahora, otros propietarios de clínicas hacían lo mismo, y los matasanos acudieron en bandada a Portsmouth. Tracy Bias, un criminal convicto, abrió tres clínicas del dolor y contrató doctores de Nuevo México, Míchigan y Iowa; además de otros dos procedentes de otras partes de Ohio.

Los empleados de las clínicas o los doctores sustitutos encontraban trabajo en una clínica del dolor, aprendían el negocio y se iban por su cuenta. Poco después, los traficantes de droga participaban directamente en la estafa. Kevin Huff, un traficante de marihuana de toda la vida, colocó un remolque en una autopista de Chillicothe (Ohio), contrató a una enfermera y vendió tantas pastillas que tenía cajas de zapatos llenas de billetes por toda la casa.

Algunos de los emprendedores de estas nuevas clínicas habían trabajado para David Procter. Nancy Sadler trabajó para él y luego dirigió la clínica de Fortune Williams. Cuando Williams fue a prisión, montó sus propias clínicas junto a su marido, Lester *Ape* Sadler. El que fuera abogado de Procter, Gary *Rocky* Billiter, abrió también una clínica del dolor.

Tras el arresto de Procter, sus empleados Denise Huffman e hija, Alice Huffman Ball, abrieron la clínica de gestión del dolor y atención médica Tri-State. En una investigación posterior de la DEA se descubrió que la gente conducía hasta diez horas hasta la clínica de las Huffman, pagaba doscientos dólares en efectivo para que la viera un doctor y se llevaba una

receta de OxyContin, Lortab, Percocet y otros analgésicos. Madre e hija contrataban a los doctores a través de una agencia de trabajo temporal y amenazaban a aquellos que se negaban a recetar analgésicos. Algunos doctores se marcharon inmediatamente.

En abril de 2003, las Huffman resolvieron sus problemas laborales cuando contrataron a un especialista en dolor crónico de Chicago llamado Paul Volkman. Era tan prolífico que las Huffman tuvieron que abrir su propio dispensario de pastillas en la parte de atrás de Tri-State después de que algunas farmacias locales se negaran a despachar sus recetas. De algún modo, esta farmacia no incumplía ninguna ley de Ohio.

Hacia septiembre de 2005, Volkman había rellenado recetas para un millón de pastillas de diferentes tipos. Otro millón de pastillas se consideraron extraviadas debido a la ausencia de cualquier registro suyo o de las Huffman. Una investigación de la DEA estimaba que Volkman y las Huffman se llevaron unos tres millones de dólares de pacientes que pagaban doscientos dólares por visita y que hacían colas desde mucho antes de que abriera la clínica. Las Huffman les pagaban a los empleados en pastillas, aunque estos también aceptaban sobornos —normalmente en pastillas— para colar a pacientes en la cola. Volkman rara vez hizo algo que se pareciera a un diagnóstico. Por el contrario, se reunía brevemente con los pacientes y les hacía unas cuantas preguntas, entre ellas, si eran agentes de seguridad de encubierto. A menudo pedía pruebas de orina, pero las ignoraba cuando mostraban niveles altos de opiáceos. Hizo que un paciente firmara un descargo de responsabilidad en caso de muerte, en el que el paciente aceptaba que podía morir al tomar lo que Volkman le recetaba. Al menos doce pacientes murieron mientras Volkman trabajaba para las Huffman. Más tarde, Volkman abrió su propia clínica en Portsmouth; después, en Chillicothe, y seis pacientes más murieron.

Durante un par de meses, Volkman tuvo incluso una clínica en una casa de una calle residencial del barrio de Hilltop, en Portsmouth: «Él estaba en uno de los dormitorios —explicaba un adicto—. La habitación principal era la sala de espera y la cocina era el lugar donde te medían la presión sanguínea. Me recetó cantidades ingentes de medicación: cuatrocientas ochenta pastillas en un mes. Sin resonancia magnética, sin TAC, sin nada».

Había otras clínicas de pastillas. Volkman y las Huffman eran una pieza más de la historia del condado de Scioto.

No obstante, no muchos en el condado le prestaban atención a lo que se estaba desarrollando en Portsmouth y sus alrededores. El área estaba abandonada (por la política y el poder, incluso por muchos de los que vivieron allí un día). Asimismo, aquellos que se quedaron atrás, que fueron los primeros en quedar atrapados en la tormenta que se avecinaba, eran cómplices de su propia degradación, por lo que nadie les hacía mucho caso. Gente como aquella de Bottoms en Lucasville.

Andaba husmeando por el sur de Ohio mientras intentaba entender la situación cuando me encontré con un abogado llamado Joe Hale.

Hale tiene el cabello plateado, voz de barítono y un Marlboro Red siempre a punto. Hacia 1999 había sido abogado defensor durante quince años en el condado de Scioto. Hale, un chico de campo de los robles de los Apalaches, tenía una lista de clientes designados principalmente por un tribunal. El sueldo no era nada del otro mundo, pero lo mantenía ocupado y en el tribunal.

Un lugar donde Hale ganó gran parte de su dinero fue Lucasville. Se trata de una pequeña ciudad a unos pocos minutos al norte de Portsmouth por la Ruta 23. Hay una prisión que alberga el ala de condenados a muerte de Ohio, donde se ejecuta a aquellos sentenciados con la pena capital. Enfrente de la prisión está el instituto. Lucasville también cuenta con un par de semáforos, una o dos gasolineras y unos cuantos restaurantes fracasados. Sin embargo, para Joe Hale, Lucasville era la zona de Bottoms.

Bottoms, en Lucasville, es una zona de llanuras que se inunda cada diez años aproximadamente cuando crece el cercano río Scioto. El resto del tiempo, Bottoms ofrece viviendas baratas; en su mayoría, casas móviles de un módulo. Muchos de sus residentes viven de la compensación federal por discapacidad. Muchos de ellos son criminales de poca monta. A lo largo de su carrera, Joe Hale había defendido a cientos de residentes de Bottoms con cargos de posesión de drogas, violencia doméstica y embriaguez y desórdenes públicos.

Bottoms es un lugar con fuerte sentimiento de pertenencia; sin embargo, Hale se hizo bien conocido allí. Se acostumbró al ritmo del lugar, que giraba alrededor de los cheques del Gobierno a primeros de mes. La gente rara vez iba al médico, y cuando lo hacían, acudían a tipos como David Procter, que aceptaba efectivo.

A finales de los años noventa, cuando Procter recetaba OxyContin a mansalva, un cliente llamado Tony Blevins apareció para realizar algunos

trabajos en casa de Hale con un frasco de pastillas. Blevins las llamaba «océs». Le ofreció unas cuantas a Hale, que no estaba interesado en las pastillas, pero que se dio cuenta de que algunos de sus albañiles, por lo general enérgicos, iban como zombis. Finalmente, descubrió que la gente de Bottoms machacaba las pastillas y se las inyectaba. La mayoría de los vecinos de Bottoms no sabían cómo hacerlo. Una profesión llamada *chutador* prosperó en la zona durante un tiempo. A cambio de un chute gratuito, los chutadores pinchaban a los consumidores para los que la jeringuilla era novedad.

«Durante los tres, cuatro o cinco meses siguientes, solo oías hablar del Oxy —decía Hale—. Algunas personas tenían mucha experiencia, eran conocidas, llevaban años consumiendo drogas y empezaron a morir de sobredosis. Puesto que tenían antecedentes penales y nunca hicieron ninguna contribución a la sociedad, a nadie le importaba un pito».

Esto llevaba sucediendo un tiempo ante la alarma creciente de Hale cuando, en abril de 1999, Jack Burton le hizo una visita. De Burton, que era el padrino extraoficial de Bottoms y tenía influencia entre muchas familias, se rumoreaba que estaba involucrado en un crimen. Burton, un tipo flacucho, conducía un sedán blanco con el que paseaba por Bottoms, agazapado tras el volante.

Jackie, la hija de Burton, acababa de morir de una sobredosis de OxyContin. Hale había defendido a Jackie Burton tras un par de altercados de bar que acabaron en el juzgado. La primera vez que le chutaron OxyContin, Jackie se quedó dormida y el chutador que le había inyectado no le prestó atención. Cuando alguien se dio cuenta, llevaba probablemente una hora muerta.

Ahora, Jack Burton estaba en la oficina de Hale preguntándole qué podía hacer acerca de la compañía que fabricaba la droga.

«Jack —le dijo Hale—, me estás pidiendo que me enfrente a una corporación farmacéutica». Rechazó a Burton; sin embargo, los meses pasaban y las muertes en Bottoms aumentaban. Hale le siguió dando vueltas al asunto: «Es una demanda que podría significar mucho dinero», dijo.

En mayo de 2001, Hale presentó la que se cree que fue la primera demanda por homicidio imprudente relacionada con el Oxy presentada contra Purdue Pharma en representación de Jackie Burton: «Purdue Pharma ha soltado una bomba atómica farmacéutica en el caudal libre del comercio

con consecuencias absolutamente desastrosas que debería haber previsto», le contó al *Portsmouth Daily Times* .

Un bufete de abogados de Cincinnati se unió finalmente a la causa de Hale, de manera que prepararon una demanda colectiva, y le pidió a Hale que buscara más demandantes. Hale encontró rateros y beneficiarios de la compensación por discapacidad totalmente capacitados: personas cuyas vidas, ya de por sí disfuncionales, habían sido arruinadas aún más por la adicción a los opiáceos.

Algunos meses más tarde, el bufete de Cincinnati se retiró de la demanda: «Nadie me dijo que el representante de la demanda no debía ser un puñado de criminales convictos —decía Hale—. Ni que hubiera toda una serie de ideales que los representantes tuvieran que tener».

Desde luego, Bottoms no engendraba a ningún individuo con quien las cámaras de televisión o un jurado pudieran empatizar. Tras unas cuantas audiencias judiciales con Hale en una mesa y seis u ocho abogados bien vestidos de Purdue Pharma en la otra, el primero retiró la demanda. No obstante, él siempre consideró el área de Bottoms en Lucasville una señal de advertencia que tanto Ohio como el país ignoraban bajo su propio riesgo. En una nota de prensa posterior, Purdue Pharma señalaba que la compañía había ganado todas las demandas que se habían presentado contra ella, lo que no sorprendió a Joe Hale: «Para cuando te encontrabas en la tesitura de tener que demandar a Purdue Pharma, lo más probable es que estuvieras tan hecho polvo que ya no pudieras funcionar como representante de una demanda colectiva», comentaba mientras conducía por las calles de estrechas casas móviles y coches desguazados de Bottoms un día de primavera.

Sin embargo, así tomaba forma la epidemia de opiáceos en el sur de Ohio que había comenzado a finales de los años noventa. Portsmouth, Bottoms en Lucasville y otros lugares cercanos y olvidados de Estados Unidos eran el grito de alarma de aquellos lugares de minas de carbón, ahora cerradas, de los Apalaches. Sin embargo, nadie en el país les prestó mucha atención hasta que tipos más respetables hicieron sonar la misma alarma y gente famosa murió.

Cincuenta, cien casos al mes

Olympia (Washington)

El sistema de compensación para trabajadores del estado de Washington es uno de los únicos cinco en todo el país que tiene el monopolio de asegurar a los trabajadores. El estado asegura a dos terceras partes de los 1,2 millones de trabajadores de Washington; supervisa al resto, que son los trabajadores de compañías lo suficientemente grandes para asegurarlos ellas mismas.

En consecuencia, el sistema, que se conoce como Trabajo e Industria, genera cantidades enormes de datos sobre lesiones y muertes de los trabajadores. A medida que los analgésicos narcóticos se convertían en un tratamiento aceptado para el dolor crónico, los trabajadores con lesiones ocurridas en el lugar de trabajo sufrieron las consecuencias en gran manera. El Departamento de Trabajo e Industria, que es prácticamente único en el país y que está ubicado en un edificio de cristal de tres plantas en Tumwater (Washington), lejos de Portsmouth y Bottoms, se asentaba sobre una montaña de datos que ofrecían una vista general de lo que se estaba formando. Poderlo ver al completo, no obstante, requería una persona que aborreciera el desorden. Esa persona era Jaymie Mai.

Mai había crecido en el Vietnam de posguerra y era hija de un marinero naval survietnamita encarcelado en un campo de reeducación comunista. En 1978, su madre embarcó a sus seis hijos en un pequeño pesquero junto a otras setenta y cinco personas. Navegaron sin rumbo, rodeados de piratas tailandeses, en un barco donde se apiñaban con personas que vomitaban enérgicamente, hasta que un buque mercante malayo dio con ellos y los subió a bordo. Un año más tarde, Mai y su familia iban en un avión camino de Seattle y de su nueva vida.

Mai obtuvo un grado en Farmacia por la Universidad de Washington. Trabajó como farmacéutica en varios hospitales. En el año 2000, cuando

quiso formar una familia y buscaba horarios más predecibles, aceptó un empleo como jefa de farmacia de Trabajo e Industria, donde supervisaba los casos de los trabajadores que recibían fármacos con receta para sus lesiones.

Llegó al trabajo escéptica respecto al uso, por entonces creciente, de los opiáceos en medicina. En los hospitales donde había trabajado hasta entonces, los opiáceos se usaban para piernas rotas o tras una operación, lo cual consideraba adecuado.

Mai poseía una necesidad intensa de orden. El descuido y las cuestiones sin resolver eran anatema. Limpiaba mucho su casa porque le ayudaba a liberar estrés y pensar las cosas detenidamente mientras restauraba el orden. Le encantaba la jardinería tanto por instilar orden como por amor a las plantas. Apreciaba las rosas y plantó algunas en el exterior de la nueva casa que ella y su esposo compraron cuando la contrataron como jefa de farmacia de Trabajo e Industria.

Las iba a necesitar. Una parte de su trabajo tenía que ver con asegurarse de que los doctores documentaran si los nuevos analgésicos opiáceos ayudaban a reducir el dolor de los pacientes y a mejorar su capacidad de funcionar. De lo contrario, ¿por qué habría de pagar el estado los fármacos? Allí, vio por primera vez cómo se usaban los fármacos para el dolor crónico y se alarmó: «Era automático: “¿Tienes dolor? Te voy a recetar unos opioides” —contaba—. Trataban a los pacientes con opioides, y cuando volvían con más quejas de dolor un mes más tarde, les aumentaban la dosis: “Ven a verme el mes que viene”. Podía ver en el historial que el suministrador no comprobaba siquiera si el fármaco les ayudaba. El paciente volvía y en cada visita se quejaba de que sentía más dolor. Nadie decía: “Espera un momento. Vamos a parar y ver qué está pasando”. Había cincuenta, cien casos al mes. En cambio, ningún intento de documentar si el fármaco funcionaba o incluso si el paciente era un candidato adecuado para recibir opioides. ¿Probaban primero con un fármaco no opioide?».

Entonces, cuando llevaba seis meses en el puesto, Mai se dio cuenta de que algunos de estos trabajadores comenzaban a morir a causa de aquellos mismos analgésicos. Esto no solía ocurrir. Los trabajadores cuya queja original era un esguince de espalda o rodilla no se morían. Y, sin embargo, por su escritorio pasaba un caso tras otro: todos muertos de sobredosis. En un año típico, cincuenta o más trabajadores morían en Washington, pero todos lo hacían como consecuencia de un accidente —electrocuciones,

caídas, etc.— o de cáncer, como la asbestosis. Ahora, los trabajadores con esguinces en la espalda también morían.

Acudió a su jefe, el director médico de Trabajo e Industria, el doctor Gary Franklin: «¿Qué deberíamos hacer con ellos?».

Gary Franklin había sido escéptico con los opiáceos desde el principio. Tenía un máster en Salud Pública y varios años de experiencia como profesor de Neurología y Medicina Preventiva en la Universidad de Colorado. Empezó a trabajar como director médico de Trabajo e Industria en 1988 mientras la cruzada para eliminar el estigma de los opiáceos en medicina estaba en curso.

Poco después, los doctores que asesoraban a Trabajo e Industria citaban «Porter y Jick» en cuanto al porcentaje de pacientes adictos a los opiáceos recetados. «No son más del 1 por ciento. Decían: "No creemos que sean tan adictivos como pensábamos antes"», decía Franklin.

En 1999, Washington, a través de una comisión médica estatal, eliminó las sanciones legales a doctores por recetar narcóticos durante una práctica médica aceptable: su propia regulación del dolor intratable.

«Eso significaba que no había un techo en la dosis, que la manera de tratar la tolerancia es incrementar la dosis», decía Franklin.

Ahora, dos años después de la entrada de esta regulación que permitía recetar con más libertad, su nueva jefa de farmacia se hallaba en su oficina para contarle que veía muertes por sobredosis de opiáceos de trabajadores con dolores de espalda. Franklin aún tenía más preguntas: ¿morían estos trabajadores a causa de un abuso recreativo de opiáceos o a causa de las pastillas que ellos les habían recetado?

«No queríamos sobrepujar las muertes —me contaba Franklin—. Los doctores habían dedicado mucho tiempo a conseguir que la gente tomara más opioides. Yo sabía que nos perjudicaría si decíamos que la gente se moría por culpa de las recetas de opioides».

Era necesario tener más información: certificados de defunción, informes de autopsia y las recetas de todas las personas fallecidas. Durante los dos años siguientes, Mai estudió concienzudamente, en una habitación reservada de la segunda planta de Trabajo e Industria, los casos de los trabajadores que morían de sobredosis de opiáceos. Encontrarlos era la primera tarea. Unas 266 personas que estaban en el sistema de compensación de trabajadores habían muerto desde 1995. Mai redujo el número a sesenta casos en los que se mencionaban los fármacos y pidió los

historiales médicos, certificados de defunción e informes de las autopsias de estos casos.

Finalmente, en 2005, Franklin y Mai informaron en un artículo publicado en el *American Journal of Industrial Medicine* de que cuarenta y cuatro personas con dolor crónico del sistema de compensación de trabajadores de Washington habían muerto con seguridad, con probabilidad o posiblemente debido al consumo de opiáceos con receta entre 1995 y 2002. La mayoría había muerto después de 1999, el año en que se redactó la regulación sobre el dolor intratable del estado. La mayoría eran hombres; la mayoría tenía menos de cincuenta años. Habían acudido al sistema de compensación con dolencias que no suponían un riesgo para la vida —lumbalgias o síndrome del túnel carpiano, por ejemplo—, para las que les habían recetado opiáceos de clasificación II , y habían fallecido poco después.

Asimismo, Mai y Franklin descubrieron que las recetas para los opiáceos más fuertes habían aumentado más del doble. El número de recetas para los analgésicos mucho más suaves había descendido o permanecía igual. Esto también era extraño. Normalmente, cabría suponer que los doctores comenzarían por los fármacos más suaves. Sin embargo, al enfrentarse con el dolor de los pacientes, los doctores recurrían a la artillería pesada directamente, y, hacia 1997, eso significaba OxyContin.

El artículo de Franklin y Mai supuso la primera vez que alguien en el país había documentado las muertes asociadas con las nuevas recetas de opiáceos a enfermos no oncológicos.

Escribieron a los doctores que formaban parte del sistema de compensación para explicarles lo que sucedía. A su vez, recibieron llamadas de personas disgustadas porque el estado pudiera estarse preparando para quitarles sus medicinas. Entonces, los directivos del programa Medicaid en Washington y de la Administración de la Salud de los Veteranos se pusieron al teléfono: ellos también encontraban un aumento en las muertes por sobredosis de opiáceos.

Mai y Franklin llamaron a Jennifer Sabel, epidemióloga del Departamento de Salud del estado de Washington que acababa de comenzar a estudiar las muertes por lesiones y violencia, entre las cuales se encontraban las sobredosis mortales de drogas. Mai y Franklin preguntaron si el aluvión de muertes por sobredosis de opiáceos se producía no solo entre los trabajadores de Washington, sino entre la población de todo el estado. Sabel contestó que lo miraría.

Reino yonqui en Tierra de Sueños

Portsmouth (Ohio)

Inevitablemente, Tierra de Sueños cerró al final. Esto sucedió en 1993. Jaime Williams lo había vendido años antes. Los nuevos propietarios no podían mantener la piscina y los vecinos ya no estaban allí para apoyarla. Más personas tenían piscina en sus patios traseros. Tierra de Sueños permaneció vacía durante dos años. Los locales se organizaron para salvarla, pero ahora había menos habitantes desde que Portsmouth había perdido su planta de acero y las fábricas de calzado. La ciudad podría haberla comprado, pero se durmió en los laureles. Los propietarios llegaron a un acuerdo con un promotor que quería hacer un centro comercial. El ayuntamiento, pensando en los ingresos que recibiría de los impuestos ahora que se reducían los presupuestos, permitió que sucediera. Antes de que nadie pudiera poner una demanda para detener el acuerdo, el promotor trajo las excavadoras una noche e inutilizó la piscina al dejar inservible el sistema de filtrado.

Durante dos meses, las excavadoras arrancaron las taquillas y los trampolines, rellenaron Tierra de Sueños y la cubrieron de alquitrán. Los vecinos de Portsmouth de toda la vida no podían soportar verlo. Una tienda O'Reilly de piezas de coche y otra de móviles AT&T se erigen ahora en el extremo de un enorme aparcamiento de asfalto que antaño fuera Tierra de Sueños.

Los ingresos de los impuestos procedentes de Tierra de Sueños nunca se materializaron del todo. Por el contrario, la debacle de la piscina alimentó la idea de que el ayuntamiento estaba ocupado por una panda de zoquetes.

A medida que se intensificaba el declive de la ciudad, Portsmouth optó por un alcalde fuerte, una forma de gobierno que se reservaba normalmente para las ciudades grandes. Sin embargo, los alcaldes no tenían experiencia, ni tiempo, para dirigir los asuntos cotidianos complicados de una ciudad.

Uno de los alcaldes era dependiente de un colmado. Como era de suponer, el gobierno municipal elemental cayó en el abandono. Los horarios de recogida de basuras se volvieron indescifrables. Los parques sin iluminar se convirtieron en focos de prostitución. La policía, que contaba con pocos agentes, se dio por vencida. La política municipal se volvió una trifulca callejera y las revocaciones de mandato eran comunes. Las reuniones del pleno se dejaron a personas impertinentes con una negatividad debilitante: puesto que nada iba a funcionar, ¿para qué intentarlo?

Durante años la ciudad había tenido una figura protectora en Vern Riffe hijo, que dirigía una maquinaria política desde su posición como poderoso altavoz del Partido Demócrata en la Cámara de Representantes de Ohio. Riffe, natural de Portsmouth, era un recaudador de fondos prolífico. Canalizó dinero procedente de impuestos a la ciudad y otras partes olvidadas de los Apalaches de Ohio. Consiguió que se construyera la Universidad Estatal Shawnee en Portsmouth. Como benefactor de la ciudad, Riffe era una figura querida. Sin embargo, formaba parte de una cultura mucho mayor de dependencia que Portsmouth no conseguía quitarse de encima. «Todo el mundo buscaba alguna fuente exterior que viniera a salvarnos», afirmaba Scott Douthat, nativo de la ciudad y profesor de Sociología en la universidad.

Una vez que Tierra de Sueños cerró, la ciudad se metió en sus casas. La policía ocupó el lugar de la supervisión adulta comunitaria que había proporcionado la piscina. El Walmart se convirtió en el punto donde socializar.

Los opiáceos, la droga más privada y egoísta, se instaló y facilitó el proceso de desproveer el paisaje de cualquier equipamiento comunitario. Los jóvenes solían juntarse para tomar cervezas y hacer hogueras junto al río, donde pasaban la noche charlando. Parecía que las hogueras se iban extinguiendo a medida que las pastillas aparecían.

Las fábricas y tiendas de la calle Chillicothe fueron sustituidas por las clínicas de las que David Procter había sido pionero, las cuales encontraban locales baratos en los edificios abandonados de la ciudad. Las clínicas de distribución de pastillas eran prácticamente los únicos negocios locales que abrían.

Hacia el nuevo milenio, la promoción que Purdue Pharma hacía del OxyContin y la cruzada para liberalizar la prescripción de opiáceos empezaban a ver sus primeros efectos nocivos a lo largo y ancho del sur de

Ohio, Virginia Occidental y el este de Kentucky. Durante un tiempo, Portsmouth contó con una clínica de distribución de pastillas por cada mil ochocientos habitantes.

«Mi hija estaba enganchada —explicaba Lisa Roberts, la enfermera comunitaria de la sanidad pública local—. El hijo de un juez se enganchó. El hijo de un alcalde se enganchó. El hijo de un jefe de policía se enganchó. Los jóvenes que venían de excelentes familias se enganchaban».

Parecía una lotería demoníaca, un lavado de cerebro masivo. La gente sucumbía una a una. Después de un tiempo, Roberts era capaz de reconocer esa mirada en, por ejemplo, un viejo amigo al que llevaba tiempo sin ver: «Vienen a tu casa con esas historias elaboradas para sacarte dinero —contaba—. Es como ver cómo se derriba a la gente de una en una».

Esclavos de la molécula de la morfina, la generación nacida durante el declive de la ciudad comenzó a destruir Portsmouth. Los veías caminar fatigosamente como zombis por la Ruta 52, que atravesaba Portsmouth, en misiones para aplacar a la molécula. Arrancaban aires acondicionados de las casas para sacar los cables de cobre de su interior. Robaban tapas de alcantarilla. Se llevaban bobinas grandes de hilo de cobre de la parte de atrás de la oficina del distrito escolar. Robaban los regalos de Navidad de sus hijos.

Hasta que, finalmente, sola junto al río Ohio, Portsmouth se convirtió en una especie de reino yonqui, y las pastillas, en la moneda de cambio, más valiosa que el dinero. Hasta cierto punto, a diferencia de cualquier otra ciudad de Estados Unidos, se desarrolló una economía del OxyContin efervescente y plenamente formada.

Los reproductores de DVD, las visitas al dentista, la instalación de la televisión por cable, el detergente Tide, las herramientas, la ropa y el material escolar de los niños: las pastillas lo compraban todo en Portsmouth (Ohio).

Entre los primeros emprendedores locales en emerger se encontraba Mary Ann Henson, una guapa mujer rubia de clase media. Sus padres adoptivos la criaron con cariño y eran muy religiosos. Ella no recuerda haber visto ni siquiera una cerveza en la nevera cuando era pequeña. Fue animadora del instituto de East Portsmouth y, en otoño de 1990, la reina del baile del instituto. Fue un momento agridulce porque nadie sabía que estaba embarazada de dos meses. Empezó a consumir pastillas poco después de marcharse de casa con su hija recién nacida al final del último curso.

«Creía que lo sabía todo —me dijo—. Tenía dieciocho años».

Mary Ann acabó enganchada y viviendo de prestaciones sociales, con cupones de alimentos y la tarjeta sanitaria de Medicaid. Durante un tiempo, tuvo un novio que atracaba farmacias con un grupo de amigos. Su novio fue a prisión y Mary Ann se vio apurada con el dinero.

Un día, una amiga le preguntó: «Cielo, ¿has ido al médico?».

La mujer la llevó a un doctor llamado John Lilly, que había seguido los pasos de David Procter y había abierto la segunda clínica del dolor de la zona en el centro de Portsmouth. Las colas de la clínica daban la vuelta a la manzana. Lilly le pidió a Mary Ann que levantara una rodilla, luego la otra, y ahí acabó la visita. Le recetó Lorcet y Xanax para un mes. Mary Ann le dio la mitad de las pastillas a la mujer que había pagado la consulta y se quedó la otra mitad. Entonces, la mujer la llevó al otro lado del río, hasta David Procter, para repetir el numerito. Mary Ann vendió sus pastillas y así nació un negocio. Empezó a acudir a Lilly y Procter.

El abuso de pastillas era una subcultura menor por aquel entonces. Abusar del Vicodin o el Lortab era un trabajo duro. Llevaban pequeñas dosis de opiáceos nada más e incluían acetaminofén o paracetamol para disuadir del consumo abusivo. Las personas que los consumían desarrollaban normalmente problemas de hígado serios por culpa del acetaminofén, pero rara vez sufrían una sobredosis con estas pastillas más flojas. Cuando llegó el OxyContin, sin embargo: «Se pasó de gente enganchada a la droga a gente enganchada que moría por la droga», según contaba un adicto de Portsmouth que por entonces tomaba tanto Lortab que dañó su hígado permanentemente.

En Portsmouth, el OxyContin hizo algo más: convirtió la estafa con pastillas en un gran negocio para la generación del declive de la ciudad. Mary Ann compró los resultados de la resonancia magnética de una persona con un esguince lumbar. Escaneó las páginas con un ordenador y utilizó la resonancia en repetidas ocasiones con nombres diferentes. Más adelante, reclutaba a adictos de la calle. Les pagaba para ir al doctor, cada uno con una resonancia y su nombre. Los doctores de Portsmouth cobraban doscientos cincuenta dólares en efectivo por consulta. Finalmente, Mary Ann llevaba a varios adictos a la vez a una clínica un día y a otro grupo de adictos a otra clínica al día siguiente, y los esperaba mientras conseguían las recetas.

Normalmente, cada adicto salía de la clínica con recetas de noventa pastillas de ochenta miligramos de OxyContin (tres al día durante un mes). El doctor también recetaba ciento veinte pastillas de treinta miligramos de oxicodona genérica y noventa comprimidos de Xanax. Mary Ann se llevaba la mitad del alijo como pago por llevar al adicto a la clínica y pagar los doscientos cincuenta dólares que cobraba el doctor.

Este modelo de negocio se convirtió en común en Portsmouth y otros lugares. Miles de personas procuraban la droga y ganaban dinero de este modo.

El eslabón débil de la estafa con pastillas eran los farmacéuticos. Muchas farmacias de Portsmouth pillaron enseguida el timo y no suministraban las recetas de clínicas notorias. Por esta razón, los adictos se apelotonaban en coches conducidos por camellos como Mary Ann y partían para buscar durante horas por los pueblos a farmacéuticos dispuestos. Hablaban todo el rato de la droga y sobre todo lo que iban a hacer con las pastillas esta vez, como si fueran buscadores de oro. Esta vez, prometían, no se las iban a tomar. En lugar de eso, iban a venderlas y acumular algo de dinero. Entonces, serían ellos los que llevarían a los yonquis a las clínicas y pagarían las consultas. Esos sueños se evaporaban durante el largo camino de vuelta a casa mientras esnifaban o se inyectaban las pastillas y se quedaban de nuevo sin nada.

Una vez que se encontraba a un farmacéutico, se presentaba otro problema: pagar la receta. El precio de los fármacos recetados a cada paciente oscilaba entre los ochocientos y los mil doscientos dólares. Pagar en efectivo era, sin duda alguna, una opción. No obstante, para los yonquis, incluso para los camellos con más disciplina, juntar esa cantidad de dinero era duro. Y así es como la tarjeta sanitaria de Medicaid hace su aparición en nuestra historia.

La tarjeta proporciona cobertura sanitaria a través de Medicaid; una parte de esa cobertura paga las medicinas, sea cual sea el tipo de pastillas que un doctor considere que necesita el paciente. Entre aquellos que reciben las tarjetas de Medicaid se encuentran las personas que viven de las prestaciones sociales del estado o del programa federal para discapacitados conocido como Subsidio Suplementario de la Seguridad Social (SSI, por sus siglas en inglés).

En el condado de Scioto, el número de solicitantes anuales del SSI casi se dobló en los diez años antes de 2008: de ochocientos setenta a mil

seiscientos. Un observador no experto del panorama económico desolador de Portsmouth podría haberlo entendido; después de todo, los trabajos escaseaban. La gente necesitaba dinero y aquel cheque era una ayuda. Esto era cierto, pero para entonces las pastillas y las clínicas del dolor habían alterado el clásico cálculo de las prestaciones: no era el cheque mensual del SSI lo que le importaba tanto a la gente, lo que querían era la tarjeta de Medicaid que lo acompañaba.

Si conseguías una receta de un doctor dispuesto (y Portsmouth los tenía a montones), las tarjetas sanitarias de Medicaid la pagaban todos los meses. Por lo tanto, a cambio del copago de tres dólares, un adicto conseguía pastillas que valían mil dólares; la diferencia la sufragaban las personas que pagan impuestos en el estado y en todo Estados Unidos. Un consumidor podía entonces vender esas pastillas que había obtenido por tres dólares en la calle por un valor de hasta diez mil dólares.

En combinación con las clínicas de distribución de pastillas, la estafa de la tarjeta de Medicaid permitía que cantidades ingentes de medicación con receta llegara a las calles. Cuantas más pastillas salpicaban la región, más personas se enganchaban, más crecía el negocio y más gente moría. El mercado negro del Oxy podría no haberse extendido ni profundizado tan rápidamente si los adictos hubieran tenido que pagar por aquellas pastillas en efectivo a los precios del mercado.

Más partes aisladas de los Apalaches tenían otras historias que contar acerca del OxyContin; historias que no tenían relación con las clínicas de distribución ilícita de pastillas, pero igual de conectadas con el declive económico y, por lo tanto, con el SSI y las tarjetas de Medicaid.

En el montañoso condado de Floyd (Kentucky), unos ciento sesenta kilómetros al sur de Portsmouth, la historia tenía que ver con la minería. Cuando las minas subterráneas estaban en marcha años antes, en el condado de Floyd abundaban los empleos. Los hombres trabajaban en la mina durante veinte años, pagaban su prestación por discapacidad —un programa federal conocido como Seguro por Discapacidad de la Seguridad Social (SSDI, por sus siglas en inglés)— y salían de la mina a los cuarenta y cinco con neumoconiosis y un cheque mensual lo suficientemente abultado como para mantener a una familia. Aquello se había convertido en una estrategia de vida en el este de Kentucky.

Sin embargo, cuando las minas subterráneas cerraron, las minas a cielo abierto, que empleaban a muchos menos trabajadores, ocuparon su lugar.

Aquellos que trabajaban en ellas no sufrían lesiones tan fácilmente, por lo que no cualificaban para recibir la compensación de los trabajadores. A medida que los trabajos se esfumaban, también lo hizo la prestación por discapacidad que podían percibir los trabajadores. Finalmente, familias enteras vivieron toda su vida del SSI, que solo pagaba unos pocos cientos de dólares al mes. No obstante, el SSI iba acompañado de la tarjeta de Medicaid, lo que marcó la diferencia una vez que el OxyContin hizo su aparición.

«Hace veinte años, la gente sacaba el SSDI y la compensación de trabajadores completa; digamos que unos mil ochocientos dólares al mes», me explicó Brent Turner, fiscal de la mancomunidad para la parte oriental de Kentucky, cuya carrera había comenzado en el año 2000, justo cuando el OxyContin se convertía en un negocio para familias empobrecidas de los Apalaches.

«Los cheques eran más abultados porque iban a trabajar a las minas y ponían dinero en su seguro de discapacidad (SSDI). Ahora tenemos a personas que no trabajan y que obtienen el SSI, tal vez unos quinientos dólares al mes. Tenemos personas con niños y esposas, y toda la familia intenta sobrevivir con quinientos dólares. No los excuso, muchos no han tenido trabajo, pero las cosas son como son. Cuando no trabajas y nunca has tenido un empleo o contribuido con dinero al sistema, no tienes derecho a recibir mucho. Hay legiones de personas que solo cumplen los requisitos para recibir el SSI. No te imaginas la cantidad de personas a las que vemos, de veinte o treinta años, que nunca han tenido trabajo y reciben cheques desde que eran adolescentes. Ese era uno de los factores impulsores cuando irrumpieron las pastillas. Podemos hablar de moralidad todo el día, pero si obtienes quinientos dólares al mes y tienes una tarjeta de Medicaid que te permite conseguir un suministro mensual de pastillas con un valor de varios miles de dólares, venderás las pastillas».

A medida que se asentaba la revolución del dolor: «Los médicos de familia decentes se volvieron muy liberales a la hora de recetarlas —decía Turner—. Tienes al alcance de la mano todos esos narcóticos, lo juntas todo y se expanden como la pólvora. Cuando se trata de pastillas, es el conjunto de todas esas personas de poca monta lo que mata a todo el mundo. Si las únicas personas a las que encarcelamos son Scarface, no encarcelaremos a nadie. Es una cuestión cultural, y todo el mundo lo hace».

Como el sistema de la heroína de Xalisco en gran medida, el OxyContin no tenía cabecillas. Por el contrario, movían el mercado un puñado de operadores poco importantes que confiaban en la nueva actitud permisiva respecto a las recetas de analgésicos, en unas nuevas pastillas con una enorme cantidad de droga y en la tarjeta de Medicaid que había existido durante años. Con el OxyContin, las tarjetas se convirtieron en licencias para imprimir dinero.

«Siempre dimos por hecho que Purdue Pharma sabía que tantas personas de la zona tenían tarjetas de Medicaid —me dijo Lisa Roberts, la enfermera comunitaria de Portsmouth—. Y esa es la razón por la que promocionaron el OxyContin con tanta vehemencia por aquí».

Lo supiera o no la compañía, Purdue sí que tenía información sobre qué doctores eran más liberales a la hora de recetar los fármacos. No era coincidencia que muchos estuvieran en áreas donde el número de receptores de prestaciones y subsidios federales por discapacidad era más alto en comparación, como el sur de Ohio y el este de Kentucky.

Mary Ann Henson podía vender cada una de las pastillas que recolectaba de los adictos a los que llevaba a las clínicas del dolor por un dólar el miligramo; en otras palabras, ochenta dólares por un Oxy de ochenta miligramos. A esos precios, y cobrando la mitad de las pastillas a cada adicto, ella podía conseguir quinientos dólares de cada uno de los pacientes que llevaba a ver al médico. Vendía las pastillas en su casa con su marido, Keith Henson. Años más tarde recordaban su negocio como una especie de McAuto: cuatro personas esperaban en el porche mientras otras diez hacían negocios en el comedor.

Portsmouth tuvo una vez el ingenio industrial de inventar la máquina para hacer cordones. Ahora, inventaba la clínica de distribución de pastillas moderna. Las clínicas y el OxyContin convirtieron de nuevo Portsmouth (Ohio) en un destino. La gente acudía en bandada a las clínicas del dolor desde el sur de Ohio, el este de Kentucky, Virginia Occidental e Indiana. La gente que hacía cola para ver a John Lilly pedía *pizzas* mientras esperaba. Bebían cerveza, y esnifaban pastillas, y vomitaban en los arbustos. Fortune Williams, en Kentucky, contrataba guardias de seguridad para dirigir el tráfico. Karen Charles veía desde su tienda de solería, junto a la clínica de David Procter, peleas a puñetazos entre los pacientes que hacían cola.

Aquellas colas eran el Internet de los adictos. Las noticias sobre qué doctor recetaba qué drogas, o quién tenía una radio de coche que vender, se

divulgaban a través de la cola. Puede que fuera en aquellas colas de las clínicas donde el OxyContin emergiera por primera vez como moneda en Portsmouth (Ohio).

Los adictos a la molécula de la morfina valoraban la droga por encima de todo, incluso de los hijos y el dinero. Las pastillas no se podían alterar o cortar. Las pastillas mantenían su valor, y ese valor estaba impreso en cada pastilla. Ayudaba el hecho de que el OxyContin viniera en pastillas de cuarenta y ochenta miligramos y que la oxicodona genérica viniera en dosis de diez, quince, veinte y treinta miligramos (denominaciones diferentes para facilitar su uso como moneda). Las clínicas de distribución de pastillas actuaban como los bancos centrales al controlar el suministro de dinero, que mantenían constante y abundante y que, por lo tanto, se resistía a los picos de inflación o deflación.

Hacia finales de los años noventa se alcanzó una masa crítica y, durante aproximadamente una década, el precio de la mayoría de los bienes en Portsmouth —y de muchos servicios— se medía en pastillas.

Los atracadores armados de Portsmouth daban golpes en las casas de los camellos, se llevaban las pastillas y dejaban el dinero. Mary Ann compró un coche con OxyContin en una ocasión. Pagó en pastillas a un empleado de la televisión por cable fuera de servicio por instalarle el servicio. Pagó la visita al dentista en pastillas. Pagó el rescate de Keith, que había sido secuestrado por drogadictos, en pastillas. Compró filetes, y pañales, y detergente para la lavadora con pastillas. Zapatos a cambio de pastillas. Bolsos a cambio de pastillas. Perfume a cambio de pastillas.

Lo más importante: las pastillas también compraban el amor de los hijos. Los yonquis, cuya relación más importante era con la droga, podían emerger brevemente de la neblina para comprarles a sus vástagos el juguete, el videojuego o la pulsera que anhelaban con pastillas; normalmente, bienes comprados a un ratero.

Parte de la economía era una red palpitante de personas que tanteaban el terreno: una especie de servicio de anuncios clasificados de yonquis.

«Alguien dice: “Oye, estoy buscando una sierra eléctrica” —contaba Mary Ann—. Entonces aparecía algún tipo con una sierra eléctrica. Compras la sierra con una oxicodona de treinta por la que no habías pagado prácticamente nada gracias a tu tarjeta de Medicaid, y llamas al otro tipo y le vendes la sierra eléctrica por cien dólares en efectivo».

Algo así se había desarrollado con el Lorcet años antes, pero en una escala insignificante. El OxyContin, que contenía tanta droga en cada pastilla, compraba mercancía grande. Yonquis que se pinchan, como Mary Ann, fríos como el hielo y con los dientes que rechinan, poseían ahora televisores de pantalla grande y ordenadores, muebles bonitos y herramientas eléctricas.

Incluso la orina permeó en la economía del OxyContin. Cuando las autoridades empezaron a examinar cuidadosamente a los doctores del condado de Scioto, algunas clínicas empezaron a pedir pruebas de orina ocasionales. Los agentes de la condicional siempre los requerían. De este modo, emergió un mercado negro de orina limpia, en el que el fluido se intercambiaba como el agua en el desierto. Los adictos compraban vejigas falsas que se precintaban a la barriga y que tenían tubos que descendían hasta los pantalones. Los vecinos de una clínica del dolor cercana al centro se acostumbraron a que la gente llamara a su puerta y les preguntara si querían vender su orina. Fuera de las clínicas de distribución de pastillas se apostaban personas que cobraban en pastillas por hacer pipí en un vaso y prometían orina limpia mientras tragaban agua. Los clientes veteranos desmenuzaban oxicodona en la orina que compraban porque los doctores querían comprobar que el paciente no tuviera otro fármaco en el sistema que no fuera el que le habían recetado. La orina infantil era codiciada por su pureza y tuvo el valor de un Oxy de cuarenta durante varios años en Portsmouth.

Mientras tanto, un sofisticado sistema de clases del opiáceo emergió. Arriba estaban las personas que nunca consumían, pero que vendían pastillas y compraban cualquier cosa que trajera un yonqui.

El difunto Jerry Lockhart pertenecía a la élite. Vivía en un promontorio del oeste de Portsmouth al que llamaban OxyContin Hill. Lockhart también llevaba a gente cada mes a visitar a los doctores de las clínicas de pastillas, pagaba por la visita y se quedaba con la mitad de las pastillas que les recetaban. Estas últimas eran ratas callejeras, lo más bajo del sistema de clases del opiáceo.

Las ratas callejeras eran los adictos que nunca conseguían acumular el capital para pagar sus propias visitas al doctor, y mucho menos las de otro. Recogían chatarra o robaban adornos de los jardines delanteros de las casas. Tenían que hacer un millón de chanchullos para pasar bien el mes. En la ciudad había cientos de ratas callejeras, y otras tantas se iban agolpando,

procedentes de otros lugares, en excursiones de un día a las clínicas de pastillas de Portsmouth.

La relación entre las ratas callejeras y los distribuidores como Lockhart se asemejaba a la de los aparceros. Un modo en que las ratas callejeras pasaban el mes era pedirles a los camellos como Jerry Lockhart que les adelantaran pastillas. Para cuando se acercaba su visita mensual con el médico, debían casi todo lo que les iban a recetar: «Si nos iban a dar ciento ochenta, ya le debíamos cien», contaba otro adicto.

Hablé con un adicto llamado Donnie, que había sido herido de gravedad en el extranjero con los marines y había sido tratado con morfina. Llevaba consigo el gusto por los opiáceos cuando regresó a Portsmouth, que para entonces nadaba en ellos. Cuando se fue afianzando su adicción al Oxy, Donnie empezó a vender las herramientas de su garaje. Creía recordar que le había vendido casi todas las herramientas a Jerry Lockhart.

Durante el mes, acudía con frecuencia a Lockhart a por pastillas, que le daba dos a cambio de recibir cuatro tras la visita al doctor. Cuando esta llegaba, normalmente Donnie le debía a Lockhart casi todo lo que le iban a recetar.

Lockhart cambiaba pastillas por mercancía robada que vendía en un gran garaje que tenía en su propiedad. Les daba pastillas a los adictos a cambio de sus tarjetas de vales de comida y luego compraba comestibles con esas tarjetas. Un adicto contaba que le había dado a Lockhart su tarjeta y que no la había vuelto a ver hasta que Lockhart murió, dos años después. Un adicto que decía haber trabajado para Lockhart me contó que este construyó su casa prácticamente entera con material comprado con cheques regalo de Lowe's. Todos estos cheques llegaban por medio de la mercancía que los adictos robaban en la cadena: devolvían los productos robados para conseguir cheques regalo, luego le llevaban los cheques a Lockhart para conseguir pastillas.

Los rateros, de hecho, eran los vendedores ambulantes del reino yonqui de Portsmouth, pues proporcionaban los bienes básicos para la vida diaria en la economía del OxyContin y aceptaban únicamente pastillas como pago. Robaban comestibles, o tampones, o detergente, u hornos microondas, según pedido.

La importancia de los rateros en la economía del OxyContin creció, a su vez, a partir de una institución rural, nueva e indispensable.

En Portsmouth, al igual que en gran parte de las áreas rurales de Estados Unidos, casi todo lo que hay que comprar se vende únicamente en Walmart. En este caso, el Walmart se encuentra en la ciudad vecina de New Boston, en la tierra donde antaño se erguía la planta de coque, cuyas chimeneas permanecen. Todo el mundo compra y socializa allí.

Yo vivo en el sur de California, un mercado en el que Walmart no ha penetrado tan completamente. Cuando vivía en México, los Walmart se encontraban solo en los barrios residenciales más apartados de Ciudad de México. Entré por primera vez en un Walmart en 2003 mientras visitaba una ciudad que vivía de los productos cárnicos del suroeste de Kansas en busca de un reportaje sobre un equipo de fútbol. Llegué con una serie de imágenes vergonzosamente inocentes de lo que esperaba del suroeste de Kansas. Pocas áreas han aportado tantos iconos a la historia de Estados Unidos: pioneros, vías pecuarias, granjas familiares, Dodge City, incluso *El Mago de Oz* . Todo aquello giraba alrededor, me imaginaba, de la plaza central de los pueblos de Estados Unidos.

En lugar de eso, me encontré con pueblos fantasma. Mis pisadas resonaban en las plazas centrales de los pueblos. En una, una farmacéutica había dejado una nota en el escaparate de su establecimiento. Había disfrutado sirviendo al pueblo, decía en ella, pero no podía aguantar más y esperaba que entendieran por qué se había marchado como el resto. No dejó ninguna dirección de contacto.

Walmart era a menudo el único lugar donde comprar la mayoría de los productos básicos en estas poblaciones del interior. Deambulando por los Walmart, me imaginaba los pasillos encantados por los fantasmas de los propietarios de las tiendas que antaño sostenían los pueblos estadounidenses. En un pasillo se encontraba el dependiente de la tienda de comestibles que se había marchado; en otra, el antiguo propietario de la ferretería; junto a aquel, la mujer de la tienda de ropa o aquella farmacéutica que se había marchado tiempo atrás.

Así que, tal vez, no me debería haber sorprendido enterarme de que, en la economía del OxyContin de Portsmouth, cuando los nuevos yonquis rurales necesitaban sentirse bien, acudían a Walmart como todos los demás.

Antes del OxyContin, no era difícil sablear cuatro o cinco pavos para comprar un Lorcet o un Vicodin para sentirse bien: «Podías encontrarlos en tu sofá», contaba un adicto.

Entonces llegó el Oxy, con su gran dosis de droga, su alto coste y sus monos mucho más fuertes. De repente, los yonquis enfermos por la abstinencia necesitaban un lugar donde pudieran hacerse rápidamente con doscientos dólares en mercancía que vender.

«Cuanto más dinero necesitas para conseguir la pastilla, más productos necesitas tener —contaba Keith Henson, el marido de Mary Ann—. Podías ir a Walmart, pasarte media hora allí y conseguir lo que necesitas para una pastilla o dos».

Los consumidores, por supuesto, podían timar igualmente a sus seres queridos; vendían drogas también, atracaban armerías o a camellos. Espoleados por la molécula de la morfina, hacían eso y mucho más. Sin embargo, a muchos los atraía la gigante cadena de tiendas azules como un imán. Si te vetaban la entrada en tu Walmart local, había otro a cuarenta kilómetros en casi cualquier dirección.

Una cantidad grande pero inmensurable de la mercancía que mantenía la adicción conforme los opiáceos se asentaban en el interior de Estados Unidos se sacaba de los pasillos del Walmart, donde las plazas centrales habían ido a morir.

En la economía del Oxy de Portsmouth, los rateros yonquis tenían que ser flexibles. En un día cualquiera, podían llegarles pedidos de zapatos de chico, de una sierra eléctrica, de altavoces para el coche y de un chuletón. En otros tiempos, eso habría supuesto visitar cuatro tiendas de la calle Chillicothe. Eso ya no era así.

«Walmart tiene una variedad tan grande —decía Angie Thuma, una antigua enfermera que robó durante años en Walmart cuando era una adicta en la calle— que había gente a la que yo le vendía objetos robados todos los días. Todo se encontraba en un lugar. Si necesitas ropa de hombre, estaba el Walmart. Si necesitabas zapatos, yo robé cientos de pares de zapatos del Walmart. Estaba todo lo que una persona puede querer en una tienda».

Walmart también regulaba los precios en la economía del OxyContin. Los rateros conseguían pastillas por la mitad del valor de lo que marcara la etiqueta del producto. Si no estaba el precio marcado en, por ejemplo, una sierra circular Black and Decker que un adicto ofrecía: «Llamabas a Walmart para consultar el precio: “Estoy buscando esta sierra circular Black and Decker. ¿Cuánto valen?”. Y ellos te decían: “Son sesenta y nueve con noventa y nueve”», decía Keith Henson. Keith pagaba casi la mitad de esa

cantidad en pastillas —oxicodona de treinta, normalmente— por la sierra circular que le ofrecía el adicto.

Ni que decir tiene que los precios estaban sujetos a la desesperación del yonqui; se trataba de comercio despiadado. Mary Ann le ofreció en una ocasión a un yonqui una oxicodona de quince por un par de zapatillas de baloncesto Nike Jordan robadas porque el tipo tenía demasiado mono como para buscar a otro comprador. Le compró un frigorífico a una familia con hijos por tres de treinta. Sin embargo, por lo general, si un ratero robaba un paquete de pañales, detergente Tide, películas en DVD y una lijadora eléctrica, todo por un valor de doscientos dólares en Walmart, era razonable que esperara que un camello de la ciudad le pagara la mitad del valor en pastillas: un OxyContin de ochenta y una oxicodona de veinte.

Ayudaba que los empleados de Walmart mostraran poco afecto por la tienda y sus consabidos salarios bajos. Algunos trabajadores estaban enganchados también. Algunos de los empleados encargados de dar la bienvenida a los clientes eran demasiado viejos para entender lo que pasaba. En cualquier caso, muchos trabajadores de Walmart no tenían ninguna gana de encararse con un yonqui.

«Ganan diez dólares la hora —me contaba un mangante veterano que conocí en Portsmouth—. Nos ven la mirada de: "No te metas en mi camino". De vez en cuando te encuentras a alguno que va de héroe. Uno que intenta conseguir el puesto de gerente. El tipo duro lo intentará, pero cuando estoy con el mono, yo soy más duro"».

Es posible que la plaga de los opiáceos nunca se hubiera extendido tan rápidamente si estas áreas rurales donde todo empezó poseyeran diversas tiendas minoristas pequeñas, en las que sus dueños invertían la vida, conocían a los adictos personalmente y estaban preparados para defenderse de ellos.

Walmart permitía que los rateros yonquis jugaran a ser Papá Noel con la economía de las pastillas al satisfacer los pedidos de los camellos de juguetes y regalos a cambio de droga. Angie Thuma le proporcionó a seis camellos todos los regalos de Navidad durante varios años seguidos, además de los regalos para sus propios hijos. Se da la circunstancia de que el día de Navidad era importante para los camellos, que abrían el negocio en espera de que los yonquis quisieran cambiar por pastillas los regalos que ellos —o sus hijos— recibían. «Durante un par de meses antes de Navidad

no daba abasto con los robos —contaba Thuma—. Aun si iba varias veces en un día, me faltaban brazos para conseguir todo lo que querían».

Los camellos no eran los únicos que compraban las mercancías robadas. Muchas personas de la economía deprimida de sueldos mínimos de la ciudad estaban ávidas de conseguir una ganga y no les importaba demasiado de dónde viniera. Algunos de los mejores clientes de Thuma eran mujeres de mediana edad que criaban a sus nietos y que no podían salir adelante con los salarios que ganaban.

Sin embargo, eran generalmente los camellos los que estimulaban el comercio de bienes robados e incitaban a los mangantes a que renovaran su ingenio. Cuando los camellos preparaban a sus hijos para que regresaran a la escuela en agosto, los rateros se dispersaban con largas listas de pedidos de ropa para los niños con el número de pie, las tallas de camisas y pantalones, así como el material escolar. Un chico con el que hablé empujó una televisión de pantalla plana a través de una tienda Walmart de neumáticos, que normalmente no tenía mucha vigilancia ni alarma en la entrada. Si llenabas un bolso con papel de aluminio, los sensores de cualquier mercancía que pusieras en ellos no activaban las alarmas al salir de Walmart.

Thuma llevaba a Walmart a otros rateros que entraban en la tienda y buscaban una caja grande que contuviera un tobogán de plástico para niños. La arrastraban a un área apartada de la tienda y la vaciaban. A continuación, se paseaban por toda la tienda mientras llenaban la caja, ahora vacía, de reproductores de DVD, consolas Xbox, auriculares o tambores de detergente Tide. Pagaban los veinte dólares que costaba el tobogán y empujaban la caja hasta la salida. Cuando saltaba la alarma, le enseñaban a la persona mayor que había en la puerta el recibo y se iban: «Sin duda se trata de algún fallo electrónico, cari».

Otro mangante del Walmart veterano me contó que solía vestir ropa muy holgada, con calzoncillos largos debajo que precintaba a la altura de los tobillos. Iba caminando por la tienda mientras se metía mercancía en los calzoncillos, que cada vez estaban más abultados, aunque no se veía nada por debajo de los pantalones y la camiseta ancha. «Salía de allí y parecía que pesaba ciento ochenta kilos», decía.

La gente de Portsmouth abría tiendas en sus apartamentos y se especializaba en ciertos productos, la mayoría de los cuales eran robados del Walmart: material de jardinería, herramientas o equipamiento para el

automóvil. Un adicto en recuperación me contó que había ido al apartamento de una mujer que almacenaba todo lo necesario para el bebé: «Tenía un dormitorio en el que podías entrar que estaba organizado como una tienda: los pañales en una esquina, comida y fórmula para bebés, ropa en un vestidor colocada como en un expositor —me contaba—. Luego tenía cajas de sillas altas y cochecitos. Iba a Walmart a robar mierdas, o tenía a gente que iba allí con pedidos y se los llevaban».

Durante mucho tiempo, Walmart no requería un recibo para las devoluciones. Cualquier cosa robada podía cambiarse por un cheque regalo del valor completo de la mercancía. Los camellos compraban esos cheques por la mitad de su valor en pastillas. Un cheque de quinientos dólares de Walmart valía tres OxyContin de ochenta, por las que el camello había pagado unos cuantos dólares gracias a la estafa de las tarjetas de Medicaid. Un extenso comercio de cheques de Walmart mantenía el flujo de productos básicos para el hogar del ejército de camellos de pastillas de Portsmouth.

A su vez, un recibo de Walmart te podía dar dinero. Los yonquis peinaban los aparcamientos de los Walmart en busca de recibos desechados. Robaban los objetos que había en el recibo, que le enseñaban a la persona de la puerta mientras se iban. Luego regresaban con la mercancía y el recibo y cambiaban el producto por dinero.

En medio de esta locura, los hijos e hijas de los propietarios de negocios de Portsmouth, los hijos de los capitanes del *sheriff* , doctores y abogados, vieron un futuro en el OxyContin. Algunos consideraban las pastillas la respuesta de las bases a la catástrofe económica, del mismo modo en que algunos aldeanos pobres de México veían el narcotráfico. Los camellos que no hubieran encontrado un trabajo legítimo en la moribunda Portsmouth negociaban con pastillas para mantenerse y alimentar a sus hijos. Algunos remodelaban casas destartaladas, otros compraban coches o camionetas.

«Cuando hace seis meses había críos que iban a la escuela con los zapatos hechos pedazos y ahora tienen zapatos nuevos, sentimos que es un logro —me decía Mary Ann—. Nuestros padres tuvieron todas estas oportunidades. Portsmouth era un lugar floreciente entonces, con sistema de transporte en autobús y tranvía y trabajos que duraban. Fuimos educados con un sentimiento de orgullo por nuestra ciudad. Pero cuando salimos al mundo real, no había nada de lo que estar orgulloso. No podemos ayudar a nuestra ciudad. Así que cuando encontramos una manera de ayudar a la ciudad, lo

hicimos; una forma que se volvió a su vez en contra de todos, por supuesto».

En Xalisco (Nayarit), la heroína de alquitrán negro elevó a cultivadores de caña de azúcar al estatus de comerciantes locales. En Portsmouth, los adictos a las pastillas de clase media hacían elecciones que los hundían en la marginalidad. Daban por terminados sus estudios en el instituto. Tenían hijos demasiado jóvenes y sin estar casados. Poco después, estaban en la calle arruinados y llenos de marcas.

No obstante, mientras una generación de jóvenes se echaba a perder en la Portsmouth posindustrial, sus padres eran incapaces de negarles dinero para gasolina para que pudieran conseguir algún trabajo nuevo que nunca existía. No podían obligarse a no pagarles las fianzas o la factura de la luz.

Cuando algunos de estos jóvenes morían, los padres, mortificados, les contaban a los vecinos que su hijo había sufrido un ataque al corazón o que su hija había muerto a causa de las heridas sufridas en un accidente de coche.

Fue necesario que pasara toda una década hasta que una madre de Portsmouth fue capaz de negarse a fingir y la primera del estado en decir públicamente que la droga había matado a su hijo.

Una causa criminal

Sur de Virginia

En agosto de 2001, hacia la época en que Jaymie Mai descubría cómo muchos trabajadores lesionados de Washington morían de sobredosis de analgésicos, y que circulaban por la región de los Apalaches informes sobre el abuso extendido del OxyContin, John Brownlee aceptó el puesto de fiscal federal para el distrito occidental de Virginia.

Se trata de una oficina pequeña, con tan solo veinticuatro fiscales, pero estaba ubicada cerca de la tormenta de opiáceos que se estaba formando.

Brownlee contaba con un pedigrí impecable dentro del Partido Republicano. Su padre había sido secretario del Ejército. Brownlee estuvo en la reserva y continuó prestando servicio como reservista mientras actuaba como fiscal federal. Su nombre se mencionaba como posible futuro gobernador de Virginia, o bien como fiscal general del Estado.

Años más tarde, una vez que todo aquello ya había salido a la luz, cuando Brownlee ya realizaba su práctica para el sector privado y que aquellas posibilidades ya no eran objeto de debate, hablé con él extensamente por teléfono.

Durante sus años como fiscal federal, me dijo, la gente se moría de sobredosis en los estados de Kentucky, Virginia Occidental, Ohio y el sur de Virginia. Otras oficinas del fiscal imputaban a notables doctores de clínicas de distribución de pastillas, David Procter entre ellos. La oficina de Brownlee se unió a la batalla con el juicio controvertido a un doctor de Roanoke llamado Cecil Knox, de quien había informes estatales que mostraban que recetaba OxyContin con profusión.

A partir de ahí, contaba Brownlee, decidió echar una mirada más amplia a lo que estaba pasando: «Vimos aquello y dijimos que debíamos echar un vistazo a la compañía que vendía esto», decía. Reclamó todos los registros de Purdue, que suponían millones de páginas y correos electrónicos, relacionados con las estrategias de mercadotecnia empleadas con

OxyContin. Los empleados federales se acuartelaron en la sala de conferencias de una de las plantas de la sede central de Purdue en Stamford (Connecticut), y copiaron archivos de la compañía durante meses.

Brownlee me dijo que los registros mostraban cómo la compañía formaba a los comerciales para vender OxyContin como si no fuera adictivo y no provocara síntomas de abstinencia. Los médicos, por lo tanto, podían recetarlo tranquilamente para muchos tipos de dolor.

«Una de las pruebas que miramos fueron las notas de llamadas. La compañía tenía un proceso que consistía en que el comercial acudiera a ver a un doctor y luego resumiera la conversación. Esto se remitía a una oficina de información central. Una vez que fuimos capaces de ver aquello, comenzamos a observar un patrón de conducta. ¿Se trata de unos pocos sinvergüenzas o, más bien, de la política de la empresa? Se hizo patente que se trataba de algo más que de unos pocos comerciales sinvergüenzas, los formaban para vender el fármaco de un modo que no era preciso. Esto supuso una de las mejores pruebas de que se daba información engañosa. Había un porcentaje extraordinariamente alto de representantes de ventas en varios estados que hacían esas alegaciones. Pasaba en los cincuenta estados. Ahí es cuando lo elevas a culpabilidad corporativa».

Hacia el otoño de 2006, John Brownlee estaba preparado para presentar una causa criminal por un delito de engaño en la comercialización de productos contra Purdue Pharma, el fabricante de OxyContin.

«Tomaron el Cinturón de OxyContin»

Columbus (Ohio)

«Olvídate de que tienes hijos». Este consejo le dio a Mario, inmigrante ilegal, su nuevo jefe de Xalisco (Nayarit). Mario se preparaba para lo que resultaría ser una carrera breve como teleoperador de una célula de heroína de alquitrán negro en Columbus (Ohio) unos pocos años más tarde de que el Hombre llevara la droga allí.

«Olvídate de que alguien pueda hacerle a tus hijos lo que tú les estás haciendo a los hijos de otros —le dijo su nuevo jefe en un restaurante un día—. Si no lo haces, no dormirás». Y añadió: «No permitas que se mueran los clientes. Cuídalos. Son los que te dan dinero».

Mario había trabajado varios años como mecánico en Portland (Oregón). Muchos de sus clientes entonces eran repartidores de heroína allí en Portland que venían de Xalisco (Nayarit) o localidades próximas. Les vendía dos o tres coches a la semana. Ellos le ofrecían trabajo en sus redes, pero él lo rechazaba al principio. Entonces una serie de problemas financieros le hicieron replanteárselo. Así, un verano aceptó un trabajo con el hombre de Xalisco al que se refería como «jefe», y se fueron a Columbus.

«Hablaba algo de inglés, estaba limpio, tenía un carnet de identidad y la solvencia necesaria para alquilar un apartamento. Alquilé uno allí que ellos pagaban», me contó.

Ganaba quinientos dólares a la semana como teleoperador, tomaba los pedidos de la lista de clientes por teléfono. Las ventas de la red aumentaron hasta llegar a más de dos mil dólares al día. Su jefe regresó a Nayarit, donde esperaba a que los trabajadores como Mario enviaran el dinero. Mario se despertaba en el desangelado apartamento cada mañana, contestaba el teléfono todo el día, daba direcciones a los conductores, aunque rara vez

socializaba con ellos. Odiaba las agujas, pero vivía lejos de los efectos de lo que vendía.

«Nunca he visto a nadie pincharse —me dijo—. Nunca he visto a nadie con el mono porque le falta droga. Nunca supe cómo se pone enferma la gente. Nunca supe nada de la gente que moría. Si lo hubiera sabido, lo habría dejado».

La droga llegaba regularmente de Nayarit. No venían cargas enormes, como él se imaginaba, igual que en aquellos programas de televisión. Por el contrario, llegaba por mensajería, uno o dos kilos cada vez. Como hormiguitas, pensaba. Su jefe la mandaba desde Nayarit a Pomona (California), donde se dividía y enviaba en cantidades más pequeñas a Columbus y otras ciudades. El jefe contrató trabajadores de Xalisquillo a cuyas familias conocía, por lo que sabía que la red le haría llegar los beneficios cada mes. Su jefe también había trabajado una vez como recadero de otra red antes de irse por su cuenta. Conocía a todos los camellos y conductores de Columbus. Mario hacía viajes con su jefe a Nashville y Charlotte para organizar tratos de provisión con otras redes.

Estuvo despachando conductores por Columbus durante cuatro meses hasta que un día la policía irrumpió y Mario fue a la cárcel.

«Nayarit no tiene un cartel —me dijo—. Quien lo hace es gente que actúa de manera individual, microempresarios. Siempre buscan dónde hay más dinero, lugares donde no hay competencia. Hay miles de redes pequeñas. Cualquiera puede ser jefe de una red».

Esa es la razón por la que los Muchachos de Xalisco consiguieron a mediados de la década de 2000 evitar prácticamente cualquier ciudad estadounidense asociada tradicionalmente con la heroína. Ningún Muchacho de Xalisco se aventuraba en Baltimore, Filadelfia o Detroit. Ningún cultivador de caña de azúcar de Nayarit se iba a liar a tiros con las bandas armadas de traficantes de heroína de Nueva York. No hacía falta. Las áreas metropolitanas medianas contaban con legiones de nuevos clientes jóvenes, y no había bandas ni mafias inquietantes. Las raíces y el sistema infalible de venta al por menor de los Muchachos de Xalisco los llevó hasta áreas donde la resistencia era mínima y cuyo terreno había sido allanado para la heroína gracias al aumento de recetas de analgésicos opiáceos legales.

«Fueron —me dijo un policía al que conocí— y tomaron el Cinturón de OxyContin de Estados Unidos».

Los Muchachos de Xalisco, de hecho, no fueron los únicos traficantes de heroína del país. Detroit, Baltimore, Filadelfia y Nueva York tenían bandas que habían controlado el tráfico durante años. Tampoco eran los únicos mexicanos que traficaban con heroína de alquitrán negro. El norte de California estaba controlado por traficantes de Tierra Caliente, una parte húmeda y con fama de violenta del área central de la costa oeste de México; ningún Muchacho de Xalisco puso un pie jamás en el norte de California. Los sinaloenses controlaban los mercados de Chicago y Atlanta, que eran centros de distribución importantes; qué duda cabe de que los Muchachos no se iban a acercar allí.

No obstante, todas esas bandas eran conocidas por la violencia y las armas. En mi opinión, eso los convertía prácticamente en pasados de moda, como pistoleros del salvaje Oeste. Ninguno de ellos controlaba la droga desde la producción en México hasta la venta por décimos de gramo en las calles de Estados Unidos. Los Muchachos de Xalisco sí lo hacían. Eran traficantes de droga de una nueva era en que la mercadotecnia era la reina e incluso las personas son una marca.

Purdue creó la marca OxyContin como la solución adecuada para los pacientes con un dolor crónico disruptivo. Los Muchachos de Xalisco crearon la marca de su sistema: el reparto seguro y fiable de globos que contenían heroína con un peso y una potencia estándar. La solución adecuada de cada día para el adicto. La solución con la que empezar y con la que quedarse.

Como Purdue, aunque muy diferentes de los traficantes de heroína tradicionales, los Muchachos de Xalisco no se quedaban todo el día sentados a la espera de que los clientes vinieran a ellos. Se dirigían a clientes nuevos con señuelos y rebajas. Hacían seguimientos de las ventas a los buenos clientes mediante llamadas telefónicas que equivalían a una encuesta de satisfacción: «¿Estaba bien la droga?», «¿Fue amable el conductor?». Los conductores atravesaban la ciudad para vender un globo de quince dólares. Los adictos aprendieron a usar a las diferentes cuadrillas de conductores para sacar provecho: «El otro tío me daba siete globos por cien dólares y tú solo me das seis». El resultado era que el adicto no solo seguía consumiendo, sino que persuadía a nuevos clientes para conseguir descuentos mayores.

Mientras tanto, los traficantes de Xalisco monitorizaban constantemente a los buenos clientes en busca de indicios de que alguno de ellos intentaba

dejarlo. Esos adictos recibían una llamada seguida de un conductor que les ofrecía droga gratis. Un adicto de Albuquerque me contó esta historia: llamó a su camello de Xalisco, al que consideraba su amigo, para decirle que se iba a un centro de rehabilitación. «Buena idea —le contestó el camello—, esta mierda te está matando». Una hora más tarde, el camello estaba en la puerta del adicto ofreciéndole heroína gratis. «Ahora que lo vas a dejar —le dijo—, aquí tienes un regalo de despedida para darte las gracias por comprarme». El adicto no dejó de consumir.

Una mujer de Columbus me contó que su camello le dio la bienvenida a casa cuando salió de la cárcel con un paquete de provisiones que contenía varios globos de heroína con el objetivo de que volviera a consumir.

Los traficantes de Xalisco más astutos se dieron cuenta de que le debían gran parte de su éxito a los opiáceos con receta. Unos pocos habían oído hablar del OxyContin, aunque la mayoría de los Muchachos de Xalisco a los que entrevisté no lo conocían. No sabían nada de la historia de la heroína en Estados Unidos. No sabían cómo sus clientes habían llegado a la droga, que ahora vendían a una clientela nueva en la historia, clientes que nadie esperaba que consumieran la droga. ¿Por qué iban a hacerlo? No hablaban inglés y se refugiaban en apartamentos espartanos cuando no conducían; en consecuencia, tenían poca conexión con Estados Unidos. No eran sociólogos. Muchos no estaban para conversar con los adictos sobre cómo habían empezado con la heroína. Para ellos, cuanto menos contacto cara a cara tuvieran con los adictos, mejor. Eran artistas de la conversación breve. Vendían bien y no les importaba por qué.

Sin embargo, su sistema de reparto y la mercadotecnia a sangre fría, combinados con una clientela enorme y cada vez mayor de nuevos adictos a las pastillas, eran la razón de su éxito. Hacia la década de 2000, estos jóvenes rancheros procedentes de un municipio de tan solo 45.000 personas en un estado que la mayoría de los estadounidenses no podían encontrar en un mapa se habían convertido en la confederación de traficantes de heroína más prolífica de Estados Unidos, que buscaba de forma agresiva nuevos mercados mientras abastecía heroína a diecisiete estados como mínimo, entre los que se encontraban lugares inesperados donde la heroína era prácticamente desconocida antes de que aparecieran.

El bien de consumo definitivo

Charlotte (Carolina del Norte)

Pocas partes de Estados Unidos se beneficiaron más de la expansión económica que comenzó a mediados de los años noventa que Charlotte (Carolina del Norte). Su área metropolitana, que incluye parte del norte de Carolina del Sur, creció más rápido que ninguna otra región metropolitana entre el 2000 y 2010.

El NationsBank de Charlotte adquirió el Bank of America en 1998 y la ciudad se convirtió en la sede central de este último. A su vez, los jubilados neoyorquinos abarrotaron la ciudad y Charlotte aprendió lo que era un *bagel* . Otras seis compañías de la lista de Fortune 500 aparecieron allí, así como franquicias de las ligas profesionales de baloncesto y fútbol americano, y un perfil urbano plateado. El área metropolitana de Charlotte incluye casi cincuenta clubes de golf y de campo. El extremo sur de la ciudad absorbía a los recién llegados más acaudalados, que transformaron la zona de pastos para vacuno en una extensión de mansiones de baja calidad y centros comerciales en menos de una generación.

Los inmigrantes latinos también acudieron por los trabajos. Los empleos en agricultura y en los mataderos de cerdos los habían atraído hasta el estado, y llenaban las localidades rurales que se iban desvaneciendo; ahora, se mudaban a empleos más estables en Charlotte. La población latina de la ciudad creció más rápidamente que en ninguna otra ciudad del país.

El consumo de pastillas con receta creció en Charlotte de igual manera que lo hizo en todo el país con la revolución del dolor. A la larga, eso significaba más adictos a los opiáceos. Durante años, la heroína de Charlotte había sido un polvo que llegaba de Nueva York, con una debilidad uniforme y que vendían exclusivamente jóvenes negros en unas cuantas calles aledañas a la avenida Statesville, en la zona norte de la ciudad. Su

clientela se limitaba a un número modesto de adictos del área metropolitana.

El área de Statesville fue donde, a principios de los años noventa, Brent Foushee se formó como joven agente de la unidad antidroga.

Cuando era más joven, Brent Foushee había pasado dos veranos vendiendo Biblias en Misisipi y en las regiones mineras del este de Kentucky. Aquel era, pensó después, el tipo de trabajo que entorpecía el crecimiento de uno como ser humano. Se le daba fatal. Mientras vendía la nueva versión del Rey Jacobo tenía que aguantar el sermón ocasional de algún pentecostal que prefería la Biblia original del Rey Jacobo y que consideraba la nueva versión una herejía.

Vivía en un parque de casas móviles de Pikeville, un lugar situado en una región minera de Kentucky que Foushee llegó a considerar el fin del mundo. Su vecino era dueño de una mina de carbón y estaba escondido porque sus trabajadores se habían puesto en huelga y él mantenía la mina en marcha con trabajadores no sindicados.

No obstante, Foushee llegó a creer que había sido allí, vendiendo Biblias, donde había comenzado su formación como agente antidroga. De naturaleza introvertida, se tenía que forzar a llamar a la puerta de gente que no conocía y hablarles.

Años más tarde se unió al Departamento de Policía de Charlotte. Al poco tiempo, su sargento de la unidad antidroga le ordenó que comprara heroína en una calle cercana a la avenida Statesville. Foushee había estado allí tres semanas antes con la patrulla, de uniforme.

—Van a saber que soy poli —le dijo.

—No, no te preocupes. Hazlo —le dijo el sargento—. No te pasará nada.

De modo que aquella tarde, vestido de paisano y con el pelo más largo y descuidado, Foushee se adentró en la calle. Silbidos y abucheos dieron la señal de alarma.

—¡Cinco cero! ¡Cinco cero! —gritaban los camellos, el código callejero para advertir de que venía la policía. Foushee se acercó a un camello mientras se esforzaba por parecer colocado.

—Necesito algo, colega —le dijo.

—Tú eres poli, tío —le contestó el joven camello.

—No, tío, no soy madero. Tengo el mono, necesito algo.

—Tú eres poli, hijoputa.

—Que no, tío, que no.

—¿Quién es aquel, entonces? —El camello señaló a unos árboles a unos cincuenta metros y al compañero de Foushee, un hombre alto que intentaba esconderse tras un árbol joven.

—Ese es mi puto hermano, colega. Me vigila para asegurarse de que no me meto su mandanga cuando la compre. Tío, ¿me vas a vender o no?

Ni que decir tiene que el camello le vendió el caballo.

Sigue hablando, aprendió Foushee. Como un vendedor. Si todavía hablas, es que aún estás vivo. Hablar era el gran don del policía encubierto, y Foushee llegó a depender de ello en momentos de estrés. El chaval no era idiota, pensó Foushee más tarde. Solo quería que le insistieran, así que dejó que la avaricia le nublara el buen juicio. Los camellos de la calle ganaban dinero con cada venta y, por lo tanto, querían que los convencieran. Habla lo suficiente y con la desesperación adecuada y, normalmente, conseguirás que te vendan. Hablar y convencer a la gente usando el ingenio era lo que vender Biblias le había enseñado a hacer.

No obstante, Foushee también se dio cuenta de que muy poco de lo que había aprendido con la venta de Biblias y la compra de heroína tenía valor una vez que los Muchachos de Xalisco llegaron a Charlotte. Unos años después de la primera visita del Hombre a Charlotte, los Muchachos de Xalisco se movían por toda la ciudad. Foushee observaba mientras la heroína se volvía más barata, más potente y más fácil de conseguir. El mercado de la heroína de Statesville menguó. A diferencia de los camellos cerca de la avenida Statesville, estos tipos mexicanos iban en coche. Aunque hablaras español, que no era el caso de Foushee, no podrías hablar con ellos porque el intercambio se producía en cuestión de segundos y desaparecían.

Antes de los Muchachos de Xalisco, la política del departamento no permitía que un policía encubierto se metiera en el coche de un camello sin ir acompañado. Sin embargo, los Muchachos de Xalisco no vendían jamás fuera del coche, así que Foushee llamó un día a su número y le dijeron que aparcara en un centro comercial. Al rato, pasó un mexicano al volante de un pequeño cuatro puertas rojo. El conductor levantó una ceja. Foushee arrancó y fue detrás de él.

Siguió al coche rojo hasta un barrio residencial y a través de varias calles hasta que se detuvo. Foushee envió la ubicación por radio a los refuerzos y caminó hasta la ventanilla del conductor. El coche del tipo estaba inmaculado. En la mayoría de los coches que Foushee había visto en el

mundo de la heroína había desperdigados por el suelo restos de comida echada a perder, cajetillas de tabaco estrujadas y ropa mugrienta. Y, sin embargo, aquí tenía un coche viejo, un vehículo de reparto de heroína, sin una mota de polvo. Le tendió sesenta dólares al conductor, que a su vez escupió tres globos en la mano, se los entregó a Foushee, arrancó y se fue. Foushee se quedó allí mirando cómo se iba, con los globos cubiertos en saliva en la mano y la sensación de ser testigo de una revolución. Más tarde, escribiría una tesis sobre el sistema de Xalisco para su máster en Justicia Penal.

Con el tiempo se vio que los Muchachos de Xalisco eran fáciles de arrestar. En cambio, las células eran casi imposibles de erradicar. Las condenas a prisión que impuso Carolina del Norte por tráfico de heroína, que iban de siete a veinte años, apenas si les afectaban.

Esto molestaba especialmente a Sheena Gatehouse, que sería jefa de la unidad antidroga de la oficina del fiscal del distrito del condado de Mecklenburg en la época en que se extendía el sistema de Xalisco. Gatehouse se había unido a la oficina del fiscal nada más salir de la facultad de derecho. Se pasó los primeros años procesando delitos menores y causas pequeñas de drogas, marihuana, normalmente. Dejó el puesto para convertirse en abogada defensora y llevó la primera de las causas de abuso de OxyContin de la región; en este caso, sus clientes eran hijos de doctores. En 2009, volvió a la oficina del fiscal.

La heroína de alquitrán negro dominaba los casos. Los Muchachos de Xalisco eran infatigables, y lo que hacía que lo fueran era el hecho de que los trabajadores, los conductores, eran desechables. A los jefes no parecía importarles que arrestaran a muchos de ellos, siempre enviaban a más.

Los adictos sufrían sobredosis y morían en el área de Charlotte. La oficina de Gatehouse determinó una nueva regla: nada de acuerdos fáciles en casos de heroína. Las sentencias a veinte años se volvieron comunes. Tampoco eso afectó al sistema de Xalisco ni a la prevalencia de su heroína. El precio seguía cayendo. Los globos que contenían la décima parte de un gramo empezaron a razón de cinco por cien dólares y subieron hasta diez por cien. Finalmente, hacia 2011, podías comprar quince globos de potente heroína de alquitrán negro de Xalisco por cien dólares —a seis dólares y medio la dosis, el precio de una cajetilla de Marlboro, aproximadamente— en Charlotte (Carolina del Norte); una ciudad que casi no conocía la droga unos pocos años antes.

Un arresto de 2012 hizo que se cuestionara este enfoque. Los policías se pasaron meses comprándoles a los conductores de Xalisco. La investigación involucraba a decenas de agentes. Finalmente, arrestaron a los conductores y a un teleoperador. También cayeron algunos adictos a los que incautaron los móviles. Tres días más tarde, aquellos teléfonos confiscados empezaron a sonar: llamaban los traficantes de Xalisco; la tiendita estaba de nuevo en marcha, decían, con nuevos conductores procedentes de México. Los agentes ni siquiera habían terminado de procesar las pruebas de la redada cuando la tiendita ya funcionaba de nuevo.

Los conductores no eran matones profesionales, hasta donde Gatehouse sabía, sino granjeros con la esperanza de un futuro mejor gracias a la heroína de alquitrán negro. Sheena Gatehouse tenía sentimientos ambivalentes acerca de la conveniencia de la mano dura. Sin duda alguna, el daño que provocaban la requería, pero según ella: «Enviamos a granjeros a la cárcel durante veinte años y no tiene ningún impacto».

Había más chicos en su país que clamaban por una oportunidad de reemplazar a los que acababan de arrestar. Lo que es más, cada redada dejaba vacantes para más cuadrillas, de modo que una cuadrilla arrestada era reemplazada no solo por otra, sino a veces por dos. Con la competencia, los adictos tenían más números a los que llamar y el servicio al cliente de los de Xalisco no dejaba de mejorar.

En el Centro Médico Carolinas (CMC, por sus siglas en inglés), Bob Martin vio también el cambio. Martin, expolicía de Nueva York, llegó a Charlotte en 1996 para un empleo como director de los Servicios de Abuso de Sustancias del CMC. Durante los primeros años, cuando oía algo acerca de una gran redada contra la heroína, se desesperaba. Seguro que se le llenaban las camas de yonquis que se ingresaban para aguantar la sequía.

No obstante, hacia principios de la década de 2000, cada vez que la policía acorralaba a una docena de traficantes de heroína de Xalisco, Martin no veía ningún aluvión de adictos precipitándose hacia sus camas. No había sequía. La redada no afectaba al suministro de heroína del área.

«No importa cuántas redadas de muchos millones de dólares hagáis —les dijo a los agentes—, nosotros no lo notamos».

Martin también identificó un tipo de yonqui totalmente nuevo.

La mitad de los pacientes adictos a los opiáceos del centro ahora tenía seguro de sanidad privada. Martin observó detenidamente los códigos postales donde vivían y descubrió que procedían de los barrios más

pudientes de la ciudad —Raintree, Quail Hollow, Mint Hill—, en el sur de Charlotte, que en su día habían sido campos de pastura de vacuno. Estas áreas albergaban asimismo nueve clubes de campo y los mejores centros comerciales de la región.

Era como si estos tipos de Xalisco hubieran hecho estudios de mercado para descubrir nuevos mercados de heroína. Este pensamiento también se le ocurrió a un agente de policía encubierto de Charlotte llamado Jaime, que había trabajado en la unidad antidroga del Departamento de Policía de Charlotte desde 2007 (sobre todo, con heroína de alquitrán negro que les tuvo que comprar cientos de veces a los camellos de Xalisco).

Jaime creía que los Muchachos de Xalisco buscaban ciudades donde los jóvenes tuvieran teléfonos móviles, dinero y coches; y donde mucha gente estuviera enganchada a los analgésicos con receta. Al principio, vio que eran casi sádicos por el modo en que les hablaban por encima del hombro a los yonquis desesperados, los dejaban esperando y los insultaban cuando aparecían finalmente. Sin embargo, aquello cambió en 2009. Después de que Jaime les comprara, los jefes de las bandas lo llamaban para preguntar si el servicio era bueno o si el conductor había sido maleducado. En una ocasión, el jefe de una banda lo llamó para disculparse por el retraso de un conductor. Tenía muchos clientes, le dijo. Y él se iba a encargar de darle un toque a su gente para que fuera más rápida.

Después de otra compra, el teléfono de Jaime sonó: «Hemos oído de otros que esa remesa no era tan buena —le dijo el tipo en un inglés a trompicones —. ¿Qué te pareció a ti? Si era malo, quiero decirles a los tíos que nos lo pasaron que no queremos de eso más». Jaime no tuvo más remedio que seguirles la corriente: «Sí, tío, era una mierda. Muy mala». «Te compensaremos», le contestaron.

En la siguiente compra, el camello le dio un globo extra y se disculpó. Jaime atribuía el cambio de actitud a la competencia entre las bandas de Xalisco que había en Charlotte. Se figuraba que otros superiores en Xalisco imponían el control de calidad de una compañía de la lista de Fortune 500. Notó que el servicio era mejor que el de muchos minoristas legítimos.

Mientras tanto, a pesar de que el suministro de heroína no se detenía y de que los adictos estaban por todas partes, Jaime no veía furia en Charlotte. Hablaba constantemente con padres de yonquis y, tan pronto como decía la palabra *heroína* , se les paraba el cerebro. No podían concebir que sus hijos consumieran heroína. Tenían una respuesta para cada uno de los síntomas.

¿Habían visto papel de aluminio quemado por la casa? «Pensábamos que estaba quemando incienso». ¿Arrastraba las palabras al hablar? «Se estaba recuperando de la gripe». ¿Habían bajado las notas? «Estaba pasando por una etapa complicada».

Jaime fue a hablar con la Coalición Libre de Drogas de la ciudad, que se centraba en el alcohol y la marihuana.

«No —les dijo—. El verdadero problema es la heroína».

Tanto él como Gatehouse hablaron con un grupo de directores de las mejores escuelas privadas de Charlotte con la esperanza de que incitaran a una cruzada local, pero no lo hicieron.

A pesar de que la adicción se extendía, ningún padre de Charlotte, de los muchos con los que habló, dio el paso de advertir a los grupos escolares, las iglesias y los medios. La heroína tocaba a las familias de doctores, sacerdotes, ejecutivos de banca y abogados; sin embargo, todos se apartaban del hecho, aplastados por la aflicción y el estigma de la droga. De cómo un hijo había muerto con la jeringa en el brazo no era algo de lo que hablabas en el club de campo. Seis reporteros le pidieron a Jaime los contactos de padres que hubieran perdido hijos. Él les rogaba a los padres que dieran un paso al frente y contaran sus historias para ayudar a evitar que muriera otro joven. Ninguno lo hizo.

Una conspiración de silencio envolvía Charlotte. La heroína penetraba por la ciudad y los barrios residenciales de Carolina del Sur mientras tan solo unos cuantos policías, fiscales y funcionarios de la sanidad pública le presentaban batalla.

Jaime, mientras tanto, le echaba filosofía. El opio era un bien comercial que había penetrado a través de civilizaciones, desde Alejandro Magno pasando por los chinos, los turcos y los afganos; había avanzado serpenteante hasta el Triángulo de Oro de Birmania y Laos. Había sido una medicina durante tres milenios mientras cambiaba su forma a la de morfina, que era bien recibida por los soldados; luego se metamorfoseó hasta convertirse en heroína, que los camellos callejeros promocionaban y expandían hasta los habitantes de las ciudades.

Ahora, en la radiante Charlotte del siglo XXI , los clientes ya no eran marginados estadounidenses. No eran puertorriqueños de un callejón lúgubre y lluvioso del Spanish Harlem ni un miembro de una banda del este de Los Ángeles; tampoco algún seguidor del *jazz* de Charlie Parker. Ahora, muchos de los consumidores eran los beneficiarios del país más rico que el

mundo hubiera conocido. Eran los chicos blancos que vivían en calles sinuosas, con garajes llenos de motos de agua y coches SUV brillantes, además de dormitorios equipados con toda clase de artilugios digitales.

Jaime se imaginaba que entre las mayores innovaciones de los Muchachos de Xalisco estaba el darse cuenta de que uno de los filones principales de la demanda de heroína podía ser explotado ahora en estos vecindarios si eran capaces de ofrecer comodidad. El Happy Meal del caballo, lo llamó. Se promocionaba como comida rápida a la gente joven.

«Queremos lo que queremos cuando lo queremos y, por lo tanto, tenemos derecho a obtenerlo —decía—. Esta droga sigue la misma estrategia de mercadotecnia que cualquier otro producto ahí fuera: "Te daré heroína buena a un precio genial. No tienes que ir a los barrios malos. Yo te la llevo"».

En una cultura que demandaba confort, pensaba él, la heroína era el bien de consumo definitivo.

Un maremoto en ciernes

Olympia (Washington)

Jennifer Sabel sentía que se hundía. La epidemióloga del estado de Washington se hallaba de pie ante una sala con catorce doctores prominentes en el Hotel Warwick de Seattle una noche fría de diciembre de 2005. Jaymie Mai y Gary Franklin, de Trabajo e Industria del estado, la habían visitado un año antes para preguntarle si las muertes por sobredosis de opiáceos entre trabajadores con discapacidad también tenían lugar entre la población general del estado.

Sabel y su equipo juntaron todos los certificados de defunción y los informes de autopsia de las personas que habían muerto por culpa de los opiáceos. Era una tarea complicada: había que identificar las muertes potenciales de cada año y, a continuación, pedir el papeleo relacionado con cada una de ellas a los forenses de todo el estado. Ahora, presentaba sus hallazgos a un grupo formado por algunos de los especialistas en dolor más punteros de Washington. Ella mantenía la vista en las diapositivas mientras hablaba.

«Ha habido aumentos dramáticos en el número de muertes por sobredosis de opiáceos», dijo, dirigiéndose a la pantalla.

Veinticuatro en 1995. El puntero seguía la gráfica que ascendía rápidamente. «En 2004, hallamos 386 personas muertas a causa de una sobredosis de opiáceos en todo el estado», dijo. Se habían multiplicado por dieciséis.

Siguió hablando mientras daba los detalles de algunos de los casos del año anterior. Finalmente, Sabel se giró hacia la audiencia. La habitación permanecía en silencio. No podía ser verdad, dijo un doctor, finalmente. «Debe haber algún tipo de error en la codificación», dijo otro. «Por todos es sabido que los certificados de defunción son poco fiables», añadió un

tercero. Otros se mostraron escépticos con los datos de Sabel. El mensaje era claro: varios doctores presentes en la sala no la creían.

Sabel sintió náuseas, intentaba defender los datos, pero era consciente de que el tema era nuevo para ella.

«¿Qué estoy haciendo aquí? —pensó—. ¿Cómo me he metido en esto?».

Gary Franklin acudió para ayudar: «Esto es similar a lo que descubrimos en Trabajo e Industria, y creo que realmente hay algo ahí», le dijo a los especialistas.

Sabel se sentó en silencio. «A este grupo de médicos —me dijo ella cuando la conocí en 2013— los han convencido las compañías farmacéuticas de que está bien recetar esta medicación a la gente con dolor crónico porque aquí están los estudios que demuestran que muy pocos de ellos se volverán adictos. No quieren oír que la gente a la que le recetan estos fármacos podría morir. Son médicos e intentan ayudar a la gente».

Sentada cerca de Sabel aquella noche, Jaymie Mai tampoco se podía creer lo que decían los doctores. Habían pasado cuatro años desde que Mai había visto por primera vez aquellos informes sobre las muertes de trabajadores que habían sufrido una sobredosis de los analgésicos opiáceos que tomaban para la lumbalgia y el síndrome del túnel carpiano. Las muertes por sobredosis de opiáceos de trabajadores aumentaban cada año. El jardín trasero de rosas de Mai creció galano, ya que, en medio del aumento de los casos de muertes, lo cuidaba constantemente para aliviar el estrés.

Los datos de todo el estado que presentaba Sabel mostraban que se estaba formando un maremoto en la distancia. Mai sabía que las muertes por sobredosis ahora sobrepasaban con mucho las que se produjeron durante el auge del *crack* a finales de los años ochenta, e incluso aquellas de cuando la heroína había sido popular por última vez a mediados de los años setenta. Las muertes por sobredosis avanzaban al unísono con la cantidad de opiáceos que se recetaban en el estado. No se trataba de pastillas robadas en atracos a las farmacias. El tamaño del problema solo podía venir del exceso de recetas.

Según Mai: «No nos podíamos creer el volumen, el número de casos. Estás mirando todo el estado, y es posible que todo el país. Esa idea nos llevó un par de días aceptarla. Se trata de un problema enorme que va a crecer cada año a menos que hagamos algo».

Trabajo e Industria propuso una directriz que el profesional médico observaría al recetar estos fármacos. Era la siguiente: si los doctores tenían

pacientes que estaban tomando ciento veinte miligramos al día y no sentían ninguna mejora en el dolor, deberían parar y consultar a un especialista en dolor antes de recetar dosis mayores.

Era bastante simple y razonable, en particular a la luz de las nuevas muertes por sobredosis entre trabajadores. Sin embargo, se oponía a una de las ideas centrales de la revolución del dolor: que no había límites en la cantidad de analgésicos opiáceos que se le podían recetar a un paciente. La directriz que Mai y Franklin proponían convertiría al estado de Washington en el primero del país en sugerir cierto control en la cantidad de pastillas narcóticas que los doctores recetaban. Casi podían oír las críticas si se atrevían a hacer esto solos: «El Gobierno exagera, se entromete en la medicina y quita derechos». Por esta razón, juntaron a los especialistas en dolor más punteros del estado aquella noche en el Hotel Warwick.

«Les dijimos: "Esta es vuestra especialidad. ¿En qué dosis consideráis que tenéis que dar un paso atrás y reevaluar al paciente porque esto puede que no esté funcionando?"», me dijo Sabel.

A pesar de lo dura que la reunión en el Warwick fue para Jennifer Sabel, los especialistas en dolor cambiaron de opinión. En reuniones posteriores, ellos mismos sugirieron que Trabajo e Industria publicara directrices para los doctores donde se sugirieran límites, y que no siempre el aumento de dolor debe responderse con mayores dosis de narcóticos.

No obstante, antes de que se pudieran publicar aquellas directrices, Franklin recibió una carta de dos ejecutivos de Purdue Pharma. Ponían objeciones a la idea de poner un techo a las dosis de opiáceos: «Limitar el acceso a los opioides a las personas con dolor crónico no es la respuesta», escribían Lally Samuel y el doctor J. David Haddox en aquella carta de 2007. Haddox es el coautor del concepto de pseudoadicción, y ahora trabajaba para la farmacéutica. Un estudio de tres años realizado a doscientos diecinueve pacientes con artritis y lumbalgia realizado por Russell Portenoy y otros siete investigadores en la Beth Israel, añadían en la carta, descubrió que había pacientes que tomaban 293 miligramos de OxyContin al día sin tener ningún problema.

Les preocupaba, escribían Samuel y Haddox, que los pacientes que necesitaban más opiáceos «puedan recibir un tratamiento insuficiente mientras esperan la consulta con el especialista en dolor, tal y como requiere la directriz».

Poco tiempo después, un doctor de Spokane llamado Merle Janes demandó a Trabajo e Industria. Al doctor Janes lo ayudaban cinco bufetes de abogados, cuatro de los cuales eran de fuera del estado de Washington. La directriz, alegaban en un escrito judicial, era un ejemplo del «ánimo o celo extremo discriminatorio contra los opioides conocido como opiofobia que se transmite, permea y corrompe perniciosamente el desarrollo y la gestión de las políticas de salud pública» en Washington.

De esta manera, las directrices sobre las prescripciones de Trabajo e Industria permanecieron en el limbo durante dos años. Veinticinco trabajadores que habían acudido a un doctor de la compensación de trabajadores con una lesión murieron por sobredosis de opiáceos en 2008; en 2009, murieron treinta y dos más.

No obstante, el estado de Washington, Trabajo e Industria y aquella reunión del Hotel Warwick dieron pie a una nueva reflexión sobre el uso generalizado de analgésicos con receta; la primera reevaluación desde que la revolución del dolor se volviera creencia popular. Estaba enraizada en la investigación de Mai sobre aquellos primeros informes sobre las muertes de trabajadores por sobredosis en 2001. El artículo que escribió con Franklin, además de la investigación de Jennifer Sabel sobre las muertes por sobredosis en el estado, alertó a su vez a los Centros para el Control de Enfermedades de Atlanta. Sus epidemiólogos comenzaban a examinar las tasas de muertes por sobredosis de opiáceos en todo el país. Los epidemiólogos presentarían una demanda en el estado de Ohio, donde, unos cuantos años antes, la heroína de alquitrán negro había coincidido con la gran cantidad de recetas de analgésicos, y donde había surgido la primera clínica de distribución ilícita de pastillas.

Mientras tanto, en mayo de 2011, un juez desestimó la demanda del doctor Janes. Al año siguiente, Washington publicó las directrices propuestas por Franklin y Mai y se convirtió en el primer estado en sugerir que los doctores moderaran la prescripción de opiáceos. Los legisladores de Washington también revocaron las regulaciones sobre el dolor intratable que permitía recetar dosis ilimitadas de opiáceos.

Llamé más adelante al doctor Janes para hablar de su demanda y de cómo consiguió la ayuda de tantos bufetes de abogados. Su asistente cogió mi mensaje y me dijo que estaban dejando de recetar opiáceos para el dolor debido a «trabas que el estado les ponía a los doctores». El doctor Janes nunca me devolvió la llamada.

Devoción pentecostal, arañazos salvajes

Portland (Oregón)

En 1906, un resurgimiento cristiano delirante bramaba en Los Ángeles. Se trataba de un movimiento afroamericano, aunque poco después se convirtió en integrado. Tomaba el nombre de la calle donde residía la iglesia donde surgió. El avivamiento de la calle Azusa marcó la primera explosión de la fe pentecostal. Con él llegaría el rezo ferviente, el don de hablar en lenguas y la creencia en un renacimiento personal en el Señor. Este resurgimiento se extendió al este por todo Estados Unidos hacia el Medio Oeste y el Sur. En una década, el movimiento llegó a Nueva York. Entre aquellos que lo abrazaron se contaban numerosos trabajadores inmigrantes rusos.

Estos inmigrantes regresaron a Rusia para predicar la nueva palabra en el momento en que los revolucionarios comunistas derrocaban el Gobierno del zar. Aquellos pioneros pentecostales convirtieron a miles de personas en Rusia, Ucrania y Bielorrusia. El nuevo Estado soviético envió a muchos al gulag. Otros creyentes siguieron adelante. Celebraban un servicio que duraba todo el día del domingo en casas donde hablaban en lenguas y predicaban el bautismo mediante las privaciones, y se volvieron exclusivistas como autodefensa. Las mujeres se cubrían la cabeza con pañuelos. Bailar, llevar joyas o maquillaje estaba prohibido. Eran pacifistas y renegaban de las armas y la televisión. Se casaban jóvenes y tenían muchos hijos. Los estudios superiores estaban vetados para ellos, de modo que se convirtieron en soldadores y camioneros.

Su fe era protestante, pero los pentecostales rusos se inclinaron por el Dios severo del Antiguo Testamento para que los guiara a través de la opresión soviética. Para cuando finalizó el experimento soviético, setecientas mil personas, la mayoría en Ucrania y Bielorrusia, eran

pentecostales fervientes. Entonces, un sueño se hizo realidad. Estados Unidos, una tierra donde la fe pentecostal se estimulaba y que contaba incluso con emisoras de radio y canales de televisión propios, se abrió a ellos. Decenas de miles emigraron y se asentaron principalmente en Sacramento, Seattle y Portland (Oregón).

Entre ellos se encontraba una joven pareja, Anatoli y Nina Siniaiev, de la ciudad de Baksan. Anatoli era soldador. El padre de Nina había sido evangelista y había viajado por Alemania e Israel para predicar la palabra. Cuando el muro soviético empezaba a tambalearse, los Siniaiev cogieron a sus dos hijas bebés y volaron a Portland.

El primer bebé de Nina nacido en Estados Unidos fue también su primer hijo varón, Tovi. Desde entonces, siempre estuvo embarazada. La pareja tendría diez hijos más. Anatoli siempre estaba trabajando. Se mudaron ocho veces, principalmente a las zonas residenciales de Portland de Gresham y Milwaukie, en los que se concentraban los pentecostales rusos. Asistían a una iglesia pentecostal rusa conservadora y educaban a sus hijos en esta fe.

Sin embargo, la tierra de sueños que era Estados Unidos contenía peligros que no habían imaginado. Seguir siendo cristiano en Estados Unidos, donde todo estaba permitido, era más duro que mantener la fe en la Unión Soviética, donde nada se permitía. Las iglesias estaban por doquier, pero también las distracciones y el peligro: la televisión, la cultura popular, sexualizada y permisiva, así como la riqueza.

Los líderes recurrían a las prohibiciones que habían sustentado su fe durante las oscuras décadas en su tierra natal: las chicas no podían teñirse el cabello, agujerearse las orejas o llevar maquillaje; los chicos y las chicas jóvenes no podían hablar entre sí ni tener citas; si un hombre quería casarse, acudía a su pastor, que le preguntaba a la chica joven si estaba interesada en el pretendiente. Los pentecostales rusos no se relacionaban mucho con la sociedad estadounidense, que consideraban una amenaza. Las familias con televisión se consideraban menos sagradas, de modo que escondían los aparatos de las visitas. Los pastores llamaban a la televisión el demonio de un solo ojo.

Las hijas de los Siniaiev no tenían permitido pintarse las uñas o relacionarse con estadounidenses. Sin embargo, Anatoli tenía una televisión en el sótano y la encendía cuando pensaba que sus hijos no podían oírla. Ellos la miraban cuando él no estaba en casa. La segunda hija de los Siniaiev, Elina, guapa y con la nariz aguileña, era la más testaruda; cuidaba

a sus hermanos cuando su madre estaba embarazada y despotricaba contra las enseñanzas eclesiásticas que gobernaban su casa: «Todo lo que predican es que las mujeres deberían llevar faldas largas, cubrirse la cabeza, no ponerse maquillaje —me dijo—. Nunca te enseñan nada sobre el amor. No querían que supiéramos que Dios perdona».

Cuando llegaban a la adolescencia, los hijos mayores de los Siniaiev escondían aspectos de su vida a sus padres. Elina se ponía maquillaje en el autobús escolar todas las mañanas y se cambiaba las faldas largas por pantalones. Después de la escuela, se ponía la ropa pentecostal, se quitaba el maquillaje y llegaba a casa con la imagen sencilla que tenía cuando había marchado.

Mientras tanto, la economía estadounidense echaba espuma por la boca. Los pentecostales rusos abrían tiendas de automóviles y empresas de transporte y soldadura. Tras años de penuria soviética, de repente les iba bastante bien, y algunos de ellos se hicieron ricos. Los jóvenes pentecostales estaban inmersos en el consumismo estadounidense en la escuela y en la vieja Rusia en casa. Soportaban la iglesia, pero valoraban la riqueza. Evitaban la universidad, trabajaban para comprar lo que querían y se rebelaban contra las viejas formas de sus padres de forma silenciosa.

Entonces, apareció el OxyContin. En Portland y otras ciudades de la costa oeste, esto parece que sucedió alrededor de 2004.

El doctor Gary Oxman lo vio llegar desde su despacho del Departamento de Salud del condado de Multnomah, en el centro de Portland, y volvió a ver subir las muertes por sobredosis. Portland nunca había tenido muchas clínicas de distribución de pastillas al estilo David Procter. En su lugar, miles de doctores legítimos comenzaron a recetar opiáceos como el OxyContin para el dolor crónico.

«Lo que tenemos aquí es una comunidad médica que ha aceptado la idea de que el dolor es la quinta constante vital —me dijo Oxman cuando nos encontramos un día, años más tarde, en un café del noreste de Portland—. No se trata de este abuso salvaje. Se trata de que tenemos a toda la comunidad médica recetando demasiado de manera moderada».

Gary Oxman había visto esta historia una década antes, por supuesto. El generoso suministro de heroína de alquitrán negro de Xalisco había estimulado la adicción y las tasas de muertes cada vez más altas durante los años noventa en Portland. Oxman, el grupo de adictos en rehabilitación conocido como el RAP y otros trabajaron hasta la extenuación para

menguar esas cifras, que sí que cayeron. Sin embargo, hacia 2004, el OxyContin minaba aquel esfuerzo. «La adicción a los opiáceos gana adeptos a través de las pastillas —me dijo—. Después, debido al coste de las pastillas, se pasan a la heroína».

Oxman trazó los datos en una gráfica, tal y como había hecho para su estudio sobre las sobredosis de heroína de diciembre de 1999. La misma subida constante de muertes por sobredosis de opiáceos comenzaba de nuevo en 2004.

Alan Levine, el adicto al que le faltaban las piernas, llevaba limpio casi una década por aquel entonces. Se había erigido en vociferante adalid de los adictos en recuperación y había sido nombrado para un comité local del plan para drogas y el consejo de abuso de drogas del gobernador. Sin embargo, en 2006, las pastillas estaban por todos lados. A Levine lo trataron con Vicodin y, después, con OxyContin para los dolores relacionados con las llagas en las piernas provocadas por la hepatitis C. Comenzó a abusar de nuevo y poco después estaba de vuelta en la calle, donde lo encontré yo, en un motel del centro, unos cuantos años más tarde. Se había pasado al alquitrán negro, que les compraba a aquellos que a su vez les compraban a aquellos mexicanos que todavía repartían por toda la ciudad. «Intenté conseguir otro número para contactarlos —me explicó—, pero nadie quería dármelo».

No obstante, los opiáceos consumían en mayor medida a los jóvenes de Portland que no los habían tomado nunca, casi todos blancos. Como grupo, parece que nadie cayó con más dureza que los hijos de los pentecostales rusos que llegaron huyendo de la persecución y encontraron en la cultura popular estadounidense un reto aún mayor que nada que el *apparatchik* soviético pudiera inventar.

Entre ellos se encontraba Vitali Muliar. Nacido en Ucrania, Vitali creció dentro de un caparazón de la Iglesia pentecostal rusa en Estados Unidos (primero en Sacramento y después en Portland). Como sus contemporáneos, hablaba un ruso fluido y su inglés tenía un toque del acento del país que había dejado con dos años. Como a sus contemporáneos, ir a la iglesia le resultaba insulso y aburrido.

Vitali y sus amigos pentecostales crecieron en su mundo propio. Él encontró trabajo de mecánico. Los coches se volvieron su pasión; en especial, su preciado Volkswagen Jetta de 1999 color verde secuoya.

Entonces, un amigo del trabajo le ofreció un Vicodin. Los médicos los recetaban, así que no podían ser muy malos. Y así encontró una nueva pasión. Poco después, pasó al OxyContin y su hábito aumentó a cuatro pastillas de Oxy al día.

Para poder pagarlas, Vitali se convirtió en uno de los primeros pentecostales rusos de Portland en traficar con OxyContin. Muchos jóvenes pentecostales tenían dinero gracias a sus empleos. Vitali le vendía a su red cerrada de amigos. Muchos más comenzaron a vender para mantener el hábito, y él los abastecía. La adicción a las pastillas se colaba entre los jóvenes cuyos padres los llevaban a la iglesia tres veces a la semana y les ordenaban que no vieran la televisión. Vitali miraba a la congregación cada domingo cuando se ponía en pie para cantar himnos rusos y sabía que la mitad de sus contemporáneos estaba colocada de OxyContin. Algunos se quedaban dormidos con la cabeza entre las manos.

Hacia 2006, Vitali creía ser el mayor camello de OxyContin entre los pentecostales rusos de Portland. Podía permitirse fácilmente las pastillas que necesitaba cada día. Invirtió también miles de dólares en su coche. En 2008, sin embargo, fue arrestado y perdió su trabajo. Durante el periodo de libertad condicional, no podía vender pastillas y, en consecuencia, no podía costeárselas tampoco. Se pasó a la heroína de alquitrán negro, más barata, que les compraba a los mexicanos que circulaban por la ciudad. Entraba y salía de la cárcel y les exprimía dinero a sus padres para comprar droga. Los camellos pentecostales rusos a los que debía dinero metieron una camioneta en el jardín de sus padres para exigirle el pago. Perdió el Jetta. Poco después, estaba en la calle y dormía sobre cartones en el centro de Portland.

Cientos de jóvenes pentecostales rusos seguían su ejemplo. Los padres no eran conscientes, o se avergonzaban, y mantenían la adicción de sus hijos tan oculta como los televisores.

Elina Siniaiev probó la heroína por primera vez con un amigo del trabajo que le dijo que la relajaría. Su hermana empezó con el OxyContin, igual que Tovi, su hermano. Elina perdió el trabajo y, desesperada por conseguir droga, empezó a salir con un traficante de heroína de la Iglesia pentecostal rusa, que también conseguía su alquitrán negro de los mexicanos que lo repartían como *pizzas* .

Elina pensaba que era la única de la familia que consumía heroína. Sin embargo, en casa una noche miró a su hermana y a su hermano y, al ver cómo se quedaban dormidos, supo lo que sucedía. Dos décadas después de

que Anatoli y Nina dejaran la Unión Soviética por las libertades de Estados Unidos, sus tres hijos mayores estaban enganchados en silencio a la heroína de alquitrán negro procedente de Xalisco (Nayarit).

La policía arrestó a la hermana de Elina por un hurto y a Tovi por robar en una tienda. Anatoli y Nina comenzaron a comprobar frenéticamente los brazos de sus hijos. Mientras tanto, Elina empezó a chutarse en otras partes del cuerpo.

Una tarde de marzo de 2011, Tovi le dijo a su madre que tenía la gripe. Salió con Elina y ambos volvieron a casa horas más tarde. Tovi parecía diferente, pero Nina tenía demasiados hijos como para fijarse tan detenidamente. La mañana siguiente encontró a su hijo mayor en la cama, inconsciente y luchando por respirar. Los paramédicos no pudieron revivirlo. Duró tres días con soporte vital.

El barrio residencial de Milwaukie, en el condado de Clackamas, es tan pequeño y tranquilo que su Departamento de Policía solo cuenta con dos detectives. Aquella mañana, uno de los dos, Tom Garrett, estaba de servicio. Encontró globos de heroína y una jeringuilla en la habitación de Tovi.

Durante los dieciocho meses siguientes, la muerte de Tovi Siniaiev se convirtió en un caso de prueba para el condado de Clackamas.

Mientras tanto, en casa, Nina comprobó los brazos de su hija Elina, que siempre estaban cubiertos por las blusas de manga larga que marcaba la devoción pentecostal. Allí encontró moratones y pequeños y salvajes arañazos.

«Llevábamos la epidemia a cuestas»

Este de Kentucky

En la primavera de 2003, una cuadrilla de forjadores no sindicados abandonó el condado de Greenup (Kentucky) para dirigirse a Fort Walton Beach, situado en el Mango de Florida, con el fin de levantar la estructura de un nuevo hipermercado de Walmart.

El condado de Greenup está al cruzar el río desde Portsmouth (Ohio). Posee una larga tradición de cuadrillas de forjadores no sindicados, vestigio de la industria del acero que prosperó en su día por toda la cuenca del río Ohio. Mucho después de que marchara el acero, las familias de Greenup todavía se ganaban la vida de esta manera, y las cuadrillas recorrían el país en busca de trabajos como el proyecto de Walmart en Fort Walton Beach.

Sin embargo, hacia 2003, la adicción a las pastillas pilló a muchos de los hijos de estos forjadores, además de a otros trabajadores jóvenes. Un adicto de aquella cuadrilla era Jarrett Withrow.

Jarrett ya había renunciado a muchas cosas por la droga. Había tenido la esperanza de ir a la universidad con una beca de baloncesto; sin embargo, cuando estudiaba en el instituto, en Portsmouth, todos consumían pastillas. Jarrett empezó con el Vicodin que le había recetado John Lilly en su clínica del centro. Cuando ya se había enganchado, Jarrett le robaba el OxyContin a su padre, que se estaba muriendo de cáncer. Estuvo enganchado al OxyContin durante ocho años. Se esfumaron todos los planes que tenía. Poco después, estaba con la cuadrilla de forjadores del condado de Greenup.

Aquella primavera de 2003, la cuadrilla llevaba un par de semanas con el trabajo de Fort Walton Beach cuando se les empezó a acabar el suministro de pastillas. Una tarde, uno de los trabajadores se fue y no regresó hasta la noche.

«Mira lo que tengo», dijo, mostrando los frascos de pastillas que le habían recetado esa tarde.

Resultó que los doctores de Florida eran increíblemente relajados en lo que respectaba a recetar esas pastillas. Florida no contaba con un sistema de monitorización de recetas que comprobara a cada paciente para ver si había visitado otras clínicas y engañado a los doctores para conseguir pastillas. Nadie en Florida había visto el potencial de negocio. La cuadrilla de Greenup comenzó a acudir a aquellos doctores y a pedirles a los compañeros de Florida que fueran también y les vendieran sus pastillas. Después, enviaban las pastillas de vuelta a Kentucky y las vendían por el triple.

«Me acuerdo de que al principio pensaban que estaba loco por tomarme las pastillas estas con receta —decía Jarrett—. Los hacíamos ir al doctor para nosotros. Al principio nos dejaban las pastillas muy muy baratas».

Finalmente, subieron los precios. «Pero aquello desató la idea de que esto era fácil —decía Jarrett—. Otra gente empezó a decir: “¡Vamos a buscar médicos!”. Mi amigo seguía bajando cada mes, como si su médico de familia estuviera allí en Florida o algo. Se lo empezó a decir a otra gente. Llevábamos la epidemia de las pastillas con receta a cuestas».

Mientras indagaba para llegar a entender cómo se había extendido la epidemia de los opiáceos, me topé con muchas historias como la de Withrow. Ahora que se recetaban los analgésicos con tanta facilidad, las pastillas se movían en medio de población vulnerable mediante contactos informales o encuentros casuales (no tan diferente a como avanzaron virus como el ébola o el sida). Los nuevos adictos a los opiáceos difundían la información sobre dónde encontrar las pastillas igual que un estornudo propaga los gérmenes.

En un primer momento, algunos de los vectores más potentes fueron los yonquis recién bautizados del este de Kentucky, donde cerraban las minas de carbón y el SSI y las tarjetas de Medicaid permitían mantenerse. Estos adictos, que fingían dolor y lesiones, sacaron lo que pudieron a los médicos locales y a los farmacéuticos, que pillaron la jugada rápidamente. Hay que reconocerle a Kentucky el mérito de ser uno de los primeros estados en colocar un sistema de seguimiento de los fármacos recetados a cada paciente y de quién los recetaba. Sin embargo, siete estados bordean Kentucky. Gran parte de la población del este del estado tiene parientes que se marcharon a otros estados en busca de trabajo; después de décadas de

personas que marchan, las líneas que delimitan el estado dejan de importarles mucho a las gentes de la región. De modo que el sistema de monitorización de recetas de Kentucky tuvo la consecuencia inmediata y no intencionada de empujar a los nuevos adictos a cruzar la frontera del estado para buscar pastillas aprovechando primero las redes de amigos y parientes.

Este tipo de viaje en busca de productos ilícitos ya formaba parte también de muchos condados del este de Kentucky, donde el contrabando era común. Estos condados estuvieron secos durante años. Generaciones de contrabandistas habían crecido vendiendo ilegalmente el alcohol que traían de los condados donde se permitía la venta, mientras que la policía local miraba para otro lado o lo escudaba. Entre estos condados estaba el de Floyd (con una población de treinta mil habitantes), donde se levantó la prohibición de vender en 1983.

En cambio, antes de eso, el contrabandismo «nos había conducido a décadas de corrupción de la policía —me contó Arnold Turner, un antiguo fiscal del condado de Floyd, además de padre del fiscal actual, Brent Turner —. Creó una red de criminales; cuando estos perdieron la habilidad de comerciar con alcohol, tuvieron que buscar otro producto. Por eso con el contrabandismo creas una opinión pública insensibilizada y con bajas expectativas respecto al contrabando y las actividades ilegales. La gente estaba acostumbrada. Nadie vio al monstruo que se acercaba. Esa fue la base para que entrara la apisonadora que eran las pastillas». Muchos de estos contrabandistas resultaron ser la avanzadilla de la epidemia.

Uno de ellos era un hombre llamado Timmy Wayne Hall, que había crecido en la cañada de Branham Creek, en el condado de Floyd, y era hijo de un trabajador de una fábrica que también era predicador de la Iglesia de Dios. Los hermanos y parientes de Hall trabajaban en las minas de carbón cercanas. El condado de Floyd no ofrecía muchos empleos fuera de las minas de carbón, que eran lugares duros donde ganarse la vida. Hall tenía otras cosas en mente y no trabajó un solo día de su vida.

En 1980 se casó con una familia de contrabandistas. Empezó a hacer viajes al condado de Perry, donde compraba cajas de cerveza Schlitz, la más barata disponible y, por ende, favorita de los contrabandistas, y a venderla de vuelta en la casa familiar en Floyd por el triple. Después de que el condado votara para levantar la prohibición, Hall solicitó el subsidio del SSI y, como muchas familias de la cañada, empezó a recibir el cheque mensual. Tras tener un accidente de coche, le recetaron Lorcet, que podía

permitirse gracias a la tarjeta Medicaid. Enseguida se enganchó a las pastillas.

Por aquel entonces no había muchos drogadictos en el condado de Floyd, y la mayor parte de ellos, como Timmy, consumían Lorcet de diez miligramos (una pastilla que combinaba hidrocodona con acetaminofén). Sin embargo, el OxyContin salió en 1996 y, poco después, gente de todos sitios se enganchaba a ella. Ningún médico le hubiera recetado OxyContin a Hall al principio.

«Se suponía que no se lo daban a nadie que no tuviera cáncer», decía Hall. Además, en 1999 el estado había puesto en marcha el programa de monitorización de recetas.

Con Kentucky fuera de juego, Hall encontró un contacto para el Oxy a través de un amigo del condado de Floyd que estaba en Detroit. También encontró otros contactos en Dayton y en Toledo. Años antes, había leído algo acerca del mafioso neoyorquino John Gotti y del señor de la droga colombiano Pablo Escobar. El OxyContin le permitía a él, un hombre que no tenía mucho más en la vida, imaginarse que seguía los pasos de aquellos. Comenzó a ir con regularidad a Ohio y a Detroit a por pastillas. Aquellos contactos eran lo suficientemente fiables como para que la cosa se pusiera mal en el condado de Floyd en lo que se refiere al OxyContin.

Sin embargo, en 2004 el condado de Floyd comenzó a ponerse mucho peor. Un camionero local llamado Russ Meade atravesaba Luisiana un día cuando divisó vallas que publicitaban una clínica llamada Atención Urgente situada en la localidad de Slidell y que mencionaban los analgésicos con receta.

Al ser de Floyd, Meade conocía el valor de las pastillas. Se detuvo, le recetaron un puñado, se las llevó a casa y las vendió. A sabiendas de que había algo ahí, empezó a bajar a Slidell —diecisiete horas de viaje— con algunos adictos del condado de Floyd a los que les pagaba la consulta y luego se quedaba con la mitad de las pastillas que les recetaban. Entre ellos había un hombre llamado Larry Goble, exminero con discapacidad por neumoconiosis, que había sido ayudante del *sheriff* durante un breve periodo. Meade murió tiempo después, pero Goble siguió bajando a Atención Urgente con los adictos, pagando los viajes y consultas de quinientos dólares que, en su opinión, eran una pantomima con el doctor. Como pago, tomaba la mitad de las pastillas que les recetaban. Goble

atestiguó posteriormente ante un tribunal federal que consumía una parte y vendía el resto.

Poco después, montones de tipos del condado de Floyd se hacían las diecisiete horas hasta Slidell. El propietario de la clínica, Michael Leman, abrió a continuación otra en Filadelfia, para la que contrató a un doctor drogadicto y alcohólico llamado Randy Weiss para que pasara consulta. A pesar del nombre de Atención Urgente, según el testimonio de Weiss, la clínica carecía de equipamiento para tratar a personas con necesidades médicas urgentes, como una escayola o unos puntos en una herida. Las clínicas de Leman cobraban a los que venían del este de Kentucky quinientos dólares por consulta, mientras que los locales pagaban doscientos cincuenta dólares solamente. A continuación, abrió una Atención Urgente en Cincinnati. Contrató al doctor Stan Naramore, que había sido condenado por asesinato en Kansas, aunque le revocaron la condena en la apelación. Coches llenos comenzaron a hacer peregrinajes del condado de Floyd a Filadelfia y Cincinnati cada semana.

Un nuevo aluvión de pastillas inundó el condado gracias a esas clínicas de Atención Urgente, lo que hizo zozobrar el frágil equilibrio de la cañada. Algunas familias llevaban una vida bastante decente por esta zona de arroyos e intentaban criar a sus hijos y mantener el trabajo que pudieran conseguir en un área donde no era fácil encontrar uno. Otras familias, sin embargo, llevaban generaciones sin empleo y vivían de las prestaciones del Gobierno. Hasta entonces, habían recurrido a actividades criminales de poca importancia, aunque no dejaban de ser una molestia menor en la vida de la cañada. Cuando llegó el Oxy, en cambio, las familias más pobres se transformaron en fuerzas dominantes e ingobernables.

Timmy Wayne Hall se encontraba entre los mejores clientes de la nueva clínica Atención Urgente de Leman en Filadelfia. Hall iba y venía constantemente; les pagaba a otros para que lo llevaran porque tenía una adicción severa: «Llevaba a veinte o veinticinco personas al mes a Filadelfia. Los pacientes se sentaban en el coche mientras yo entraba y pillaba las recetas. Luego iba a la farmacia en nombre de los otros, estaba solo a seis metros».

Cada paciente recibía cerca de quinientas pastillas, de las que Hall se quedaba con la mitad; ganaba más de cuatro mil dólares con cada una de las personas que arrastraba hasta la clínica. Conseguía también pastillas de Detroit y tenía contactos en otros tres estados (aunque nunca en Kentucky,

pues temía el programa de monitorización de recetas del estado). En casa, se forraba a primeros de mes cuando llegaban los cheques del SSI al condado de Floyd.

Comenzó a contratar camellos que vendieran para él. Cree que, en su punto álgido, tenía a cinco camellos vendiendo en cinco condados del este de Kentucky. Cuando oía hablar de competencia, iba a ver a sus clientes y les ofrecía pastillas de ochenta miligramos de Oxy a sesenta y cinco dólares la unidad, en lugar de los setenta dólares que cobraba la competencia. Vendía en todas partes mientras observaba cómo el OxyContin se filtraba por los rincones del este de Kentucky. Los hombres con una profesión del acaudalado condado de Pike eran sus clientes, así como los albañiles que trabajaban en las casas de aquellos.

Hall, un hombre que no había trabajado jamás, se compró entonces doce casas por la cañada de Branham Creek. A menudo llevaba a amigos en sus viajes y pagaba las habitaciones de hotel de todo el mundo. Tenía una camarilla de yonquis a su alrededor, a los que pagaba para que le cocinaran, le lavaran la ropa, le pasaran la aspiradora a la casa, le cortaran el césped e hicieran todas las tareas. Se le subió a la cabeza el poder y el hecho de que las pastillas le permitieran ser el señor magnánimo versión Kentucky. Tenía una adicción de hasta veinte pastillas de OxyContin de ochenta miligramos al día.

Hall fue arrestado en 2007. Durante la abstinencia, sufrió un ataque y lo declararon muerto durante un breve periodo de tiempo; después, se pasó seis meses aprendiendo a caminar de nuevo. Cuando se declaró culpable, Hall confesó haber vendido doscientas mil pastillas de OxyContin y metadona, aunque la cifra real es probablemente mucho mayor.

«Lamento las cosas que he hecho —me dijo Hall cuando hablé con él por teléfono desde la prisión federal donde cumple una condena de quince años —. Me crie en la iglesia y no quería hacerle daño a nadie. Pero era un drogadicto fuera de control y no me daba cuenta de a quién le hacía daño».

Mientras tanto, con el dinero y la adicción como acicate, los emprendedores-adictos del condado de Floyd eran como sabuesos que olían a los doctores turbios en lugares remotos.

Una pastilla de treinta miligramos de oxicodona costaba ocho dólares en Florida y podía dar un retorno de treinta dólares en casa. Florida no monitorizaba las recetas, de manera que cualquier farmacéutico las aceptaba. Parece ser que el primer tipo del condado de Floyd en descubrir

Florida fue Jim Marsillett II , que llevaba una cuadrilla de mujeres adictas a Fort Lauderdale en su autocaravana una vez por semana. Marsillett se aventuró por primera vez en Florida después de que investigaciones federales cerraran las clínicas de Atención Urgente de Filadelfia y Cincinnati, donde había estado comprando.

Con la apertura del territorio de Florida comenzó una nueva migración desde los Apalaches, esta vez hacia el sur. Los campistas ponían rumbo al sur cada semana procedentes de las regiones castigadas por el Oxy de Ohio, Kentucky y Virginia Occidental para acudir al doctor. OxyContin Express fue el nombre que recibieron los vuelos desde Huntington (Virginia Occidental) a Fort Lauderdale. Hacia 2009, de los diez condados donde más oxicodona se recetaba en Estados Unidos, nueve estaban en Florida. El otro era el condado de Scioto (Ohio), donde se encuentra Portsmouth. El condado de Broward tenía cuatro clínicas del dolor en 2007 y ciento quince dos años más tarde.

Al principio, las autoridades de Florida no se mostraban muy preocupadas siempre y cuando los paletos montañeses dejaran el dinero y se llevaran las pastillas al marchar. Florida no estableció un sistema de monitorización de recetas hasta 2009; fue el último estado del país en hacerlo. Para entonces, los clientes de lugares tan lejanos como Colorado se dirigían a Florida.

No obstante, eran los tipos desesperados de Ohio y Kentucky los que descubrieron el conocido como Estado del Sol. Randy Hunter, detective de la policía estatal de Kentucky procedente del condado de Floyd, terminó viajando por todo el país cuando perseguía la migración de las pastillas del condado. Tenía casos abiertos en Nueva Orleans, Filadelfia, Houston, además de en ciudades de Florida, contra doctores turbios y propietarios de clínicas del dolor que vendían a emprendedores-adictos de Floyd: «Veíamos a gran parte del este de Kentucky salir del estado —me contó Hunter, ahora jubilado, mientras me daba una vuelta por la zona de las cañadas del condado de Floyd un día—. Viajaban como gitanos, vagabundeaban de un lado a otro en busca de pastillas. Cuando encontraban un panal de pastillas, se quedaban; y no solo se quedaban, sino que traían a sus amigos y familiares».

Más casos que accidentes de coche

Sur de Ohio

El adicto demacrado conocido como Jeremy Wilder, de la ciudad de Aberdeen, junto al río Ohio, salió de prisión y volvió a casa en 2007.

Lo habían encerrado en 2003 por atracar farmacias cuando su adicción estaba fuera de control. Al marchar de Aberdeen aquel año, había en la ciudad un pequeño grupo de drogadictos a los que él vendía sus pastillas de OxyContin. Ahora, cuatro años más tarde, su hermano y todas las personas que conocía se dirigían a Florida a comprar pastillas. Sin embargo, las cosas habían ido más allá de las pastillas. Muchas personas en Aberdeen consumían heroína. Deambulaban por la pequeña población medio muertos, orgullosos de las marcas de los pinchazos.

«Cuando vendía Oxy, era un grupo determinado de personas —me contó—. Cuando volví a casa, era un determinado grupo de personas más todas las demás. Hijos de polis. Chavales pobres, ricos, listos, idiotas».

El área había engendrado una generación de jóvenes que no esperaban nada del futuro, cuyas familias habían estado desempleadas durante años. Muchos de estos chavales se engancharon. Sin embargo, los chavales más pobres no eran los que movían el mercado en realidad, sino los chicos ricos. Jeremy les vendía a dos hermanos cuyos padres eran propietarios de un negocio solvente del pueblo. Otro cliente iba a heredar varias casas.

En 2007, desde su casa junto al río Ohio, Jeremy Wilder podía ver el cambio. Primero las pastillas, ahora la heroína. Gran cantidad de ambas. Sin embargo, no se trataba de nada que ninguna autoridad de Ohio reconociera hasta que, por casualidad, pasaron unos datos por el escritorio en el cubículo de una oficina estatal de Columbus donde trabajaba un tipo al que le gustaba estar solo.

Ed Socie amaba los números. Era epidemiólogo del Departamento de Salud de Ohio. Trabajaba en la octava planta del edificio que ocupaba el departamento en Columbus; en la sección de Prevención de Violencia y Lesiones. Hacía seguimientos de las muertes por violencia y lesiones y, a mediados de 2005, ya llevaba veintidós años en su puesto.

A Socie, que era un tipo verdaderamente huraño, le fascinaban las estadísticas, los datos y las historias que se escondían tras ellos. Sentía verdadera curiosidad por el tema: «Me sentaba delante de un ordenador todo el día analizando las cifras de muertes —me contaba—. Disfrutaba estudiando los números, por curiosidad, miraba todo lo que podía».

Hacia 2005, Socie supervisaba datos relacionados con muchas cuestiones candentes. Entre ellas, estaban los homicidios y suicidios, que aumentaban y disminuían con cierta frecuencia. Sin embargo, un número con cuya fluctuación no contaba era el de las muertes por envenenamiento accidental. No es tan frecuente que la gente se envenene hasta morir ni que varíen mucho los números de un año para el otro.

De manera que Socie se quedó asombrado cuando, en 2005, se dio cuenta de que las muertes por envenenamiento en Ohio aumentaban.

Los datos venían de los Centros para el Control de Enfermedades federales, que es a donde se envían los certificados de defunción de los forenses de Ohio con códigos diferentes según la causa de muerte, y que, a su vez, devuelven las cifras al estado para evaluarlas más fácilmente.

Todo comenzó con las cifras de las muertes por lesiones no intencionadas. Socie, sentado en su despacho un día, vio que las muertes con el código de lesión no intencionada aumentaban. Indagó más en el tema y descubrió que la mayoría tenía el código de envenenamiento accidental. ¿Por qué crecían? Intrigado, siguió indagando en los datos y los códigos del Centro de Control de Enfermedades. Las muertes por envenenamiento resultaron ser, en realidad, muertes por sobredosis de drogas. Esto era nuevo: la cocaína y la metanfetamina —las drogas populares durante los años ochenta y noventa— son drogas dañinas, pero la gente no sufre sobredosis mortales con ellas a menudo. La heroína, que sí provoca sobredosis en la gente, no había sido un problema constante desde los años setenta. Las sobredosis de heroína en Ohio habían permanecido bastante constantes durante décadas.

Socie hizo una gráfica con estas nuevas cifras. Después de permanecer estables durante décadas, las muertes despegaban de repente como un cohete y llegaban a casi el triple tras un periodo de seis años.

Un buen puñado de estas muertes —cuyo código para el CDC es X44— eran debidas a «drogas no especificadas». No obstante, un segmento igualmente abultado —el X42— se debía a sobredosis de narcóticos. Socie empezó a poner a prueba el ordenador al preguntarle por muertes a causa de drogas específicas: oxicodona, hidrocodona, heroína, cocaína, morfina y opio. Los opiáceos estaban presentes en casi todas las muertes donde se especificaba el tipo de droga.

Las cifras alarmaron a Socie, que se las enseñó al resto del departamento. Según él, al principio su trabajo cayó en saco roto: «No recibía ninguna retroalimentación que me dijera que esto era algo que debía explorar con más detalle. Me sentí decepcionado porque pensaba que era importante».

Socie esperó el momento adecuado mientras veía cómo las cifras siguieron subiendo durante los dieciocho meses siguientes.

En enero de 2007, Christy Beeghly ocupó el puesto de supervisora de la unidad de Prevención de Violencia y Lesiones del departamento. Beeghly venía de un hospital infantil, donde los niños sufrían lesiones provocadas por lo que había debajo del fregadero más que por lo que había en el botiquín. Sin embargo, es posible que el hecho de que no llevara años trabajando en la unidad fuera de ayuda. Socie sacó sus datos y gráficas, donde se veían los repentinos aumentos de sobredosis mortales de drogas. El 95 por ciento de todas las muertes por envenenamiento de Ohio eran sobredosis de drogas; la mayoría de estas sobredosis las causaban las pastillas con receta.

Beeghly se quedó atónita. Empezaron a diseccionar los números con detalle. Ahí es cuando se dieron cuenta de que, justo delante de sus ojos, el número de muertes por sobredosis de drogas estaba a punto de sobrepasar al de accidentes mortales de coche como la primera causa de muerte por lesiones de Ohio.

Aquel era un momento pasmoso en la historia de la sanidad pública estadounidense. Desde el auge del automóvil en Estados Unidos, los accidentes de coche habían liderado de manera inexpugnable las listas de causas de muerte por lesiones en todos los estados, así como en el conjunto de Estados Unidos. Ahora, los números de Ed Socie mostraban que dentro de poco eso dejaría de cumplirse en Ohio. Ese momento llegó hacia finales de 2007.

«Era una tendencia realmente apabullante —me dijo Beeghly—. Hicieron falta las pastillas para llegar a ese punto. Hemos expuesto a una población

mucho mayor a estos opiáceos que en los años setenta con la epidemia de la heroína».

Las sobredosis sobrepasaron a los accidentes mortales de coche en todo el país por primera vez en 2008; sin embargo, sucedió primero en Ohio, donde dos plagas de opiáceos complementarias se habían encontrado y unido fuerzas a finales de los años noventa: los analgésicos con receta, con el OxyContin de Purdue a la cabeza, que iban de este a oeste, y la heroína de alquitrán negro de los Muchachos de Xalisco, que iba de oeste a este.

Los efectos se hicieron notar una década más tarde en las cifras de muertos desenmarañadas por Ed Socie.

Socie y Beeghly descubrieron asimismo que la cantidad de analgésicos con receta que se dispensaban anualmente en Ohio seguía la misma tendencia al alza de las muertes por sobredosis. Ambas crecieron más del 300 por ciento entre 1999 y 2008. Sin embargo, incluso aquello ocultaba la verdad. El consumo de algunos opiáceos —como la codeína, por ejemplo— había bajado en realidad. La historia verdadera se encontraba en lo que estaba por las nubes: la oxicodona. El número de gramos dispensados de oxicodona —la única droga presente en el OxyContin— había ascendido casi un 1.000 por ciento en Ohio durante esos años.

Escribieron un informe donde revelaban los datos camuflados hasta entonces:

→ El número de habitantes de Ohio que habían muerto por sobredosis de drogas entre 2003 y 2008 era un 50 por ciento mayor que el número de soldados estadounidenses que habían muerto en toda la guerra de Irak.
→ Entre 1999 y 2008, murieron tres veces más personas por sobredosis de analgésicos que durante los ocho años del pico de la epidemia del *crack* .
→ En 2005, las muertes por sobredosis en Ohio excedieron a las que se produjeron en el punto más alto de la epidemia del VIH y sida en el estado, a mediados de los años noventa.

En Portsmouth, a un doctor llamado Terry Johnson aquello no le sorprendía. En 2008, Johnson ya había sido forense del condado de Scioto durante seis años. Era médico de familia y no había recibido ninguna formación como médico forense. Sin embargo, los médicos de familia de las poblaciones pequeñas tenían que hacer las veces de forense con frecuencia. Johnson había sido elegido para el cargo en 2002, justo cuando las pastillas bañaban el condado en cantidades suficientes como para crear una economía del

OxyContin. Él todavía intentaba discernir las tareas de forense de pueblo aparte de la de asignar causa y manera de muerte cuando, una noche, lo llamó un ayudante del *sheriff* : «Doctor, tenemos aquí lo que parece una sobredosis de drogas —le dijo—. No sabemos qué quiere hacer, no tiene que venir si no quiere». Otros forenses antes que él no lo hacían. «Creo que quizás debería acercarme», contestó Johnson. En la escena se encontró a un hombre muerto con una jeringuilla en el brazo.

Después de aquello, las sobredosis mortales se sucedieron con regularidad. La oficina contaba con un presupuesto pequeño y habría resultado sencillo no hacerles la autopsia a los yonquis muertos. Sin embargo, Johnson envió los cuerpos a médicos forenses de condados más grandes, mejor preparados para realizar autopsias completas y análisis de sangre. Estos daban siempre como resultado opiáceos, normalmente combinados con benzodiacepinas, el cóctel del amigo David Procter.

Johnson tiene formación como osteópata, una disciplina que se centra en un enfoque holístico de la salud. En una ocasión, convocó una cumbre de doctores, farmacéuticos y autoridades del condado de Scioto, de la cual no salió nada, para debatir el nuevo y agresivo opiáceo que se recetaba para el dolor crónico.

Ahora las clínicas de distribución de pastillas se extendían por su ciudad. Las sobredosis mortales aumentaban cada año. Él veía las colas fuera de las clínicas de pastillas y a los yonquis vagar por la Ruta 52 hasta el Walmart. Veía a jóvenes capacitados hacer que les reconocieran una merma intelectual para conseguir el SSI y la tarjeta de Medicaid, y así poder acceder a las pastillas. Johnson comenzó a tabular lo que denominó «muertes relacionadas con drogas»: una muerte que quizás tuviera que ver con la adicción de la persona, pero que se había considerado oficialmente un ataque al corazón, por ejemplo. Cuando lo hizo, los números se multiplicaron por dos.

Hacia 2008, se habían producido en el condado de Scioto veintiuna sobredosis mortales y veintitrés muertes relacionadas con las drogas, lo que le suponía la segunda tasa de muertes más alta del estado. No obstante, en Columbus, el poder legislativo tenía otras preocupaciones. Los comités de Ohio que gestionaban las licencias que se otorgaban a doctores y farmacéuticos —que creían que la ley sobre el dolor intratable les tenía las manos atadas— no abrieron la boca.

«Si los comités hubieran sido mínimamente creativos, podrían haber frenado aquello. Podían haber acabado con el negocio de las clínicas de pastillas —decía Johnson—. Yo intentaba rebajar los hábitos en el modo de recetar y luchaba contra una campaña publicitaria que invertía varios millones de dólares en hacerlos más liberales. Entonces, el epidemiólogo demostró que yo tenía razón, pero nadie prestó atención hasta que el Departamento de Salud se dio cuenta de que nuestras cifras sobrepasaban las de accidentes de tráfico».

Poco tiempo después del informe que escribió con Socie, Christy Beeghly llamó a la enfermera comunitaria de Portsmouth, Lisa Roberts, para organizar una reunión con mujeres de todo el estado en la que hablaran del problema.

Lisa llamó a una amiga y colega en la sanidad pública. Al fin había una oportunidad de hablar de las pastillas en el área del río Ohio. Fueron hasta Columbus; sin embargo, era bastante evidente que las otras mujeres en la sala no tenían ni idea de qué es lo que golpeaba a Portsmouth.

«Estábamos allí sentadas y nos contaban historias sobre lo maravillosas que eran sus hijas. Todas eran un poco en plan: “Mi hija va a la universidad; mi hija tiene un doctorado…” —recordaba Johnson—. Le pasé una nota a mi amiga: “¿Qué hacemos?”. Ella me la devuelve: “Yo diré la verdad si tú también. Estas mujeres necesitan un toque de atención”».

Cuando llegó su turno, Roberts le dijo a la concurrencia que su hija era una adicta a las pastillas que le robaba sin miramientos. Lisa había obligado a su hija a marcharse de casa. «Mi hija —dijo su colega— está en prisión acusada de matar a tres personas para quitarles las pastillas». Los hijos de la mitad de sus compañeros de trabajo estaban enganchados. Continuaron con una descripción de las clínicas de distribución de pastillas, de la economía del trueque propiciada por el OxyContin y de las muertes constantes por sobredosis.

Se hizo el silencio en la sala.

«Recuerdo llegar a casa y estar muy cabreada —contaba Roberts—. No es justo que les arrebaten el futuro y la libertad a nuestros hijos porque han caído presa de este químico terrible que les roba el alma. Nuestros hijos no deberían estar camino de la tumba. Enviamos a nuestros hijos al Ejército. Una vez rehabilitada, mi hija tenía más posibilidades de sobrevivir a una guerra que de sobrevivir a una epidemia de pastillas».

Beeghly preparó una presentación sobre sobredosis. El PowerPoint mostraba una mancha roja de sobredosis que se extendían hacia el norte y el sur de Ohio. Portsmouth organizó tres plenos del ayuntamiento con Terry Johnson, miembros del comité médico y farmacéutico, además de la DEA. El entonces gobernador, Ted Strickland, utilizó una orden ejecutiva de emergencia para montar una unidad estatal especial de opiáceos que recomendara cambios en las políticas.

Mientras tanto, en el condado de Athens (Ohio), el doctor Joe Gay recibió las cifras que Ed Socie y Christy Beeghly habían preparado. Gay, un texano emigrado y parlanchín, dirige una clínica de rehabilitación que sirve a cuatro condados de los Apalaches en Ohio. Él también siente pasión por la estadística.

La gráfica de las muertes por sobredosis del Departamento de Salud era casi idéntica a la gráfica de los analgésicos recetados. Gay analizó los números para entender exactamente cómo se relacionaban. Entonces, llamó a su amigo y colega Orman Hall.

Orman Hall dirigía una clínica de rehabilitación de drogas en el condado de Fairfield, cerca de Columbus. Aquella tarde hacía senderismo con su hijo, que iba encaminado a estudiar Medicina y que, como su padre, sentía un fuerte interés por las estadísticas. De vuelta de su paseo, Hall comprobó los mensajes que le habían dejado en el teléfono. Se le arquearon las cejas. «Era Joe Gay —dijo mientras soltaba una risita y sacudía la cabeza tras apagar el teléfono—. Dice que ha encontrado un coeficiente de correlación de 0,979 entre los analgésicos con receta que se han despachado y el número de muertes por sobredosis de opiáceos».

Eso era absurdo. En treinta años de mecánica estadística, Orman Hall no había visto nunca un coeficiente de correlación que se acercara tanto al uno, que significaba que las gráficas prácticamente decían que dispensar analgésicos con receta era igual a gente que muere.

Gay tampoco podía creerlo. Volvió a comprobar los números del departamento. Todas las veces aparecía 0,979 en la pantalla del ordenador.

Cualquier estadístico sabe que la correlación no implica causación, aunque, para Gay, aquella correlación sí significaba que Ohio podía predecir que había una muerte por sobredosis por cada casi dos meses de opiáceos con receta despachados.

El legado de un luchador profesional

Seattle (Washington)

En 2007, Alex Cahana abrió la puerta de lo que había sido en su momento el Centro de Alivio del Dolor de la Universidad de Washington y se encontró con una reliquia cubierta de telarañas.

La rompedora clínica se encontraba ahora en un sótano sin ventanas. Ningún cartel la anunciaba. Los calendarios eran antiguos, había pilas de papel cerca de historiales sin leer y montones de cajas aún sin abrir que se hundían como una tarta de bodas echada a perder. Mientras Cahana recorría los pasillos, el quinto director interino de la clínica le decía lo mucho que deseaba largarse.

Esto es lo que quedaba de la primera clínica del dolor del mundo. El concepto del dolor como enfermedad, un tema que vale la pena estudiar, se originó aquí. También lo hizo la idea de que el dolor crónico tenía muchas causas y, por lo tanto, requería no solo fármacos, sino terapia ocupacional, física y psicológica también; incluso los trabajadores sociales desempeñaban un papel.

Bonica, el anestesiólogo y ex luchador profesional, había fundado la clínica y escrito un tratado clásico sobre gestión del dolor con todo lo que había aprendido. Se retiró en 1977 y falleció en 1994. Más tarde, su discípulo, el doctor John Loeser, había expandido la clínica de Bonica. Cientos de clínicas la siguieron a lo largo y ancho del país. Sin embargo, las compañías aseguradoras habían dejado poco a poco de pagar los servicios que hacían que las clínicas fueran multidisciplinares. Los analgésicos eran más cómodos y baratos y, al menos durante un tiempo, funcionaban bien. En 1998, Loeser dimitió mientras que la clínica multidisciplinar era marginada en la facultad que había inventado la idea.

Una década más tarde, Cahana me dijo: «Era como si la clínica no existiera. Era una metáfora de lo que había sucedido con la gestión

multidisciplinar del dolor».

El personal la había bautizado como la Mazmorra. Poner un pie en estas ruinas era un momento agridulce: John Loeser había sido una inspiración para Alex Cahana durante mucho tiempo. Cahana había iniciado su especialización en dolor cuando estaba en el Ejército israelí a finales de los años ochenta y contaba con experiencia en el campo de batalla. Asistió a una conferencia en París en 1993 donde conoció a Loeser, que por entonces era presidente de la Asociación Internacional para el Estudio del Dolor.

Cahana recordaba el mensaje de Loeser: «Que el dolor es la esencia de nuestra labor como doctores, que aliviar el dolor es medicina elemental. Habló sobre el hecho de que Bonica fuera un médico militar que, tras presenciar el sufrimiento de su esposa durante el parto, decidió crear la medicina moderna del dolor. Y para hacer eso tenías que ser multidisciplinar».

Aquello inspiró a Cahana. Años más tarde, cuando la Universidad de Washington le pidió que resucitara la clínica, Alex Cahana sabía la importancia que esta tenía en la historia de la gestión del dolor. Suceder a Bonica y a Loeser era un sueño que se hacía realidad. Sin embargo, entendió por qué la facultad había recurrido al extranjero para encontrar a alguien que aceptara el puesto: «Se trataba de un sistema totalmente maltrecho que nadie quería tocar», me dijo.

Cahana escribió un contrato de cuarenta y tres páginas donde exigía a la facultad una clínica nueva en la superficie. Quería ventanas y paredes hechas de materiales naturales y pintadas con colores pastel. Quería una oficina abierta, un área donde los doctores tuvieran escritorios, pero no despachos, de manera que pudieran compartir mejor la información. Quería los mejores escáneres para localizar mejor el dolor corporal. Quería que hubiera una persona que desempeñara la labor de gestión y enfermería que lo supervisara todo.

La facultad accedió. El 1 de abril de 2008, Cahana empezó en su nuevo puesto.

Se sintió inmediatamente conmocionado por los pacientes de la clínica de la Universidad de Washington: «Eran personas que habían consumido un montón de opioides durante mucho tiempo; estaban completamente deshechas y consumidas. Hablamos de cientos de miligramos de dosis equivalentes a la morfina. Dosis que no había visto jamás en mi vida: cuatrocientos, quinientos, seiscientos miligramos al día».

Lo que era más importante, si cabe, era que nadie había hecho un seguimiento de los efectos de los opiáceos en el dolor de un paciente, en sus funciones, en su depresión, en su sueño. Llamaba a colegas de otros lugares y descubría que esto sucedía en todo Estados Unidos.

«Ni uno solo de los centros proporcionaba una atención del dolor basada en medidas. Hablo de 2008 —decía—. Todo era subjetivo: les va bien o no les va bien. Había una escala del dolor de uno a diez. Era una locura. Una industria multimillonaria que no estaba basada en nada que fuera medible».

Cahana comenzó a resucitar lo que Loeser y Bonica habían construido. Tanto él como su plantilla idearon un cuestionario computarizado que realizaban en cada consulta y un seguimiento médico más frecuente. Si un paciente decía que sentía menos dolor, pero que las cosas no iban muy bien, era probable que hubiera otra cuestión.

Ahí es donde Alex Cahana se encontró con el mismo problema que John Loeser. Una compañía de seguros era capaz de reembolsar miles de dólares por un procedimiento. Sin embargo, Cahana era incapaz de conseguir que reembolsaran setenta y cinco dólares por un trabajador social, a pesar de que era probable que parte del dolor del paciente tuviera su origen en su situación de desempleo o en una trifulca marital.

«Nadie piensa que esas cosas tengan valor. La terapia basada en la comunicación verbal cuesta quince dólares la hora —decía Cahana—. Sin embargo, si te meto una jeringuilla, puedo conseguir de ochocientos a cinco mil dólares. El sistema valora cosas que no solo no ayudan, sino que a veces dañan a los pacientes. La ciencia ha demostrado cosas que han funcionado y las compañías aseguradoras no quieren pagarlas».

Buenos tiempos para ser traficante de heroína

Nashville (Tennessee)

Cuando aparecen virus nuevos, el descubridor es con frecuencia un médico local que se encuentra ante un paciente que presenta unos síntomas nuevos e inquietantes.

Algo similar sucedió cuando los Muchachos de Xalisco se expandieron hacia el este del río Misisipi, donde la campaña promocional de Purdue y las nuevas prácticas en la prescripción de opiáceos engendraban a los primeros adictos de la epidemia. En lugar de doctores, sin embargo, eran normalmente los policías de patrulla o un detective de la unidad antidroga local los que daban con lo que estaba pasando. Encontraban heroína de alquitrán negro, veían que la entregaban como *pizzas* y se preguntaban: «¿Qué pasa aquí?».

De modo que fue en 2005 en el barrio residencial de Murfreesboro, en Nashville, donde un policía de patrulla se encontró con un alguacil del tribunal de menores fuera de servicio fumando una sustancia pegajosa y negra. En el análisis salió que se trataba de heroína. Con la ayuda del alguacil acusado, deseoso de reducir sus cargos, la policía de Murfreesboro reunió unas cuantas compras y descubrió que la sustancia venía de los mexicanos que repartían la droga; cuando el alguacil llamaba y pedía más, venían con ella. El caso se hizo más grande y llegó hasta el despacho de Dennis Mabry, un investigador que trabajaba con el cuerpo especial de la DEA en Nashville, y que no entendía lo que pasaba mejor que el policía de Murfreesboro. Cuando su compañero y él le buscaban un sentido a aquello, su jefe en la unidad, Harry Sommers, apareció.

Después de Pozo de Alquitrán, Sommers había dejado su puesto de supervisor en el cuartel general de la DEA en Washington D. C., y estaba ahora a cargo de la oficina que la agencia tenía en Nashville. Sin embargo, Sommers no se había olvidado de Pozo de Alquitrán ni del sistema de venta

al detalle de los Muchachos de Xalisco. Estaba maravillado al ver que, seis años después, se habían expandido.

«No los habíamos frenado —me dijo—. Estos tipos se movían hacia territorios nuevos».

Sommers le hizo a Mabry un resumen del sistema de llamada y reparto de los de Xalisco: «Eso es con lo que tienes que lidiar aquí —le dijo—. Son todos de Nayarit».

Ni Mabry ni su compañero habían oído ese nombre antes. Sin embargo, no mucho después Nayarit era lo único en lo que podían pensar. Aquel caso del alguacil se infló hasta acaparar a quince agentes durante un año. Seguían a los conductores, veían las compras y pinchaban teléfonos móviles. La célula de los repartidores de heroína de Nayarit generaba diez mil llamadas de teléfono al mes, más de las que podía gestionar cualquier intérprete de escuchas. El caso conectaba a detectives de quince ciudades en ocho estados. Llegó a conocerse como la Fiebre del Oro Negro.

Según Mabry: «Los Muchachos de Xalisco llegaron, dominaron e hicieron un montón de pasta. Sabían cómo hacerlo y eran profesionales. Llevaban los globos en la boca. Les paraba la policía y se tragaban los globos».

Resultó que lo que veía Mabry era una rama de las redes de Xalisco que pertenecía a los Sánchez, leyendas dentro del comercio de la heroína de Nayarit. Según las piezas que logré encajar, su historia es la típica de un clan de Xalisco que expande sus operaciones de heroína. El clan de los Sánchez tenía su origen en los pueblos próximos a Xalisco: Aquiles Serdán y Emiliano Zapata entre otros. Como sucediera con los Tejeda, el clan es producto del aislamiento que engendran los ranchos mexicanos: una confusa red endogámica de primos, hermanos, hermanas, hermanastros, cuñados, primos segundos, padrastros, madres y padres, tías y tíos.

Los Sánchez, cultivadores de caña de azúcar, fueron de los primeros que establecieron operaciones de tráfico de heroína en el Valle de San Fernando a principios de los años ochenta. Desde allí, se expandieron hasta Las Vegas. Un traficante con el que hablé me dijo que una adicta, una mujer argentina a quien conocían como la Sasha, guio a los primeros Sánchez de Las Vegas a Memphis a principios de los años noventa. «Durante un tiempo, Memphis se convirtió en el mayor mercado», me dijo.

Según la policía, en 2004, un yonqui de Memphis llevó a los Sánchez a Myrtle Beach, en Carolina del Sur, y allí se registró en una clínica local de

metadona y les regaló a los clientes heroína del clan. La policía arrestó más tarde al yonqui por tráfico de drogas. Sin embargo, para entonces los Sánchez ya habían puesto un pie y desde allí se expandieron hacia Columbia y Charleston; con el tiempo, llegarían a controlar gran parte del tráfico de heroína de Carolina del Sur.

Desde entonces, el clan de los Sánchez ha defendido su territorio de un modo bastante diferente al acostumbrado entre los de Xalisco, pues amenazan con violencia a los nuevos líderes de célula que se trasladan al estado: «No tienes permiso para trabajar en Carolina del Sur sin su consentimiento —me explicó una fuente de la DEA en Charlotte—. Teniendo en cuenta que Charlotte está cerca de Carolina del Sur, es de esperar más solapamiento entre las bandas de Xalisco que trabajan en Charlotte con el tráfico de Carolina del Sur, pero no vemos que haya mucho, si es que hay alguno».

En Nashville, Mabry y sus compañeros estaban a la escucha cuando el jefe local de la familia, Javier *Chito* Sánchez-Torres, hablaba a menudo por el móvil con su tío, Alberto Sánchez-Covarrubias, en Nayarit. Javier había cumplido condena en Carolina del Sur por tráfico de heroína. Salió en 2003 y, de un modo u otro, acabó en Nashville.

Con el tiempo, las autoridades llegaron a creer que este tío, Alberto Sánchez —o Tío Beto, como era conocido—, era una fuente importante de heroína en Estados Unidos. Beto Sánchez era uno de los pioneros de Xalisco en el negocio de la heroína del Valle de San Fernando, según los confidentes, y entre los primeros de la familia Sánchez en vender heroína en parques de Van Nuys, el distrito de Los Ángeles, antes de que las bandas de Xalisco comenzaran a utilizar coches y buscas. Un confidente dijo que Beto Sánchez mató a un cliente en una pelea en un parque a principios de los años ochenta y regresó a México, aunque Mabry nunca pudo encontrar registro alguno del asesinato.

No obstante, según Mabry: «Cada vez que arrestábamos a alguien, oíamos: “Beto es mi primo” o “Es mi cuñado”. Todos conocían a Alberto Sánchez. Todos estaban emparentados con él de algún modo».

Tío Beto daba instrucciones a menudo a su sobrino acerca de nuevos mercados que podían ser explotados, sobre cuándo llegaba el siguiente abastecimiento y, especialmente, de cómo gestionar a los conductores (quitar a uno y traer a otro para reemplazarlo). «Era como cambiar cartas o a los jugadores de un equipo deportivo —decía Mabry—. Cambiaba a los

tipos que no congeniaban o que se llevaban demasiado bien y podían cagarla al pasarse toda la noche bebiendo».

El primo de Alberto Sánchez, Gustavo, era su mano derecha y se dedicaba a reclutar conductores a jornada completa, para lo que merodeaba por Xalisco buscando candidatos. Además de reclutar nuevos conductores constantemente, la familia nunca dejó de buscar nuevos territorios.

En algún momento de principios de la década de 2000, según adictos y policía, los Sánchez enviaron a algunos trabajadores desde Nashville al norte para comenzar una célula en Indianápolis. A medida que pasaba el tiempo, los Sánchez sentían que necesitaban a alguien que inyectara más energía a la empresa.

Mantuve varias conversaciones con el traficante que enviaron a continuación. El tipo había conocido a Javier Sánchez-Torres en una fiesta en Los Ángeles. El jefe de la heroína lo reclutó para que acudiera a Nashville a trabajar.

«Comencé como conductor, con globos dentro de la boca —me contó el traficante—. Después de seis meses, empecé a formar a otros conductores. Yo me quedaba en la casa para contestar los teléfonos y enviar a la gente a donde tenía que ir».

Para entonces, decía, los Sánchez estaban bien al tanto del papel que el OxyContin desempeñaba en el negocio: «Era parte de la estrategia de mercadotecnia —decía—, la chiva es lo mismo que el OxyContin; la única diferencia es que el OxyContin es legal. Los que lo consumen se pasan a la chiva. Pueden conseguir nuestra mandanga más fácilmente que si tienen que ir al médico a por pastillas».

A medida que el traficante se ganaba la confianza de la familia Sánchez, fue realizando viajes para suministrar las células regionales de Memphis, Charlotte y Columbia (Carolina del Sur) desde el centro de operaciones en Nashville. En 2006, cuando la familia necesitaba una cúpula nueva en Indianápolis, le dieron ochenta y cinco gramos de heroína y le dijeron que abriera un nuevo mercado. Se fue pitando allá rebosante de energía y optimismo ante su nueva promoción a director de ventas regional.

«Vamos a hacer pasta gansa. A poner la cosa en marcha», se decía a sí mismo. Reclutó a adictos veteranos para que repartieran el número de móvil por la ciudad a cambio de heroína gratis por cada doscientos dólares de ventas que generaran. Los adictos resultaban ser una fuerza de ventas bien dispuesta: «Se preocupaban sobre todo por el volumen, por que le llegara a

la gente —decía un adicto de la ciudad que trabajaba para él—. Si vendes el producto lo suficientemente barato, se crea su propia demanda».

Poco tiempo después, los chavales de los barrios residenciales y los estudiantes de la Universidad de Indiana en Bloomington venían a comprar. El alquitrán negro de Xalisco se extendió unos cientos de kilómetros alrededor de Indianápolis.

En alguna ocasión, los conductores cambiaban; todos procedían de poblaciones cercanas a Xalisco (Nayarit). El traficante con el que hablé me contó que les pagaba a los conductores mil quinientos dólares a la semana, además de todos los gastos, que incluían cerveza y prostitutas. Cuando un conductor estaba listo para volver a Nayarit, el traficante le regalaba algo menos de cien gramos de heroína. El conductor los vendía, se quedaba las ganancias y, finalmente, se volvía con el coche hasta Nayarit con el dinero suficiente como para construirse una casa de dos plantas o comprar un negocio.

«A la gente que es pobre y quiere progresar le echas un cable», decía el traficante.

Por aquel entonces allá en Xalisco cada vez más jóvenes acudían a la chiva para buscar ese cable.

Por toda la ciudad había señales de lo que se podía conseguir si vendías heroína. Tiendas de ropa de mujer. Bufetes de abogados. Nuevos mercados. Ahora había seis despachos de cerveza por barrio; y eran nuevos, con suelos de madera, cámaras de seguridad y cajas registradoras computarizadas. Las casas grandes con propietarios jóvenes estaban por doquier. Nadie se podía hacer una casa así con el salario de un cultivador de caña de azúcar.

En la Feria del Elote, los líderes de las células patrocinaban a los equipos de baloncesto, para los que importaban plantillas semiprofesionales de Monterrey, Mazatlán o Hermosillo. Todos los equipos tenían, al menos, a un afroamericano, al que contrataban para aumentar las posibilidades del equipo. En el desfile de caballos de la ciudad, donde se exhibieran en su momento animales comunes de granja, se veían monturas con un valor de miles de dólares descansando sobre caballos de cuatro veces ese valor.

El sistema de Xalisco se fue expandiendo durante la década de 2000 de manera que involucraba a familias de toda la región. Los pioneros del clan de Tejeda-Sánchez habían reclutado durante muchos años únicamente a personas con las que estaban relacionados de algún modo. Aquello cambió después de que la Operación Pozo de Alquitrán enviara a unas decenas de

esos trabajadores a prisión. El mercado de la heroína en Estados Unidos se expandía, alimentado por la adicción de los estadounidenses a los opiáceos con receta. Los jefes de Xalisco volvieron a construir las células rápidamente, esta vez, con trabajadores de familias con las que no estaban emparentados. Durante unos cuantos años después, y a medida que se multiplicaban las células de Xalisco, su demanda de mano de obra se volvió voraz, y la oportunidad de trabajar con la heroína estaba abierta a muchas más familias. La mayor parte de una generación de jóvenes encontraron trabajo con la droga.

Un conductor con el que hablé, que comenzaba entonces su condena en prisión, me contó que él se había empezado a pensar lo de ir al norte cuando un traficante de heroína al que conocía de su pueblo se había construido una casa con la puerta del garaje automática. Los viejos se quedaban maravillados mientras la miraban abrirse y cerrarse. Él vio a otros conductores, tipos con los que había crecido, volver e invitar a cerveza a todos los de la plaza. Las chicas se lanzaban en bandada. Él, que no tenía tierras ni expectativas, se sumó a aquello.

«Era como un hierbajo que va creciendo sin parar hasta que invade todo el pueblo. Al final da igual el apellido que tengas —me dijo un antiguo conductor con el que hablé, que respondía al nombre de Pedro—. Cualquiera que deseara ascender y probar suerte lo podía hacer».

Para la mayor parte del México de los ranchos, la chiva era una cosa desagradable. «Pero, como dice la canción, "El dinero sucio también quita el hambre" [6] —decía Pedro—. Cuando mi hermano se fue al norte, mi madre le decía que no sabía cómo podía vender esa porquería. Pero cuando vio el dinero, se puso muy feliz».

Los líderes de las células tenían que reclutar a conductores de ranchos nuevos; sobre todo, de la cercana Tepic, la capital de Nayarit. Los nuevos fichajes ya no tenían ninguna conexión familiar con los pioneros de la heroína. Es más, ya tenían empleos: eran pintores, albañiles, panaderos o carniceros. Sin embargo, estas profesiones eran un callejón sin salida en México, y resultaba humillante ver a muchos otros jóvenes con camionetas nuevas, casas y dinero para pagar a la banda. De modo que, no mucho después, pasear en coche por un área metropolitana importante de Estados Unidos con la boca repleta de globos con heroína era una opción económica viable de causar impresión para los jóvenes de Xalisco (Nayarit) y alrededores, algo así como el SSI al este de Kentucky.

En algunos barrios de Xalisco, prácticamente todos los jóvenes capaces habían ido al norte a vender heroína. Los barrios obreros de Landareñas y Tres Puntos, no muy lejos de la arena para los rodeos de la ciudad, estaban entre ellos. Los barrios más desangelados, algunos con las calles sin pavimentar, eran una mezcla de casas modestas de bloques de hormigón, talleres de mecánica, puestos de mercado familiares, pequeños salones de belleza y gallos que cacarean. Los barrios se convirtieron en fuentes de mano de obra para las tienditas de heroína de Xalisco en Estados Unidos. Vender heroína en el norte se puso de moda, era casi un rito de iniciación para los jóvenes de Landareñas y Tres Puntos. La mayoría llegarían a conocer poco de Estados Unidos más allá de los aparcamientos de los centros comerciales de los núcleos de heroína de Xalisco en Columbus, Charlotte, Denver, Portland y Salt Lake.

Pedro había tenido muchos empleos de mala muerte en Nayarit. Su padre le había enseñado a odiar las drogas. Pedro nunca escuchaba los narcocorridos que relataban cómo los traficantes morían con las botas puestas. Sin embargo: «Estaba cansado de un trabajo que no me llevaba a ningún sitio», diría años después.

A un cuñado suyo le ofrecieron trabajo vendiendo heroína. Poco después, varios hermanos de Pedro se fueron al norte, también. «Si necesitan a alguien, me decís», le dijo Pedro a su cuñado.

Por aquel entonces, Pedro había visto cómo el negocio se expandía por Xalisco. Recordaba ver de niño a un hombre que acababa de volver de Estados Unidos. Montaba un bello pura sangre que nadie en la ciudad se podía permitir. Bebía cerveza y era objeto de cotilleo por toda la ciudad. Desde entonces, al menos una veintena de amigos de Pedro se habían marchado a trabajar como conductores del sistema de heroína de Xalisco conforme este se extendía por Estados Unidos. Todos ellos marchaban con el sueño de ganar el suficiente dinero como para abrir su taller de coches o un puesto de tortillas o comprar un taxi. Ninguno lo hizo realidad. Si bien es cierto que construyeron casas y compraron ropa para su familia —sobre todo, aquellos Levi’s 501—, se gastaron el resto en cerveza, clubes de estriptis y cocaína; y caminaban por las calles de Xalisco durante una o dos semanas mientras despertaban la envidia de otros hombres. Cuando se les agotaba el dinero y anhelaban hacer pasta rápida, volvían una y otra vez rumbo al norte como peones de la heroína. Las reservas de mano de obra de Xalisco nunca se agotaban. Los hombres jóvenes siempre estaban ansiosos

por regresar a pulir heroína, enganchados al subidón de volver a casa como reyes.

Cuando lo llamó el jefe de una célula, Pedro se imaginó que sería diferente. Él quería ganar lo suficiente para abrir una panadería. El jefe los mandó a él y a otro joven a la frontera y les pagó para que cruzaran junto a un grupo de migrantes. El otro chico se dirigía a Mineápolis para vender. A Pedro lo enviaron a Columbus; desde allí, el jefe lo mandó a otra ciudad que se consideraba territorio virgen.

Le comunicaron una serie de normas: nada de negros. Su jefe temía a los afroamericanos. Una vez, un cliente había traído consigo a un cliente negro, el jefe sacó una pistola y les dijo a ambos que se fueran y no volvieran más. Los chavales a los que Pedro vendía eran todos blancos, siempre dispuestos a practicar su español de instituto: «Hola, amigo, ¿cómo estás? Me gusta mucho la cerveza».

Pedro y sus compañeros de trabajo encontraron un apartamento amueblado. Pedro no quería destacar ni conducir más de lo que le tocaba. Cuando no trabajaba, se quedaba en el apartamento y jugaba a la Xbox. Ganó mil dólares por unas cuantas semanas de trabajo. Entonces, lo arrestaron y condenaron por tráfico.

Las autoridades lo enviaron a prisión. Allí, estudió para pasar la prueba de Desarrollo de Educación General por veinticinco centavos la hora, y aprobó. También trabajó de jardinero y cocinero a cambio de veintitrés dólares al mes. Con eso le bastaba para tener una televisión, una radio y su propia comida. Cuando salió de la cárcel, había ganado novecientos dólares, casi lo mismo que había ganado vendiendo heroína.

Lo enviaron a El Paso, donde un agente lo llevó hasta el puente que conduce a Ciudad Juárez y le dijo que comenzara a caminar. «No vuelvas», le dijo el agente.

Un mes más tarde, de vuelta en casa, Pedro recibió una carta de la prisión. Contenía un cheque por valor de cuatrocientos treinta dólares, el resto de lo que le debían por trabajar y estudiar para obtener el DEG.

El día de la Operación Fiebre del Oro Negro, un año después del arresto del alguacil yonqui de Nashville, cientos de agentes se dispersaron por quince ciudades estadounidenses para reunir a las bandas de la heroína del clan Sánchez: 138 personas en total entre conductores, teleoperadores y proveedores, además de numerosos adictos locales.

Aquel día, el tribunal federal parecía un ala de hospital: los yonquis vomitaban, sudaban y se caían del asiento. Según Mabry: «Si no los arrestábamos, se iban a morir».

Los alguaciles apresuraban a los doctores al tribunal. Algunos yonquis habían de posponer la vista incoatoria porque no se encontraban en condiciones de entender al juez.

Como ya sucediera con la Operación Pozo de Alquitrán seis años antes, Fiebre del Oro Negro mostró la vasta expansión del sistema de Xalisco; en esta ocasión, operada por una única familia. Nashville estaba conectada con Ohio, Carolina del Norte y del Sur, Indiana, Kentucky y con varios estados al oeste.

Alberto Sánchez —Tío Beto— fue acusado *in absentia* en Tennessee y permanece en México, probablemente en Guadalajara. Tal y como sucedió tras la Operación Pozo de Alquitrán, las células de heroína de Sánchez se volvieron a formar rápidamente. Se cree que tanto sus redes como las de sus parientes comprenden la mayor parte del estado de Carolina del Sur, incluyendo Myrtle Beach, donde la policía ha desmantelado seis veces la célula de heroína de los Sánchez, que regresa una y otra vez. Fuentes de la DEA y los propios traficantes me explican que las células de la familia Sánchez operan también en Denver, Charlotte, Indianápolis, Salt Lake, Las Vegas, Cincinnati, Columbus, Knoxville, Memphis, Reno y Portland (Oregón).

Los recursos humanos totalmente nuevos seguían disponibles en Nayarit gracias a los jóvenes con empleos de mala muerte que se apuntaban al trabajo de conductor. En Estados Unidos, clientes nuevos, más jóvenes y ricos, emergían por doquier.

Corrían buenos tiempos para ser traficante de heroína.

[6] Parece que se refiere a parte de una estrofa de «El cartel de a kilo», de Los Tucanes de Tijuana, que dice: «Pero el dinero aunque esté muy sucio quita el hambre, analícenlo bien».

El proceso penal

Suroeste de Virginia

A altas horas de la noche del 24 de octubre de 2006, John Brownlee, el fiscal federal para el distrito occidental de Virginia, recibió una llamada en su casa.

Al otro lado del teléfono estaba Michael J. Elston, que trabajaba en el Departamento de Justicia de Estados Unidos mientras Alberto Gonzales era fiscal general de Estados Unidos bajo el mandato del presidente George W. Bush. Elston le dijo que llamaba en nombre de un ejecutivo de Purdue Pharma.

La investigación a Purdue Pharma y su campaña para sacar al mercado el OxyContin que Brownlee había aprobado cumplía entonces cuatro años. La causa se había asignado a un bufete muy pequeño de Abingdon (Virginia), cercana a Kentucky y Virginia Occidental; una región de minas de carbón donde cientos de personas habían fallecido a causa de sobredosis de OxyContin. El bufete había emitido cientos de citaciones y reclamaciones de pruebas, había escaneado montañas de documentos en una base de datos y había entrevistado a montones de personas. En 2006, el personal de Brownlee creía que tenían pruebas de que la compañía había publicitado a sabiendas de forma engañosa el OxyContin como prácticamente no adictivo.

En los grupos focales de Purdue, los doctores se preocupaban por la capacidad de generar adicción del OxyContin a pesar de que esperaban con ansia un analgésico de efecto prolongado menos adictivo. La compañía que produjera un analgésico no adictivo «dominaría el mercado de la analgesia. Y eso era lo que Purdue intentaba hacer exactamente —testificó Brownlee posteriormente—. Purdue puso en el mercado y promocionó OxyContin como menos adictivo, menos sujeto a abuso y uso recreativo; así como con menos probabilidades de causar tolerancia y abstinencia que otros analgésicos».

A pesar de estos reclamos publicitarios, Purdue no proporcionó ningún estudio a la FDA, tal y como descubrieron más tarde los detectives, que apoyara esas afirmaciones. La compañía les enseñó a sus equipos de ventas que la oxicodona era más difícil de extraer y, por lo tanto, era más difícil abusar de ella que de otros fármacos (a pesar de que los estudios realizados por la propia empresa mostraban que eso no era cierto). En las pruebas realizadas en 1995, la compañía descubrió que el 68 por ciento de la oxicodona se podía extraer cuando la pastilla se machacaba, diluía y extraía con una jeringuilla a través de algodón. De hecho, los adictos con los que hablé decían que era más fácil extraer la droga de una pastilla de OxyContin que de otros analgésicos opiáceos más suaves, como el Vicodin o el Lortab, porque el OxyContin no llevaba nada más que oxicodona, mientras que otros contenían además acetaminofén o paracetamol.

El personal de ventas de la compañía afirmaba en las reuniones promocionales que se celebraban por todo Estados Unidos que la fórmula de liberación prolongada de doce horas suponía menos picos y depresiones de euforia si se comparaba con los opiáceos de liberación inmediata. Este era un punto crucial. La euforia intensa seguida de una depresión intensa es lo que produce la fuerte ansia de consumir que lleva a la adicción a los opiáceos. Si el OxyContin no causaba estos picos y depresiones extremas, los comerciales de la marca podían afirmar ante los médicos que las pastillas suponían un riesgo de adicción menor que los opiáceos de acción corta. Hablé con varios doctores que afirmaban que los gráficos que mostraban los picos y depresiones supuestamente moderados de la oxicodona del OxyContin en el plasma sanguíneo se encontraban entre los datos más convincentes de cuantos mostraban los comerciales de Purdue.

No obstante, los detectives federales dijeron posteriormente que aquellos gráficos eran incorrectos y que exageraban falsamente la diferencia entre el efecto de euforia del Oxy y el de sus competidores de acción corta.

Purdue «falsificó aquellos gráficos para mostrar un nivel constante de oxicodona en el plasma sanguíneo —decía Paul Hanly, abogado de un demandante de Nueva York que había iniciado una demanda colectiva contra Purdue—. La gráfica real muestra un pico increíble y después, ¡pumba!, vas directo al fondo».

Los supervisores de Purdue les enseñaban a los comerciales a contarles a los doctores que los pacientes que tomaban hasta sesenta miligramos de OxyContin podían dejarlo de golpe sin tener síntomas de abstinencia. Sin

embargo, los detectives federales descubrieron que los directivos de la compañía conocían un estudio británico de 2001 realizado a pacientes de osteoporosis que manifestaron sufrir abstinencia cuando dejaron de tomar OxyContin. «Incluso después de haber recibido esta información —escribieron los detectives—, tanto los supervisores como los empleados decidieron no redactar los hallazgos debido a que les preocupaba que sumara nuevos argumentos a la mala prensa que rodeaba al OxyContin en aquel momento».

Mientras escribía este libro, me puse en contacto con representantes de medios de Purdue para solicitar una entrevista con alguien de la compañía con quien hablar del proceso penal de 2006. Hice preguntas sobre la campaña publicitaria y sobre las ventas más recientes de OxyContin, entre otras cosas. Solicité asimismo entrevistas con el doctor David Haddox, autor del concepto de pseudoadicción; además de con el doctor Curtis Wright, que había colaborado en la aprobación de la solicitud de nuevo fármaco de Purdue cuando formaba parte de la FDA. Un portavoz de la compañía me envió el siguiente mensaje:

> Durante más de treinta años, Purdue Pharma ha desarrollado fármacos opioides para aliviar el dolor debilitante que experimentan millones de personas. Como líderes en nuestro campo, somos sin duda conscientes de los riesgos para la salud pública que pueden derivarse del uso inadecuado y del abuso de este tipo de fármacos. Trabajamos junto a legisladores y profesionales de la sanidad de todo el país para reducir los riesgos relacionados con los opioides sin comprometer la atención médica a las personas que sufren de dolor crónico.
>
> Purdue está desarrollando tecnologías innovadoras para crear analgésicos nuevos que incluyan propiedades para disuadir del abuso, de manera que dejen de ser atractivos para personas que abusan de las drogas. Estos fármacos están diseñados para proporcionar al paciente un alivio del dolor cuando se usan como indican las instrucciones, a la vez que disuaden del abuso mediante esnifado o inyección. Estos nuevos fármacos no previenen el abuso, pero suponen un nuevo paso en la dirección correcta.
>
> Alentamos la transición hacia tecnologías que, con el tiempo, consigan disuadir del uso abusivo; sin embargo, estas deben ir acompañadas de esfuerzos sociales de mayor alcance para reducir la demanda de medicamentos con receta para usos ajenos a los médicos.

En 2005, los fiscales federales de Abingdon (Virginia) que preparaban la causa contra Purdue citaron al doctor Hershel Jick, de la Universidad de Boston. Un ayudante del *sheriff* le entregó la documentación. En un primer momento, el doctor Jick ignoró la citación: estaba demasiado ocupado para molestarse. Entonces, lo llamó una fiscal federal. Necesitaban que testificara ante un gran jurado, le dijo, algo relacionado con el efecto, recordaba el doctor Jick posteriormente, de una farmacéutica que había

usado su carta de 1980 al *New England Journal of Medicine* como prueba de que sus fármacos no eran adictivos. Hershel Jick se quedó perplejo. No tenía ni idea de lo que le estaba hablando. ¿Qué tenía que ver todo aquello con él?: «Les dije que no acudiría —me dijo—. Pero amenazaron con meterme en prisión, de modo que fui a regañadientes. Me pusieron en el estrado para hacerme preguntas irrelevantes y obtusas durante dos horas».

A continuación, el doctor Jick regresó a Boston y, de esta manera, abandona nuestra historia, en la que su cortísima carta al editor de las últimas páginas del *New England Journal of Medicine* ayudó a prender la mecha, si bien involuntariamente, de una revolución en la medicina estadounidense.

En Abingdon, el proceso contra Purdue seguía adelante. John Brownlee presentó cargos criminales contra la compañía farmacéutica. Estableció el 25 de octubre como fecha límite para que Purdue aceptara un acuerdo declaratorio. En el acuerdo, la compañía tendría que admitir un delito de engaño en la comercialización del OxyContin o, de lo contrario, enfrentarse a más cargos. En testimonios posteriores ante el Comité Judicial del Senado de Estados Unidos, Brownlee dice que Michael Elston le pidió durante aquella llamada de teléfono que ralentizara el caso, que pospusiera el acuerdo declaratorio. Elston dijo después que había llamado en nombre de un superior, el cual, a su vez, había recibido una llamada de un abogado de Purdue que le pedía más tiempo para la compañía.

Brownlee reflexionó sobre la petición. Era un asunto delicado. Su carrera política era prometedora; su nombre sonaba como posible candidato a fiscal general del estado, incluso a gobernador. Aun así, no encontró razón alguna para posponer esta causa larga y complicada. Aquella tarde, los altos cargos del comité le habían dado el visto bueno para seguir adelante con ella. Dice que le soltó a Elston que lo dejara en paz. Brownlee firmó el acuerdo declaratorio con Purdue la mañana siguiente. Ocho días más tarde, su nombre aparecía en una lista que Elston había compuesto con fiscales federales a los que recomendaba despedir.

Nueve de ellos fueron, efectivamente, despedidos. Al final, John Brownlee no fue uno de ellos. Sin embargo, según testificó el año siguiente, él creía que su inclusión en la lista era una represalia por no retrasar el acuerdo con Purdue. Este episodio se prolongó durante la controversia de la administración Bush en la que altos cargos de la fiscalía general fueron acusados de interferencia política en el trabajo de sus fiscales más liberales

y de recomendar que algunos fueran despedidos por no obedecer lo que se percibía como órdenes con fines políticos. Elston dimitió más adelante. Un fiscal del equipo de Elston contó más adelante a *The Washington Post* que no había ninguna conexión entre la llamada telefónica de aquella noche y que apareciera el nombre de Brownlee en la lista de fiscales cuyo despido recomendaba.

John Brownlee fue fiscal federal para Virginia Occidental durante otro año. En 2008, dimitió para presentar su nominación por el Partido Republicano a fiscal general del estado, pero perdió en las primarias. Eso sí que es una apuesta por un futuro gobernador que se desinfla. Su carrera política se atascó. Ahora es abogado en el sector privado.

No obstante, Purdue Pharma se declaró culpable de un delito de engaño en la comercialización de OxyContin. Con el fin de evitar que los ejecutivos de la compañía fueran sentenciados a penas de prisión federal, la compañía pagó una multa de 634,5 millones de dólares; en aquel momento, entre las mayores multas de la historia de la industria farmacéutica. Tres ejecutivos (el director ejecutivo, Michael Friedman; el asesor general, Howard Udell, y el que había sido el director médico, el doctor Paul Goldenheim) pagaron 34,5 millones de dólares de esa cantidad. Los tres se declararon culpables de un solo delito de engaño en la comercialización del fármaco. También fueron puestos en libertad provisional durante tres años y tuvieron que realizar cuatrocientas horas de servicios a la comunidad.

En julio de 2007, los ejecutivos de Purdue comparecieron ante el tribunal federal para oír la sentencia. Lee Nus, la madre de un hombre de Florida que había muerto de una sobredosis de OxyContin, se levantó para hablar. «No sois más que un gran cartel de drogas corporativo», les espetó.

Alrededor de esta época, en el sur de Ohio, el doctor Phillip Prior había abandonado la medicina familiar en el sector privado para dedicarse a jornada completa a su especialidad en medicina de la adicción en el hospital de la Administración de Veteranos en el sur de Ohio, lo que lo convirtió en una especie de doctor en el campo de batalla.

El área que rodeaba a Chillicothe había visto problemas con las drogas antes, pero nunca habían tenido que ver con opiáceos. Poco después de que la campaña del OxyContin golpeara de lleno, no obstante, Chillicothe y las ciudades circundantes comenzaron a ver pacientes enganchados al fármaco. Muchos de ellos consumían cientos de miligramos al día a medida que aumentaba su tolerancia. El auge de la prescripción liberal recién estrenada

había puesto el Oxy en todos sitios. Las clínicas de pastillas brotaban como setas. Poco después, las pastillas opiáceas eran la droga festiva de los chicos de poblaciones pequeñas que en otra época se habrían dedicado a encender hogueras y emborracharse.

Entonces, Prior observó atónito cómo la heroína llegaba a la ciudad. La heroína era tan extranjera en estas comunidades rurales y blancas del sur de Ohio como los extraterrestres. ¿Acaso no era una droga urbana para los negros de Baltimore o el D. C. o para los puertorriqueños de Nueva York? Nunca había tenido nada que ver con los Apalaches.

Esta heroína, además, no se parecía a nada que hubiera visto Prior, ni siquiera en las películas. Era pegajosa y marrón oscuro, como excremento de rata y, aun así, potente y, sobre todo, barata. La llamaban alquitrán negro. En Columbus, los mexicanos la repartían en coche, como *pizzas* , por la cuarta parte del precio de un Oxy y con ofertas de descuentos en pedidos grandes. Tanto en Chillicothe como en poblaciones alrededor del condado de Fairfield, todos los adictos se volvieron comerciales en busca de nuevos clientes que hicieran pedidos suficientes como para que mereciera la pena el viaje a Columbus. Desde el condado de Fairfield, las noticias viajaban al sur a través de regiones donde el OxyContin ya había abonado el terreno del consumo de opiáceos para toda una generación.

El condado de Athens, a unos ciento cincuenta kilómetros al sureste de Columbus, no había visto la heroína prácticamente nunca. Hacia 2008, el 15 por ciento de los ingresos en centros de tratamientos estaba relacionado con la heroína, y casi todos se la inyectaban. En 2012, el centro trataba a más heroinómanos, casi todos adictos al alquitrán negro, que a alcohólicos.

Y así evolucionaron las cosas. Primero, el OxyContin, introducido por los comerciales de Purdue Pharma a los doctores en cenas de postre, café y copa, y en sus consultas con aire acondicionado. En el transcurso de unos pocos años, lo siguió la heroína de alquitrán negro en diminutos globos sin inflar que los jóvenes cultivadores de caña de azúcar de Xalisco portaban en la boca mientras conducían un Nissan Sentra viejo hasta los encuentros en los aparcamientos de los McDonald’s. Otros también se metieron en el negocio. Chicos negros de Detroit y Dayton descubrieron el sur de Ohio y trajeron la heroína en polvo.

Phillip Prior ahora estaba metido de lleno en lo que habría sido impensable unos años antes: los yonquis de heroína blancos de áreas rurales. «Aún no he encontrado a ninguno que no empezara con el

OxyContin —decía—. No venderían estas cantidades de heroína en la calle ahora mismo si no se hubieran tomado esas decisiones en la sala de juntas».

PARTE III

«Ahora se trata del hijo del vecino»

Nashville (Tennessee)

En la parte noroeste de Nashville (Tennessee), el juez Seth Norman esperaba todos los años un aluvión de llamadas telefónicas hacia finales de enero: «La legislatura reanuda las sesiones en enero», contaba.

Las llamadas llegaban de los legisladores del estado, cada uno de ellos con el mismo problema: un hijo, una hija o un cuñado adicto.

«“Hum, eh, mi sobrino de Camden, ¿crees que puedes hacer algo?”, ese es el tipo de llamadas que recibo», me contó sentado en su despacho adyacente a la sala del tribunal.

La mayor parte de los veintiocho tribunales antidroga del país se establecieron para desviar a los drogadictos de la cárcel y colocarlos en centros de tratamiento en algún sitio. Seth Norman dirige el único tribunal antidroga de Estados Unidos que está físicamente pegado a una residencia de rehabilitación de larga duración. Acoge a los adictos acusados de delitos sin violencia relacionados con drogas —robos, atracos, posesión de mercancía robada, posesión de drogas— y los pone en tratamiento hasta un máximo de dos años como alternativa a la cárcel. Al final del pasillo desde su tribunal hay dormitorios con camas que dan cabida a cien personas: sesenta hombres y cuarenta mujeres.

Visité las instalaciones del juez Norman en Nashville una tarde encapotada de otoño porque esta epidemia no era igual que las del pasado. Por primera vez desde los años que siguieron a la invención de la heroína, la raíz de la plaga no se hallaba en ninguna banda callejera o las mafias de las drogas, sino en los doctores y las compañías farmacéuticas. Fui a visitar al juez Norman porque quería ver qué cambios podía haber provocado en Estados Unidos la adicción generalizada a una droga, asociada normalmente con el gueto o el barrio, ahora que casi todos los nuevos adictos eran blancos de las zonas rurales o residenciales.

Seth Norman tiene ochenta años y el pelo blanco como la nieve, unas maneras refinadas propias del sur y un modo de arrastrar las palabras en consonancia con su origen. Había comenzado el programa de tribunal antidroga/centro de rehabilitación en 1996, y lo levantó prácticamente solo, con camas, hornos y máquinas cortacésped que obtenía de los excedentes del estado de Tennessee.

Las visitas frecuentes al poder legislativo estatal formaban parte de sus esfuerzos; allí, sus peticiones de más fondos cayeron en saco roto durante mucho tiempo. Norman les hablaba con entusiasmo de sus cifras a los legisladores. El tribunal antidroga y el tratamiento de larga duración podían mantener a la mayoría de los adictos alejados de la cárcel, lo que le ahorraba al estado 32.000 dólares al año respecto a lo que cuesta mantener a un preso en la cárcel. El tribunal antidroga, decía, se vanagloriaba de tener una tasa de recaídas de tan solo el 20 por ciento entre aquellos que completaban el programa de tratamiento, mientras que era de más del 60 por ciento entre aquellos que salían de la cárcel, les explicaba. Esto era antes de que arrasara la epidemia de pastillas y heroína. La mayoría de los legisladores consideraban el tratamiento de la drogadicción propio de mentes blandas y buenistas, y mantenían una actitud proclive al encarcelamiento que los votantes de un estado republicano como Tennessee preferían.

Sin embargo, si la experiencia de Norman es un indicador de alguna clase, esa actitud rígida se ha suavizado en los últimos tiempos: «Han hecho falta dieciséis años para convencer a los legisladores de que es más barato mandarlos a rehabilitación que mandarlos a prisión», decía.

El ahorro, sin embargo, no fue lo que se llevó el gato al agua. Los tratamientos siempre han sido más eficaces y baratos que la prisión para los verdaderos drogadictos. Lo que ha cambiado según Norman es que la mayoría de los acusados ya no son afroamericanos de los barrios marginales adictos al *crack* y camellos. La mayoría de los nuevos yonquis de Tennessee son blancos de clase media y alta y del corazón rural predominantemente blanco del estado; personas que votan, hacen donaciones, son vecinos, hacen negocios o están emparentados con la mayoría de los legisladores de Tennessee.

A medida que la epidemia de opiáceos mutilaba a la clase media, estos chicos se colocaban y lo abandonaban todo. Las generaciones anteriores de adictos a los opiáceos se hicieron albañiles o pintores autónomos porque

eso era todo lo que podían gestionar con la heroína, y a menudo la cárcel, en sus vidas. Con la nueva generación, el tiempo diría lo que harían, pero no pintaba bien. Una gran parte de estos nuevos jóvenes adictos tenían antecedentes penales ahora. Muchos estaban en libertad condicional; un buen número acabó en prisión. En cualquier caso, sus padres se daban cuenta de que tener antecedentes era una rémora en la vida tan grande como ser adicto a los opiáceos. Cualquiera que fuera el sueño que estos padres tuvieran para sus hijos, ahora era improbable que se hiciera realidad. Aun optar a alquilar un apartamento era difícil. Con antecedentes penales, encontrar un empleo durante la recesión era casi imposible.

Algunos padres estaban tan exhaustos que la entrada de un hijo en prisión era bien recibida. Sin embargo, la epidemia de los opiáceos también hizo que algunos intransigentes conservadores blancos se volvieran reformadores del sistema de justicia penal.

Eso es lo que descubrió el juez Seth Norman. La experiencia había, digamos, mudado la actitud inflexible de los legisladores estatales sobre el papel apropiado que desempeña la rehabilitación en adictos acusados de crímenes relacionados con drogas y la propiedad: «Una cosa que hace que los legisladores tengan mejor disposición respecto al tratamiento es que ahora cuesta encontrar una familia a la que la adicción no le haya golpeado. Hace quince años, muy pocos miembros de la legislatura lo sufrían: “No, nadie en mi familia va a tocar algo así”. Eso ya no es cierto. Ahora lo conocen de primera mano».

Norman no es estúpido; varios dormitorios de su centro de rehabilitación llevan el nombre de legisladores afines: Haynes Hall, Henry Hall, Waters Hall… Cuando lo visité, me aseguró que contaba con el apoyo del actual gobernador y de los directores estatales de correccionales, seguridad pública y abuso de sustancias.

Norman no podía imaginarse esto cuando gorroneaba sofás sobrantes o convencía a los funcionarios electos para que le dieran dinero a finales de los años noventa. En cambio, a medida que la epidemia devastaba las comunidades blancas a lo largo y ancho de Tennessee, las mentes de aquellos que eran más inflexibles iban cambiando.

Por todo el país aparecían señales de que esto sucedía. La epidemia forzaba a los jueces a imaginar nuevos tipos de tribunales —tribunales de veteranos, tribunales de salud mental— diseñados para lidiar con las causas por las que un sospechoso desemboca en un proceso penal.

En Ohio, la epidemia había inflado la población de las prisiones más allá de su capacidad. El director de prisiones Gary Mohr, nombrado por el gobernador John Kasich, del Partido Republicano, le contó a un diario que estaba a favor de aumentar el programa de tratamiento de la drogadicción en prisión, y que lo había hecho en cuatro prisiones. Sugirió, asimismo, que dimitiría si la legislatura decidía construir más prisiones como respuesta a la epidemia.

Parecía, de hecho, que los republicanos de todo el país cambiaban su manera de pensar. En Texas, Georgia, Carolina del Sur y otros estados, los legisladores republicanos presionaban para conseguir lo que *The Wall Street Journal* denominó «un conjunto de leyes más compasivo y matizado».

«Vemos esa gran corriente a favor de una reforma de la justicia penal que está impulsada, en realidad, desde los círculos conservadores —comentaba Chris Deutsch, de la Asociación Nacional de Profesionales de Tribunales Antidroga—. Los gobernadores conservadores empiezan a invertir en tribunales antidroga. Durante los últimos cinco años, hemos empezado a ver estos tribunales en todos los condados». Texas abrió tribunales antidroga y, por lo tanto, pudo cerrar cárceles.

El congresista por Kentucky Hal Rogers, un conservador republicano firme, se ha convertido en un fuerte defensor de los tribunales antidroga desde que su distrito, que incluye el condado de Floyd, fue golpeado por el consumo abusivo de pastillas con receta. «La epidemia de drogas ilegales es, con mucho, el hecho más devastador que he visto en mis más de cuarenta años de servicio público», dice Rogers en la página principal de su sitio web, donde canta las alabanzas de los treinta tribunales antidroga de su distrito de veinticuatro condados.

La legisladora estatal de Kentucky Katie Stine, republicana, ha introducido una ley mientras escribo este libro que facilita presentar cargos contra un traficante de heroína por la muerte de una persona por sobredosis. Sin embargo, el punto clave de la ley de Stine es el aumento de los fondos para programas educativos y de tratamiento de la adicción: «Se solía pensar: "Uf, un heroinómano, ese es alguien de una zona marginal, alguien a quien no conozco" —dijo Stine en una televisión local—. Ahora es tu hijo o el hijo de tu vecino».

El gobernador de Georgia, Nathan Deal, escuchó a algunos adictos en recuperación contar su historia durante las ceremonias de graduación del tribunal antidroga que preside su hijo: «Todos tienen sus propias historias,

aunque hay un hilo común que las une todas —le contó el gobernador Deal al *Journal* , cuando explicaba por qué había triplicado el número de tribunales antidroga en tres años—. Tuvieron una segunda oportunidad y se han rehabilitado».

Varios factores hicieron esto posible desde el punto de vista político en estados como Georgia. El descenso en el índice de delitos fue sin duda uno de ellos. La presión sobre los presupuestos durante la gran recesión fue otro, a pesar de que siempre se había demostrado que el tratamiento es más barato que la prisión.

El hecho es que, fuera o no coincidencia, este cambio de opinión se extendía entre los conservadores justo cuando la adicción a los opiáceos se expandía entre jóvenes de ambientes rurales y de clase media de todo el país, aunque tal vez con más fuerza en los condados y estados con afiliaciones republicanas más profundas. La esclavitud hacia las drogas y las muertes, tan cercanas, tocaban las vidas —y ablandaban los corazones— de muchos legisladores republicanos y de muchos votantes. Yo lo atribuyo a un momento nacional de perdón cristiano. Aunque también sé que se trataba de un perdón que muchos de estos legisladores no albergaban cuando los acusados eran los adictos al *crack* de la ciudad. Digamos simplemente que experimentar desde primera fila la adicción a los opiáceos puede hacer que una persona cambie de opinión sobre muchos temas. Muchos de sus votantes ya no eran tan entusiastas de la idea de mano dura contra el crimen ahora que eran sus hijos los que estaban involucrados. De modo que nació un nuevo eufemismo, *usar la cabeza ante el crimen* , que permitía a estos políticos apoyar el tipo de programas de rehabilitación que muchos de ellos habían usado para atacar a otros hace no tanto tiempo.

Mientras tanto, inspirado por el reciente apoyo de la clase política de Tennessee, el juez Seth Norman había hecho algunas reflexiones. Cuatro o cinco tribunales como el suyo podían financiarse con un impuesto de un céntimo gravado a cada receta de pastillas opiáceas emitida en Tennessee. Después de todo, unos cuatrocientos millones de pastillas se recetaban cada año en un estado de seis millones de habitantes.

Cuando dejaba Nashville camino de Portland —donde había oído que uno de los Muchachos de Xalisco acababa de ser condenado por la muerte de Tovi Siniaiev, el chico ruso pentecostal—, ninguna compañía farmacéutica había salido a apoyar la idea de Norman.

Igual que los ejecutivos de las tabacaleras

Portland (Oregón)

Puesto que cada llamada es dinero, los Muchachos de Xalisco no ignoran jamás sus teléfonos en horario laboral. Por esta razón, el detective Tom Garrett se sorprendió al no recibir respuesta cuando llamó a un Muchacho de Xalisco conocido como Doriro.

Tanto Garrett como sus colegas investigaban ahora de lleno la muerte por sobredosis de heroína de Tovi Siniaiev, el hijo de la pareja de pentecostales rusos que formaban Anatoli y Nina Siniaiev. Habían transcurrido bastantes días de tormento desde que la madre de Tovi lo encontrara comatoso en su habitación. Bajo presión, su hermana Elina le dijo a la policía que su camello era un heroinómano pentecostal ruso llamado Alekséi Dziuba.

Le colocaron micrófonos a Elina y esta llamó a Dziuba. En plena abstinencia y con su hermano sobreviviendo con soporte vital, Elina se encontró con el camello en el aparcamiento de un Safeway vigilado por doce oficiales encubiertos. Le compró heroína y le pasó unos billetes marcados. Cuando el camello se marchaba del aparcamiento, los agentes salieron a detenerlo.

De este modo se puso en marcha una estrategia que Portland había adoptado para combatir a los Muchachos de Xalisco, y que recibía el nombre de un jugador de baloncesto universitario que había muerto en 1986 tras consumir la cocaína que le había dado un amigo.

Una causa así llamada Len Bias se basa en el derecho federal. Bajo esa ley, una persona que suministre drogas que causen una sobredosis mortal puede ser acusada de conspiración con el resultado de muerte, un cargo que conlleva una sentencia de veinte años de prisión. La policía tiene que probar que la persona murió por culpa de la droga del sospechoso, y es necesario establecer una cadena de custodia. Sin embargo, en caso de que sea posible hacerlo, se dispone de una poderosa herramienta para la acusación que

estaba siendo examinada en muchos lugares del país a medida que la epidemia de opiáceos y las sobredosis mortales se propagaban. Un lugar donde se perfeccionó esta estrategia fue Portland (Oregón).

El beneficio que los fiscales ven en Len Bias es que permite a los detectives desarrollar una cadena de distribución de la droga. Si un camello quiere evitar una acusación Len Bias, debe volverse, y rápido, contra el camello que está un escalón por encima de él en la cadena, con la esperanza de recibir cierta indulgencia en el momento de ser sentenciado. El último hombre hasta el que los detectives pueden seguir el rastro de la droga se enfrenta a los veinte años de pena en caso de ser condenado; se trata de un funesto juego de sillas musicales.

Así que se mantiene una conversación privada en la sala de interrogatorios. Los detectives no pueden amenazar al sospechoso, pero pueden decirle a lo que se enfrenta con el derecho federal. «Sin duda, el tono en la sala cambia —decía Garrett—. No bromeas con ellos, es una conversación muy poderosa».

Dziuba, que hablaba por medio de un intérprete ruso, se soliviantó ante la idea. «La gente muere cada día por culpa de sus adicciones», le dijo a los interrogadores. Él no tenía la culpa de sus decisiones. Finalmente, no obstante, un abogado defensor le explicó la situación. Dziuba les dio el nombre del camello yonqui al que él le compraba. Con esa información, Garrett y sus colegas comenzaron a establecer la cadena.

El camello de Dziuba les dio el nombre de su proveedor, el cual, a su vez, les dio el de su camello. Este camello, tres niveles por encima de Tovi, dijo que él le compraba todos los días a un mexicano al que conocía únicamente como Doriro.

Así es como, el 12 de abril de 2011, Garrett y sus colegas comenzaron a llamar al número de un hombre de Nayarit que, como descubrieron más tarde, respondía al nombre de Joaquín Segura-Cordero.

No recibieron respuesta. Llamaron durante toda la tarde. Nada. Lo que no sabían era que a Segura-Cordero lo estaba arrestando en ese momento otro departamento. La policía de Portland tenía su propia causa Len Bias por muerte contra él. Esta causa se había iniciado tres horas antes en Bend (Oregón), donde un chico llamado Jedediah Elliott había muerto de sobredosis dos meses antes.

Ambas cadenas de distribución de heroína llevaban hasta Segura-Cordero, el cual resultó ser una especie de jefe de ventas regional de la célula de

Xalisco. Normalmente, como jefe regional, Segura-Cordero estaría apartado del tipo de ventas de heroína rutinarias que lo pudieran exponer a un arresto. Sin embargo, Segura-Cordero se enfrentaba a un problema clásico de los negocios pequeños: escasez de mano de obra. «Varios de sus conductores habían sido arrestados, de manera que se había quedado sin repartidores —me dijo Steve Mygrant, uno de los fiscales del caso—. Tenía que exponerse. Él mismo cogía las llamadas y hacía los repartos».

Mygrant es un fiscal del condado de Clackamas que actuaba como representante en los juicios de causas federales. El de Segura-Cordero fue su primera causa con los Muchachos de Xalisco. Cuando hablé con él, un par de años después de la muerte de Tovi, Mygrant sonaba a la vez preocupado y maravillado por el sistema de Xalisco.

«Antes ibas al gueto a comprar heroína en una esquina —decía—. Ahora estas organizaciones llegan a los barrios, a las zonas residenciales. Vienen a ti. Eso es único entre este modelo de organizaciones. Todos vienen de Nayarit y todos operan con este estilo de entrega. Como los pescadores en Alaska: trabajan siete días a la semana y vuelven a casa a divertirse».

La causa Segura-Cordero demostró que la heroína de Xalisco se había extendido unos doscientos cincuenta kilómetros alrededor de Portland. Había llegado a los condados rurales más tranquilos, donde los jóvenes, enganchados a las pastillas, habían aprendido a ir a Portland, comprar el barato alquitrán negro y triplicar el dinero de vuelta en casa mientras alimentaban su propio hábito. En el más puro estilo de Xalisco, todos los yonquis se volvían comerciales.

La fiscal federal que ha trabajado en más causas Len Bias que ninguna otra persona, que había resuelto problemas mediante el método en que funcionaban estos procesos, es Kathleen Bickers. Las primeras causas de heroína que había llevado a finales de los años noventa involucraban a las células de Xalisco: «Tratábamos con los tipos de Nayarit, pero no éramos conscientes de ello», me dijo.

Con el tiempo, vio las conexiones de las células con Nayarit y entre sí; cómo se extendían desde Portland al oeste hasta Columbus y las dos Carolinas. Llamaba a todo el entramado la Corporación Heroína. «Son los Philip Morris de la heroína —me dijo en su oficina del centro de Portland un día—. Piensan como los ejecutivos de la compañía tabacalera. La naturaleza corporativa del modelo: dependen de ese flujo de efectivo. No van a desaparecer porque metas en la cárcel a unos cuantos individuos.

Tienes que cortar la fuerza de trabajo desde la raíz. Tienes que conseguir que la gente de Nayarit se dé cuenta de que, cuando llega aquí, puede que no vuelva nunca más, o puede que pasen quince años antes de que pueda volver».

Mientras hablaba, pensé en la conversación con aquel tipo de la cárcel del que oí por primera vez el nombre de la ciudad de Xalisco, hace tanto tiempo ahora. Él había vivido en Portland, donde trabajaba legalmente como mecánico mientras veía cómo se expandía el sistema de Xalisco. «En Portland —me dijo— he visto a la policía coger a gente con veinte o treinta globos y dejarlos marchar. Por eso empezó a venir la gente a Portland, porque no tenían miedo. Veían que no había consecuencias: "Nos pillan con esto y dejan que nos vayamos"».

En Xalisco se corrió el rumor de que a las células les iba bien en Portland y de que, además, a los conductores que arrestaban tan solo los deportaban. Según él, más células llenaron la ciudad.

Esto me recordaba mucho a la cultura empresarial de las pequeñas poblaciones mexicanas. En una ocasión, visité un pueblo del centro de México: Tzintzuntzan, del estado de Michoacán, que contaba con al menos una veintena de vendedores del mismo tipo de objetos de alfarería en la calle principal. Si a una persona le iba bien la venta, el resto comenzaba a venderlos también. A nadie se le ocurría variar la oferta. Las tiendas se extendían a lo largo de cinco o seis manzanas, y en todas se vendían cacerolas y cuencos idénticos con el deseo de minar a las demás. La cultura mexicana de la pequeña empresa, nacida de la crisis y las devaluaciones del peso, sentía aversión por el riesgo y era imitativa. Eso describía a las células de Xalisco, que llegaban e imitaban a aquellos que habían venido antes. Al hacerlo, bajaban los precios y aumentaban la potencia; el resultado natural —en particular, a medida que el OxyContin fue abonando el mercado— era más adicción y sobredosis. Nada de esto sucedía por culpa de las órdenes de un cerebro, era algo mucho más poderoso que eso: era el libre mercado.

La política de arrestar y deportar de Portland era una razón importante para ello. La política había sido diseñada para el insignificante adicto o camello de la calle con el que las autoridades locales no querían ocupar espacio de cárcel reservado a criminales más serios. Los conductores de los Muchachos de Xalisco trabajaban duro para parecer insignificantes. En realidad, ellos eran los únicos hilos visibles de grandes madejas que vendían cientos de kilos de alquitrán negro al año en Estados Unidos por

décimos de gramo. De modo que, durante muchos años, si los atrapaban, eran deportados y se enfrentaban a poco tiempo en la cárcel, si es que pasaban por ella. Como granjeros en ciernes, el mensaje que recibían de esta indulgencia era muy diferente del que aquellas autoridades de Portland tenían en mente. Para ellos, arrestar y deportar parecía más bien una invitación.

Cuando el OxyContin llegó a Portland a mediados de la década de 2000, la ciudad ya era famosa en Xalisco (Nayarit). Los Muchachos abarrotaban la Ciudad de las Rosas. Es más, la llegada del OxyContin significó no tener que confiar en los viejos clientes de la calle como Alan Levine. Ahora había muchos cientos más para ayudar a emprender una célula de heroína. Los adictos eran más jóvenes y sanos. Las incautaciones de unos cuantos gramos de heroína eran noticia hace una década. Ahora, decía Bickers, la policía encontraba kilos habitualmente.

La Len Bias se convirtió en la nueva estrategia de Portland para combatir a los Muchachos de Xalisco. En Portland, y, presumiblemente, por primera vez en la historia de la heroína en Estados Unidos, la policía comenzó a responder enérgicamente —dos o tres detectives por caso— ante un yonqui muerto en el lavabo de una gasolinera. Se sacaban los contactos del teléfono del fallecido que permitieran subir peldaños por la red de Xalisco. A los repartidores ya no los deportaban automáticamente, les decían que se enfrentaban a veinte años en una prisión federal.

Para que funcionara la estrategia Len Bias, las agencias gubernamentales federales, estatales y locales debían cooperar completamente. El forense estatal debía estar preparado para realizar una autopsia rápidamente y el fiscal de distrito local tenía que abandonar el caso si parecía que los federales llevaban ventaja.

Sobre todo, los investigadores tenían que compartir información. Esto era así porque, a diferencia de las organizaciones de narcotráfico mexicanas tradicionales, las células de Xalisco realmente compartían suministros, incluso con la competencia. Los casos de Xalisco solían estar conectados como redes, lo que forzaba a los detectives a dejar de lado las luchas por el territorio.

Según Bickers: «El ego de un policía antidroga es lo que lo hace grande. Es creativo, innovador y persistente. Sabe cómo localizar un objetivo. Sin embargo, es muy territorial. Tenemos que recordarnos constantemente a nosotros mismos que hay que bajar esa barrera, que hay que pensar como

organización y no solo en que es tu caso. Vas a subir un par de niveles y te vas a encontrar en el caso de otro. Desciendes a las personas muertas y todos los casos parecen desconectados, pero te los trabajas con dedicación y subes lo suficiente con la mente abierta y ves las conexiones».

Joaquín Segura-Cordero era un ejemplo. Fue condenado a catorce años de cárcel por vender la heroína que mató a Tovi Siniaiev en un barrio residencial de Portland y a Jedediah Elliott en la campiña de Oregón, a doscientos cuarenta kilómetros.

Bickers tenía otro caso contra dos hermanos del pueblo de Pantanal, cerca de Xalisco, que estaban en el noveno escalón de una cadena Len Bias. Se enfrentaban a cadena perpetua por la muerte de una joven de Salem por sobredosis de alquitrán negro que, según la acusación, ellos habían importado. A medida que un nivel llevaba al siguiente, Bickers veía emerger una red que conectaba la supuesta célula en Portland de los hermanos con los proveedores y las células de otras partes de Oregón, Las Vegas y Colorado Springs (y con Nayarit, por supuesto).

Caminé unas cuantas manzanas desde la oficina de Bickers hasta el bufete de un abogado de oficio para hablar con un abogado que había accedido a verme siempre y cuando no mencionara su nombre. Él había convencido a numerosos Muchachos de Xalisco de que la cooperación era el único modo de evitar veinte años de cárcel bajo la Len Bias. El abogado tenía una orden permanente de que los detectives lo llamaran de inmediato cuando comenzaba un caso Len Bias. Apoyaba la cooperación rápida con los investigadores, lo cual era una idea controvertida entre los abogados defensores. «El valor de tu información está en su punto álgido cuanto más cerca estás del momento del arresto —me dijo—. Si te metes muy rápidamente, podrías obtener un gran beneficio para tu cliente».

No obstante, él no veía que la nueva estrategia de los fiscales tuviera un gran efecto. Las pastillas estaban muy extendidas, jóvenes nuevos se enganchaban cada día. Se pasaban a la heroína constantemente. Contra aquel goteo, se imaginaba, los fiscales tan solo alteraban el mercado temporalmente.

«Mi higienista dental vino a hablar conmigo —me contó—. Su hijo estaba liado con la heroína hasta el punto de que robaba en tiendas. Hablamos de una persona de clase media de la que no pensarías que tocaría algo así jamás. Sin embargo, está extendidísima. Es casi como si intentaras que se dejara de beber café con un Starbucks en cada esquina».

Ni Scarface ni cabecilla

Denver (Colorado)

Se trataba de un pensamiento descorazonador. Lo tenía en mente cuando, poco después de aquello, estaba de pie en un apartamento a casi dos mil kilómetros, en el noreste de Denver, delante de un chaval con el pelo corto que les contaba a los detectives una historia.

José Carlos era el típico Muchacho de Xalisco. Tenía veintiún años y un tímido bigote luchaba por abrirse paso sobre el labio. Confinado a una silla y sin camiseta, miraba nervioso cómo Dennis Chavez y un equipo de la unidad antidroga revisaban el apartamento de arriba abajo.

El día anterior, un agente antidroga llamado Jes Sandoval había detectado a una mujer que hacía repartos de heroína en un aparcamiento del sureste de Denver. Cuando los agentes la pararon, ella delató a José Carlos y el apartamento.

Así que los de antidroga hicieron una redada. José Carlos les dijo que llevaba vendiendo heroína en la ciudad solo tres meses. Afirmaba ser de la población de Acaponeta, en Nayarit. Los policías le preguntaron quién era su jefe. En ese momento, comenzó a lagrimear y se cerró en banda. Había estado en Columbus (Ohio) y en Charlotte (Carolina del Norte). Trabajaba en la construcción, les dijo. Ninguno de los policías que había en la habitación se lo creyó, pero hasta que no delatara a nadie por encima de él, les daba igual qué historia contara.

El caso, como cientos anteriores, no llegaría a implicar a nadie con más poder que este chaval desaliñado. No había nada en el apartamento de un dormitorio que pudieran usar contra él. De hecho, no contenía prácticamente nada: una mesita del Walmart, cuatro sillas plegables, una televisión pequeña de pantalla plana, cirios de la virgen de Guadalupe, un montón de ropa, algunas pelis de acción en DVD y paquetes de salsa picante del Pizza Hut. Ni cama, ni sofá.

Tampoco armas ni dinero. Sobre la mesa había globos y un plato con tan solo un par de gramos de alquitrán negro. José Carlos, parece ser, suministraba los globos a los conductores de Denver. Había un pequeño giro en esta operación. Esta célula de Xalisco hacía que los adictos llamaran a un número de Denver. Esas llamadas se reenviaban a un teléfono de Nayarit, donde un operador contestaba y pasaba el pedido del adicto a un conductor de Denver. Era una centralita de heroína.

Esta redada era de poca envergadura según el estándar tradicional de la unidad antidroga. Sin embargo, al no poder arrestar al dueño de la célula allá en México, el equipo antidroga del distrito 3 de Denver hacía lo que probablemente más dañaba el modelo de negocio de la heroína de los de Xalisco: aumentar los costes del negocio.

El sistema de Xalisco tenía éxito porque era una reacción al modo en que la policía había trabajado con las drogas tradicionalmente en Estados Unidos. Las unidades antidroga se encontraban con apartamentos desnudos y peones como José Carlos; el dinero y la mayor parte de las drogas estaban en México. Esto desanimaba tanto a la policía como a los fiscales. Por lo tanto, los Muchachos de Xalisco forzaban a las fuerzas de seguridad a replantearse las viejas estrategias más que ninguna otra red tradicional de narcotráfico en el país, sobre todo a medida que se afianzaba la epidemia de opiáceos.

Los yonquis de clase alta y media que buscaban heroína merodeaban por los barrios de moda de la Universidad de Denver y del parque Washington, en el distrito 3. Los conductores de Xalisco andaban también por allí. La policía del distrito 3 no tenía los efectivos humanos ni el presupuesto para trabajar en casos largos de encubierto. Su acercamiento a los Muchachos de Xalisco era más simple porque surgía de la necesidad, y giraba alrededor del agente Jes Sandoval.

Tras veintidós años en la policía, dieciséis de ellos trabajando con drogas, Sandoval se había vuelto, curiosamente, como los conductores de Xalisco a los que seguía. Pasaba tan inadvertido como ellos y era casi igual de implacable. Durante mis muchos años de periodista criminalista no me había encontrado nunca con un agente antidroga que usara una tecnología tan poco avanzada como Sandoval. Solo utiliza un móvil de tapa que le ha dado el departamento y un SUV Honda de 2007. Trabaja dentro del horario laboral porque el departamento no paga las extras. Trabaja solo. En su cubículo hay una foto del Llanero Solitario, regalo de sus compañeros. Casi

nunca utiliza confidentes, nunca compra droga de encubierto, nunca pincha teléfonos.

Por el contrario, Sandoval ronda los aparcamientos del centro comercial del sur de Denver a la caza de indicios de venta inminente de drogas: chicos blancos frenéticos en coches aparcados que giran la cabeza de un lado a otro mientras inspeccionan todo lo que se mueve. Él observa hasta que pasa por delante el conductor de Xalisco; entonces, sigue a ambos coches mientras llama a los refuerzos para arrestarlos en alguna calle aledaña cuando se produce el intercambio. «Algunos días me veo conduciendo por todo el distrito, buscando», decía.

Sandoval inició cantidades enormes de casos con este método, que costaba poco y producía mucho volumen: el equivalente de las fuerzas de seguridad al sistema de la heroína de Xalisco, si bien es cierto que arrestaba al equivalente del jornalero en el mundo de la droga. Solo llevaban consigo pequeñas cantidades de heroína. Permanecían en silencio, eran deportados y reemplazados en un par de días. Sin embargo, el enfoque de Sandoval reconocía que los propietarios de las células de Xalisco eran pequeños empresarios. Eran sensibles a los costes, como muchos pequeños empresarios. No eran cerebros del tipo Scarface, que gastaban a espuertas y vivían al día. Algunos líderes de célula les pedían a los conductores que les pasaran los recibos al final de la jornada. Tenían que responder por cada dólar.

Así que, tal y como lo veía Sandoval, cada arresto forzaba al jefe de la cuadrilla en Nayarit a comprar otro coche en Denver, buscar otro apartamento y enviar otro conductor a cruzar la frontera. Cada uno de ellos era un dolor de cabeza para un empresario que ya tenía que asegurarse de que sus repartidores —la mayoría hombres de entre dieciocho y veinticinco años de edad— no se quedaran sin suministros, no se fueran de fiesta, no dejaran a ninguna mujer embarazada ni consumieran el producto que vendían. Con cada móvil que confiscaba Sandoval, el jefe de la célula se veía obligado a restablecer la lista de clientes, aunque, poco después, las células empezaron a guardar listas maestras con los números de los clientes (que Sandoval se imaginaba que estarían en un ordenador en algún lugar de Nayarit).

«Cuantos más conductores quitamos de en medio, más desesperados están por conseguir conductores», me dijo mientras dábamos vueltas por el centro comercial del sureste de Denver.

En medio de una epidemia, esto era lo máximo que la policía del distrito 3 podía hacer. Nuevos adictos pasaban del OxyContin a la heroína cada día, y la demanda de droga se propagaba por Denver. El sistema de los Muchachos de Xalisco, que se alimentaba de las enormes canteras de mano de obra de México, parecía inmune. Los arrestos de Sandoval eran tan rentables como cualquier otra estrategia, por lo que la unidad antidroga del distrito 3 de Denver se animaba con cada pequeña victoria. Un par de semanas antes de que yo apareciera, el propietario de una célula de Xalisco, enfurecido porque varios conductores habían sido arrestados, envió a un tipo que actuara como una especie de asesor. El trabajo del asesor era acompañar a los conductores en su itinerario y sugerir maneras de evitar ser arrestados. Los agentes también lo detuvieron.

El dolor del alma de un progenitor

Ohio

Mientras intentaba trazar la expansión de la epidemia de opiáceos, me di cuenta de algo: aparte de adictos y traficantes, la mayoría de las personas con las que hablaba eran funcionarios gubernamentales.

Estos eran los únicos a los que veía luchar contra este azote. Durante los treinta años anteriores, hemos visto la demonización del Gobierno y la exaltación del libre mercado en Estados Unidos. Sin embargo, aquí hay una historia donde la batalla contra los peores efectos del libre mercado estaba siendo librada principalmente por empleados públicos anónimos. Se trataba de policías locales como Dennis Chavez y Jes Sandoval, fiscales como Kathleen Bickers, agentes federales como Jim Kuykendall y Rock Stone, forenses como Terry Johnson, enfermeros comunitarios como Lisa Roberts, científicos de los Centros de Control de Enfermedades, jueces como Seth Norman, farmacéuticos estatales como Jaymie Mai y epidemiólogos como Jennifer Sabel y Ed Socie.

También podía ver que todos ellos se sentían frustrados. Sandoval, Bickers y Norman tenían limitaciones respecto a lo que podían conseguir mientras la gente siguiera sin hablar y cantidades tremebundas de pastillas salpicaran todo Estados Unidos y llevaran a la gente hasta la heroína.

Esa es la razón por la que, con el tiempo, puse el foco en las familias de aquellos que morían, en las personas que se levantaban para advertir a los demás. Estos defensores de la causa escaseaban. La mayoría de las familias de duelo se retiraban avergonzadas y nunca decían una palabra en público acerca de cómo su hijo había muerto en un hogar de transición con una jeringuilla en el brazo. Después de una década, con dieciséis mil sobredosis mortales de opiáceos al año, solo se había formado un puñado de grupos de padres para hacer algo respecto a esta crisis de la salud pública.

Las fuerzas de la mercadotecnia alineadas contra estos padres hacían de su cruzada un empeño quijotesco. Lo único que los capacitaba para la tarea era un dolor en el alma tan implacable como el dolor físico que los opiáceos que ahora se recetaban habitualmente debían aliviar. Sin embargo, nadie más hacía el trabajo, y llorar durante días abrazados a un álbum de fotos parecía una pérdida de tiempo.

Una de estas personas era Jo Anna Krohn, una mujer con el suave deje sureño tan común en Portsmouth (Ohio).

Cuando le eché una primera ojeada a Portsmouth (Ohio), me costó encontrar alguna razón para tener esperanza. Muchos edificios estaban abandonados. Muchas personas parecían aturdidas. Otras muchas vivían con una desalentadora baja por discapacidad. La ciudad parecía estar infestada de un pesimismo y una inercia que yo asociaba a las poblaciones mexicanas deprimidas, los lugares que aquellos con aspiraciones habían abandonado.

Me alegra haber vuelto porque, con el tiempo, debajo de esa fachada desgastada, Portsmouth me reveló otra cara. La epidemia de opiáceos empujó a la ciudad hasta profundidades inimaginables. Sin embargo, la ciudad donde se inventó la clínica de distribución de pastillas ilegales, donde había arraigado una economía del OxyContin y el Walmart, una ciudad atacada ferozmente por la economía durante treinta años —que había guiado al país hasta la epidemia de opiáceos y que estaba hundida y olvidada— se negaba a darse por vencida.

A mí me encanta una buena historia de desamparados. Esta en particular parecía ser tan estadounidense que era estimulante. Mientras buscaba señales de cómo la epidemia de opiáceos había transformado al país, me di cuenta de que volvía a un lugar —una media docena de veces—: a Portsmouth (Ohio).

Y allí es donde conocí a Jo Anna.

Unos cuantos años antes, el 22 de abril de 2008, Jo Anna estaba sentada junto a la cama de hospital donde se ponía punto y final a lo que, en su opinión, había sido un rápido camino de descenso. En la cama, con tubos saliendo de su cuerpo, yacía Wesley, su hijo comatoso de dieciocho años.

Jo Anna, madre de cinco hijos y maestra sustituta, rezaba junto a su amiga de la infancia, Karrie. Las dos mujeres habían crecido en granjas vecinas a las afueras de Portsmouth.

Fragmentos de la vida de Wes aparecían ante Jo Anna mientras lloraba y rezaba un poco más. Cuando vivía con su padre, Wes había comenzado a fumar hierba con trece años; a los catorce dio el salto a las pastillas que estaban por doquier en Portsmouth. Jugaba al fútbol americano y era guapo. Era defensa y un golpeador duro y, por ello, popular. De manera que muchas de las cosas que hacía se le perdonaban y él se acostumbró a ello. Los jugadores de fútbol americano abundaban entre los nuevos adictos rurales a los opiáceos. Algunos se engancharon cuando se las recetaron a raíz de alguna lesión. Otros, como Wes, las consumían de fiesta.

Durante su último curso de instituto, en 2008, cuando era la estrella del instituto de Portsmouth en el campo, Wes cometió un delito menor que lo dejó con antecedentes. Vendía Oxy en casa de su padre. Para protegerse, compró una pistola. Una noche, cinco semanas antes de la graduación, estaba colocado y de fiesta en el sótano de su padre con chavales más jóvenes. Para hacer la broma, Wes se apuntó a la cabeza con la pistola y apretó el gatillo. Aguantó con soporte vital treinta y seis horas. Ochocientas personas asistieron a su funeral. La familia puso *Angel* , de la cantante Sarah McLachlan. Su muerte ocupó la portada del *Daily Times* durante cuatro días seguidos. Cinco de sus órganos fueron donados.

Wes no fue el primer chico de Portsmouth en morir. La canción que McLachlan había escrito sobre un yonqui cuya vida se le escapa en un «hotel oscuro y frío» [7] se estaba convirtiendo en un clásico en los funerales de jóvenes, la banda sonora de la creciente epidemia de opiáceos en Portsmouth. Sin embargo, las avergonzadas familias amortajaban las muertes de sus hijos con una neblina de eufemismos y mentiras aceptables. Una pareja a la que Jo Anna conocía afirmaba que su hijo había muerto de un ataque al corazón, cuando todos sabían que era su consumo de drogas lo que había causado el infarto. Cuando la sumabas a todo lo demás que había ocurrido en Portsmouth, esta verdad resultaba demasiado dolorosa. Como sucedía en los primeros días de la epidemia del sida, el diario se cuidaba de no revelar demasiado acerca de estas muertes.

La de Wes no fue diferente al principio. Murió de un disparo. El diario nunca dijo que estaba colocado de OxyContin, que llevaba años consumiendo de vez en cuando, que vendía pastillas, que habían entrado a robar en su casa dos veces y que le había comprado la pistola a un criminal convicto para protegerse de los ladrones.

Esa era la historia completa y la que Jo Anna Krohn, sentada junto a su hijo, decidió contar.

«Iba a ser honesta —me dijo cuando la conocí unos cuantos años después—. No iba a intentar esconder lo que había pasado. Si la contaba lo suficiente, tal vez otra familia nunca tendría que verse en mi lugar».

Un año después de la muerte de Wes, un instituto la invitó para que hablara. Les contó a los jóvenes la historia completa. Otro instituto la invitó. Llevó fotos de Wes a un pleno del ayuntamiento, las enseñó y contó lo que había que contar.

Los jóvenes morían por todo Portsmouth. Poco después, madres de duelo se acercaron a ella. Parecía que estaban esperando a que otra persona empezara a hablar. Pusieron fotografías de sus hijos muertos en un edificio abandonado del centro. Aquello le puso cara finalmente a la maldición que no se nombraba de la ciudad. Las familias de los jóvenes muertos encontraron la libertad para hablar públicamente.

Hizo falta una década, pero la primera voz alzada por un progenitor fue la de Jo Anna Krohn cuando iba por los institutos en 2009 para contarles a los jóvenes por qué había muerto Wes. Ella formó SOLACE, un grupo para padres que lloraban la muerte de un hijo a causa de los opiáceos. SOLACE se convirtió en la primera organización antidroga formada por padres en surgir de la zona cero de la epidemia de opiáceos.

Cuando Jo Anna y otras madres aparecieron en la conferencia de prensa de un fiscal general vistiendo camisetas verdes de SOLACE, los medios prestaron atención. Jo Anna comenzó a recibir llamadas de otros condados. Se dio cuenta entonces de que los jóvenes morían por todo Ohio. Nadie había hablado de ello. Jo Anna dejó su empleo de maestra sustituta. SOLACE era su única ocupación. Se formaron divisiones de SOLACE en dieciséis condados. Acudió a hablar a los condados de Brown y Knox, a Chillicothe, Ironton…, a todos lados excepto al instituto donde estudiaba Wes, que ahora ofrecía una beca con su nombre. El instituto nunca se decidió a invitar a Jo Anna.

Un día, mientras esperaba para dar un discurso con su amiga Karrie, se sintió sobrepasada. Karrie y ella habían crecido haciendo las tareas de casa y bañándose en el estanque local; cuando eran adolescentes, se bebían alguna cerveza a escondidas de vez en cuando. Salían en citas dobles y se imaginaban casándose y criando a sus hijos.

Ahora, en la cincuentena, las dos mujeres tenían un hijo muerto a causa de un disparo relacionado con drogas; el hijo de Karrie, Kent, había sido asesinado en el año 2000. Las dos mujeres tenían otro hijo que estaba enganchado. El mayor de Jo Anna vivía en una casa móvil sin agua corriente. El segundo hijo de Karrie había estado en la cárcel tres veces, y ella tenía un trastorno de estrés postraumático provocado por los trece años que llevaba lidiando con las adicciones de sus dos hijos. Las mujeres habían encontrado en una ocasión al hijo de Karrie chutándose en el lavabo de un KFC.

¿Qué había sido del sueño americano de su juventud?, se preguntaba Jo Anna. «Solíamos cazar serpientes en el arroyo —le dijo a su amiga—. ¿Quién nos iba a decir que estaríamos aquí juntas?».

Busqué a Jo Anna Krohn porque no podía recordar ningún azote de drogas incitado con tanta habilidad por el silencio.

La cocaína de principios de los años ochenta llegó con colombianos que se acribillaban a balazos en los centros comerciales de Miami, de modo que elevaron la tasa de asesinatos y exacerbaron al público. En mi primera semana como periodista criminalista en Stockton (California) en 1989, iba caminando por una calle repleta de camellos que vendían *crack* . Cuando abrí la puerta principal de una casa ruinosa, los yonquis de *crack* salieron pitando como cucarachas. Llegaron los Bloods y los Crips y se pusieron a guerrear por Stockton. Uno de sus tiroteos desde un coche dejó a un bebé paralítico; a menudo me pregunto qué le pasó a aquella niña, que ahora rondará los veinticinco años.

Después, llegó la metanfetamina, cocinada en laboratorios que explotaban. El cristal dejaba a los consumidores costrosos y espasmódicos.

Nada de este infortunio, violencia y furia acompañó a la molécula de la morfina cuando barría Estados Unidos. Mientras los opiáceos mataban silenciosamente a cantidades nunca vistas de jóvenes, era como si la molécula de la morfina narcotizara también al público. Que comenzara en zonas del país que no tienen voz —los Apalaches y las zonas rurales de Estados Unidos— ayudó a mantenerlo en silencio al principio. Ser capaz siquiera de ver la plaga requería examinar datos confusos e incompletos. Una generación de forenses había crecido sin la costumbre de declarar defunciones por sobredosis de drogas. Los matices de si una persona había muerto por culpa de un opiáceo y, de ser así, determinar si se trataba de

oxicodona, hidrocodona, metadona o heroína no siempre quedaba registrado.

La ubicación distintiva del azote de esta droga, además, no era las casas de *crack* abarrotadas y públicas. Los jóvenes consumían, por el contrario, en la privacidad de su habitación de barrio residencial o en el coche: los productos de la prosperidad estadounidense. La habitación era el santuario del adicto, el templo para la abstracción del mundo exterior que la droga provoca, su particular tierra de sueños, aunque fuera lo contrario de la legendaria piscina comunitaria de Portsmouth, donde los jóvenes crecían en público y bajo cientos de miradas. Todos los chavales de clase media de barrio residencial tenían su propia habitación, y los nuevos adictos se retiraban a ella para colocarse y morir.

«Vivíamos en nuestra habitación —me dijo una mujer en recuperación—. Podías tener una casa grande, enorme, pero te encerrabas tras aquella puerta, aislada. Con todas las personas con las que me coloqué lo hice siempre en su habitación. Te daba privacidad. No vengas a llamar a la puerta de mi habitación».

La mayoría de los jóvenes tenían también coche, que, combinado con las pastillas o la heroína, era tan destructivo como aquellas habitaciones. Sus devotos padres les daban esos coches, necesarios para moverse por aquellos barrios residenciales a prueba de peatones. Sin embargo, los jóvenes adictos los usaban además para encontrarse con los camellos. Sin las legiones de jóvenes de clase media con coche, el modelo de negocio de los Muchachos de Xalisco no funcionaba. En los coches, los chicos se chutaban, llevaban a sus amigos yonquis y escondían la droga. Cuando la confianza de los padres moría finalmente, los chicos vivían en aquellos coches, que se convirtieron en sus habitaciones privadas.

Mientras la adicción a la heroína y el OxyContin consumía a los hijos de la clase media blanca estadounidense, los padres ocultaban la verdad y luchaban contra la plaga solos. Guardaban silencio. Los amigos y vecinos que sabían la verdad los evitaban. «Cuando tu hijo se está muriendo a causa de un tumor cerebral o leucemia, toda la comunidad aparece —me dijo la madre de dos adictos—. Traen cazuelas de comida, rezan por ti, te mandan tarjetas. Cuando tu hijo consume heroína, no tienes noticias de nadie hasta que muere. Entonces, aparecen todos y no saben qué decir».

Aquellos padres cometían errores que podían evitar, y cuando un hijo moría o iba a rehabilitación por cuarta vez, volvían a ocultar la verdad, al

creerse solos, que era como estaban en realidad mientras permanecieran en silencio. Esta mentira generalizada se tragaba fácilmente. A menudo, yacía sepultada bajo jardines exuberantes, coches SUV lustrosos y las habitaciones de sus hijos, a los que no les faltaba de nada.

Era más fácil de tragar, además, porque algunos de estos nuevos adictos eran atletas de instituto, la carismática juventud de oro de estas poblaciones. Los atletas abrían la puerta a otros estudiantes que se imaginaban que si era guay que los deportistas tomaran pastillas, no podían ser tan malas.

Uno de los adictos a quien conocí fue a Carter, procedente de una de las comunidades más ricas de California e hijo de banquero.

Carter había sido una estrella escolar del baloncesto y el béisbol. Al no hacer ningún descanso de la actividad deportiva durante el año, batallaba con lesiones que nunca sanaban. Un doctor le recetó Vicodin sin advertirle sobre el contenido de la pastilla o aconsejarle sobre cómo tomarla.

Los deportes eran los reyes en la ciudad de Carter, un lugar de mansiones esplendorosas. No obstante, él no tenía ninguna sensación de que la educación fuera valiosa a la hora de proporcionarle elecciones en la vida, ni mucho menos de que fuera valiosa por el mero amor a aprender. El futuro de estos jóvenes estaba asegurado, de modo que lo que importaba era el deporte. Los padres presumían ante sus amigos acerca de las proezas atléticas de los hijos para después regañarlos por un partido mediocre y exigirles más sacrificio. Lo que escuchaban de los directores deportivos, los padres y los maestros era: «Necesitas sacar nota para poder jugar. Ese era el rollo que nos transmitían», me contaba Carter.

Esto lo vi a menudo. Muchos nuevos adictos atletas no venían de las poblaciones pobres donde los deportes podían ser un billete de salida para unos pocos con suerte. Los lugares donde la adicción a los opiáceos se asentó con firmeza eran a menudo lugares de clase media y alta. Los padres eran cirujanos, desarrolladores y abogados que se lo daban todo a sus hijos. Aun así, los deportes eran tan narcóticos para estas comunidades como lo eran en cualquier gueto. El amor por aprender parecía estar ausente, mientras que la sala de pesas de la escuela era una estancia palaciega donde los analgésicos eran, en muchos casos, algo común que se mantenía en silencio. Justo cuando los opiáceos dotaban a los doctores de una solución para los pacientes con dolor crónico, el Vicodin y el Percocet dotaban a los entrenadores de la herramienta definitiva para devolver a los jóvenes al terreno de juego.

El entrenador de Carter le contaba historias de jugadores anteriores antes de que este engullera Vicodin en el momento previo a entrenamientos y partidos. «En mi ciudad, las gradas estaban siempre llenas y querías ser el héroe. Así que piensas: “No puedo parecer débil. Tengo que esforzarme”. Tenía pequeñas lesiones a las que los entrenadores no prestaban ninguna atención. Yo me enseñé a mí mismo a no prestar atención a ninguna lesión».

La mayoría de los atletas de todos los equipos en los que jugó Carter consumían pastillas, ya fuera para las lesiones o para divertirse. Poco después, Carter estaba enganchado al Vicodin y, más tarde, al OxyContin. A partir de ahí, y ya como estudiante atleta de una universidad de la división I, comenzó a consumir heroína.

Yo iba a visitar a los jugadores de fútbol porque eran símbolos de esta epidemia estadounidense. Su estatus elevado en el campus hacía que a algunos no les afectaran las consecuencias. A Carter lo pillaron vendiendo pastillas y le dijeron que no lo volviera a hacer. Por encima de todo, los jugadores sentían dolor constantemente y se esperaba de ellos que jugaran con él. Si los opiáceos eran ahora para el dolor crónico, bueno, los jugadores de fútbol soportaban más dolor crónico que la mayoría. El cuello, los muslos y los tobillos dolían durante toda la temporada.

Medicar las lesiones para que los deportistas jugaran a pesar del dolor no era nada nuevo. Sin embargo, cuando la oxicodona y la hidrocodona se volvían el tratamiento al que recurrir para el dolor crónico, los deportes organizados —y el fútbol en particular— se presentaron como una puerta a la adicción a los opiáceos en muchas escuelas. En consecuencia, con la epidemia surgió la figura del jugador de fútbol adicto a la heroína. Sin embargo, ni que decir tiene que la mayoría no quería hablar mucho de ello.

Para 2008, cuando el hijo de Jo Anna murió, este tipo de engaño había sido aceptado durante casi una década en lugares como Salt Lake, Albuquerque, Charlotte, Mineápolis y otras ciudades que habían sido durante la misma década las adalides y beneficiarias del mayor auge de gasto consumista en la historia de Estados Unidos. No obstante, era en la derrotada Portsmouth (Ohio) donde una madre, y ni de lejos la más rica de la ciudad, tuvo las agallas de admitir la verdad y decir algo al respecto.

Al otro lado de Portsmouth, en el Centro de Orientación, Ed Hughes pensaba que el silencio desempeñaba un papel enorme en esta historia.

Los opiáceos habían acabado con los planes de consolidar las funciones del centro y concentrarse en mejorar el funcionamiento interno que Hughes había trazado a mediados de los años noventa. El centro había abierto años antes en una pequeña casa y, hacia 1992, comenzó a ofrecer tratamiento residencial con dieciséis camas. Cuando conocí a Hughes, el Centro de Orientación contaba con ciento cincuenta camas, una lista de espera enorme, un personal de cerca de doscientas personas y acababa de trasladar su centro ambulatorio a una escuela abandonada de tres plantas; todo a causa de la marabunta de nuevos adictos a los opiáceos. «Nunca habíamos visto nada ir tan rápido», me dijo Hughes.

Quince años después, Ed Hughes aún esperaba a que el arco de clientes enganchados se estancara y comenzara a descender.

Los jóvenes acudían al centro desde todos los rincones de Ohio. Muchos, decía, habían crecido mimados, aburridos y sin preparación para enfrentarse a los peligros y las dificultades de la vida. Habían crecido en medio del auge consumista que había comenzado a mediados de los años noventa. La educación parental también estaba cambiando entonces, en opinión de Hughes. El síndrome del niño rico mimado se colaba en la clase media estadounidense. Los padres protegían a los críos de las complicaciones y las adversidades, mientras que los elogiaban por logros menores y tenían menos tiempo para ellos.

Según Hughes: «Solo hay un modo de desarrollar sentimiento de autoestima: mediante los logros. Tienes muchos hijos que lo tienen todo y son guapos, pero carecen de autoestima. Miras a los veinteañeros y tienen un coche bonito, dinero para gastar, un móvil, una televisión con pantalla grande… Yo les pregunto: “¿De dónde coño sacas todo eso? Si eres estudiante”. “Mi madre y mi padre me lo han dado”. Y a eso le sumas la adicción a los opiáceos —continúa con una mueca de dolor—. El otro elemento imprescindible es el cerebro de un quinceañero».

Hughes veía esto todo el rato: drogadictos adultos incapaces de tomar decisiones maduras. Esto ocurría porque los opiáceos impedían el desarrollo de la parte del cerebro que controla la elección racional.

«Tenemos a personas de veinticinco a treinta años enganchadas a los opiáceos que se comportan como si tuvieran quince. Su comportamiento y el modo en que funcionan sus cerebros son los de un adolescente —decía —. Es como si la droga hubiera entrado ahí y saturado la química cerebral de manera que la parte frontal no se desarrolla. La parte frontal debe

desarrollarse a base de errores. Sin embargo, la primera reacción de la persona adicta es acudir a la familia: “¿Me rescatas?”. No hay aprendizaje sea lo que sea aquello de lo que se le rescata. No hay experiencia, no hay desarrollo del lóbulo frontal. Les va bien, y entonces se les mete alguna idea en la cabeza y se vienen abajo. Puede que consumir no sea una elección. La mayoría de las recaídas no vienen del ansia por consumir la droga. Vienen de este nivel diferente de falta de control, de ponerse ante situaciones comprometidas o de no ser honestos, ser perezosos…, en definitiva, de comportarse como si tuvieran quince años».

Hughes conocía a familias tan enganchadas a rescatar a sus hijos como estos lo estaban a la droga. Esto era también una epidemia, creía Hughes: «Tengo gente de cuarenta años que actúa como si tuviera veinte porque su familia está muy atrapada en rescatarlos. Los padres les dan un lugar donde vivir, dinero, se encargan de las cosas, se preocupan por ellos y me llaman para intentar que reciban tratamiento. Intento decirles a los padres que es muy importante decir no, pero hay que decir no mucho antes, cuando son jóvenes».

* * *

La mayoría de estos padres eran producto, como yo mismo, de los años setenta, cuando la heroína se consideraba la droga más abominable y con peor reputación. ¿Cómo les iban a contar ahora a los vecinos que su hija, a la que se lo habían dado todo, era una prostituta muerta mientras se pinchaba en un coche aparcado a las puertas del Burger King? Avergonzados y horrorizados por el estigma, muchos no podían hacerlo, y no lo hacían.

El consumo de opiáceos en medicina había perdido el estigma gracias a los doctores defensores de la causa. Pero no había cruzados prestigiosos para quitarle el estigma a la reciente adicción a los opiáceos. Esa tarea recaía en los padres de los chicos muertos y en unos cuantos individuos con talento para la acción política de guerrilla, que es como describiría a Brad Belcher.

A Brad lo visité porque una noche le había dado una patada al *statu quo* desde su ciudad natal de Marion (Ohio).

Al igual que Portsmouth, Marion había sido un hervidero de vida en un momento dado. Las excavadoras que se construían en Marion habían

ayudado a cavar el canal de Panamá. Sin embargo, aquellos días y aquellos trabajos se habían marchado. La inercia sustituía al optimismo. Después de décadas de declive, cientos de jóvenes de Marion se habían enganchado a los analgésicos y habían hecho la transición a la heroína. La Cámara de Comercio elaboraba eslóganes a la desesperada: «El corazón de Marion. Mira cómo crecemos».

Un observador casual podría empatizar con las autoridades municipales de Marion. Como tantas poblaciones del Medio Oeste, Marion estaba afligida a causa de fuerzas que eran impresionantes e invisibles. Una recesión prolongada y el goteo constante de empleos que desaparecen habían golpeado a la población. Muchas personas con aspiraciones se marcharon, al igual que cualquier impulso de buscar nuevas maneras de atacar los problemas a los que se enfrentaba la ciudad, en opinión de Belcher.

Si contabas todos los robos, el tráfico de drogas, los procesos judiciales, las hospitalizaciones, los empeños, la prisión y la gente en la cárcel, a Belcher le parecía que la heroína gobernaba la ciudad. Sin embargo, daba la impresión de que la policía nunca hacía arrestos relacionados con la heroína. Los diarios nunca la mencionaban.

Belcher, de veintiocho años, con el pelo tan entrecortado como su manera de hablar, es un drogadicto en recuperación. Sus cinco años de sobriedad le proporcionan el tipo de energía común a muchos en su situación, y la apatía de Marion le irritaba.

Una noche se le ocurrió conectarse a Internet y comprar ochocientos carteles grandes y negros con letras blancas donde se proclamara el siguiente mensaje insurgente: «La heroína es la economía de Marion». Llegaron una semana más tarde. A altas horas de una noche neblinosa, Belcher enganchó carteles por todo Marion: en campos de maíz, cerca de la prisión, a la salida de iglesias, junto a paradas de autobús, escuelas y en las calles de los mejores barrios. «Esperaba despertar algún tipo de conciencia, que la gente empezara a hablar sobre alguna posible solución —me dijo—. Está pasando en todos los hogares».

Cuando se disponía a colocarlos en el centro de la ciudad aquella noche, un agente, un ayudante del *sheriff* y un patrullero de la autopista lo pararon. Despertaron al fiscal de la ciudad. Las autoridades de Marion se movilizaron aquella noche para quitar los carteles de Belcher. Tan solo diez quedaban cuando Marion amaneció al día siguiente. Sin embargo, un

traficante puso fotos de los carteles en Facebook. Aquello creó el efecto que Brad Belcher buscaba.

Los carteles se convirtieron en la comidilla de Marion. Llegaron los reporteros de televisión. Las autoridades locales se reunieron en un pleno. La policía comenzó a hacer arrestos relacionados con la heroína y los diarios, a informar sobre ellos. Hubo una marcha hasta el ayuntamiento. Ni que decir tiene que nada de esto resolvió el problema, pero consiguió que la gente empezara a hablar, lo cual Belcher interpretó como un comienzo.

Otra persona a la que vi romper el silencio que rodeaba a los opiáceos fue Wayne Campbell, un tipo de pecho fornido con la personalidad propia del entrenador de fútbol que era a media jornada.

Alrededor de un año después de que Jo Anna Krohn, de Portsmouth (Ohio), se convirtiera probablemente en el primer progenitor del país en levantar la voz y organizarse en respuesta a la epidemia de opiáceos, Wayne Campbell siguió su ejemplo en el barrio residencial de Pickerington (Columbus).

Al igual que el hijo de Jo Anna, el mayor de Wayne, Tyler, había sido jugador de fútbol americano. Ocupaba la posición de profundo en el equipo de la Universidad Akron Zips, de la división I . En 2009, la escuela abrió un estadio de fútbol con treinta mil asientos, un monumento al papel de las corporaciones de Estados Unidos en el deporte. El estadio InfoCision, de 61 millones de dólares y que lleva el nombre de una compañía que opera con centros de llamadas, también cuenta con un campo llamado Summa Health System, un hospital sin ánimo de lucro; una sala club que recibe su nombre de la FirstMeritCorporation, y una sala de prensa llamada como una cooperativa de crédito local. Si la universidad de la división I necesitaba un buen año para su equipo, era el 2009. En cambio, el equipo se desintegró ante la presión por ganar y el peso de las pastillas.

El mariscal de campo estrella de los Zips aquel año, Chris Jacquemain, se enganchó al OxyContin después de dislocarse un hombro. Comenzó a robar y lo expulsaron del equipo al principio de la temporada; poco después, dejó la escuela. La vida de Jacquemain cayó en picado. Murió de una sobredosis de heroína dos años después.

Algo parecido le sucedió al hijo de Wayne. A Tyler Campbell, que jugaba sin estar fichado en la posición de profundo y era dispuesto y agresivo, le recetaron sesenta pastillas de Percocet tras una operación en el hombro al finalizar la temporada 2008. No le dieron ningún tipo de instrucciones sobre

el fármaco ni cómo tomarlo. Tampoco estaba claro que necesitara tantas pastillas para recuperarse de la operación. Los doctores le dijeron a Wayne que se trataba de la receta posquirúrgica habitual. A Wayne le dio la sensación de que los doctores no querían que los pacientes volvieran enseguida, de manera que recetaban en exceso. Pensó que eso era parte del problema.

Wayne habló tiempo después con Jeremy Bruce, que jugaba de ala abierta en el equipo, el cual le proporcionó una visión rápida del equipo que se revelaba aquel año. Según Bruce, los preparadores y entrenadores sentían la presión de poner en el campo a un equipo ganador mientras la escuela presentaba el nuevo estadio. Tras los partidos, algunos de los preparadores sacaban un bote grande y repartían pastillas de oxicodona e hidrocodona (hasta doce por jugador). Más tarde, durante la semana, un doctor les recetaba analgésicos opiáceos a los jugadores y enviaba a los estudiantes asistentes a buscarlos a la farmacia. «Estuve tomando analgésicos toda la temporada: hidrocodona u oxicodona. Me daban narcóticos después de todos los partidos y no quedaba registrado. Es como si repartieran caramelos», me contó Bruce.

Un problema al que, según Bruce, se enfrentaba el equipo era el descenso abrupto de talentos del equipo titular al equipo suplente. A medida que los jugadores del equipo titular se lesionaban y los del suplente no podían ocupar sus posiciones: «Se producía un efecto bola de nieve por culpa de la presión y el estrés por devolver a los jugadores titulares al terreno de juego. Yo creo que ahí es donde los narcóticos entraron en juego y por lo que se repartían con tanta facilidad: el estrés y la presión por ganar ya».

J. D. Brookhart, el primer entrenador del equipo aquel año, decía que no sabía nada del alcance de la dependencia a los opiáceos en el equipo que Bruce describe: «Ese no era el caso, que supiéramos —decía—. Para nada creo que fuera algo que alguien pensara que iba en aumento, al menos no en el nivel en el que yo estaba. No es como si los preparadores y los entrenadores tuvieran autorización para recetar pastillas. Estas pastillas las pedían los doctores».

Las lesiones fueron el asunto prioritario del equipo aquella temporada, me contó Brookhart en su casa de Texas, a donde se había retirado al jubilarse como entrenador; ahora trabajaba para una organización cristiana sin ánimo de lucro. Unos veinticuatro jugadores se habían perdido al menos ocho

partidos cada uno ese año debido a las lesiones; esto incluía a dos de los tres sustitutos de Jacquemain, según me contó.

Hacia el final de la temporada 2009, los Akron Zips eran un equipo de póster de la epidemia de opiáceos en Estados Unidos. No solo se expulsó a Jacquemain por temas relacionados con su adicción, a medida que la temporada transcurría y las lesiones se acumulaban: «Diría que entre quince y diecisiete chicos tenían un problema. Parece que la mayoría de los que tenían un problema de adicción tenían un gran problema también con las lesiones», contaba Bruce.

Hacia el final de la temporada, decía, los jugadores habían aprendido a pinchar a los compañeros que acababan de pasar por una operación, a sabiendas de que tendrían frascos llenos de pastillas. Mientras tanto, un camello de fuera del campus les vendía a los jugadores, a los que visitaba a veces antes de los entrenamientos para adelantarles las pastillas, que pagaban con el dinero del alquiler mensual o el dinero para comer que incluían sus becas.

Los Zips de 2009 inauguraron el nuevo estadio de la escuela con tan solo tres victorias ese año. Los entrenadores fueron despedidos al final de la temporada. Sin embargo, los efectos de esta continuaron.

Entre las debilidades del equipo aquel año estaba el tamaño de la defensa. En general, tanto su línea defensiva como el grupo de apoyadores eran pequeños. También lo era el grupo de esquineros, que podían cubrir bien a los receptores, pero no podían ayudar mucho a parar el ataque de la ofensiva.

La falta de personal de defensa en el equipo se sentía especialmente en una posición: la de profundo, que era la que ocupaba Tyler Campbell. Los corredores tenían que atravesar a menudo la línea de defensa y a los apoyadores; mientras que, con demasiada frecuencia, les tocaba a los profundos hacer placajes. Cuando jugaban contra un equipo atroz de Wisconsin en el que fue el primer partido de la temporada 2008, Tyler, que ahora tenía una beca y comenzaba su primer partido como universitario, se convirtió en el líder nacional de placajes durante una semana al hacer dieciocho; una hazaña que los entrenadores atribuyeron al trabajo duro y la perseverancia.

Su estadística, sin embargo, enfatizaba las debilidades del equipo. «Cuando un profundo hace tantos placajes —decía Bruce— es que hay un

serio problema. Los corredores del equipo contrario no deberían llegar a la línea secundaria tantas veces».

Más adelante en la temporada, Tyler se lesionó el hombro. Su cuerpo no llegó a recuperarse del todo y, al final de la temporada, lo operaron. En el momento de la cirugía, una tormenta de nieve golpeó Ohio y sus padres no pudieron estar con él en Akron para asegurarse de que tomara las pastillas correctamente. Los doctores del equipo no pudieron darle a Wayne ningún informe de lo que le daban a Tyler después de los partidos, pero aquellas primeras sesenta pastillas de Percocet posquirúrgicas tras la temporada 2008 parecen ser las que desencadenaron su adicción. Cuando llegó la siguiente temporada, y sin que lo supiera nadie de su entorno, Tyler se había pasado al OxyContin.

La temporada 2009 fue irregular para Tyler. Jugó once partidos, pero solo hizo treinta y un placajes; se volvió reservado y distante, cosa que sus compañeros de equipo y familia atribuyeron a su rendimiento en el campo. En la primavera de 2010, enviaron a casa a Tyler, cuyas notas caían y cuyo comportamiento era el de una persona malhumorada. Durante el año siguiente, pasó dos veces por rehabilitación y recayó otras tantas. En algún momento, se pasó a la heroína.

En junio de 2011, sus padres lo llevaron a un costoso centro de rehabilitación de Cleveland. Treinta días después, fue a casa con su madre ya limpio, optimista y con el deseo de hacerse orientador. A la mañana siguiente, su madre se lo encontró muerto en su habitación de una sobredosis de heroína de alquitrán negro procedente de Columbus que probablemente había escondido en la habitación antes de acudir a rehabilitación, opina Wayne.

La familia de Tyler, que tenía una reputación sólida en Pickerington, había mantenido su adicción en secreto. Sin embargo, cuando murió Tyler, Wayne le dijo a su esposa: «Vamos a hablar sin tapujos, a salir ahí fuera y ser honestos».

Los Campbell encargaron trescientas pulseras para el funeral con el mensaje: «Di no por T. C.». En el obituario se urgía a los dolientes a donar dinero a un grupo de prevención de la drogadicción. Mil quinientas personas asistieron al homenaje. A Wayne le asombró cuántas personas le murmuraban al oído cuando se acercaban a darle las condolencias: «Tenemos el mismo problema en casa».

Dos semanas más tarde, Wayne se reunió con padres que querían hacer algo en memoria de su hijo. Conocía a algunos de ellos, pero allí se enteró de que varios también tenían hijos con adicción. Aquello marcó un momento de lucidez para Wayne Campbell: «Cuando Tyler murió, se destapó algo —me dijo—. Pensábamos que era nuestro sucio secreto. Yo creía que era el único. Entonces, me di cuenta de que esto iba más allá de Tyler».

A raíz de aquello, nació una organización sin ánimo de lucro llamada Tyler's Light (Luz de Tyler). Para cuando me encontré con Wayne Campbell, Tyler's Light ya se había convertido en el trabajo de su vida, del mismo modo en que Jo Anna Krohn estaba ahora dedicada a SOLACE. Wayne daba a menudo charlas sobre los opiáceos en los institutos, en las que mostraba un vídeo de adictos blancos de clase media, una de las cuales era hija de un juez.

Wayne invitó a otros a unirse a él. Entre ellos se encontraba Gary Cameron, comandante de la unidad antidroga del Departamento de Policía de Columbus. El equipo de Cameron luchaba contra las redes de heroína de Xalisco que pululaban por Columbus mientras que su hijastro, según contaba él en auditorios llenos de alumnos de instituto, estaba enganchado a la heroína.

Cameron consideraba que los Muchachos de Xalisco eran una nueva vanguardia en materia de narcóticos y que se parecían más a células terroristas aisladas que a organizaciones tradicionales de narcotraficantes. Se había dado cuenta de que la mayoría de los conductores no sabían mucho de la droga que vendían. Vivían aislados en apartamentos pequeños. Ningún arresto frenaba a estas células. Demasiados jóvenes estadounidenses estaban ahora enganchados a los opiáceos, y ni ellos ni sus padres tenían mucha idea de a qué se enfrentaban. De manera que, en la época de los Muchachos de Xalisco, Gary Cameron veía la educación como trabajo policial fundamentalmente.

«Enseguida hablábamos de los problemas asociados con el *crack* —me dijo Cameron un día después de la presentación de Tyler's Light—. Pero no hablamos nada de la adicción a la heroína».

Alrededor de un año después de que Wayne Campbell formara Tyler's Light, Paul Schoonover llamó para preguntar si él y su mujer, Ellen, podían ayudar de alguna forma. Habían pasado unos cuantos meses desde que Matt, el hijo de los Schoonover, muriera de una sobredosis de heroína de

alquitrán negro, el día después de acabar un tratamiento de rehabilitación de tres semanas.

Cuando me documentaba para esta historia, los Schoonover fueron de los primeros padres con los que me reuní en mi primer viaje a Columbus. La muerte de su hijo había sucedido con la epidemia ya avanzada; aun así, les pilló por sorpresa. Hasta la muerte de Matt, no sabían nada de ella.

Durante el funeral, Paul se puso en pie y les contó a cientos de asistentes la verdad sobre la muerte de Matt; habló sobre el consumo de pastillas, el OxyContin y, después, la heroína. Les contó cómo Matt, mientras todo esto sucedía, llevaba una vida normal de chico de barrio residencial, jugaba al tenis y al golf. La mayoría de sus amigos tenían objetivos y hacían planes. Matt tenía metas, pero le costaba llevarlas a cabo. No obstante, trabajaba y era parte de la familia. Nunca se vistió con desaliño y, a pesar de que se quedaba sin dinero rápidamente, nunca les robó a sus padres. La puerta de su habitación siempre estaba abierta. Nunca tuvo la pinta que sus padres se imaginaban que tenía un adicto. Sin embargo, parece que llevaba una doble vida todo el tiempo.

Más adelante, Ellen se preguntaba: «¿Acaso yo veía solo lo que quería? Es posible que así fuera».

Poco después de la muerte de Matt, Paul y Ellen Schoonover asistieron a la charla de un orador motivacional junto a un grupo de desayuno formado por parejas pudientes de clase media como ellos. Aquel día, el orador les pidió que se imaginaran una segunda mitad de sus vidas en las que hicieran algo más que simplemente disfrutar de lo que habían acumulado.

«La pregunta era: "¿Cómo te tomas esa segunda mitad de tu vida y haces algo significativo con ella?" —me dijo Paul cuando me reuní con la pareja en la oficina de su compañía de seguros en Columbus—. Es posible que muchas personas no lleguen a hacerse esa pregunta. Yo no sé si lo hubiera hecho. Nosotros sabíamos lo que íbamos a hacer».

La muerte de Matt los había llevado hasta allí. Los Schoonover se lo tomaron como una llamada. Tiempo atrás, habían considerado la adicción un fracaso moral; ahora entendían que se trataba de una aflicción física, de una enfermedad. Habían pensado que la rehabilitación curaría a su hijo. Ahora, veían que la recaída era inevitable y que dos años de tratamiento y abstinencia, seguidos de toda una vida de reuniones de algún programa de doce pasos, eran necesarios para recuperarse.

Tras dejar los opiáceos, Paul comentaba: «Son necesarios dos años para que los receptores de dopamina empiecen a funcionar naturalmente. Nadie nos había dicho eso. Pensábamos que estaba curado porque salía de rehabilitación. Los jóvenes no se curan. Son necesarios años de estar limpios hasta que sea probable —solo probable— que tengan una oportunidad. Es una batalla que dura toda la vida. Si lo hubiéramos sabido, no habríamos dejado a Matt solo aquellos primeros días tan vulnerables después de la rehabilitación. Lo dejamos ir solo aquella tarde a Narcóticos Anónimos (NA) en su primer día de rehabilitación. Llevaba ropa nueva y tenía buen aspecto. Más tarde, iría a jugar al golf con su amigo. En lugar de girar a la derecha e ir a la reunión, gira a la izquierda, compra drogas y muere. Cuando empiezas con las drogas, tu desarrollo emocional se queda atrofiado. Matt tenía veintiún años, pero tenía la madurez emocional de un adolescente. Las drogas te arrebatan esa habilidad de actuar con madurez emocional. La droga se convierte en tu dios».

La pregunta del orador aquel día motivó a los Schoonover a canalizar su duelo. Demasiados padres se encontraban tan perdidos como habían estado ellos, de manera que Paul llamó a Wayne Campbell con la esperanza de usar la historia de Matt para dar el toque de alarma y preparar a los padres para lo que se les venía encima.

«Había mucha maldad en todo esto —decía Ellen Schoonover—. Nosotros lo transformaremos en algo bueno. Podemos aceptarlo y darle un significado a la muerte de Matt».

[7] «In the arms of the angel / fly away from here / from this dark, cold hotel room…» (En brazos del ángel / vuela lejos de aquí / de esta habitación de hotel oscura y fría) son los primeros tres versos del estribillo de la canción compuesta e interpretada por la música canadiense Sarah McLachlan.

PARTE IV

Estados Unidos

Cinco años después de encontrarme de pie junto a aquella ribera del río Ohio en Huntington (Virginia Occidental), mientras me preguntaba en qué me estaba metiendo, las víctimas del azote de los opiáceos en Estados Unidos surgían de las sombras y el silencio. Ahora estaban por todos sitios y todos lo sabían. La heroína había viajado un largo trecho desde los bajos fondos de Nueva York y el *Yonqui* de William Burroughs. Se encontraba, como descubrí conforme se desvelaba mi historia, incluso en las exclusivas subdivisiones de azulejos pseudoespañoles de terracota y palmeras del sur de California, no muy lejos de donde vivía yo. Especialmente allí.

A una media hora de mi casa, la ciudad de Simi Valley agonizaba a causa de un aluvión de muertes por sobredosis de opiáceos, once en un año. Simi Valley, una ciudad conservadora y religiosa, ha sido a lo largo de muchos años un enclave para la policía. Muchos agentes del Departamento de Policía de Los Ángeles viven allí. El alcalde suplente de Simi es un agente de Los Ángeles. En consecuencia, Simi ha sido durante años una de las poblaciones más seguras de Estados Unidos. Según las estadísticas de crímenes, lo sigue siendo. No obstante, con las pastillas por todos sitios y la venta de heroína en los institutos, los jóvenes allí también morían ahora por culpa de las drogas. Los jóvenes de Simi abarrotaban la clínica de metadona. En las cercanas Thousand Oaks, Moorpark y Santa Clarita, la historia era similar.

Las bajas tasas de crimen y las altas cifras de sobredosis mortales eran el nuevo paradigma en Estados Unidos: una fachada de felicidad sobre una realidad ominosa.

«Llegamos a esta ciudad segura y hacemos todo lo que la sociedad nos pide que hagamos; y, aun así, aquí estamos, enterrando a nuestros hijos»,

me dijo Susan Klimusko, cuyo hijo, Austin, había muerto de una sobredosis de heroína.

Klimusko formó junto a otras personas de Simi una coalición para contraatacar llamada Not One More (Ni Uno Más), con el apoyo del ayuntamiento y los principales comerciantes de la población: Starbucks, California Pizza Kitchen, Home Depot y Subway entre otros.

No obstante, estos eran los tiempos en los que la heroína era aún invisible y se ocultaba convenientemente, al menos a aquellos que no eran yonquis o los padres de estos. Entonces, el domingo de la Super Bowl de 2014, Estados Unidos se despertó con la noticia de que uno de sus mejores actores había fallecido.

Philip Seymour Hoffman, de cuarenta y seis años, había sido hallado aquella mañana en su apartamento del Greenwich Village con una jeringuilla en el brazo y paquetes de heroína en polvo con el símbolo del as de espadas junto a su cadáver. Los análisis de sangre mostraron que en su sistema había heroína combinada con cocaína, anfetamina y benzodiacepina. El actor, ganador de un Óscar —y padre de tres hijos—, había acudido a un centro de rehabilitación durante diez días el mes de mayo anterior; a continuación, se declaró sobrio y reanudó una agenda de rodajes frenética. De la misma manera que la muerte de Rock Hudson treinta años antes había forzado al país a reconocer el sida, la muerte de Hoffman lo despertó ante la epidemia de opiáceos.

Durante los días siguientes, los medios de comunicación de costa a costa descubrieron que miles de personas morían. El abuso de heroína, insistían los noticiarios, se disparaba. Casi todos los nuevos adictos a la heroína se enganchaban primero a los analgésicos con receta. Esto no era nuevo, llevaba ocurriendo quince años. Y se trataba de algo que iba más allá de las drogas. Este azote estaba, en mi opinión, conectado con la combinación de grandes fuerzas: la economía y la mercadotecnia, la pobreza y la prosperidad. No obstante, era duro expresar esto en entrevistas de cuatro minutos, y gran parte de la información se perdía ante la celeridad de los medios por descubrir la nueva plaga. El fiscal general Eric Holder describió una «crisis de la salud pública urgente y en aumento», e instó a la policía y los paramédicos a llevar consigo naloxona, un antídoto eficaz para las sobredosis de opiáceos.

Para entonces, sin embargo, muchos aspectos de esta historia ya habían ido cambiando.

Dos décadas después del inicio de la revolución del dolor, había surgido la opinión general de que los opiáceos eran inútiles, incluso arriesgados, para algunas variedades de dolor crónico; entre ellos, el dolor de espalda, los dolores de cabeza y la fibromialgia. Algunas clínicas y doctores con los que hablé tenían una política contraria a su uso para esas enfermedades. Un sondeo de 2007 de estudios sobre el dolor de espalda y los opiáceos descubrió que las irregularidades en el consumo eran comunes entre los pacientes, y que el consumo anormal se daba en hasta el 24 por ciento de los casos. No quedaba claro, en opinión de los autores, que el efecto de los opiáceos en el dolor de espalda fuera a largo plazo.

Hacia finales de la década de 2000, ya era común que la gente pasara de consumir OxyContin de manera abusiva a engancharse a la heroína. Purdue Pharma lo reconocía y, en 2010, reformuló el OxyContin para incluir un disuasivo del consumo abusivo al hacer que la droga fuera más difícil de deshacer e inyectar. La intención era que engancharse al Oxy fuera más complicado. Lo consiguieron. Si la compañía hubiera hecho esto en 1996, nuestra historia podría haber sido diferente. Sin embargo, ahora había una población en aumento de adictos al OxyContin por toda la nación. Sin el Oxy, acudían en bandada a la heroína en números todavía mayores.

Los restaurantes de comida rápida desarrollaron un problema con la heroína. Por todo el país, la gente usaba sus convenientes lavabos para chutarse. Allí, encerrados en la intimidad de los baños, muchos sufrían sobredosis y morían. En Boston, el problema llegó a ser tan grave que la comisión de salud pública de la ciudad pidió a los empleados de los restaurantes que comprobaran los lavabos periódicamente, así como que recibieran formación sobre los indicios de sobredosis: la respiración ralentizada de una persona o los labios que se amoratan.

Ahora, había heroína en Alabama. También la había en Misisipi y el sur de Luisiana. Las poblaciones rurales de Indiana y Oregón estaban mal, al igual que el este de Idaho, Dakota del Norte y Wyoming. Virginia Occidental vio triplicarse las sobredosis mortales de heroína en cinco años; el condado de Cabell, donde se encuentra Huntington, registró su mayor cifra en 2012, con veintiséis personas que murieron por culpa de un exceso de heroína. Los medios locales del norte del estado de Nueva York y Mineápolis emitían largos reportajes sobre la heroína continuamente. El *Albuquerque Journal* informó sobre un crecimiento del 80 por ciento en el consumo de heroína en Nuevo México. El valle del río Ohio y Salt Lake

City nadaban en ella. La heroína estaba por doquier en New Hampshire y Vermont; el gobernador de este último dedicó su discurso sobre el estado del estado en 2014 por entero a la nueva plaga.

La heroína se había extendido a la mayoría de los rincones del país debido a que el nivel creciente de opiáceos los habían inundado primero. La historia recordaba al azote de la heroína un siglo antes, facilitado por los parches con receta de los médicos, la mayoría de los cuales tenían intenciones honestas. Los traficantes de droga llegaron después y se llevaron unos beneficios bastante menores de los que obtenían las compañías que manufacturaban las drogas legales que lo originaron todo. «Lo que en Vermont había comenzado como un problema de adicción al OxyContin y las drogas con receta ha crecido ahora hasta convertirse en una crisis de la heroína en toda regla», dijo el gobernador Shumlin.

Aquello que había hecho de Nueva York el mercado dominante de la heroína durante gran parte del siglo XX —el vasto número de adictos, la inmigración y su proximidad con países productores de adormidera— se aplicaba ahora a la mayor parte de Estados Unidos. Casi toda la heroína de la nación venía de México y, en consecuencia, pasaba a través del suroeste y se transportaba hasta Nueva York en lugar de llegar en barcos desde Asia. Ahora, Nueva York funcionaba más como un centro regional que como el punto de distribución central de heroína de la nación que antaño había sido.

La competencia creciente de las fuerzas de venta de la industria farmacéutica llegó a su fin. Pfizer, Merck y Lilly, entre otras, despidieron a miles de empleados. Una publicación sobre comercio en Estados Unidos sugería que 2014 —año en que los representantes de ventas habían bajado de 110.000 a 60.000 en toda la nación— podría ser el año en que los comerciales de las farmacéuticas comenzaban su verdadero descenso hacia la extinción. Las patentes de fármacos superventas habían caducado. La imagen de los comerciales por pasillos de hospitales y consultas médicas que arrinconaban a los doctores con la oportunidad de presentar, responder y cerrar el trato se restringiría muy probablemente, se lamentaba el artículo.

La competencia agresiva había dejado atrás demandas millonarias y procesos penales por publicidad engañosa y presentación engañosa de las marcas. Purdue no era ni mucho menos la única compañía en ser demandada. Su multa de 634,5 millones de dólares no tardó en quedarse pequeña. Pfizer pagó más de 3.000 millones de dólares en multas y sanciones jurídicas para llegar a un acuerdo en demandas que alegaban que

la compañía había incurrido, entre otras cosas, en la presentación y publicidad engañosa de varios fármacos. Esto incluye los 2.300 millones de dólares pagados en el acuerdo de una demanda criminal de 2009 donde se alegaba que la compañía había puesto a la venta de manera ilegal su analgésico superventas Bextra. La suma era la mayor multa penal de ningún tipo, a pesar de que no ascendía a más de tres semanas de las ventas de la compañía, según informaba *The New York Times* .

Algunas agencias habían moderado su entusiasmo inicial en lo que respectaba al tratamiento del dolor con opiáceos.

La JCAHO ahora promocionaba enfoques multidisciplinares respecto al dolor, entre los que se incluían un comportamiento más saludable, apoyo psicológico y medicación con fármacos no derivados del opio, junto con la educación de los pacientes en riesgo de adicción a los opiáceos. Presumiblemente, el Vicodin y fármacos similares ya no serían recetados sin una explicación sobre su contenido. La FDA ahora requería que las farmacéuticas formaran tanto a pacientes como a doctores en los riesgos de adicción que suponían los analgésicos opiáceos de liberación prolongada, una extensión de sentido común del movimiento de los derechos de los pacientes, aunque llegara inexplicablemente tarde.

Mientras tanto, la FDA cambió la categoría del Vicodin, que pasó de la clasificación III a la más restrictiva clasificación II . Asimismo, rechazó la aprobación de una forma genérica de oxicodona de liberación prolongada (un OxyContin sin marca). Sin embargo, aprobó el Zohydro, una pastilla de liberación prolongada similar al OxyContin que contenía cincuenta miligramos de hidrocodona por pastilla, aunque sin acetaminofén u otro compuesto que impida que pueda consumirse de forma abusiva. El propio comité asesor de la agencia formado por especialistas en dolor recomendó que no se aprobara el Zohydro, pero la recomendación fue rechazada.

A continuación, Purdue siguió con el anuncio de que la compañía no tardaría en pedir que la FDA aprobase su pastilla de hidrocodona de liberación prolongada, aunque esta incluiría un disuasivo del abuso. La FDA aprobó otro fármaco de Purdue, Targiniq ER, que combina oxicodona de liberación prolongada con naloxona, el antídoto a la sobredosis de opiáceos. Mientras tanto, las ventas de OxyContin seguían subiendo. La revista *Fortune* informó de que, durante los años que siguieron a la causa penal contra la compañía presentada por los fiscales de John Brownlee en

Abingdon (Virginia), Purdue vendía 3.100 millones de dólares del fármaco al año.

No obstante, durante la misma época, muchos doctores parecían evitar los analgésicos opiáceos con la misma energía con la que los habían abrazado unos años antes. Los pacientes que necesitaban verdaderamente tratar su dolor con dosis bajas de opiáceos tenían problemas a la hora de encontrar a alguien que se los recetara.

Los médicos de atención primaria seguían sin tener el tiempo, y muchos no contaban con la preparación, para tratar a pacientes con dolor crónico de manera eficaz. Eso no iba a cambiar. De hecho, menos estudiantes de Medicina se inclinaban por la atención primaria (les echaban para atrás la cantidad de horas, la paga modesta y la falta de respeto). Un estudio estimaba que el país necesitaría 52.000 médicos de atención primaria más para 2025.

Una crónica realizada por cuatro doctores e investigadores, y publicada en el *American Journal of Public Health* de septiembre de 2014, insistía: «Es difícil creer que el crecimiento paralelo de las recetas y los daños asociados son una mera correlación sin causación. Asimismo, es difícil creer que el problema se pueda atribuir únicamente a los pacientes que ya cuentan con trastornos de consumo de sustancias existentes. El uso médico adecuado de opioides con receta puede, en una proporción desconocida de casos, iniciar una progresión conducente al uso inadecuado y, en última instancia, a la adicción. […] Incluso si una exposición inicial no es suficiente para provocar adicción directamente, tal vez sea suficiente para desencadenar un consumo inadecuado inicial que pueda conducir finalmente a la adicción».

El dolor bien podría ayudar a menguar la euforia que provocan los opiáceos, tal y como habían defendido los cruzados del dolor; sin embargo, los autores hicieron notar lo poco que se sabía acerca del dolor y la adicción; ambos temas, enormemente complicados. La medicina carecía de las herramientas, decían en el artículo, para identificar qué personas corrían riesgo de adicción a los analgésicos opiáceos recetados adecuadamente. Tampoco había mucho conocimiento sobre cómo era posible, cuando se trata el dolor, equilibrar ese riesgo con los beneficios del alivio en pacientes que muestran signos de comenzar a abusar de estos fármacos. El poco conocimiento existente, además, no había llegado a la formación de las facultades de medicina; al menos no en el grado en que los cruzados del dolor, ayudados por las farmacéuticas, habían conseguido cambiar el

currículum de las facultades de medicina con pruebas seleccionadas de los beneficios de los analgésicos opiáceos, escribían los autores.

Tras más de una década en la que el dolor crónico se trataba con medicinas altamente adictivas, seguía sin haber intentos de implementar estudios sobre la combinación de dolor y adicción. Los especialistas en dolor y en adicción funcionaban en mundos diferentes. Daba la sensación de que no se conocían en el ámbito social. Visitaban a los mismos pacientes; un paciente con dolor ahora podía convertirse en adicto, después de todo. Sin embargo, no había conferencias donde compartieran ideas. Ninguna revista especializada combinaba ambas especialidades ni pude encontrar ningún estudio que intentara medir esta cuestión crucial: ¿cuántas personas se enganchaban a las pastillas que les recetaban?

Me sentía mal por los doctores: receta y te arriesgas a que un paciente se vuelva adicto; no recetes y un paciente podría tener que vivir con un dolor aniquilante. Las evaluaciones de los pacientes los presionaban. Era un campo de minas. No era de extrañar que tan pocos doctores se inclinaran por la atención primaria.

No obstante, las clínicas del dolor multidisciplinares vivían un renacimiento. Se había demostrado que el menú de servicios que ofrecían ayudaba a muchos pacientes con dolor crónico a lo largo del tiempo. Las agencias que tenían un interés financiero en la mejora a largo plazo de sus pacientes se volvían hacia ellas. La Administración de la Salud de los Veteranos, sobre todo, que promocionaba en su día la terapia con opiáceos para el dolor crónico, cambiaba de opinión: la idea del dolor como quinta constante vital ya no era incuestionable.

«Los opioides son una medicación eficaz contra el dolor. Funcionan. Sin embargo, una pastilla no es siempre la respuesta», afirmaba el doctor Gavin West, un importante clínico de la agencia.

Tras años de ver a tantos veteranos con dolor crónico bregar también con la adicción, la Administración abría clínicas del dolor multidisciplinares. Las clínicas ofrecían, entre otros servicios, fisioterapia, acupuntura, masajes y terapia en piscina; además de trabajadores sociales y terapeutas que ayudaran a los veteranos que sufrían dolor crónico a encontrar también trabajo, casa y soluciones a problemas conyugales. La Administración posee setenta de estas clínicas por todo el país en el momento en que escribo. Las cifras de pacientes suyos que toman altas dosis de opiáceos han disminuido significativamente. El objetivo era que los pacientes volvieran a

valerse por sí mismos: que fueran a trabajar y a los partidos de fútbol de sus hijos.

«Para hacer esas cosas, debes acercarte a los pacientes desde un enfoque holístico. No solo nos interesa desde el punto de vista económico, sino desde el ético también —decía West—. Aun así, somos afortunados. Contamos con la ventaja de una perspectiva de largo alcance. Muchos sistemas de seguros médicos no la tienen. Pagan solo aquello que ayuda a una persona durante un par de años. Lo que sucede a los diez años probablemente sea problema de la aseguradora siguiente. Si el incentivo económico es el de ver a un paciente durante diez minutos y pasarle la factura, no es un buen incentivo. La gente que puede ver la situación a largo plazo tiene ventaja a la hora de tratar al paciente holísticamente».

Las compañías de seguros en particular no han encontrado las mismas virtudes en la atención multidisciplinar. Sin embargo, la Administración se ha dado cuenta de que un enfoque más equilibrado respecto al dolor mejora las funciones de los pacientes a la vez que disminuye los costes de tratamiento a largo plazo. A fin de cuentas, los clientes estarán con ellos para siempre.

No conseguí hablar con Russell Portenoy, que declinó amablemente vía correo electrónico mi solicitud de una entrevista. No obstante, semanas antes, una entrevista sorprendentemente franca con él aparecía en un vídeo publicado por PROP: Médicos por la Prescripción Responsable de Opioides.

En el transcurso de la entrevista, Portenoy reconocía que, cuando instaba a hacer un uso más liberal de los opiáceos para el dolor crónico, daba muchas conferencias a médicos de atención primaria en las que citaba «Porter y Jick» entre otros artículos.

«Ninguno de los artículos —decía— representaba pruebas reales y, sin embargo, yo intentaba crear una narrativa que permitiera a los profesionales de atención primaria mirar la información en su conjunto y sentirse más cómodos respecto a los opioides de un modo que no era posible antes. Se trataba, en esencia, de una pedagogía para eliminar el estigma hacia los opioides y, puesto que el objetivo era eliminar el estigma, a menudo ignorábamos las pruebas. No cabe duda de que si yo hubiera sabido entonces lo que sé ahora, no habría hablado como lo hice. Sin duda, fue un error y, en la medida en que algunos de los resultados adversos son ahora tan malos en cuanto a las cifras endémicas que se han alcanzado de adicción

y muertes no intencionadas por sobredosis, asusta pensar que el aumento de las recetas animado por personas como yo condujera, en parte, a que sucediera».

El tratamiento eres tú

Estado de Washington

En el estado de Washington, Jaymie Mai y Gary Franklin seguían registrando los efectos de lo que este último denominaba «la peor epidemia provocada por el hombre en la historia, llevada a cabo por la medicina organizada».

El número de personas del estado que recibían tratamiento por su adicción a los opiáceos se había disparado durante la década de 2000 al pasar de unos seiscientos a —en una estimación conservadora— 8.600 en 2010. La mayoría eran jóvenes, de barrio residencial y blancos. Las muertes por sobredosis en el estado aumentaron hasta quinientas doce en 2008.

En 2008, Trabajo e Industria publicó sus directrices para doctores, que tenían como objetivo limitar la prescripción de opiáceos. Las muertes por sobredosis habían descendido desde entonces y, hacia 2012, se detuvieron en 388. Las cifras de trabajadores lesionados que morían de sobredosis —que tanto habían impresionado a Jaymie Mai años antes, cuando aterrizaba en su nuevo puesto— no habían dejado de crecer hasta los treinta y dos en 2009; no obstante, desde que se publicaron las directrices, el número se había reducido a la mitad. También lo había hecho el número de trabajadores lesionados que acabaron consumiendo opiáceos de manera crónica.

Me dirigí a Seattle, donde el Centro del Dolor Multidisciplinar tenía un linaje que se remontaba a John Bonica, el antiguo luchador profesional y pionero de la analgesia. El doctor David Tauben era ahora su director. Años antes, Tauben había recetado opiáceos con profusión y enseñado a sus alumnos el supuesto mensaje de «Porter y Jick». Había aplaudido también la introducción de mayores dosis de OxyContin. Entonces, empezó a ver cómo los pacientes no mejoraban, sino que se volvían malhumorados y exigían dosis cada vez mayores.

Durante aquellos años, recordaba a un solicitante del programa de becas del centro al que le preguntaron por qué quería el puesto, a lo que este respondió que deseaba comprarse un Bentley. «Para mí, eso es una metáfora del estado en el que se encuentra la gestión del dolor», me dijo Tauben.

Tauben, que había cambiado de opinión respecto a los opiáceos, vino a trabajar a la clínica cuando Alex Cahana se puso al frente. El nuevo enfoque de Cahana era intentar recuperar el viejo enfoque: tratar las raíces sociales y psicológicas del dolor junto con las biológicas. El personal del centro ahora incluía a dos psiquiatras, tres psicólogos y un asesor vocacional, además de doctores de medicina familiar, interna y de rehabilitación.

Se había instado a una generación de doctores a considerar el dolor como la quinta constante vital. «Es un error —decía Tauben—. Diría que el 15 por ciento de mis pacientes probablemente esté mucho mejor cuando toma opiáceos, pero en dosis bajas o moderadas».

Tauben reemplazó a Cahana en 2013. Los cinco años que pasó este último en el centro lo metieron de lleno en las guerras de la cultura del dolor. La experiencia lo había convertido en una especie de filósofo del dolor y la felicidad. Cahana creía que lo que las aseguradoras estaban dispuestas a financiar condensaba muchos valores desafortunados del país.

«Realizamos pruebas en exceso, operamos, pinchamos… La gente empeora —decía—. Si trabajamos en su nutrición, la dieta, los hábitos de sueño, de tabaquismo y los ayudamos a encontrar trabajo, entonces mejoran. Tenemos que hacernos responsables. Si proporcionas un tratamiento que mata a la gente o hace que empeore, tienes que parar. No puedes seguir haciendo dinero con cosas que no funcionan».

Cahana veía que esas cosas eran el problema. Nuestra reverencia por la tecnología nos cegaba ante soluciones más holísticas. «Llegamos a la Luna, inventamos Internet. Podemos hacer cualquier cosa. Es inconcebible pensar que haya problemas que no tengan una solución tecnológica. Pasar de “Puedo hacer cualquier cosa” a “Me lo merezco todo” sucede muy rápidamente. De repente, no podemos ir a la universidad sin Adderall; no puedes hacer deporte sin testosterona, no puedes mantener relaciones sexuales sin Viagra. Nos concentramos todo el rato en las cosas y no en las personas. Yo le digo a los pacientes con dolor: “Olvídate de todo eso, el tratamiento eres tú. Toma las riendas de tu vida y sé saludable, haz lo que ames y ama lo que hagas».

Él ignoró ese mismo consejo. Cahana llegó a Seattle con un peso de ciento dieciocho kilos y ganó veinte más durante los cinco años siguientes mientras, estresado y sobrepasado por el trabajo, luchaba por reconstruir la histórica clínica. Esta, que ganó numerosos premios, se destacaba como modelo. Cahana apareció en la CNN y en la revista *People* , dio una charla TED y testificó ante el Senado de Estados Unidos sobre el exceso de la prescripción en medicina. Mientras, seguía engordando. Tomaba medicación para la hipertensión, el colesterol y otras para contrarrestar los efectos secundarios de esa medicación (nueve pastillas al día, mil quinientos dólares al mes en copago): «Era incapaz de subir dos tramos de escaleras sin perder el resuello», decía.

Su doctor se disponía a recetarle algo para su alto nivel de azúcar cuando Cahana decidió que ya estaba bien. Tenía la sensación de vivir como un adicto. Llevaba años intentando cambiar las políticas públicas, influir en los académicos y dar forma a la legislación referente a la prescripción de analgésicos. Ahora, había decidido convertirse en el cambio.

Dimitió de su puesto en la clínica. Ahora, se dedica a asesorar a comunidades con ingresos bajos sobre temas de salud. Comenzó un régimen de comida saludable y entrenamiento diario que incluye correr, ejercicios de acondicionamiento y fuerza y yoga. Poco a poco, las pastillas se volvieron innecesarias. Perdió cincuenta kilos y corre maratones.

Cahana cree que el sistema sanitario estadounidense es bueno a la hora de luchar contra las enfermedades y terrible a la hora de guiar a las personas hasta alcanzar su bienestar: «No saben cómo hacerlo, y el camino que ofrecen empeora, en realidad, el estado de las personas».

En 2013, el comité que John Rockefeller hijo había formado para buscar el santo grial de los analgésicos no adictivos cumplió setenta y cinco años.

Su conferencia anual se celebraba en el Bayfront Hilton de San Diego bajo los increíbles cielos azules de junio. Los seminarios se desarrollaron en salas de conferencias sombrías. Los oradores presentaban sus datos con las voces amortiguadas por las gruesas alfombras.

Asistí porque quería entender lo que había sucedido con la búsqueda del santo grial. Encontrar una alternativa no adictiva a los opiáceos tenía un historial bastante irregular. Había producido fármacos, muchos de los cuales se habían considerado, de forma errónea, no adictivos, como el Demerol, la nalbufina o el Talwin. Sin embargo, se trataba de la manida historia de la humanidad en busca de un paraíso sin infierno. Las compañías habían

fabricado primero heroína con la idea de que no era adictiva y la habían lanzado al mercado con esa premisa. Cien años después, la compañía que creó el OxyContin hizo tres cuartos de lo mismo. Tal vez, esta fuera la manera que la naturaleza tenía de decir que no podemos tenerlo todo.

El comité era conocido ahora como el Colegio para los Problemas Derivados de la Drogodependencia (CPDD), que se había expandido y que contaba con más investigadores que estudiaban tratamientos para la drogadicción. Durante la conferencia, me tomé una cerveza con Andy Coop, el químico de la Universidad de Maryland, que fue lo bastante amable como para explicarme su fascinación por la molécula de la morfina y su funcionamiento.

Las drogas que contenían variaciones de la molécula eran, según él: «Geniales como analgésico. Estamos trabajando para encontrar otras drogas igual de buenas sin los efectos no deseados. Mi opinión es que no va a suceder. Llevamos usando la morfina con fines clínicos desde hace cien años y seguiremos haciéndolo dentro de otros cien. No voy a decir que nunca se encontrará la alternativa, pero no sé cómo va a suceder».

Entonces, como si pensara en voz alta, añadió: «Si pudiéramos detener la euforia sin detener la analgesia, creo que tendríamos lo que yo llamaría el santo grial».

Entre los asistentes a la conferencia se encontraba Martin Adler, profesor de Farmacología de la Universidad Temple. Adler había sido miembro del CPDD desde los años sesenta: «Casi todos nosotros, yo sin duda alguna, creemos que las posibilidades de encontrar la droga mágica van de pocas a ninguna —me contó Adler—. La gente sigue buscando y la industria sigue buscando».

Le pregunté si pensaba que una droga así era incluso deseable. ¿Pueden los humanos lidiar con el hecho de tenerlo todo? A fin de cuentas, los estadounidenses lo tuvieron todo durante un breve periodo de tiempo y muchos de los jóvenes que se beneficiaron en mayor medida del exceso de riqueza acudían a las drogas para mitigar el dolor.

«Tal vez no», concedió Adler. Según él, la morfina era una gran metáfora de la vida. «Los malos efectos de la morfina actúan para minimizar el consumo de la droga, lo cual es bueno. Hay personas que nacen sin receptores del dolor. Vivir sin dolor es algo terrible. Mueren jóvenes porque el dolor es el mayor mecanismo de alerta del que disponemos».

Adler creía que la lección de los últimos quince años era que el concepto de dolor necesitaba cambiar. «No creo que vayas a encontrar un tratamiento para el dolor —decía—. No usas un fármaco para tratar todos los tipos de cáncer; si lo haces, es porque no sabes cómo tratar cada cáncer de manera específica. Creo que a donde nos encaminamos es a encontrar los tratamientos más eficaces para los diferentes tipos de dolor. El dolor crónico de espalda, el dolor neuropático… No sabemos lo suficiente sobre ellos. Tal vez sea porque el dolor no es una única enfermedad. El cuerpo es increíble —proseguía—. Lo más asombroso que nos podamos imaginar. Lo que aprendes es que no hay nada que esté tan aislado de todo lo demás como para poder atacarlo individualmente. Todo conecta con todo. Cuando lidias con el cerebro, todo se entrecruza».

Telefoneé a Nathaniel Katz, el especialista en dolor de Boston. Durante los años que siguieron a la muerte de su paciente Peter y su encuentro con la hermana de este, Katz había llegado a ver los puntos débiles de la naturaleza humana que entraban en juego aquí. «Mis formadores me contaron que cuando tomas opioides para el dolor, no puedes engancharte porque el dolor absorbe la euforia. Esto sucedía en la Facultad de Medicina de Harvard. Era una patraña, como sabemos todos ahora. ¿Por qué escuchamos esos mensajes? Porque queríamos que fueran verdad».

Le conté que había hablado con personas que señalaban el artículo de Foley y Portenoy de 1986 publicado en la revista *Pain* , además de la financiación que Portenoy había recibido de las farmacéuticas, incluyendo Purdue Pharma, mientras viajaba por todo el país animando a los doctores a adoptar la nueva idea y usar analgésicos opiáceos. Estos críticos vieron la posibilidad de que hubiera un conflicto de intereses.

Uno de ellos era Andrew Kolodny, un médico que veía la epidemia desplegarse ante él desde su consulta de Brooklyn especializada en adicciones. Más tarde, Kolodny cofundó Médicos por la Prescripción Responsable de Opioides (PROP), una organización de médicos que se mostraba crítica con la prescripción de los nuevos opiáceos.

Según Kolodny: «Portenoy comienza a dar conferencias por todo el país como si fuera una figura religiosa. Su megáfono es Purdue, que envía a la gente a centros turísticos para oírlo hablar. Era un mensaje convincente: “Los doctores han dejado que los pacientes sufran; nadie se vuelve realmente adicto, está estudiado”. Purdue creó organizaciones con la intención de que pareciera que tenían una base popular. Dieron cantidad de

dinero para estar al frente de organizaciones que planteaban en los comités médicos estatales la liberalización de las regulaciones a la prescripción de fármacos. Cualquier esfuerzo para controlar el problema, si derivaba en disminuir las prescripciones, se enfrentaba con todos estos grupos que decían que lo que se iba a hacer era malo para los pacientes con dolor. Ahora tienes una industria de especialistas en dolor que siguen este modelo de negocio: tienen una consulta llena de pacientes que nunca pierden una cita y que pagan en efectivo. Todo el tema es verdaderamente indignante».

Katz, sin embargo, veía otra historia diferente. Admiraba a Portenoy, quien, según él, había dedicado su carrera a buscar métodos mejores para mitigar el dolor real y considerable de sus pacientes. Portenoy había contribuido a hacer del dolor un tema de investigación. Asimismo, Portenoy tuvo siempre claro que el tratamiento del dolor necesitaba equilibrio y tiempo; los doctores tenían que seleccionar bien a los pacientes que recibían este tratamiento. Sin embargo, Katz opina: «La gente quiere soluciones simples. La gente no quería oír aquello y los intereses comerciales no querían enfatizarlo».

Mientras tanto, decía Katz, los doctores se enfrentaban en todas partes con pacientes insistentes que se creían con derecho al alivio de su dolor: «Estás allí con la llave del botiquín de los opioides. El sufrimiento es, sin duda alguna, real. Durante años, los doctores han tenido que decir: “Ojalá te los pudiera dar, pero son adictivos, puedes sufrir una sobredosis. Quiero, pero no puedo”. Las llaves del reino estaban allí, pero el doctor, como guardián de la puerta, no podía abrirla en conciencia».

En este contexto, el artículo de 1986 de Portenoy y Foley fue influyente porque, según Katz: «Les decía a los doctores lo que querían oír: “Tus pacientes sufren. ¿Acaso no somos mucho más inteligentes que los científicos del pasado? Ahora sabemos que si tomas opioides para el dolor crónico, no puedes engancharte”. Surgió un nuevo sacerdocio de recetar opioides para el dolor crónico y unas pocas compañías farmacéuticas colaboraron con estos doctores. Estas compañías tenían las herramientas: los nuevos fármacos. Los mecánicos —los especialistas en dolor— les decían a los doctores que las herramientas funcionaban. Yo creo que es más útil considerar a las personas fundamentalmente razonables; es decir, mirar las razones por las que hicieron lo que hicieron. Había un número considerable de personas razonables que hacían lo que consideraban razonable, y no salió bien».

Mientras Katz hablaba, pensaba en todo lo que había visto y oído, y pensé que era extraordinario que todo esto pudiera ser parte de la historia tras el hecho de que una ciudad en Nayarit (México) vendiera ahora montones de heroína en algunos de los lugares más ricos y seguros de Estados Unidos. Le conté que me parecía igual de extraño que todo aquello que él consideraba razonable pudiera, hasta cierto punto, girar alrededor de la interpretación incorrecta de una carta al editor de un párrafo, publicada en enero de 1980 por el *New England Journal of Medicine* y escrita por el doctor Hershel Jick, que no había pretendido nada de aquello.

«“Porter y Jick” es asombrosa por la ausencia de información en ella —respondió Katz—. Sin embargo, aquel párrafo alivia tu conflicto interno. Es como beber del pecho materno: de repente, el bienestar te inunda».

El Internet de la heroína

Valle Central de California

«Puede que esté en México la próxima vez que contactes conmigo», me dijo el Hombre una mañana en que volvía a sentarme en su comedor del Valle Central de California.

Se repantigó en su poltrona, con la coronilla asomando a través de su pelo plateado mientras una sonrisa vaga se dibujaba en su rostro anémico, antaño hermoso y ahora pálido y sin el destello broncíneo que poseyó en su día. Miraba a través de la puerta de vidrio del hogar que su familia había adquirido por veintidós mil dólares años atrás y hacia la calle de asfalto agrietado, jardines prolijos y casas de clase obrera revestidas de estuco.

Habíamos hablado horas en las visitas que le hice durante los muchos meses transcurridos desde que saliera de la cárcel en la que cumplía condena a consecuencia de la Operación Pozo de Alquitrán. Tenía una historia fascinante de cómo los traficantes de heroína de una ciudad mexicana habían extendido el alquitrán negro a nuevos mercados por Estados Unidos. Pasé horas en su presencia mientras escuchaba su voz débil, que me hablaba despacio sobre el pasado.

Sabía que mucho de lo que me contaba era cierto, o bien encontré maneras de confirmarlo. Tenía un detallado conocimiento de Xalisco, así como de las clínicas de metadona y las ciudades estadounidenses. El resto sonaba totalmente probable. Sin embargo, en el submundo hay tantas personas que quieren exagerar lo que han hecho como las hay que quieren ocultarlo, de manera que no sabía qué creer hasta que localicé a un agente de la DEA que había trabajado en la Operación Pozo de Alquitrán desde el principio. Me confirmó el papel que desempeñaba el Hombre, al que conocía de oírlo durante interminables horas de escuchas. «Expandió la red de la organización hasta otras ciudades, sobre todo a aquellas donde no había competencia —me contó el agente—. Se centraban en clínicas de

metadona en las que encontraban una base de clientes y crecían a partir de ahí».

Ahora, quince años después, las bandas que el Hombre había creado todavía traficaban miseria. Innumerables jóvenes de Xalisco (Nayarit) cumplían largas condenas en prisiones federales.

Xalisco evitó durante mucho tiempo que los carteles de la droga mexicanos se fijaran en ella. Al fin y al cabo, ¿qué les importaban a los traficantes de los carteles unas bandas que vendían la heroína de kilo en kilo? En 2010, no obstante, los Zetas y el cartel de Sinaloa se declararon la guerra en el sur de Sinaloa. La violencia se extendió hacia el sur y envolvió a la diminuta Xalisco (Nayarit). El resultado era predecible. Aparecían cadáveres por todos lados. En un tiroteo, once personas fueron asesinadas, entre las que se encontraba José Luis Estrada, conocido como el Pepino, un reputado capo de la droga local. Las autoridades de Xalisco hablaron de cancelar la Feria del Elote y el Departamento de Estado desaconsejó a los estadounidenses viajar a Tepic. Los líderes de las células, que ya habían empezado a trasladarse a Guadalajara, se mudaron allí a toda prisa; intentaban pasar desapercibidos y no podían vivir en las casas en las que se habían gastado tanto dinero de la heroína.

La situación se mantuvo durante más de un año hasta que pareció que los Zetas vencían. Los líderes de las células comenzaron a pagarle al cartel a cambio de protección y las cosas se calmaron.

El flujo de alquitrán negro de Xalisco hacia las ciudades estadounidenses nunca disminuyó, no obstante. Al este del Misisipi, los conductores de Xalisco atormentaban Nashville, Memphis, Indianápolis, algunas ciudades de Carolina del Sur, Cincinnati, Charlotte y, por supuesto, Columbus, además de los barrios residenciales a varios kilómetros a la redonda de cada una de las ciudades.

En Florence (Kentucky), los agentes antidroga detuvieron una célula de operadores de la familia Sánchez, entre los que se encontraba una mujer que había sido intermediaria de la familia en Nashville durante la Operación Fiebre del Oro Negro en 2006. La célula había empleado únicamente conductores blancos locales para repartir la heroína, a los que les proporcionaban coches y teléfonos móviles, debido seguramente al hecho de que ya no podían encontrar mano de obra mexicana para hacer el trabajo.

Parece ser que se extendió el rumor por Xalisco de que los estados mancomunados (Kentucky, Pensilvania, Virginia y Massachusetts) tenían

una legislación de drogas más laxa. Algunos conductores de Xalisco habían sido arrestados en Weymouth (Massachusetts), una zona residencial de la periferia de Boston.

Los Muchachos siguieron funcionando de manera descentralizada, flexible y sin descanso. Encarnaban la epidemia de opiáceos estadounidense: eran silenciosos y no violentos. Se concentraban en nuevos mercados para los opiáceos donde los únicos clientes que buscaban eran blancos. Me daba la impresión de que eran el Internet de la heroína, con un sistema de reparto de drogas para el siglo XXI que operaba en veinticinco estados, todo lo cual salía de una pequeña ciudad de México. Estos conductores tenían sus propias adicciones que les carcomían: el sueño del ranchero de volver a casa como un rey, pagar a la banda, bailar con las chicas, ver cómo otros hombres lo envidiaban y sentir el cariño de sus familias mientras abrían cajas de preciados Levi's 501 y tejanos de diseño. Mientras tanto, el Gobierno local hizo notar en un informe que Xalisco estaba en la tercera posición entre las ciudades más ricas de los 2.445 municipios de México.

Las bandas de Xalisco le debían gran parte de su éxito a la adicción a las pastillas con receta que ahora pululaban por todos los rincones de Estados Unidos. Si ellos estaban al corriente de ello era una pregunta interesante. Conocí a conductores que nunca habían oído hablar del OxyContin. Eso tenía sentido para mí: no hablaban inglés y solo socializaban con otros conductores. También hablé, no obstante, con Harry Sommers, un jefazo de la DEA que había coordinado las investigaciones de la Operación Pozo de Alquitrán años antes. Es posible que los peones de Xalisco no supieran nada, decía Sommers, sin embargo, según él: «Sabemos gracias a la información proporcionada por miembros de estas redes de Nayarit y otras fuentes que algunos de ellos estaban bien al tanto del abuso de analgésicos y se concentraban en áreas donde creían que este crecía a sabiendas de que era tierra fértil para su producto».

Con independencia de lo que supieran los Muchachos de Xalisco, la manera en que vendieron desde el principio la heroína de alquitrán negro combinada con las estrategias de mercadotecnia agresivas aplicadas a los analgésicos en los territorios vírgenes que iban conformando la región del Cinturón de OxyContin creó una sinergia catastrófica, a la vez que presagiaba la transición de las pastillas a la heroína que tendría lugar en el país en los años venideros. Los jóvenes que comenzaban con las pastillas

acababan solos y muertos dentro de sus coches, esclavos de la molécula. Las fuerzas establecidas para insistir a las personas para que la consumieran eran tan implacables como la propia molécula. Se habían recetado pastillas con una desatención excesiva; a continuación, les vendieron la heroína de alquitrán negro de las montañas de Nayarit como *pizzas* . Cada vez más padres seguían adelante sin sus hijos. Sufrían un dolor igual de crónico y aplastante que el dolor que aquellos doctores y Purdue Pharma habían decidido que debía tratarse con pastillas de opiáceos.

Muchas cosas cambiaban para los Muchachos de Xalisco. Hacia 2014, el tráfico de heroína se expandía de forma dramática por todo Estados Unidos, y nuevos traficantes, muchos de ellos adictos, pasaban a la acción cada día. Ninguno de ellos usaba el sistema de reparto de heroína que los Muchachos de Xalisco habían patentado; no obstante, les hincaban el diente a los mercados que los Muchachos habían ido cultivando durante años, además de descubrir otros nuevos llenos de adictos a las pastillas listos para pasarse a la heroína. La potencia de la heroína en polvo marrón, procedente de otras regiones de México y vendida a las bandas de negros de Detroit y la Costa Este, no dejaba de aumentar. Daba la impresión de que el cartel de Sinaloa había aumentado increíblemente las exportaciones de heroína a Chicago, Nueva York y el resto de lugares. Las incautaciones de heroína en la frontera entre Estados Unidos y México se habían multiplicado por seis desde 2007.

Mientras tanto, en Xalisco, una incipiente industria del aguacate tomaba el relevo a la caña de azúcar y el café, además de dar empleo a muchas personas. La industria se remonta a 2009, cuando los cultivadores del estado de Michoacán, el centro productor de aguacate de México, pusieron dinero y se asociaron con agricultores locales para plantar vergeles de aguacate. Hacia 2014, aquellos huertos daban fruto. El almacén de café donde mataron a tiros a David Tejeda era ahora un almacén de aguacate. Muchos de los jóvenes que solicitaban empleo eran aquellos arrestados que habían cumplido condenas en prisiones de Estados Unidos por vender heroína. Ahora que contaban con antecedentes penales, se enfrentaban a largas condenas en prisión si los atrapaban de nuevo en el norte, de modo que hacían la transición hacia la industria del aguacate.

No obstante, la ciudad aún vivía de las ganancias de la heroína de un modo u otro. Cientos, quizás miles, de hombres del municipio de Xalisco habían puesto rumbo al norte para venderla. Los coches con matrículas

estadounidenses eran comunes en la ciudad. La mayoría llevaban matrículas de California, Ohio, Carolina del Norte, Utah, Colorado y Oregón; muchos de los vehículos habían servido para ocultar y transportar grandes cantidades de dinero a casa. Sin embargo, pocos hombres de Xalisco parecían haber mejorado de manera sustancial. A los amos de las células les iba bien, pero los que trabajaban en ellas seguían atados a un ciclo de prosperar o ser arrestado y de gastar dinero con ostentación para tener que volver a Estados Unidos a trabajar un poco más. En los barrios de Landarenas y Tres Puntos apenas se apreciaba el efecto del dinero excepto en los hombres que pasaban el rato en las esquinas bebiendo y consumiendo cocaína. Algunas calles seguían sin pavimentar.

Para entonces, poca cantidad del lucro procedente del narcotráfico iba a parar al Hombre: «No les pido nada —me dijo—. Espero que ganen mucho dinero, siempre y cuando me reconozcan cuando estoy delante. Solo quiero respeto, eso es todo. No les digo: "Estás en deuda conmigo" o "Si no fuera por mí, no tendrías esto". Se han ganado lo que tienen».

El Hombre había aprovechado el momento de paz del cartel en Xalisco para volver por Navidad. Vio a muchos de los tipos más mayores; algunos aún estaban fuertes en el negocio mientras que otros apenas salían adelante. Óscar Hernández-García —Mosca—, el que fuera mayorista de alquitrán negro, estaba de vuelta en Xalisco con su esposa. Se rumoreaba que sus hermanos y él poseían la pista de rodeo a la entrada de la ciudad. El Hombre había visto al Nayaritense, su amigo de la prisión de Nevada y socio de sus primeras células de heroína. Durante los conflictos con el cartel, pistoleros enmascarados entraron a la fuerza en casa del Nayaritense mientras él y su familia estaban fuera. Se llevaron la televisión y joyas, entre muchas otras cosas. Trajeron un tráiler al robo y huyeron con caballos preciados que el Nayaritense montaba a menudo en los desfiles de la ciudad.

El Hombre volvió a California. Aquí, en el Valle Central, era débil y anónimo. Ninguno de sus vecinos conocía la historia de las células de heroína de Xalisco (Nayarit). De manera que hablaba a menudo de volver a casa para quedarse; a Xalisco, su ciudad adoptiva, el gran rancho, donde las familias sabían todo lo que había hecho por ellas.

Parecía poco probable: la vida como mercader de drogas, desde las pastillas en Tijuana en los años sesenta a los incontables kilos de alquitrán negro, lo había dejado encorvado, gris y débil por culpa de sus problemas

hepáticos. Mientras hablábamos aquella mañana, su cuerpo parecía desinflarse poco a poco en el sillón. Cerca, una televisión amplia y una lámpara descansaban sobre un soporte. Su voz se volvió desvaída y confusa; los párpados le caían con pesadez. «Nunca te disculpas por lo que eres. Yo no. Hice lo que hice —me dijo mientras se pasaba la palma de la mano por la cara—. Nunca tuve la intención de hacerle daño a nadie. La revancha es una hija de puta, pero, qué coño, vives con ello».

Un viernes por la mañana, meses después, estoy sentado en una sala de un juzgado de Columbus (Ohio).

La sala está tan abarrotada que parecería al principio que se trata de un tribunal de tráfico si casi todos los presentes no fueran jóvenes y blancos. Chicos con gorras de béisbol con la visera hacia atrás y rodales de pelo facial; chicas con tintes desvanecidos, vaqueros de diseño y sudaderas con piedras de imitación incrustadas.

Este es el tribunal de la heroína.

Hace quince años, el Hombre trajo la heroína de alquitrán negro a Columbus. La ciudad se convirtió en el trampolín para la expansión del sistema de los Muchachos de Xalisco a través de grandes áreas de la mitad oriental de Estados Unidos justo en el momento en que las pastillas con receta se aceptaban en medicina como prácticamente no adictivas cuando se usaban para tratar el dolor.

Ahora, en una ciudad donde la heroína había sido inexistente en su día, prácticamente todos los asientos del tribunal de la heroína están ocupados. Todos son yonquis, la mayoría empezó con las pastillas, y tres cuartas partes consumían alquitrán negro.

El juez Scott VanDerKarr trata cada año con unos cuatrocientos heroinómanos condenados por crímenes no violentos que se reducen a delitos menores y que los clientes intentan eliminar. Hace unos pocos meses, en este tribunal solo se podía estar de pie. VanDerKarr dividió finalmente el tribunal y aumentó los horarios para poder acomodar la demanda. La primera sesión de dos horas es para personas cuyos apellidos comienzan por *a* y van hasta la *l* . Los apellidos de la *m* a la *z* son atendidos más tarde durante la mañana.

El condado de Franklin cuenta con varios tribunales especializados: uno de veteranos, otro para personas con problemas de salud mental; incluso un tribunal antidroga para delincuentes que han cometido delitos relacionados con la droga y el alcohol. Sin embargo, los heroinómanos les hacen sombra

a todos. Este tribunal semanal se formó en 2010, pero ni siquiera entonces era capaz de dar cabida a la demanda. En otro tribunal para prostitutas, casi la mitad de las mujeres también estaban enganchadas a la heroína.

VanDerKarr lleva puesta una toga negra y está sentado arriba en el estrado presidencial, tras el que se encuentra, enmarcado en la pared, un mazo muy grande. Sin embargo, la atmósfera es relajada, más parecida a la de una reunión grupal que a la de un tribunal. A un lado, hay una mesa con montones de folletos sobre centros de tratamientos y recursos sobre salud mental y drogas para veteranos. VanDerKarr llama a varios clientes para que se presenten ante él, les felicita por los días que llevan limpios y les pregunta cómo llevan la búsqueda de empleo y sobre si tienen padrino o madrina en el programa de doce pasos. Todos deben buscar terapia, someterse a análisis aleatorios de drogas y asistir a noventa reuniones de Narcóticos Anónimos (NA) durante noventa días. Después de eso, asisten a la sesión del tribunal cada semana durante un máximo de dos años. Casi la mitad finalizan el programa, pero muchos recaen y algunos mueren.

VanDerKarr es un exfiscal con casi veinte años de experiencia en el estrado. Se considera a sí mismo uno de los magistrados más comprensivos del condado de Franklin, aunque los años en el tribunal de la heroína también le han enseñado que los adictos, como los niños, necesitan límites claros y consecuencias.

«Lo que me ha enseñado es que la cárcel es, en realidad, algo bueno para aquellos que recaen —me dice una vez se cierra la sesión—. Quiero decir, dales una consecuencia que dura un par de semanas o treinta días. Muchas veces hacen falta dos de esas para motivarlos».

El miedo a ser encarcelado motivó a Robert Berardinelli tras su arresto en la Operación Pozo de Alquitrán en Santa Fe.

Tras más de un año de poner los coches y apartamentos de los Muchachos de Xalisco a su nombre, un juez le concedió a Berardinelli la libertad condicional tras amenazarlo con condenarlo a una larga sentencia de prisión si no se desenganchaba. Gracias a eso, finalmente lo consiguió. Pasó un par de años como orientador en un centro de tratamiento. Hablaba todas las semanas en una prisión, y no dejó de hacerlo a pesar de que muchas personas no lo escuchaban. Años más tarde, Berardinelli era líder de NA y delegado en la convención internacional del grupo celebrada en 2014 en el sur de California, donde nos conocimos.

«No hay ninguna razón lógica por la que yo debería estar sentado aquí y no en una penitenciaría federal. Soy muy afortunado por haberme librado y no haber pisado la cárcel —me dijo mientras estábamos sentados cerca de una fuente a la salida del hotel, en el Valle de San Fernando, a tan solo unos pocos kilómetros de donde comenzaron los Muchachos de Xalisco—. Yo creo en el poder de los doce pasos. Es por lo que estoy aquí ahora mismo. Están hechos a medida de gente como yo».

Ni Santa Fe ni Nuevo México habían escapado de la plaga de los opiáceos. Diferentes bandas de vendedores de alquitrán negro de Nayarit habían pasado por Santa Fe y el norte de Nuevo México. En el Valle de Española, las pastillas se combinaban con la heroína. En 2012, según informaba un diario local, el área había establecido un récord de muertes por sobredosis. En un editorial se afirmaba lo siguiente: «Seguimos inamovibles a la cabeza de la lista nacional de muertes por sobredosis de drogas per cápita».

El número de jóvenes involucrados había alarmado a Berardinelli y cambiado la composición de NA en su región. Ahora, la discusión dentro de la organización era cómo llegar a estos jóvenes. Esto ya venía ocurriendo en grupos de programas de doce pasos por todo Estados Unidos, desde Portsmouth a Portland. Veteranos canosos de los años cincuenta y sesenta que se recuperaban de su adicción veían cómo las reuniones de NA, poco concurridas, se llenaban de veinteañeros en cantidades suficientes como para que se crearan reuniones especiales para los nuevos adictos a los opiáceos.

Le pregunté si pensaba alguna vez en lo que le había sucedido al jefe llamado Enrique y a los conductores que le daban toda aquella heroína. «La verdad es que no», contestó. Parecía haber pasado mucho tiempo; sin embargo, no sentía rencor. Eran buenos tipos, aseados, no asesinos; tan solo chicos de clase obrera que intentaban salir adelante y que probablemente vivían de nuevo en algún lugar de México. Le maravillaba que fueran los únicos camellos con los que se había encontrado en el transcurso de sus cuarenta años de heroinómano que no consumían su producto. Todavía le sorprendía lo bien organizados que estaban: tras Pozo de Alquitrán, recordaba, no hubo heroína en las calles de Santa Fe durante exactamente un día. Así de bien organizados estaban.

Recordaba con viveza el momento, una mañana temprano, catorce años antes, en que el agente de la DEA Jim Kuykendall y su equipo aparecieron

para arrestarlo. Su acusación incluía una docena de nombres mexicanos y el suyo. Tenían facturas de teléfono y títulos de propiedad de coches a su nombre. Berardinelli estaba demacrado, cubierto de marcas y costras y exhausto. No podía mentir más.

Kuykendall lo condujo hasta el coche patrulla esposado.

«Este es el primer día del resto de tu vida», le dijo el agente mientras lo metía en el coche.

Le llevó un tiempo, pero Robert Berardinelli llegó a ver que era verdad. Ahora era abuelo y se sentía afortunado de haber sobrevivido a décadas de esclavitud. A petición suya, le pasé un mensaje a Kuykendall: «Jim Kuykendall me salvó la vida —dijo Berardinelli—. Durante años le he querido decir, simplemente: "Eh, tío, gracias"».

En Portland, tras la muerte de su hermano Tovi, Elina Siniaiev aseguró a sus padres que estaba limpia. En realidad, consumía más que nunca. Rara vez paraba por casa, huía del recuerdo de Tovi y su responsabilidad en la muerte de este.

Una noche, su padre entró en su habitación con la certeza de que algo iba mal. Nunca se habían entendido. Al sentarse, cogió el monedero de ella de la silla y oyó un tintineo metálico. Dentro, encontró dos cucharillas para la heroína.

Ella se esperaba rabia. Por el contrario, los ojos de él se llenaron de lágrimas. Por primera vez en su vida, le rogó: «Elina, necesitas ayuda».

Elina se desmoronó y lloró también. Aquella noche, apurada por conseguir heroína, le mandó un mensaje a un amigo para pedirle dinero. El amigo le contestó: «No, pero conozco una iglesia. Es diferente».

Un yonqui pentecostal ruso llamado John Tkach había abierto una clínica de rehabilitación en el vecindario de Boring, en Portland. Tkach vio que las iglesias pentecostales rusas intentaban ocultar la vista de cientos de jóvenes adictos. A los padres que le pedían ayuda al pastor con su hijo drogadicto se les hacía sentir vergüenza por estar al frente de un hogar pecaminoso. Tkach vendió su negocio de transportes, rehipotecó su casa y abrió un centro de rehabilitación. Se formó una iglesia a su alrededor, la primera en colocar la creciente adicción a los opiáceos de jóvenes pentecostales rusos en el centro de su ministerio. Dios Proveerá, como se llamaba la nueva iglesia, se aposentaba sobre el mensaje de amor, perdón y transformación de Jesús. Los pastores tradicionales rusos la tildaban de blasfema y pecaminosa. Los jóvenes pentecostales rusos la llamaban la Iglesia de la

Rehabilitación. Sin embargo, poco después, Dios Proveerá había llevado su modelo de iglesia y centro de rehabilitación a Sacramento y Seattle, entre otros muchos sitios.

Allí, Elina conoció a Vitali Muliar, que se había derrumbado desde aquellos emocionantes días en que fue uno de los primeros rusos en vender OxyContin en Portland. En 2010, Vitali se enfrentaba a una condena de dos años en prisión si volvía a dar positivo en una prueba de drogas de la condicional. Aterrorizado, acudió a Dios Proveerá, donde encontró por primera vez calidez en la iglesia. Dejó la heroína, se hizo profesor de la Biblia y, con permiso del juez, fue a Ucrania y Austria en una misión cuando la iglesia, espoleada por la energía nueva de sus congregantes en periodo de rehabilitación, abrió una nueva escuela de misioneros.

Cuando llevaba un año en rehabilitación, Vitali encontró a Elina en el centro. Le contó su historia. Ella desconfiaba de su propia capacidad para cambiar. No obstante, le impresionó el modo en que él había salido de la calle. A continuación, iniciaron un casto romance de acuerdo con la tradición pentecostal rusa, aunque con un toque estadounidense moderno. Se conocieron mejor por medio de cientos de mensajes mientras él estaba de misiones. Vitali volvió a casa y le pidió a Elina que se casara con él antes de que llegaran siquiera a besarse.

Dos años después, nacía su hija. La llamaron Grace.

Nadie puede hacerlo solo

Sur de Ohio

El 26 de marzo de 2013, el doctor Phillip Prior murió de cáncer de hígado en un hospital de cuidados paliativos de Lancaster (Ohio). Tenía cincuenta y nueve años.

Cuando era niño, Prior había querido ser paleontólogo, herpetólogo, arqueólogo y biólogo; todo antes de los diez años. Criaba serpientes. En un momento de rebelión abierta contra su padre, que insistía en que se cortara el pelo, fue a la barbería y se afeitó la cabeza. Cuando la iglesia de su familia instó a los negros de la congregación a que se buscaran su propia iglesia, Prior atravesó el pasillo mientras gritaba que no volvería a poner un pie en ella.

Sus padres valoraban la educación por encima de todo. Prior los alarmó al dedicar los primeros siete años tras finalizar el instituto a obtener un título en Mecánica del Automóvil, aprender a reparar bicicletas y abrir una tienda de bicis en Cincinnati.

Finalmente, entró en la universidad con veinticuatro años, consiguió su título en Medicina en la Universidad Estatal de Ohio y trabajó durante muchos años como médico de familia en Chillicothe. Más adelante, como alcohólico en recuperación, Prior se hizo especialista en medicina de la adicción.

Vivía en una granja en Stoutsville (Ohio). Construía cohetes y, durante varios años, él y otros tres mantuvieron el récord mundial en construcción *amateur* de cohetes (tras conseguir enviar un cohete casero a treinta y siete kilómetros de altura sobre White Sands, Nevada). Le encantaba cazar. Tenía un puma que había matado en Wyoming enmarcado en la pared de su comedor. Su garaje era el punto de encuentro de hombres entusiastas de la mecánica del automóvil.

Los médicos de familia de verdad tocan las vidas de muchas personas. Doscientos de los amigos de Prior se reunieron para recordarlo unos pocos días tras su muerte. Sus hijos eligieron *Let It Be* de los Beatles y *The Wind Cries Mary* de Jimi Hendrix como banda sonora mientras los dolientes consolaban a la familia. En su granja, los amigos de Prior arrancaron una furgoneta Chevy color bronce con llantas de aleación en la que este trabajaba antes de ponerse enfermo. Se volvieron a reunir meses más tarde para un asado de cerdo, y entonces esparcieron sus cenizas por la granja. Parte de las cenizas fueron lanzadas al aire en un cohete casero, junto con los mensajes de sus amigos.

La vida de Prior había estado salpicada por la adicción, elevada por la exploración y adornada por actos de desafío. Conducía un simple Toyota Camry y poseía un par de trajes que rara vez se ponía. Sin embargo, había sido una voz solitaria en la zona cero de los opiáceos en Estados Unidos durante sus últimos seis años, en los que hizo sonar la alarma acerca del exceso de prescripciones de OxyContin como antesala de la heroína. Fue uno de los primeros en la región en urgir a usar medicación para el tratamiento de la adicción —un uso juicioso de la buprenorfina, en particular—, puesto que tenía la sensación de que la abstinencia llevaba demasiado a menudo a los adictos a recaer y cuando lo hacían, al tener la tolerancia baja, a morir.

Hablé con Prior por teléfono, nunca en persona. Tenía la intención de hacerlo, pero se puso enfermo. Para cuando llegué a Ohio, ya estaba en un hospital de cuidados paliativos.

«Tan solo unos cuantos de nosotros recordarán quién es el doctor Prior, pero en el sur de Ohio es el doctor decisivo», me dijo Orman Hall cuando quedamos para comer, que coincidió con las horas previas a la muerte de Prior. Hall dirigía ahora el programa estatal para el abuso de drogas.

La adicción a los opiáceos estaba por todo Ohio. Le pregunté a Hall cuánto tiempo pensaba que podría vivir el país con esta generación de adictos. Algunos adictos de la era de Vietnam todavía consumían y aguantaban cuarenta años después.

«Esperemos que podamos mantener a la gente viva —decía Hall—. Nuestra experiencia es que la gente pasa de cero a sesenta muy rápidamente».

Un estudiante de Física en el cuadro de honor de la Estatal de Ohio que Hall había conocido empezó consumiendo diez miligramos de Percocet con

fines recreativos de vez en cuando. Once meses más tarde, se pinchaba una gran cantidad de heroína a diario.

Según Hall: «Phillip Prior era el tipo que articulaba la clase de tratamiento que necesitamos para poder gestionar con éxito esta población de adictos a los opiáceos. Él fue el tipo con la visión más amplia para ver la complicidad de Purdue Pharma en el comienzo de la epidemia. Fue el tipo que me hizo verlo. La ironía profunda de todo esto es que los opiáceos le están proporcionando cierta calidad de vida en el momento de su muerte».

Así era, tras años de lucha contra el abuso de opiáceos con receta y la adicción a la heroína consiguiente, a Phil Prior le administraron en las semanas previas a su muerte analgésicos opiáceos —de los que llegó a depender— que recibía del personal de enfermería del hospital para aliviar su inmenso dolor. Incluso le pidió a un doctor que interviniera cuando el personal de enfermería se negó a aumentar la dosis.

«Llega al final de su vida dependiendo de los opiáceos —decía Hall—. Hay un lugar adecuado para los opiáceos en nuestro sistema de atención sanitaria; el modo en que los usan para el doctor Prior es un buen ejemplo de cómo hay que usarlos».

* * *

Unos kilómetros al norte, en la población de Marion, las tácticas de guerrilla de Brad Belcher habían iniciado un debate. Una de las personas involucradas en él era Jennifer Miller, jefa del Departamento de Libertad Condicional del condado de Marion. Hacia 2013, casi el 80 por ciento de los casos de Miller eran de adictos a los opiáceos.

Miller había comenzado su carrera a mediados de los años noventa como una agente entusiasta que consideraba que su trabajo consistía en encerrar a tantos tipos como le fuera posible. Escribió informes previos a sentencias en los que solicitaba prisión para fumadores de hierba. Sin embargo, ahora que era madre y que veía cómo los opiáceos se instauraban en el condado, Miller se dio cuenta del poco éxito que tenían los viejos métodos. Los adictos iban a prisión, salían y comenzaban a consumir inmediatamente. «He hecho un largo recorrido para abrir mi mente», me dijo cuando hablé con ella en 2014.

Un doctor describió en un seminario al que ella asistió cómo los opiáceos saturan los receptores del cerebro. Miller comenzó a estudiar

investigaciones sobre la adicción y el cerebro por Internet. Nunca se habría imaginado que esto sería necesario para hacer su trabajo de agente de condicional. Sin embargo, la epidemia de opiáceos la llevó a ser trabajadora social además de policía.

En 2013, el gobernador republicano John Kasich pasó por encima de una legislatura dominada por el Partido Republicano y extendió el seguro sanitario Medicaid a todos los habitantes de Ohio, lo cual proporcionó a su vez a miles de familias un modo de pagar largos periodos de medicación a pacientes ambulatorios. El año siguiente, Miller solicitó una beca estatal para usar el fármaco antagonista de los opiáceos, la naltrexona, con adictos. Cuatro meses después, Miller tenía una lista de espera para la naltrexona, y algunos de los yonquis en peor estado del condado estaban limpios. Sin embargo, cada pinchazo costaba mil doscientos dólares, y un adicto lo necesitaba una vez al mes.

Según Miller: «La pregunta del millón es cuánto tiempo necesitan tomar naltrexona los adictos». Hasta ahora, ninguna farmacéutica ha dado el paso para ayudar a sufragar el coste. No obstante, en el condado de Marion, los opiáceos y el experimento con la naltrexona consiguieron que policías, personal de prisiones, funcionarios de juzgados y agentes de la condicional trabajaran juntos de un modo que no había sido necesario ni común anteriormente. Brad Belcher había heredado el viejo edificio de un instituto que antaño albergaba un asilo. Lo ofreció como hogar de transición con doce camas libres de alquiler durante tres años. De modo que parecía que el condado herido estaba redescubriendo el sentido comunitario. Según Belcher: «Algunos de los mitos están siendo expuestos. La gente va entendiendo que esto es una enfermedad crónica. La gente se queja cuando la gente se pincha en los aparcamientos. Pero no se ha acabado».

En Columbus, cuando se acercaba el segundo aniversario de la muerte de Matt Schoonover, Paul y Ellen sintieron cómo la conmoción se iba desvaneciendo.

Intentaban juntar las piezas de sus vidas destrozadas mediante charlas públicas acerca del modo en que Matt había muerto. Era como una terapia. No hacer nada, pensaban, los habría machacado. Sabían muy poco acerca de la adicción cuando Matt vivía, de modo que aprendieron cosas acerca de las drogas y el cerebro, sobre receptores mu y endorfinas; todo eso les ayudó.

Compartir el duelo públicamente requería cuidarse de no excederse al usarlo para presionar la conciencia del público acerca de la plaga. El duelo podía volverse una ocupación. Sin embargo, muchos padres por todo el país se enfrentaban ahora a la pérdida de un hijo a causa de las drogas. Personas desconocidas les hablaban sobre la adicción en sus vidas. De hecho, Ellen sentía que, de repente, le habían comunicado un secreto nacional. La adicción estaba por todos lados. «La gente intenta mantener esa fachada de felicidad —decía—. Te das cuenta de que muchas personas sufren en silencio».

La calmaba escribir cartas ocasionales a Matt y hablar con padres con hijos adictos sobre lo que les gustaría haber sabido. Un punto principal: que después de tres semanas en rehabilitación, ningún hijo adicto está curado.

En Ohio, las recetas de opiáceos habían descendido un 40 por ciento. La legislatura tenía una lista de leyes dirigidas a regular la prescripción de opiáceos y aumentar las opciones de tratamiento. Una de ellas tomaba como modelo el Centro de Orientación, la clínica de tratamiento que Ed Hughes dirigía en Portsmouth. La ley obligaba a los condados a proporcionar a los adictos una amplia gama de servicios: desde vivienda a terapia psicológica para ayudarlos a encontrar un trabajo. No obstante, el problema del estado se propagaba rápidamente. El Departamento de Salud lanzó las cifras de las sobredosis mortales de 2012: 1.272 habitantes de Ohio, una cifra récord, habían muerto ese año; de esas muertes, 680 se debían a la heroína. En un periodo de tres meses, se había recetado opiáceos al 11 por ciento de todos los habitantes de Ohio. Las autoridades esperaban que, durante los dos años siguientes, el número de muertes por sobredosis de heroína se doblara, como mínimo.

Una manera de ver todo lo que había sucedido era como si fuera un enorme experimento social para ver cuántos estadounidenses tenían propensión a la adicción. Le presenté esta idea al doctor Richard Whitney, un especialista en adicciones de la acaudalada zona residencial de Dublin, en Columbus. «Es una manera interesante de verlo: vamos a darle esto a todo el mundo de nuestra sociedad a ver qué sale —me dijo—. Vamos a ver, como sociedad, cómo nuestros alcohólicos en potencia se vuelven adictos a los opiáceos. Si estos opiáceos no hubieran aparecido, creo que habríamos visto unas cifras similares de alcohólicos, aunque más adelante en sus vidas. Mi campo solía consistir en alcohólicos de mediana edad. Normalmente, hacían falta veinte años de bebida para que las personas tuvieran los

problemas suficientes como para necesitar tratamiento. Sin embargo, con la potencia de estas drogas, la media de edad había bajado quince años; la gente se metía en problemas muy rápidamente con la oxicodona, la hidrocodona y la heroína».

La adicción nacional a los opiáceos había conseguido algunas cosas, aunque a un coste terrible. Por un lado, estaba el cambio notable de opinión que se estaba produciendo respecto a la prisión y los tratamientos, especialmente en los estados republicanos y abanderados por políticos republicanos.

Parecía que los padres iban perdiendo el miedo. Una asesora en relaciones públicas llamada Barbara Theodosiou que vivía cerca de Fort Lauderdale había tenido dos hijos adictos en el punto más álgido de la eclosión de las clínicas de pastillas de Florida. Con la idea de que debía haber otras personas como ella, creó una página web —addictsmom.com— y una página de Facebook con el eslogan: «Comparte sin vergüenza». Hacia 2014, la página había crecido hasta incluir a catorce mil madres, que se consolaban y rezaban las unas por las otras mientras escribían con crudeza sobre las llamadas a cobro revertido desde la cárcel, los tratamientos de rehabilitación de cuarenta mil dólares, las jeringuillas halladas en el sofá, la planificación de funerales y los hijos que llevaban trescientos días limpios de la molécula de la morfina. Theodosiou añadió una página para los abuelos que criaban a los hijos de sus hijos adictos. A veces, los comentarios alcanzaban el tono de un grito primigenio de agonía maternal, una especie de terapia grupal en masa para una epidemia de drogas de la era virtual.

«Durante seis largos años he rogado, gritado, chillado, llorado, he castigado, retirado cosas, llamado a la policía, lo he echado de casa… Eso sin mencionar las horas incontables en que me he sentido culpable y aterrorizada por él —escribía una mujer sobre su hijo adicto a la heroína, que acababa de ser expulsado de rehabilitación una vez más por dar positivo en un control de drogas—. Y los miles de dólares gastados en rehabilitación, facturas de hospital y terapeutas, además de las fianzas para sacarlo de la cárcel. He rezado y rezado y rezado y rezado…».

Un entendimiento más profundo sobre cómo se creaba la adicción en el cerebro iba emergiendo. Las resonancias magnéticas sobre las funciones del cerebro habían revelado muchas cosas desde los años noventa sobre los caminos del cerebro hacia la recompensa. Según Whitney: «Verificó mucho

de lo que hacíamos por intuición. Una vez que la gente se vuelve adicta, pierde el poder de elección. Le lleva al cerebro de treinta a noventa días curarse lo suficiente como para tomar decisiones. De lo contrario, es como ponerle a alguien una escayola en un hueso roto y esperar que corra ocho kilómetros».

Por toda la nación, la actitud respecto a los adictos y la adicción parecía estar cambiando, aunque con lentitud. Los adictos no eran fracasados morales, desviados ni criminales (la imagen que se había clavado en el ideario popular tras la Ley Harrison). Por el contrario, se les comenzaba a ver como personas afligidas por una enfermedad que se manifestaba al robar y engañar en la búsqueda incansable de droga para calmar a la bestia.

Mientras seguía esta historia, di por hecho que era necesaria una docena de intentos de rehabilitación para deshacerse de la adicción a los opiáceos. La cifra que no dejaba de oír era uno de cada diez (el número de personas que tenía éxito en cada intento de rehabilitación). Eso era así, decía Whitney, únicamente porque muy pocas personas obtenían el tratamiento completo que necesitaban. Demasiadas veces acuden durante tres o seis semanas. La química cerebral necesita mucho más tiempo para recuperarse de la sacudida que le provocan los opiáceos. Según él: «Obtenemos resultados tan buenos o mejores de los que se obtienen con el asma o el fallo cardiaco congestivo (si tenemos las herramientas con las que trabajar). Sin embargo, la gente no recibe el tratamiento suficiente como para ponerse bien. Es como si dijéramos que alguien solo recibirá la mitad de la quimioterapia que necesita para tratar su cáncer. La gente no lo permitiría. Las aseguradoras no quieren financiar tratamientos de la adicción con la duración e intensidad suficientes porque no los demandamos como sociedad».

La parte central de Ohio era la zona cero del azote de opiáceos, y eso le había dado a la gente mucho en lo que pensar.

Para Paul Schoonover, la mejor hora del mes era la que empleaba en compartir la historia de su hijo con jóvenes del centro de rehabilitación que Matt había dejado el día antes de morir.

Paul también trabajaba con el movimiento universitario emergente de recuperación de la Universidad Estatal de Ohio. El movimiento había comenzado años antes como respuesta al consumo abusivo de alcohol y hierba en los campus universitarios. Las universidades de Rutgers, Brown y Texas Tech habían sido pioneras en las señas de identidad del movimiento:

zonas de dormitorios libres de drogas y alcohol, reuniones de programas de doce pasos, terapias, eventos sociales libres de drogas, becas completas para adictos en recuperación, especialidades en terapia de la adicción. Sin embargo, el movimiento tomó un impulso tremendo y se extendió a muchas más universidades gracias a la plaga de opiáceos, y la Estatal de Ohio formó parte de ello.

«Ha afectado a jóvenes blancos de clase media y alta —me contó una mujer joven de la Estatal de Ohio llamada Sarah Nerad—. Sus padres son los que van por las universidades diciendo: "¿Qué es lo que haces por mi hijo?". Llama la atención de verdad de padres y universidades cuando tienes jóvenes que están muy enganchados a los opiáceos y la heroína».

Nerad, heroinómana en recuperación procedente de los barrios residenciales de la periferia de Houston, estudiaba un máster en la Universidad Estatal de Ohio y había obtenido una beca para ayudar a comenzar el movimiento en el campus.

La lista de universidades con movimientos de recuperación nuevos sonaban como las clasificaciones más altas de los equipos de fútbol universitario, y era un reflejo de cómo la adicción a la droga había barrido los estados republicanos: la Crimson Tide de Alabama y los Bulldogs de Georgia, Ole Miss y la del Sur de Misisipi, Baylor, Texas, Vanderbilt, Tennessee, Virginia —además de Oregón, Míchigan, Estatal de Míchigan, Estatal de Penn y otras universidades más pequeñas— tenían movimientos de recuperación en los campus como respuesta, mayormente, al abuso de pastillas y heroína. La Estatal de Ohio había abierto una residencia de recuperación con veintiocho habitaciones.

Mientras tanto, el gobernador Kasich, además de expandir la cobertura de Medicaid, había comenzado un programa llamado «¡Empieza a hablar!», que tenía como objetivo incluir la epidemia de opiáceos en el debate público. El fiscal general Mike DeWine había impulsado una iniciativa heroica que tenía como uno de sus principales objetivos conectar grupos inconexos de las poblaciones de Ohio y conseguir que trabajaran juntos.

Estas medidas reconocían un tema recurrente: la droga más egoísta se alimentaba de las comunidades atomizadas. El aislamiento era ahora tan endémico en los barrios pudientes como en el Cinturón de Óxido, y se iba construyendo con los años. Se cumplía en gran parte de un país donde las calles estaban vacías en las noches de verano y los críos ya no jugaban al escondite mientras los padres los miraban desde el porche. Aquella tierra de

sueños se había esfumado y había sido finalmente reemplazada con demasiada frecuencia por calles vacías de casas más grandes y más bonitas que ocultaban la adicción que las familias mantenían en secreto.

El dolor crónico se trataba probablemente mejor de manera holística y no con una pastilla. Del mismo modo, el antídoto de la heroína no era tanto la naloxona como la comunidad. Así lo sentía Paul Schoonover.

Así que, cuando no hablaba con jóvenes del centro de rehabilitación, Paul dedicaba su tiempo a conectar grupos de padres, organizaciones sin ánimo de lucro y universidades, además de hablar sobre Matt. «Nadie puede hacerlo solo —decía—. Pero no hay traficante de drogas ni cartel que pueda enfrentarse a familias, escuelas, iglesias y comunidades unidas».

PARTE V

De las cenizas

Portsmouth (Ohio)

En 2012, un hombre blanco desgarbado y de ojos hundidos llegaba a Portsmouth (Ohio) con los brazos morados y marcados por la aguja; le faltaba una tercera parte de los dientes y la mitad de la vida que había malgastado. Llevaba consigo diez pavos, un par de pastillas de Percocet y unas cuantas páginas de poesía garabateada.

El adicto Jeremy Wilder escapaba de las zonas rurales de Estados Unidos. Tenía treinta y cinco años. Toda su vida adulta había coincidido con la epidemia de opiáceos y el declive de las pequeñas poblaciones como la suya. Años antes, el OxyContin había salpicado su ciudad de Aberdeen, río abajo en el condado de Brown. Había pasado los mejores años de su juventud en clínicas de charlatanes y vendiendo más pastillas de las que podía contar. Les compraba heroína a aquellos mexicanos y su negocio de reparto en Cincinnati. Tenía dos hijos, pero no sabía lo que era criar uno estando sobrio. Había ido a la cárcel y regresado a Aberdeen.

Aberdeen parecía ser lo mejor de la tierra de Estados Unidos. Gran cantidad de terrenos de cultivo. Graneros. Familias que cultivaban maíz e hijos. El tipo de lugar del que las canciones *country* dicen que a los chicos les gusta tomarse una cerveza y liarla un poco los sábados por la noche, pero que se aseguraban de darle las gracias al Hombre allá arriba los domingos. Hacía bastante tiempo, sin embargo, que Jeremy no veía esa clase de poblaciones. La Aberdeen que conocía era un sumidero de pastillas y jeringuillas, razón por la que el pequeño condado de Brown tenía la mayor tasa de sobredosis de drogas de Ohio. Jeremy podía nombrar una docena de ciudades así a lo largo del poderoso río Ohio, arteria vital en su día del brazo industrial del país, ahora contaminado con heroína.

Llamó a un amigo de la infancia que vivía en Portsmouth. El amigo era también adicto, pero Wilder no sabía qué otra cosa hacer. Portsmouth estaba lejos del condado de Brown. El tipo le dijo que no tenía mucho, tan solo un

sofá en un apartamento pequeño, pero que Wilder era bienvenido. Jeremy dejó el móvil en Aberdeen: todos los contactos en él eran drogadictos o camellos. Su padre lo llevó hasta Portsmouth y le dio algo de efectivo y aquellos Percocet para sacarlo del apuro. «Buena suerte», le dijo su padre antes de arrancar y marcharse.

Jeremy lo vio alejarse. Estaba solo y confiaba en desengancharse en la meca de las pastillas de Estados Unidos.

Su poesía estaba entre los pocos logros de los que Jeremy se enorgullecía. Nunca le había gustado escribir de niño. Sin embargo, en 2003, encerrado y aburrido en la cárcel del condado de Brown, comenzó a garabatear. Escribía principalmente sobre la vida del adicto y poemas que los tipos de la prisión le enviaban a sus novias. Mucho de lo que escribía era malo. Sin embargo, algunas cosas, pensaba él, tenían valor. Durante un par de periodos en prisión empezó a escribir cada día en su celda. Cuando escribías, los presos te evitaban y los conflictos te esquivaban como el agua alrededor de una roca.

¿Despertaré de este sueño o acabará esto conmigo?
¿Será igual que aquel día en que enterré a mi mejor amigo?
¿Me echarán en falta de veras mi esposa y mi gente?
A veces desearía haber llevado una vida diferente…

Me aproximé al ataúd para ver sin ardid.
Le dedico un momento a mirar dentro, pero a quien miro es a mí.

Nunca había escrito cuando consumía. Solo pensaba en el próximo chute cuando consumía. La heroína no solo atontaba el cuerpo, también las emociones. Escribir era lo contrario a la droga, así que recurrió a ello cuando estaba sobrio, como un modo de seguir estándolo. Le sorprendió que le ayudara.

Lo mismo le sorprendió a Jeremy haber regresado a Portsmouth para la redención que se imaginaba que no se merecía. Sabía que en la ciudad hubo trabajo en su día, ahora no quedaba ninguno; por el contrario, abundaba en drogadictos. Los doctores que le habían recetado pastillas habían aprendido el negocio en Portsmouth, pero, sin ninguna otra esperanza, abrazó Portsmouth como una balsa salvavidas.

Se dio la curiosa circunstancia de que cuando el adicto Jeremy Wilder buscaba renacer en esta ciudad abatida, no se encontró solo.

Si Portsmouth contaba con una superviviente de sus días de gloria industriales, aquella era la compañía de cordones Mitchellace.

Mitchellace fue fundada en 1902 para suministrar a las numerosas fábricas de calzado de Portsmouth. Charles Mitchell inventó una máquina para trenzar cordones —bobinas que giran e hilan como los Harlem Globetrotters— y, en un momento dado, tuvo mil doscientas de ellas en marcha las veinticuatro horas mientras los cinco mil empleados de la compañía fabricaban 120.000 pares de cordones al día. Por aquel entonces, Mitchellace era el mayor fabricante de cordones del país.

Fabricar, empaquetar y exportar cordones a Estados Unidos parece que era algo que pocas compañías extranjeras pudieran hacer de forma rentable. Bajo la gestión efervescente de Kerry Keating, marido de la bisnieta del hombre que relevó a Mitchell en la compañía, la empresa siguió expandiéndose aun cuando las fábricas de calzado de Portsmouth cerraban. La compañía se trasladó a un descomunal edificio de ocho plantas que había albergado en su día la fábrica de calzado Williams Shoes.

Keating se retiró y sus tres hijos tomaron el mando. Por la ciudad, los chicos Keating eran conocidos como «tercera generación». En Portsmouth —y en la mayor parte del Cinturón de Óxido de Estados Unidos, probablemente—, eso quería decir que la primera generación construía las empresas; la segunda, con licenciaturas en Gestión de Negocios, las dirigían y expandían; mientras que la tercera generación se criaba con un apetito por el ocio y sus compañías sufrían, a menudo, un declive. Muchas personas en Portsmouth habían conocido demasiadas terceras generaciones.

Los chicos Keating tomaban las decisiones, pero a menudo no estaban en la oficina. Kerry Keating había abierto una planta de cordones en Honduras para satisfacer la demanda de Kiwi, una firma de productos para el calzado, a precios más bajos. Los hijos Keating comenzaron a trasladar allí la producción para otras compañías también; compañías que no habían sido tan inflexibles en cuanto a la reducción de costes.

Bryan Davis había comenzado de niño en Mitchellace, donde había hecho los trabajos de menor categoría hasta ir ascendiendo y llegar a vicepresidente de ventas. Según él: «Todavía podíamos hacerlo el doble de rápido aquí, con la mitad de la gente, que en el extranjero. Pero cerraron aquí la parte de hilado y tejido que llevaba en su familia desde 1902. La cerraron y la llevaron al extranjero».

Los trabajadores de Portsmouth con la formación para hacer cordones fueron despedidos. Hacia 2009, la compañía tenía ochenta empleados. Los Keating compraron una compañía de suministros de calzado en California.

Puesto que tenía que pagar esa deuda, Mitchellace no podía pagar el hilo y la cera que necesitaba para fabricar lo que vendía. Según Davis: «Nos salían los pedidos por las orejas. Simplemente, no teníamos el dinero para cumplir con ellos».

Los clientes abandonaron la compañía. Finalmente, un banco declaró vencida la deuda y exigió el pago a Mitchellace. Los empleados de la compañía fueron despedidos. La empresa que había inventado la industria de los cordones, y que había sobrevivido a la competencia, se enfrentaba ahora a la bancarrota.

La mayoría en la ciudad aceptó el destino de la compañía. Años de derrota habían convencido a los vecinos de las ideas que se postulaban en las escuelas de negocios y en Wall Street: la subcontratación era inevitable; el crecimiento venía de hacer adquisiciones atractivas y no de desarrollar las habilidades de un negocio para conseguir nuevos clientes. Este dogma juzgaba a poblaciones como Portsmouth tan irredentas como un yonqui callejero. La propia ciudad, tan esclavizada a esta manera de pensar como un yonqui lo está a la droga que lo destruye, parecía creer que no valía la pena ser salvada.

«Te pueden tumbar un cierto número de veces —decía Davis—, hasta que te crees la idea de que todo ha acabado y que has perdido».

Y así sucedió en 2009, con una plaga de pastillas que consumía a sus hijos y la noticia de que su última fábrica de la industria del calzado estaba a punto de cerrar, Portsmouth (Ohio) se vio a sí misma tocar fondo.

No obstante, cualquier adicto sabe que cuando se toca fondo es cuando empieza la recuperación. Eso ocurrió con Mitchellace. A continuación, ocurrió en Portsmouth también.

Nelson Smith estaba en un banco unos pocos días después cuando oyó hablar de la bancarrota de la compañía. Smith es propietario de una constructora de Portsmouth y no sabe nada sobre cordones. Sin embargo, Bryan Davis, sí, de modo que Smith lo llamó.

—Esto no va a pasar —le dijo Smith—. Vamos a salvar esos trabajos. Vamos a salvar esta industria en Portsmouth. ¿Cuento contigo?

—Bueno —contestó Davis—. No tengo mucho más a la vista.

Smith reunió a un grupo de empresarios locales, que pusieron su propio dinero para mantener la planta a flote: un abogado, un agente de seguros, un planificador financiero, Davis y Ryan Bouts, vicepresidente de producción de Mitchellace. El equipo redactó un plan de negocio de cuarenta páginas

llamado Proyecto Goliat, y bautizaron su propuesta de compañía con el nombre de Sole Choice. [8] En la licitación de los restos de Mitchellace estaban también la compañía de calzado Kiwi y una empresa de capital de inversión con la que estaban ahora asociados los Keating.

Dos semanas más tarde, las partes acudieron a los tribunales para decidir el futuro de la fábrica de cordones en Ohio. Todos los acreedores estaban allí. El juez comenzó a llamar a los antiguos dueños «los cuatro de Keating», y entonces les concedió la compañía a Smith, Davis y sus inversores de Sole Choice.

Conocí a Bryan Davis un par de años más tarde. Paseamos por la enorme planta y hablamos del clamor de las bobinas que giraban para producir largas sartas de cordones que se usaban en botas, material médico, zapatillas de deporte, cordeles y zapatos Oxford.

«Hizo falta que unos individuos dijeran: "¡Hasta aquí! —decía Davis—. No vamos a perder más trabajos y no vamos a perder otra industria en esta ciudad". Éramos el último bastión de lo que había sido una gran industria del calzado: la fábrica de cordones. Y no íbamos a abandonarla».

Tres pisos de la planta estaban vacíos. Davis se lo tomaba como que había espacio para crecer. Cuando lo visité, Davis me decía que Sole Choice tenía trescientos clientes (habían subido desde veinticuatro). Cuarenta personas habían recuperado sus empleos y más estaban por venir. La compañía exportaba cordones a treinta países, entre los que se incluían China y Taiwán.

«La mentalidad de la subcontratación nos ha costado millones de empleos. Hemos hecho eso durante treinta y pico años, y hemos destruido el tejido de producción de nuestro país. Todo ha sido por el dinero, el poderoso dólar. El verdadero espíritu emprendedor estadounidense tiene que ser algo más que eso. Tiene que basarse en la gente, las relaciones, en construir comunidades. El dinero…, eso llega. Lo conseguirás en algún momento, pero la felicidad viene de esas otras cosas».

No pasaba mucho tiempo relatando esta historia sobre pastillas y heroína sin que la gente entrara en el tema de la felicidad y cómo conseguirla.

«No se trataba de los cordones, sino de la gente —decía Davis, que es además líder del Partido Republicano en el condado de Scioto—. Estados Unidos invirtió en el Scrooge de Charles Dickens; no podían dejar de lado el hacer dinero. Sin embargo, se trata de cuidar de la familia de Bob Cratchit. Cuidar del pequeño Tim es lo que importa, lo que da alegría de

verdad a la vida. Se nos había olvidado eso. Estábamos bastante conformes con que nuestros trabajadores lanzaran un trozo de carbón al fuego para mantenerse calientes. Estados Unidos hizo eso. Charles Dickens nos advirtió, nos dijo: “No sigáis por este camino”. Piensa en las cadenas del socio de Scrooge, que murió solo, miserable; entonces, lo ves como un fantasma, envuelto en cadenas. Eso te recuerda de algún modo lo que Portsmouth ha sido siempre: una ciudad fantasma totalmente encadenada».

En la época en que Mitchellace se convertía en Sole Choice, el forense del condado de Scioto, Terry Johnson, había pasado la mayor parte de la década armando un escándalo sobre los cadáveres que se amontonaban, fruto de sobredosis de pastillas, en Portsmouth y alrededores, sin conseguir efecto alguno.

Johnson había visto a una generación caminar como zombis por la Ruta 52 y hacer que les reconocieran una merma intelectual para conseguir el SSI y la tarjeta de Medicaid. Había visto a los miembros de una familia engancharse, y se había replanteado todos los estereotipos que tenía acerca de los adictos. Sentía que los doctores le habían fallado a la gente. «Habíamos afligido a las gentes de Estados Unidos con un daño increíble como profesionales —decía—. Los farmacéuticos también lo habían hecho. Cada una de las pastillas que mataban a la gente en mi condado había sido recetada legítimamente, dispensada legítimamente y pagada legítimamente».

Ohio tenía en aquel momento aquella ley sobre el dolor intratable que eximía a los doctores de ser acusados por recetar opiáceos de manera responsable, pero ninguna ley estatal regulaba las clínicas del dolor. «Así que decidí que tenía que ir a Columbus y aprobar una ley antes de que nadie se diera cuenta de lo que estaba haciendo», me dijo Johnson una tarde en Portsmouth.

En 2010, Johnson fue elegido para la Cámara de Representantes de Ohio; se convirtió en el primer republicano en ocupar la silla de Portsmouth que antes ocupara, aparentemente a perpetuidad, Vern Riffe hijo.

Johnson ocupó su cargo en 2011. Redactó junto a su compañero en la Cámara, el farmacéutico Dave Burke, el proyecto de ley 93 de la Cámara. Se trataba de un hecho extraordinario. Los límites de las legislaturas en Ohio significaban que los legisladores entraban y salían sin adquirir grandes conocimientos sobre los temas para los que aprobaban leyes cuando el periodo expiraba. La legislación la redactan a menudo los grupos de presión

que representan al poder que se acumula en Columbus mientras los legisladores rotan de un periodo a otro. «Sin embargo, nosotros salimos por donde no se lo esperaban —decía Johnson—, y redactamos nuestra propia legislación».

Durante un mes, tanto él como Burke trabajaron en la sombra como los luchadores de la Resistencia francesa. Forjaron una ley que definía y regulaba las clínicas del dolor. Su proyecto de ley 93 de la Cámara ilegalizaba, entre otras cosas, que un delincuente condenado dirigiera una de estas clínicas. Los doctores no podían dispensar productos farmacéuticos desde sus clínicas (una práctica muy extendida de las clínicas de pastillas hasta entonces). Jo Anna Krohn y miembros de SOLACE se presentaron para apoyar la ley y el gobernador Kasich prometió firmarla.

En el estado que era la quintaesencia de los campos de batalla en el país, el proyecto de ley 93 de la Cámara era aprobado por unanimidad en mayo de 2011. Juntos, los republicanos y los demócratas de Ohio derogaron la ley estatal del dolor intratable.

Mientras tanto, en Portsmouth, se formaron iglesias en alianza contra las clínicas de distribución de pastillas: los bancos centrales de la economía del OxyContin de la ciudad. Tom Rayburn, miembro de la Primera Iglesia Apostólica, recibió la tarea de idear un plan: «El Señor dijo: “Organiza siete marchas” —me contó Rayburn—. Siete es el número de Dios».

Las marchas pasaron por dos barrios de viviendas de protección oficial conocidos, alrededor de la cárcel y a través del centro. Una marcha rodeó siete veces una clínica de pastillas. Los manifestantes pararon en la puerta de la clínica. Salió una enfermera que les gritó que bloqueaban el tráfico. Los manifestantes comenzaron a cantar *Amazing Grace* . Un pastor local sacó un *shofar* (un cuerno de carnero como el que usó Josué en Jericó) y sopló.

La séptima marcha estaba programada para que atravesara el este de Portsmouth. La zona este estaba embutida entre las vías del tren y el río Ohio. El declive de Portsmouth había destrozado esa área. Ahora era un gueto de familias blancas que vivían del subsidio por desempleo y el SSI; las pastillas se habían asentado en el este como una plaga bíblica.

Sin embargo, la semana había sido buena. El proyecto de ley 93 de la Cámara acababa de ser aprobado. La mayor redada antidroga en la historia del condado había tenido lugar cuando los agentes se habían abalanzado sobre seis clínicas del dolor y las habían cerrado. Su cierre acababa con la

era de las clínicas de distribución ilícita de pastillas en Portsmouth. Ninguna ha vuelto a abrir sus puertas.

No obstante, la tarde de la séptima marcha presagiaba mal agüero. El cielo permaneció oscuro todo el día y dejó caer una lluvia fría sobre los cientos de manifestantes cuando serpenteaban a través de la zona este. Sin embargo, cuando finalizaba la marcha, cesó la lluvia torrencial. Los manifestantes se quedaron allí, temblando, mientras se secaban. En ese momento, un arcoíris se curvaba sobre la inmensa fábrica de Mitchellace. El cielo se aclaró. Salió el sol y una lluvia fina, extraña y purificadora cayó. Mientras lo hacía, apareció otro arcoíris que cruzaba al primero en el cielo. La gente se detuvo y miró fijamente hacia el doble arcoíris que abrazaba Portsmouth desde la zona este hacia el oeste.

«La gente se asomaba a su puerta —decía Lisa Roberts—. Miré a todos a mi alrededor. Había un fuerte resplandor. Habíamos sido una ciudad en duelo constante. Todas las semanas había otra muerte. Ahora, la inundación se había acabado, aquella riada de pastillas. Era como recibir visiones de la Virgen María o algo así. Era como si este demonio, este mal, se hubiera quitado de nuestros hombros».

Portsmouth no evitó el nuevo azote de heroína. Más bien al contrario. Muchos entre la enorme población de la ciudad enganchada a los opiáceos se pasaron a la heroína. El crimen aumentó. Los traficantes de heroína en polvo de Detroit comenzaron a circular por Portsmouth. Los adictos empezaron a ir a Columbus a comprar el alquitrán negro barato que los mexicanos vendían como *pizzas* . No mucho tiempo después, era posible encontrar tanto polvo como alquitrán negro en la ciudad donde un día se erigiera Tierra de Sueños.

Las clínicas de pastillas del condado de Scioto ilustraban en qué medida se había generalizado la prescripción de opiáceos en Estados Unidos. Durante su último año en funcionamiento, se recetaron de forma legal 9,7 millones de pastillas en un condado de ochenta mil habitantes. No obstante, aun dos años después de que las clínicas de pastillas cerraran, se recetaron aquí siete millones de pastillas.

En cualquier caso, cerrar las clínicas cínicas era un comienzo necesario. Era una acción, como el rescate de Mitchellace, que la gente de la ciudad emprendió para decidir su propio futuro en lugar de dejar que les ocurriera sin más.

En algunos aspectos, aquello se convirtió en un tema. Portsmouth regresó, asimismo, a una forma de gobierno apoyada en el gerente de la ciudad. El ayuntamiento contrató a un hombre que había administrado otras ciudades antes de llegar a Portsmouth. Los cajeros del supermercado no dirigirían los asuntos de la ciudad nunca más, y los residentes podrían saber finalmente los horarios de recogida de basuras.

Scott Douthat, el profesor de Sociología de la Universidad Estatal de Shawnee, hizo que una clase estudiara los problemas de la ciudad y propusiera soluciones que no requirieran presupuesto adicional. Douthat y sus colegas habían encuestado previamente a los residentes. Lo que más les preocupaba: «No era el crimen, no eran las drogas, no era la economía —decía Douthat—. Era el aspecto que tenía la ciudad».

Las autoridades municipales ignoraron la encuesta al principio: «No necesitamos académicos lumbreras que vengan aquí a decirnos cómo hacer nuestro trabajo», replicaba uno de ellos.

Sin embargo, se había producido desde entonces un giro en el ayuntamiento; de manera que, cuando los estudiantes de Douthat formularon sus propuestas, fueron escuchados. Los estudiantes instaron al ayuntamiento a solicitar una beca para servicios policiales orientados a la comunidad otorgada por el Gobierno federal, que consiguió. Ahora había más agentes en las calles. Los estudiantes sugirieron comprar un foco para un parque problemático del centro, y las prostitutas se trasladaron a otro lugar por arte de magia. Propusieron una cuota anual de cincuenta dólares a todas las propiedades en alquiler para pagar a inspectores del código de la vivienda, además de ofrecerse para introducir los datos de las propiedades en alquiler. La ciudad contrató a estos inspectores, cuya presencia motivó a los arrendadores. Los estudiantes sugirieron incluir la recogida de basura como parte de la condicional y se ofrecieron voluntarios a ayudar a un juez a organizar el programa, puesto que el ayuntamiento no tenía dinero para el personal. Las personas en libertad condicional recogieron noventa toneladas de basura en los primeros tres meses.

Todo esto era el abecé del gobierno municipal, pero resultaba radicalmente estimulante en una ciudad que emergía de una neblina de narcoeconomía que había durado treinta años. Mientras tanto, los residentes se dieron cuenta de que el ayuntamiento apenas tenía presupuesto. Las iglesias, los *boy scouts* y otros grupos comenzaron a realizar limpiezas cívicas regulares en los parques y el río.

Por primera vez desde la década de los años sesenta, alguien llamado Vern Riffe no ocuparía un cargo político en Portsmouth. Riffe hijo se retiró de su poderosa posición como portavoz de la Cámara de Representantes de Ohio en 1995 y falleció dos años después. En 2014, su hijo, Vern Riffe III , se retiró tras un cuarto de siglo como comisionado del condado de Scioto. Nueve personas se presentaron a ocupar su puesto.

Mientras tanto, comenzaban a abrir gimnasios en Portsmouth. Uno de ellos, Iron Body, se trasladó a una antigua tienda de coches del centro, y a los seis meses, contaba con cuatrocientos miembros. Según Bill Dever, abogado local y miembro del club: «La gente se hartó de ver adictos y gente gorda, así que se produjo este gran giro hacia la salud y la buena forma física. Se puede palpar».

Algunos edificios del centro fueron reformados. El propietario de una tienda de ropa de Cincinnati llamado Terry Ockerman se mudó de vuelta al condado de Scioto, donde había crecido. Ockerman compró y reformó una tienda de muebles vacía de cuatro plantas en el centro de Portsmouth y la transformó en estudios modernos y resplandecientes cuyo alquiler tenía listas de espera. Al lado, montó un café con mesas en el exterior, un lugar donde la gente pudiera quedar y conversar. «Vivir en un estudio y los cafés… ¿Qué hay más en la onda que eso? —decía—. Lo que vendemos es un estilo de vida». La ciudad parecía dar la bienvenida a lo nuevo mientras huía de lo viejo.

En este sentido, mientras terminaba de escribir el libro, recibí un correo electrónico de David Procter. Recordaba mi solicitud de entrevista, que había rechazado mientras estaba en prisión. Había salido y lo habían deportado a Canadá, decía en el correo. Estaba dispuesto a hablar ahora.

Yo sentía verdadero interés en hablar con él e hice un bosquejo de unos cuantos temas que podíamos discutir. Me respondió que él tenía mucho que ofrecer en materias como las clínicas de distribución de pastillas y las campañas promocionales de las farmacéuticas, así como sobre el efecto que estas tuvieron en sus prescripciones. Sin embargo, añadió a continuación: «Cualquier consulta, sea médica o legal, siempre conlleva un precio… Si sientes que vale la pena seguir adelante, hazme una oferta cuando me llames». Me proporcionó una dirección de correo electrónico y un número de teléfono del área de Toronto.

Le respondí que no pago por las entrevistas: «Su participación en la industria de las clínicas de pastillas hace que su perspectiva e historia sean,

sin duda, muy interesantes —le escribí—. Esperaba que, dado su pasado, deseara que la gente supiera todo lo que ocurrió, que querría ayudar a arrojar luz… Podría ayudar verdaderamente de nuevo a personas que sienten dolor, el cual, puedo asegurarle, es real. Puede ayudar a reparar parte de ese dolor al ayudar a arrojar luz sobre este problema nacional».

No he vuelto a saber nada de él. Una pena, probablemente tuviera algo interesante que decir. Sin embargo, lo que estaba sucediendo en Portsmouth con la mirada puesta en el futuro mientras la ciudad devolvía los golpes me cautivaba mucho más que un doctor caído en desgracia que intentaba reunir los últimos cuartos gracias a su pasado criminal.

Mucho más vital era, por ejemplo, el tipo de cosas que un tipo joven llamado Clint Askew estaba creando. Mientras escribía este libro y pasaba tiempo en Portsmouth, Askew había reunido a un grupo de nueve o diez amigos obsesionados con el rap. A altas horas de la noche, en su trabajo como dependiente de un mercado, comenzó a trabajarse estrofas, estribillos y ritmos que los acompañaran. Sus amigos añadieron sus propias letras. Así nació Raw Word Revival.

Askew había crecido en Portsmouth y tomó la ciudad como materia prima para hacer rimas, a modo de periodista, con lo que tenía alrededor. Nunca había consumido pastillas, pero había visto a lo mejor de su generación morir o deambular por las calles en harapos mientras buscaban un chute. Un amigo, enganchado a las pastillas, usaba una percha calentada para quemarse puntos en el brazo en forma de la *w* de *whore* [puta]. Cada punto era una chica con la que se había acostado. Este chaval antes era tan puritano que nunca decía palabrotas.

«Siempre tuve la sensación de que se suponía que tenía que hacer algo con mi vida», decía Askew.

Una noche, en el mercado donde trabajaba, se le ocurrió una frase de gancho. ¿Qué sabía la gente en realidad sobre este lugar olvidado? Le añadió el código postal, 740, y se le ocurrió un estribillo:

What the hell you know about the 7-4-0?
If you ain't lived here, worked here, sold here
If you ain't caught a case here
What you know about this place here? [9]

Otros miembros de RWR agregaron estrofas en las que contaban lo que habían conocido al crecer aquí. La canción era un lamento salido del mundo

Walmart del corazón rural de Estados Unidos, rap blanco de los Apalaches sobre el declive y renacimiento de Estados Unidos.

Used to be known as the 6-1-4
Now it’s just known for the devil at your door
Pain clinics, pill mills
Factories, drug deals…

Yes I’m aware an’ I care
An’ I’m ready to revive our greatness
But be patient
‘Cause a big black cloud’s hang’n over our town
Flash flood a lotta people going my route wound
Up gettin’ drowned… [10]

Grabaron un vídeo con un iPhone con la ciudad como localización. Miles de personas lo vieron en Facebook. El tema retumbaba desde los coches, la gente lo cantaba en el Walmart. A las personas que odiaban el rap les encantaba la canción. De repente, Portsmouth contaba con arte estimulante y sincero al que apoyar.

Poco después, la gente vio el 740 en otros sitios. El 740 estaba en el condado de Floyd (Kentucky) y en Marion (Ohio). Estaba en Chimayó (Nuevo México) y en las ciudades que vivían de las plantas cárnicas del suroeste de Kansas. Estaba en aquellas colas largas y deprimentes a la salida de la consulta de David Procter, en cualquier pasillo del Walmart y en aquel aparcamiento donde se asentara en su día Tierra de Sueños. «7-4-0 me recuerda a mi ciudad natal, Elkhart, Indiana (574)», me comentó una mujer tras leer algunas entradas de mi blog que había escrito sobre la canción.

En mi última visita, estaba claro que Portsmouth empezaba de cero, dejaba de lado viejos dogmas y una cultura de la dependencia. La ciudad parecía ahora considerarse a sí misma más responsable y buscaba recuperar una comunidad destrozada y tomar las riendas de su futuro.

La señal más notable de esto, con diferencia, era que cientos de adictos, despacio pero inexorablemente, se alejaban de la droga y se acercaban a su propia rehabilitación. Cerca del 10 por ciento de la ciudad estaba en rehabilitación. La ciudad que había guiado al país hacia la epidemia de opiáceos, la zona cero de la explosión de las pastillas, estaba ahora preparada para sacarlo de ella.

Con los charlatanes y las clínicas fuera de juego, los vecinos descubrieron que sus hijos, ahora limpios, comenzaban a caminar en dirección a casa. Muchos habían estado ausentes mucho tiempo, y muchos nunca regresaron.

Las actitudes inflexibles del conservador condado de Scioto se suavizaron. Los adictos en rehabilitación tenían ahora más facilidades para encontrar trabajo. Todo el mundo tenía amigos o familiares drogadictos. Algunos empresarios creían en segundas oportunidades. Otros no veían muchas alternativas. Aquellos que estaban en recuperación iban a pasar al menos un control de drogas. Un trabajo no era la panacea y muchos recaían incluso antes de encontrar uno, pero era un comienzo.

Desengancharse despertó la creatividad e imaginación de aquellos que lo consiguieron. A veces parecía que había llegado una nueva fuerza de trabajo. Los adictos en recuperación inyectaban en Portsmouth lo que otras ciudades estadounidenses confiaban que aportaran los inmigrantes mexicanos: energía, optimismo, gratitud por tener una oportunidad.

La resurrección de Portsmouth, como aquel vídeo de RWR, brotaba de las cenizas del declive de la ciudad. La ciudad ocupaba una posición que le permitía ser el centro nacional de la investigación y tratamiento de la adicción. Contaba con miles de adictos —tanto en activo como en recuperación— y muchos edificios vacíos en los que expandirse. Desde el cierre de la Granja de Narcóticos de Lexington (Kentucky) en los años setenta, el país no había tenido una oportunidad de estudiar a tantos adictos en un lugar tan pequeño.

«Las ciudades de las plantas de acero fueron engullidas —me dijo Lisa Roberts un día durante una comida—. Para reemplazar nuestra base industrial hicimos prisiones y plantas nucleares. Entonces la heroína se convirtió en la nueva industria. Se permitió que esto se propagara por los Apalaches durante, al menos, una década. Lo que ocurrió entonces es que se trasladó a todo el país como un cáncer. Ahora nos ven como líderes porque tenemos la experiencia y sabemos cómo funciona».

De hecho, el condado de Scioto estaba a la cabeza del país en muchas cosas. Cuando las sobredosis mortales establecían cifras récord en el estado y la nación, descendían en el condado de Scioto. El condado contaba con un programa de intercambio de jeringuillas que recogió cien mil en un año; los nuevos casos de hepatitis C descendieron a la mitad. Los adictos salvaron a veintitrés personas de morir de sobredosis al inyectarles naloxona que

habían recibido de un proyecto piloto financiado por el estado en el condado de Scioto.

China, que había perdido dos guerras del opio llevadas a cabo contra ella por el Imperio británico, se curó a sí misma de la adicción al confiar en antiguos adictos para que ejercieran de mentores de sus hermanos y hermanas enganchados a la droga. Portsmouth hacía lo mismo. Las reuniones de programas en doce pasos estaban por toda la ciudad; en algunas ocasiones, había varias en un día. Los adictos veían a su alrededor ejemplos de personas que se desenganchaban y eran felices. Un adicto que comenzaba su recuperación contaba ahora con mentores a los que llamar a las tres de la mañana, que sabían cómo de difíciles se podían poner las cosas. Muchos adictos en recuperación solicitaban entrar en la Universidad Estatal de Shawnee con la esperanza de ser trabajadores sociales u orientadores especializados en adicciones. La facultad añadía profesores y una licenciatura en Trabajo Social, así como un máster en Psicología, todos enfocados a la adicción.

Por encima de todo, el Centro de Orientación había doblado su tamaño durante la epidemia. Ahora, ocupaba uno de los muchos edificios abandonados de Portsmouth y daba empleo a doscientas personas, la mayoría de las cuales estaba en recuperación y tenía antecedentes penales.

En el Centro de Orientación trabajaba Jarrett Withrow, que había formado parte de la cuadrilla de forjadores que había ido a Florida, donde descubrieron el paraíso de las pastillas. Kathy Newman, que había recurrido a David Procter para que la ayudara con un dolor derivado de un accidente de coche, estaba ahora limpia y también trabajaba en el centro. Los adictos que intentaban recuperarse podían ahora divertirse sin beber o consumir drogas. El Centro de Orientación abrió el Clubhouse, el garito más grande libre de drogas de su clase en Ohio. Allí se organizaban bailes, juegos de cartas y reuniones del programa en doce pasos.

Al frente del Clubhouse estaba, ni más ni menos, Mary Ann Henson. Mary Ann, que se enfrentaba a varios delitos, había conseguido desengancharse finalmente en 2010. Su marido, Keith Henson, había dejado también de consumir. Su hijo, Luke, tenía ocho años y, con dos progenitores sobrios, era un niño más alegre, pelirrojo y con una boca grande llena de dientes de porcelana. Mary Ann, ahora en la cuarentena, se dedicaba a llevar a Luke a sus actividades deportivas y hacía de madre de las personas que comenzaban su recuperación y pasaban el rato en el Clubhouse.

Angie Thuma, la famosa ladrona veterana del Walmart, esperaba conseguir trabajo algún día en el Centro de Orientación. Llevaba veinte meses limpia y trabajaba como cajera a cambio del sueldo mínimo de doscientos treinta dólares a la semana, con los que criaba a sus dos hijos mientras vivía con sus padres. Los cargos de robo le prohibían entrar en el Walmart, de manera que comprar se había convertido en una carga. No estaba dispuesta a solicitar el puesto de ayudante del gerente donde trabajaba por miedo a que comprobaran sus antecedentes y su pasado saliera a la luz.

No obstante, la última vez que hablamos me dijo: «Cuando pienso en todo por lo que he pasado y en que sigo viva, siento el coraje para seguir mejorando».

Esta parecía ser la actitud de Portsmouth. La ciudad todavía parecía tan llena de cicatrices y golpes como el brazo de un adicto. Las prostitutas de ojos desorbitados merodeaban por las vías del tren de la zona este, y había demasiados empleos donde se cobraba el sueldo mínimo y que no llevaban a ningún sitio. Portsmouth tenía todavía cientos de drogadictos y camellos. Sin embargo, ahora tenía también una confianza, una poderosa cultura de la recuperación que competía con la cultura de colocarse; era una comunidad que se reparaba lentamente.

Prueba de ello era que los adictos procedentes de todo Ohio migraban ahora en dirección sur para desengancharse en Portsmouth. Ningún lugar de Ohio contaba con la misma infraestructura para la recuperación que esta ciudad.

Durante mi último viaje a Portsmouth, conocí a una mujer joven de Johnstown, una ciudad rural al noreste de Columbus que, a tenor de su descripción, sonaba en gran medida al 740 sobre el que rapeaban los RWR. Le había comprado heroína a los Muchachos de Xalisco en Columbus durante un par de años. Cuando intentó dejarlo, un conductor que hablaba inglés la llamó sin parar durante una semana: «Pero, señorita, tenemos un producto muy bueno, acaba de llegar».

Finalmente, tiró el teléfono. No había mucho en él salvo contactos de drogas, de todas formas. Tenía veintitrés años y estaba sola con un hijo de diez meses; con el deseo de desengancharse y sin tener ningún sitio al que recurrir, encontró refugio en Portsmouth: «Me encanta. Tengo miedo de volver», me contó con el ritmo propio del deje de las zonas rurales de Ohio

cuando nos conocimos en una fiesta en que se celebraba el primer año de sobriedad de una mujer.

Así que la vieja ciudad maltrecha había resistido. Era, de algún modo, un faro que recibía en sus brazos a los yonquis, temblorosos y con ojeras, y les hacía saber que no todo estaba perdido. Que al final de las ruinas había un lugar exactamente igual que ellos: pateado y enterrado pero superviviente. Un lugar que, como ellos, estaba destrozado y había perdido muchas cosas valiosas, pero que volvía a alimentarlas. Aunque se encontraran a la deriva, ellos también podían comenzar a encontrar el camino de vuelta. El camino para retornar a aquel lugar llamado Tierra de Sueños.

[8] Juego de palabras entre dos de las acepciones de la palabra *sole* , que significa tanto «suela» como «único», de manera que el nombre de la compañía puede entenderse como «elección de suela» o como «única elección».

[9] ¿Qué coño sabes sobre el 740? / Si no has vivido aquí, trabajado aquí, vendido aquí / Si la poli no te ha acusado aquí / ¿Qué coño sabes sobre este lugar?

[10] Solía conocerse como el 6-1-4 / Ahora solo se conoce por el demonio en tu puerta / Clínicas del dolor, clínicas de pastillas / Fábricas, tráfico de drogas… / Sí, soy consciente y me importa / Y estoy listo para revivir nuestra grandeza / Pero ten paciencia / Porque una gran nube negra se cierne sobre nuestra ciudad / Inundación repentina, mucha gente por mi carretera, herida / Despiertos, ahogándose…

EPÍLOGO


EPÍLOGO

En 2011, las sobredosis de heroína de alquitrán negro asolaron el Instituto de Upland, «la ciudad donde la vida es amable»: una población residencial de clase media a sesenta y cuatro kilómetros de Los Ángeles. Los jóvenes del instituto se habían enganchado a las pastillas y habían pasado a la heroína después. Ahora les compraban heroína a unos cuantos camellos en el campus, los cuales se abastecían a su vez de algunos traficantes mexicanos de la zona, incluyendo uno en particular al que todos llamaban el Chato.

Los agentes que me contaron esta historia decían que ellos ya habían oído a los confidentes hablar de la banda del Chato. Intentaron penetrar en ella en una o dos ocasiones; sin embargo, la ola de sobredosis en el instituto le dio un nuevo apremio a la investigación.

Como pusieron de manifiesto las escuchas y los confidentes, el Chato era de Nayarit, posiblemente de Xalisco, y residía en Riverside, a cuarenta kilómetros al este de Upland. Dirigía una banda de conductores que repartía heroína en el área y otra que trabajaba en Las Vegas. Poseía cuatro teléfonos móviles: uno para los clientes de la ciudad de Ontario, cerca de Upland; otro para Las Vegas; un tercero para contactar a sus conductores, y un cuarto, del que los agentes nunca consiguieron el número, para hablar con México.

La investigación de las bandas del Chato duraría tres años y conectaría su operación con la de otras bandas y con los mayoristas de Nayarit en catorce estados de Estados Unidos. Al conectar las piezas de estas redes, los agentes incautaron unos cuatrocientos cincuenta kilos de heroína, que consideraban tan solo una fracción mediana de lo que entraban esas bandas, en general, en lotes de dos kilos.

Asimismo, el Chato parecía no ser un solo hombre. Era el nombre que usaba quienquiera que llegara a dirigir las bandas, que llevaban una década funcionando silenciosamente. El propietario de las células, asumían los agentes, vivía en México.

Durante los meses que siguieron al lanzamiento de *Tierra de sueños* , la gente me preguntaba a menudo si los Muchachos de Xalisco seguían operando. Mi respuesta es que sí, y señalo los casos como el que se desató

en Riverside, Ontario y Las Vegas. Los Muchachos de Xalisco siguen vendiendo heroína por todo Estados Unidos. Eso no ha cambiado.

Sin embargo, el mundo de la heroína de los Muchachos de Xalisco ha cambiado de forma radical. Por encima de todo, el mercado de la heroína en Estados Unidos aumentó, puesto que cada vez más adictos a las pastillas hacían la transición a la droga. Los Centros para el Control de Enfermedades descubrieron que las sobredosis mortales de heroína se habían triplicado desde 2010 a 2013. Al anunciar un nuevo estudio sobre la extensión del consumo de heroína, la agencia, junto con la FDA y la DEA, publicó una nota de prensa que comenzaba de la siguiente manera: «El consumo de heroína ha aumentado en Estados Unidos entre hombres y mujeres, la mayoría de los grupos de edad y todos los niveles de ingresos. Los mayores incrementos se han producido en grupos que poseían históricamente las tasas más bajas de consumo de heroína, entre los que se incluyen las mujeres y las personas con seguro médico privado e ingresos más altos».

Los Muchachos de Xalisco fueron los primeros en reconocer y explotar el nuevo mercado para la heroína que el exceso en la prescripción de pastillas narcóticas creaba. Sin embargo, ahora se había corrido la voz. Todos en el submundo de la droga sabían que la heroína era lo que había que vender. El número de traficantes parecía aumentar con ferocidad, de manera que abarrotaban los mercados que los Muchachos de Xalisco habían tenido en su día para ellos solos en muchos estados. Los camellos callejeros que vendían metanfetamina o cocaína se habían pasado ahora, al parecer, a vender heroína. Me contaron que, en Cincinnati, grandes cantidades de tipos negros que parecían ser más jóvenes que nunca aguardaban en las esquinas para venderles heroína a los adictos blancos que acudían al área triestatal en coche desde las zonas residenciales y rurales. Para anunciar sus intenciones, los camellos ladraban como si fueran perros; «comida de perro» era el apodo para la heroína en la era del alquitrán negro.

Los carteles mexicanos eran también plenamente conscientes del nuevo mercado de la heroína. Daba la impresión de que se estaban haciendo con el dominio colombiano del este de Estados Unidos, del mismo modo en que les habían arrebatado el negocio de la cocaína dos décadas antes. «Los colombianos se han retirado casi totalmente de la distribución directa de heroína en Estados Unidos —me contaba una fuente de las fuerzas de

seguridad de Nueva York—. Lo que ya sucedió con la cocaína a finales de los años ochenta ocurre ahora también con la heroína».

Poco antes de nuestra conversación, la policía de Nueva York había incautado casi setenta kilos de heroína importada desde Sinaloa (México) que procedían originalmente de Colombia. Los colombianos se imaginaban que obtendrían menos beneficios con menos riesgos, y se contentaban ahora con vender su heroína a los carteles mexicanos, ávidos de explotar el creciente mercado estadounidense.

Asimismo, cada nuevo adicto era un camello en potencia, puesto que vender heroína es la manera que tienen muchos para mantener el hábito, ya que un trabajo a jornada completa no es compatible con la demanda de la molécula de la morfina.

Al mismo tiempo, no obstante, parecía formarse una masa crítica. Poco después de que se publicara *Tierra de sueños* , familias que acababan de perder a sus hijos comenzaban a mencionar las luchas de sus hijos con la adicción en los obituarios donde todos podían leer sobre ellas. A la vez que mencionaban la personalidad cómica y carismática de su hijo, los padres de Daniel Wolanski, de veinticuatro años y procedente de Avon Lake, al norte de Ohio, escribían: «Por desgracia, la batalla de cinco años con la adicción tomó el control» y esta acabó venciendo, a pesar de que Daniel hablaba a menudo antes de morir de los muchos amigos que había perdido por culpa de una sobredosis. «Dicen que hace falta una comunidad para criar a un hijo —escribían sus padres—. Hace falta una comunidad para combatir la adicción».

Con este sentimiento, más grupos antiheroína empezaron a formarse en Facebook. A diferencia del momento en que comencé mi investigación, ya no era difícil encontrar a padres que quisieran contar sus historias. La adicción a los opiáceos perdía el estigma y el tabú que había sofocado esas voces tan solo unos meses antes. Todo me recordaba a la epidemia del sida, durante la que familiares de los fallecidos usaban, al principio, eufemismos para hablar del modo en que habían muerto sus seres queridos. Eso había cambiado. Las familias, los padres se sentían envalentonados, habían perdido la vergüenza y hablaban en público.

Catorce años después de publicar un reportaje que denominaba la carta de «Porter y Jick» un «estudio de referencia», la revista *Time* colocó la adicción generalizada a los opiáceos en la portada. *Sports Illustrated* publicó un largo artículo sobre la adicción de los deportistas a estas drogas.

Diarios de todo el país publicaron extensos reportajes sobre la heroína en sus comunidades, ilustrados a menudo con fotos de una jeringuilla en el brazo de un adicto.

Una consecuencia fue que hubo doctores que redujeron el número de recetas en algunas áreas del país. De nuevo, no obstante, esto parecía hacerse a menudo sin matizar o considerar quién podía necesitar realmente los fármacos, del mismo modo en que no se habían recetado prácticamente a nadie en un momento dado. Así que personas que necesitaban de verdad las pastillas para el dolor crónico denunciaban tener problemas para conseguirlas.

Hablé en dos ocasiones con la Oficina de la Política Nacional para el Control de Drogas de la Casa Blanca —la oficina del llamado «zar de las drogas»—, donde me aseguraron que la epidemia del abuso de opiáceos era un asunto prioritario. El nuevo zar de las drogas, Michael Botticelli, tenía un historial en la salud pública; era el primer zar que no venía de las fuerzas de seguridad o el Ejército. Era, asimismo, un alcohólico en recuperación que llevaba veinticinco años sobrio. La oficina formó una unidad especial antiheroína, que, en el momento que escribo, conforma una serie de recomendaciones de actuación.

Un consejero de la campaña para la presidencia de Hillary Clinton me llamó. La señora Clinton, me dijo, había escuchado a muchos padres con hijos adictos durante sus campañas por Iowa y New Hampshire. Pasamos una hora al teléfono, durante la que hablamos de analgésicos, clínicas de pastillas, el tráfico de heroína mexicana y sobre el silencio que había rodeado la epidemia y que le había permitido extenderse. Un mes después, se informó de que la señora Clinton había elaborado propuestas de políticas para enfrentar el problema.

A medida que la campaña de 2016 se desarrolla, espero que se debata este tema con frecuencia y que los padres de los adictos, en particular, levanten la voz y cuenten su historia.

En efecto, la adicción generalizada de jóvenes blancos de áreas rurales y residenciales de Estados Unidos tenía el efecto por toda la nación que el juez Seth Norman ya había apreciado en Nashville. Ideas que yo sospechaba que muchas personas consideraban asentadas volvían a examinarse ahora. ¿Cuál era el papel adecuado del tratamiento de la drogadicción frente al encarcelamiento? Los padres presionaban a los políticos para que buscaran alternativas al encarcelamiento y los

antecedentes penales para sus hijos adictos. Aún más destacable fue el hecho de que, en el otoño de 2015, los candidatos republicanos compitieron por parecer los más compasivos en lo que respecta al tratamiento de la adicción. Chris Christie, Carly Fiorina y Jeb Bush contaron historias sobre los adictos que habían conocido, seres queridos y amigos, de un modo que podía haber eliminado cualquier posibilidad de ganar unas primarias republicanas una década antes. Parecía que los años del discurso de mano dura contra el crimen había aislado a muchos republicanos al intimidarlos para que guardaran silencio sobre el tema de la adicción. Ahora se sentían libres de hablar de ello, libres de cuestionar viejos tabús.

Se me antojaba que la heroína, tan temible y escalofriante, emergía como un potente catalizador en Estados Unidos.

El azote de los opiáceos hacía plausibles estrategias políticas que en su momento eran impensables. Cuando en el condado de Scott, en la Indiana rural, se dispararon las infecciones de VIH debido a que los adictos compartían jeringuillas, el gobernador republicano del estado pidió un programa de intercambio de estas. El director del sistema penitenciario de Ohio, al servicio de un gobernador republicano, comenzó a inscribir a los presos en el sistema de Medicaid para que pudieran beneficiarse de tratamientos de rehabilitación pagados fuera: «Nuestra inversión es en las comunidades, no en la prisión —le dijo a un periodista—. No voy a construir otra puñetera prisión». El jefe de policía Leonard Campanello, de Gloucester (Massachusetts), anunció que no arrestaría, sino que les buscaría tratamiento, a aquellas personas que acudieran al departamento con sus drogas o la parafernalia para drogarse. En un acto de teatro de guerrilla inspirado, publicó además los nombres e información de contacto de los presidentes de las cinco compañías farmacéuticas más grandes, junto con sus salarios y los beneficios de su puesto.

Visité el norte de Kentucky, conservador y liberal, para la revista *The New Yorker* , y encontré condados que habían convertido pabellones de sus prisiones en clínicas de rehabilitación a pleno rendimiento. En el norte de Kentucky, a los demócratas se les ponía difícil ser elegidos, aunque también les sucedía a los republicanos que no se adscribían a la idea de que la adicción era una enfermedad que se enfrentaba mejor con tratamiento en lugar de con cárcel y antecedentes penales. En los condados de Kenton y Pulaski, las prisiones habían contratado a adictos en recuperación para que dirigieran los programas de rehabilitación y apadrinaran a otros adictos. La

cárcel parecía convertirse lentamente en un lugar donde el adicto podía recibir ayuda y aprovechar el tiempo que permanecía apartado del fácil acceso a la droga y a la vida relacionada con ella.

La epidemia de opiáceos había anegado las infraestructuras de rehabilitación disponibles en el exterior. Había pocas familias, excepto las acaudaladas, que pudieran pagar el tipo de tratamiento interno que la adicción a los opiáceos parecía requerir: de nueve meses a un año, como mínimo, según me dijeron los especialistas en adicciones. De modo que la pregunta de qué forma adoptaba la cárcel se había vuelto fundamental para las familias que nunca la habían considerado. Tras años de epidemia de opiáceos, la perspectiva de que si querías recibir tratamiento, tenías que ir a la cárcel se volvía extrañamente real en algunas áreas.

Esto marcó una nueva manera de ver la cárcel: como una inversión en lugar de como un coste. La cárcel había sido un coste, un sumidero para los presupuestos del condado, durante décadas. Los presos pasaban meses vegetando, confabulando, planeando sus escapadas criminales. Ahora algunos condados tenían una nueva opinión de la cárcel como un lugar donde se podían crear nuevos centros para el tratamiento de la drogadicción de una forma rápida y relativamente barata, a la vez que permitía usar el tiempo que antes dedicaban los adictos a vegetar para ayudar a sacar a algunos de ellos del mundo de las drogas.

La cárcel como inversión, no como coste. La heroína, de nuevo, como catalizador.

Esto encerraba, no obstante, grandes retos. Había una razón, después de todo, por la que la cárcel era nuestra respuesta a la adicción. Ante la perspectiva de los adictos que recaen una y otra vez, la cárcel parecía una opción segura. Al menos, allí los adictos estaban aislados; no podían entrar en casas, robar el dinero de sus padres, robar en tiendas e involucrarse en delitos más graves. Ahora, los Gobiernos estatal y comarcal parecían asumir la tarea, al menos en opinión de la gente, de curar la adicción de algún modo (mediante cambios de comportamiento y el establecimiento de nuevas conexiones cerebrales, básicamente). Eso es mucho pedir cuando se trata de la molécula de la morfina. Veremos cómo va. Los adictos recaían. De hecho, recaer se considera parte de la recuperación. Algunas personas con las que hablé, de hecho, redefinían la recuperación como una serie de periodos de sobriedad que crecían en duración, pero que eran interrumpidos por las recaídas. «Es una especie de cliché pensar que podemos salir del

problema a base de arrestos —me dijo un fiscal—. Bueno, tampoco podemos salir del problema a base de tratamientos. Nunca vamos a solucionar la epidemia de la heroína en la fase final: encarcelamiento o tratamiento». Un pensamiento descorazonador, aunque probablemente correcto.

Regresé a Portsmouth en el otoño de 2015 y me pareció que la ciudad no había dejado de mejorar. Lisa Roberts me contó el plan de colocar siluetas de ángeles azules en las casas del este de Portsmouth donde los residentes tenían suministros de naloxona, el antídoto de la sobredosis de heroína.

Un par de nuevos restaurantes habían abierto en el centro. Otro par de edificios abandonados estaban siendo vaciados para ser remodelados. Los modernos abrían el tipo de negocios que abren los modernos, además de un evento público mensual en el centro, el Final Friday. «La mayoría de la gente los llama los pelos azules. Sin duda, le dan un toque de progreso a la ciudad», decía Lisa.

El Centro de Orientación había crecido hasta los quinientos clientes, y se hablaba de instaurar un servicio de búsqueda de vivienda permanente para aquellos que finalizaban todos los programas. Algunos se oponían a esta idea; sin embargo, cuanto más sabía sobre ella, más convencido estaba de que un equipo nuevo formado por adictos en recuperación podía darle a la ciudad la sacudida energética y la gratitud que necesitaba tras tantos años de fatalismo agotador.

Mientras tanto, Jo Anna Krohn había convertido SOLACE en una clínica de buprenorfina, la cual se dispensaba a cientos de pacientes cada mes, que contaba con un doctor en plantilla y un aparato muy caro para realizar análisis de orina a las personas que acudían mensualmente. Su hijo mayor, que vivía en una caravana sin electricidad ni agua cuando conocí a Jo Anna, ahora estaba limpio y trabajaba en la clínica junto a ella.

La mayoría de los clientes de SOLACE estaban cubiertos por Medicaid gracias al gobernador John Kasich, un republicano que había hecho lo posible en su partido y la legislatura que controlaba para extender Medicaid a todos los habitantes de Ohio y, especialmente, para cubrir el tratamiento para la adicción.

Parecía más cierto que nunca que esta ciudad estadounidense, gloriosa en su día, seguía quitándose de encima los viejos dogmas de dependencia que la mantenían hundida, y que volvía a confiar en sí misma y en lo que había significado un día Tierra de Sueños.

Mientras escribía este libro, decidí no incluir ningún episodio de un adicto chutándose. Había visto demasiados reportajes en el diario con fotos así, y creía que se había hecho demasiado. Sin embargo, creía también que aquellas escenas eran una distracción, puesto que este libro presenta tan solo un nivel de la droga. Se me figuraba, mientras me documentaba para *Tierra de sueños* , que hablar de la heroína —y de los opiáceos en general— era en realidad una manera de hablar sobre Estados Unidos.

Nuestra posición como país tiene mucho que ver con la naturaleza de las drogas que contienen la molécula de la morfina.

Cuando comencé a documentarme para el libro, en 2012, llevábamos, a mi parecer, décadas destruyendo el sentimiento de comunidad en Estados Unidos al ridiculizar y sacar las uñas ante las constricciones del Gobierno que proporcionan los recursos públicos y las infraestructuras que damos por hecho y que posibilitan la vida pública en comunidad. Mientras tanto, exaltábamos el sector privado. Vencimos al comunismo y, en consecuencia, llegamos a creer que el libre mercado era una especie de dios infalible. Al aceptar este dogma de la economía, permitimos, incluso alentamos, que los trabajos se fueran al extranjero. Premiamos con generosidad a los sacerdotes de las finanzas por presionar para que esos trabajos salieran fuera. Le exigimos perfección al Gobierno y perdonamos las infracciones del sector privado.

Parte del sector privado desarrolló un sentimiento de tener derecho al bienestar. Sin duda alguna, en este azote de los opiáceos, es el sector privado el que se ha llevado los beneficios; el coste de lidiar con los inmensos daños colaterales ha recaído en el sector público. Un par de meses después de que se publicara este libro, la revista *Forbes* nombraba a la familia Sackler, y a Raymond Sackler, el último hermano con vida, como los recién llegados más ricos a la lista de las familias estadounidenses más acaudaladas, con una riqueza neta estimada de 14.000 millones de dólares. Toda esa riqueza proviene de las ventas de OxyContin, que la revista valoraba en 35.000 millones de dólares desde que se lanzara el fármaco, en 1996.

Parecía que nos daba miedo la esfera pública. Los padres estaban encima de sus hijos. Alarmados ante alguna amenaza pública, acompañaban a sus hijos dondequiera que fueran. En un proceso penal, se acusaba a una pareja de permitir que su hija de nueve años y su hermana fueran solas al parque. El término «crianza en libertad» fue acuñado para describir la práctica de

padres atrevidos que dejan que sus hijos se muevan fuera de su alcance. No es de extrañar que tantos niños —principalmente varones— fueran diagnosticados con TDAH, y que les recetaran Adderall y otros fármacos. Me gustaría que alguien estudiara la incidencia de la adicción a los opiáceos en adolescentes y jóvenes a los que diagnosticaron de pequeños con TDAH y que fueron tratados con fármacos como el Adderall. Se pasaron la vida dentro de casa, enclaustrados, dándose golpes contra las paredes. Puedo afirmarlo porque también fui niño: los chicos son como los perros, necesitan correr, correr y correr. Cuando era niño en una zona residencial del sur de California, pasábamos todo nuestro tiempo libre fuera, jugando (al fútbol, al baloncesto, con la bicicleta o, simplemente, corriendo de aquí para allá). Corríamos probablemente cinco o seis kilómetros al día, todos los días. Mis rodillas estaban en un estado permanente de desolladura, las pupas crecían y se arrancaban constantemente gracias a mis trajines. Mi madre tenía una campana de su granja familiar en Iowa que usaba para llamarnos para que volviéramos a casa a cenar porque siempre corríamos alrededor de la casa. He vuelto a la calle donde crecí ocho veces en los últimos años y en ninguna ocasión vi a un ser humano fuera. El parque donde solía jugar siempre está vacío.

Mantener a los hijos encerrados se me antoja conectado a la idea de que podemos evitar el dolor, evitar el peligro. No me sorprende oír que en la universidad los estudiantes, criados dentro de casa ante una pantalla, parecían vivir con algún terror claro ante cualquier tipo de angustia emocional. Un reportaje de 2015 titulado «La mente estadounidense consentida», publicado en *Atlantic* , habla del fenómeno de los estudiantes universitarios —jóvenes que crecieron en la era de la sobreprotección del dolor físico— que exigían que se les protegiera también de las ideas dolorosas. Les pedían a los profesores que lanzaran una advertencia antes de compartir ideas que pudieran provocar una fuerte respuesta emocional; por ejemplo, al hablar de una novela que contuviera violencia racial. Esta nueva ética en los campus, escribían los autores, «presupone que la psique del universitario es de una fragilidad extraordinaria y, por lo tanto, eleva el objetivo de proteger a los estudiantes del daño psicológico. El objetivo final, parece, es convertir los campus en espacios seguros donde se proteja a los jóvenes de palabras e ideas que incomodan a algunos».

Psychology Today publicó un reportaje sobre el declive en la resiliencia de los estudiantes que señalaba la creciente dependencia de los estudiantes

universitarios. En él se cuenta que los estudiantes habían llamado a la policía del campus tras ver un ratón, que culpaban a los profesores por las malas notas y que cada vez buscaban más ayuda para problemas de la vida cotidiana, los cuales parecían causarles crisis emocionales. Los profesores, según el autor, «describieron una tendencia creciente a ver una mala nota como una razón para quejarse en lugar de una razón para estudiar más o de un modo más eficaz. Gran parte de las discusiones tenían que ver con la cantidad de apoyo que el profesorado debería ofrecer frente al grado en que la respuesta debería ser algo así como: "Ponte a trabajar, esto es la universidad"».

Todo esto parece el resultado predecible de la idea de que deberíamos estar protegidos del dolor a toda costa.

Mientras tanto, como nación, actuábamos como si el consumo y la acumulación de bienes fueran el camino a la felicidad. Abandonamos a la familia en Acción de Gracias para hacer cola para comprar productos —Xbox, tabletas y cosas por el estilo— que nos mantienen aislados y envenenan a nuestros hijos, y acudimos como si no tuviéramos elección al respecto. Hemos construido el aislamiento en nuestros barrios residenciales y lo llamamos prosperidad. A esa mezcla hay que añadir la expansión de la tecnología que nos conecta con el mundo, pero que nos separa de nuestro vecino de al lado.

Hemos acabado separados los unos de los otros de una manera peligrosa, ya sea en la pobreza o en la abundancia.

Los niños ya no juegan en la calle. Los parques se usan poco. Tierra de Sueños permanece enterrada bajo un centro comercial.

¿Por qué nos sorprende, entonces, que la heroína esté por todos lados?

Dentro de nuestro aislamiento, la heroína prospera; es su hábitat natural. Nuestra propia búsqueda de la indolencia nos ha guiado hasta ella.

La heroína es, en mi opinión, la expresión final de valores que hemos alimentado durante treinta y cinco años. Convierte a los adictos en narcisistas, egocéntricos, hiperconsumistas solitarios. Una vida que llega a los opiáceos da la espalda a la familia y a la comunidad y se dedica por completo a buscar la gratificación propia mediante la compra y el consumo de un producto: la droga que hace que la soledad sea algo no solo bueno, sino preferible.

Creo más que nunca que el antídoto a la heroína es la comunidad. Si quieres mantener a tus hijos lejos de la heroína, asegúrate de que los

vecinos de tu barrio hagan cosas juntos, en público, a menudo. Forma tu propia Tierra de Sueños y rompe esas barreras que mantienen a la gente aislada. No organices citas de juegos; sal y juega, sin más. Saca a las personas de su habitación privada, sea cual sea la forma que adopten esas habitaciones. Podríamos considerar vivir de manera más simple. El afán por tener cosas no equivale a la felicidad, como te dirá cualquier adicto a la heroína. Las personas de algunos lugares en los que he estado podrían emerger de esta plaga siendo más compasivas, equilibradas y deseosas de dar a los niños experiencias en lugar de cosas, además de enseñarles que el dolor es parte de la vida y a menudo soportable. El antídoto a la heroína bien podría ser hacer que tus hijos salgan en bicicleta fuera, con sus amigos, y dejarles que se les pelen las rodillas.

Encontré un principio tosco de ello en la ciudad de Portsmouth (Ohio) para mi gran sorpresa y deleite. Las señales alentadoras de Portsmouth las encontré también hace poco en las zonas residenciales del norte de Kentucky, donde las pastillas y la heroína han golpeado con fuerza.

Esas son las buenas noticias: no nos quedamos sentados a encajar los golpes. Actuamos. Como estadounidenses, siempre lo hemos hecho. La heroína es lo suficientemente temible como para forzarnos a pasar a la acción. Lo que les hace a sus consumidores, a sus familias y sus vecindarios es tan desgarrador que la heroína les recuerda a los supervivientes los vínculos que los atan a otros; y así produce en algunos lugares lo contrario al aislamiento que produce en sus consumidores.

Entonces, llega a haber ocasiones en que pienso que tengo razón: tal vez la heroína es la fuerza de cambio positivo más importante hoy día en nuestro país.

En cualquier caso, tras años de escribir sobre ello, eso es lo que me gustaría esperar. Y si es así, por todo lo que nos ha enseñado y lo que nos ha obligado a reconocer sobre nosotros mismos y nuestra manera de vivir, como me dijo una mujer: «Puede que le demos las gracias a la heroína algún día».

AGRADECIMIENTOS Y APUNTES SOBRE LAS FUENTES

AGRADECIMIENTOS Y APUNTES SOBRE LAS FUENTES

Agradecimientos

Este libro cuenta una historia que se extiende por toda la nación, de modo que, para ayudarme a contarla, me encontré y confié en personas de todos los rincones de Estados Unidos.

Conocí a padres transformados en activistas de uno u otro tipo gracias a la epidemia y a la pérdida de sus hijos: Carol Wagner, Margie Fleitman, Barbara Theodosiou, Susan Klimusko, Jodi Barber, Krissy McAfee, Tracy Morrison y su hija Jenna. Wayne Campbell pasó muchas horas conmigo y me permitió asistir a la presentación de Tyler's Light. Jo Anna Krohn se sentó conmigo en diversas ocasiones para compartir la historia de su hijo Wes y la creación de SOLACE. Paul y Ellen Schoonover, y su hijo Myles, fueron lo bastante amables como para compartir la historia de la muerte de Matt. Creo que entienden que este problema se ha extendido porque la gente ha permanecido en silencio. Les estoy agradecido por haber compartido su historia.

En Denver, Dennis Chavez fue, qué duda cabe, una fuente de información sobre los Muchachos de Xalisco, un término para ellos que él acuñó y que yo tomé prestado para este libro. Pasé tiempo, asimismo, con otros agentes de policía que me ayudaron a entender cómo trabajaban los Muchachos de Xalisco en Denver hoy en día: Jimmy Edinger, Jes Sandoval, Nicole Shacklee, Dale Wallis y Teresa Driscoll-Rael. Hablé también con varios yonquis que compartieron sus pensamientos. Mis maravillosos tíos, Cal y Dick Van Pelt, me dieron agradable cobijo en el área de Denver.

Varias personas de Charlotte fueron lo bastante amables como para pasar tiempo conmigo y hablar de los Muchachos de Xalisco en esa ciudad. Pasé mucho tiempo con el detective Brent Foushee, que también compartió conmigo su tesis de máster sobre el tema. Vaya mi agradecimiento también

al detective Don Queen, al fiscal Rob Heroy, a la ayudante del fiscal del condado Sheena Gatehouse y a Bob Martin, del Centro Médico de Carolina. El agente de policía de Charlotte Chris Long, detective de la unidad antidroga, fue el primer agente de los cuerpos de seguridad del país que me confirmó que todas aquellas bandas de traficantes de heroína provenían, de hecho, de la misma ciudad, y que esa ciudad era Xalisco (Nayarit). En Carolina del Sur he de dar las gracias a Dean Bishop, Max Dorsey, Marvin Brown y Walter Beck. También hablé con otras personas, a las que tuve ocasión de dar las gracias, agentes de policía y lo contrario a estos, cuyos nombres no puedo incluir aquí.

En Columbus y Marion (Ohio), doy las gracias a muchas personas que me ayudaron a entender el problema de la heroína de alquitrán negro, así como la gravedad de la plaga de los opiáceos en el estado: el capitán de la policía de Columbus Gary Cameron, Orman Hall, el juez Scott VanDerKarr, Andrea Boxcil, Ed Socie, Ronnie Pogue, Christy Beeghly, Jennifer Biddinger y la gente de la oficina del fiscal general de Ohio, Sarah Nerad, Brad Belcher, Jennifer Miller, el doctor Richard Whitney y la familia del doctor Phillip Prior. El doctor Joe Gay, en el condado de Athens (Ohio), fue una fuente durante los primeros días, y proporcionó cantidad de hechos, perspectiva y entusiasmo por la historia.

En el estado de Washington, recibí la ayuda indispensable de Jaymie Mai, Jennifer Sabel, Caleb Banta-Green, así como de los doctores Alex Cahana, John Loeser, David Tauben, Gary Franklin, Michael Schatman y Michael Von Korff. Les agradezco que se tomaran el tiempo de enseñar a un periodista que tenía mucho que aprender.

Uno de los grandes placeres de escribir esta historia fue visitar Portsmouth (Ohio), donde sus habitantes me dieron la bienvenida y hablaron sinceramente de su ciudad. Estoy enormemente agradecido a Bryan Davis, Randy Schlegel, Joe Hale, Andrew Feight, Scott Douthat, Mary Ann y Keith Henson y su hijo, Luke, Terry Johnson, Danny Colley, Angie Thuma, Nate Payton, Kathy Newman, Melissa Fisher, Terry Ockerman, Chris Smith, John Lorentz, Jarrett Withrow y Abbi Andre. Como siempre, otras personas que me ayudaron de una manera extraordinaria probablemente prefieran no ser nombradas.

En Portsmouth, Ed Hughes dedicó muchas horas a explicarme el enfoque multidisciplinar en la rehabilitación de la drogadicción, así como la historia del Centro de Orientación. Finalmente, Lisa Roberts fue una fuente enorme

de información sobre la ciudad, su historia con las clínicas de distribución de pastillas y la adicción que las precedió. Le agradezco, asimismo, los numerosos contactos que me procuró.

En Portland, Vitali y Elina Muliar tuvieron la amabilidad de compartir su historia conmigo y me ayudaron a entender la de la Iglesia pentecostal rusa y la batalla de la organización religiosa contra la adicción a los opiáceos entre sus jóvenes en Estados Unidos. El doctor Gary Oxman me relató su investigación para intentar entender la proliferación de sobredosis de heroína en Portland durante la década de los noventa. La fiscal federal Kathleen Bickers fue una fuente de información maravillosa y alentadora sobre el fenómeno de los Muchachos de Xalisco. En la fase inicial, el teniente de policía de Portland Mike Krantz me ayudó a ver el alcance de la invasión de la heroína de Xalisco en esa ciudad. Vaya mi agradecimiento, también, a Steve Mygrant, Wayne Baldassare, Tom Garrett, Sean Macomber y John Deits.

Ed Blackburn y Alan Levine, entre otros a los que también les doy las gracias aunque probablemente no pueda nombrarlos, me contaron la historia del RAP. Vaya también mi agradecimiento a Rachel Solotaroff de Central City Concern.

Mis queridos amigos Amy Kent y Steve Daggett, así como su hijo, Colin, me proporcionaron conversación y alojamiento, lo cual fue un bienvenido descanso de las habitaciones de motel en mis varias visitas a Portland.

Miembros de los cuerpos de seguridad de todo el país resultaron ser de gran ayuda al poner las piezas de este puzle nacional. Vaya mi agradecimiento a Jim Kuykendall, Harry Sommers, Rob Smith y la DEA de Charlotte, Adam Hardin y la DEA de Carolina del Sur, Chuvalo Truesdell, Dennis Mabry, Hal McDonough, el juez Seth Norman, Jeri Holladay Thomas, Chris Valdez, Rock Stone, Frank Harrell, Leo Arreguin, Lisa Feldman y William Mickle, además de a otros cuyos nombres no puedo incluir.

En Boise (Idaho), Ed Ruplinger compartió con gran generosidad sus recuerdos de su caso contra los Muchachos de Xalisco, que fue uno de los primeros del país. También debo dar las gracias a Steve Robinson y Joe Wright por su ayuda.

En la primera etapa, cuando intentaba seguir la pista de los Muchachos de Xalisco por Estados Unidos, hablé con agentes antidroga de diferentes

tipos, demasiados como para mencionarlos aquí, que me ayudaron a confirmar o descartar la presencia de traficantes de Nayarit en sus áreas.

Hablé con numerosos traficantes, conductores, teleoperadores y proveedores de la pequeña ciudad de Xalisco (Nayarit), un importante centro de suministro de heroína a Estados Unidos. La mayoría solo hablaban de lo que hicieron, y no mencionaban la actividad de otras personas. Esto sucedía en particular con el hombre conocido como Enrique. Estuve encantado de escuchar bajo cualquier circunstancia que impusieran. La mayoría se encontraba en prisiones estadounidenses, que me parecieron lugares extraordinariamente contemplativos donde poder sentarse y charlar con la gente. Ahora, estaría bien que los directores de las prisiones federales entendieran que tienen bajo custodia a personas que pueden contar la historia completa del narcotráfico mexicano en Estados Unidos, y que es una historia importante que el público debe escuchar, y que ponérselo fácil a un periodista que intenta contarla no les va a matar. A aquellos funcionarios de prisiones que sí ayudaron en este sentido, les doy las gracias. Hablé también con gente de Xalisco: profesionales y empresarios, entre otros. Intenté saber solo el nombre de pila de la mayoría para su protección y la mía. Sin embargo, incluso estos nombres los mantengo en privado, aunque les doy las gracias igualmente.

También en la primera fase, la profesora Marcia Meldrum, de la UCLA, me instruyó en los antecedentes históricos y el contexto de la epidemia de opiáceos actual. El doctor Nathaniel Katz y la doctora Marsha Stanton me proporcionaron una perspectiva amplia y profunda sobre la historia y la revolución del dolor. Los doctores Andrew Kolodny, Jane Ballantyne, Art Van Zee y Mike McNeer, que ahora se oponen firmemente a la prescripción liberal de analgésicos opiáceos, compartieron conmigo la evolución de su pensamiento. Finalmente, vaya mi agradecimiento al doctor Hershel Jick, que me explicó la historia esencial de su carta al editor de 1980.

Los profesores Andrew Coop, Martin Adler y Herbert Kleber me ayudaron en gran medida a entender la adicción y el cerebro, la metadona y el Colegio para los Problemas Derivados de la Drogodependencia.

A pesar de que algunos de ellos no aparecieron en la versión final de este libro, varios adictos en recuperación me ayudaron a entender el mundo de la heroína en la calle, tanto del pasado como del presente. Entre ellos se encuentran Robert Berardinelli en Santa Fe, Dean Williams en Indiana, Bobby Melrose en Columbus, Pickles, Bob Wickham y los ex-RAP en

Portland, así como varias personas que hacen rehabilitación en el Centro de Orientación de Portsmouth, los tres jóvenes de Denver y la camarera que conocí en una conferencia de la Universidad de Nuevo México, en Albuquerque, que condujo para los Muchachos de Xalisco durante nueve meses.

Mientras estaba en *Los Angeles Times* , me topé con la historia de los Muchachos de Xalisco; de aquello nació este libro. Mis editores, Davan Maharaj, Marc Duvoisin y Geoff Mohan, me animaron a investigar y condujeron la historia. A ellos les estoy también agradecido.

En la editorial Bloomsbury Press, el editor George Gibson me apoyó de manera amable, enérgica y alegre durante todo el proyecto. Me siento en deuda con Pete Beatty por comprar mi propuesta de libro para la editorial y, posteriormente, editar el manuscrito con calma y profesionalidad. Mi agente, Stephany Evans, de FinePrint Literary, vio el valor de este proyecto donde otros agentes no lo hicieron, lo que sucedió mucho antes de que la tormenta de opiáceos y heroína fuera cubierta ampliamente por los medios, como lo es ahora. Stephany me ayudó a pulir mi propuesta de libro y se peleó luego por ella. Por todo esto, vaya mi agradecimiento a ella también.

Me siento en deuda con diversos editores que han corregido mi prosa a lo largo de mi carrera. Sam Enriquez, probablemente el mejor editor que haya tenido, que me contrató para *Los Angeles Times* y que trabaja ahora para *The Wall Street Journal* , fue lo bastante amable como para leer y corregir partes de este libro.

Le agradezco a mi padre, Ricardo, y a su esposa, Roberta Johnson, su apoyo e interés por el libro. Cuando tenía tres años y nos mudábamos a California, mi padre, profesor de Literatura ahora retirado del Claremont McKenna College, me contaba las historias de Odiseo, que eran tan absorbentes como una serie de televisión. Mi amor por la narración de historias nació allí y del cariño que tanto él como mi madre, que falleció en 1979, pusieron en los valores de la educación y la experiencia. Les doy las gracias a mis hermanos, Ben y Josh, así como a sus respectivas familias, y recuerdo, de nuevo, a nuestro hermano Nate y a nuestra madre. Vaya mi agradecimiento también a mi familia política, los Tully, los Lotka y los Penny, por su generosidad y su tolerancia bien intencionada hacia mis relatos interminables sobre la adicción a los opiáceos y el tráfico de heroína en Estados Unidos.

Más que a nadie, no obstante, les doy las gracias a mi esposa, Sheila, y a mi hija, Caroline, que convivieron con este libro y ayudaron a darle vida, toleraron mis viajes de documentación y me recogieron en aeropuertos con abrazos y besos que necesitaba desesperadamente. No podría haberlo hecho sin ellas y las amo profundamente.

Apuntes sobre las fuentes

Este libro se basa principalmente en entrevistas que mantuve a lo largo de un periodo de cinco años, sobre todo, en 2009, cuando cubría un reportaje para *Los Angeles Times* , y entre 2012 y 2014.

Entrevisté a padres de adictos en diferentes estados, así como a muchos adictos; personal de enfermería de la sanidad pública y epidemiólogos; abogados defensores; doctores; policías locales; orientadores y administradores de centros de rehabilitación de la drogadicción; especialistas en dolor; químicos; un historiador del dolor y fiscales federales; agentes de la DEA y el FBI, además de a más de una docena de Muchachos de Xalisco, la mayor parte de los cuales se hallaba en prisión en ese momento. Entrevisté al tipo al que he llamado el Hombre en ocho o diez ocasiones, en persona y por teléfono.

Viajé extensamente para conseguir esas entrevistas. Varias veces visité Columbus y Portsmouth (Ohio); fui a Marion dos veces y una a Cincinnati. A medida que avanzaba la documentación, me dirigí tres veces a Portland (Oregón) y a Denver. Fui a Indianápolis y a Nashville; al norte y al este de Kentucky; a Charlotte (Carolina del Norte); a Boise (Idaho); a Phoenix (Arizona); a Huntington (Virginia Occidental) y a Albuquerque y Chimayó (Nuevo México).

Parte de mi documentación implicó un viaje a Xalisco de cuatro días durante la Feria del Elote mientras trabajaba para *Los Angeles Times* . Desde allí, escribí una serie en tres partes sobre la ciudad y su modelo de reparto de *pizzas* aplicado a la venta de heroína. Ese viaje sigue siendo la única vez en toda mi carrera en que he mentido cuando me han preguntado a qué me dedicaba. Le contaba a la gente que mi colega fotógrafo y yo

éramos turistas, profesores de español en California. En ese momento, en México, las decapitaciones y los asesinatos en masa estaban a la orden del día. Los cuerpos colgaban de pasos a nivel y se abandonaban apilados en las esquinas. Muchos periodistas fueron asesinados. Con ese contexto en contra, espero que los dioses del periodismo perdonen mis desmanes en Xalisco. Abandonamos la ciudad cuando, en un encuentro que parecía demasiada coincidencia, me presentaron a un hombre que, según me dijeron, era supervisor de la brigada de secuestros de la policía del municipio de Nayarit, y que me observó con demasiada atención mientras yo veía un partido de baloncesto durante la feria.

La transcripción de un juicio es una buena amiga de un periodista criminalista. No obstante, debido a que los Muchachos de Xalisco solían declararse culpables en sus juicios, conté con muy pocas transcripciones disponibles para juntar las piezas de su historia. Aun así, una muy importante que llegó al principio provenía de una causa importante contra Luis Padilla-Peña en Omaha (Nebraska). Aquella causa tuvo lugar justo cuando los Muchachos comenzaban su expansión fuera del Valle de San Fernando. Estoy en deuda con el fiscal William Mickle por su ayuda para conseguir aquella larga transcripción.

Por otro lado, las imputaciones contra los Muchachos de Xalisco son abundantes y útiles por dos razones principalmente. A pesar de no ser muy detalladas, las imputaciones contaban la misma historia una y otra vez. Se parecían tanto entre sí que, al leer las imputaciones de Charlotte a Portland, pasando por Phoenix y los puntos entre ellas, tuve la seguridad, ya en los primeros momentos de la fase de documentación, de que este sistema se estaba copiando fielmente por todo Estados Unidos. Las imputaciones me proporcionaron, además, nombres (de fiscales y en ocasiones de detectives con los que hablé más tarde, de acusados de Xalisco, por entonces en prisión, a los que escribí para solicitar una entrevista).

Otra transcripción inestimable, por cierto, procedía del juicio contra Michael Leman, propietario de las clínicas Atención Urgente de Slidell, Luisiana, Filadelfia y Cincinnati. Junto a las entrevistas, proporcionaba una visión fascinante de cómo se había disparado el problema de las pastillas en un condado del este de Kentucky, el de Floyd. A esto le añadí las entrevistas con el fiscal local Brent Turner y su padre, Arnold Turner, exfiscal; así como con Randy Hunter, detective de la policía estatal recién

jubilado, y con Timmy Wayne Hall, uno de los mayores traficantes de pastillas del condado, entrevista que mantuvimos en prisión.

La mayor parte de mi documentación sobre Portsmouth (Ohio) provenía de entrevistas con residentes que realicé durante mis visitas a la ciudad, además de una página de Facebook dedicada a la diáspora de la ciudad y a cómo solía ser esta. Gran parte de la información sobre Tierra de Sueños proviene de personas que escriben en esa página. Hubo alguna que otra noticia y artículos publicados en revistas de historia que también completaron partes de la historia del declive de la ciudad y de aquella piscina fabulosa.

La información acerca de David Procter y su progenie de médicos proviene, en primer lugar, de entrevistas con habitantes de Portsmouth. Conté también con informes del Comité de Licencias Médicas de Kentucky sobre Procter y algunos doctores que habían trabajado para él. Los artículos de prensa sobre esos doctores y otros propietarios de clínicas de distribución de pastillas resultaron ser también de una ayuda inestimable más adelante.

Hay varios libros que me han proporcionado la información para las secciones que hablan del opio, la morfina, la heroína, la ley Harrison y la Granja de Narcóticos. El libro de Martin Booth *Opium: A History* (Historia del opio) narra la historia clásica de la adormidera y del líquido que produce, que ha sido en gran medida parte de la historia humana. Otros libros a los que acudí son los siguientes:

The American Disease: Origins of Narcotic Control , 3.ª edición (Oxford University Press, 1999), de David F. Musto (La enfermedad estadounidense: orígenes del control de los narcóticos).

One Hundred Years of Heroin (Praeger, 2002), edición de David F. Musto (Cien años de heroína).

Creating the American Junkie: Addiction Research in the Classic Era of Narcotic Control (Johns Hopkins University Press, 2005), de Caroline Jean Acker (La creación del yonqui estadounidense: investigaciones sobre la adicción en la etapa clásica del control de los narcóticos).

Dark Paradise: A History of Opiate Addiction in America , edición aumentada (Harvard University Press, 2001), de David Courtwright (El paraíso oscuro: una historia de la adicción a los opiáceos en Estados Unidos).

Smack: Heroin and the American City (University of Pennsylvania Press, 2008), de Eric C. Schneider (Jaco: la heroína y las ciudades estadounidenses).

The Narcotic Farm: The Rise and Fall of America's First Prison for Drug Addicts (Abrams, 2008), de Nancy Campbell, J. P. Olsen y Luke Walden (La Granja de Narcóticos: el auge y caída de la primera prisión estadounidense para drogadictos).

Junky: The Definitive Text of "Junk" , edición 50 aniversario (Grove Press, 2003), de William S. Burroughs [trad. cast.: *Yonqui* , Barcelona: Anagrama, 2019, traducción de Francesc Roca].

Wellcome Witnesses to Twentieth Century Medicine, Volume 21: Innovation in Pain Management (QMUL History C20 Medicine, 2004), edición de L. A. Reynolds y E. M. Tansey (Seminarios Witness de la Wellcome Library sobre medicina del siglo XX , volumen 21: Innovación en la gestión del dolor).

Opioids and Pain Relief: A Historical Perspective (IASP Press, 2003), edición de Marcia L. Meldrum (Los opioides y el alivio del dolor: una perspectiva histórica).

Para las secciones sobre la revolución en el tratamiento del dolor, me serví de los recuerdos de doctores cuya práctica o residencia se desarrolló a finales de los años ochenta y principios de los noventa. *Innovation in Pain Management* me proporcionó detalles esenciales sobre el primer enfoque respecto a la gestión del dolor, sobre Cicely Saunders y Robert Twycross, del hospital Saint Christopher, en Inglaterra, así como sobre el desarrollo de la escala de la OMS de Jan Stjernswärd. También conté con los relatos orales de la profesora Marcia Meldrum con Kathleen Foley y Russell Portenoy, disponibles en la colección de la historia del dolor de John C. Liebeskind, de la UCLA.

Para relatar la difusión del abuso de opiáceos, conté con los estudios realizados por varias agencias gubernamentales; principalmente, la Administración de Salud Mental y Abuso de Sustancias y los Centros para el Control de Enfermedades. La GAO, renombrada ahora la Oficina de Responsabilidad Gubernamental de Estados Unidos, produjo dos informes importantes. En uno de ellos, analizaba el estado de las clínicas de metadona en Estados Unidos. El otro era un análisis de 2003 de la campaña de promoción que realizó Purdue Pharma durante los primeros seis años tras el lanzamiento de OxyContin.

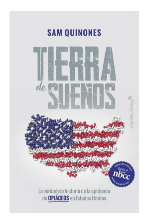
Para describir la campaña de Purdue, utilicé también entrevistas con doctores, entre los que se encontraba el difunto Phillip Prior, así como artículos de noticias, anuncios de revistas médicas, partes del libro *Pain Killer* (Analgésico) de Barry Meier y una entrevista con el exfiscal federal John Brownlee.

A lo largo de esta odisea, he acudido también a mi experiencia tras veintisiete años como periodista. Aprendí el oficio de reportero al cubrir crímenes durante cuatro años en la excelente ciudad de Stockton (California). Durante la década en que viví y viajé por México, tuve la oportunidad de contar historias más largas. Me deleitaba con las sagas de los ranchos, los valientes, los corridos, los pistoleros y la novela que encierra la vida de cada inmigrante. Es posible leer más sobre eso en mis dos libros anteriores: *True Tales from Another Mexico: The Lynch Mob, the Popsicle Kings, Chalino, and the Bronx* (Historias verdaderas de otro México: linchamientos, los reyes del polo y el Bronx) y *Antonio's Gun and Delfino's Dream: True Tales of Mexican Migration* (La pistola de Antonio y el sueño de Delfino: historias verdaderas de la migración mexicana).

Finalmente, les invito a visitar mi página web: www.samquinones.com, donde pueden encontrar listados, con sus correspondientes enlaces, de muchos más recursos —entre los que se incluyen entrevistas en audio y vídeo, así como algunos vídeos musicales relevantes en YouTube— que he utilizado para contar esta historia real.

Índice

Tierra de sueños



Desde un pequeño pueblo en México hasta las salas de juntas de Big Pharma y las principales calles de todo el país, este es un relato impactante de adicción en el corazón de Estados Unidos, de una epidemia como ninguna otra que haya enfrentado el país, que ha devastado cientos de pequeños pueblos y suburbios. Con la habilidad de un reportero y la capacidad narrativa de un novelista, el aclamado periodista Sam Quinones teje dos historias sobre un capitalismo enloquecido cuya involuntaria colisión ha sido catastrófica. Por una parte, la prescripción ilimitada de medicamentos para el dolor durante la década de 1990, que alcanzó su clímax en la campaña para comercializar OxyContin, un analgésico milagroso, caro y extremadamente adictivo. Por otra, la afluencia masiva de una barata y potente heroína, que arrasó en pequeños pueblos y ciudades medianas, impulsada por un brillante sistema de comercialización y distribución. Ambos fenómenos continúan arrasando comunidades de costa a costa. Quinones presenta un elenco memorable de personajes, desde pioneros farmacéuticos a jóvenes empresarios mexicanos, investigadores, supervivientes y padres; ofreciendo un revelador retrato de esta corrosiva amenaza.

Sam Quinones. Periodista de Los Ángeles, conocido por sus reportajes en México y sobre los mexicanos en Estados Unidos, y por su crónica de la crisis de opioides en el país norteamericano. Su primer trabajo de periodismo fue en 1987 en el *Orange County Register* . En 1992 se mudó a Seattle, donde cubrió noticias del Gobierno y la política del condado para el *Tacoma News-Tribune* . Se fue a México en 1994, donde trabajó como reportero independiente hasta que regresó a Estados Unidos en 2004, donde empezó a trabajar para *Los Angeles Times* cubriendo historias sobre inmigración y pandillas. En 2013 pidió una excedencia para trabajar en su libro *Tierra de sueños* , sobre la epidemia de opioides en Estados Unidos. Desde 2014, Quinones retomó su actividad como reportero independiente y escribe habitualmente para importantes medios como *National Geographic, Pacific Standard Magazine, New York Times* o *Los Angeles Magazine* . A lo largo de su trayectoria, ha recibido varias becas y reconocimientos por su trabajo como periodista, como la beca Alicia Patterson en 1998 o el Premio Maria Moors Cabot de la Universidad de Columbia en 2008. En febrero de 2012 Quinones comenzó el blog *True Tales: A Reporter's Blog* , sobre «Los Ángeles, México, los migrantes, la cultura, las drogas, los barrios, la frontera y las buenas historias». Ha impartido conferencias en más de cincuenta universidades en Estados Unidos.

Título original: *Dreamland (2016)*

Edición en ebook: marzo de 2020

c/ Rafael Finat 58, 2º 4 - 28044 Madrid
Tlf: (+34) 630 022 531
28044 Madrid (España)
contacto@capitanswing.com
www.capitanswing.com

ISBN: 978-84-121826-3-7

Diseño de colección: Filo Estudio - www.filoestudio.com
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra Ortiz
Composición digital: leerendigital.com



¿Truco o tratamiento?

Singh, Simon
9788412191400
392 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

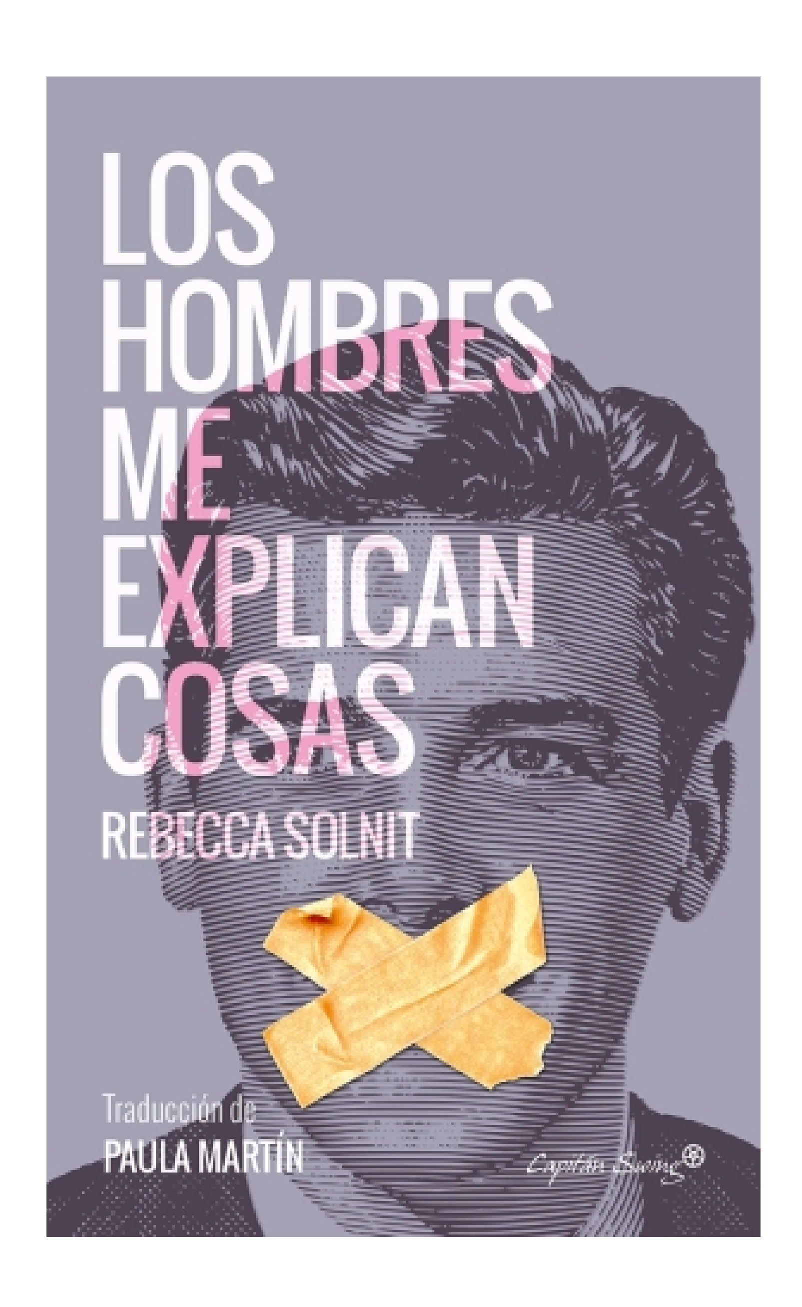
¿Qué funciona y qué no? ¿En quién puedes confiar y quién te está estafando? La verdad acerca de la eficacia de la medicina alternativa es abordada rigurosamente por primera vez por el único científico calificado

para hacerlo: Edzard Ernst, el primer profesor de medicina complementaria del mundo.

Después de pasar más de una década en la Universidad de Exeter analizando meticulosamente la desconcertante evidencia a favor y en contra de las terapias alternativas, este exprofesional de la medicina tradicional y complementaria ofrece conclusiones definitivas ausentes de todo sesgo. Junto a él, firma este volumen el respetado escritor de ciencia Simon Singh, que aporta su conocimiento científico y una escrupulosa imparcialidad a este tema tan controvertido.

Juntos nos ofrecen un examen contundente pero honesto de más de treinta de los tratamientos más populares, como la acupuntura, la homeopatía, la aromaterapia, la reflexología, la quiropráctica y las hierbas medicinales. Un análisis pionero, la mejor herramienta para eliminar dudas y contradicciones con autoridad, integridad y claridad.

En su estudio de las curas alternativas y complementarias, Ernst y Singh se esfuerzan por reafirmar la primacía del método científico para determinar la práctica y la política de salud pública.



Los hombres me explican cosas

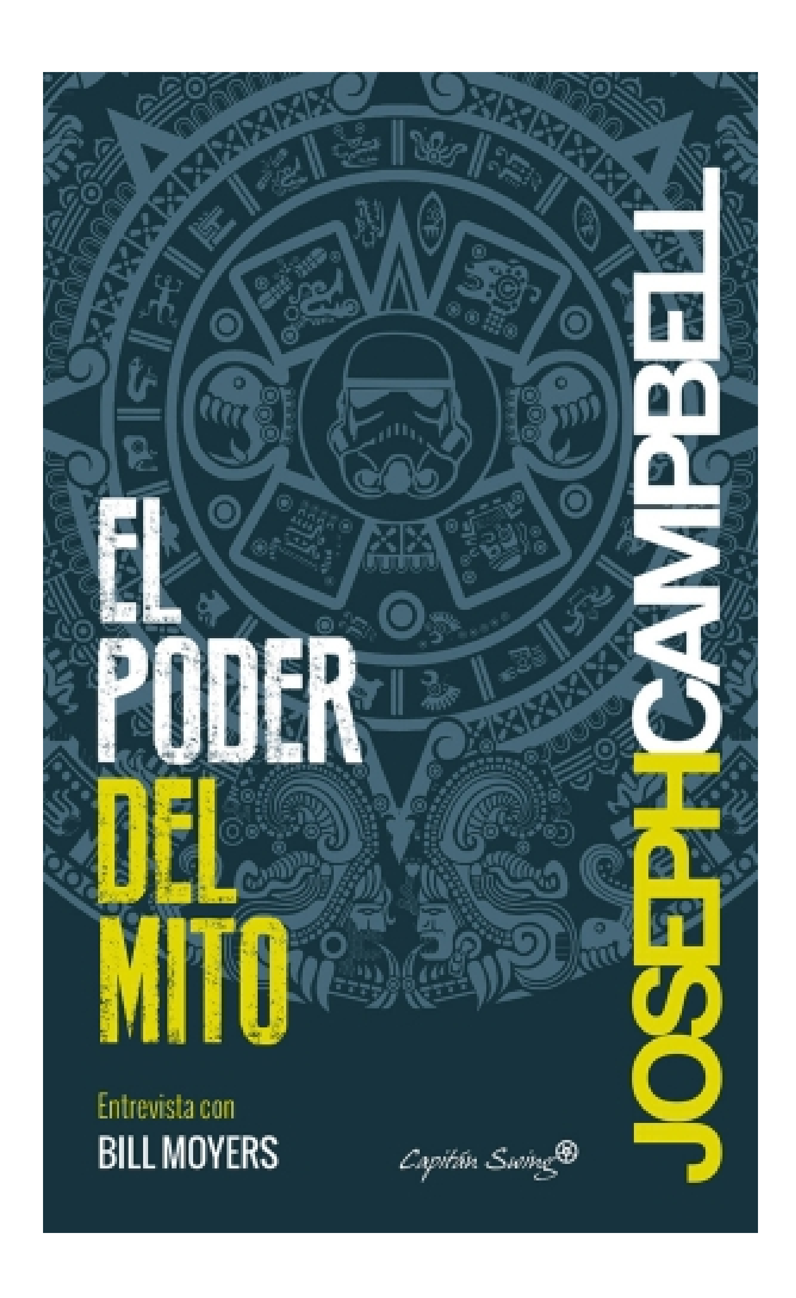
Solnit, Rebecca
9788494673757
152 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Premio Libro del Año 2017 del Gremio de Libreros de Madrid

En este conjunto de ensayos mordaces y oportunos sobre la persistente desigualdad entre mujeres y hombres y la violencia basada en el género, Solnit cita su experiencia personal y otros ejemplos reales de cómo los hombres muestran una autoridad que no se han ganado, mientras que las mujeres han sido educadas para aceptar esa realidad sin cuestionarla. La autora narra la experiencia que vivió durante una cena en la que un desconocido se puso a hablarle acerca de un libro increíble que había leído, ignorando el hecho de que ella misma lo había escrito, a pesar de que se lo hicieron saber al principio de la conversación. Al final resultó que ni siquiera había leído el libro, sino una reseña del New York Times.

El término mansplaining conjuga man ("hombre") y explaining ("explica"), en alusión a este fenómeno: cuando un hombre explica algo a una mujer, lo hace de manera condescendiente, porque, con independencia de cuánto sepa sobre el tema, siempre asume que sabe más que ella. El concepto tiene su mayor expresión en aquellas situaciones en las que el hombre sabe poco y la mujer, por el contrario, es la "experta" en el tema, algo que, para la soberbia del primero, es irrelevante: él tiene algo que explicar y eso es lo único que importa.



El poder del mito

Campbell, Joseph
9788494645280
300 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Qué tienen en común el Quijote, John Lennon, Buda, Ulises, el papa, el rey Arturo y La guerra de las galaxias?

Para Joseph Campbell, el mito es un instrumento fundamental para interpretar la realidad, enriquecer la experiencia vital y comprender los oscuros y aterradores abismos de la existencia humana, y es también la semilla de las religiones, que emplean distintas metáforas para explicar lo inexplicable. En este diálogo con el periodista Bill Moyers, Campbell intenta entender el pasado y esclarecer el presente por medio de la mitología, sintetizando así los principales postulados de su pensamiento.

"El poder del mito" toca temas que van desde el matrimonio moderno a los nacimientos virginales, de Jesús a John Lennon; una amplia gama de temas considerados en conjunto para identificar la universalidad de la experiencia humana a través del tiempo y la cultura. En sus páginas se revela cómo los temas y símbolos, los arquetipos mitológicos, religiosos y psicológicos de las antiguas narraciones continúan dando significado al nacimiento, la muerte, el amor y la guerra. Los símbolos de la mitología y la leyenda están a nuestro alrededor, incrustados en el tejido de nuestra vida cotidiana, y los diálogos entre Moyers y Campbell son una guía imprescindible para reconocer y comprender su significado.



Todo el mundo miente

Stephens- Davidowitz, Seth
9788412030006
295 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En un día promedio de principios del siglo xxi, los seres humanos que buscan en Internet acumulan ocho billones de gigabytes de datos. Esta asombrosa cantidad de información puede decirnos mucho sobre quiénes somos, los miedos, deseos y comportamientos que nos impulsan y las decisiones conscientes e inconscientes que tomamos. De lo profundo a lo mundano, podemos obtener un asombroso conocimiento sobre la psique humana que hace menos de veinte años parecía insondable. Stephens-Davidowitz nos ofrece información fascinante, sorprendente y a menudo graciosa, sobre temas que van desde la economía hasta la ética, los deportes, el sexo, etc. Todo ello extraído del mundo del big data. A partir de estudios y experimentos sobre cómo vivimos y pensamos realmente, el autor demuestra en qué medida todo el mundo es un laboratorio. Con conclusiones que van desde lo extraño pero cierto hasta lo provocador y lo perturbador, explora el poder de este suero de la verdad digital y su potencial más profundo, revelando sesgos profundamente arraigados en nosotros; una información que sin duda podemos utilizar para cambiar nuestra cultura. La influencia del big data se está multiplicando exponencialmente, y Stephens-Davidowitz nos desafía a pensar de una manera diferente sobre el mundo y la forma en que lo vemos.



El chico a quien criaron como perro

Perry, Bruce
9788494673740
300 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Qué pasa cuando se traumatiza un cerebro joven? ¿Cómo afecta el terror, el abuso o un desastre en la mente de un niño? El psiquiatra infantil Bruce Perry ha ayudado a muchos niños a superar horrores inimaginables: supervivientes de genocidios, testigos de asesinato, adolescentes secuestrados y víctimas de violencia familiar. Mediante la observación de estas historias de trauma a través de la lente de la ciencia, Perry nos revela la asombrosa capacidad del cerebro para la curación. Combinando las historias de casos inolvidables con sus propias estrategias de rehabilitación, explica lo que ocurre exactamente en el cerebro de un niño expuesto a un estrés extremo y propone diferentes medidas que se pueden tomar para aliviar su dolor, ayudándole a crecer como un adulto sano. A través de las historias de niños que se han recuperado física, mental y emocionalmente de las circunstancias más devastadoras, el autor expone cómo las cosas más simples —el entorno, el afecto, el lenguaje, el contacto, etc.— pueden influir profundamente, para bien o para mal, en un cerebro en desarrollo. En este interesante documento, Bruce Perry demuestra que solo cuando entendamos la ciencia de la mente podremos tener la esperanza de curar el espíritu de casi cualquier niño, incluso el más afectado.

